

LUIS DE GRANADA

RETÓRICA ECLESIAÍSTICA



www.traditio-op.org

Cover Design

© IVE Press

Cover Art

© IVE Press

Text

© Institute of the Incarnate Word, Inc.
All rights reserved.

Manufactured in the United States of America.

IVE Press

113 East 117th Street
New York, NY 10035

Ph. (646) 470 9590

Fax (855) 483 2665

ivepress@ive.org

<http://www.ivepress.org>

ISBN 1-939018-37-7

ISBN-13 978-1-939018-37-3

Library of Congress Control Number: 2013901956

Printed in the United States of America ∞

ÍNDICE GENERAL

ÍNDICE GENERAL.....	7
PRESENTACIÓN.....	13
IMÁGENES DE LA TAPA	15
ABREVIATURAS	17
NOTA	19
DEDICATORIA.....	21
PRÓLOGO	25

PARTE PRIMERA

ORIGEN, UTILIDAD Y NECESIDAD DE LA RETÓRICA Y DEL OFICIO

Y COSTUMBRES DEL PREDICADOR..... 31

1 ORIGEN DEL ARTE DE LA RETÓRICA	33
2 UTILIDAD Y NECESIDAD DE LA RETÓRICA.....	37
3 OFICIO DE PREDICAR Y SU GRAN DIGNIDAD.....	49
4 DIFICULTAD DE ESTE MINISTERIO.....	53
5 PUREZA Y RECTITUD DE INTENCIÓN DEL PREDICADOR	57
6 BONDAD Y COSTUMBRES DEL PREDICADOR.....	63
7 CARIDAD QUE DEBE TENER EL PREDICADOR.....	69
8 DEDICACIÓN A LA SANTA ORACIÓN Y MEDITACIÓN QUE HA DE TENER EL PREDICADOR	79

PARTE SEGUNDA

HISTORIA, NATURALEZA

Y EXCELENCIA DE LA RETÓRICA..... 85

1 LA RETÓRICA: MATERIA, FUNCIÓN, FIN, Y PARTES	87
2 DIFERENCIA ENTRE RETÓRICA Y DIALÉCTICA	93

3 PARTES DEL DISCURSO: EXPOSICIÓN, ARGUMENTACIÓN Y AMPLIFICACIÓN.....	99
4 DIVISIÓN DE LA CUESTIÓN	101
5 LUGARES DE DONDE SE TOMAN LOS ARGUMENTOS CON QUE SE TRATA PRINCIPALMENTE LA TESIS	105
6 DOS FUENTES MÁS DE ARGUMENTOS: EL GÉNERO DE LA COSA Y SUS CONTRARIOS	113
7 EL PREDICADOR DEBE TENER UN PERFECTO CONOCIMIENTO DE AQUELLO QUE HA DE PREDICAR, PARA PODER VALERSE DE LOS LUGARES MENCIONADOS.....	117
8 FUENTES DE ARGUMENTOS DE LAS CIRCUNSTANCIAS DE LAS COSAS Y PERSONAS.....	123
9 FORMAS DE LOS ARGUMENTOS, PRINCIPALMENTE LA INDUCCIÓN.....	131
10 LA COLECCIÓN Y SUS PARTES	141
11 AFECTOS QUE DEBEN EXTENDERSE POR TODO EL CUERPO DE LA ARGUMENTACIÓN Y DEL DISCURSO.....	149
12 APLICACIÓN O DESCENSO A COSAS PARTICULARES	155
13 ADORNOS DE SENTENCIAS Y EPIFONEMAS	163
14 PROLEPSIS, EN LATÍN «PRAESUMPTIO» O «ANTICIPATIO».	173
15 GÉNERO DE ELOCUCIÓN CON QUE HAN DE TRATARSE LAS ARGUMENTACIONES DICHAS.....	179

PARTE TERCERA

LA AMPLIFICACIÓN Y LOS AFECTOS..... 183

1 DIFERENCIA ENTRE LA AMPLIFICACIÓN Y LA ARGUMENTACIÓN.....	185
2 LA AMPLIFICACIÓN TOMADA DE LAS PARTES.....	189
3 LOS ADJUNTOS: ANTECEDENTES, CONCOMITANTES Y CONSIGUIENTES	193
4 LA AMPLIFICACIÓN POR LAS CAUSAS, AFECTOS Y CIRCUNSTANCIAS.....	201
5 MODOS DE AMPLIFICAR, SEGÚN QUINTILIANO	207
6 DESCRIPCIONES DE LAS COSAS	217
7 DESCRIPCIONES DE PERSONAS	229
8 EL RAZONAMIENTO FINGIDO	235
9 LA CONFORMACIÓN	241

ÍNDICE GENERAL

10 LOS AFECTOS EN GENERAL	249
11 LOS AFECTOS EN PARTICULAR	253
12 FIGURAS DE LA ELOCUCIÓN QUE SIRVEN PARA CONMOVER LOS AFECTOS	261

PARTE CUARTA

CLASES DE SERMONES EN PARTICULAR 271

1 LAS SEIS PARTES DEL SERMÓN.....	273
2 PRIMER MODO DE PREDICAR DEL GÉNERO PERSUASIVO .	293
3 SEGUNDO MODO DE PREDICAR DEL GÉNERO DEMONSTRATIVO: PARA LAS FIESTAS DE LOS SANTOS.....	301
4 TERCER MODO DE PREDICAR: EXPOSICIÓN DE LA LECTURA DEL EVANGELIO.....	311
5 CUARTO MODO DE PREDICAR: COMBINACIÓN DE LOS ANTERIORES.....	317
6 GÉNERO DE SERMÓN DIDASCÁLICO O MAGISTRAL	321
7 LA DISPOSICIÓN.....	323

PARTE QUINTA

LA ELOCUCIÓN 325

PRÓLOGO	327
1 ALABANZA Y CUALIDAD DE LA ELOCUCIÓN, TOMADAS DEL LIBRO VIII DE QUINTILIANO	329
2 LAS CUATRO VIRTUDES PRINCIPALES DE LA ELOCUCIÓN: PRIMERO, LA LATINIDAD.....	333
3 SEGUNDA VIRTUD DE LA ELOCUCIÓN: LA CLARIDAD.....	335
4 TERCERA VIRTUD DE LA ELOCUCIÓN: EL ADORNO	339
5 ADORNO QUE HAY EN CADA PALABRA DE POR SÍ.....	341
6 LOS TROPOS	343
7 ORNATO EN LA CONCATENACIÓN VERBAL. EN PRIMER LUGAR, LAS FIGURAS: DEFINICIÓN Y DIVISIÓN	359
8 PRIMERA CLASE DE FIGURAS DE PALABRAS.....	367
9 SEGUNDA CLASE DE FIGURAS: LA SEMEJANZA DE LAS PALABRAS.....	375
10 TERCERA CLASE DE FIGURAS DE PALABRAS: BASADAS EN NOMBRES O COSAS OPUESTAS	379

11 CUARTA CLASE: LAS DEMÁS FIGURAS DE PALABRAS.....	387
12 FIGURAS DE SENTENCIAS: LAS QUE PARECEN MÁS APROPIADAS A LA INSTRUCCIÓN	395
13 PRIMERA CLASE DE FIGURAS DE SENTENCIAS: QUE PERTENECEN PRINCIPALMENTE A LA INSTRUCCIÓN.....	397
14 SEGUNDA CLASE DE FIGURAS DE SENTENCIAS: DE MAYOR FUERZA Y VEHEMENCIA.....	409
15 USO DE LAS FIGURAS	433
16 LA COMPOSICIÓN.....	435
17 MODO APROPIADO DE HABLAR.....	445
18 MATERIAS EN LAS QUE DEBEN USARSE ESTAS TRES FIGURAS (LIBRO IV DE LA DOCTRINA CRISTIANA DE SAN AGUSTÍN).....	459
19 LA MATERIA DEL GÉNERO SUBLIME O MAGNÍFICO	477
20 OTRAS VIRTUDES DEL ADORNO	481
21 VICIOS OPUESTOS A LA ELOCUCIÓN: PRINCIPALMENTE OPUESTOS AL ADORNO.....	489

PARTE SEXTA

LA ACCIÓN O PRONUNCIACIÓN, Y OTRAS AYUDAS PARA PREDICAR..... 495

PRÓLOGO	497
1 NECESIDAD Y ALABANZA DE LA PRONUNCIACIÓN.....	499
2 FIN DE ESTAS REGLAS	503
3 CUATRO VIRTUDES PRINCIPALES DE LA PRONUNCIACIÓN.....	505
4 QUE SEA APTA.....	511
5 MODOS DE PRONUNCIAR CONVENIENTES A LAS TRES PARTES PRINCIPALES DEL DISCURSO: EXPOSICIÓN, ARGUMENTACIÓN Y AMPLIFICACIÓN	515
6 GESTO Y MOVIMIENTO DEL CUERPO	521
7 VICIOS DE LA PRONUNCIACIÓN Y ACCIÓN.....	525
8 DIFERENTES MANERAS DE PRONUNCIAR EN LAS SENTENCIAS	533
9 VARIOS EJEMPLOS DE SENTENCIAS, SACADOS DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS.....	537

ÍNDICE GENERAL

10	ALGUNOS EJEMPLOS DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS, PARA EJERCITACIÓN DE LOS INEXPERTOS	551
11	TENOR DE VIDA DEL PREDICADOR PERFECTO. EN QUÉ TIEMPO Y CON QUÉ ÁNIMO Y AFECTO DEBE EJERCER SU OFICIO	559
12	COSAS QUE AYUDAN A EJERCER BIEN EL OFICIO DE PREDICADOR.....	569
13	CÓMO DEBE EL PREDICADOR ADORNAR SU SERMÓN.....	589
14	CÓMO DEBE EL PREDICADOR PREPARAR SU ALMA ANTES DE PREDICAR.....	593
	PERORACIÓN.....	599
	ÍNDICE ANALÍTICO	601

PRESENTACIÓN

Desde que rasgara los vientos la celestial palabra: *Id por todo el mundo y predicad el Evangelio* (Mc 16, 15), miles y miles de hombres y mujeres, a través de los siglos, se dieron a la bienaventurada tarea y no fueron esquivos a la aventura misionera.

Ciertamente que también otra palabra resonó fuerte como un trueno en sus oídos: *Como el Padre me envió, así yo os envío a vosotros* (Jn 20, 21). Con lo que la predicación cristiana comenzó con el envío del Padre a su Verbo, su Palabra, su Hijo, al mundo, que como en interminable e ininterrumpido eco se trasladó por los tiempos y las geografías, pasando por lenguas, culturas, civilizaciones y generaciones.

Es un hecho, inconmensurable, grandioso, inocultable, poblado de héroes y heroínas, de toda edad y condición social, que se hicieron verbo para proclamar al Verbo.

Pues bien, uno de los grandes de España del siglo de oro, Fray Luis de Granada, O.P., tomó lo mejor de la retórica griega y latina con Aristóteles, Demóstenes, Cicerón, Fabio Quintiliano y otros y compuso la obra clásica de la retórica sagrada, a la que dio brillos inigualados. Pertrechados con su doctrina oratoria, miles de predicadores se subieron a los púlpitos y ambores y supieron cantar la gloria de Dios para bien de los hombres.

Ofrecemos ahora esta obra sin igual para quienes quieren conocer más y mejor el arte de la oratoria católica, de manera particular, en lo que hace a la Elocuencia y a la Pronunciación o Acción.

¡Que nuestros predicadores lleguen a ser válidos émulos de los Crisóstomos, Agustines, Bernardos... que son la flor y nata de la sagrada elocuencia!

R.P. Carlos Miguel Buela, IVE.

Octava de Pascua 2012.

Cabrera, República Dominicana.

IMÁGENES DE LA TAPA

Púlpito de la Iglesia de San Blas; Cuzco, Perú.

Autor no definido (probablemente Juan Tomás Tuyro Tupaq).
Finales del s. XVII, encargado por el Obispo Manuel Mellinedo y Angulo.

De madera de cedro, con más de 70 figuras, cuyas piezas están estaquilladas con espinas de gigantón (el conocido cactus San Pedro).

La *Base* es esférica y está sostenida por una estructura de bronce, contiene ocho bustos humanos que representan a herejes: Arrio; Focio; Lutero y Catalina de Bora; Calvino; Zwinglio; Enrique VIII e Isabel de Inglaterra.

Encima, en la *Taza* se hallan columnas barrocas y nichos con imágenes talladas de los cuatro evangelistas, y en la parte central la imagen de la «Inmaculada Concepción de María Santísima del Buen Suceso».

En el *Respaldo* está grabada en alto relieve la efigie de San Blas, con vestido pontifical; encima está el escudo del obispo Mollinedo y Angulo.

En el *Tornavoz* (amplifica la voz de quien da el sermón) están esculpidos los doctores de la iglesia: San Jerónimo; San Agustín; San Gregorio Magno; San Bernardo; San Buenaventura; Santo Tomás de Aquino; y San Francisco de Sales. Finalmente coronando el púlpito, sostenido por cinco arcángeles emerge la escultura de San Pablo de Tarso; a los pies de San Pablo se encuentra el cráneo que, según se cree, pertenece al autor del púlpito.

Estatua de Fray Luis de Granada; Granada, España.

La estatua de bronce fue realizada por Pablo Loyzaga en 1910. El pedestal es de piedra caliza. Se halla en la plaza de la Iglesia de Santo Domingo (Calle Palacios, nº 30). Fray Luis nació en este barrio, en la calle de Santiago, y en esta misma iglesia de Santo Domingo fue bautizado.

ABREVIATURAS

SAGRADA ESCRITURA:

Antiguo Testamento				Nuevo Testamento		
Pent.	Hist.	Sap.	Prof.	Evan.	Ep. Paul.	Ep. Catol.
Gn	Jos	Job	Is	Mt	Ro	Sant
Ex	Jue	Sl	Jr	Mc	1-2 Cor	1-2 Pe
Lv	Rut	Pr	Lm	Lc	Ga	1-3 Jn
Nm	1-2 Sam	Qo	Ba	Jn	Ef	Jds
Dt	1-2 Re	Ct	Ez	He	Flp	Ap
	1-2 Cr	Sb	Dn		Col	
	Esd	Sir	Os		1-2 Te	
	Ne		Jl		1-2 Tim	
	Tb		Am		Tit	
	Jdt		Ab		Flm	
	Est		Jon		Heb	
			Mi			
			Na			
			Ha			
			So			
			Ag			
			Za			
			Ml			
			1-2			
			Mac			

OBRAS:

R.A.E.: *Diccionario de la Real Academia Española*, Madrid 2001²².

VOX: *Diccionario Griego clásico-español Vox*, Madrid 1967.

PL: *Patrologiae cursus completus latinorum Patrum*, J.-P. Migne.

PG: *Patrologiae cursus completus graecorum Patrum*, J.-P. Migne.

NOTA

Para esta nueva edición de la *Retórica Eclesiástica* de Fray Luis de Granada nos hemos valido de la versión de MONS. JOSÉ CLIMENT, obispo de Barcelona, *Los seis libros de la Retórica Eclesiástica ó de la manera de predicar*, Madrid 1793, 507 págs.; y de dos ediciones bilingües: *Retórica Eclesiástica*, en *Obras Completas*, tomo XXII, 409 págs., y XXIII, 565 págs., Edición Alvaro Huerga, Fundación Universitaria Española, Dominicos de Andalucía, Madrid 1999; y MANUEL LÓPEZ-MUÑOZ, *Los seis libros de la Retórica Eclesiástica, o método de predicar*, Colección Quintiliano de retórica y comunicación 13, Instituto de estudios riojanos, Ayuntamiento de Calahorra, Logroño 2010, 767 págs. Esta última edición crítica y traducción formaron parte de la tesis doctoral del autor, defendida en el Departamento de Filología Latina de la Universidad de Granada en julio de 1994.

Los trabajos propios de esta edición han sido, en primer lugar, la revisión y adaptación de la versión de Climent al castellano actual, haciéndola más accesible al lector hodierno, y la comparación de dicha versión con la de López-Muñoz; la confrontación de las citas de los autores clásicos y cristianos; la introducción de pequeñas notas históricas referidas a obras, autores y personajes; y la introducción de notas explicativas de palabras técnicas de la terminología retórica, así como también del significado de algunos términos griegos.

DEDICATORIA

FRAY LUIS DE GRANADA DESEA LA BONDAD,
LA ENSEÑANZA Y LA CIENCIA
A LA UNIVERSIDAD DE EVORA,
MADRE DE VIRTUDES Y LETRAS.

Puesto que te engendró de sus entrañas, por así decir, el Serenísimo Cardenal Don Enrique¹, nuestro señor, ¡oh fecunda madre y maestra de virtudes y ciencias!; y te alimentó y promovió desde tus primeros años a la madurez y dignidad que ahora gozas; y teniendo en ti sola puestos y empleados todos sus cuidados y pensamientos para perfeccionarte y adornarte de todos los dones: es justo, por cierto, que nosotros, que lo debemos todo a este clementísimo Príncipe, al darte el parabién de tu felicidad, que te deseamos muy cumplida, procuremos también con nuestro trabajo, cualquiera que sea, ayudar en algo tus estudios. Pues como principalmente enderezas tus esfuerzos a este blanco, que es hacer de tus alumnos insignes predicadores de Cristo que rieguen con raudales de celestial doctrina la mies del Señor, juzgamos que haríamos un servicio importantísimo si te dedicáremos este librito, que trata de la manera de predicar, con el cual instruyeses en este oficio a los rudos y bisoños, para ejercerle como conviene. Lo que

¹ Cardenal Infante Don Enrique, hijo de Manuel I el Afortunado y de la infanta María de Aragón y Castilla, hermano menor del rey Juan III de Portugal. Arzobispo de Braga, de Évora, gran inquisidor de Portugal y Cardenal. Fue el que permitió la entrada de los Jesuitas en Portugal. A la muerte de Juan III y de su sobrino nieto Sebastián, se convirtió en Enrique I de Portugal. Al morir sin descendiente ni sucesor, toma el poder Felipe II de España.

hicimos con tanto mayor gusto, puesto que amonesta san Agustín que el arte de bien hablar –para cuyo estudio debe señalarse tiempo oportuno– ha de aprenderse en la juventud². Y, en efecto, con tanta más facilidad lo conseguirán tus alumnos cuanto más están por ti imbuidos plenamente en las ciencias dialécticas y filosóficas. Porque, como prueba claramente el padre de la elocuencia, Cicerón, en el libro que escribió *Del orador*, hablando en la persona de Lucio Craso³, de estas fuentes mana la alabanza de la misma elocuencia⁴.

Para que tratásemos, pues, del arte de bien decir, fue necesario recoger algunos preceptos de los archivos de los retóricos, con el fin de que la enseñanza de este arte, al modo de las demás artes, sirviese también a la sagrada teología y al ministerio de la divina palabra.

Así tratamos en estas partes de las cuatro partes principales de la elocuencia; a saber: la *invención*, la *disposición*, la *elocución*, y la más importante de todas, la *pronunciación*, que también se denomina acción.

Y ciertamente, si no escribimos de la pronunciación cosas mejores que otros, por lo menos escribimos más, por cuanto sin su ayuda, todas las otras, por más excelentes que sean, finalmente vienen a ser frías y lánguidas y, por consiguiente, muertas. Porque, ¿qué cosa puede haber tan aguda y tan magnífica que no decaiga si la pronuncias con un gesto y con una voz remisa o desmayada?

En cuanto a la invención, a la que pertenece probar y desarrollar la materia, señalamos, ya lugares comunes, ya también propios y singulares. Los lugares comunes –de donde se toman argumentos para todas las cuestiones– los tratan puntualmente los dialécticos en los libros de los *tópicos*. Así que de esos hablamos muy poco, porque su conocimiento pertenece a los dialécticos y de ellos escribió concisa y claramente hace pocos días, el

² Cf. S. AGUSTÍN, *De doctrina christiana*, IV, III, 4; PL 34,90.

³ Lucio Licinio Craso (140-91 a.C.) apodado el orador, fue considerado en su tiempo el mayor orador de Roma. Ejerció el consulado en el 95 a.C. junto a Quinto Mucio Escévola.

⁴ Cf. M. T. CICERÓN, *De oratore*, I, 3, 12.

reverendo padre Pedro de Fonseca⁵ en sus *Institutiones dialecticas*⁶ – a cuya obrilla remitimos al estudioso predicador–, quien con ejemplos muy oportunos, sacados de las Sagradas Escrituras, que es lo que pertenece a nuestro propósito, ilustró los preceptos del arte. Pero nos ha parecido bien tener que escribir con más abundancia y extensión de los lugares singulares que, tomados de las circunstancias de las cosas y de personas privadas, pertenecen especialmente al orador y tienen gran fuerza para probar y desarrollar⁷.

Recibe, pues, oh gloriosa madre, este pequeño don, con que adoctrines a tus hijos en el ministerio de la divina palabra: en cuyo piadoso y fiel ejercicio está puesta gran parte de la salud humana. De lo cual ya tienes experiencia, esparciendo por varios lugares de esta diócesis a muchos de tus hijos, condecorados con la borla doctoral, los cuales fecundan el campo de las iglesias con la semilla de la doctrina saludable. Así que en razón y justicia te conviene aquel oráculo de los proverbios: *los prados se han abierto, las verdes yerbas han aparecido y se ha recogido el benu de las montañas*⁸.

Sin embargo vigila con suma diligencia la unión estrecha con Dios mediante incesantes ruegos para que guarde por muy largos años con buena salud a tu Padre y Bienhechor, que te colmó de tantos dones, y aún te colmará de otros muchos: para que al fin, cuando pase a mejor vida, te deje íntegra, y en todas partes acabada; y vea los hijos de tus hijos; y a su iglesia, insigne y establemente adornada con el trabajo y la doctrina de ellos.

⁵ Pedro de Fonseca (1528-1599) jesuita, profesor de la Universidad de Coimbra. Se destaca por sus obras: *Institutionum dialecticarum libri VIII, Isagoge Philosophica*, y un *Commentarium in libros Metaphysicorum Aristotelis Stagiritae*.

⁶ PEDRO DE FONSECA, S. I., *Institutionum dialecticarum libri VIII*, Lisboa 1564.

⁷ Fray Luis intercaló aquí dos textos de san Juan Crisóstomo que se le trasapelaron y debían ir como ejemplos en Parte III, capítulo 3: «Ut autem quanta sit circumstantiarum vis ad res amplificandas concionator intelligat duo insignia divi Chrysostomi exempla, quae properanti mihi cum ad hunc circumstantiarum locum venissem exciderunt, hoc in loco attexere libuit». Los hemos puesto donde él quería (cf. Parte III, 3).

⁸ Pr 27,25.

PRÓLOGO

Habiéndome dedicado en estos últimos diez años, amigo lector, a escribir sermones, con no pocos trabajos y viglias, y con el favor de Dios llegada ya la obra casi al fin, comencé a pensar con más atención en mi interior qué fruto podría sacar de este tan largo y penoso trabajo, y a contemplar aquellas palabras de Salomón: *¿Para quién trabajo y por qué me privo a mí mismo del uso de mis bienes?*¹. Pues como me proponía en estos sermones promover, en algún modo, la gloria de mi Señor y la salud de las almas, entendí al fin que este trabajo había de acarrear poco provecho. Y no me ha parecido conveniente ocultar el motivo que tuve para juzgarlo así. Porque es común decir que son tres los oficios principales del perfecto predicador, a saber, inventar, hablar y pronunciar. A la *invención* pertenece hallar señaladas y esclarecidas sentencias, y estas acomodadas a su propósito: porque así se expresará de modo idóneo, que es la virtud principal de la invención. A la *elocución* toca explicar convenientemente toda la fuerza de la sentencia que hubiere hallado y declarar con las palabras los sentimientos del alma, de tal suerte que lo que él mismo concibiere, lo transfunda en el hablar a las almas de los oyentes. A la *pronunciación* incumbe acomodar la voz, el gesto y el rostro a las mismas cosas que dice.

Y realmente la *invención* de sentencias insignes, si miras a la dignidad de las cosas, es excelentísima: a cuyo estudio debe dedicarse el predicador toda la vida. Porque siempre procurará añadir algo a lo ya encontrado; para que, según la sentencia del Salvador, *saque de su tesoro doctrinas antiguas y modernas*². Con todo, la *elocución* y *pronunciación* han de tener el primer lugar si se tiene en

¹ Qo 4,8.

² Mt 13,52.

cuenta la condición de los oyentes, esto es, a la muchedumbre ruda e ignorante, que no concibe las cosas según lo pide su dignidad, sino conforme al modo con que se explican y pronuncian. Pues vemos que los rudos e inexpertos oyentes, si dijeres algo con aspereza y vehemencia, también se conmueven vehementemente, y de este modo conciben el mismo afecto que expresares con las palabras, voz y semblante. Por el contrario, se debe advertir que muchos predicadores, aunque estén dotados de erudición, ciencia de muchas cosas y agudeza de ingenio, si en la *elocución* son incultos, bárbaros y rudos, causan fastidio a los oyentes.

Pero no basta hablar con propiedad, si a esto no acompaña un buen modo de *pronunciación*. Porque vemos a muchos que siendo insignes en la ciencia de cosas muy buenas y en el modo de hablar, por carecer de esta destreza para pronunciar son tenidos en poco y desestimados, especialmente si su voz es ronca, flaca, débil o áspera e ingrata al oído, poco flexible y mal acomodada a las cosas que se dicen. Así, considerando yo con más atención la naturaleza de estas cosas, pienso que, al modo que los filósofos atribuyen dos formas a la materia —una que da la esencia, otra la existencia, que dicen que es la última perfección de la cosa—, así también parece que la *invención* se ha de tomar como materia, la *elocución* como primera forma, y la *pronunciación* como segunda: pues consta que la ruda y áspera invención se pule y adorna con la elocución, y con la pronunciación toma cierta faz y semblante que imprime y representa a los entendimientos de los oyentes. Y como en todas las cosas se tiene en más la forma que la materia que recibe la forma, me admira que muchos predicadores, gastando tanto tiempo y trabajo en la invención que se toma como materia, no se ocupen casi nada de la elocución y pronunciación, cuando, sin estas formas, el vulgo comúnmente menosprecia las invenciones más excelentes.

Volviendo a mi propósito, mi anterior trabajo trata solo de la invención de las cosas, la cual si no va acompañada del buen modo de hablar y pronunciar aprovecha muy poco. Me resolví entonces a escribir también algo acerca del modo de decir y pronunciar, según las fuerzas de mi corto ingenio, para que lo realizado aproveche y sirva a los deseos de los predicadores, y para que el gran trabajo que tuve en escribir los sermones no sea

inútil. Confiado, pues, en la divina ayuda, he emprendido una cosa que sobrepuja mis fuerzas, más por deseo de ayudar en algo que fiado de mi ingenio. Así, dando una mirada a las reglas del arte oratoria que estudié siendo joven, determiné entresacar lo que me parecía más necesario para este uso. Porque así como el orador toma mucho del dialéctico, por el parentesco de su arte, siendo el fin de entrambos persuadir hablando, así entre el cargo del orador y del predicador hay mucha afinidad, por cuanto el predicador procura persuadir no menos que el orador; y uno y otro no hablan en las escuelas con eruditos, sino en público con la gente común, la cual no solo se ha de convencer con razones, sino que también se ha de conmover con afectos y atraer blandamente con los varios modos de decir y con la elegancia de la oración. Así que de la fuente de aquellos tomé algunas cosas acomodadas a este oficio, las cuales, teniendo en cuenta la brevedad de esta parte, procuré ilustrar con ejemplos de los santos padres.

Porque como los retóricos acomodaron todo este artificio de hablar a las controversias civiles, pusieron también ejemplos pertenecientes a estas, los cuales convienen poco a nuestro designio. Y querría yo que no solo los ejemplos, sino también los preceptos mismos perteneciesen únicamente a la facultad de predicar, y que nada hubiese en esta obra que tuviese resabios de las letras de los gentiles. Pero al haber sacado toda esta doctrina de las fuentes de los retóricos, que la inventaron para tratar las causas judiciales, no fue posible dejar de mezclar en esta obra preceptos y ejemplos de decir que parecían menos convenientes a nuestro propósito. Los cuales, no obstante esto, no serán totalmente inútiles, pues por unas cosas fácilmente se entienden las otras que les son semejantes. Y quizá habrá otro que se halle más desocupado y, según que es fácil añadir algo a lo inventado, acabe más llana y felizmente esta obra que nosotros empezamos, y haga la misma retórica, por decirlo así, de todo punto cristiana.

Saqué, pues, algunos ejemplos de las Sagradas Escrituras, y principalmente de los libros de los profetas. Porque los profetas fueron unos celestiales predicadores que envió Dios para enseñar a los hombres y reprender sus malas costumbres. Sin arte hablaron con mucha habilidad, esto es, elocuentísimamente, como que hablaron inspirados, no del espíritu retórico, sino del Espíritu Santo, quien, *siendo sus obras perfectas*, comunicó también a los

mismos el don perfectísimo de enseñar y de decir. Porque *el que lo contiene todo, tiene también la ciencia de la voz y hace claras las lenguas de los infantes*³.

De lo cual, pudiendo alegar casi innumerables ejemplos, propongo al piadoso predicador los quince primeros capítulos de Jeremías, para que los lea despacio: en ellos se arrebató este divino orador, hablando con tanta fuerza, abundando en tantas figuras de la oración, en tantos afectos, en tantas metáforas y otros *tropos*⁴ de esta naturaleza, enardeciéndose con tal vivacidad al hablar, revistiéndose a menudo de tantas personas y transformando la oración con tal cantidad de expresiones y figuras, que ni Pericles⁵, de quien se dijo que fulminaba rayos y confundía a Grecia⁶, merece compararse en manera alguna con él, cuyo espíritu y afecto —abrasado con el celo de la gloria de Dios—, ojalá procurasen imitar todos los predicadores. Con igual ímpetu se eleva también en muchos lugares el profeta Ezequiel, sobre todo cuando reprende los pecados de los judíos y cuando les echa en cara el delito de su perfidia e ingratitud, lo que hace con admirable elocuencia en el capítulo dieciséis. Del mismo argumento y con semejante estilo elevado y alteza de palabras y afectos habla Moisés en aquel sublime cántico que empieza: *Oíd, cielos, lo que hablo, oiga la tierra las palabras de mi boca*⁷.

No sin gran reflexión he llenado alguna vez de muchos ejemplos las reglas que proporciono. Porque no escribo para los niños, que se instruyen con el cuidado y magisterio de los retóricos, sino para los predicadores, a quienes los ejemplos han de servir de maestros, puesto que ellos declaran idóneamente los

³ Cf. Dt 32,4; Sb 10,21.

⁴ Tropo: (Del lat. *tropus*, y este del gr. *τρόπος*). 2. m. Ret. Empleo de las palabras en sentido distinto del que propiamente les corresponde, pero que tiene con este alguna conexión, correspondencia o semejanza. El tropo comprende la sinécdoque, la metonimia y la metáfora en todas sus variedades, *Diccionario de la Real Academia Española*, Madrid 2001²², en adelante R.A.E.

⁵ Pericles (495-429 a.C.) político y orador de Atenas que le dio nombre al periodo de máximo esplendor de la Atenas clásica. Tucídides lo llamó «el primer ciudadano de Atenas». Convirtió la confederación de Delos en un Imperio, y dirigió las tropas durante los dos primeros años de la guerra del Peloponeso. Murió en la famosa *peste*.

⁶ Cf. M. T. CICERÓN, *Orator ad Brutum*, 9, 29.

⁷ Dt 32,1.

mismos preceptos. Y como esta facultad de decir consta de arte, imitación y ejercicio, como enseñan los retóricos, los ejemplos sirvan para imitarlos, a cuyo modelo debemos formar nuestros sermones. De este modo, queriendo dar gusto también en esto al estudioso lector, he escogido principalmente ejemplos entretreídos de graves sentencias, para que, aunque no fuesen ejemplos del arte, sin embargo fuesen dignos de ser leídos. Aclaro que al traer dichos ejemplos, no habiendo añadido cosa alguna de nuestra casa, he suprimido lo que parecía menos necesario, para no fastidiar al lector con demasiada extensión.

Para que entienda el predicador el orden que he seguido en esta obra, adviértase que son cinco las principales artes del orador: *invención, disposición, elocución, memoria y pronunciación*. De estas partes he excluido la memoria, porque depende más de la naturaleza que del arte. Quitada esta, nos proponemos dar razón de las otras. Porque, si bien es verdad que emprendí especialmente este trabajo por la necesidad de la elocución y pronunciación, sin embargo, de la invención y disposición quise dar aquellas reglas que parecen más adaptadas al oficio de la predicación y no a las controversias civiles, como hacen los retóricos.

Pero antes de tratar de esto, he de hablar del origen, utilidad y necesidad del arte retórica y de su artífice el predicador, es decir, de sus estudios, costumbres y dignidad del oficio, para lo cual sirve la parte primera. La segunda contiene el modo de probar y de argumentar. La tercera da reglas para la explicación y para mover los afectos. La cuarta describe varios géneros de sermones y diversos modos de predicar, y la razón y orden de las partes del sermón. La quinta trata de la elocución. La sexta enseña el modo de pronunciar y da algunos ejemplos del bien decir. Y en estas seis partes se comprende toda esta obra.

Y aunque en las primeras partes traté de las cosas que pertenecen al modo de la invención —que, según dije, es la primera de las cinco partes de este arte—, sin embargo, como la elocución va tan unida y conexas con la invención que apenas se puede separar de ella, juzgué que en donde lo piden la naturaleza y parentesco de las cosas también se le deben juntar muchas otras que pertenecen al arte de la elocución.

Me pareció que debía advertir esto al estudioso predicador antes de comenzar esta obra para manifestarle la razón del plan que he seguido en ella.

PARTE PRIMERA

**ORIGEN, UTILIDAD Y NECESIDAD
DE LA RETÓRICA
Y DEL OFICIO Y COSTUMBRES
DEL PREDICADOR**

1

ORIGEN DEL ARTE DE LA RETÓRICA

1. Dios, aquel soberano creador y gobernador de todas las cosas, que *todo lo dispuso en número, peso y medida*¹, de tal suerte creó la naturaleza humana, que sembró al mismo tiempo en nuestras almas las semillas de las ciencias y virtudes para que, cultivándolas, después nosotros las perfeccionásemos, parte con el socorro divino, parte ayudados de nuestra industria y trabajo. Y omitiendo las obligaciones de la religión y demás virtudes morales, cuyas semillas nacieron también en nuestras almas con la naturaleza misma, ¿qué cosa hay tan propia de la criatura racional como el discurrir, disputar y persuadir? Con todo, la misma razón y experiencia encontró un arte de racionar y argüir, y halló diferentes reglas por cuyo medio aquello mismo que hacemos sin maestro por instinto y merced de la naturaleza, lo hiciésemos mejor con el arte y la doctrina. Y esto no solo sucedió en el estudio de las ciencias y virtudes, sino también en las demás artes que miran al adorno del cuerpo. Pues los hombres, al principio del mundo, enseñados y urgidos por la necesidad, ejercían los oficios de albañiles, carpinteros y sastres; mas después, con empeño y diligencia se inventaron artes particulares para estas cosas, con las cuales se ejecutó más perfecta y cumplidamente aquello mismo que se hacía con menos acierto teniendo solo la industria natural. De aquí surgió la sentencia aceptada por todos: *con el arte se*

¹ Sb 11,21.

perfectiona la naturaleza, porque esta dio el principio, mas el arte la perfección y como que añadió forma a las cosas, dándoles la última mano. Por tanto, se ha de tener por muy verdadera la sentencia de Quintiliano², que dice: «No hay cosa perfecta, sino en donde el arte ayuda a la naturaleza»³.

2. Y viendo los hombres más sabios que los rudos, con solo su natural entendimiento, hallan razones con que persuaden y convencen de una cosa, hasta atraer a su opinión a los que antes la contradecían, fueron inventando *un arte de decir*, para poder conseguir esto más perfecta y cómodamente. Y así observaron que los hombres rudos e ignorantes obraban en esto de modo imperfecto e inconveniente y que otros, en cambio, dotados de agudo ingenio y doctrina singular, lo ejecutaban con mucha elegancia, hermosura y dignidad, y a partir de esta observación idearon *el arte del bien decir*. Pues para tales observaciones no dan menos motivos los favorecidos de la naturaleza en el hablar y discurrir que los que groseramente hablan y discurren. De los primeros puede tomar el oyente advertido las perfecciones que debe imitar, y en los segundos debe notar los defectos a evitar. Por eso cierto predicador discretísimo, consultado por un principiante sobre la manera de predicar bien, le envió a oír a otro predicador muy malo, y le mandó que observase atentamente el modo con que predicaba, aconsejándole que no hiciese nada de lo que el otro hacía, con lo cual sería muy posible que al fin saliese famoso orador, evitando los defectos de aquel.

3. Así, pues, los primeros escritores del arte oratoria, oyendo a los que hablaban bien y mal, hallaron los preceptos del arte. Así lo practicó Aristóteles muy cumplidamente antes que Cicerón, padre de la elocuencia, quien dice:

² Marco Fabio Quintiliano (c. 35-95) natural de Calagurris (Calahorra), el mejor profesor de retórica del mundo antiguo junto a Isócrates y uno de los más influyentes por su sistematización de la teoría retórica. Desarrolló en Roma una brillante carrera de veinte años como abogado y profesor de retórica en tiempos de Vespasiano, Tito y Domiciano. Abrió una escuela pública de retórica que obtuvo un gran éxito y le fue encomendada la educación de los sobrinos de Domiciano y los hijos de la emperatriz Domitila. Alcanzó un prestigio tal que se le nombró profesor oficial de la materia con retribución pública. Es el autor romano más citado por Fray Luis de Granada.

³ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, II, 3.

Recogió Aristóteles todos los antiguos escritores del arte, contados desde su príncipe e inventor, aquel Tisias, y con gran claridad y distinción escribió y explicó los preceptos de cada uno de ellos, aventajándose tanto a todos en la suavidad y brevedad de su exposición que ninguno conoce que estos preceptos se sacaron de sus libros, antes bien, los que quieren entender lo que enseñaron aquellos acuden a Aristóteles como a un maestro mucho mejor. Así este gran hombre se puso de manifiesto a sí y a cuantos le precedieron, para que conociéramos a los demás y a él mismo.

Y aunque trabajaron muchísimo en las principales partes de la filosofía, aprendiendo de él y siguiendo sus pasos, también nos dejaron muchas reglas del hablar. Y en fin, otros maestros del decir nacieron de otra fuente, los cuales, si de algo sirve el arte, nos ayudaron muchísimo en este particular⁴.

⁴ M. T. CICERÓN, *De inventione oratoria*, II, 6-7.

2

UTILIDAD Y NECESIDAD DE LA RETÓRICA

1. Por lo que hasta aquí hemos dicho queda bastante claro que los que predicán al pueblo pueden ayudarse mucho con la retórica. Y si creemos que las otras artes son necesarias para la más íntegra inteligencia de la sagrada teología, ¿por qué no emprender igualmente el estudio del arte del bien decir, para ejercitarnos más felizmente en el oficio de predicar? Sabido es que nuestros teólogos ya desde antiguo *llamaron las criadas al alcázar*¹, esto es, que atrajeron toda la filosofía –racional, natural y moral– a la obediencia y firmeza de la sagrada teología. Y si en nuestros días se gloria Jerónimo Vida², famoso poeta, de haber llevado al río Jordán a las musas, de haberlas limpiado de la suciedad que se les pegó de los poetas gentiles y de haberlas consagrado a la historia evangélica y a la alabanza de los santos, ¿qué razón habrá para no aplicar al oficio de predicar la retórica o arte del bien decir, inventada por Aristóteles, príncipe de todas las ciencias, y acrecentada y enriquecida con gran estudio por otros doctísimos varones que le siguieron? Porque si los que se dedican al estudio de la filosofía y teología aprenden primero el arte dialéctica, para que, instruidos con sus reglas, puedan fácilmente argüir,

¹ Cf. Pr 11,3; S. TOMÁS DE AQUINO, *Summa theologiae*, I, q. 1, a. 5, *sed contra*.

² Marco Girolamo Vida (1485?-1566) humanista italiano, poeta y obispo. Formó parte de la corte de los Papas León X y Clemente VII. Sus obras más destacadas son: *De Republica*, *De arte poetica*, y la más importante, *Christiados libri sex*, poema épico neolatino de tema cristiano a imitación de la *Eneida*.

responder a los argumentos y persuadir su intento, no menos se debe aprender el arte de la retórica para que podamos persuadir al pueblo de lo que queremos, y no solo decirlo de suerte que crea ser verdad lo que decimos, sino que cumpla lo que creyó ser verdadero y honesto, que es lo más difícil de conseguir.

2. Por lo que si nadie puede ejercitarse laudablemente en las disputas filosóficas y teológicas si no es diestro en el arte de disputar, así sin el socorro de la retórica apenas podrá alguno predicar bien si no está inspirado por el Espíritu Santo, como sucedió a los apóstoles y profetas, o no está dotado de un ingenio muy feliz y de una natural elocuencia, lo que en muy pocos se encuentra. Lo cierto es que ejercerá el ministerio de la palabra con más elegancia y facilidad el que con estudio diligente se ayudare de esta arte. Por tanto, no sin razón debe culparse la negligencia de muchos predicadores que suben al púlpito sin su subsidio. A la verdad, tengo por cosa indignísima que un empleo tan noble, tan necesario en la Iglesia y el más difícil de todos, se ejerza sin ningún principio ni regla, siendo así que hasta los oficios mecánicos no pueden ejercitarse bien sin haberlos antes aprendido. De aquí proviene que entre tantos predicadores que se oyen en los templos, apenas se encuentra uno u otro que hable con abundancia y elocuentemente, y aun son muchos menos los que mueven a penitencia a los malos y los inducen al amor de la virtud.

§ 1

3. Y porque en esta materia soy testigo poco acreditado, traeré testimonios de insignes autores. Sea el primero Plutarco³, el más grave de todos los filósofos, quien hablando de esta facultad del decir en su *Política*, declara así:

No debemos pensar que la retórica es la que persuade, sino la que ayuda a persuadir. Por lo que debe enmendarse el dicho de Menandro⁴: *Quien persuade son las*

³ Plutarco (c. 46-120) escritor griego nacido en Queronea (Beocia). Su obra más conocida son las *Vidas paralelas*, una serie de biografías de griegos y romanos famosos en la que, al enfrentarlos por pares, muestra sus defectos y virtudes.

⁴ Menandro (342-292 a.C.) comediógrafo griego, amigo de Epicuro y Zenón, discípulo del poeta Alexis y del filósofo Teofrasto. Se le considera el mayor exponente de la Comedia Nueva Ateniense. Escribió más de cien obras, de las

costumbres del orador, y no el discurso, porque a la verdad ambas cosas concurren, es a saber, las costumbres y el discurso elocuente, sino es como quien dice que solo el piloto gobierna la nave y no el timón, que el jinete es quien hace dar vueltas a un caballo y no la brida, y en fin que la ciudad solamente se gobierna con la vida y costumbres de los oradores y no con sus discursos. Ciertamente ambas cosas son menester, usando de ellas como de timón y brida con que el hombre, animal muy flexible, según le llama Platón, se gobierne y se vuelva como la nave desde la popa. Porque es verdad que un hombre particular con un vestido ordinario jamás podrá gobernar bien una ciudad ni arreglar las costumbres del vulgo si le falta la prenda de orador elocuente, con que persuada, mueva, enderece y guíe aquella multitud. Suelen decir que el lobo no puede ser cogido por las orejas, pero el pueblo se deja grandemente llevar por ellas⁵.

4. Demetrio de Falero⁶ declara con gran propiedad esta virtud y fuerza de la retórica, comparándola a las armas, y principalmente a la espada, diciendo que cuanto vale la espada en la guerra, tanto vale el discurso en la república: pues allí todo lo hace el valor, y aquí la persuasión⁷.

Por eso Pirro⁸, rey de los epirotas, solía decir que Cineas, su orador y legado, había sujetado con su elocuencia más ciudades a su imperio que toda la fuerza de sus ejércitos, como lo refiere Valerio Máximo⁹.

que solo se conserva completa *El misántropo*. Ejerció una gran influencia sobre la comedia europea renacentista.

⁵ F. L. DE GRANADA, *Colectánea de filosofía moral, Obras completas* XLVI, 289.

⁶ Demetrio de Falero (350-282 a.C.) orador ateniense y uno de los primeros peripatéticos discípulos de Aristóteles, amigo de Menandro. Escribió sobre historia y retórica. Gobernó Atenas hasta que tuvo que huir a causa de la conquista de Demetrio Poliércetes. Fue a Egipto, en donde fue designado como primer bibliotecario de la gran biblioteca de Alejandría por Ptolomeo I. Se le atribuye a él la idea de traducir la Biblia del hebreo al griego.

⁷ F. L. DE GRANADA, *Colectánea de filosofía moral, Obras completas* XLVII, 241.

⁸ Pirro, rey de Epiro (entre 307-302 y 279-272 a.C.) considerado uno de los mejores generales de su época, pese a ganar sus batallas a costa de grandísimas pérdidas. Lo que da lugar a la expresión: *victoria a lo Pirro*, es decir, con más pérdidas del vencedor que del vencido.

⁹ Cf. *Factorum et dactorum memorabilium*, IV, 4, 3, 6. Publio Valerio Máximo (cerca del 31 a.C. – 1ª mitad del s. I d.C.) escritor romano conocido por su libro citado aquí, dedicado al emperador Tiberio, cuyo objeto era ensalzar las virtudes

5. Pero a estas alabanzas de varones tan insignes añadiré lo que acerca de la utilidad y excelencia de este arte dice el más claro de los retóricos, Quintiliano, que primero menciona a algunos que vituperaban este arte, y luego emprende su defensa exponiendo su gran utilidad y dignidad con estas palabras:

Se cuestiona si es útil la retórica. Y algunos suelen declamar contra ella con mucha vehemencia; y lo peor es que para acusarla se valen de las mismas fuerzas de este arte. Dicen que la elocuencia libra del castigo a los facinerosos y con sus fraudes hace culpables a los mismos inocentes; que se pervierten las buenas iniciativas y se excitan no solo tumultos populares, sino también implacables guerras¹⁰.

Por este motivo dicen que fue desterrada de la ciudad de los laconios, y también de Atenas, en donde se prohibía al actor que conmoviese los afectos, abandonándose casi totalmente la facultad de hacer discursos.

6. A esta calumnia responde así el mismo Quintiliano:

Según esto, de nada aprovecharán los generales ni los ministros de justicia, ni la medicina, y ni siquiera la ciencia más sublime, ya que no pocas veces se han visto delitos muy infames en los que abusan del nombre de filósofos. Despreciemos también los manjares, porque muchas veces causaron enfermedades. Nunca nos pongamos bajo techo, porque alguna vez se desploma sobre los moradores. No se haga espada para el soldado, porque un ladrón puede valerse del mismo acero. ¿Quién no sabe que el fuego y el agua, sin lo que no hay vida, y, —por no detenerme más en lo terreno—, que el sol y la luna, astros principales, a veces dañan? ¿Acaso la elocuencia no aparta frecuentemente el miedo de los pechos de los soldados, cuando están más atemorizados? ¿Y acaso no persuade a los que entran en tantos riesgos de batallas, que no hay vida como la honra? A la verdad ni laconios ni atenienses me harán más fuerza que la práctica del pueblo romano, que siempre honró muchísimo a los oradores. Yo ciertamente no imagino que los fundadores de las ciudades pudieran haber conseguido congregar por otro

romanas tradicionales. Existe una traducción al español, hecha por Fernando Martín Acera, editorial Akal/Clásica, Madrid 1988.

¹⁰ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, II, 17, 1-2.

medio aquella multitud errante sino excitándola con doctos razonamientos. Ni los legisladores lograron sino a fuerza de su elocuencia que los hombres se sujetasen al yugo de las leyes. Aun reglas de la vida, siendo naturalmente honestas, tanto más sirven para rectificar el corazón cuanto con mayor claridad se proponen. Por lo cual, aunque las armas de la elocuencia puedan manejarse bien y mal, no es razón para tener por malo aquello que se puede usar bien. Así que estas cuestiones las plantean los que colocaron la mayor importancia de la retórica solo en la fuerza de persuadir; mas si la ciencia del bien decir se ordena al fin que nos proponemos –que el orador sea hombre de bien–, debemos confesar que ciertamente es útil.

Y en verdad, Dios, aquel príncipe padre y criador del mundo, en ninguna otra cosa diferencia más al hombre de los animales que en la facultad de hablar. Pues vemos en aquellos mudos animales unos cuerpos más aventajados en magnitud, fuerzas, firmeza, constancia y agilidad, y que no necesitan tanto de ayuda exterior, pues sin maestro saben naturalmente entrar y salir con más presteza, pacer y pasar a nado las aguas, y la mayoría se visten de su propio cuerpo para defenderse del frío, tienen armas innatas y toman su alimento de lo que tienen delante, todo lo cual cuesta muchos afanes a los hombres. Dios nos dio la razón en recompensa y quiso con ella hacernos compañeros de los dioses inmortales. Pero ni aun esta razón nos ayudaría tanto, ni resplandecería tanto en nosotros, si lo que concebimos en la mente no lo pudiésemos también expresar con la lengua: esta es la mayor carencia de los demás animales, en quienes descubrimos alguna inteligencia y discurso, porque el labrar las grutas, tejer los nidos, alimentar a sus crías y sacarlos al campo, como también el guardar para el invierno la provisión y hacer algunas obras que nosotros no podemos imitar, como son la cera y la miel, tal vez son efectos de alguna razón, mas se llaman mudos e irracionales por cuanto carecen de habla. Y en fin, a los hombres a quienes les es negada la voz, ¿de cuán poco les sirve aquel ánimo celestial? Por tanto, si lo mejor que recibimos de los dioses es la palabra, ¿qué cosa hemos de reputar por más digna de nuestro cultivo y aplicación, o qué más hemos de procurar enseñar a los hombres sino lo que los hace tan superiores a los otros animales? ¿Acaso

no es magnífico que con el mismo entendimiento y las mismas palabras que todos usan, alcance uno tanta gloria y aplauso que parezca que no habla ni que declama sino que relampaguea y truena, como le sucedió a Pericles?¹¹.

7. Mas si alguno piensa que estos testimonios han de tenerse en poco por ser de gentiles, ponga la vista en los santísimos doctores latinos y griegos que son las columnas de la Iglesia y clarísimas lumbreras del mundo, y verá que en sus escritos no faltó ninguna parte de la elocuencia. Sobre lo cual Juan el Inglés, obispo de Chichester, en el prólogo de la *Historia eclesiástica*, que acaba de escribir en latín, dice así:

¿Qué diremos de los escritos de los antiguos griegos, que explicaron las sagradas palabras de Dios con agudeza en la investigación de la verdad y con fluidez para convencer los entendimientos humanos? Estoy convencido que no hay hombre tan fuera de razón que no les atribuya la mayor elocuencia: ¿Quién como el Crisóstomo, más discreto en las palabras, más frecuente en las sentencias, o más parejo y ordenado en la estructura del discurso? De Aristóteles dijo Cicerón que en su tiempo fue un río de oro, y nosotros podemos decir con justicia del Crisóstomo que de su boca de oro sale un dorado y divino río de elocuencia. Sus palabras son tan propias y fluyen tan suavemente que no puede haber cosa más nítida y dulce; sus sentencias son tan sabias que se manifiestan como infundidas por Dios, no inventadas por ingenio humano; su composición de palabras organizada de tal modo, que no va jamás por largos rodeos que causen confusión, sino que siempre se contiene en sus justos límites. Nada hay en él que no represente una imagen de perfecta elocuencia. Y si hablase en lengua extranjera, como en la suya propia, lo que no es posible, causaría admiración su discretísima elocuencia.

¿Quién más diligente que el gran Basilio en adornar el discurso, más copioso en aumentarlo o más brillante en todo el artificio oratorio? Cuando reprende los vicios, nadie más conmovido; cuando excita a la virtud, nadie más ardiente; cuando describe las cosas, nadie por decirlo así, mejor pintor. En él se halla valentía para convencer y admirable suavidad para templar. Con tanta facilidad

¹¹ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, II, 16, 5-19.

dirige el discurso a cualquier lado, que en las materias más importantes levanta muy alto el estilo y se arrebata más vehemente; en las leves fluye con suavidad y blandura, dejando algo la vehemencia. Por lo que cierto erudito no reparó en llamarle el Demóstenes¹² cristiano.

¿Qué diré de Gregorio Nacianceno? ¿Quién punza con más agudo aguijón? ¿Quién ciñe y estrecha más el discurso? Puede llamarse Tucídides en la prosa, y Homero en el verso. En la oración es breve y compendioso y, como de Tucídides¹³ dijo Cicerón, al número de las palabras iguala el número de las sentencias. No posee un modo vago de decir, sino ajustado a sus puntos; no difuso, sino conciso. Hace el verso armonioso y lleno, enriquecido con las sentencias de Cristo, discreto con las voces de Homero. Por lo que, ya sea que siga el género suelto y libre de oración, ya aquel atado al metro, como suelen los poetas, siempre aparece grande y siempre excelente en el decir.

Con cuánto anhelo se aplicara al estudio de la elocuencia él mismo lo declara en la oración fúnebre de su hermano Cesáreo, donde refiere que este fue a Alejandría a estudiar la filosofía, pero que él, enardecido con el amor del arte oratoria, por utilizar sus mismas palabras, permaneció firme en las academias de Palestina, entonces muy florecientes, en cuyo estudio hizo tales progresos que Libanio¹⁴, sofista famosísimo, profesor de esta arte en aquellos tiempos, cuando le preguntaron sus discípulos quién le parecía digno de ocupar aquella cátedra después de su muerte, respondió: *aquel Gregorio, si no fuese cristiano* (porque Libanio era idólatra). Baste esto dicho referente a los escritores griegos.

¹² Demóstenes (384-322 a.C.) unánimemente considerado el mayor orador de la Grecia antigua. Cicerón lo aclamó *como el orador perfecto* al que no le faltaba nada y Quintiliano lo llamó *lex orandi* (la norma de la oratoria). Se hizo famoso por sus discursos contra Felipe II de Macedonia, conocidos como *Filípicas*.

¹³ Tucídides (460-396 a.C.) considerado el mejor de los historiadores griegos gracias a su narración de la guerra del Peloponeso.

¹⁴ Libanio (c. 314-394) sofista y maestro de retórica en Constantinopla, amigo de Juliano el apóstata. Entre sus discípulos se cuentan san Juan Crisóstomo, san Basilio Magno y el historiador Amiano Marcelino. Entre sus obras se conservan los *Progymnasmata* (ejercicios de retórica), y un abundante *corpus* epistolar, además de discursos, declamaciones e introducciones a los discursos de Demóstenes.

Entre los latinos ocupe el primer lugar san Jerónimo, cuya destreza en escribir fue tanta que casi llenó todas las categorías de la elocuencia. Cuando sale al campo contra los herejes, nadie más intrépido ni más valeroso, cuando responde a sus calumniadores, nadie más ardiente ni más agudo. Cuando hace una oración fúnebre, nadie más apropiado para consolar ni más elocuente para alabar. Cuando habla familiarmente por cartas con los amigos y parientes, nadie más suave, nadie más culto. Causa admiración ver en todo su discurso cómo ilustran bellísimamente las sentencias las cosas iguales comparadas con las iguales, las contrarias referidas a las contrarias, o las palabras duplicadas, repetidas, o variadas brevemente. Sea apreciada la elocuencia por los cristianos, o sea despreciado, pues, san Jerónimo. No intento con esto inducir a que busquemos el vano aplauso, que tan presto se desvanece; antes deseo que el pueblo reconozca siempre que todo lo ordenamos a la edificación de la iglesia y a la verdadera gloria de Dios, a quien es debido todo el honor y toda la honra¹⁵.

8. Pero es razonable que a san Jerónimo se junte el santísimo mártir san Cipriano, cuya elocuencia alaba Lactancio Firmiano¹⁶ con estas palabras:

Fue Cipriano el primero, el principal y el esclarecido, porque adquirió gran nombre en la profesión de la retórica y escribió muchísimas cosas admirables en su género. Era de un ingenio rápido, elocuente, suave y claro, que es la mejor prenda del estilo: tal que no podrás discernir si fue más agraciado en el hablar, más ágil explicando o más eficaz en persuadir¹⁷.

Y aun san Jerónimo admira grandemente la elocuencia del mismo Lactancio, a quien llama «río de tuliana elocuencia»¹⁸. Pues este, al principio de sus *Divinas instituciones* recomienda con estas palabras la oratoria:

¹⁵ J. ANGLUS, *Historia ecclesiastica*, proemium interpretis.

¹⁶ Lucio Firmiano Lactancio (245?-325?) discípulo de Arnobio, enseñó retórica en distintas ciudades orientales. Convertido al cristianismo, Constantino lo nombró tutor de su hijo Crispo. Entre sus obras están *De officio Dei*, *De ira Dei*, *De mortibus persecutorum*, y sobre todo las *Institutiones divinae*. Fue llamado *el Cicerón cristiano* por su estilo y elocuencia.

¹⁷ L. FIRMIANO, *Institutiones divinae*, V, 1: PL 6,551B.

¹⁸ S. JERÓNIMO, *Epist.* 58 (*ad Paulinum*), 10: PL 22,585.

De mucho, dice, me ha servido el haberme ejercitado en pleitos fingidos para abogar ahora en la causa de la verdad con más abundancia y facilidad, porque aunque esta puede defenderse sin elocuencia, como a menudo lo han practicado muchos, con todo se debe iluminar y en cierto modo pulir con la claridad y limpieza del lenguaje, para que conmueva más fuertemente los ánimos, ya con su misma fuerza, ya armada de la religión, y hermoçada con la brillantez del estilo¹⁹.

§ 2

9. Mas para que nadie imagine que defendemos la causa de la elocuencia solo con el ejemplo de los santos padres y no con su propio testimonio, mostraré uno de san Agustín, que en el libro IV *De doctrina christiana* no solo dio muchas reglas pertenecientes a este arte, ilustradas con muchos ejemplos, sino que también la recomienda:

Ya que por la retórica se persuaden cosas verdaderas y también falsas, ¿quién osará decir que la verdad debe comparecer inerme en sus defensores contra la mentira, de suerte que los que intentan persuadir ficciones sepan hacer benévolo, atento y dócil al oyente en el exordio, y que ignoren esto los que defienden la verdad?; ¿que aquellos narren las cosas falsas con brevedad, claridad y verosimilitud, y estos las verdaderas con tal desaliño que cause tedio el oírlas, no sea fácil entenderlas y aparezcan increíbles?; ¿que aquellos con falaces argumentos impugnen la verdad y defiendan la falsedad, y que estos ni se atrevan a defender la verdad, ni a refutar la falsedad?; ¿que aquellos atemorizen, contristen, alegren y ardientemente exhorten, moviendo como quieren el ánimo de los oyentes, empujándolos al error, y que estos en defensa de la verdad dormiten tardos y fríos? ¿Quién ha de haber tan necio que tal piense? Teniendo, pues, a mano el arte oratoria, que en gran manera sirve para persuadir lo bueno o lo malo, ¿por qué no se aplican los buenos a estudiarla para militar por la verdad, cuando vemos que los malos se sirven de ella para inducir a la iniquidad y al error? Así que bajo este punto de vista, las observaciones y preceptos de que se compone la que

¹⁹ L. FIRMIANO, *Institutiones divinae, praefatio*, PL 6,114B-115A.

llamamos retórica o elocuencia, deben estudiarlos en edad conveniente, dedicando en esto el tiempo necesario los que pueden aprenderla prontamente. Porque los primeros oradores romanos no repararon en decir que no pueden aprender la retórica perfectamente sino los que pueden aprenderla pronto²⁰.

10. Hasta aquí Agustín, con cuyo ilustre testimonio no solo puedo mantener mi proyecto con un nuevo argumento, sino también granjearme la gratitud de los aplicados a este ministerio, mayormente los muy ocupados, por haberles excusado dos molestias: una, de hojear los varios y confusos preceptos de retóricos, que ellos enseñaron en abultados volúmenes; otra, de escoger los que principalmente fuesen acomodados a nuestro plan, porque ellos idearon muchas cosas para tratar las controversias civiles en los tribunales de justicia, que de ningún modo pertenecen a nuestro propósito.

§ 3

11. Puede alguno decir que la atención puesta en este arte es un impedimento, pues parece que no predicamos movidos con el ímpetu del Espíritu Santo. A esto respondo que del mismo modo que el que aprende la lengua latina por reglas de gramática, cuando empieza a hablarla o escribirla atiende a las reglas para no faltar a ellas, pero cuando tiene el hábito adquirido con el uso prolongado y la práctica de hablar bien, ya entonces no piensa como antes en los preceptos, sino que con la sola costumbre habla perfectamente, sin duda con arte, pero sin atender al arte; así estos preceptos de la oratoria algo pueden entibiar al principio el fervor del espíritu, pero una vez que este arte ha pasado con la costumbre a ser como de la naturaleza, los más distinguidos en este arte hablan tan retóricamente como si fuera por el solo vigor de la naturaleza. Y es cierto que el hábito, radicado con mucho ejercicio, al cual los filósofos llaman cualidad simple y no múltiple, se convierte en naturaleza de modo que parece innato y no adquirido. ¿Creerá acaso alguno que a san Crisóstomo, a san Basilio, a su hermano san Gregorio Niceno y a san Cipriano, que fueron elocuentísimos y hablaron con grandísima habilidad, les

²⁰ S. AGUSTÍN, *De doctrina christiana*, IV, 2, 3-3, 4: PL 34,89-90.

fue de estorbo la retórica para tratar la causa de Dios con ardentísimo celo y afecto, y para convertir a los hombres a la virtud?

12. De todos modos, para que en este punto nada quede sin satisfacer, responderé a los que con este pretexto desprecian los estudios de la elocuencia: diciendo que san Jerónimo llevó azotes por haber sido más «ciceroniano que cristiano»²¹. Porque, si bien el mismo san Jerónimo, escribiendo a Eustoquio, dice haber sido esto un sueño, reconocemos con todo, que fue azotado justamente, no por haber sido ciceroniano, sino porque se había dedicado tanto al estudio de Cicerón que descuidaba totalmente el de las Sagradas Escrituras por causarle tedio su estilo humilde. ¿Qué cosa hay más necesaria para conservar la vida que la comida, la bebida, el calor natural y la sangre? No obstante, ninguna de estas cosas, una vez que se desordenan, dejan de acarrear la enfermedad o la muerte. Del mismo modo es permitido apetecer con moderación las honras y riquezas, sin embargo su apetito, cuando llega a ser tan desmedido que el hombre no repara en quebrantar la divina ley, es dañosísimo. Y así, aplicarse uno tanto a leer a Cicerón, que no tenga cuidado del estudio de las Sagradas Escrituras, ¿quién no lo juzgará reprehensible? Justamente, pues, fue castigado san Jerónimo por este motivo.

13. Pero a la objeción que algunos hacen contra la elocuencia, fundándose en que san Pablo dijo haber anunciado a Cristo *no con sabiduría de palabras*, esto es, no valiéndose de la retórica y filosofía, ya responde el mismo Apóstol añadiendo inmediatamente que esto lo hacía para que el fruto de su predicación *no se atribuyera a otro que a la cruz de Cristo*²². En efecto, la mayor gloria de la cruz de Cristo consistió en haber abatido las aras del demonio con las obras y doctrina de unos rudos pescadores que en ninguna ciencia humana se hallaban instruidos, en haber quebrantado el poder y fuerza de los emperadores, y en haber sujetado al mundo a su imperio. Y para que tanta gloria no fuera oscurecida por ningún lado, no debió propagarse la fe de Cristo con la elocuencia de insignes filósofos o esclarecidísimos oradores, a fin de que una tan

²¹ S. JERÓNIMO, *Epist. 22 (ad Eustochium)*, 30; PL 22,416.

²² Cf. 1Cor 1,17; 2, 1-2.

grande obra no se atribuyera más a la sabiduría del siglo que a la virtud de Dios todopoderoso y de su cruz.

14. Y aunque algunos dicen que los infelices herejes de nuestro siglo impugnaron la fe católica solo con las armas de su elocuencia, este argumento está ciertamente de nuestra parte. Porque, si tan grande es la fuerza de la elocuencia que puede persuadir las mentiras más descaradas, ¿cuánto más esta misma fuerza o energía podrá defender las certísimas y santísimas verdades de la fe católica, y descubrir los engaños e impiedad de los herejes, sobre todo siendo ellos tan incultos que cuanto se escribe contra sus blasfemias lo ríen, lo silban y ni aun lo reputan digno de leerse? Despreciar entonces el estudio de la elocuencia por este motivo, es lo mismo que pensar que no tenemos que usar balas en la guerra porque con ellas el Turco ha sujetado una gran parte de la cristiandad a su imperio, en lugar de valernos ciertamente de las mismas armas que tanta fuerza tienen, para luchar contra él.

15. Todo lo dicho en este capítulo conduce a advertir lo que vale este arte, en parte respondiendo a las objeciones de algunos, en parte también para que el piadoso predicador se aplique a aprenderla con más gusto y diligencia, pues tanto le puede ayudar para ejercer felizmente su ministerio. Y pues que ya se ha dicho lo suficiente en alabanza de la retórica, antes que entremos en los preceptos particulares de ella, digamos algo del retor, esto es, del predicador, de sus estudios, costumbres, y de la dignidad y facultades de tan sagrado oficio.

3

OFICIO DE PREDICAR Y SU GRAN DIGNIDAD

1. Para que el predicador pueda hacer bien en su ministerio, a sí mismo y a los prójimos, con nuestras instrucciones, se ve conveniente que antes de empezar la obra dé algunas lecciones de no poca utilidad para todos los que intentan dedicarse a este cargo. Entre estas, la primera y principal es que ante todo el predicador considere y tenga bien conocida la majestad y dignidad de su oficio. En primer lugar lo podrá conocer poniendo los ojos en la dignidad de aquellos a quienes Dios encargó este ministerio, que fueron los santísimos profetas, y después sus hijos los apóstoles. Pero es mucho más admirable que el mismo Señor de los apóstoles y profetas se haya dignado venir al mundo y ejercitar por sí mismo este empleo. Porque *habiendo hablado Dios de muchas maneras en otro tiempo a los padres por sus profetas, en estos últimos tiempos nos habló en su Hijo, por quien hizo los siglos, constituyéndolo su universal heredero*¹. Y por esto dice de sí el mismo Hijo: *Yo para esto nací, y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad*². Y por Isaías dice: *Tus ojos verán a tu Maestro, y tus oídos escucharán la voz de quien detrás te avisa: este es el camino, andad por él*³. También por Joel dice: *Hijos de Sión, alegraos en vuestro Dios y Señor, pues os ha dado al Doctor de justicia*⁴. Por estas, y por otras citas que sería largo referir, consta

¹ Heb 1, 1-2.

² Jn 18,37.

³ Is 30, 20-21.

⁴ Jl 2,23.

con evidencia cuán grande sea la dignidad de este ministerio, pues confesamos que su ministro y príncipe ha sido el mismo Hijo de Dios, Verbo y Sabiduría del Padre. A este divino Señor sucedieron después los apóstoles, que, recibiendo las primicias del Espíritu Santo, fundaron la Iglesia con su doctrina, porque suya es aquella voz: *Mensajeros somos de Cristo, y como que os exhorta Dios por nuestro medio*⁵.

2. Y no solamente la dignidad de los ministros, sino también el fin del ministerio declara abiertamente su dignidad. Pues el fin es la gloria de Dios y la salvación de las almas, a las que el predicador evangélico, después de haberlas sacado de la garganta del dragón infernal, va conduciendo a los pastos de la felicidad eterna, aplicándose a perfeccionar lo que obró la muerte y la sangre preciosa de nuestro Señor Jesucristo. No intenta hacer este gran beneficio a uno o a otro, sino a todos cuantos oyeren su voz. Y si, como es justo, la dignidad de la materia se mide por el fin, ningún fin es mayor ni más alto que este, agregando lo que comúnmente decimos: que un bien es tanto más divino cuanto más se comunica. Y es claro que el fruto y provecho de los sermones se extiende sin limitación alguna a todos los hombres.

3. Por otro lado, la grandeza del mérito compite con la dignidad del oficio, porque de tal manera dispuso el Criador la naturaleza de las cosas espirituales que las más dignas y honestas tuviesen una utilidad y mérito igual a su dignidad, si no en esta vida, en la otra. Lo que se ve en este ministerio, en el cual no puede discernirse si es mayor el provecho o la dignidad, como a cada paso lo testifican las Sagradas Escrituras. Y así Santiago apóstol dice: *Quien convierta al pecador descaminado, librará su alma de la muerte y esconderá la muchedumbre de sus pecados*⁶. Y el Señor asegura en el evangelio: *El que hiciere y enseñare, se llamará grande en el reino de los cielos*⁷. El profeta Daniel afirma: *Los sabios brillarán como el resplandor del firmamento; y los que instruyeren a muchos en la virtud, serán como astros en perpetuas eternidades*⁸. Por eso el divino Maestro los

⁵ 2Cor 5,20.

⁶ Sant 5,20.

⁷ Mt 5,19.

⁸ Dn 12,3.

*llama sal de la tierra, luz del mundo, antorcha sobre el candelero y ciudad puesta sobre el monte*⁹.

4. En fin, tal es la grandeza del mérito y dignidad atribuida por el Señor a este santo ministerio, que así como para las vírgenes y los mártires hay en los cielos cierto y glorioso distintivo que llaman *aureola*, la cual en las primeras remunera la frescura de su carne incorrupta con singular gloria, y en los segundos la constancia de su invicta fortaleza; así también los doctores tienen prevenida en el cielo semejante aureola y corona: porque no solo practicaron la virtud y la justicia, sino que con la enseñanza de su ministerio inflamaron también a otros en el mismo amor a la virtud. Lo que se cuenta entre los mayores elogios del divino precursor san Juan Bautista, pues de él se dice que con su doctrina había de atraer para Dios a muchos hijos de Israel¹⁰.

⁹ Cf. Mt 5, 13-16.

¹⁰ Cf. Lc 1, 76-77.

4

DIFICULTAD DE ESTE MINISTERIO

1. Mas como naturalmente sucede que nada hay sublime y grande en las cosas que deje de ser arduo y dificultoso, es ciertamente tan difícil este sagrado oficio, si se ejercita útil y rectamente, cuanto tiene de digno y provechoso. Porque siendo el principal oficio del predicador no solo sustentar a los buenos con el pábulo de la doctrina, sino apartar a los malos de sus pecados y vicios, y no solo estimular a los que ya corren, sino animar a correr a los perezosos y dormidos, y, finalmente, no solo conservar a los vivos con el ministerio de la doctrina en la vida de la gracia, sino también resucitar con el mismo ministerio a los muertos en el pecado, ¿qué cosa puede haber más ardua que este cuidado y esta empresa? Verdaderamente luchan contra esto las fuerzas y poder de la naturaleza caída e infecta con la podredumbre del pecado original, propensa siempre a los vicios; milita también la costumbre depravada, por no decir envejecida de muchos, cuya fuerza es tan grande que, como Séneca decía, *no son suficientes todas las armas de la filosofía para sacar del corazón una peste tan arraigada*¹.

¹ Cf. L. A. SÉNECA, *Epist.* 94, 24, 6. Lucio Anneo Séneca (4 a.C.-65 d.C.), conocido como *el joven* (para distinguirlo de su padre Marco Anneo Séneca *el viejo*), uno de los más grandes filósofos romanos. Su vida la dividió entre la contemplación filosófica y la actividad política, pues fue tal vez el máximo representante del estoicismo romano, y senador durante cuatro emperadores. Es

2. Pues ¿qué diré del mundo, dado todo al demonio? ¿Qué referiré de las malas compañías, malos ejemplos y consejos, injurias, afrentas, engaños y lisonjas de los malvados, entre quienes forzosamente se ha de vivir? ¿Con qué palabras podré yo declarar las fuerzas, las asechanzas de aquella antigua serpiente y las tentaciones y varios ardidés que tiene para dañar? ¿Acaso no está bastante comprobada la verdad de lo escrito en el libro de Job: *Aplicando su mano poderosa*, esto es, la de Dios, *fue sacada la culebra enroscada*²? Porque ¿qué otra mano que la de un Dios omnipotente era bastante para sacar fuera esta enroscada culebra que con las vueltas de su cola aprieta y ahoga las almas de los pecadores? Mientras que el fuerte armado guarda su atrio o zaguán, si no viene otro más fuerte que él que lo desarme y reparta sus despojos, es indecible cuán sosegadamente guarda él su puerta y retiene sus presos: pues de tal suerte cierra y obstruye todos los sentidos y resquicios por donde pueda entrarles alguna luz, que por un cierto modo recóndito y prodigioso *viendo no vean y oyendo no oigan*³ ni entiendan.

3. Tampoco es pequeño impedimento la condición de la fortuna, sea adversa o próspera. Porque mientras la adversa aflige con vehemencia, nada oyen los hombres sino aquello que pueda aliviar su pobreza y trabajo, como sucedió a los hijos de Israel, oprimidos en Egipto, que no quisieron oír de la boca de Moisés las palabras del Señor, por la angustia de los trabajos que los oprimían⁴. Mas luego que el aire de la fortuna favorable comienza a soplar y viene todo a pedir de boca, se llenan de tal modo los estrechos espacios del corazón humano, que se hace sordo a casi todo lo demás. Así lo experimentó y lo dice san Agustín:

Quando yo contemplo a los amadores de este siglo, no sé cuándo la predicación pueda ser oportuna para curar sus almas, porque cuando les son prósperas las cosas de este mundo menosprecian con su soberbia las advertencias de salvación, oyéndolas como cuentos de viejas; pero cuando los aprietan las adversidades, más se

uno de los autores latinos que más ha influenciado la literatura occidental, y uno de los más usados por Fray Luis de Granada en su *Retórica*.

² Job 26,13.

³ Cf. Jr 5,21.

⁴ Cf. Ex 6,9.

esfuerzan en evadirlas, por lo cual se angustian en lugar de poder remediarlas⁵.

4. En suma, para decir mucho en pocas palabras, es tan ardua y difícil empresa reducir al hombre de la esclavitud de la culpa a la libertad venturosa de la gracia, que llega a decir san Gregorio:

Si atentamente consideramos las cosas invisibles, consta ciertamente que es mayor milagro convertir a un pecador por medio de la predicación y oración que resucitar a un muerto⁶.

Por estas razones y autoridades fácilmente el predicador podrá entender cuán grave negocio se le ha confiado y cuán pesada carga se impuso sobre sus hombros; y así, con cuánto anhelo debe procurar no solo aplicar un ánimo y un estudio correspondiente a esta dificultad sino también, y aun mucho más, con qué piedad, respeto y humildad debe portarse con Dios para que la bondad y providencia divina, que realiza casi todas las cosas por medio de causas segundas, quiera servirse de él como de instrumento apto para obra tan grande. Y de aquí comprenderá también, si no busca su gloria, sino la de su Señor y la salud de las almas, cuánto debe adelantar este negocio más con oraciones que con sermones, más con lágrimas que con letras, más con lamentos que con palabras, más con ejemplos de virtudes que con las reglas de los retóricos.

⁵ S. AGUSTÍN, *Epist.* 203 (*ad Largum*); PL 33,938.

⁶ S. GREGORIO MAGNO, *Diálogos*, III, 17; PL 77,265A.

5

PUREZA Y RECTITUD DE INTENCIÓN DEL PREDICADOR

1. Hay otra dificultad, acaso no menor, en esta empresa y que no necesita menos del auxilio celestial, y es la rectitud y pureza de intención que debe tener el predicador en el uso de su ministerio. Quiero decir que, olvidado de sí, de sus comodidades y de su honor, ponga su mira fija en la gloria de Dios y salvación de las almas, atienda solamente a aquella, la busque, piense en ella, la tenga siempre delante de sus ojos y jamás aparte de ella el pensamiento para pensar en sí mismo. Porque es cosa indigna que, cuando se trata de la gloria de Dios y de la salud o muerte eterna de las almas, desprecie el hombre cosas de tanta importancia, cuide de su reputación y sienta más que peligre este vano e inútil aire del rumorcillo popular, si por desgracia su predicación es menos agradable al auditorio, que la gloria de Dios y la salvación de las almas.

2. Pero ¿quién habrá tan enamorado de sí, y olvidado de Dios, que si conoce que predomina en su alma esta ambición no se avergüence de una deformidad tan fea cual es el desprecio de Dios? Refiere Francisco de Siena que Armenia, matrona muy distinguida, regresando a su casa de un convite ofrecido por el rey Ciro, en el que este había sido alabado de todos por su belleza majestuosa, fue consultada por su marido sobre su sentimiento ante tal magnificencia, a lo que ella respondió: «Yo jamás, mi

querido esposo, aparté de ti mis ojos, y así ignoro cuál sea la hermosura de marido ajeno»¹. Si esta mujer pensaba que era gravísimo delito poner los ojos en otro que en su marido, aunque fuese un rey, ¿cuánto más detestable será, cuando se trata de la gloria de Dios y de la felicidad eterna de los hombres, posponer estas totalmente, y andar solícitos por aquella honrilla, que se desvanece más presto que la sombra? Cuando el profeta Eliseo envió a su criado con el báculo a resucitar a un niño, le mandó que, ceñidos los lomos, acudiese corriendo allá con la mayor velocidad que pudiese, sin detenerse a saludar ni responder a los que encontrase en el camino², con lo cual dio a entender que aquellos a quienes Dios encomienda el cuidado de resucitar las almas, muertas por el pecado, con el báculo de la severidad divina y virtud de las palabras evangélicas, deben entregarse con tanto empeño a este importante ministerio que, olvidados de todo respeto humano, en esto solo piensen, en esto mediten los días y las noches, y por ninguna dependencia de este mundo se abstengan de esta ocupación, para que a la grandeza del ministerio corresponda el cuidado y diligencia del ministro. Porque si un padre fuese corriendo a llamar al médico para una hija que estuviese dando a luz y en peligro por la dificultad del parto, ¿por ventura en este lance podría estarse mirando los juegos del pueblo o algunas farsas semejantes, o poner su atención en estas cosas? Siendo, pues, de nuestra obligación no salvar los cuerpos humanos de algún riesgo, sino las almas, redimidas con la preciosa sangre de Jesucristo, sacándolas de la garganta misma de la muerte eterna para restituir las a vida inmortal, ¿qué cosa puede haber más perversa y detestable que el que, constituido un hombre en tal alto empleo, vuelva aun los ojos al humo de una vanísima gloria?

3. Esta deformidad de ocuparse un hombre en su negocio cuando Dios le encarga el suyo, desdice tanto de toda buena razón, que apenas hay términos para poder explicarla, y sin embargo es difícilísimo no incurrir en ella. Porque la pureza y rectitud de intención que se pide en el predicador evangélico tiene un poderosísimo enemigo entrañado en lo íntimo del hombre que la está combatiendo, cual es el apetito de la honra y de la propia

¹ Cf. F. SENENSIS, *De institutione reipublicae*, lib. IV, tit. 5 (Parisiis 1534, f. LVIIIv).

² Cf. 2Re 4, 25-29.

excelencia, afecto que en muchos es tan vehemente como el amor innato de la vida y la propensión al trato carnal, y que, como dicen los teólogos, domina entre las demás pasiones de la naturaleza corrompida, y a este tenor los otros deseos se rinden a la ambición de la honra y de la gloria. ¿Acaso no vemos todos los días a muchos que exponen su vida, que en lo humano es lo máspreciado para el hombre, y aún afrontan la muerte, con tal de no padecer algún detrimento en su honra? ¿Cuántos hay que conservan puros sus cuerpos no tanto por temor de Dios cuanto por miedo de su deshonor? No son necesarias muchas razones para explicar la fuerza y tiranía de este enorme afecto. Ponga el hombre ante su vista los acontecimientos de todos los tiempos; considere todas las ruinas del orbe terráqueo; contemple las guerras que Alejandro Magno, Julio César y otros reyes y emperadores tanto romanos como de otras naciones han emprendido; mire también los duelos que vemos cada día entre los hombres, y comprenderá fácilmente que casi todas estas llamas nacieron del fuego de esta ambición. Y si confía poco de testimonios ajenos, examínese por dentro, escudriñe sus pasiones, y poco le costará reconocer cuánta es la fuerza de esta fiebre.

4. Esta podredumbre corrompe máximamente la pureza de intención del género humano, la cual como dijimos, es necesaria para desempeñar bien este encargo: pues este afecto es tanto más vehemente cuanto mayor es la honra y gloria y a más se extiende y comunica; y la fama de un gran predicador no se ciñe a los límites de la ciudad en que vive, sino que vuela hasta las naciones y reinos extranjeros. Así oímos que en Roma o en Milán hay un predicador muy excelente, que en esta aptitud aventaja muchísimo a los demás. No es esta una fama en razón del vigor corporal y fortaleza, en que también muchos animales nos exceden; ni tampoco es gloria de riquezas o hermosura, que es frágil y pasajera; sino de ingenio, de destreza, de elocuencia, de noble erudición, y aun de la bondad que debe brillar en el sermón de un excelente predicador. Cuya gloria, cuanto es más digna y eminente, tanto más arrebató nuestro deseo y lo precipita tras él con más ardor, sediento de gloria.

5. Y ¿qué diré del miedo de la ignominia, que de tal suerte preocupa el entendimiento de algunos al principio del sermón que hasta los miembros del cuerpo les incomodan y tiemblan las

rodillas al ir a predicar, y no hallan forma de poder sacudir de sí este miedo? ¿De dónde procede esta pasión tan cobarde, sino del miedo y riesgo de la afrenta a que entonces se exponen los oradores? ¿Y de dónde nace este tan gran temor de la ignominia sino del desordenado amor de la gloria? Un entendimiento, pues, preocupado y lleno de estos dos afectos, ¿qué lugar dejará en el alma para que, dando de mano a todo lo demás, enteramente se ocupe en la gloria de Dios y salvación de las almas? Claro está, pues, que no es fácil guardar esta pureza de intención en el ejercicio de este empleo si el predicador no procura alcanzarla de Dios como un don suyo extraordinario y singular con muchas lágrimas, muchas oraciones y méritos de virtudes.

6. Y no piense que, practicando esto con cuidado y diligencia, está totalmente libre del riesgo de esta mancha, porque en esto siempre se ha de tenerse por sospechoso. Pues como sabiamente dice san Gregorio: «Muchas veces el entendimiento se engaña y finge en las buenas obras amar lo que no ama, y respecto de la gloria mundana finge aborrecer lo que estima»³. Y el mismo santo doctor explica cuán grande es el peligro de esta intención, citando aquellas palabras del justo Job: *Si yo fuere sencillo, esto mismo lo ignorará mi alma*⁴, y dice:

Hay algunas cosas que son difíciles de entender aún cuando acontecen... Con frecuencia asumimos la tarea de la predicación para aprovechar con esto a nuestros prójimos, pero si lo que predicamos no les complace, de ningún modo es bien recibida nuestra prédica.

Entonces, al tiempo que el entendimiento procura agradar con provecho, el amor de la propia alabanza desciende torpemente, y el que procuraba librar a otros del cautiverio de las culpas, comienza a servirles como esclavo de sus aplausos. Es, pues, la ambición de la alabanza como un ladroncillo que se coloca al costado de los que van por camino recto, para quitar la vida a los pasajeros con la espada que llevaba escondida. Y como la intención de aprovechar que se había propuesto se tuerce por el amor propio, se ve cuán monstruosamente viene a terminar la culpa aquella misma obra que comenzó la virtud. Muchas veces el pensamiento desde el primer

³ S. GREGORIO MAGNO, *Regula pastoralis*, I, 9; PL 77,22A.

⁴ Job 9,21.

momento pretende una cosa, y luego la acción manifiesta otra⁵.

7. Pero muchos predicadores, y especialmente los jóvenes, se guardan tan poco de evitar este peligro que ni siquiera le conocen. Porque así como en muchas regiones el torpe vicio de la embriaguez no se tiene ya por vicio ni por afrenta, porque la costumbre depravada de los hombres le quitó el horror, así es tan familiar y natural a muchos de los predicadores esta vanagloria que apenas reparan en ella y ni aun la tienen por pecado. Mas los que agitados del temor de Dios, se escudriñan a sí mismos y todos los resquicios de su conciencia con diligente y maduro examen, sin dejar nada en su interior que no registren, viven muy temerosos de este riesgo. Años pasados tuve muy estrecha amistad con un predicador, varón piadoso, que, como me refirió él mismo, cuando empezó a predicar preveía poco, lo mismo que otros, el peligro de esta vanidad. Andando el tiempo, abrió más los ojos y consideró en sí mismo lo que antes dijimos, y quedó tan atemorizado y confuso que pensó en abandonar del todo el empleo de predicar y se abstuvo de él por mucho tiempo. Pero luego que lo retomó por la obediencia, procuraba fortalecerse de muchas maneras con grandísimo cuidado y con muchas oraciones contra este común enemigo de los predicadores.

He dicho brevemente lo que convendría decirse con más extensión para amonestar a los ministros de la divina palabra, para que tengan cuidado sobre este peligro tan oculto en lo que más se precisa al desempeño de su oficio. Pues como toda la razón de las cosas ordenadas a cierto fin debe tomarse del mismo fin, claramente se infiere que, mal constituido este, queda destituido lo demás de orden, de razón, y también de merecimiento.

⁵ S. GREGORIO MAGNO, *Moralium*, IX, 25; PL. 75,878D-879B.

6

BONDAD Y COSTUMBRES DEL PREDICADOR

1. Comencemos ahora a examinar las consecuencias de lo que hemos dicho. Primeramente, si es tal la dignidad y majestad de este oficio, que tiene por su príncipe y autor al mismo Hijo de Dios, y al predicador por *su enviado en la tierra*¹, ¿cuál convendrá que sea la pureza e integridad del que es destinado para tan alto empleo? Ni siquiera la naturaleza de las cosas tolera que se oscurezca la vida del orador que resplandece por tan alta dignidad, sino que se requiere que anden a porfía la limpieza e integridad de la vida con la dignidad del ministerio. Por eso, cuando el Señor iba a enviar al profeta Jeremías a corregir las malas costumbres de su pueblo, le santificó estando aún escondido en el vientre de su madre, y antes de salir a luz². Y asimismo purificó los labios de Isaías de toda mancha de impureza y de pecado por medio de un querubín que fue volando hacia él con el fuego celestial que tomó del altar de Dios, para que como ministro idóneo suyo reprendiera los vicios de un pueblo malvado y rebelde³. ¿Qué diré de los apóstoles, a quienes en el día de Pentecostés llenó el Señor de tanta gracia del divino Espíritu para formarlos buenos maestros de la doctrina evangélica?⁴ ¿Qué de Pablo, a quien no solo llenó del propio Espíritu, sino que le levantó hasta el tercer cielo para

¹ Cf. 2Cor 5,20.

² Cf. Jr 1, 4-5.

³ Cf. Is 6, 6-7.

⁴ Cf. He 2, 1-12.

que aprendiera entre los ángeles lo que después había de enseñar entre los hombres?⁵.

2. Pero creo que todos estos ejemplos se ven superados por el mismo Hijo de Dios que no emprendió este oficio de enseñar antes de prepararse con aquel ayuno de cuarenta días, con oraciones y con el retiro del desierto⁶: no porque él necesitara tal disposición, siendo fuente de pureza y sabiduría, sino para que los doctores de la Iglesia aprendieran con este ejemplo la pureza e inocencia de vida con que deberían disponerse para ejercer este celestial empleo. Porque aquel soberano Maestro sabía cuánto más eficaces serían los ejemplos ilustres de virtudes que las palabras cultas y refinadas para conciliarse la fe y ordenar la vida de los hombres. Por lo que después de haber llamado el mismo Señor a los predicadores *antorcha puesta sobre el candelero*⁷ para alumbrar a cuantos viviesen en la casa de la Iglesia, añade inmediatamente: *De tal modo resplandezca vuestra luz en presencia de los hombres, que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos*⁸. Con cuyas palabras claramente manifestó cuánto más ilustrarían la gloria de Dios las esclarecidas obras de virtudes que las palabras selectas y refinadas. Esto también lo dice aquella profecía de Isaías: *Y serán llamados en ella los valientes de la justicia, plantel del Señor para glorificarle*⁹. Y en verdad, ¿qué cosa puede manifestar más el esplendor de la gloria divina que la hermosura y constancia de la vida de un varón justo, de un fiel ministro de Dios, perfecto y ejemplar?

3. Finalmente, si traemos a la memoria las crónicas y la expansión de la Iglesia, hallaremos que se ha aumentado y enriquecido mucho más con los ejemplos de los hombres santos que con las palabras de los sabios. ¿De cuántos monjes que vivían en la tierra como ángeles fue padre el rudo Antonio? Por él dice aquellas palabras san Agustín: «Se levantan los indoctos y nos arrebatan el cielo, y nosotros con nuestra ciencia estamos aquí revolcándonos en la carne y en la sangre»¹⁰. ¿Qué diré también de

⁵ Cf. 2Cor 12,3.

⁶ Cf. Mt 4,2.

⁷ Mt 5,15.

⁸ Mt 5,15.

⁹ Is 61,3.

¹⁰ S. AGUSTÍN, *Confesiones*, VIII, 8, 19; PL 32,757.

Francisco que sin letras puso en el paraíso de la Iglesia tanta multitud de virtudes, más con ejemplos de santidad que con elegantes palabras? ¿Qué de aquel Simón, llamado *el Estilita*, cuya vida escribió su coetáneo y familiar amigo Teodoreto¹¹, quien, ignorante de todas las letras y puesto sobre una columna, convirtió de la idolatría a la fe de Cristo a innumerables con los ejemplos de su vida admirable? También santa Catalina de Siena, vecina a nuestros tiempos, con ser mujer y sin letras, convirtió a tantos de una vida desarreglada a la piedad y justicia; que cuatro confesores, que de continuo la asistían con permiso del Sumo Pontífice Gregorio XI apenas tenían tiempo para reposar, oyendo las confesiones de aquellos que la santa sometía al amor de la virtud y justicia, más con el esplendor de su vida que con su doctrina.

4. Esto que he dicho brevemente, de ningún modo es para disminuir el don de la doctrina, sino para que entienda el predicador piadoso cuánto le importa que su vida sea inculpable y pura. En pocas palabras lo resume Séneca, escribiendo a Lucilo: «Elige a un maestro que sea tal, que más te admires al verle que al oírle»¹². Por eso Lactancio Firmiano dice:

Quien da preceptos para vivir bien no debe dejar senda abierta a ninguna excusa, imponiendo a los hombres la necesidad de obedecer no por la fuerza, sino por vergüenza. ¿Y cómo podrá impedir los pretextos de los discípulos si quien enseña no hace lo que enseña, yendo delante, y dando la mano al que le ha de seguir? Ciertamente no pueden tener duración las cosas que uno enseña si no las practica primero: porque la naturaleza de los hombres, propensa a los vicios, quiere hacer ver que no solo tiene licencia, sino también razón para pecar¹³.

5. San Pablo (omitiendo los demás compañeros suyos en este ministerio) obró de suerte que más de una vez se proponía a sí mismo por ejemplar a la imitación de los fieles, a quienes enseñaba la palabra de la vida, pues dice en un lugar: *Sed, hermanos, mis imitadores, como yo también lo soy de Cristo*¹⁴. Y en otra parte:

¹¹ Cf. TEODORETO, *Religiosa historia*, XXVI; PG 82,1463-1483.

¹² L. A. SÉNECA, *Epist.* 52, 8.

¹³ Cf. L. FIRMIANO, *Institutiones divinae*, IV, 23; PL 6,519A-520B.

¹⁴ 1Cor 4,16.

*Entendámonos; a nadie hicimos mal, a nadie hemos pervertido, a nadie hemos engañado*¹⁵. Y otra vez, escribiendo a los filipenses: *En adelante pensad, hermanos, en cuántas cosas son verdaderas, honestas, justas, santas, en cuántas son amables y de buena fama, las cuales aprendisteis y escuchasteis y oísteis y visteis en mí*¹⁶. Así este buen maestro no solo proponía a los oídos las cosas que debían oír con provecho, sino que también ponía delante de sus ojos los ejemplos para que admirándolos, al mismo tiempo los moviesen a su imitación.

6. En cambio de aquellos que andan por otro camino, esto es, de los que enseñan cómo se debe vivir pero viven de otro modo, dice san Gregorio:

Hay algunos que con escrupuloso cuidado escudriñan las reglas espirituales, pero lo que con su inteligencia alcanzan, lo atropellan con su vida. De repente enseñan lo que no aprendieron por sus obras, sino por su meditación; y lo que con sus palabras dicen, con sus costumbres lo contradicen.

Por lo cual el mismo santo amonesta gravemente a los predicadores:

Conviene primero limpiarse y así limpiar a otros; primero hacerse sabio, y así hacer sabios a los demás; hacerse luz, y así alumbrar a los otros; acercarse a Dios, y así hacer que otros se le acerquen; santificarse, y así santificar a otros; tener limpias las manos, y así alargar a los demás la mano¹⁷.

7. Y porque muchos no hacen caso de este precepto de un varón tan santo, con razón se queja san Bernardo de que tengamos hoy en la Iglesia muchísimos canales, pero muy pocos aljibes, pues dice que tienen tanta caridad aquellos por quienes fluyen al pueblo los raudales de la divina palabra, que antes de llenarse quieren derramar¹⁸, siendo así que debiera esto hacerse muy de otra manera, según que lo da a entender el salmista en aquel verso: *derramó mi corazón una palabra buena*¹⁹. Porque, ¿qué otra cosa es derramar sino pronunciar una palabra buena de la

¹⁵ 2Cor 7,2.

¹⁶ Flp 4,8.

¹⁷ S. GREGORIO MAGNO, *Regula pastoralis*, I, 2; PL 77,15C.

¹⁸ Cf. S. BERNARDO, *In Cant.* 18, 3; PL 183,860B.

¹⁹ Sl 44,1.

hartura del corazón el alma saciada con los manjares de la divina palabra?

A los mismos también censuró gravemente Séneca cuando dijo:

A ninguno de los hombres tengo por menos honorable que a los que aprendieron filosofía como un artificio negociable, y viven de otro modo del que enseñan se ha de vivir, presentándose a sí mismos por ejemplo de su inútil enseñanza, mientras que viven sujetos a todos los vicios que reprenden. Un tal maestro no podrá servir de más provecho que en una tormenta un piloto mareado. Se ha de manejar con destreza el timón cuando el mar está más embravecido, se ha de luchar con el mismo mar, se han de amainar las velas. ¿En qué puede entonces ayudarme un piloto que está todo aturdido y vomitando? ¿Piensas tú en cuánta mayor borrasca corre la vida que una nave? En este lance no se ha de hablar, sino que se ha de gobernar²⁰.

8. Pero ¿qué necesidad hay de tantos argumentos para probar una cosa tan manifiesta, cuando los mismos retóricos definen así al orador: *un varón bueno, diestro en hablar*? Porque si el orador que trata de las servidumbres de las casas y de que se devuelva un depósito, para ser creído de los jueces ha de ser varón justo y se busca más en él la probidad de vida que la inteligencia del arte, ¿qué diremos de un predicador, cuyo total cuidado y oficio consiste en mover a los hombres al odio de los vicios y al amor de las virtudes, más con sus obras que con sus palabras? Pues con mucha razón se dijo: *¿A quién limpiará un sucio?*²¹.

9. Todo esto nos hace conocer cuál sea el motivo porque en nuestro siglo, resonando continuamente casi todos los templos con las voces y clamores de los predicadores, vemos tan poca enmienda en las costumbres y tan pocas conversiones. Pues siendo la palabra de Dios fuego y como un martillo que quebranta las piedras, si este fuego no abrasa los pechos helados y este martillo no ablanda los corazones de hierro, ¿cuál puede ser la causa, sino que este negocio se trata más con palabras que con ejemplos, más con letras que con lamentos, más con el estudio de la elocuencia que con piadosas oraciones, más con el cuidado de

²⁰ L. A. SÉNECA, *Epist.* 108, 36-38.

²¹ Sir 34,4.

adquirir aplausos que de desterrar los vicios, y, finalmente, con mayor ansia de hacer su nombre célebre que de conseguir la gloria del Altísimo y la salud de las almas? Y esto ¿qué otra cosa es sino enterrar el talento cuando vemos que el ministerio que se les ha confiado no lo rectifican a la gloria de Dios y salvación de los hombres, sino a las conveniencias e intereses temporales, para vivir con más anchura y regalo, para conseguir un puesto de dignidad más honrosa, para ganar estima y nombre en el pueblo y para percibir rentas más pingües de la Iglesia? Esto hacemos cuando vamos con tanto anhelo tras de estas cosas o tenemos en poco la gloria de Dios y salvación de las almas, o las ponemos en el último lugar. Pero bien claramente dio a entender el rey profeta cómo se comportará Dios con semejantes operarios, cuando dice en un salmo: *¿Cómo te atreves, pecador, a predicar mis leyes y a tomar mis palabras en tu boca?*²², y lo que sigue. Todos estos pertenecen a la suerte de aquellos de quienes dijo el Salvador en el evangelio: *Dicen y no hacen; imponen pesadas e insoportables cargas, y no quieren tocarlas con su dedo*²³.

²² Sl 49,16.

²³ Mt 3, 3-4.

7

CARIDAD QUE DEBE TENER EL PREDICADOR

1. Sabemos que la bondad de la vida y el ejercicio de las virtudes no pertenece solamente a los predicadores, sino también a todos los hombres; sin embargo la caridad de la cual procede el ministerio de predicar debe sobresalir en el predicador. Porque de ella nace un amor ardentísimo de la gloria de Dios y un deseo fervorosísimo de la salud de las almas, que es el principal fundamento de este oficio. Así el que se destina a este ministerio debe tener mucha más sed de la gloria de Dios y salvación de los hombres que la que tiene el más avaro de riquezas, el más ambicioso de honras, y todo general de la victoria y triunfo de sus enemigos. Porque este deseo ardentísimo, que proviene de la raíz de la caridad, es tan propio de los predicadores evangélicos y tan necesario para cumplir con su oficio, que a mi juicio, aquel que esté desprovisto de este ardor y deseo hará bien en no tomarlo.

2. En este deseo se abrasaba aquella santa mujer del Apocalipsis que se consumía por dar a luz, porque tenía deseos tan vivos de dar hijos para su Esposo, que no temía pasar por todos los tormentos del cuerpo y por todos los castigos de los tiranos con tal que diese a luz a su celestial Esposo esta generación espiritual¹. De estos deseos vehementes de ganar almas a Dios fue figura Raquel, tan deseosa de tener hijos, que

¹ Cf. Ap 12,2.

dijo a Jacob, su marido: *Dame hijos, que si no me moriré*². Finalmente, con cuánto celo de la salud de las almas se inflamaba el rey David, con cuán agudo sentimiento de dolor lloraba su muerte y ruina, diciendo: *Vi a los que quebrantaban tu ley, y me consumía, porque no guardaban, Señor, tus mandamientos*³. Y: *El celo de tu casa me consume, y los oprobios de los que te ofenden cayeron sobre mí*⁴. En cuyas palabras nos da a entender el santo rey que no menos le atormentaban las ofensas que los hombres hacían a Dios que los mayores oprobios e ignominias que a él mismo le hicieran.

3. Fuera de esto, ¿en cuántos lugares manifiesta el Apóstol el deseo, el celo y la caridad de su corazón? *¿Quién enferma, dice, y yo no enfermo? ¿Quién se escandaliza, y yo no me abraso?*⁵. Y a los gálatas: *Hijos míos, por quienes otra vez siento dolores de parto hasta que Cristo se forme en vosotros*⁶. Como si dijera: herido de nuevo con gran dolor de vuestra perdición, me dispongo con mucho celo y esfuerzo a daros a luz por segunda vez y volveros a Cristo. De este fuego interior se desprendieron aquellas centellas de las siguientes palabras: *Quisiera ahora ballarme entre vosotros y mudar mi voz* (es decir, transformarme en toda forma de predicación) *porque me confundo en vosotros*⁷. Que quiere decir: porque estoy falto de consejo y lleno de tristeza y congoja, y no sé a dónde volverme, ni qué consejo tomar. Y ¿con qué dolor, con qué lágrimas testifica él mismo haber escrito la primera carta a los de Corinto por haber entendido que se habían apartado de la sencillez del evangelio? ¿Qué nos dan a entender aquellas palabras: *Todo lo aguanto por los escogidos, para que ellos logren también la salvación*⁸? ¿Y aquellas otras: *Me he hecho todo para todos, para salvar a todos*? Escribiendo a los de Tesalónica: *Queríamos daros, dice, no solo el evangelio, sino también nuestras almas, porque os habéis hecho estimadísimos de nosotros*⁹.

4. Y nadie se opongá diciendo que este celo solamente fue de los pechos apostólicos, que recibieron la plenitud del Espíritu, y que nosotros, que hemos nacido en este haz del mundo, no

² Gn 30,1.

³ Sl 118,158.

⁴ Sl 68,10.

⁵ 2Cor 11,29.

⁶ Ga 4,19.

⁷ Ga 4,20.

⁸ Cf. 2Cor 2,4.

⁹ 1Cor 2,9; 1Te 2,8.

recibimos aquella abundancia de celestiales dones para que podamos arder en semejante fuego. Sea así enhorabuena. Pero es cierto que aun antes de la gracia del evangelio se abrasaban en este mismo ardor y deseo los profetas, como lo dan bien a entender las lágrimas que vertían por los pecados de los hombres y los tormentos y muertes que padecieron por la severidad y dureza con que los reprendían. Mas después de la predicación de los apóstoles, ¿cuántos santos padres y doctores ardieron en semejante celo? De nuestro padre santo Domingo, entre otras prendas de suma alabanza, se cuenta que ardía su corazón como antorcha encendida por el dolor de las almas que se perdían¹⁰. Y abrasado de este ardor y movido del Espíritu divino fue el primero que concibió el designio de establecer en la Iglesia una nueva Orden de Predicadores, que en efecto fundó e instituyó. Porque su caridad para con los hombres era tan encendida, tan vivo su sentimiento por la perdición de las almas, que no perdonaba incomodidad ni trabajo, velando los días y las noches, instando *oportuna e importunamente*¹¹ por la conversión de los pecadores. De manera que alguna vez ayunó una cuaresma entera a pan y agua, y por las noches reclinaba sobre una tabla los miembros fatigados de todo el día para que unas mujeres, que lo hospedaban y habían sido engañadas falsamente por los herejes, se convirtiesen a la sinceridad de la fe católica, como finalmente se hizo¹².

5. Esta buena intención, este afecto, este abrasado deseo de la gloria divina y salud humana, es el principal maestro de este oficio y ni todas las escuelas de los retóricos, ni todos sus preceptos podrán ayudar tanto para hacerlo bien como este ardor divino. Porque este afecto que es como la mente y alma de este artificio, por sí solo da al predicador casi todo lo que necesita. Enseña a despreciar todo aquello que sirve más para deleitar los oídos con el sonido armonioso de las palabras y agudeza de los conceptos que para instruir y dar salud a las almas. Este divino ardor obliga a buscar todos los modos de persuadir y todas las herramientas de

¹⁰ *Ardebat quasi facula / pro zelo pereuntium. Breviarium iuxta ritum O.P.*, t. II, Roma 1962, 648.

¹¹ 2Tm 4,2.

¹² Cf. S. ANTONINO DE FLORENCIA, *Chronicorum*, III, título 23, cap. 2; Lugduni 1586, f. 607.

la retórica para mover las mentes de los oyentes, y así llevarlos al temor de Dios y al aborrecimiento del pecado y la mala vida. Cuando se ofrece la ocasión, mueve vigorosos afectos, da preceptos admirables para vivir bien, levanta con agudeza y energía los ánimos decaídos de los oyentes y despierta a los dormidos: este celo exclama, arguye, ruega, reprende, espanta, se pasma, se admira y se transforma en todos los afectos y figuras del decir. Resucita los muertos, habla a los ausentes, implora el auxilio de Dios, mezcla los cielos, tierras, mares y como arrebatado de un furor profético exclama: *Tierra, tierra, oye el sermón de Dios*¹³. Y: *Pasmaos, cielos, en esta desventura, desquiciaos, puertas del cielo*¹⁴. Y: *Raza perversa y depravada, ¿así correspondes al Señor, pueblo necio e insensato?*¹⁵.

6. Estas expresiones y otras muchas inspira este deseo ardentísimo al alma del predicador, que a veces está que no cabe en sí y parece que va a estallar cuando ve la religión despreciada, los vicios dominantes, los entendimientos ciegos, los pechos endurecidos e insensibles, y contempla el peligro extremo de las almas, y por eso no hay piedra que no mueva ni cosa que no intente para sacar a los hombres de la misma garganta del dragón y librarlos de la eterna ruina que les amenaza. Tan grande es la fuerza y el poder de este ardor que solamente puede moverlo e inflamarlo el Espíritu celestial. Por tanto, no sin razón dijimos que este es el maestro principal de esta obra y arte. Este es aquel espíritu de los valerosos que, como un torbellino bate una pared, rompe y hace temblar los pechos más que endurecidos con la vieja costumbre de pecar. Esta es aquella voz del Señor que hace resquebrajar los cedros, que apaga la llama del fuego, que hace parir de miedo a las ciervas y que rompe finalmente con todo lo que se le resiste¹⁶. Esta voz, pues, este ánimo, este deseo ardiente e impetuoso debe tener cualquiera que se dispone a ejercer dignamente este ministerio profético y apostólico. Por esto, cierto hombre piadoso que comenzaba a predicar, preguntó a un maestro consumado y de larga experiencia en esta arte, qué era lo más necesario para ejercerla: «nada más, respondió él, sino que el

¹³ Jr 22,29.

¹⁴ Jr 2,12.

¹⁵ Dt 32, 5-6.

¹⁶ Sl 28,5.

predicador esté abrasado en ferventísimo amor de nuestro señor Jesucristo»¹⁷.

7. El que con este afecto ama al Señor, estará muy sediento de su gloria y de la salvación de las almas, por quienes Él dio su vida; y con igual afecto abominará de las cosas que el Señor infinitamente aborrece, que son los pecados y delitos de los hombres. Y así sucederá que cuando hayan de tratarse estas materias, no hablará de prisa, con descuido o con pereza, sino con fervor, con fortaleza, conforme a la dignidad de los asuntos y de modo que imprima en las almas de los oyentes aquel afecto que anticipadamente manifiesta él mismo con la voz, con el semblante, con el gesto, con la agudeza y valentía en el decir. Viniendo este afecto y ardor no de la naturaleza, sino del Espíritu Santo y de su poderosa gracia, como antes dijimos, no puede el pueblo dejar de admirar, respetar y reverenciar a quien oye declamar con este ardor, por comprender que se esconde allí alguna cosa más grande, superior al poder y facultad humana, y que *está allí el dedo de Dios*¹⁸, cuyo conocimiento conmueve y aterra fuertemente los corazones de los hombres, ya sea por entender que les habla Dios por boca humana y que los está llamando a sí, ya sea porque de aquella excepcional agudeza infieren la dignidad de la materia que se trata. Cicerón dice que no hay elocuencia que no admire, y cierto es que con ninguna cosa se excita más la admiración de los oyentes que con esta valentía de predicar.

8. Si por ventura algún predicador virtuoso pregunta de qué manera puede uno penetrarse de este ánimo y afecto, la respuesta es muy fácil, mas no es fácil el medio para conseguirlo. Porque como este ardor provenga, según se dijo, del encendido amor de Dios, que no puede encontrarse sino en el conjunto de todas las virtudes, aparece notoriamente que este ánimo ha de adquirirse con la inocencia y pureza de la vida. En cuyo cuidado, es cierto, ayuda mucho la pureza de intención, de que poco antes hablamos, con la cual busca el hombre con buen celo no su gloria, sino la de su Señor. Ayuda también a esto la verdadera humildad, con la cual el predicador piadoso, y especialmente aquel que ejerce este cargo por precepto de sus superiores, se postra delante de Dios y,

¹⁷ Cf. F. L. DE GRANADA, *Vida de san Juan de Ávila; Obras completas* XVI, 23.

¹⁸ Cf. Ex 8,19.

reconociendo por una parte su indignidad y por otra la necesidad de la obediencia, pide al Señor que le conceda misericordiosamente espíritu y valor para el desempeño de este oficio. A esta humildad pertenece que el hombre arroje de sí toda confianza en sí mismo para practicar este empleo, y que no piense que con su erudición, elocuencia, con lo sonoro de su voz y lo elegante de su pronunciación, con la opinión y fama popular, con la mucha práctica y destreza de predicar, puede conseguir ninguna cosa, si por otra parte no le socorre el cielo y no se reviste de la virtud que descende de lo alto. Traiga, pues, a la memoria la dificultad de este oficio, según lo declaramos ampliamente arriba, y entenderá que el único remedio que le queda es dirigir todo su espíritu y sus ruegos a Dios, como el santo rey Josafat¹⁹. De Dios espere el buen suceso de su trabajo, la salvación de las almas, la fuerza y facultad de predicar, no de los socorros humanos de la elocuencia y erudición. Porque si el unigénito Hijo de Dios atribuía a su Padre no solo la doctrina que predicaba, sino también el fruto de ella, diciendo: *Mi doctrina no es mía, sino de Aquel que me envió*²⁰; y: *Las palabras que yo os digo no nacen de mí mismo; y: El sermón que habéis oído no es mío, sino de aquel que me envió, esto es, de mi Padre*²¹, ¿quién habrá tan insolente y desvergonzado que se atreva a apropiarse algo en el empleo de enseñar? Desterrada, pues, esta impía confianza propia, nada negará el piadoso Señor, que ama la obediencia y verdadera humildad, al que en verdad es humilde e hijo de obediencia.

9. Además de esto, para mover la sed de la salvación ajena, mucho contribuye considerar las cosas que poco antes dijimos de la dignidad de este oficio y grandeza del mérito. Porque según san Gregorio, no habiendo sacrificio alguno más acepto a Dios que la salud de las almas²², y estando como dice él mismo, en mayor gracia con Dios aquel que más almas lleva a su amor, cualquiera que procura granjearse este divino amor anhelará atraer fervorosamente a muchísimos a su amor para que al cabo venga a salir con su deseo. De aquí viene el insigne merecimiento y el galardón de este trabajo que prometen las Sagradas Escrituras a

¹⁹ Cf. 2Cr 20, 5-12.

²⁰ Jn 7,16.

²¹ Jn 14, 10.24.

²² Cf. S. GREGORIO MAGNO, *Diálogos*, III, 17; PL 77,264D-265A.

los piadosos predicadores. Esto declara Santiago apóstol cuando dice: *hermanos míos, si alguno de vosotros se desviare de la verdad y algún otro le convirtiere, debe saber que quien hiciere convertir al pecador descaminado, salvará su alma de la muerte y cubrirá la muchedumbre de sus pecados*²³. Asimismo dice Salomón: *El que da con abundancia será saciado; y el que embriaga, será también embriagado*²⁴. Porque ciertamente es justo delante de Dios, justísimo juez, que en todas las obras se devuelva a los hombres igual por igual; y también que aquel que con su afán y doctrina alimenta y enriquece de bienes espirituales a las almas de los otros, sea alimentado por el Señor y enriquecido de semejantes bienes, con los cuales adornado y mejorado pueda comparecer seguro ante el tribunal del supremo Juez y decir con el Apóstol: *¿Cuál es nuestra esperanza o cuál es nuestro gozo o nuestra corona de gloria? ¿Por ventura no sois vosotros delante de Jesucristo, Señor nuestro, en su advenimiento?*²⁵.

10. No menos aprovechará al predicador si, considerando la razón de su nombre, tuviere presente que el Señor le llama *pescador de hombres*²⁶. Pues el pescador, cuando echa la red, pone su principal cuidado en no sacarla vacía. Así el pescador de almas deberá procurar y hacer todo el esfuerzo posible para ordenar sus acciones de modo que llene la red evangélica de semejante presa, esto es, que pesque para Jesucristo las almas de los que se pierden. Y lo conseguirá sin duda si dice tales cosas y de tal modo que pueda herir los pechos endurecidos y con la luz de su doctrina dar noticia de la verdad a los que yacen en tinieblas y en la noche oscura de la culpa, para que, conociendo su miserable estado y el peligro de su alma, se compunjan de corazón y finalmente se vuelvan al camino de la salud. A cuyo fin debe poner ante los ojos no pocas veces, la hora incierta de la muerte, la severidad del juicio divino, las horrendas llamas del infierno, o la eternidad de las penas. Aunque no siempre deberá enderezar contra estos su predicación, porque, siendo *deudor a sabios y a ignorantes*²⁷, a buenos y a malos, así como conviene inducir vigorosamente a la justicia y piedad a unos, así deberá blanda y suavemente instruir y

²³ Sant 5, 19-20.

²⁴ Pr 11,25.

²⁵ Pr 11,25.

²⁶ Cf. Mt 4,19; Mc 1,17.

²⁷ Cf. Ro 1,14.

adoctrinar a otros. Del mismo modo que un pescador se ve triste cuando saca la red vacía de las aguas, así el pescador de almas, si se porta tan flojo en su oficio que pueda suponer que por esto no consiguió pescar nada, deberá dolerse de esta pérdida y no de su deshonra.

11. Además no es pequeño estímulo para predicar haber sacado algunas almas de las ondas de este gran mar y haberlas conducido a puerto de salvación. Porque con esto el rostro hermosísimo de la virtud y de la justicia suscita un amor admirable en el alma del piadoso predicador y le estimula a aquel modo de instruir con que puede acrecentar este incomparable tesoro de las almas. Así como los que crían aves de presa para cazar pájaros cuidan primero que se ceben antes en alguna presa fácil para que después se vayan con más ahínco a perseguir las aves de que ya gustaron, así los predicadores que pusieron en libertad algunas almas, sacadas a viva fuerza de la garganta del infernal dragón, suelen aplicarse con igual celo y trabajo a sacar otras. De este modo Agesilao, rey de los lacedemonios, hostigaba los ánimos de sus soldados a la batalla mostrándoles los preciosos despojos de los enemigos que poco antes habían tomado en la guerra. Así, ponga el predicador ante su vista el noble botín de las almas que quitó al diablo de entre sus garras, para disponerse a tan alto empleo con mayor gusto y alegría. Cualquiera que haya presentado a Cristo Señor nuestro semejantes despojos, esto es, el que dio a luz para Cristo nuestro Señor hijos espirituales con la semilla de la divina palabra, podrá ciertamente gloriarse con Lía: *Ahora me querrá más mi marido, porque le he parido tres hijos*²⁸.

12. Para conseguir este afecto de caridad, sobre todo ayuda maravillosamente dedicarse a la santa oración y contemplación, en la cual nuestra alma contempla las cosas espirituales y divinas. Así se encenderá en su amor y nutrirá y fomentará todos los afectos piadosos para contemplar las cosas espirituales. De lo cual trataremos luego. De suerte que los que sin esta moción interior del Espíritu Divino quieren conseguir la fuerza y agudeza en el decir, pensando que con técnica y una energía fingida y aparente alcanzarán este verdadero afecto, muchas veces hacen el ridículo y se engañan de numerosas maneras, sobre todo si su vida no es

²⁸ Gn 29,34.

coherente con su predicación. Porque si el pincel de un Apeles²⁹ no pudo llegar a retratar tan al vivo a un niño que llevaba unas uvas de tal modo que los pájaros no percibiesen el engaño de la pintura, ¿con qué cara piensa alguno que ha de conseguir con el arte lo que es don particular del Espíritu Santo, y don verdaderamente preciosísimo? Porque si el arte no puede llegar a imitar perfectamente a la naturaleza, ¿cómo podrá representar la energía del Divino Espíritu que es superior a la naturaleza misma?

²⁹ Apeles (352-308 a.C.) uno de los más famosos pintores de la antigüedad. Fue el único pintor elegido por Alejandro Magno para que lo retratara.

8

DEDICACIÓN A LA SANTA ORACIÓN Y MEDITACIÓN QUE HA DE TENER EL PREDICADOR

1. Además de la integridad de vida y pureza de intención, que enseñamos debe hallarse en el predicador, pedimos también un cuidado particular de la santa oración, que no puede dejar de tener quien está dotado de esta pureza de vida y de intención. Y nadie me juzgará excesivo o supersticioso en pedir tantas virtudes, si considera prudentemente la razón de este oficio. San Bernardo exige muchas más virtudes en el doctor eclesiástico; como antes dijimos, luego de haberse quejado gravemente de que haya en la Iglesia muchos canales pero poquísimas cuencas¹, por cuanto los predicadores quieren derramar antes de llenarse, explica lo que ellos deben primeramente acaudalar con estas palabras:

Mirad qué de cosas se nos han de infundir primero para que osemos derramar, dando de la plenitud, no de la escasez. En primer lugar, la *compunción*, segundo la *devoción*, tercero el trabajo de la *penitencia*, cuarto la obra de *piedad*,

¹ Cf. S. BERNARDO, *In Cant.*, sermo 18, 3; PL 183,860A.

quinto el *cuidado de la oración*, sexto el ocio de la *contemplación*, séptimo la plenitud del *amor*².

¿Ves cómo este hombre santísimo pide entre todas estas cosas el espíritu de la devoción, la solicitud por la oración y el ocio de la contemplación? Y otra vez, en la carta 201, escribiendo a un abad, enseña que hay tres cosas necesarias para promover la salvación de los hombres. Ahora, dice, restan tres cosas: doctrina, ejemplo y oración; la mayor de todas es la oración, porque es la que alcanza la gracia y eficacia a las obras y a la voz³.

2. Dejando a un lado que esta misma pureza de vida y de intención no se halla sino en un pecho saciado en la contemplación de las cosas de Dios, el constante sentir de los santos padres es que los doctores evangélicos reciben en la oración lo que después dan al pueblo, como consta de los profetas, príncipes de este oficio, que recibían del Señor lo que al pueblo comunicaban. Esto significan aquellas palabras del profeta: *Reciban los montes la paz para el pueblo y los collados la justicia*⁴. Por eso dice san Gregorio:

El Redentor del género humano de día hacía milagros en beneficio de los hombres y velaba toda la noche en el monte, ocupado en la oración, para dar a entender a los predicadores perfectos que no dejen del todo la vida activa por el amor de la especulación, ni desprecien los gozos de la contemplación por la demasiada aplicación al trabajo, sino que beban en el retiro de la contemplación lo que han de derramar sobre sus prójimos⁵.

3. Además de lo dicho, siendo el fin de este ministerio la salud de las almas y la penitencia y conversión de los hombres perdidos, es necesario que el predicador no solo con palabras, sino también y aun mucho más con ruegos y con lamentos implore el socorro del Señor para que haga progresar y aumente sus piadosos deseos y trabajos. Recuerde lo que sucedió a san Pedro que, trabajando toda una noche con sus compañeros, no pescó nada, mas

² Cf. S. BERNARDO, *In Cant.*, sermo 18, 6; PL 183,862D.

³ Cf. S. BERNARDO, *Epist.* 201; PL 182,370B-C.

⁴ SI 71,3.

⁵ S. GREGORIO MAGNO, *Moralium*, VI, 37; PL 75,760D-761A.

habiendo echado la red en nombre del Señor obtuvo una gran cantidad de peces⁶.

Por esto san Agustín aconseja al predicador que se valga más de ruegos a Dios que de palabras, si quiere salir con su intento. Dice así:

El predicador se esfuerce para que le oigan y lo entiendan, con gusto, con sumisión, y no dude en lograrlo más con la piedad de las oraciones que con la habilidad del sermón, para que orando por sí y por los que lo escuchan, sea primero intercesor antes que doctor; y cuando llegue el momento, eleve a Dios su alma sedienta antes de mover su lengua para que profiera lo que ha bebido o bien derrame aquello de lo que se ha llenado⁷.

4. A esto se añade, como está en el sentir de san Agustín y de todos los varones elocuentes, que tanto al oficio del orador como al del predicador pertenece *enseñar, deleitar y mover*; enseñar es de necesidad, deleitar es por suavidad, y en conmover y persuadir consiste la victoria. ¿Cómo podrá el predicador mover los afectos si él no está movido?⁸.

Mal podrán –dice Gregorio– encender en sus oyentes deseos celestiales las palabras que salen de un corazón frío, no pudiendo una cosa que en sí misma no arde encender a otra⁹.

Y no puedo dejar de traer aquí la sentencia del príncipe de los retóricos, Quintiliano, que en el libro VI de las *Instituciones oratorias*, hablando del modo de excitar los afectos, dice así:

En suma, a mi parecer, suscitar emociones consiste en que esté movido interiormente el que quiere mover a los otros. Porque la imitación del llanto, del enojo, y de la cólera será ridícula si a las voces y al semblante no acompaña también el ánimo. En efecto, ¿cuál es la causa de que los que lloran penetrados de un dolor actual expliquen tan vivamente sus sentimientos y que la ira vuelva a veces elocuentes a los ignorantes, sino la fuerza interior del ánimo y la verdad misma de los afectos, de que están poseídos? Por tanto, en las cosas que queremos

⁶ Cf. Lc 5,6; Jn 21,11.

⁷ S. AGUSTÍN, *De doctrina christiana*, IV, 15, 32; PL 34,103.

⁸ S. AGUSTÍN, *De doctrina christiana*, IV, 12, 27; PL 34,101.

⁹ S. GREGORIO MAGNO, *Moralium*, XXXV, 2; PL 76,752.

que sean verosímiles tengamos afectos parecidos a los mismos que realmente los padecen y brote la palabra con tal ánimo cual quisiéramos que la recibiera el juez. ¿Se dolerá por ventura el que me oyere, no doliéndome yo de lo que le digo? ¿Se indignará aquel, si el mismo que intenta moverlo a la ira no la tiene? ¿Llorará el juez, hablándole con los ojos enjutos? Es imposible. Porque no enciende sino el fuego, ni humedece sino el agua, ni hay cosa que dé a otra el color que ella no tiene. Primero, pues, debe hacernos fuerza lo que queremos que la haga al juez y que nos apasionemos antes que intentemos apasionarle¹⁰.

5. Estas razones dadas por aquel excelentísimo maestro convencen que lo principal para conmover los afectos es que tenemos que estar conmovidos. Pregunto, pues, ¿quiénes son los que están dominados de los afectos de las cosas divinas, sean estos agudos y ardientes, o sosegados y suaves, sino los mismos que con la continua meditación de las cosas divinas y con la solicitud por la santa oración procuran día y noche calentar, nutrir y aumentar el afecto de la devoción? Porque su primer cuidado es elevar su pensamiento a Dios con semejante ejercicio, alimentar la devoción y encender piadosos afectos en sí mismos. Muchos de ellos tienen tan dispuesto y tan preparada el alma, que una chispa de la palabra divina que los toque, y al instante se encienden como una pólvora. Así uno de los compañeros de san Francisco, que del todo estaba dado a la contemplación de las cosas divinas, con solo oír la palabra *paraíso*, casi se arrebatava en éxtasis de puro deseo y regocijo¹¹.

Por último, como el fuego prende con facilidad en la leña seca, mas no así en la verde y húmeda, así los predicadores dados a la solicitud de las realidades divinas y de la devoción se inflaman fácilmente, como la leña seca, en el fuego de la devoción y amor con el cual encienden las almas de los oyentes; mas los que no tienen devoción, como leña húmeda, ni a sí mismos se encienden, ni pueden encender a los demás.

6. Todo cuanto hemos dicho resume san Próspero en el libro I *De la vida contemplativa* en estos términos:

¹⁰ M. F. QUINTILLANO, *Institutionis oratoriae*, VI, 2, 26-29.

¹¹ Cf. S. FRANCISCO DE ASÍS, *Obras*, ed. A. Guerra, BAC 1991, 851.

El predicador no confíe en la elegancia de las palabras, sino en la virtud de sus obras; no se deleite con las aclamaciones del auditorio, sino con los llantos; no procure ganar aplausos, sino gemidos; y derrame él primero las lágrimas que desea derramen sus oyentes, y así los encienda con la compunción de su corazón¹².

Habiendo, pues, dicho del oficio y dignidad del predicador lo que nos ha parecido oportuno, en la parte siguiente empezaremos a tratar del arte misma, comenzando desde su origen.

¹² J. POMERIO, *De vita contemplativa*, I, 23; PL. 59,439A.

PARTE SEGUNDA

**HISTORIA,
NATURALEZA Y EXCELENCIA
DE LA RETÓRICA**

1

LA RETÓRICA: MATERIA, FUNCIÓN, FIN, Y PARTES

1. *La Retórica es el arte de bien hablar*, o la ciencia de hablar con prudencia y adorno sobre cualquier asunto. Aunque el nombre *retórica* signifique aquella parte de la elocuencia que contiene estrictamente los preceptos del arte, aquí tomamos nosotros la *retórica* supliendo por elocuencia, que es aquella habilidad de explicarse con prudencia, claridad, abundancia y armonía; esto es, la elocuencia «no viene a ser sino una sabiduría que habla copiosamente»¹. De esto se deduce cuánto se engañan los que piensan que la elocuencia es un amontonamiento tumultuario de vocablos sinónimos y un gracejo afectado y donaire de hablar, siendo así que no hay cosa más opuesta a la verdadera elocuencia. Porque no es la elocuencia aquella vana y casi pueril cadencia de palabras, que muchas veces se ostenta y hace insolente alarde en el pueblo, sino, como dijimos, una sabiduría que habla con discreción y afluencia, la cual se insinúa dulcemente en las almas de los prudentes. Quita, pues, la sabiduría, y se seguirá la ruina de la elocuencia. Así que tanto dará a los demás insignes muestras de elocuencia cuanto hable con mayor prudencia y gravedad, guardando al mismo tiempo la pureza del lenguaje.

¹ M. T. CICERÓN, *De partitione oratoria*, 79.

2. Además de esto, decimos que la materia de este arte es aquella en que se ejercita y la capacidad que se forma del arte. Como si dijéramos que la materia de la medicina son las enfermedades y heridas, porque de ellas trata toda la medicina, así llamamos materia del arte retórica aquellas cosas en que versa el arte y facultad oratoria. Algunos opinaron que estas cosas son muchas, otros pocas. Gorgias Leontino², casi el más antiguo de los retóricos, consideró que el orador puede hablar perfectamente de todas las materias y así parece que sujeta a este oficio una materia infinita e inmensa. Mas Aristóteles, que proveyó la retórica de muchas reglas y ornato, juzgó que el oficio del retórico se ejerce en tres géneros de cosas: *demonstrativo*, *deliberativo* y *judicial*³. *Demonstrativo* es el que se emplea en alabanza o vituperio de alguna determinada persona. *Deliberativo* es el que, puesto en disputa o en consultación civil, lleva consigo la pronunciación de la sentencia. *Judicial* es el que, puesto en juicio, contiene acusación y defensa, o petición y recusación. Y en nuestra opinión, es verdadero decir que el arte y facultad del orador se versa en la materia de estos tres géneros⁴.

Este es también el sentir de Cicerón, que aceptamos con gusto, con tal que entendamos que si bien la materia de este arte se limita a estos términos, con todo su parte principal, la *elocución*, de la cual la misma elocuencia tomó el nombre, se extiende amplísimamente a cualquier género de disciplina. Porque muchos filósofos, médicos, jurisconsultos, matemáticos y teólogos, instruidos en las reglas de la elocución, hablan distinguida y elocuentemente.

3. De estos tres géneros de causas omitiremos el judicial —que fue el que más practicaron los retóricos habiendo inventado el arte de bien decir o de orar para tratar en juicio las causas civiles—, ya que lo consideramos ajeno a nuestro propósito, pues no damos reglas a los abogados, sino a los predicadores. Así nos

² Gorgias de Leontino (485-380 a.C.) uno de los más conocidos sofistas de la primera generación, junto con Protágoras. Se destacó como orador y profesor de Retórica. Sostuvo el escepticismo en filosofía. Fue maestro de Tucídides, Agatón, Isócrates, Critias y Alcibiades. Como retórico, Gorgias fue de los primeros en introducir la cadencia en la prosa y en utilizar lugares comunes en los argumentos. Nos han llegado fragmentos de sus obras: *Sobre la naturaleza o sea del no ser*, *Elogio a Elena* y *Apología de Palamedes*.

³ ARISTÓTELES, *Rhetorica*, 1, 3, 1 (Bk 1358b7).

⁴ M. T. CICERÓN, *De inventione oratoria*, I, 7.

contentaremos con el deliberativo –esto es, persuasivo– y con el demostrativo. De aquel nos valemos para persuadir a las virtudes y para disuadir de los vicios; de este, para celebrar las alabanzas de los santos.

4. El oficio de esta facultad parece ser hablar pertinentemente para persuadir; el fin, persuadir con la expresión.

Entre el oficio, pues, y el fin hay esta diferencia: en el oficio se atiende a lo que debe hacerse en concreto; en el fin se considera lo que le conviene al oficio (la razón de ser de este oficio). Así decimos que el oficio del médico es curar eficazmente para sanar, y su fin es sanar con la curación. Entonces, conocemos la función u oficio del que predica cuando decimos que su oficio es lo que debe hacer; y sabemos cuál es su fin cuando afirmamos que es aquello por cuya causa debe realizar su oficio⁵.

5. Como la razón de las cosas que se hicieron para conseguir un fin debe tomarse del mismo fin, así de este mismo fin se comprenderá convenientemente qué debe hacer y tener el predicador. Y, en primer lugar, para hablar pertinentemente a fin de persuadir es menester que enseñe, que incline, y que deleite. Al dialéctico, que pretende probar una cosa dudosa, le basta que enseñe, esto es, que convenza con argumentos lo que quisiere. Pero como el predicador no solo estimula la fe de los demás, sino también incita a obrar alguna cosa, por eso, no solo debe probar el argumento, sino también deleitar con la hermosura del estilo y variedad de las materias, conmover con afectos, e impulsar a las obras. Así enseñar es de la necesidad, deleitar de la amabilidad, doblegar de la victoria, de lo cual hablaremos más extenso en su lugar. Es cierto que enseñar, como dice Rodolfo⁶ es una cosa fácil y que puede realizar cualquiera, aún de corto ingenio; pero conmover los afectos del oyente y transformar su ánimo del modo que se quiera, atraerlo y hacer que esté suspenso por el placer de escuchar, esto solamente queda para los ingenios grandes y más favorecidos de las musas.

⁵ M. T. CICERÓN, *De inventione oratoria*, I, 6.

⁶ R. AGRÍCOLA, *De inventione dialectica*, *Topica*, I. Rudolphus Agricola (1444-1485) humanista holandés, promotor de los estudios clásicos y humanidades. Su obra más conocida es *De inventione dialectica*, donde trata todos los conceptos relacionados con la dialéctica, y el lugar propio de la lógica en el estudio de la retórica.

6. Tanto del oficio como del fin deducimos también las partes que debe tener en cuenta el orador o predicador. Porque conviene que haya en él *invención*, *disposición*, *elocución*, *memoria* y *pronunciación*. «La *invención* es la elucubración de cosas verdaderas o verosímiles que tornen demostrable la causa»⁷. «*Disposición* es el orden y distribución de las materias, que muestra qué y en dónde se han de colocar»⁸. «*Elocución* es la acomodación de palabras y frases apropiadas a la invención»⁹. *Memoria* es una firme retención del discurso¹⁰. «*Pronunciación* es la moderación de la voz, del semblante y del gesto con decoro y gracia»¹¹.

7. Para conseguir todo esto hacen falta tres cosas: *técnica*, *imitación* y *ejercicio*. La *técnica* son los preceptos que dan el medio y la razón para hablar con acierto. La *imitación* es la que nos impele con diligente razón a querer asemejarnos a algunos en el decir. El *ejercicio* es un continuo uso y costumbre de hablar. Son, pues, menester los preceptos de la *técnica*, primero para juzgar no solo de los escritos de los varones elocuentes que nos proponemos imitar, sino también de nuestras mismas producciones; segundo, para ayudar a la naturaleza, la cual, si no es muy buena, a lo menos puede algún tanto corregirse y, como escribe Cicerón¹², «aunque algunos dotados de grandes talentos consigan sin método gran elocuencia, no obstante la técnica es guía más segura que la naturaleza». porque lo que haces confiando solo en la luz natural, eso mismo lo harás con mucho más acierto y primor con la técnica.

8. Sin embargo, nadie imagine que en las reglas de la técnica se encuentra tanto socorro que con ellas solas juzgue estar ya

⁷ M. T. CICERÓN, *De inventione oratoria*, I, 9.

⁸ CORNIFICIO, *Rhetorica ad Herennium*, 1, II, 3; Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts 1964.

Conservamos el nombre de Cornificio como autor de la *Rhetorica ad Herennium*, según el uso de Granada. Ha de saberse, sin embargo, que tal autoría es discutida entre los especialistas, sobre todo por los problemas que crean las citaciones que de él hace Quintiliano: quienes se inclinan de todos modos por Cornificio, a partir de Petrus Victorius (1582), y recientemente J. Tolkiehn, W. Kroll; quienes prefieren hablar de un *auctor incertus*, como C. Koehler.

⁹ M. T. CICERÓN, *De inventione oratoria*, I, 9.

¹⁰ Cf. CORNIFICIO, *Rhetorica ad Herennium*, 1, II, 3.

¹¹ M. T. CICERÓN, *De inventione oratoria*, I, 9.

¹² M. T. CICERÓN, *De finibus bonorum et malorum*, IV, 4, 10; Cf. *De oratore*, I, 4, 20.

suficientemente instruido para hablar. Pues ninguno alcanzará la palma de la elocuencia sin las otras dos partes, esto es, la imitación y el ejercicio: de las cuales la una consiste en la lectura abundante de varones elocuentes, y la otra en el continuo uso de escribir. Ni aun basta leer mucho, si, leyendo, no reparas con diligencia en todas las figuras del hablar, en las sentencias, las frases, los tropos y finalmente en cuanto pertenece a las reglas de la invención y elocución, para que de esta manera te sean familiares los preceptos de la técnica y los tengas siempre aprontados y como a la mano. Pues hay muchos que leen las obras de varones muy elocuentes y, contentándose solo con el conocimiento de las cosas, sin observar los modos del hablar, no hacen ningún progreso.

2

DIFERENCIA ENTRE RETÓRICA Y DIALÉCTICA

1. Pero para que comprendamos con mayor claridad la definición de la *retórica* —que da gran luz para que conozcamos profundamente su razón y esencia—, se ha de explicar con alguna extensión en qué convenga con la dialéctica y en qué se diferencie de ella. Porque, declarada la semejanza y diversidad de las cosas entre sí muy afines, se colige su definición, pues consta por sentencia del Filósofo¹ que la retórica tiene parentesco con la dialéctica, y que se contiene debajo de ella como de ciencia superior, así como la música debajo de la aritmética. Sobre lo cual dijo así Arias Montano²:

Es del arte retórica excelente / hermana la dialéctica
melliza: / a quien la sabia Grecia antiguamente /
acomodó esta voz propia y castiza. / Es facultad que al
orador prudente / nervio, fuerzas, razón le caudaliza; / la
hermana color le da. Esta ha vencido. / Hace aquella
seguir al ya rendido.

¹ ARISTÓTELES, *Rbetorica*, I, 6, 1.

² Benito Arias Montano (1527-1598) sacerdote humanista español. Por sus conocimientos de teología participó del Concilio de Trento. Felipe II lo nombró su capellán, le encargó la *Biblia Políglota de Amberes*, y después lo encarga de la Biblioteca del Monasterio de El Escorial. Autor de obras teológicas: *Dictatum Christianum*, *Liber generationis Adam*; Filosóficas: *Naturale Historia*; traductor de numerosos textos hebreos y compositor de poemas en latín y castellano: *Monumenta Humanae Salutis*, de donde son los versos citados.

2. Lo cierto es que el fin de una y otra ciencia es el mismo, y mismas las razones por donde se llega a este fin. El fin de ambas es persuadir y hacer creer lo dudoso, para lo cual se valen de diversas razones y argumentos. Ambas tienen ya diferentes cuestiones, ya diferentes oyentes, de donde se sigue también una diferente manera de hablar. Porque como unas cuestiones se ordenan para entender, otras para obrar —y por eso aquellas se llaman especulativas, estas prácticas—, la dialéctica se refiere más a las cuestiones del primer género, y nuestra retórica, esto es, la eclesiástica, de que nos proponemos hablar, trata más frecuentemente las del segundo género. Porque, si bien a primera vista parezca otra cosa, siempre intenta persuadir o disuadir, sea cuando aparta a sus oyentes de la maldad, sea cuando los excita al amor de la virtud y piedad.

3. También hay muchísima diferencia entre los oyentes a quienes hablan el dialéctico y el predicador. Porque aquel de ordinario disputa en las escuelas con los doctos, este con el pueblo, que mejor se gana con ejemplos y afectos que con razones filosóficas. De donde procede asimismo aquella diferencia entre la dialéctica y la retórica que Zenón³ explicó con el ejemplo de la mano cerrada y abierta, diciendo que la dialéctica es como el puño, y la retórica como la mano abierta, por ser más breve el estilo de aquella, y el de esta más difuso y extendido. En efecto, el estilo dialéctico parece que solo une los nervios y huesos del cuerpo y los coloca en sus propios lugares; mas la retórica, con la elegancia y afluencia del discurso, como que añade sangre, carne, piel, color, hermosura y ornato. Así los que carecen de estas cosas son llamados áridos y ayunos por los retóricos.

4. Esta última diferencia se colige de las antecedentes. No menos adecuadamente podemos explicarla con el ejemplo de los pintores, los cuales primero delinean todos los miembros de una imagen, como en bosquejo, y después añaden varios colores y adornos y lo demás que se requiere para una perfecta y acabada pintura. Lo primero declara el oficio de la dialéctica, y lo último el de la retórica. Esta última diferencia nace de las dos superiores, de las que hablamos antes, porque la ruda y necia muchedumbre ha

³ Zenón de Elea (490?-430? a.C.) filósofo griego, discípulo de Parménides y maestro de Calias y Pericles.

de ganarse con largas predicaciones, pues para que ella no solo sepa y entienda, sino que haga lo que queremos, importa conmoverla y agitarla vivamente, no solamente con silogismos, sino también con afectos y con un gran golpe de elocuencia, la cual pide no un razonamiento breve y angosto, sino agudo, vehemente y copioso.

5. Hay un ejemplo muy oportuno que trae Séneca y que, por la enseñanza que aporta me parece bien insertar aquí. Dice el texto:

Zenón, varón muy grande y fundador de esta fortísima y muy venerada secta, quiere disuadirnos y apartarnos de la embriaguez. Ten cuenta ahora cómo prueba que un hombre de bien no ha de ser borracho: nadie confía un secreto a un borracho, pero a un hombre de bien sí. Luego el borracho no es hombre de bien. No es dueño de sí el ánimo tomado de la embriaguez. De manera que así como las mismas tinajas del mosto revientan y la fuerza del calor hace sobresalir cuanto hay en el fondo, así cuando el vino hierve, todo lo que está escondido en lo más hondo sale y se pone de manifiesto. Los atestados de vino, así como no retienen la comida porque les sobra vino, tampoco un secreto: igualmente derraman lo suyo que lo ajeno.

Ahora bien, si quieres llegar a la conclusión de que un hombre de bien no debe embriagarse, ¿por qué haces silogismos? Di cuán torpe cosa sea cargar el estómago más de lo que puede llevar y no conocer su medida, cuántas cosas hacen los borrachos de que se avergüenzan los sobrios, y que la embriaguez es con todo rigor una locura voluntaria. Supongamos que aquel hábito de embriagarse dure por muchos días, ¿dudarás acaso que es una locura? No es menos locura ahora, aunque dure menos. Ponte a considerar el ejemplo de Alejandro de Macedonia⁴, que en un banquete atravesó el cuerpo de su amantísimo y lealísimo Clito, y después que conoció su delito se deseó la muerte, y ciertamente la merecía.

⁴ Alejandro III de Macedonia, conocido como Magno (356-323 a.C.) hijo de Felipe II de Macedonia y discípulo de Aristóteles. En la batalla de Gránico, su amigo Clito lo salvó de la muerte al interceptar a un persa que lo atacaba por la espalda. Años después, en un banquete en el que Alejandro se hizo adorar como un dios, Clito le reprochó que los dioses obran solos, mientras que él se lo debía todo a los macedonios. Alejandro, encolerizado y ebrio, mató a su amigo Clito.

La borrachera enciende y descubre todo vicio. Quita la vergüenza, que ataja los malos deseos: pues son más los que dejan de pecar por vergüenza que los que lo dejan por buena voluntad. Luego que se toma el coraje del vigor excesivo del vino, todo el mal escondido sale fuera. No causa los vicios la embriaguez, sino que los descubre. Entonces el lascivo no espera el aposento, sino que luego y sin tardanza suelta la rienda a sus apetitos. Entonces el deshonesto confiesa su mal y lo publica. Entonces el desvergonzado ni contiene la lengua, ni la mano. Crece al insolente el orgullo, al cruel la crueldad, al envidioso la malicia. Todo vicio se descubre y se manifiesta.

Junta a esto aquella ignorancia de sí mismo, palabras dudosas y mal declaradas, la vista turbada, el paso trémulo, vahídos de cabeza, movedizos como si un torbellino moviera toda la casa, los dolores de estómago cuando el vino bulle y estira las entrañas mismas. Y aún todo esto es tolerable mientras él conserva sus fuerzas. Pero ¿qué diremos cuando un fatal sueño le postra, y lo que fue embriaguez termina en indigestión? Ponte a pensar la gran mortandad que causó la pública borrachera. Esta hizo que gentes muy valerosas y guerreras se entregasen a sus enemigos. Abrió las murallas defendidas con guerra pertinaz de muchos años. Esta a hombres rebeldísimos, que rehusaban el yugo, sujetó a voluntad ajena. Con el vino sojuzgó invencibles escuadrones. Al mismo Alejandro, de quien poco antes hice mención y a quien tantas jornadas, tantas batallas, tantos inviernos pasados, allanando las dificultades de los tiempos y de los lugares, tantos ríos caudalosos cuyo origen se ignora, tantos mares no pudieron detener ni dañar, la destemplanza en la bebida y aquella hercúlea y fatal copa le arrojó al sepulcro⁵.

6. Hasta aquí Séneca, cuyas palabras quise poner a la letra, porque muestran clarísimamente la diferencia del estilo dialéctico y retórico. Sin embargo, no debe el retórico hablar siempre de este modo, sino cuando desea dar mayor relieve al asunto que probarlo. Porque el retórico en las pruebas imita la brevedad y sutileza de los dialécticos, mas de tal manera que, como antes dijimos, el discurso no conste solamente de nervios y huesos, sino también de carne y piel, esto es, que se vista del ornato oratorio.

⁵ L. A. SÉNECA, *Epist.* 83, 9-23.

7. Fuera de esto, el oyente no solo debe ser doblegado con la fuerza del discurso, sino también recreado con la dulzura y elegancia de él. Como enseña san Agustín, atiende con más gusto, se toma más fácilmente y es llevado adonde le impeles. Porque nadie se inclina a hacer lo que oye de mala gana. Y esto de ninguna manera puede lograrse con un estilo descarnado y seco como el de los dialécticos. Por lo que dice el mismo san Agustín:

Si los oyentes deben ser movidos antes que enseñados, sin duda es menester mayor golpe de elocuencia para que no se paralicen en hacer aquello mismo que ya saben. Así son precisas súplicas y reprensiones, persuasiones y apremios, y todo lo demás que sirve para conmover los ánimos⁶.

Pero esta manera de hablar no requiere un razonamiento breve y escueto, sino vehemente, incisivo y copioso. De todo lo cual se ve claro en qué convienen entre sí estas dos artes, y en qué se distinguen; y cuánto más difícil sea impeler a obrar la voluntad de los hombres que convencer su entendimiento y urgirlo con razones al asentimiento.

⁶ S. AGUSTÍN, *De doctrina christiana*, IV, 4, 6; PL 34,91.

3

PARTES DEL DISCURSO: EXPOSICIÓN, ARGUMENTACIÓN Y AMPLIFICACIÓN

1. Siendo el discurso un instrumento del arte retórica, con que ejerce el orador su oficio, quien atentamente considere el motivo y todas las partes del discurso, claramente hallará que todo hombre para conmover el ánimo sencillamente expone algo y lo prueba, o lo reprueba, o lo amplifica. Exponemos, pues, con estilo sencillo o con narración histórica, con la cual declaramos nuestro intento o lo que ha sucedido o puede suceder. Probamos con argumentos y razones, con las cuales intentamos hacer creíble lo dudoso. Amplificamos cuando con un discurso extenso, manifestando que la cosa es excelente en su género, persuadimos el ánimo del oyente a ira, compasión, tristeza, odio, amor, esperanza, miedo, admiración, o a cualquier otro afecto. No ignoro que son comunes, como luego veremos, los lugares y argumentos del probar y amplificar; pero porque el modo de tratarlos es diferente, hemos querido separar el uno del otro para facilitar la enseñanza.

2. Mas porque ningún discurso ni oración hay entre los hombres que no verse en estos tres géneros, hemos de explicar con diligencia en este arte el modo con que cada uno de ellos se debe practicar. Así se logrará que el predicador entienda con facilidad la manera con que puede tratarlo oportunamente cuando

se presente alguno de estos en el sermón. Y en primer lugar se hablará del modo de probar y argüir, siendo el principal de estos tres, de donde también procede la facilidad de amplificar, y luego de los demás. Además, porque el buen orden de hablar pide que tratemos antes de las cosas más comunes y después de las menos comunes que se contienen debajo, primero expondremos este método y razón común de probar, que pertenece a todo género de sermones, y después las reglas y argumentos propios de cada uno: orden que siguieron Cicerón en sus obras retóricas y Aristóteles en los *Tópicos*, pues aquel propuso materia abundante para hallar todos los géneros de argumentos y después descendió a tratar de cada una de las causas. Y Aristóteles del mismo modo describió todos los lugares que pertenecen a todas las cuestiones, y luego pasó a explicar las cuestiones en particular, donde se plantea algo acerca del género de la cosa, de la definición, del propio o del accidente.

4

DIVISIÓN DE LA CUESTIÓN

1. Por cuanto toda razón de argüir y probar, de que hablaremos en esta segunda parte, está destinada para delimitar de alguna manera la cuestión, es conveniente explicar los géneros de cuestiones, que son dos: uno *indefinido* o indeterminado, que en griego se llama *tesis* (θέσις) y en latín *propositum*; otro *definido* o determinado, que se llama en griego *hipótesis* (ὑπόθεσις), en latín *causa* o controversia.

La *tesis* inquiera de las cosas en general, sin designar personas, tiempos ni lugares; la *hipótesis*, de las cosas en particular, que se contienen en las personas, tiempos y lugares. *Tesis* es: si se debe casar un hombre. *Hipótesis*: si se debe casar un filósofo o un viejo, si en este tiempo, si en aquel lugar, si con aquellas costumbres, si ha de ser con forastera, si sin dote, si con vieja, si con moza, si Pompeyo con Julia¹. Se llaman circunstancias aquellas con que se vuelve definida la cuestión, como son persona, cosa, causa, tiempo, lugar y modo, de que trataremos en lugar más conveniente.

2. La cuestión *indefinida* (tesis) es de dos maneras: la que pertenece al conocimiento, cuyo fin es la ciencia, como ¿la tierra es esférica?, ¿se halla verdadera amistad en el mundo?; y la que pertenece a la acción, como ¿ha de gobernarse la república?, ¿con qué cosas ha de cultivarse la amistad? Tres son los géneros de la

¹ *Progymnasma* (ejercicio de retórica) con base real: Gneo Pompeyo el Grande (106-48 a.C.) fue un rival de Julio César. Se tercera mujer fue Julia, hija de César.

primera: *si sea, qué sea, cuál sea*, y sus semejantes, que los dialécticos enseñan en el tratado de los temas simples y compuestos. *Si sea*, como ¿hay pigmeos?, ¿siempre ha existido el mundo?, ¿ha de durar siempre? *Qué sea*: como ¿qué es el alma? *Cuál sea*, como ¿el cielo tiene color?, ¿es loable o útil estudiar filosofía?

3. La otra parte de esta cuestión, cuyo fin no es la ciencia, sino la acción, reúne dos géneros:

uno para el oficio, otro para el estado del alma, sea para originarlo, para calmarlo, o bien para aquietarle del todo. Para el oficio, como si deben engendrarse hijos. Para mover los ánimos, como cuando se hacen exhortaciones para defender la república y para alcanzar la gloria y la alabanza. De este género son las quejas, las incitaciones y las conmiseraciones llorosas, como también la oración que sosiega el enojo, o quita el miedo, o modera la demasiada alegría, o ahuyenta la melancolía².

4. De esta división de la cuestión entendemos tres cosas, que son muy necesarias para este arte. Primero, que se necesita una fuente de invención para la cuestión indefinida y otra para la definida (las que dijimos que se llaman *tesis* e *hipótesis* en griego). Para la *tesis*, se sacan los argumentos principalmente de aquellos lugares que los griegos llaman *tópicos*³ (τοπικά); para la *hipótesis*, de los lugares de las circunstancias que se atribuyen a las cosas o personas, por cuanto tales cuestiones, como se dijo, se contienen en las circunstancias de las cosas y personas. Pues aunque los argumentos que nacen de las circunstancias también se reduzcan a los lugares de los *tópicos*, ya que estos comprenden todo género de argumentos, con todo, por ser las circunstancias muchas y de muchas maneras, y que se pueden tomar muchos argumentos de ellas, aunque allí brevemente se mencionan, se tuvo que separar su temática en un tratado aparte para poder explicarlas con más extensión y profundidad.

5. Esta misma división de la cuestión hace que entendamos lo que Cicerón y demás escritores de este arte enseñan, es a saber, que la cuestión definida la hemos de reducir a la indefinida, esto

² Cf. M. T. CICERÓN, *Tópicos*, 86.

³ Tópico: (Del gr. τοπίος). 5. m. Ret. Lugar común que la retórica antigua convirtió en fórmulas o clichés fijos y admitidos en esquemas formales o conceptuales de que se sirvieron los escritores con frecuencia; R. A. E.

es, la *hipótesis* a la *tesis*. Pongamos un ejemplo. Cuestión definida (hipótesis) es si debe aprenderse la filosofía de Aristóteles y es como cierta parte de aquella indefinida (tesis): si se debe aprender la filosofía. El orador debe referir la primera a la segunda. Pero de este tema se tratará más largamente en su lugar.

6. También esta división de la cuestión sirve para que sepamos que de un modo han de tratarse las cuestiones cuyo fin es la ciencia, y de otro las que se llaman de acción. Porque en aquellas basta que declaremos la esencia de la cosa, o que probemos la dudosa, pero en estas no solo debe ser instruido el oyente, sino que también debe ser impelido a obrar algo, causando algún movimiento en su ánimo: lo que sin duda pide mayor fuerza e ímpetu del discurso como hemos enseñado cuando señalamos la diferencia entre la retórica y la dialéctica. Supuesto esto, comencemos a hablar de la invención de los argumentos, con que se tratan las *tesis* o cuestiones indefinidas.

5

LUGARES DE DONDE SE TOMAN LOS ARGUMENTOS CON QUE SE TRATA PRINCIPALMENTE LA TESIS

1. Toda invención de argumentos está destinada a probar o amplificar, de aquí que es necesario que cuantas cosas prueban o amplifican un asunto convengan de algún modo o se opongan por el contrario a las mismas cosas que pretendemos probar o amplificar, siendo una misma la ciencia de los contrarios. A las mismas cosas convienen unos predicados intrínseca, y otros extrínsecamente. Porque el *género*, la *especie*, la *diferencia*, la *definición*, las *propiedades*, los *accidentes*, las *partes*, el *todo*, las *causas* y los *efectos* se hallan en todas las cosas naturalmente, pues no hay cosa que no tenga estos como parentescos y atributos. Porque esta es como una genealogía común a todas las cosas, y como cierto árbol de linaje, según le pintan los teólogos, que antes y después de sí tiene a la derecha y a la izquierda en cierto modo sus parientes. El género de la cosa, el todo, las partes y las causas de donde la cosa procede se colocan delante; detrás, los efectos que se siguen de las causas; a diestra y siniestra, la diferencia de la cosa, la definición, las cualidades propias y sus accidentes, si es que no se quiere colocar a estos dos últimos entre los efectos, por cuanto salen de la forma de la cosa como de su causa.

2. A estos atributos que sobrevienen a las cosas se los llama adyacentes o bien adjuntos, y se dividen en tres tiempos: antecedentes, concomitantes y consiguientes. De los cuales unos se juntan a las cosas necesariamente, otros no; los dialécticos llaman a estos últimos en general accidentes.

Todo esto que se une a las cosas de modos variados, se dice que les conviene intrínsecamente; al contrario, decimos que les conviene extrínsecamente los *semejantes*, *desemejantes*, *mayores*, *menores*, los *iguales*, los *ejemplos*, los *testimonios* y *oráculos* que hubo sobre la tal cosa. A estos atributos de todas las cosas tanto los dialécticos como los retóricos los llamaron *lugares*, por sacarse de ellos todos los argumentos como de sus lugares y acopios, ya sea para probar, ya para amplificar, de lo cual escribieron ampliamente Aristóteles, Cicerón, Boecio y otros muchos insignes escritores, y en estos tiempos Rodolfo Agrícola.

3. Estos autores distribuyen en la primera división todos los lugares en *artificiales* e *inartificiales*, o sin arte. En este segundo género están incluidas varias autoridades y testimonios, ya divinos, ya humanos; y asimismo diversos ejemplos, esto es, dichos o hechos insignes. Al primer género se refieren todos los demás lugares que hemos enumerado, los cuales o están dentro de la misma sustancia de la cosa, o por alguna razón están unidos a ella, necesaria o no necesariamente. Se llaman *artificiales* por cuanto de ellos se sacan pruebas y argumentos con la técnica e ingenio del orador; los otros se dicen *inartificiales*, porque de ellos se sacan argumentos tomados no del ingenio del orador sino de otra parte y se traen en comprobación de la causa, aunque pertenece muchísimo al arte su empleo conveniente y agradable; de otro modo habría que pensar, como dice Rodolfo, que Lucano¹ dijo sin arte:

Quien más justamente / vista el arnés, / es asunto arduo,
/ malo de saber: / pues a cada uno / defiende un gran

¹ Marco Anneo Lucano (39-65) nacido en Córdoba, España, nieto de Séneca. Fue un escritor muy prolífico desde temprana edad. Sin embargo, hasta nosotros ha llegado únicamente su epopeya en diez cantos sobre la guerra civil entre César y Pompeyo, conocida como *Farsalia*. Eligió suicidarse antes de ser ejecutado, por participar en la conspiración de Pisón contra el emperador Nerón.

juez. / La causa victoriosa / a Dios agradó; / pero la vencida / agradó a Catón².

4. Estos últimos lugares, aunque solo comprenden ejemplos y testimonios en parte divinos y en parte humanos, con todo nos descubren un inmenso campo de pruebas y argumentos, porque sirven para este lugar todo lo que se contiene, sea en las Sagradas Escrituras, en los sagrados cánones y concilios, sea en los libros de los filósofos, de los historiadores y de todos los sabios. Porque las pruebas que dimanen de estos lugares de ningún modo se adquieren con la técnica e ingenio del orador, sino con la variada y abundante lectura de autores de todas clases.

5. Pero, volviendo a nuestro propósito decimos que la perfección de este arte está en que quien tiene que probar o impugnar alguna proposición, verdadera o falsa, averigüe cuidadosamente todo lo que conviene al sujeto y predicado de tal proposición, como llaman los dialécticos, esto es, que explore diligentemente toda la genealogía, digámoslo así, de una y otra palabra, a saber, el género, la especie, la definición y lo demás que arriba recordamos, porque de todos estos lugares se sacan los argumentos. Pues cuando se prueba que alguna cosa conviene al sujeto y predicado con la debida colocación de términos, no hay duda en que verdaderamente se afirma lo uno de lo otro, siendo cierto que las cosas que convienen en un tercero es fuerza que también convengan entre sí; y al contrario, si divergen, forzosamente han de divergir entre sí. Lo que Rodolfo demuestra con un ejemplo muy claro:

si quieres juzgar si dos columnas, que están a alguna distancia, son iguales o no, aplica a ambas una vara, y si esta es igual a cada una, juzga que son ellas iguales; si desigual, desiguales. La misma, pues, es la razón de argumentar. Se llama medio aquel tercero aplicable a ambas partes, el cual se toma de todos estos atributos de las cosas, que arriba mencionamos³.

6. Será del caso ilustrar esto mismo proponiendo algunos ejemplos. Tomemos primero como ejemplo el recomendar a los hombres el ejercicio de la santa oración, y exploremos qué cosas convienen con ella para poderlas usar como argumento. El *género*

² M. ANNAEUS LUCANO, *De bello civili sive Pharsalia*, I, 126-128.

³ R. AGRÍCOLA, *Topica*.

de esta virtud es la religión, la más excelente de las virtudes morales; su *definición* es la elevación del pensamiento a Dios, o la demanda a Dios de una cosa honesta; la *causa* principal de la oración es el Espíritu Santo, que nos induce a orar y que aboga por nosotros *con gemidos indecibles*⁴; las causas que impelen a orar son las miserias cotidianas de esta vida, los riesgos inminentes y la grandísima propensión del corazón humano a lo malo que necesita de un continuo socorro del soplo divino, y también la suma bondad de nuestro Dios que ordena que le pidamos y promete socorrer a los que le piden. Los *efectos* de la oración son, primeramente, merecer el aumento de la gracia y la gloria, así como las demás obras de las virtudes hechas en caridad; lo segundo, satisfacer a Dios por las culpas cometidas; lo tercero, conseguir lo que le pedimos, si lo pedimos debida y religiosamente; lo cuarto, finalmente, cobrar ánimo, llenarse y colmarse de la luz del cielo y de dulzura espiritual. Y omito algunos otros efectos que sería largo de enumerar. Sus *partes* son la oración vocal y mental, o, por decir mejor, las que refiere el Apóstol cuando dice: *Pido ante todo que se hagan oraciones, súplicas, peticiones, acciones de gracias*⁵, etc., cuyas palabras puntualmente explica Casiano en las *Colaciones de los padres*⁶.

7. *Adjuntos* a la oración son aquellas cualidades que necesariamente le están unidas: fe, esperanza, caridad, atención y demás virtudes, sin las cuales no puede ser la oración agradable a Dios. En cuanto a los adjuntos que frecuentemente se siguen de ella, son la pureza de la vida, amor del retiro, una mies de santos deseos y la fortaleza de ánimo contra el pecado, la devoción y alegría para todas las obras de piedad y el menosprecio de las cosas humanas. Porque gustada la dulzura espiritual que es compañera de la devota oración, toda la carne se vuelve desabrida⁷. He dicho que estas cosas por lo común son adjuntos de la oración, porque vemos que algunos tienen oración y, esto no obstante, se descuidan en el cultivo de las virtudes. Los *semejantes* a la oración son la lectura, meditación y contemplación: porque

⁴ Cf. Ro 8,26.

⁵ 1Tim 2,1.

⁶ Cf. J. CASIANO, *Collationes*, IX, 8-9; PL 49,780A-781A.

⁷ *Gustato spiritu, necesse est desipere carnem*; Cf. S. BERNARDO, *Epist.* 111,3; PL 182,255B.

también por estos ejercicios se levanta el pensamiento a Dios. Lo *opuesto* a la oración es el olvido de Dios, que es origen de todos los males, como la oración es fuente y principio de todos los bienes. Los *ejemplos* y *testimonios*, o de las Sagradas Escrituras, o de los santos padres, que recomiendan la oración y declaran su provecho y necesidad, son innumerables y se encuentran por todas partes.

Así, estos argumentos que dijimos que son sin técnica, no los da el ingenio del orador, sino la memoria y la lectura de todo género de autores. Aún el olvido de Dios, que se opone a la oración, puede ayudarnos para la invención no menos que cualquiera de los otros lugares. Pues habiendo explicado los males que se siguen del olvido de Dios, será fácil entender cuán recomendable sea la oración que nos libra de tantos males mientras de continuo levanta el entendimiento a Dios. Así que por este ejemplo aparece claramente cuánta abundancia de argumentos se adquiere con esta arte, pues de estos atributos de la oración, que hemos notado, se sacan fácilmente diferentes argumentos para recomendarla.

8. Pero, de todos modos, la más fecunda de estas fuentes de argumentos es la que se toma de los efectos y de los adjuntos, estén ellos unidos a la cosa de modo necesario o no, como poco antes dijimos. Porque aunque es mejor conocer las cosas por sus causas y principios, con más frecuencia y facilidad argüimos las causas por sus efectos, porque estos nos son más notorios que aquellas. Utilizando esta fuente de argumentos de los efectos y adjuntos, por una parte alabamos las virtudes al explicar sus frutos y efectos y todo lo que está unido a ellas; y por otra parte reprendemos también los vicios, cuando recordamos y amplificamos sus efectos y todos los males que traen consigo.

9. Séneca saca muchísimos argumentos de estas dos fuentes contra la ira, en estos términos:

Me pediste, Novato, que te escribiera de qué modo podría aplacarse la ira. No sin causa me parece que tuviste especial miedo a esta pasión, la más cruel y rabiosa de todas. Porque en las otras se halla alguna quietud y placidez, mas esta es toda ímpetu y perturbación. Como logre dañar a otro, no se cuida de sí, se arroja sobre las lanzas enemigas y no piensa en otra cosa que en vengarse. Así algunos varones doctos dijeron que la ira es una breve

locura, porque tampoco es dueña de sí misma, olvidada de su honor y de sus obligaciones, pertinaz y empeñada en lo que emprendió, sorda a la razón y a los consejos, agitada de motivos vanos, inhábil para conocer lo verdadero y justo, y muy parecida a las ruinas que se hacen pedazos sobre los que han estado empujando. Y para que sepas que los poseídos de la ira son unos locos, repara en la misma figura de ellos. Pues así como son señales ciertas de hombres locos el semblante audaz y amenazador, la frente ceñuda, el rostro indignado, el paso apresurado, la inquietud de las manos, el color demudado, los suspiros frecuentes y arrancados con vehemencia, así son las señas de los airados. Arden y centellean sus ojos, toda su cara inflamada con la sangre, que del corazón se arrebató a la cabeza, tremolan sus labios, rechinan sus dientes, se pone tieso y erizado el pelo, el aliento forzado y bufando, crujiendo sus articulaciones; su llanto y bramido, su lenguaje atropellado y mal declarados los vocablos, golpeándose muchas veces las manos y dando puntapiés a la tierra y todo el cuerpo exacerbado y haciendo muchas amenazas; feo y horroroso aspecto de los que se depravan y embravecen.

No sabrás si hay algún vicio más aborrecible o más deforme. Los otros pueden disimularse y mantenerse en secreto; la ira se descubre y sale a la cara, y cuanto mayor es, tanto más a la clara hierve. Si quieres, pues, mirar sus efectos y daños, no hay peste que tan caro le haya costado al linaje humano. Verás muertes, venenos, recíprocas miserias de los reos, ruinas de ciudades, destrucción de naciones enteras, cabezas de príncipes puestas en subasta, casas incendiadas y fuegos no contenidos en el recinto de las murallas, sino grandes espacios de tierras abrasadas por las llamas enemigas. Pon la vista en los fundamentos de ciudades nobilísimas, que apenas queda señal de ellas: las destruyó la ira. Mira yermos por muchas millas des poblados; la ira los hizo tales. Mira tantos capitanes, que la fama celebra, hechos ejemplos desventurados⁸.

Todo esto es de Séneca, que trae muchas otras cosas semejantes. Con cuyo ejemplo se ve cuán fecunda es esta fuente de argumentos que se toma de los efectos y adjuntos de las cosas.

⁸ L. A. SÉNECA, *De ira*, I, I, 1-II, 2.

10. También de este modo Arquitas de Tarento⁹, como leemos en Cicerón, reprende y disuade el deleite con los mismos argumentos. Dice, pues:

La naturaleza no dio a los hombres peste más mortal que el deleite del cuerpo, cuyo torpe apetito incita todas las pasiones a gozarle con temeridad y desenfreno. De aquí nacen las traiciones a la patria, de aquí las ruinas de las repúblicas, y de aquí las secretas inteligencias con los enemigos. Finalmente no hay maldad ni infamia a que no haya impelido el desordenado amor del deleite. Los estupro, los adulterios y todos los demás delitos semejantes no tienen otro incentivo que el deleite. Y puesto que la naturaleza no ha dado al hombre cosa más noble que el entendimiento, nada hay más opuesto a este don divino que el deleite. Pues dominando la liviandad, no queda lugar para la templanza, ni donde reina el deleite puede subsistir la virtud. Y para que esto pudiera entenderse mejor, ordenaba que se imaginasen a uno incitado de tan gran deleite corporal cuanto mayor pudiera sentirse; quedaba fuera de duda que durante todo el tiempo que así se deleitase, nada podría examinar en su mente, nada podría conseguir con la razón ni con el pensamiento. Por tanto, nada hay tan detestable ni tan pestilencial como el deleite, puesto que, siendo este más intenso y duradero, puede llegar a apagar del todo la luz de la razón¹⁰.

11. San Cipriano, juntando estas dos fuentes de argumentos, la definición y la comparación, nos aparta de la peste de la envidia con estas palabras:

Cuál polilla del ánimo es, o qué corrupción de pensamientos, envidiar a otro la virtud o la dicha que tiene, aborrecer en él los méritos propios o los beneficios de Dios, convertir en mal suyo los bienes ajenos, y hacer pena suya la gloria de los otros. A los tales no da gusto el manjar, no puede agradar la bebida, siempre se suspira, se gime y se duele. Y como los envidiosos nunca explican su

⁹ Arquitas de Tarento (c. 430 a.C. – c. 360 a.C.) político, filósofo y matemático, uno de los más famosos de la escuela Pitagórica. Amigo de Platón y gran gobernante, convirtió a Tarento en la ciudad más rica y poblada de la Magna Grecia.

¹⁰ M. T. CICERÓN, *Cato maior seu de senectute*, XII, 39-41.

envidia, el pecho oprimido se despedaza días y noches sin cesar. Tienen término los otros males, y cualquier delito que se comete, después de consumado, fenece. Cesa la maldad en el adúltero, cometido el adulterio. Expira en el ladrón el encono, hecho el homicidio. El salteador da fin a la rapacidad con la presa poseída, y pone límite el falsario logrado su engaño. Pero la envidia, o los celos, no tienen término. Es un mal que siempre dura, y un pecado interminable. Y cuanto más medrara aquel a quien se envidia, en tanto mayor incendio arde el envidioso con las llamas de la envidia. De aquí proviene el semblante amenazador, la vista indignada, la amarillez en el rostro, el temblor en los labios, el rechinar de dientes, palabras rabiosas, oprobios desenfrenados, prontas las manos para muertes violentas, y cuando estas no empuñan la espada, van siempre armadas del rencor del ánimo furioso¹¹.

Nos hemos detenido en explicar esto con tantos ejemplos para que claramente viese el estudioso predicador que todos los argumentos, con que probamos o amplificamos algo, se han de tomar de lo que se atribuye a las cosas y está naturalmente unido a ellas.

¹¹ S. CIPRIANO, *De zelo et livore*, 7-8; PL 4,668A-669A.

6

DOS FUENTES MÁS DE ARGUMENTOS: EL GÉNERO DE LA COSA Y SUS CONTRARIOS

1. Acabamos de señalar la primera y principal fuente de los argumentos, que nace de los atributos de aquellas palabras que se ponen en cuestión; es decir, de lo que llaman sujeto y predicado. Además de esta, hay otras dos, de las cuales también se toman argumentos para tratar la misma cuestión, a saber, el *género* de la cosa, sea uno o sean muchos; y el *contrario*, sea también uno o múltiple. Del género valga este ejemplo: si uno quiere apartar a otros del pecado de adulterio, considere los géneros de adulterio que hay. Su género próximo es la deshonestidad; el remoto, el pecado mortal. El que disuade, pues, del adulterio, podrá declarar, primero, cuánto peligro hay en permanecer mucho tiempo en pecado mortal, recordando todos los males que trae consigo: los que podrán colegirse de todas las fuentes de argumentos, esto es, de todas aquellas cosas que al pecado se atribuyen. Descendiendo después al género inmediato o próximo de la deshonestidad, podrá decir aquello del Apóstol: *Todo pecado que cometiére el hombre, cualquier que sea, está fuera del cuerpo; mas quien fornicá, peca contra su cuerpo*¹, esto es, afeándolo y manchándolo torpemente. De la misma manera podrán tratarse también los demás males que se

¹ 1Cor 6,18.

atribuyen a la impureza. En tercer lugar, llegará a tratar de los atributos propios del adulterio para argüir por las propiedades de la cosa, que es mucho más oportuno.

2. Los argumentos que se sacan de los géneros de las cosas toman su fuerza de aquella regla del Filósofo que pone en sus *Categorías o Predicamentos*: «Cuando uno se predica de otro como de una especie contenida en él, cuanto se dice del predicado se dice también del sujeto»². Más claro: lo que conviene al género, también conviene a la especie inferior a él. Pues es constante que todas las razones superiores convienen a las inferiores y, como dicen los dialécticos, se predicán de ellas.

3. Tampoco lo que es contrario a las mismas cosas de que vamos hablando ofrecerá menos materia para los argumentos, por cuanto, como enseñan los filósofos, la ciencia de los contrarios es la misma y tiene lugar principalmente en las costumbres, no en las otras cosas. Porque es cierto que cuanto más abominable describes a la soberbia, deshonestidad, avaricia e iracundia, tanto más alabas la humildad, castidad, liberalidad y mansedumbre, que de tantos males y daños nos libran.

4. Así san Cipriano, después de haber expuesto la utilidad, la necesidad y demás alabanzas de la virtud de la paciencia, recuerda los males de la impaciencia para amplificar de este modo las perfecciones de la paciencia, que de tan gran mal nos libra. Dice así:

Y para que brille más, oh carísimos hermanos, el bien de la paciencia, consideremos por el contrario los males que acarrea la impaciencia. Porque así como la paciencia es un bien propio de Cristo, así al contrario la impaciencia es un mal del diablo. Y al modo que aquel en quien habita y permanece Cristo se halla pacífico, así está siempre impaciente aquel cuyo ánimo posee la malicia del demonio, etc. (y poco después concluye así): Y para no ser largo, refiriéndolo todo por menudo, baste decir que todo cuanto la paciencia edifica para la gloria, lo destruye la impaciencia para la ruina. Por tanto, hermanos carísimos, bien considerados los bienes de la paciencia y los males de la impaciencia, tengamos paciencia: por la cual

² Cf. ARISTÓTELES, *Categoriae seu praedicamenta*, 3 (Bk 101-15b33).

permanecemos en Cristo, para poder llegar a Dios con Cristo³.

³ S. CIPRIANO, *De bono patientiae*, 19-20; PL 4,658B-659B.

7

EL PREDICADOR DEBE TENER UN PERFECTO CONOCIMIENTO DE AQUELLO QUE HA DE PREDICAR, PARA PODER VALERSE DE LOS LUGARES MENCIONADOS

1. Dejando sentado que los argumentos deben sacarse de todo aquello que naturalmente conviene a las cosas, aparece claro que para esto nos importa tener antes una ciencia cumplida de los asuntos de que hemos de predicar. En efecto, como el dialéctico me advierte que examine el género de la cosa, su definición, propiedades, afecciones, causas, efectos, partes y otras semejantes, ¿qué me aprovechará esta advertencia si no conociera primero todo esto? ¿Y cómo podré conocerlo sin la ciencia cabal de la materia que proporciona todo esto? Así que considerando con atención esta técnica de los *tópicos*, me parece semejante a las técnicas que, aunque realmente dan método y modo de hacer las cosas, no obstante toman de otra parte la materia, como el arte de los boticarios, que enseña con qué hierbas se debe componer este o aquel medicamento, aún cuando toma de otra parte las hierbas con que compone los tales. De igual modo el dialéctico enseña a explorar en las cuestiones que trata lo que naturalmente conviene y se atribuye a las cosas, para sacar de ahí argumentos

proporcionados a su plan. Pero estos atributos no los inventa él, sino que los toma de aquellas facultades que disputan de estas cosas como de materia propia.

2. Se infiere, pues, de esta consideración que el predicador debe estar instruido en toda la filosofía moral y doctrina cristiana. Porque como deba hablar continuamente de las virtudes y vicios, de los mandamientos de la ley de Dios, de los sacramentos y de los misterios de la fe cristiana que se contienen en el Símbolo, debe tener, en cuanto le sea posible, una ciencia cabalísima de todo esto, para que así pueda tener argumentos tomados de aquello que se atribuye y conviene al asunto y que sean conducentes para exhortar o disuadir, probar o reprobar, y amplificar o disminuir. Mas todo esto, ¿de dónde puede recogerse sino de la variada y abundante lectura de las Santas Escrituras y antiguos Padres? Debe, pues, antes de emprender este ministerio, tener el pecho lleno de variadas y diversas lecturas, para que, *como docto maestro en el reino de los cielos, saque de su tesoro cosas nuevas y antiguas*¹. Porque los que recién empiezan a leer los escritos de los santos padres cuando emprenden este cargo, no sacan lo nuevo y viejo, sino solamente lo nuevo, contra este consejo de Cristo nuestro Señor. En lo cual deben imitar a los gusanos de la seda, que por muchos días no hacen otro trabajo que hartar sus cuerpecillos con hojas de las moreras; y luego, después que acabaron de crecer, día y noche no paran de hilar su seda. Por lo que san Gregorio reprende a los que se meten a ejercer este empleo sin esta diligente preparación, diciendo:

Examinen bien aquellos a quienes la edad o imperfección impide el oficio de predicar, y con todo los mueve su precipitación, no sea que, cuando emprendan intempestivamente lo que no pueden, pierdan aquello mismo que podrían conseguir a su tiempo. Porque los pollos de las aves, si quieren volar antes de tener todas las plumas, en vez de subir a lo alto, caen a lo más profundo; y asimismo, si la mujer da a luz antes de tiempo la prole concebida, no llena la casa, sino el sepulcro².

3. En este estudio, lo primero es que tenga buena elección de libros, de suerte que escoja no las cosas comunes y vulgares, que

¹ Mt 13,52.

² S. GREGORIO MAGNO, *Regula pastoralis*, III, 25; PL 75,98A.

salen al paso, sino las muy notables y excelentes, dichas de modo que no halaguen los oídos con el sonido y retintín de las palabras, sino que tengan fuerza y peso por la agudeza y gravedad de las sentencias, y digan mucho en pocas palabras, para que el predicador tenga poco que agregar en lo que deba usar y ponderar de ellas. Lo segundo y muy necesario es que, en un fichero preparado con todos los títulos de los temas que suelen tratar los sermones, anote en sus lugares lo que hubiere hallado; y con este método también irá apuntando muchas cosas pertenecientes a los evangelios que la Iglesia lee en los domingos y días festivos. Tengo, pues, por muy útiles y necesarios al predicador estas citas propias y singulares, para que, cuando tenga que predicar de la humildad, caridad, paciencia, abstinencia, ejercicio de la oración, o por el contrario, de la soberbia, avaricia, inhumanidad, consulte estos lugares y de esta como provisión y síntesis tome lo que le parezca más acomodado a su sermón.

4. No debe contentarse solo con lo que lee, sino que debe aprovecharse de cuantas cosas hayan dicho grave y sentenciosamente otros, sean predicadores o personas de cualquier clase, y de lo que a él mismo, pensando en otra cosa, se le ocurra, siendo de alguna importancia y peso para su ministerio: todo esto debe apuntarlo brevemente en alguna tarjeta, para que, cuando tenga oportunidad, lo escriba en los respectivos lugares de su fichero. Porque nuestras cosas las tratamos con más abundancia, frecuencia y valentía, como armas ajustadas a nuestras fuerzas y a nuestro cuerpo. Así, con este cuidado y diligencia, poco a poco va creciendo nuestro tesoro y al cabo de muchos años se levanta con este incremento un cúmulo considerable de noticias exquisitas.

5. De la lectura de las Santas Escrituras procuremos escoger los lugares más recónditos que con su novedad y dignidad muevan a los oyentes: muchos de los cuales pueden recogerse de los libros de los profetas y de la Sabiduría. Porque los lugares más obvios y más frecuentemente repetidos mueven menos, si no es que, con alguna insigne exposición, de comunes los hagamos en cierto modo nuevos. También se ha de poner cuidado en ilustrar muchos lugares de las Escrituras con alguna interpretación o glosa señalada, ya sea ponderando la fuerza y gravedad de una sentencia, o ya desentrañando un tropo, si lo hay, o un énfasis que

con frecuencia se oculta en una voz. No conviene tampoco usar de muchas citas de la escritura para probar una u otra verdad; esto lo hacen algunos más para ostentar su memoria y erudición que para edificar. En esto hay que usar el discernimiento y tener una medida, no utilizar lo que nos sugiere el amor engañoso de nuestra invención sino lo que pide el asunto. Que ciertamente no faltará lugar en que podamos después aprovecharnos de esas cosas que entonces omitimos.

6. Los que con diligente estudio, lectura y meditación adquieren este tesoro en buen tiempo, serán graves y agudos en el decir y con su trabajo harán grandísimo fruto. Pero los que, vacíos, secos y estériles, emprenden este ministerio, ¿qué fruto podrán sacar, sino dejar de la misma manera a sus oyentes como ellos se dispusieron para predicar? Por lo que el mayor estudio del predicador debe emplearse en la lectura de las Divinas Escrituras y santos padres, con cuyas invenciones debe también acrecentar y enriquecer las suyas. Porque la vena del ingenio humano es muy angosta, y si no se ayuda con los estudios de otros, como con el aumento de otras velas, ciertamente alumbrará muy poco. De aquí provinieron en nuestro siglo tantos sermonarios, en cuya lectura apenas hallamos cosa señalada, porque, satisfechos sus autores con las invenciones y trabajo de su ingenio y llevados del amor de sus cosas, creían que también había de agradar a los demás lo que les agradaba a ellos como fruto de su propia inteligencia. Necesita, pues, el predicador de mucha y variada lectura y considerar las sentencias insignes, porque no creo que por otra causa dijeron los antiguos que *el poeta nace y el orador se hace*, sino porque aquella facultad se tiene principalmente por merced de la naturaleza, mas esta se adquiere con estudio, meditación, continua lectura, mucho ejercicio e imitación.

7. De los autores sagrados, Jeremías, por no hablar de los demás profetas, me parece admirable predicador aunque, como dice san Jerónimo³, sea menos culto que Isaías en la elección de las palabras. Porque para hablar usa de tantas figuras y afectos, de tanta fuerza y agudeza de palabras, y de tantos modos amplifica el furor del Señor y declama contra las malas costumbres de los

³ Cf. S. JERÓNIMO, *In Jeremiam propheta, prologus*, PL 28,903A.

hombres, que apenas puede imaginarse cosa más grave o más vehemente o más acomodada a la grandeza del asunto.

8. De los padres de la Iglesia, quien más debe leerse es san Juan Crisóstomo, por ser elocuentísimo y tan acomodado a los oídos del pueblo que nunca se aparta en el sermón de su saludable enseñanza. Tenemos aquí un varón que es digno de ser tenido en cuenta no solo para la gravedad de las sentencias, sino también para la eficacia del decir y para el modo de manejar los estados de ánimo, mucho más si al predicador se le hace familiar con la continua lectura. Porque como dice muy bien san Agustín en su libro *De doctrina christiana*:

Si con el trato de los que hablan aprenden los hombres a hablar, ¿por qué con el trato de los elocuentes no se han de hacer elocuentes? Porque ¿de dónde manaron los preceptos de la elocuencia, sino de observar a aquellos que por la naturaleza misma habían sido preparados para el bien decir? Si los que leen y oyen a los elocuentes tienen un ingenio agudo y ardiente, se les pega más fácilmente la elocuencia que a los que siguen reglas de elocuencia, máxime si se le añade el ejercicio de escribir o de componer⁴.

⁴ S. AGUSTÍN, *De doctrina christiana*, IV, 3, 4; PL 34,90.

8

FUENTES DE ARGUMENTOS DE LAS CIRCUNSTANCIAS DE LAS COSAS Y PERSONAS

1. Fuera de estas fuentes de argumentos comunes se asignan también otros de las circunstancias de las personas y cosas, los cuales se refieren a los arriba dichos y dimanar de ellos; pero se tratan separadamente por cuanto pertenecen a ciertos géneros de cuestiones cuya naturaleza toca más de cerca que aquellas fuentes de argumentos comunes, que se extienden muchísimo. En este lugar, pues, conviene traer a la memoria lo que dijimos al principio de esta segunda parte, es a saber, que hay dos géneros de cuestiones: unas, que constan de voces comunes, que los retóricos llaman *indefinidas* o *tesis*; otras, que están incluidas dentro de las circunstancias de las personas y cosas, esto es, que constan de nombres propios y singulares: las que dijimos llamarse *definidas* o *hipótesis*. El ejemplo de las primeras es cuando predicamos de la fealdad del adulterio en general; de las últimas, cuando predicamos determinadamente del adulterio de David, amplificando la fealdad de entrambos. Con este modo también alabamos en común la obediencia y castidad, y amplificamos en particular la obediencia de Abrahán y la castidad de José. Así a estas cuestiones, que dijimos se llaman *tesis*, son proporcionados aquellas primeras fuentes de argumentos; mas para estas últimas sirven muchísimo no solo aquellos, sino estos que se traen de las circunstancias de cosas y personas, pues comprenden aquello

que conviene a cosas y personas singulares. Pero cuales sean aquellas, ya lo explicaremos.

2. A las personas se atribuyen estas once circunstancias: nombre, naturaleza, género de vida, fortuna, hábitos, inclinaciones, estudios, consejos, hechos, sucesos, discursos.

El nombre es el que se pone a cada persona¹, como Pedro, Juan, etc.

3. En la *naturaleza* se considera el sexo, la nación, la patria, el parentesco, la edad, la dignidad. *Sexo*: si es varón o mujer. *Nación*: si es griego o bárbaro. *Patria*: si es ateniense o lacedemonio. *Parentesco*: qué antepasados, qué parientes tiene. *Edad*: si es niño o joven, adulto o anciano².

En la *dignidad* se considerarán los bienes o males que la naturaleza ha dado al alma o al cuerpo, de este modo; si está sano o enfermo, si es de alta o baja estatura, si hermoso o feo, veloz o pesado, si es sutil o torpe, si tiene memoria o no la tiene, si es afable, servicial, discreto, paciente o lo contrario. Y todo lo que se considera dado por la naturaleza al alma o al cuerpo se debe considerar en la naturaleza: porque lo que se consigue con el trabajo pertenece al hábito, de lo cual se hablará después.

4. En el *género de vida* o educación se considera junto a quién, con qué costumbres y bajo qué dirección ha sido educado. Qué maestros tuvo en las artes liberales, qué modelos, qué amigos tiene, en qué negocio, con qué ganancia, en qué profesión está empleado, cómo administra su hacienda, qué conducta tiene en su casa.

5. En la *fortuna* se inquiera si es esclavo o libre, rico o pobre, particular o con potestad, y si con potestad, si justa o injustamente; feliz, distinguido o al contrario; si tiene hijos. Y si se tratare de algún muerto, también deberá considerarse de qué muerte murió.

6. *Hábito* llamamos a una constante y acabada perfección del alma o del cuerpo en alguna materia: como la posesión de una virtud, de algún arte o de cualquier ciencia, en cuanto al alma; y alguna justa proporción o conveniencia, no dada por la naturaleza sino adquirida con el trabajo y la actividad, en lo que refiere al cuerpo.

¹ M. T. CICERÓN, *De inventione oratoria*, I, 34.

² ALCUINO, *Disputatio de rhetorica*, 25.

7. *Inclinación* es una repentina mudanza del alma o del cuerpo por alguna causa, como la alegría, el deseo, el miedo, la molestia, la enfermedad, la flaqueza, y otras de este género.

8. *Estudio* es una continua y vehemente ocupación del alma, aplicada con gran voluntad a alguna cosa, como a la filosofía, poesía, geometría, literatura.

9. *Consejo* es hallar una razón para hacer o no hacer algo.

10. Los *hechos*, *sucesos* y *discursos* se consideran de acuerdo a tres tiempos: primero, qué hizo, o qué le ocurrió, o qué dijo; segundo qué hace ahora, qué le sucede, qué dice, tercero: qué ha de hacer después, qué le ha de suceder, o con qué estilo ha de hablar. Y ciertamente estas cosas parecen ser atributos de las personas³,

a partir de los cuales pueden sacarse argumentos, ya sea para probar, o ya para amplificar.

11. Pero pocas veces se toman argumentos del *nombre* de la persona, que pusimos en primer lugar, sino es cuando el mismo nombre se impuso a la persona por algún motivo particular, como el glorioso nombre de Jesús. Y también el de Abrahán, de Sara, de Isaac, de Israel, de José, de Juan, de Pedro, y así de otros.

12. Pero de los nombres apelativos se pueden obtener argumentos rectamente y se llaman de la etimología del nombre. Su lugar es el más próximo a la definición y se cuenta entre las fuentes de argumentos del primer orden. Así haciendo uso de este argumento arguye san Jerónimo a Heliodoro en esta forma: «¿Tú, que eres *monje*⁴, ¿qué haces entre la turba?»⁵. Y a Nepociano:

El *clérigo*, dice, interprete primero su denominativo, y entendida la definición de su nombre, esfuércese en ser aquello que se dice. Porque si la voz griega *kleros* (κλήρος) en latín se dice *sors*, por eso se llaman *clérigos* (*clericí*)⁶;

³ M. T. CICERÓN, *De inventione oratoria*, I, 35-36.

⁴ Monje deriva del prov. ant. *monge*, este del lat. tardío *monachus*, y este del gr. μοναχός, relacionado con μόνος, es decir, solo, solitario. En la patrística cristiana de los primeros siglos se unió muy fuertemente al significado de célibe.

⁵ S. JERÓNIMO, *Epíst.*, 14 (*ad Heliodorum*), 6; PL 22,350.

⁶ Κλήρος significaba en el griego clásico un objeto pequeño usado para sortear algo al azar, y con el tiempo significó la parte de un bien, de un cargo o una herencia que toca en suerte a alguien. En el cristianismo bizantino pasó a significar el «beneficio eclesiástico» –porción de tierra aneja a una iglesia de la que los sacerdotes extraían el peculio para vivir–, y de ahí derivó al latín *clerus* y

porque son ellos de la elección del Señor, o porque el Señor es su elección⁷.

13. Por la *naturaleza* exhortamos al estudio de la virtud, para que no degeneren el hombre de las costumbres y nobleza de sus padres. Y de aquí también tomamos motivo para amplificar la maldad de los que degeneraron de esta nobleza y para conjeturar las costumbres de los que nacieron de padres ruines. De donde vino el refrán: «De mal cuervo, mal huevo. Es malvado, porque es hijo de padres malvados»⁸.

14. De la *nación*: «es cartaginés, luego pérfido. Es de Creta, luego embustero». Porque los cretenses, como dijo también el Apóstol, *siempre son mentirosos, malas bestias, barrigas pesadas*⁹. Asimismo Daniel dijo al anciano deshonesto: *raza de Canaán, y no de Judá, la hermosura te engañó*¹⁰. Y el Señor por el profeta: *Tu origen y tu casta, de la tierra de Canaán; tu padre amorreo y tu madre hitita*¹¹. De donde se concluye que las costumbres depravadas del pueblo surgen en la patria de los malos, como era las de estas gentes.

15. Por el *sexo* probamos la inconstancia de las mujeres, según aquello: «la mujer es siempre variable y mudable»¹². También probamos la vehemencia de los afectos, porque la mujer es un ser sujeto en extremo a las pasiones. De donde vino aquel dicho de Publio Mimo: «La mujer o ama, o aborrece; no hay medio»¹³. También amplificamos por el sexo aquella maravillosa fortaleza de la madre de los siete macabeos, como la de las santas Felicidad y Sinforosa, que toleraron la muerte de sus hijos con ánimo más que viril. Así dijo san Cipriano de las mujeres que sufrieron con gran fortaleza los suplicios: «la mujer atormentada se muestra más fuerte que los varones que la atormentan»¹⁴.

clericus: el que se beneficia con un *clerus*. Aquí está tomado en el sentido de que el Señor es el beneficio, herencia y suerte que ha tocado al clérigo.

⁷ S. JERÓNIMO, *Epist.* 52 (*ad Nepotianum*), 5; PL 22,531.

⁸ Cf. ERASMO, *Adagia*, I, 9, 25.

⁹ Tit 1,12.

¹⁰ Dn 13,56.

¹¹ Ez 16,3.

¹² VIRGILIO, *Eneida*, IV, 569-570.

¹³ PUBLIO MIMO, *Sententiae*, 6.

¹⁴ S. CIPRIANO, *De habitu virginum*, 6; PL 4,458B.

16. De la *edad*: «Se le perdona, porque es niño». Terencio: «galanteó mientras lo sufrió su edad»¹⁵. «Se piensa que es hombre de buen consejo, o que está atento a lo que hace, porque es anciano».

17. De la *educación y enseñanza*: «es revoltoso, porque está mal criado y desde sus primeros años aprendió maldades; tuvo malos y necios maestros».

18. De la *inclinación del ánimo*: «habiendo sido este siempre un facineroso, ¿de qué te admiras que negara la deuda?». Aquí se refieren las virtudes y los vicios del alma.

19. De la *condición y fortuna*: «este, porque recogió algún dinero, tiene mucho orgullo. El pobre dondequiera es despreciado». A este lugar pertenece aquello del Eclesiástico: *Si fueres rico, no estarás libre de pecado*¹⁶. Y del mismo libro: *Habló el rico y todos callaron y levantaron su dicho hasta las nubes. Habló el pobre y dicen: ¿quién es este?*¹⁷.

20. Del *género de vida*: «es malo porque se junta con malos». Así Salomón: *El que anda con sabios será sabio. El amigo de necios, saldrá como ellos*¹⁸. Asimismo: *Quien toca la brea, se ha de ensuciar con ella; y quien trata con soberbios, se vestirá de soberbia*¹⁹.

21. De los *estudios*: no es amigo de placeres, porque es aplicado a las letras.

22. De los *hechos*: «a Pompeyo ha de confiarse la guerra contra Mitrídates, porque acabó muchas guerras con gran éxito».

23. Las *cosas* o *asuntos* tienen estos siete atributos: *cosa, causa, lugar, tiempo, ocasión, modo, facultades o instrumentos*.

La *cosa* o *asunto* es la exposición breve de todo el asunto, que incluye el total de todo el hecho: «matar al padre, traición a la patria»²⁰.

24. *Causa* es aquella por la cual se averigua el por qué y el fundamento o motivo de algún hecho²¹: bajo cuyo nombre

¹⁵ TERENCIO, *Andria*, act. II, esc. 6.

¹⁶ Sir 11,10.

¹⁷ Sir 13, 28-29.

¹⁸ Pr 13,20.

¹⁹ Sir 13,1.

²⁰ M. T. CICERÓN, *De inventione oratoria*, I, 37: *parentis occisio, patriae proditio*.

²¹ Cf. M. T. CICERÓN, *De inventione oratoria*, I, 37.

abrazamos la causa eficiente y el fin que obligó a emprender la obra.

25. El *lugar*: si es sagrado o profano, público o privado; si el lugar es o era propio o ajeno.

26. *Tiempo* es una cierta parte de la eternidad, con significación positiva del espacio de un año, de un mes, de un día, de una noche. *Ocasión* es parte de tiempo que trae consigo la oportunidad de hacer alguna cosa o de no hacerla. Por lo que se diferencia en esto del tiempo, pues aunque pertenecen al mismo género, en el tiempo se declara en cierto modo el espacio que se mira en los años, en el año o en alguna parte suya; mientras que en la ocasión se entiende cierta oportunidad para obrar unida al espacio de tiempo.

27. *Modo* es en el que se averigua cómo y con qué intención se hizo la cosa. Sus partes son la prudencia y la imprudencia. La prudencia se deduce de las cosas que haya hecho en secreto, en público, con fuerza o por persuasión. La imprudencia se conoce por las excusas que se dan, como son la ignorancia, el azar, la necesidad; y por la pasión del ánimo, esto es, el enfado, la cólera, el amor y lo demás que atañe a género similar.

28. *Facultades* son aquellas con que se hace alguna cosa más fácilmente, o sin las cuales es imposible hacerse. En cuyo género se ponen también los instrumentos con que la cosa se hizo. La facultad y ocasión suelen dar grande oportunidad para hacer algo.

29. Estas son, pues, las circunstancias que se atribuyen a las personas y asuntos particulares de las cuales dimanar los argumentos en las proposiciones que dijimos llamarse *hipótesis*, las que se notan más sucintamente con estas voces: *quién, qué, por qué, cuándo, dónde, cómo*:

¿Quién?: griego, valiente, cobarde y lo demás que hemos dicho atribuirse a las personas.

¿Qué, o cuál, o cuánto?: como el hurto, el sacrilegio, lo honesto, lo torpe, lo útil, lo nuevo, lo atroz, etc.

¿Por qué?: por odio, por ira, por la esperanza del lucro, etc.

¿Cuándo?: de día, de noche, etc.

¿Dónde?: en el templo, en el bosque, etc.

¿Cómo?: a vista de todos, con cuchillo, con dolo, con veneno, con engaño, con brujerías, por medio de mensajeros, etc.

30. Pero el uso principal de las circunstancias se descubre en el amplificar y disminuir. Porque no hay circunstancia que, juntándose a una cosa, no la engrandezca o apoque. Lo que declararemos en su lugar con ejemplos, por los cuales el predicador estudioso comprenderá cuánto fruto podrá coger de este tratado de las circunstancias.

31. Mas, aunque los argumentos para tratar las cuestiones, que dijimos llamarse *hipótesis*, se saquen de estos lugares de las circunstancias que ahora hemos referido, con todo ha de procurarse, como advertimos al principio, reducir la *hipótesis* a la *tesis*; esto es, la cuestión singular a la común, que de ordinario suele ocupar la primera parte de la predicación. Porque los filósofos estilan descender de lo más a lo menos común, y del género a la especie. Por ejemplo: si queremos exhortar a algún amigo a que profese en la religión de la Cartuja, primero hablaremos en recomendación y alabanza de la vida monástica en común, y después vendremos a las particulares circunstancias del amigo y de la Cartuja que parezcan conducentes a esta exhortación. Pues, como dice Cicerón, son muy elegantes aquellos discursos

que se extienden muchísimo, y de una controversia privada y singular pasan al género universal para explicar su esencia, para que los oyentes, entendida la naturaleza, el género y cuanto hay en la materia, puedan hacer juicio de cada cosa de por sí²².

Y para hacer esto el excelente orador, siempre que puede, trae argumentos que están en debate entre las personas de su tiempo y traslada este argumento particular al género universal.

32. Pero así como reducimos la *hipótesis* a la *tesis* siempre y cuando la razón del argumento nos da ocasión, así al contrario algunas veces descendemos de la *tesis* a la *hipótesis*, como si uno en general quiere apartar a los hombres del pecado torpísimo de la deshonestidad, luego que hubiere explicado los males que acompañan a este vicio, podrá descender a las circunstancias particulares de las personas, declarando los daños que les

²² M. T. CICERÓN, *De oratore*, III, 30, 120.

acarrea. Verbigracia, si el hombre es anciano, mozo, noble, dado a las letras, si administra oficio público, está en las órdenes sagradas, si es mujer, y mayormente si está casada, etc. Y en todo esto podremos demostrar, particularmente por las circunstancias mismas de las personas, cuán feo y deforme sea este vicio:

si eres viejo, mira esas canas que te exhortan a continencia y honestidad, y te están enseñando que esa edad no ha de mancillarse con liviandades de amantes, sino que debe hermostearse con loables estudios de virtud y sabiduría. Si joven, no consientas que la flor bellísima de tu edad sea ajada con la torpeza de este vicio que en pos de sí te arrastre cautivo y, creciendo con la edad, te vaya persiguiendo hasta la vejez.

De este modo podrán tratarse las demás circunstancias personales con más o menos extensión.

9

FORMAS DE LOS ARGUMENTOS, PRINCIPALMENTE LA INDUCCIÓN

1. Así como todas las cosas, sean naturales o artificiales, se componen de materia y forma, así la argumentación, que es obra de arte, contiene también su materia y forma, y al argumento llaman materia; y forma a la argumentación. El argumento es una invención que prueba una cosa dudosa; la argumentación, una apta y conveniente explicación del argumento, por medio del discurso. Habiendo, pues, hablado sucintamente de las fuentes de donde se sacan los argumentos, el mismo asunto requiere que tratemos de las formas con que han de explicarse los mismos argumentos. Y aunque parezca que esto toca más a las reglas de la elocución que a la invención, por la afinidad y trabazón de estas dos cosas me pareció tratar de ellas en este lugar; y de la misma manera juntaremos también con estas algunas otras que pertenecen a la disposición de los argumentos, para que la doctrina perfecta de esta parte, enseñada en un lugar, se retenga mejor.

§ 1. LA INDUCCIÓN

2. De estas formas, pues, o maneras de argumentar dice Cicerón así:

Toda argumentación debe tratarse por inducción o por raciocinio. *Inducción* es un discurso que por medio de cosas no dudosas logra el asentimiento de aquel a quien se dirige, con cuyos asentimientos hace que él conceda alguna cosa dudosa en fuerza de la semejanza de aquello a que antes asintió¹.

Hay un ejemplo de esto en san Cipriano, quien con la inducción de cosas semejantes prueba que hay Dios por estas palabras:

Para probar el imperio de Dios tomemos un ejemplo de la tierra. ¿Acaso alguna vez la sociedad de un reino empezó con buena fe o feneció sin sangre? Así se deshizo la alianza de los tebanos; así no pudieron ser contenidos por un reino, los dos mellizos romanos que cupieron en un vientre. Pompeyo y César fueron familia, y rompió todos los vínculos del parentesco la emulación del mando. Ni tú en esto te admires del hombre, pues anda en esto conforme toda la naturaleza. Un solo rey tienen las abejas, una guía los rebaños, un pastor los ganados mayores; con mucha más razón ha de ser uno el rector del mundo, que con su voz manda, con su razón provee y con su virtud perfecciona a todas cuantas cosas hay en él².

3. El mismo otra vez arguye del propio modo:

Es delicada la jactancia cuando no hay riesgo, el conflicto en la adversidad es la prueba de la verdad. El árbol de hondas raíces, aunque los vientos lo combatan, no se mueve; y la nave bien ensamblada, por más que la combatan las olas, no se agujerea; y cuando se trillan parvas en una era³, los granos robustos y sólidos hacen burla de los vientos, llevándose un soplo las ligeras pajas⁴.

4. De este mismo modo argüimos cuando juntamos muchos ejemplos que prueban lo mismo. Así Matatías, padre de los macabeos, cercano a la muerte, animó a sus hijos a defender la

¹ M. T. CICERÓN, *De inventione oratoria*, I, 51.

² S. CIPRIANO, *Quod idoli non sint dii*, 8; PL 4,596A-597A.

³ La *trilla* se hace para separar los granos del resto de la planta (espiga, caña, etc; según sea el cereal). Antiguamente se colocaba el cereal cegado en una era, y se lo golpeaba o pisaba para que cayeran los granos. Luego, cuando corría viento, se aventaban las gavillas. La paja era arrastrada por el viento, mientras que el grano, más pesado, caía limpio.

⁴ S. CIPRIANO, *De mortalitate*, 12; PL 4,612A-613A.

religión y justicia, proponiéndoles los ejemplos de Abrahán, José, Fines, Josué, Caleb, David, Ananías, Azarías, Misael y Daniel. Y añadió al fin: *Y así id corriendo de generación en generación, y hallaréis que de ninguno de los que esperaron en Dios se frustró la esperanza*⁵.

§ 2. SILOGISMO O RACIOCINIO

5. La inmediata y más perfecta forma de argüir es el silogismo, que Cicerón llama *raciocinación*, cuyas leyes y naturaleza enseña la dialéctica, que principalmente trata de esto. Solamente es de advertir lo que pertenece a nuestro propósito, y es que, diciendo los dialécticos que todo silogismo consta de tres enunciaciones, conviene a saber, de proposición, asunción y conclusión —a cuyas dos primeras llaman mayor y menor—; con todo, los retóricos lo dividen en cinco partes por cuanto añaden pruebas a la proposición (mayor) y asunción (menor); sin embargo, puede tener no más de cuatro, cuando sola una necesita de prueba, y también puede tener no más de tres, cuando ninguna de las dos la necesita. Pero es completísima la que consta de cinco partes. Cuyo ejemplo pone Cicerón por estas palabras:

“Mejor se cuidan las cosas que se gobiernan con consejo que sin él”. Esta parte cuenta la primera; después discurren que conviene probarse con diferentes razones de esta manera: “la casa que se gobierna con prudencia está más bien provista y equipada de todo que aquella que inconsideradamente y sin ningún consejo se administra. Un ejército bajo la conducta de un sabio y prudente capitán, en todas sus partes se gobierna mejor que el que está gobernado por la ignorancia y temeridad de alguno. Lo mismo sucede en un navío, porque acaba felizmente su viaje si tiene un piloto muy perito”. Estando apoyada de este modo la proposición (mayor) y pasadas las dos partes del silogismo, en la tercera parte dicen que lo que quieras hacer manifiesto conviene tomarlo de la fuerza de la proposición (mayor) de esta manera: “nada de todo lo criado se gobierna mejor que el universo”. En cuarto lugar introducen otra prueba de esta asunción (menor) así: “...porque el oriente y ocaso de las constelaciones guardan un determinado orden y las mudanzas del año no solo por cierta precisión se hacen siempre de un modo, sino que

⁵ 1Mac 2,61.

también están acomodadas a las utilidades de todas las cosas, y las sucesiones del día y de la noche siempre constantes jamás dañaron a nadie”. Todas estas cosas son señales de que no sin gran consejo se gobierna la máquina del mundo. En quinto lugar introducen aquella conclusión que, o infiere solo lo que se sigue de todas las partes, de este modo: “luego el mundo se gobierna con consejo”; o, habiendo traído brevemente a un lugar la proposición (mayor) y asunción (menor), junta lo que de ellas se concluye de este modo: “y si mejor se hace lo que se gobierna con consejo que sin él, y de todas las cosas ninguna se gobierna mejor que el universo, luego con consejo se gobierna el universo”. De esta suerte, pues, juzgan que la argumentación tiene cinco partes⁶.

6. Sin embargo, se invierte este orden con elegancia muchas veces, cuando, comenzando el silogismo con la asunción (menor), acaba en la proposición mayor, la cual prueba a partir de la asunción que la conclusión se infiere. Y esto sucede cuando la proposición contiene una sentencia universal, que podemos considerar con abundancia como un lugar común. Verbigracia, si exhorta alguno a la mortificación de la carne, porque con ella satisfacemos a Dios por los delitos cometidos, formará un silogismo de este modo:

es preciso que satisfagamos a Dios por las culpas, es así que principalmente esto se hace con el ayuno y mortificación de la carne; luego debemos concuidado y diligencia ejercitar esta virtud.

7. Este orden es recto. Mas puede aquella proposición mayor guardarse para el fin y ponerse en lugar común, en el cual hablemos de la necesidad de la satisfacción para podernos librar de las penas amarguísimas del fuego del purgatorio, cuya acerbidad podremos amplificar para esto mismo. Y tratada extensamente, si pareciere, esta proposición, volveremos otra vez a la conclusión primera, para que claramente se entienda hacia dónde nos hubiéremos encaminado.

8. De esta fuente nacen muchas veces digresiones que vuelven más espléndida la oración, refiriendo las cosas singulares a los lugares comunes de vicios y virtudes. De la misma forma, cuando

⁶ M. T. CICERÓN, *De inventione oratoria*, I, 58-59.

exhortamos a obras de misericordia, podemos discurrir con extensión sobre cuán acepta sea a Dios la virtud de la misericordia. Cuya sentencia podemos sin duda tratar o antes o después de la conclusión. Así el Señor en el evangelio, después de haber pronunciado esta sentencia: *Quien escandalizare a uno de estos pequeñuelos que en mí creen, etc.*⁷, pasa a un lugar común, tratando de la gravedad del escándalo, pues añade: *¡Ay del mundo por los escándalos! Preciso es que haya escándalos...*⁸, y lo demás que después añadió en este sentido. Cuyo discurso está en lugar de proposición mayor, porque de esta sentencia se sigue bien aquella conclusión propuesta al principio, es a saber: *quien escandalizare a uno de estos pequeñuelos, etc.*

9. Puede, pues, encerrarse el raciocinio en una oración muy breve, como aquella: «¿Quieres al amor impuro / dar fin? Trabaja noche y día. / Cede amor a la porfía: / labra y estarás seguro»⁹.

Aquí están muy brevemente comprendidas todas las partes del silogismo. También se ha de poner cuidado en que no siga siempre el predicador aquella exacta formalidad que los dialécticos suelen usar en las disputas. Porque la argumentación al pueblo requiere otro hábito y forma de hablar. Sea ejemplo aquella noble proposición del poeta: «Yo, cierto, me persuado / y no es vana mi creencia, / que es de dioses su ascendencia»¹⁰. Esta proposición se prueba con el silogismo siguiente: «Un corazón se rinde al miedo. / ¡Ah, cuán mal le ha el duro hado perseguido! / Las guerras que acabó y ha referido»¹¹. La proposición mayor está sencillamente proferida. Mas al llegar a la menor, exclama: «¡ah, cuán mal!», etc. ¿Acaso no es mucho más vehemente esto, que si con estilo llano hubiera dicho: «aquel fue agitado de los hados y narraba haber acabado muchas guerras»?

10. Tampoco es necesario juntar siempre aquellas tres partes, sino que alguna vez nos contentaremos con dos, cuando es notoria alguna de ellas, a lo que llaman *entimema*¹². También a

⁷ Mt 18,6.

⁸ Mt 18,7.

⁹ OVIDIO, *Remedia amoris*, 143-144.

¹⁰ VIRGILIO, *Eneida*, IV, 12.

¹¹ VIRGILIO, *Eneida*, IV, 13-14.

¹² Entimema: (Del lat. *enthymēma*, y este del gr. ἐνθύμημα). 1. m. Fil. Silogismo abreviado que, por sobrentenderse una de las premisas, solo consta de

veces no consta más que de una, que llaman *epiquerema*¹³. Así san Ambrosio, ponderando el dolor de la Virgen purísima en la muerte de su Hijo, dice: «Ni tenía la Virgen el consuelo de que había de parir otro hijo»¹⁴. En cuyo lugar puso *Virgen* por el nombre de María, que era el medio en esta argumentación, como dicen los dialécticos, en el cual está toda la fuerza del argumento.

§ 3. DILEMA O COMPLEXIÓN

11. Además de las sobredichas formas de argumentar, que ocupan el primer lugar entre las demás, se encuentran también otras que, por ser de valor y agudeza no vulgar, me plugo añadir aquí. Es, pues, el *dilema* un discurso en que se reprende cualquiera de las dos cosas que se conceden. Cicerón introduce a la patria, hablando de este modo con Catilina: «Por tanto, vete y líbrame de este miedo; si verdadero, para que no me acabes; si falso, para que en fin deje de temer»¹⁵. Y en una carta a su hermano Quinto: «Si las iras son implacables, es extremado rigor; si indulgentes, extremada ligereza»¹⁶.

12. Se dice *dilema* porque así aprieta y fuerza por los dos lados que o por el uno o por el otro atrapa al adversario. Por cuyo motivo se llama también *silogismo de tenazas*, porque de tal suerte se disponen en él las astas de la argumentación que quien de una se libra cae en la otra. Cicerón le llama *complexio*¹⁷. Si es verdadera, nunca es reprendida; si falsa, se desvanecerá de dos modos; o con la conversión, o por debilitamiento de una u otra parte.

13. Viendo yo —dice Varrón, según escribe Cicerón—, que la filosofía estaba diligentemente explicada en lengua griega, me pareció que si algunos querían aprenderla y eran entendidos en lengua griega, iban a preferir leer las obras griegas que las nuestras. Y en caso de no tener interés por las artes y las ciencias de los griegos, no iban a

dos proposiciones, que se llaman antecedente y consiguiente; p. ej., *el sol alumbrá, luego es de día*; R.A.E.

¹³ Epiquerema: (Del lat. *epichirēma*, y este del gr. ἐπιχείρημα). 1. m. Fil. Silogismo en que una o varias premisas van acompañadas de una prueba; R.A.E.

¹⁴ S. AMBROSIO, *Epístola* 63, 111; PL 16,1271B.

¹⁵ M. T. CICERÓN, *In Catilinam*, I, VII, 18.

¹⁶ M. T. CICERÓN, *Epistulae ad Quintum fratrem*, I, XIII, 39.

¹⁷ M. T. CICERÓN, *De inventione oratoria*, I, 67.

interesarse tampoco por aquellas cosas que sin saber griego no se podían entender. Y por tanto, no quise escribir lo que los indoctos no iban a poder entender, ni los doctos procurarían saber¹⁸.

Después Cicerón convierte este *dilema* contra él de esta manera:

Antes bien leerán los escritos latinos los que no puedan leer los griegos; y los que puedan leer los griegos no despreciarán los suyos¹⁹.

14. De este modo el predicador podrá reconvenir a Herodes, que, noticioso del vaticinio de Miqueas²⁰, mandó degollar a los niños inocentes²¹, con este *dilema*:

Dime, pérfido, o crees lo que anuncia la estrella y lo que vaticinó el profeta, o no lo crees. Si no lo crees, riéte de estas necias invenciones y sueños de los hombres. Mas si lo crees, como muestras creerlo, pues consultas a los profetas, ¿qué locura es que tú, vil gusano, quieras quebrantar los designios y decretos de la Majestad Divina y hacerte superior a la misma Divinidad?

San Cipriano arguye también contra Demetriano:

¿Qué viene a ser, dice, esta insaciable rabia carnícera y este cruel deseo nunca bastantemente satisfecho? Una de dos: o es delito ser cristiano, o no lo es. Si es delito, ¿por qué no matas al que lo confiesa? Y si no lo es, ¿por qué persigues al inocente? Yo mismo, pues, debería sufrir el tormento si lo negase²².

§ 4. EL SORITES

15. Hay también otro género de argumentación que los griegos llaman *sorites*²³, el cual abraza muchas argumentaciones

¹⁸ M. T. CICERÓN, *Academicorum posteriorum* (fragmenta), I, II, 4.

¹⁹ M. T. CICERÓN, *Academicorum posteriorum* (fragmenta), I, III, 10.

²⁰ Cf. Mt 6-7.

²¹ Cf. Mt 2,16.

²² S. CIPRIANO, *Contra Demetrianum*, 13; PL 4,573A.

²³ Sorites: (Del lat. *sorites*, y este del gr. σωρίτης, de σωρεύειν, amontonar). 1. m. Fil. Raciocinio compuesto de muchas proposiciones encadenadas, de modo que el predicado de la antecedente pasa a ser sujeto de la siguiente, hasta que en la conclusión se une el sujeto de la primera con el predicado de la última; R.A.E.

amontonadas, de donde tomó el nombre. Con este género prueba Cicerón que solamente es bueno lo que es honesto:

Porque lo que es bueno, sea lo que fuere, debe apetecerse; lo que debe apetecerse, debe ciertamente aprobarse; lo que debe aprobarse, debe ser agradable y acepto; luego también se le debe atribuir dignidad. Bueno es, pues, todo lo que es loable; de lo que se sigue que solamente es bueno lo que es honesto²⁴.

16. A este género de argüir llaman los dialécticos *de primo ad ultimum*, del cual se vale san Jerónimo con estas palabras:

Ningún profeta es honrado en su patria. Mas donde no hay honor, ahí está el menosprecio. Donde está el menosprecio, ahí es frecuente la injuria. Donde hay injuria, ahí está la indignación. Donde está la indignación, ahí no hay reposo. Donde no hay reposo, ahí el entendimiento se distrae muchas veces de su intento. Donde por inquietud se quita algo del estudio, lo que se quita disminuye al que lo quitó; y donde hay de menos, no puede llamarse perfecto. De esta cuenta sale aquella suma: que un monje no puede ser perfecto en su patria. Y no querer ser perfecto es delinquir²⁵.

§ 5. LA ENUMERACIÓN O EXPEDICIÓN

17. Hay también otra argumentación, que se llama *enumeración*, en la cual, después de expuestas muchas cosas y quitada la fuerza a las demás, la restante necesariamente se confirma, de este modo:

Constando haber sido muerto un hombre, es preciso que alguno le haya muerto, o por enemistad, o por miedo, o por esperanza, o por amor de algún amigo; y si nada hay de todo esto, se sigue que este tal no le mató. Porque, ¿quién comete un delito sin ninguna causa? Es así que si no hubo enemistades, ni miedo alguno, ni esperanza de algún provecho por la muerte de aquel, ni dicha muerte importaba a ningún amigo de este, resta, pues, que no fue este quien le mató²⁶.

²⁴ M. T. CICERÓN, *Tusculanae disputationes*, V, XV, 45.

²⁵ S. JERÓNIMO, *Epist.* 14 (*ad Heliodorum*), 7; PL 22,351-352.

²⁶ M. T. CICERÓN, *De inventione oratoria*, I, 45.

§ 6. LA SUJECIÓN

18. Inmediata a la *enumeración* es la *sujeción*, porque cuanto se trata por enumeración puede con mucha elegancia hacerse por *sujeción*. Esta se hace –como dice Cornificio– cuando buscamos lo que puede decirse contra nosotros, y luego añadimos lo que conviene se diga, de esta manera:

Pregunto, pues, ¿de dónde este juntó tanto dinero? ¿Por ventura heredó gran patrimonio? Pero los bienes paternos se vendieron. ¿Le sobrevino alguna herencia? No se puede decir tal cosa, antes bien todos los suyos le desheredaron. ¿Ganó algún premio por pleito o en juicio? No solo no le ganó, sino que antes bien le condenaron a pagar una gran cantidad, de que salió fianza. Luego sí, como todos veis, no se hizo rico por estos medios, o a este le nace oro en su casa, o adquirió el dinero por modos ilícitos²⁷.

19. El obispo Osorio²⁸, coligiendo del cautiverio largo de los judíos que Dios les ha abandonado por su perfidia, se vale de esta forma de argüir aguda y elegantemente. Dice, pues, así:

¿Qué negocio tratan? ¿Qué maldades hacen? ¿Qué delitos cometen, por los cuales Dios, a quien en otro tiempo tenían tan propicio, ahora de todo punto los desampara? ¿Sacrifican a los ídolos? Antes de tocarlos se horrorizan. ¿Admiten dioses fingidos? Antes al contrario se desvanecen con el motivo de que adoran a un solo Dios. Y esto es verdad. ¿Acaso se han hecho fieros por sus costumbres bárbaras e inhumanas? Mas ellos se alaban de muy justos y piadosos. Pues ¿qué viene a ser? ¿Se ponen a orar a Dios con poca reverencia? Antes bien son continuas sus oraciones, sin que por eso sean oídos. Pues si no adoran ídolos, ni invocan dioses vanos, ni derraman sangre humana, ni se mancillan con la impureza de fraudes impíos, ¿por qué Dios a los mismos que recibió bajo su amparo los destituye por tanto tiempo de su socorro? ¿Por qué con tan duraderas plagas persigue a una nación consagrada a su culto?²⁹.

²⁷ CORNIFICIO, *Rhetorica ad Herennium*, IV, XXIII, 33.

²⁸ Jerónimo Osorio (1506-1580) Obispo de Silves, conocido como el Cicerón portugués, consejero del rey Sebastián. Autor del *De Vera Sapientia*, y del *De rebus Emmanuelis regis lusitaniae invictissimi*, biografía del rey de Portugal.

²⁹ J. OSORIO, *De vera sapientia*, 1.

10

LA COLECCIÓN Y SUS PARTES

1. Entre estas formas de argüir se cuenta en primer lugar la *coleción*, como que es una argumentación completísima. Porque ella enseña lo que debemos tomar para la prueba, y juntamente el orden con que lo hemos de disponer. Por lo cual, según me parece, este género de argumentación no toca tanto a la razón de la *elocución* como a la de la *invención* y *disposición* según que ella misma no oscuramente lo declara. Porque consta de cinco partes, que son: *proposición*, *razón*, *confirmación de la razón*, *adorno* y *resumen* o conclusión.

2. *Proposición* es por la que sumariamente mostramos lo que queremos probar. *Razón* es la causa que demuestra ser verdadero lo que intentamos con una breve sujeción. *Confirmación de la razón* es la que con muchos argumentos fortifica la razón brevemente expuesta. *Adorno* es del que nos valemos para adornar y enriquecer la materia confirmada con la argumentación. *Resumen* o conclusión es la que concluye recogiendo las partes de la argumentación¹.

3. De esta distribución aparece qué es lo que añade la argumentación oratoria sobre la dialéctica, pues el dialéctico se contenta solo con la proposición, razón y conclusión, siendo estas tres las partes con que principalmente combate, aunque algunas veces añade sus confirmaciones, especialmente del argumento de autoridad. Mas el orador principalmente se funda en las

¹ CORNIFICIO, *Rhetorica ad Herennium*, II, XVIII, 28.

confirmaciones y adornos, de los cuales uno sirve grandemente para la fuerza, y otro para la cultura y elegancia. Tratemos ahora en particular de estas cinco partes.

4. Sin embargo, dejo de hablar aquí de la *proposición* y *razón*, porque estas dos partes tocan principalmente al dialéctico. De las otras que añade el orador al dialéctico y el predicador al orador, hablaremos algo más ampliamente por ser propias de nuestro intento. La *confirmación de la razón*, pues, con que dotamos y fortificamos la razón, suele tomarse especialmente de los lugares externos, que los dialécticos llaman extrínsecos. Porque como los dialécticos establecen tres géneros de lugares –internos, que se traen de la esencia y sustancia de la cosa; externos, que se toman de otra parte, fuera de la cosa; y medios, que están, parte en la cosa y parte fuera de ella–, las razones con más frecuencia se toman de los lugares internos y medios, pero las confirmaciones principalmente se sacan de los externos, a saber, de los semejantes, desemejantes, opuestos, de varios ejemplos, de testimonios de maestros y de autoridades.

5. Para que el sermón sea erudito, ha de enriquecerse con estos lugares externos, cuando sea posible a cada uno. Pues claramente se diferencian los sermones eruditos de los que no lo son, en que estos solo están provistos de proposiciones y razones que cualquiera fácilmente halla; mas aquellos están ilustrados con máximas escogidas y testimonios de las Divinas Escrituras y santos padres. Las cuales, como dijimos en su lugar, han de adquirirse con mucha lectura y continuo estudio, y reunirse en lugares comunes, para que, cuantas veces se necesitaren, estén a mano. Y, en efecto, estos lugares los apruebo mucho más y tengo por más necesarios y propios del predicador, que aquellos que llaman *tópicos*, porque como los tópicos se extienden tanto, no sugieren con facilidad lo que conviene a nuestro asunto, mas estos le tocan más de cerca.

§ 1. EL ADORNO

6. Ya dijimos que la cuarta parte de la argumentación oratoria es la exhortación o el adorno, que en latín también se llama *expolitio* (pulimento), y le convienen estos nombres porque en ella está casi todo el cuidado y ornato de la argumentación y en la

misma muestra principalmente el orador la fuerza del arte y de su ingenio. Pues entre las demás partes, la *elocución* es propia del hombre prudente, pero el *ornato* no es sino del discreto y elocuente. Este *adorno* principalmente tiene lugar cuando la razón o la confirmación, o asimismo la proposición, tienen una fuerza y una energía oculta, que no pudo explicarse brevemente; entonces el prudente predicador, luego que hábil y agudamente penetró toda la fuerza y gracia que se ocultaba en ella, la propone a los oyentes para que la miren y casi la contemplen.

7. Se hallan infinitos ejemplos de esto en los santos doctores, algunos de los cuales quise yo, para hacer más inteligible la materia, juntar en este lugar. El glorioso Eusebio Emiseno, tratando de la mortandad de los inocentes, adorna la proposición de este modo: «Mueren, dice, por Cristo los niños; por la justicia muere la inocencia». Esta es la proposición. Se sigue luego el adorno:

Cuán dichosa edad, que aun no puede hablar a Cristo, y ya merece morir por Cristo; y no teniendo cuerpo para las heridas, ya lo tiene para la pasión. ¡Cuán dichosamente nacieron, pues a la primera entrada del nacimiento les salió a recibir la vida eterna! Hallaron al principio de la vida, el fin de la vida; mas con el mismo fin de la vida compraron el principio de la eternidad. No parecen aun maduros para la muerte, mas dichosamente mueren para la vida; apenas habían probado la presente, y ya reciben la venidera; apenas los habían puesto en las cunas, y ya reciben las coronas. Son arrebatados de los brazos de sus madres, y de ahí son llevados a los coros de los ángeles².

8. También el mismo adorna este testimonio de Isaías: *Nos ha nacido un pequeñuelo, y se nos ha dado un hijo*³, refiriendo lo uno a la sagrada humanidad y lo otro a la divinidad, por estas palabras:

Un pequeñuelo nos ha nacido, y se nos ha dado un hijo. Fue dado, pues, por la divinidad, nacido de Virgen: *nacido*, quien debía experimentar el fin; *dado*, quien no conoció un inicio; *nacido*, quien era más joven que su madre; *dado*, quien no era menos antiguo que el Padre; *nacido*, quien había de morir; *dado*, de quien la vida había de nacer. Y así

² EUSEBIO EMISENO, *Homilía 4,4*; CCSL 101A, 48.

³ Is 9,6.

fue *dado* el que ya era, y *nacido* el que no era. Allí manda, aquí se humilla; para sí reina, y para mí milita⁴.

9. San Gregorio propone la comparación del *mercader que busca buenas perlas*⁵, y la embellece diciendo:

El reino de los cielos es parecido a un comerciante que busca perlas; halla una preciosa y, vendiéndolo todo, la compra después de hallada.

Esta es la proposición, que luego adorna y explica de este modo:

Cualquiera, pues, que perfectamente conociere la dulzura de la vida celestial, según lo permite nuestra posibilidad, abandona con gusto cuantas cosas había estimado en la tierra. En su comparación todo es nada. Deja lo poseído, esparce lo que ha juntado, se inflama el corazón en las cosas del cielo, nada de lo terreno le gusta, mira como feo todo lo visto con que le lisonjaba el mundo, porque ya en su mente solo resplandece la claridad de la perla preciosa⁶.

De estos adornos abunda san Gregorio en todas partes, pues lo que una vez expuso lo vuelve a explicar más largamente, y toda la energía que estaba oculta en la sentencia, la saca a la luz con cierta frase aguda propia de su estilo.

10. Así san Bernardo en un sermón:

Gozaos, carísimos, en el Señor, que entre los continuos beneficios de su piedad regaló al mundo a san Víctor, con cuyo ejemplo se salvasen muchos; gozaos, vuelvo a decir, porque, quitado a los ojos mortales, se acercó a Dios para que muchos más se salven por su mediación⁷.

Esta proposición está dividida en dos partes, manifestándonos que de los varones santos nos vienen dos provechos; es a saber, el del socorro y el del ejemplo. Después añade el ornato, por el cual lo que se dijo en breve lo explica y adorna con estas palabras:

Fue visto en la tierra para que sirviese de ejemplo; fue elevado al cielo para que sirva de patrocinio. Aquí

⁴ EUSEBIO EMISENO, *Homilía* 1,12; CCSL 101A, 15.

⁵ Cf. Mt 13,45.

⁶ S. GREGORIO MAGNO, *In evangelia*, hom. 11, 2; PL 76,1115C.

⁷ S. BERNARDO, *In natali Sancti Victoris confessoris*, sermo 2,1; PL 183,373D.

instruyó para la vida; allá convida para la gloria. Se hace medianero para el reino, el que fue incitador para la obra⁸.

11. Así también san Cipriano con el ejemplo de la viuda de Sarepta, que con un poquito de harina sustentó a Elías⁹, nos exhorta a dar limosna, y añade al ejemplo este ornato:

No dudó ella en complacer a Elías, que le pedía de comer; ni, con ser madre, prefirió sus hijos a Elías en el hambre y necesidad. No da una porción de la abundancia, sino todo de lo poco; y padeciendo hambre los hijos, primero se alimenta al otro. Ni en la miseria y el hambre viene antes al pensamiento la comida que la misericordia, para que mientras en una obra saludable se desprecia carnalmente la vida, espiritualmente se conserve el alma. Y eso que ella aún no conocía a Cristo, aún no había oído sus preceptos ni había sido redimida con su pasión y cruz, que en virtud de su sangre compensara la comida y la bebida. Para que con eso se vea cuánto peca en la Iglesia el que, prefiriendo a sí y a sus hijos a Cristo, guarda sus riquezas y no comunica su gran patrimonio con los pobres necesitados¹⁰.

Este ejemplo demuestra de qué modo debemos adornar y amplificar los ejemplos o los símiles que se traen de lo menor o de lo mayor, cuando se explica por una contraposición la desigualdad de las cosas y de sus circunstancias.

12. Y para que más claro se entienda cuánta fuerza tiene este argumento, pondré otro bellísimo ejemplo de la vida del rey san Eduardo, quien juntamente con su santísima mujer conservó incorrupta la flor de su virginidad hasta la muerte. Así, pues, leemos en su vida, escrita por el monje y abad Arriévalo:

Ambos juntos, rey y reina, recíprocamente se convienen en guardar la castidad, y juzgan que no deben poner en este convenio otro testigo que a Dios.

Esta es como la proposición que sencilla y brevemente narra la cosa. Sigue después el adorno, que la adorna y amplía elegantemente por estas palabras:

Aquella se hace consorte en el espíritu, no en la carne. El marido, en el pensamiento, no en la obra. Persevera entre

⁸ S. BERNARDO, *In natali Sancti Victoris confessoris*, sermo 2,1; PL 183,374A.

⁹ Cf. 1Re 17, 10-12.

¹⁰ S. CIPRIANO, *De elemosyna*, 17; PL 4,638C-639A.

ellos el amor conyugal sin acto conyugal, y los abrazos de una casta dilección sin perjuicio de la virginidad. Es aquel amado, mas no corrompido; es ella querida, pero no tocada; y como una nueva Abisag¹¹, da calor al rey con su amor, pero no le disuelve con liviandad; lo halága con obsequios, mas no lo afemina con cariños¹².

13. Pienso que debo advertir en este lugar que cuando traemos sentencias agudas y breves, sea de las Sagradas Escrituras, de los santos padres o filósofos, que en poco encierran mucho, debemos procurar sacarlas a luz poniéndolas como delante de los ojos de los oyentes: materia que pertenece al ornato. De este género es aquella sentencia de san Bernardo: ¡Ay de los que son llamados a los trabajos de los fuertes y no comen el manjar de los fuertes!¹³. Y dice también de la Esposa que se apoya en su Amado (cf. Ct 8,5): «En vano se fatiga si en él no estriba»¹⁴. Asimismo Séneca: «Quien se resolvió a no desear, puede competir con Júpiter en la felicidad»¹⁵. Y también: «tanto sabes cuanto no temes ni deseas». Estas sentencias y otras semejantes en pocas palabras encierran muchísimo y muy digno de observación, cuya fuerza debe mirar y ponderar atentamente el predicador, y después producirlo y sacarlo a luz: lo cual ciertamente pertenece a este género de ornato. Mas nadie lo conseguirá si no se ayuda de la agudeza de ingenio y de una diligente inquisición y consideración de la materia.

14. He declarado estas cosas con tantos ejemplos para que, mirando el predicador agudamente la fuerza y, por decirlo así, la fecundidad de las sentencias, las sepa sacar y desentrañar con palabras. Porque hay algunos tan estériles e insulsos, a quienes los retóricos llaman áridos, que dicen todas las cosas no con estilo oratorio, sino dialéctico, usando de palabras llanas sin amplificación alguna. Lo cual es más proporcionado para las escuelas y ejercicio de la disputa que para la predicación: pues de una manera hay que comportarse en las escuelas entre varones doctos, y de otra en un sermón al pueblo. Otros, por el contrario, queriendo huir de este vicio, caen en el de expresar una misma

¹¹ Cf. 1Re 1, 3-4.

¹² Cf. ARRIHÉVALO, *Vita s. Eduardi regis*.

¹³ Cf. S. BERNARDO, *In ascensione Domini*, sermo 5,7; PL 183,318D.

¹⁴ S. BERNARDO, *In Cant.*, sermo 85,5; PL 183,1190B.

¹⁵ L. A. SÉNECA, *Epistulae morales ad Lucilium*, III, 25, 4.

cosa con muchos sinónimos que significan lo mismo, sin ninguna variedad de figuras o sentencias, lo que sirve más a la ostentación que al provecho. Porque si alguno atentamente considera los ejemplos que propusimos, hallará fácilmente que una cosa que realmente es la misma, con estos adornos, no se explica tanto con otras palabras como con otras sentencias y figuras. Y otros incluso, más fea y fastidiosamente repiten a menudo una misma sentencia con los mismos términos, vicio que llaman los retóricos *tantología*, sin recordar lo que suele vulgarmente decirse: «col repetida quita la vida»¹⁶.

15. Al adorno se sigue la *conclusión*, la cual se deja al juicio del orador. Porque no siempre es necesario, sino cuando la oración se hubiese extendido mucho: que entonces conviene hacer volver al camino a los oyentes y resumir toda la argumentación con la mayor brevedad posible, no sea que, si gastamos largo razonamiento para ello, cansemos los oídos de los oyentes repitiendo muchas veces las mismas cosas.

¹⁶ Cf. JUVENAL, *Sátira* VII, 155; *crambe bis posita mors*: *crambe* designa un tipo de col (repollo) con grandes propiedades medicinales. En este refrán tiene un sentido peyorativo derivado: *occidit miseros crambe repetita magistros*, donde *crambe repetita* hace referencia a la declamación repetida. El sentido original es que los antiguos solían tomar el agua del primer hervor del col en los convites para combatir los efectos de la embriaguez, pero si se tomaba el de una segunda cocción, producía náuseas y malestar; cf. ERASMO, *Adagia* I, 5, 38.

AFECTOS QUE DEBEN EXTENDERSE POR TODO EL CUERPO DE LA ARGUMENTACIÓN Y DEL DISCURSO

1. Así como el orador añade al dialéctico la confirmación y el ornato, en lo que se contiene principalmente toda la fuerza y elegancia de su argumentación, así también el predicador añade al orador las *afectos* y la *acomodación* o descenso a cada cosa de por sí. Permítaseme usar de estos nombres. Pues si es regla del retórico ir sembrando afectos por todo el cuerpo de la causa en cualquier parte que lo pide la grandeza del asunto, esto toca singularmente al predicador, cuyo principal oficio no consiste tanto en instruir cuanto en mover las almas de los oyentes, siendo cierto que más pecan los hombres por vicio y depravación de su afecto que por ignorancia de lo verdadero; y los afectos depravados, como un clavo con otro, han de arrancarse con afectos opuestos.

2. Siendo, pues, los afectos de dos maneras, suaves y agudos, que los griegos llaman *ethoi* (ἔθου) y *pathoi* (πάθου), ambos deben suscitarse conforme a la naturaleza de lo que se trata. Así siempre y cuando se compruebe que alguna cosa es grande en su género, es decir, se muestre por la argumentación o por cualquier otra razón que es sumamente miserable, admirable, detestable, indigna o también arriesgada, se deben entonces mover los afectos que

pide la naturaleza misma de la cosa. Como por ejemplo: Habiendo referido María, hermana de Moisés, aquel señalado prodigio en que los mares abiertos dieron seguro camino al pueblo de Dios, que salía de Egipto, se mueve así con piadoso afecto hacia Él: *¿Quién, Señor, entre los fuertes es semejante a ti? ¿Quién es semejante a ti? Grande en la santidad, terrible y loable, obrador de maravillas*¹. Mas esto pertenece a los afectos más suaves. Con más vehemencia levanta el estilo el profeta Habacuc cuando recuerda este milagro, porque después de haber dicho: *Hiciste camino en el mar a tus caballos, en el lodo de muchas aguas*², exclama al punto: *oí y mi vientre fue trastornado, a tu voz temblaron mis labios*³. Con cuyas palabras explicó el gran miedo de su alma y la gran admiración y pasmo de cosa tan grande.

3. Así también, luego que expusimos la infinita benignidad de nuestro Salvador, que determinó venir al mundo, tomar figura humana y ofrecerse en sacrificio por todos aquellos que conoció por experiencia que eran ingratos y malvados para volverlos propicio a su Padre y restituir la vida eterna a los que estaban ya destinados a muerte eterna; luego que, vuelvo a decir, hubiéremos expuesto todo esto con un dilatado discurso, encenderemos así los afectos de amor y agradecimiento: Atendida bien esta benignidad de Dios, ¿no se levantará un incendio de amor, no se inflamarán las almas en el ardor de la piedad, no obligará a exponerse a todos los riesgos de perder la vida para que a un amor manifestado con profusión de sangre lo paguemos con la efusión de la nuestra? ¿Por ventura no insinuó esto el Apóstol cuando dijo: *el amor de Cristo nos urge*⁴; esto es, tanta fuerza del divino amor no solo excita y persuade, sino que apremia, fuerza y violenta los corazones más empedernidos para que, si les pesaba el amor, no les pese el corresponder con amor al que así ama. Porque ¿quién habrá tan de hierro, cuyas entrañas no ablande esta tan gran fuerza de amor?

4. Pero estos afectos son templados. Mucho más vehementes son aquellos en que el mismo Apóstol, propuesta la grandeza del mismo beneficio, se enardeció diciendo: *¿Quién me apartará del amor*

¹ Ex 15,11.

² Ha 3,16.

³ Ha 3,16.

⁴ 2Cor 5,14.

de Cristo? *¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada? Cierto estoy que ni la muerte, ni la vida*⁵, y lo demás que se sigue: lo cual verdaderamente lleva consigo una maravillosa fuerza y ardor de caridad apostólica, con igual energía y seguridad en las palabras.

5. Con no menos afecto, aunque por otra causa, Jeremías, después de haber expuesto el pecado de la idolatría, introduce al mismo Señor —lo que lleva consigo mayor vigor— hablando así: *Pasmaos cielos de lo que sucede, desquiciaos puertas del cielo y de golpe venid al suelo, por dos maldades que ha cometido mi pueblo: me han dejado a mí, fuente de agua viva*⁶... Ni se encendió menos Moisés en el cántico cuando dijo: *Raza perversa y depravada, ¿así corresponden al Señor, pueblo necio e insensato? Por ventura ¿no es Él tu Padre, que te dio el bien que tienes, te hizo y te crió?*⁷. Y otra vez: *Este pueblo no tiene juicio, ni prudencia. Ojalá conociera y entendiera (mi conducta) y previera el funesto fin (que está reservado a mis enemigos)*⁸.

6. Hay de esto un ejemplo muy a propósito en el libro I *De la sabiduría*, donde el obispo Osorio, después de expuesta y amplificada aquella horrenda maldad que cometieron los judíos en la muerte de Cristo, Señor nuestro, prorrumpe así en afectos de indignación:

Todos los pecados de odio, de envidia, de crueldad, de barbarie e impiedad, no digo de los que pueden maquinarse contra los hombres, sino de los que pueden cometerse contra Dios mismo por hombres audacísimos y depravados, juntos en un lugar, de ningún modo igualarán la más pequeña parte de tan indecible atrocidad. Si pudieran hablar los mudos elementos, habían de acusarlos de este malvadísimo crimen: haber dado muerte al Rector de todas las cosas, por quien los elementos existen. El cielo sería testigo contra ellos, por cuyo delito se vio puesto en tinieblas y oscuridad. La tierra los condenaría por tan fiera maldad, pues con horriblos temblores indicó cuán enorme delito cometieron unos hombres impíos en la muerte de Cristo. El mar sumergiría en sus olas a gente tan rebelde y cruel, por haber visto

⁵ Ro 8, 35-38.

⁶ Jr 2,12.

⁷ Dt 32, 5-6.

⁸ Dt 32, 28-29.

menospreciar la majestad de un Señor a cuyo imperio obedeció en cualquier tormenta⁹.

7. Y san Cipriano, en el sermón *De la limosna*, habiendo propuesto aquella sentencia del Señor: *Mirad las aves del cielo, que no siembran ni siegan*¹⁰, se enardece contra los avarientos e inhumanos por estas palabras:

Dios apacienta las aves y a los pájaros se les da su alimento diario, y no falta comida ni bebida a los que no tienen conocimiento alguno de Dios. Tú, cristiano, tú, siervo de Dios, tú, dedicado a obras buenas, tú, querido del Señor, ¿piensas que ha de faltarte algo? A menos que pienses que quien a Cristo alimenta no es de Cristo alimentado, o que faltará provisión de la tierra a quien se franquea la celestial y divina, ¿de dónde tan increíble indignación? ¿De dónde este malvado y sacrilego pensamiento? ¿Qué hace un pecho pérfido en la casa de la fe? ¿Qué? ¿Quién no cree de ningún modo en Cristo se llama y se dice cristiano?¹¹.

8. Y poco después:

¿Qué te lisonjeas con estos ineptos y necios pensamientos, como si el miedo y la ansiedad por lo venidero te retrajese de las obras? ¿Por qué pretextas ciertas sombras y artificios de excusas vanas? Antes confiesa llanamente la verdad y, puesto que no puedes enajenar a los sabios, descubre lo secreto y recóndito de tu mente. Las tinieblas de la esterilidad cercaron tu corazón y, ausentándose de él la luz de la verdad, cegó el pecho carnal la profunda y alta oscuridad de la avaricia; eres cautivo y esclavo de tu dinero; atado estás con las cadenas y grillos de tu codicia; y habiéndote desatado Cristo, tú te ataste de nuevo. Guardas el dinero que, guardado, no te guarda; amontonas hacienda, que te abrumba con su peso; ni te acuerdas de lo que Dios respondió a un rico, que con necia complacencia se jactaba de la gran abundancia de sus frutos: *Necio*, dice, *esta noche te pedirán el alma*¹². Tantas cosas, pues, como juntaste, ¿para quién serán? ¿Por qué te acuestas solo

⁹ J. OSORIO, *De vera sapientia*, 1.

¹⁰ Mt 6,26.

¹¹ S. CIPRIANO, *De eleemosyna*, 11-12; PL 4,633A-B.

¹² Lc 12,20.

sobre tu tesoro? ¿Porqué amontonas para tu castigo el peso de tu patrimonio, haciéndote más pobre para Dios cuanto más rico fueres para el siglo?¹³.

9. El mismo, en el libro *Del hábito de las vírgenes*, después de haber propuesto aquella formidable sentencia del Señor por Isaías: *Por eso las hijas de Sión se ensoberbecieron y anduvieron con el cuello erguido*¹⁴, declama contra los atavíos profanos de las doncellas, de esta manera:

Entronizadas, cayeron; arregladas, merecieron la torpeza y fealdad; vestidas de seda y púrpura, no pueden vestir a Cristo; adornadas de oro, de perlas y collares, perdieron los adornos de cuerpo y alma. ¿Quién no abomina y huye de lo que a otros ocasionó la ruina? ¿Quién desea y toma para sí lo que sirvió de cuchillo y dardo para matar a otro? Si tomada una bebida muriera el que la bebió, entenderías que es veneno lo que bebió aquel. Si comido un manjar matase al que lo comió, sabrías que es mortífero lo que comido pudo matar. No comerías ni beberías lo que viste que mató a otros. Pues, ¿no es gran ignorancia, gran locura querer una cosa que siempre ha dañado y daña? ¿Y pensar que tú misma no vas a perecer con lo que sabes que otros han perecido?¹⁵.

10. Pues de este modo nosotros, luego que hubiéremos amplificado la gravedad del pecado mortal o la atrocidad y eternidad de las penas que padecen los condenados en el infierno, podremos enardecernos poderosamente contra aquellos que con tanta facilidad y sin ningún temor ni remordimiento de conciencia cometen tantos pecados mortales por cosas de nonada. Los cuales verdaderamente, si no con palabras, a lo menos con las mismas obras y costumbres parece que testifican que ni los mueve la severidad de la divina justicia, ni estiman las grandes promesas de Dios, antes al contrario las reputan por nada y en cierto modo parece que le dicen al Dueño de todas las cosas:

Señor, yo no aprecio mucho tu amistad y gracia, ni el cuidado y providencia paternal que me ofreces en la vida presente; ni tampoco admito la herencia del cielo, que para después me prometes. Así, quédate con tus dádivas y

¹³ S. CIPRIANO, *De eleemosyna*, 13; PL 4,633C-634B.

¹⁴ Is 63,12.

¹⁵ S. CIPRIANO, *De habitu virginum*, 13; PL 4,464A-B.

dalas a quien te pareciere, que yo más estimo este breve deleite de la carne, o una corta ganancia, que todas estas tus promesas; y más también que la sangre que derramaste en la cruz.

Pues, ¿qué cosa más horrible que este desprecio y ofuscamiento de la mente? ¿Qué más execrable? ¿Puede acaso imaginarse que tengan ningún sentido los que cayeron en tan horrenda noche de ceguedad?

11. De esta manera, pues, cuando hayamos probado o amplificado la grandeza de alguna cosa, podemos enardecernos e inflamar los afectos del auditorio según sea la naturaleza de las cosas que tratamos. Esto alaba Quintiliano, por ser lo más eficaz en el decir, discurriendo sobre el modo de mover los afectos, con estas palabras:

Aquí se esmere el orador, esta es su obra, este su trabajo, sin el cual todo lo demás es desnudo, seco, flaco y desabrido. Tanto, que el espíritu, digámoslo así, y el alma de esta obra está en conmover los afectos¹⁶.

Esto dice él. Pues si en tanta manera se recomienda este oficio a los abogados, siendo así que en algunas ciudades bien gobernadas se ordenaba a los oradores que hablasen sin prólogo y sin afectos, ¿qué deberemos decir del predicador, cuyo único o principal encargo es conmover las almas de los oyentes y encenderlos en el temor de Dios, aborrecimiento del pecado, desprecio del mundo, amor de las cosas celestiales y en otros piadosos afectos? Mas cómo deba esto hacerse, lo explicaremos con alguna extensión en la parte siguiente, donde hemos de tratar sobre la manera de amplificar y mover los afectos.

¹⁶ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VI, 2, 7.

12

APLICACIÓN O DESCENSO A COSAS PARTICULARES

1. He querido llamar *aplicación o descenso a cosas particulares* a la otra parte o función que el predicador añade a la del orador, porque es propio de aquel, después de haber definido o probado generalmente alguna sentencia moral, descender a las acciones singulares de virtudes o vicios, exhortando a aquellas y retrayendo de estos. Porque, como antes enseñamos, este es el blanco de todo el sermón y al que todo lo demás debe referirse. Porque no siendo el fin de la doctrina moral la especulación, sino la acción, la cual se versa en obras particulares, ciertamente el que desea tratar bien esta doctrina, cuanto diga en común sobre este punto debe aplicarlo a las acciones en particular. Por lo que, habiendo acusado el Señor con gravísimas palabras en boca de Isaías la malicia e impiedad de los judíos y vaticinado la futura destrucción de su reino, añade lo que ellos deberían hacer para aplacar a la majestad de Dios, a quien tenían enojado, por estas palabras:

Lavaos, estad limpios. Apartad de mis ojos la maldad de vuestros pensamientos. Cesad ya de obrar perversamente, aprended a obrar bien. Buscad el juicio, socorred al necesitado, haced justicia al huérfano, defended la viuda y venid y argüidme, dice el Señor¹.

2. Esto mismo hace también el Maestro celestial en el evangelio. Porque, habiendo profetizado muchas cosas de aquel

¹ Is 1, 16-27.

tremendo día del juicio, luego de lo que había dicho sacó al punto saludables lecciones, en estos términos:

Andad con tiento, no sea que se graven vuestros corazones con la hartura y la embriaguez, y con los cuidados de esta vida, y os sobrevenga de repente aquel día, porque como un lazo vendrá sobre cuantos estén sentados en la superficie de la tierra. Así velad, orando en todo tiempo, para que seáis tenidos por dignos de libraros de todo esto que ha de suceder y dignos de presentaros con confianza delante del Hijo del hombre².

Del mismo modo también el rey profeta, después de haber expuesto el poder y justicia del reino de Cristo, aplicó esta sentencia a la conducta de la vida, diciendo:

Y ahora, oh reyes, entended, instruíos los que juzgáis la tierra. Servid al Señor con temor y regocijaos en Él con temblor. Abrazad estrechamente la disciplina³...

Y san Gregorio, declarando aquello del santo Job: *si comí los frutos de la tierra sin dinero⁴*, brevemente sintetizó la proposición, adorno y aplicación en estas palabras:

Comer sin dinero los frutos de la tierra es cobrar las rentas de la Iglesia, sin pagar a la misma Iglesia el precio de la predicación. Come, pues, los frutos de la tierra sin dinero quien percibe los provechos de la Iglesia para el uso de su cuerpo, mas no ejercita el ministerio de la exhortación. ¿Qué decimos a esto nosotros, los pastores que corriendo delante del advenimiento del riguroso Juez, si bien hemos tomado el oficio de pregoneros, nos comemos el sustento de la Iglesia sin despegar los labios?⁵

3. Esto se ha dicho brevemente. En cierto sermón hemos hablado con mayor extensión sobre aquel lugar de san Juan: *Esto decía, tentándole⁶*. Pues luego que enseñamos que Dios permite las tentaciones por varias causas y también principalmente para que conozcan los hombres su firmeza o flojedad, inferimos así:

² Lc 21, 34-36.

³ Sl 2, 10-11.

⁴ Job 31,17.

⁵ S. GREGORIO MAGNO, *Moralium*, XXII, 22; PL 76,246C.

⁶ Jn 6,6.

Porque es perfecta la virtud que tentada no cae, que provocada no es vencida, que ni en lo próspero se engríe ni en lo adverso desfallece, y la que tan firmes raíces echó en el alma que al modo que el fuego agitado de un viento recio, lejos de apagarse, se enciende más: así ella, de muchos modos combatida, no solo no se rinde vencida, sino que al contrario, como elegantemente dijo alguno, cobra nueva fuerza con la herida. Pues por esta doctrina puede conjeturarse qué virtud sea verdadera, cuál falsa, cuál imperfecta, cuál consumada. Así no es perfectamente honesta la mujer que guarda su honestidad sin haberla nadie provocado, sino la que, tentada de muchas maneras, conserva entero y sin mancilla el pudor. Asimismo, no es perfectamente manso quien no se irrita, no habiendo sido afrentado por otro, sino aquel que, maltratado de palabras, no devuelve ninguna ofensa. Ni es del todo humilde el que no apetece honras, sino el que no se indigna aunque le priven y despojen de ellas. Ni es perfectamente pacífico aquel a quien todo le viene a pedir de boca, sino el que, puesto en medio de las calamidades, puede decir con el profeta: *Probaste, Señor, mi corazón, y me visitaste de noche*⁷... No es cumplidamente obediente el que no cometió ningún pecado de desobediencia, sino el que, contra su voluntad y juicio, sigue el juicio y la voluntad ajena⁸.

Con este ejemplo se ve fácilmente cuánta luz y utilidad se da a la doctrina cuando se desciende a estas cosas en particular. Pues de esta manera saben los oyentes conocerse y juzgar lo que deben sentir de sí mismos.

4. En este lugar debe también quedar advertido el predicador para que no solo descienda a esta enumeración de cada cosa en particular concluida la argumentación, sino también frecuentemente en otros tiempos, donde quiera que se le presente ocasión de enseñar, pues todos los que verdaderamente y de corazón desean ser de provecho a otros, deben principalmente seguir este modo de enseñar. Así el Doctor de las gentes, Pablo, recomienda en las cartas a sus fieles muchos ejercicios de virtudes. ¡Qué de cosas amontona en el capítulo 12 de su carta a los romanos cuando dice: *Os ruego, hermanos, por la misericordia de Dios,*

⁷ Sl 16,3.

⁸ F. L. DE GRANADA, *Sermón* 82 (domingo 4º de cuaresma), 9; *Obras completas* XXX, 116.

*que exhibáis vuestros cuerpos como una hostia viva, santa, agradable a Dios*⁹, y lo demás que hasta el fin del capítulo sigue. Lo cual este varón divino, libre de elocuencia humana, va diciendo con tanta elocuencia y lo adorna con tantas luces de palabras y sentencias, que parece que nada pudo decirse ni más copiosa, ni más elegantemente.

5. Pero, para que no lo tomemos todo de los ejemplos de las Sagradas Escrituras, añadiré dos sacados de una de las homilias de Eusebio Emiseno, quien, exponiendo aquel lugar del evangelio donde se dice que *los Magos se volvieron por otro camino*¹⁰, lo aplica así a acciones particulares:

También aquello de *se volvieron por otro camino* entendamos que conviene peculiarmente a nuestro provecho y salud. Pues por la mudanza del camino se entiende la enmienda de la vida. Así nosotros vamos por otros caminos cuando abnegamos al hombre viejo, cuando dejamos la soberbia, tomando la humildad; cuando convertimos nuestro espíritu de la ira a la paciencia; cuando condenamos los viejos deleites, nuestras pasadas costumbres y antiguos deseos. Pasamos ciertamente de un camino a otro cuando con el amor de la honestidad y pobreza pisoteamos todos los apetitos, cuando con la castidad sujetamos a la lujuria, dejando siniestras sendas, caminamos espiritualmente por la senda del evangelio¹¹.

Y un poco más abajo, exhortando a la imitación de Cristo y a seguir sus pasos, distribuye toda la materia en partes de este modo:

Es cierto que seguimos las pisadas de Cristo cuando, dejado el camino terreno, caminamos por el espiritual, cuando la obediencia y humildad rigen el timón del entendimiento, cuando despreciados los apetitos de la tierra, la esperanza de los bienes venideros ocupa el entendimiento iluminado, cuando lo más profundo del corazón suspira por aquella hermosura de los bienes del cielo. Andamos, vuelvo a decir, por saludables caminos cuando el alma, condenados todos los deleites de las cosas presentes, solo piensa cuándo dejará la estancia de su

⁹ Ro 12,1.

¹⁰ Cf. Mt 2,12.

¹¹ E. EMISENO, *Homilía 4*; CCSL 101A, 49.

cuerpo y le recobrará otra vez en la resurrección universal, para que con él reciba el bien o el mal, según sus obras¹².

6. Quizá parecerá a alguno que me he alargado en esta amonestación; pero no se asombrará el que considere el oficio de los predicadores y el abuso de algunos de ellos. Porque verdaderamente siento muchísimo ver a algunos tan olvidados de su obligación y oficio que hacen menos que lo que está prescripto por él. Pues siendo el fin del predicador ordenar cuanto dice a la salud de las almas, a corregir las costumbres, a dar reglas de virtud, al menosprecio del mundo, al temor y amor de Dios, y a otras cosas semejantes, algunos de tal suerte andan divagando por cosas ociosas y superfluas que los pobres oyentes, que no habían acudido allí sino para sacar alguna doctrina provechosa, se vuelven del sermón totalmente secos y en ayunas. ¿Quién, pues, tolerará que un médico, a quien se confía un enfermo, esté distraído y no se cuide de su obligación? Cualquiera, pues, que desea hablar de manera apropiada y desempeñar bien su oficio, nunca ha de apartar los ojos del blanco de su ministerio, al modo de un diestro arquero, para encaminar a él toda la eficacia de su predicación. Y así como los albañiles jamás asientan en la obra ninguna piedra sin aplicar luego la escuadra y la regla para comprobar si está o no a plomo, así el fiel y prudente dispensador de la divina palabra cuantas cosas se propone decir, las ha de medir por esta regla. Por eso, cuando ha pensado alguna cosa para predicar, pregúntese primero a sí mismo: ¿Cómo sirve esto a la salud de las almas? ¿Qué valor tiene para formar las buenas costumbres? ¿Qué valor para ajustar la vida de los hombres a los divinos enseñamientos? Y si lo que ha pensado sirve poco para ello, por más sutil y agudo que le parezca, si tiene juicio y no apetece acreditarse vanamente con el pueblo, lo repudiará como cosa ociosa y ajena a su propósito. Por eso, no obstante, juzgo que no será inútil poner a la vista en este lugar como extendido en una mesa, todo cuanto debe el predicador acomodar a su sermón.

7. Una vez que el predicador sube al púlpito y contempla desde allí la multitud que le rodea, imagine que aquella es una muchedumbre de enfermos que en otro tiempo rodeaban la piscina para ser curados de sus enfermedades¹³, y que él es como

¹² E. EMISENO, *Homilía 4*; CCSL 101A, 50.

¹³ Cf. Jn 5, 1-4.

un ángel enviado del cielo para procurar la salud con los variados ejemplos de la divina palabra, y no de uno o de otro, sino de todos los que tiene delante. Considere, pues, en su mente, que hay allí muchos rengos, los cuales, si bien conocen el camino de la verdad, por pereza, por flojedad de ánimo o espantados con el miedo del trabajo, rehúsan entrar en él; otros tan secos, que ningún jugo tienen de devoción, ningún sentimiento de humanidad y de misericordia; otros ciegos, que no teniendo ninguna luz de conocimiento de las Divinas Letras andan a oscuras y a cada paso tropiezan.

8. Hay también otros vicios cercanos a estos que el piadoso predicador lamenta a menudo. Pues ve que otros arden en llamas de avaricia y de ambición, que tienen por Dios al dinero y a los honores vanos del siglo; otros que se pudren de puros celos y envidia; otros que se están consumiendo en odio y en deseos de venganza contra sus hermanos; otros que, hinchados con el espíritu de soberbia, miran con tedio y con menosprecio a los demás; otros que se queman en el fuego de la lascivia; otros que, arrebatados de cólera, se arrojan con insultos y oprobios contra los demás, cargándoles de injurias y maldiciones; otros que, por el contrario, con ánimo abatido halagan y adulan torpemente a sus mayores; otros que tienen sus almas corrompidas, y por cosas de nonada las sujetan al yugo del demonio y del pecado.

9. Pues ¿qué diré de aquellos que en cierto modo padecen flujo de pensamientos y afectos, que ni les ponen oposición alguna, ni tienen juicio para discernir entre lo justo e injusto? ¿Qué de aquellos que padecen el mismo flujo, digámoslo así, en los ojos y en la lengua, esto es, que ni ponen a sus ojos guarda ni a su lengua freno, sino que parlan cuanto les viene a la boca y codician cuanto ven? ¿Qué de aquellos tan disolutos y estragados en sus costumbres y tan insensibles para todas las cosas espirituales y divinas que no solo pecan sin ningún remordimiento, sino que *se buegan, cuando hacen mal, y saltan de placer en las cosas pésimas*?¹⁴ ¿Qué de aquellos *cuyo dios es su vientre*¹⁵ y que todos los cuidados de la vida emplean en el regalo y deleite del cuerpo, y no tienen cuenta con su alma ni con la vida venidera, como si todo acabara con la vida

¹⁴ Pr 2,14.

¹⁵ Flp 3,19.

presente y no tuvieran esperanza de lo futuro? Junta también a estos aquellos seis pecados que aborrece al Señor, y el séptimo que detesta su alma: ojos altivos, lengua mentirosa, manos derramadoras de sangre inocente, corazón que maquina pensamientos pésimos, pies ligeros para correr al mal, testigo falso que profiere mentiras, y el que siembra discordias entre los hermanos¹⁶.

10. Pero en casi todo esto pecamos contra los hombres. ¿Cuánto más atroces, pues, serán aquellos pecados que cometemos contra el Padre celestial, a quien debíamos amar sobre todas las cosas, en quien debíamos poner toda nuestra esperanza y felicidad, cuyas órdenes debíamos obedecer, cuyo santo nombre debíamos venerar, a quien debíamos anteponer a todas las cosas, a quien debíamos dar gracias inmortales por los beneficios innumerables que nos hizo, a quien debíamos tener siempre en la boca y en el corazón pensando en Él días y noches? Pero, ¿cuán lejos están de agradecer estas mercedes muchos de los cristianos que, como dice el Apóstol, *parece que viven sin Dios en este mundo*?¹⁷. Así, piense el predicador que muchos de sus oyentes padecen estas enfermedades, que todas son de muerte, y, lo que es más, de muerte eterna. ¿Qué cosa, pues, más indigna que el que está destinado a curar tan grandes males se ande como volando por el aire a caza de moscas y divirtiéndose en otras cosas al tiempo en que debiera aplicar la medicina a tan graves dolencias?

11. Mas por cuanto al médico pertenece no solo curar los males, sino también prescribir a los sanos el modo de conservar la salud, en esto el predicador imitará también su cuidado y prudencia, especialmente porque no es bastante para la justicia perfecta que apartes del mal si no obras juntamente el bien. Luego, pues, que hubiere apartado al pecador de las malas obras, debe también exhortarlo a las obras buenas, a todos los ejercicios de las virtudes, especialmente habiéndose de vencer los vicios con los actos de las virtudes opuestas. En primer lugar deberá estimular a aquellas que, a más de ser virtudes insignes, también sirven mucho para estimular los deseos de las otras. En este género de cosas primeramente se colocan el continuo ejercicio de la oración, la atenta meditación de la Pasión del Señor y de los demás beneficios

¹⁶ Pr 6, 16-19.

¹⁷ Ef 2,12.

divinos, el frecuente uso de los sacramentos, la devota lectura de libros piadosos, la mortificación de las pasiones, la guarda diligente y solícita del corazón, la aflicción de la carne, la moderación de los sentidos exteriores y mayormente de los ojos y de la lengua, con todas las obras de misericordia y humanidad, tanto corporales como espirituales, con que socorremos a nuestros prójimos.

12. Por último, a ejemplo de san Pablo, debe el predicador hacerse, cual otro Proteo¹⁸, *todo para todos para hacer salvos a todos*¹⁹. Procure, pues, estremecer a unos, alentar a otros, consolar a aquellos que gimen oprimidos de varias calamidades y trabajos, y ya que *todas las cosas que han sido escritas, han sido para nuestra enseñanza y para que por la paciencia y consolación que nos dan las Escrituras tengamos esperanza en Dios*²⁰, confirme a los justos, levante a los caídos, anime a los cobardes, estimule a los que corren, amedrente a los obstinados en sus maldades con el temor del divino juicio, y a todos y a cada uno de por sí aplique las medicinas que convengan para su salud.

13. Después se ha de dirigir el sermón a los diversos estados y situaciones de los hombres, y a las varias ocupaciones de la vida. Lo cual acostumbra hacer el Apóstol al final de sus cartas, cuando con solicitud prescribe a los amos y criados, padres e hijos, maridos y mujeres, viudas y ricos de este mundo, lo que a cada uno le corresponde hacer en su estado. Lo que también predicó san Juan Bautista, cuando a todos los que acudían a él daba varias normas, según el estado de cada persona.

14. Pues a todas estas cosas y a sus semejantes debemos ajustar cuanto predicamos, si queremos piadosa, fiel y prudentemente repartir a los hambrientos el pan de la celestial doctrina, y no busquemos granjearnos el aplauso popular. Aunque ni por eso dejará de ser aplaudido favorablemente quien así predica, pues consta por la experiencia que nada gana más la simpatía del pueblo y nada escucha él con más atención que aquello que es más a propósito para curar sus heridas.

¹⁸ Dios marino, que podía predecir el futuro, pero para evitarlo cambiaba de forma, contestando solo a quien era capaz de capturarlo. De aquí proceden el sustantivo *proteo* y el adjetivo *proteico*, que aluden a quien cambia frecuentemente de opiniones y afectos.

¹⁹ Cf. 1Cor 9, 22-23.

²⁰ Cf. Ro 15,4.

ADORNOS DE SENTENCIAS Y EPIFONEMAS

1. Las *sentencias* y *epifonemas* se numeran entre los diferentes adornos de la elocución. Sin embargo, por estar ellos muy enlazados con el método de la invención, me pareció bien colocarlos aquí, principalmente porque así como juntamos los afectos y aplicaciones a la argumentación oratoria y los hicimos como partes suyas, así también las sentencias y epifonemas se mezclan a menudo con la misma argumentación. Este género de ornato lo suelen desestimar los que procuran demasiado la brevedad, ignorando cuán buena parte quitan al sermón con esto, no digo solo de hermosura, sino también de utilidad. Y en esto mismo también me parece que hay diferencia entre el predicador y el orador, porque este rara vez y con suma modestia usa de estos adornos, no sea que parezca que se ocupa más en dar a los hombres reglas de bien vivir que en defender su causa; mas el predicador, como no entiende en defender causas, sino en reformar las costumbres de los hombres, usa principalmente de estas dos virtudes de la predicación; y esto en tanto grado que las exposiciones de los santos evangelios principalmente consisten en esto, para que cuando la ocasión lo pida saquemos sentencias y epifonemas, con las cuales enderecemos las costumbres y la vida de los hombres; y cuando en efecto las confirmamos con varios testimonios de las Escrituras y santos padres, conseguimos hacer un sermón completo. Así no hay que admirarse si nosotros nos

servimos de estas dos virtudes más que los oradores, contándolas como las contamos entre las reglas de la invención.

§ 1. LAS SENTENCIAS

2. Es la *sentencia* una oración tomada de la vida, la cual manifiesta brevemente lo que hay o lo que conviene que haya en la vida, de este modo: “Es difícil que reverencie a la virtud quien siempre experimentó favorable a la fortuna”; “Debe tenerse por libre quien a ninguna torpeza sirve”; “Tan pobre es el que no tiene lo que le basta como aquel a quien nada puede bastar”; “Debe escogerse la mejor regla de vivir: la costumbre la volverá agradable”.

Estas sentencias sencillas no deben reprobarse, porque la narración breve, si no necesita de alguna razón, deleita grandemente. Pero también se debe usar aquel género de sentencia que es confirmado añadiendo la razón, por ejemplo: “Todas las razones de vivir bien han de establecerse en la virtud, porque solo la virtud está sujeta a nuestra voluntad. Fuera de ella todas las cosas están bajo el dominio de la suerte”; “Los que atraídos de la fortuna de alguno procuraron su amistad, todos estos luego que cayó su fortuna, desaparecen, porque como se fue lo que causó la amistad, nada queda por donde puedan mantenerse en ella”.

3. Hay asimismo sentencias que se dicen de dos modos: o sin razón, o con ella. Sin razón, de esta manera: “Yerran los que en los sucesos prósperos piensan ya haberse librado de todos los golpes de la fortuna. Sabiamente piensan los que en tiempos favorables barruntan los adversos”. Con razón, de esta suerte: “Los que imaginan que conviene perdonar las culpas de los adolescentes, se engañan, porque aquella edad no es impedimento para los buenos ejercicios; así, con prudencia obran aquellos que corrigen a los mancebos para que toda su vida posean las virtudes que adquirieron en tierna edad”¹.

4. Salomón en los Proverbios usa muy frecuentemente sentencias que constan de cosas contrarias. Lee el capítulo 10, que comienza: *El hijo sabio alegra a su padre, mas el hijo necio entristece a su madre*². También el 11 está lleno de las mismas sentencias: *La*

¹ CORNIFICIO, *Rhetorica ad Herennium*, IV, XVII, 24-25.

² Pr 10,1.

*balanza falsa es abominación delante de Dios; y el peso igual, voluntad suya*³, y lo demás que sigue.

5. Quintiliano añade a las sentencias lo que en griego se llaman *gnomas* (γνώμαι), que así se denominan por parecerse a los consejos y decretos⁴. Bajo este nombre comprendemos los *adagios* que contienen alguna sentencia notable, los cuales añaden una confianza y un adorno nada vulgar a la oración, de los cuales debe abundar el predicador en su lengua. Si bien en este género hay algunos demasíadamente humildes y casi sórdidos que desdican de la autoridad y gravedad del predicador.

6. Hay también sentencias solo alusivas a la cosa, como: «Nada hay tan popular como la bondad»⁵. A veces referidas a la persona, como: «El príncipe que quiere saberlo todo, por fuerza ha de ignorar mucho». Hay asimismo sentencias rectas, las hay también figuradas. Son rectas: «Tanto le falta al avaro lo que tiene como lo que no tiene»⁶. Figuradas, como: «¿Qué tan gran desdicha es el morir?»⁷. Rectamente hubiera dicho: No es desdicha morir, sin embargo, lo anterior es más agudo. Recto es: Dañar es fácil; ayudar, difícil. Mas en pluma de Ovidio con mayor energía dice Medea: «He podido salvarte; ¿me preguntas si podría destruirte?»⁸. Cicerón aplica a la persona casi esta misma sentencia: «Nada, dice, tienes César, ni tu fortuna es la mayor que puedas, ni la naturaleza mejor para que quieras conservarla más que muchos»⁹.

7. Hay un género de sentencias no tomado de los autores, sino fingido por nosotros para comodidad del asunto que tenemos presente; las que podrán mezclarse en todas las partes de la oración. Y por tanto, no pocas veces nacen de un lugar muchas sentencias, porque no solo coinciden en las pruebas, sino también en la narración y en el mover los afectos. Y no rara vez se hacen transiciones por sentencias, las cuales, si se aplican en su lugar, harán el sermón más que medianamente copioso, y esto no sin gravedad y gracia. Hay también sentencias que se llaman

³ Pr 11,1.

⁴ Cf. M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, 5, 3.

⁵ M. T. CICERÓN, *Pro Q. Ligario*, XII, 37.

⁶ PUBLILIUS SYRUS, *Sententiae*.

⁷ VIRGILIO, *Eneida*, XII, 646.

⁸ OVIDIO, *Medea* (fragmenta).

⁹ M. T. CICERÓN, *Pro Q. Ligario*, XII, 38.

populares, comúnmente aceptadas por todos, como: «la ceguera es suplicio de sí misma». Y: «La ira es una locura breve y por cierto tiempo».

8. Hay también otro género de sentencias tácito y sutil que frecuentemente se compone de epítetos, como: «La juventud precipitada»; «el amor inconsiderado»; «el deleite cebo de pecados»; «la vejez irritable y malhumorada»; «la filosofía desterradora de vicios»; la «historia maestra de la vida»¹⁰. Así Virgilio: «y se abrasa en secreto y vivo fuego»¹¹. Lo que Ovidio explicó diciendo: «Arde más el fuego cubierto»¹². Asimismo en la narración: «la parte mayor vence a la mejor».

9. Cualquiera, pues, que desea adornar su sermón de sentencias semejantes —y todos deben desearlo— explore con prudencia la naturaleza de las cosas de que habla y cuanto halle en ellas oportuno y conducente a la enseñanza de la vida, explíquelo con breves razones, porque, como antes dijimos, la sentencia es la que brevemente demuestra lo que hay o conviene que haya en la vida.

10. Unas veces proceden las sentencias de las mismas cosas que se dicen; otras se traen como causas y razones de lo que decimos. Así san Gregorio arguye de este modo de la murmuración de los fariseos contra el Señor porque admitía pecadores: «De lo cual inferimos que la verdadera justicia tiene compasión; y la falsa, indignación»¹³. A veces también de una razón u otra se siguen muchas sentencias. Así Séneca en la carta consolatoria a Polibio sobre la muerte de su hermano:

Te sea también de consuelo el pensar que no se te hizo agravio en la pérdida de un tal hermano, sino merced, pues por tanto tiempo te fue permitido gozar de su piedad. Injusto es quien quita al dador la libre disposición de su dádiva. Avaro, quien no tiene por ganancia lo que recibió, sino por daño lo que retornó. Ingrato, quien llama injuria el término del deleite. Necio, quien piensa que no hay más fruto que el de los bienes que están presentes, que no se satisface con los pasados y tiene por más seguros los que se fueron, por que de ello no puede

¹⁰ M. T. CICERÓN, *De oratore*, II, 9, 36.

¹¹ VIRGILIO, *Eneida*, IV, 2.

¹² OVIDIO, *Metamorphoses*, IV, 64.

¹³ S. GREGORIO MAGNO, *Homiliae in evangelia*, hom. 34, 2; PL 76,1246D.

temerse que no fenezcan. Demasiado ciñe sus contenidos quien entiende que solo goza los que disfruta y ve, teniendo por nada el haberlos poseído¹⁴.

11. San Cipriano usa de sentencias en lugar de razones para confirmar de lo que persuade, con estas palabras:

No solo debe temerse la persecución y lo que abiertamente combate a los siervos de Dios para derribarlos y abatirlos. Más fácil es la cautela donde es manifiesto el temor. Y el corazón antes se dispone para el certamen, cuando el contrario confiesa serlo. Más hay que temerse y recelarse de un enemigo cuando a escondidas embiste, cuando engañando con semblante de paz maquina ocultas asechanzas¹⁵.

El mismo, en una carta a los confesores, para que terminen con un fin glorioso los felices principios de su confesión, dice así:

Habéis de trabajar para que después de estos principios se llegue también a los aumentos, y que en vosotros se perfeccione lo que ya empezasteis a ser con felices rudimentos.

Esta es la proposición, a la que se añaden razones sacadas de las sentencias, de este modo: «Poco es haber podido alcanzar algo; es más el poder conservar lo mismo que se alcanzó». Así también:

La fe misma y el nacimiento salvador no vivifica recibido, sino guardado. Ni el establecer la consecuencia, sino el perfecto cumplimiento guarda al hombre para Dios¹⁶.

Ordinariamente los retóricos dan estas reglas sobre los ornatos de las sentencias, en los cuales el que quiera enriquecerse lea a Séneca de entre los autores gentiles, y de los nuestros a san Gregorio, que en esta cualidad fueron grandes artífices.

§ 2. EL EPIFONEMA

12. Hemos juntado los epifonemas a las sentencias por diferenciarse poco de ellas. Es, pues, el *epifonema*¹⁷, como dice

¹⁴ L. A. SÉNECA, *De consolatione ad Polibium*, 10.

¹⁵ S. CIPRIANO, *De Unitate Ecclesiae*, 1; PL 4, 510B-511A.

¹⁶ S. CIPRIANO, *Epist. ad confesores*, 6, 2.

Quintiliano, una suma aclamación de la cosa que se ha contado o probado¹⁸; como es aquello: «¡Empresa tan pesada y ardua era / fundar a Roma y su nación guerrera!»¹⁹. Mas porque esta definición es un tanto oscura, procuraré explicarla más claramente, de modo que cualquiera, por poco que estuviere versado en la dialéctica, entenderá esta explicación fácilmente. Los dialécticos llaman *corolario* a lo que infieren de las definiciones, exposiciones o conclusiones. Así el epifonema, de que tratamos ahora, es cierta especie de corolario: porque el corolario es muy extendido, diciéndose corolarios todas las cosas que se deducen de las susodichas, ya sea una sola o muchas. Así que el epifonema ciertamente es corolario, pero contraído a cierta y determinada materia, porque no todo cuanto se saca de las cosas que hemos tratado es epifonema, sino tan solo aquello que contiene admiración o amplificación de la cosa de que se trata, o alguna sentencia insigne.

13. Cicerón en la defensa de Milón dice: «Intentando un tribuno del ejército de Cayo Mario, deudo suyo, violar el casto pudor de un soldado, fue muerto por el mismo a quien violentaba». Aquí se refiere brevemente al hecho, al que añade luego Cicerón un epifonema de este modo: «Quiso más el honesto joven exponerse al peligro de perder la vida que sufrir una torpeza»²⁰. Esta sentencia se sigue claramente de la cosa referida, la cual amplifica la constancia y virtud de aquel joven, puesto que él apartó de sí esta infamia, aun con riesgo de la vida.

14. Algunas veces el epifonema contiene también la causa del hecho cuando esta se colige de la misma esencia de la cosa. Porque así como por las causas se conocen los efectos, así por estos se rastrean y conocen las causas. Tal es aquello de san Juan: *Muchos también de los príncipes creyeron, pero no se atrevían a confesarlo por miedo de los fariseos, no fuese que por esto los echasen de la sinagoga*²¹. Este es el efecto. Ahora añade la causa el evangelista: *Porque más*

¹⁷ Epifonema: (Del lat. *epiphonema*, y este del gr. ἐπιφώνημα). 1. f. Ret. Exclamación referida a lo que anteriormente se ha dicho, con la cual se cierra o concluye el pensamiento a que pertenece; R.A.E.

¹⁸ Cf. M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, 5, 11.

¹⁹ VIRGILIO, *Eneida*, I, 33.

²⁰ M. T. CICERÓN, *Pro Milone*, IV, 9.

²¹ Jn 12,42.

*estimaron la gloria de los hombres que la de Dios*²². Esta oración contiene a un tiempo la causa del hecho y la sentencia respectiva a las personas. Sulpicio Severo, en la *Vida de san Martín de Tours*, después de haber referido aquel razonamiento que hizo el santo, estando ya a la hora de la muerte: «Señor, si aun soy necesario a tu pueblo, no rehúso el trabajo: tu voluntad se cumpla», añade un epifonema: «¡Oh varón inefable, a quien ni venció el trabajo, ni pudo vencer la muerte, pues ni temió morir, ni rehúso vivir para padecer!»²³.

15. De esta misma manera, de cualquier cita evangélica se pueden desprender muchos epifonemas semejantes a estos. Tomemos por ejemplo la vocación del evangelista san Mateo, su obediencia y el convite de los publicanos. ¿Cuántos epifonemas, que encierran admiración y amplificación, pueden recogerse de esta lección sagrada?:

“¡Qué largueza de piedad y de misericordia la del Señor que llamó a un publicano a la dignidad de un apostólico y evangélico empleo!”. Más: “¡Oh asombrosos juicios de Dios, que, dejados otros muchos, verdaderamente justos, quiso escoger para una alta gloria a un hombre ocupado en sórdidas ganancias! ¡Oh, y qué fuerza también la de aquel Divino Espíritu que trocó de esta suerte el corazón de un hombre con una sola palabra! ¡Y cuánta aquella obediencia que, a una voz del Señor que le llamaba, abandonó cuanto tenía! ¡Cuán grande asimismo aquella su caridad y alegría, con que convidó a sus amigos y a los publicanos al banquete del Señor²⁴, para que con sus avisos y ejemplos y con su trato y comunicación suavísima los atrajera a su amor y, a ejemplo suyo, abandonándolo todo, siguiesen al mismo Señor!”. Además de esto: “¡Cuán grande fue la mansedumbre, amor y humildad del mismo Señor que ni desdeñó los convites de unos pecadores con el fin de atraerlos benignamente a sí, ni le dieron cuidado las murmuraciones de los fariseos!”. Y después: “¡Cuán crecida la malicia de los fariseos, que dieron el nombre de

²² Jn 12,43.

²³ SÚLPICIO SEVERO, *Epistola*, 3; PL 20,182C.

²⁴ Cf. Mt 9,9.

vicio a la virtud que ellos no tenían, para que no pareciese que eran inferiores a Cristo en este oficio de caridad!”²⁵.

No hay duda que todas estas cosas son epifonemas que se coligen de esta sagrada historia y nosotros, tratándolos más extensamente, hicimos con ellos un sermón entero en la fiesta del mismo Apóstol.

16. Es admirable san Ambrosio en este género, quien con epifonemas ilustra y amplifica la fortaleza y constancia de la virgen Inés en una edad tan tierna. Dice, pues, así:

El nombre de virgen es título del honesto pudor; la llamaré mártir, y bastante he dicho ya con eso. Harto elogio el que no se busca, sino que se tiene. Celebren a esta santa los viejos, los jóvenes, los niños. Nadie es más loable que aquel a quien pueden todos alabar. Cuantos hombres, tantos pregoneros que, cuando hablan, engrandecen a la mártir. Se dice que a los doce años padeció el martirio. ¿Qué crueldad más detestable que la que no perdonó a tan pequeña edad? Mas ¡qué fuerza la de la fe, que también halló un tal testimonio en aquella edad! ¿Quedó acaso en aquel cuerpecillo lugar para la herida? Pues la que no tuvo dónde recibir el acero, tuvo con qué vencer al acero. ¡Nuevo género de martirio! ¡Todavía no era idónea para la pena y ya es madura para la victoria! Difícil para el combate, fácil para la corona. Ninguna novia iría tan aprisa al tálamo como ella al lugar del suplicio. Todos bañados en lágrimas, ella con los ojos enjutos. Se maravillaban muchos que fuese tan pródiga de su vida, que aún no recorriera y ya la daba como si la hubiese gozado enteramente. Se pasmaban todos de que fuese ya testigo de la divinidad la que por su tierna edad aun no podía serlo de sí misma. En fin, logró que se le creyese lo que decía de Dios, cuando todavía no se podía creer en lo que dijese de los hombres, porque lo que excede a la naturaleza es sin duda del Autor de la naturaleza. Estuvo en pie, hizo oración, dobló la cerviz. Vieras temblar al verdugo, como si él mismo fuera el ajusticiado; temblar la diestra del sayón y palidecer su rostro, temeroso del peligro ajeno, no temiendo la niña el suyo propio²⁶.

²⁵ Cf. F. L. DE GRANADA, *Sermón* 58 (San Mateo Apóstol), *Obras completas* XLIII, 199-233.

²⁶ S. AMBROSIO, *De virginibus*, I, 2, 6-9 (*S. Agnes*); PL 16,200B-201C.

17. Hasta aquí san Ambrosio, en cuya glosa hallará fácilmente el estudioso lector casi todas las cláusulas entretejidas con epifonemas que vuelven a una cosa por sí misma eminente, más ilustre y admirable, con agudeza no vulgar. Este es, pues, el más bellísimo ingrediente de la predicación, en que abundan los que son dotados de ingenio muy agudo: porque cuanto más de lleno comprenden la naturaleza de la cosa, tantas más consecuencias deducen, las cuales cuando amplifican la cosa se dicen epifonemas. La narración y exposición de las cosas es fácil a cualquiera, aunque de ingenio tardo; mas considerar y sacar sutil y brevemente las sentencias y todo lo demás que contiene admiración o ampliación y se infiere de las cosas ya expuestas o probadas, es propio del epifonema y pide un no vulgar ingenio. Su uso principal está en las cláusulas²⁷. Por esto se llama epifonema a una suma aclamación de lo que se ha contado o probado. En fin, todo lo que en las cláusulas se dice de modo agudo es epifonema.

18. Así san Agustín, una vez expuesta sucintamente la pasión del felicísimo mártir Vicente, añadió epifonemas que elevan prodigiosamente la constancia invencible del mártir y amplifican lo expuesto:

Si en la pasión se considera la paciencia humana, llega a ser increíble; si se reconoce el poder divino, deja de ser admirable. Tan grande crueldad atormentaba el cuerpo del mártir y tanta tranquilidad se manifestaba en su voz, tan grande aspereza de penas se encrudecía en los miembros y tal seguridad sonaba en las palabras, que podíamos pensar que, padeciendo Vicente, hablaba uno y era otro atormentado. Los tormentos nos hacían más esclarecido al mártir, porque, traspasado de muchas y varias heridas, no dejaba la pelea, sino que la renovaba con más ardor. Se podía pensar que lo robustecía la llama, no que lo quemaba²⁸.

Hasta aquí san Agustín, cuyas palabras, expuesta la constancia del mártir, agudamente amplifican y hacen la cosa admirable; a esto justamente se llama *epifonema*.

²⁷ Cláusula: (Del lat. *clausula*, de *clausus*, cerrado). 2. f. Gram. y Ret. Tradicionalmente, conjunto de palabras que, formando sentido completo, encierran una sola oración o varias íntimamente relacionadas entre sí; R.A.E.

²⁸ S. AGUSTÍN, *Sermo in festo S. Vincentii martyris*, 276, 2.3; PL 38,1256-1257.

PROLEPSIS, EN LATÍN «PRAESUMPTIO» O «ANTICIPATIO»

1. Después de las sentencias y epifonemas me pareció añadir también la *prolepsis*¹. La cual, aunque se pone entre las figuras de las sentencias pertenecientes a la elocución, como los epifonemas y sentencias, no obstante, porque conviene muchísimo con la razón de inventar como también aquellas, y contiene gran parte de adorno, utilidad y consejo, resolví colocarla en este lugar, juntándola a la argumentación, si bien no tiene ella un lugar menor en las restantes partes de la invención. Porque así como lo que decimos produce unas veces sentencias y epifonemas, así de esto mismo también nace la bondad de la predicación. Y diré primero lo que trae Quintiliano sobre esta figura. Dice, pues:

Sirve grandemente en las causas la *anticipación*, que llaman *prolepsis*, cuando nos anticipamos a lo que se nos puede objetar. Lo cual, aunque no es de poca monta en las otras partes, principalmente conviene al proemio. Y si bien es de un solo género, tiene con todo diversas especies. Porque ya es una cierta *prevención*, como aquella de Cicerón contra Q. Cecilio: “que venga a acusar quien siempre había

¹ Prolepsis: (Del gr. πρόληψις). 3. f. Ret. Figura de dicción en que anticipa el autor la objeción que pudiera hacerse. 4. f. Ret. Pasaje anticipador que rompe la secuencia cronológica de una obra literaria; R.A.E.

defendido”². Ya cierta *confesión*, como en favor de Rabirio Póstumo, el cual, también por dictamen suyo, confiesa que merecía reprensión por haber prestado al rey una porción de dinero³. Ya cierta *predicción*, como: “Hablaré, pues, para no abultar el delito”⁴. Ya cierta *enmienda*: “Os ruego me perdonéis, si he alargado demasiado”. Ya una *preparación* muy frecuente si con muchas palabras suele decirse la razón porque hemos de hacer algo, o porque lo hicimos. Se confirma también la fuerza y propiedad de las voces, o con *anticipación*, como: “Aunque aquello no fue castigo, sino prohibición del delito”; o con *reprensión*, cual es aquello: “Los ciudadanos, vuelvo a decir, si es que se me permite llamarlos con este nombre”⁵⁻⁶.

2. Hasta aquí Quintiliano. Mas porque él habla de esta figura con demasiada brevedad, indicaré lo que entiendo de ella con un ejemplo conocido de los dialécticos, los cuales establecen que hay dos conceptos de las cosas: uno que llaman directo, y otro reflejo. Es directo cuando tan solo concebimos sencillamente aquello que la voz o la oración propuesta significa. Reflejo, cuando reflexionamos sobre aquello mismo que directamente concebimos, examinando alguna particularidad en lo que concebimos, ya sea glosando, o ya también contradiciendo. De este concepto posterior de la mente dimana esta virtud con que el prudente predicador hace en cierto modo el papel del discreto oyente; y cuanto este, pensando entre sí, podría apuntar, ponderar u oponer, él mismo lo apunta, pondera o satisface para los que son más tardos. Y así hace en cierto modo dos papeles: del que predica y del que oye, y con prudencia sale al encuentro de estos pensamientos tácitos.

3. Sucede, por ejemplo, que algunas cosas que dijimos, a primera vista parecen dichas de modo arrogante, soez o confusamente, o con menos utilidad o sutileza, o larga o cortamente, o con aspereza o con desahogo, o poco al intento. A estas como quejas del discreto oyente, se debe salir al paso con brevedad, manifestando con alguna razón que no lo dijimos

² Cf. M. T. CICERÓN, *Divinatio in Caecilium*, I, 1; II, 4.

³ Cf. M. T. CICERÓN, *C. Rabirio Postumo*, II, 3; IX, 25.

⁴ Cf. M. T. CICERÓN, *In Verrem*, II, 3, 46; 4, 2.

⁵ Cf. M. T. CICERÓN, *Pro Murena*, 80.

⁶ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, IX, 2, 16-18.

inconsideradamente, sino con madura deliberación, o que es imposible hacerlo de otra manera. Así san Juan Crisóstomo, queriendo reprender a los que albergaban en sus casas hermanas adoptivas, e insistiendo en que el motivo de tal cohabitación era menos honesto, suavizó la aspereza de su reprehensión con esta figura:

Traeremos aquí la que sospechamos que es la principal causa de esta cohabitación. Y, ¿cuál es? Si no diere en el blanco, os doy licencia para que me redarguyáis. Y, ¿con qué motivo?, ¿con qué pretexto? Me parece que el trato y comunicación con una mujer, aun sin matrimonio ni cópula, tiene algo de deleite. Lo cual, si no lo estoy pensando bien, no sé qué decir. Os digo mi dictamen, pero no solo el mío, sino el de ellos mismos, porque también así lo sienten ellos. Y esto se ve claro si se repara en que de ningún modo tendrían en poco tanta gloria y tantos escándalos si no tuvieran un grande y vehemente deleite en esa cohabitación. Os suplico me perdonéis, y que no haya enojo, porque no quisiera temeraria y simplemente conciliarme enemigos. No soy tan infeliz y miserable que quiera osadamente agraviar a todos; pero me duelo y aflijo mucho de que por una parte se blasfeme la gloria de Dios y que por otra se vaya perdiendo la salvación de muchos por este deleite de la cohabitación, que tiene mayor atractivo que el casamiento legítimo. Esto que ahora tal vez os parece extraño, luego que yo os declare lo que vais oyendo, vosotros mismos me seréis testigos⁷.

Y un poco más abajo, queriendo nuevamente suavizar lo fuerte de la reprehensión, usa de estas palabras:

Ni nos enojemos mucho con ellos, ni seamos importunos y bruscos. Porque quien quiere curar a un enfermo, no lo intenta con ira y con azotes, sino que aplica los medicamentos con gran tiento y con blandos ruegos. Nosotros, aunque pudiéramos castigarlos e indignarnos contra ellos, como que estamos puestos en la clase de jueces, con todo eso no lo hacemos, sino que antes bien nos parece mejor seguir la costumbre de los médicos. Por tanto, suplicamos y exhortamos, y en caso necesario nos

⁷ S. J. CRISÓSTOMO, *In eos qui virgines subintroductae habent*, 1; PG 47,495.

echamos a los pies de ellos, por si acaso logramos de este modo lo que emprendimos⁸.

En cuyas palabras se ve claramente con cuánto artificio y prudencia se anticipa el Crisóstomo a todo cuanto pudiera embarazar la causa que trataba.

4. Fuera de esto, cuando se ha de predicar de un asunto algo oscuro o sutil, o también ilustre, ha de pedirse atención a los oyentes sin arrogancia ni ostentación alguna. Suelen asimismo por esta figura entretenerse oportunamente algunas exclamaciones breves que manifiesten la dignidad, necesidad y peso de las cosas que decimos. Pero como algunas de ellas pertenezcan más a los maridos, otras a las mujeres, unas a los amos, otras a los criados, unas a los ricos, otras a los pobres, conviene también insinuar esto brevemente, para llamar la atención de aquellos a quienes toca con más especialidad.

5. Además, cuando referimos algo maravilloso e increíble, no solo deben moverse los afectos con la grandeza de la cosa, sino que también debe corroborarse su verdad con alguna razón, y alguna vez confirmarla asimismo con juramento. Así san Jerónimo:

Santa Melania, verdadera nobleza de nuestros tiempos entre los cristianos, caliente aun el cuerpecillo de su esposo, perdió dos hijos a un tiempo. Voy a decir una cosa increíble, pero no falsa, tomo por testigo a Cristo: no derramó una lágrima, sino que, arrodillada a los pies de Cristo, dijo: “Prontamente te serviré, Señor, pues me libraste de tan pesada carga”⁹.

6. Así también el santo Job, teniendo que hablar de la cosa más admirable del mundo, especialmente en su tiempo, a saber, del misterio de la resurrección de la carne y de la encarnación del Señor, usó de una pequeña introducción muy adecuada:

*¿Quién, dice, me concederá que se escriban mis palabras? ¿Quién me dará que se escriban en un libro con un punzón de hierro sobre planchas de plomo, o que se graben con cincel en un pedernal?*¹⁰.

⁸ S. J. CRISÓSTOMO, *In eos qui virgines subintroductae habent*, 1; PG 47,513.

⁹ S. JERÓNIMO, *Epist.* 39 (*ad Paulam*), 4; PL 22,471.

¹⁰ Job 19, 23-24.

Y luego añade una cosa sobremanera admirable: *Sé de cierto que mi Redentor vive y que en el día postrero he de resucitar de la tierra*, y lo que se sigue¹¹.

Lo cual se hace también a veces con un largo razonamiento. Así Teodoreto, en la *Vida de Simeón Estilita*, queriendo referir aquel nuevo y nunca oído género de vida, puesto al sereno sobre una altísima columna, para que no fuese increíble cosa tan nueva y admirable, hizo que la creyesen con este símil:

Del mismo modo que aquellos a quienes cupo en suerte ser reyes de los hombres, cada tanto cambian las figuras de la moneda, unas veces grabando las imágenes de leones, otras de estrellas y otras de ángeles, intentando hacer más estimable el oro con la novedad del cuño, así también el Rey Soberano de todo, al añadir a la piedad y religión verdadera como ciertas figuras y caracteres con estos nuevos y varios modos de vivir, no solo estimula las lenguas de los cristianos a su alabanza, sino también las de los infieles¹².

7. Del mismo modo cualquiera que se dispone a celebrar las virtudes de santa Catalina de Siena y a referir aquellas señales prodigiosas de la amistad con que Dios la unió consigo, esto es, la de haberse desposado Cristo, Señor nuestro, con ella de un modo maravilloso, haber guardado tres días en su poder el corazón de la santa separado de su pecho, y haber rezado con ella las horas canónicas¹³, todas estas cosas, que parece exceden la fe humana, debe hacerlas creíbles, mostrando la infinita bondad de Dios, su asombroso amor a los santos y otras obras suyas, dignas de mayor admiración.

8. He traído estos ejemplos de una regla que se extiende muchísimo. Pero la agudeza del predicador, su prudencia y la observación de los autores se lo declararán mejor que los preceptos. Porque esta virtud es propia del predicador y orador, los cuales, hablando de ordinario a gente ruda e indocta, deben por estos medios instruirla y moverla. Es admirable en esta figura san Gregorio el Teólogo, con cuya lectura atenta y cuidadosa comprenderá mejor el lector prudente la razón de esta

¹¹ Job 19,25.

¹² Cf. TEODORETO DE CIRO, *Philotheus, sive Theophiles*; 9, 851; PL 74,103D.

¹³ Cf. R. DE CAPUA, *Legenda maior*, ed. G. D'urso, Siena 1978, 112; 179.

observación que con las reglas del arte. Por tanto, cualquiera que anote diligentemente las reglas sobre esta figura dadas por Quintiliano, que hemos indicado, y ponga atención en la lectura de los autores, comprenderá fácilmente su naturaleza y modo.

9. De lo que hemos dicho hasta aquí, queda claro que hemos añadido a la *colección*, la cual consta de cinco partes como dicen los retóricos, otras cinco muy útiles y necesarias al predicador: *afectos*, *aplicación*, *sentencias*, *epifonemas* y *prolepsis*. Pero no todas ellas tienen lugar en cualquier argumentación. Cuáles lo tengan, podrá inferirlo el prudente predicador de la naturaleza de las cosas de que trata.

10. El conocimiento de estas partes es sobremanera útil, porque así queda advertido el predicador que, cuando haya de probar alguna proposición, debe buscar primero las razones de los lugares que mencionamos antes, y principalmente de aquellos que dijimos llamarse intrínsecos. Averigüe después la confirmación de las razones que nacen de modo especial de los lugares extrínsecos. En tercer lugar, si la naturaleza de la cosa lo requiere, añada un adorno, que no pertenece a la confirmación sola, sino a cualquiera de las partes de la argumentación. En cuarto lugar, bien atendida la naturaleza de las cosas que predica, mire si le dan materia para mezclar los afectos, aplicaciones, sentencias y epifonemas. Porque todo esto nace de la naturaleza misma de las cosas, del mismo modo que la forma, como dicen los filósofos, se educa de la potencia de la materia.

11. Pero la *prolepsis*, que indica la naturaleza de la refutación, no nace precisamente de la naturaleza de las cosas que decimos —por ejemplo cuando da asunto a la duda—, sino que también se colige de la capacidad y condición de los oyentes, según poco antes decíamos. Así estas figuras, que pertenecen a la elocución, las quisimos juntar con la doctrina de la invención por cuanto, como dejamos dicho, nacen de las mismas entrañas de las cosas de que hablamos, las que darán materia al predicador, si las considera íntima y profundamente. Y no tendré a mal que se añada a ellas la exclamación, que también se cuenta entre las figuras de la elocución, la cual viene muy bien cuando espontáneamente nace de la naturaleza misma de las cosas, de suerte que más parezca nacida de sí misma que traída de industria por el ingenio del predicador.

GÉNERO DE ELOCUCIÓN CON QUE HAN DE TRATARSE LAS ARGUMENTACIONES DICHAS

1. Para terminar esta parte de modo completo y perfecto, nos parece que solo falta que declaremos ahora sucintamente el género de elocución y figuras que debemos usar en la argumentación para que, habiendo discurrido antes sobre la invención de los argumentos y sobre sus formas, nada quede por desear sobre esta parte de la doctrina. Sobre lo cual, después de haber tratado Quintiliano ampliamente de los silogismos y demás formas de argumentaciones, dice al final:

Me parece haber descubierto lo más sagrado de los preceptores de las artes; sin embargo, queda lugar al consejo. Porque como yo no condeno que alguna vez se use en la oración un silogismo, así de ningún modo quiero que esté toda ella tejida y como embutida de silogismos y de entimemas. Pues de esta manera se parecería más a los diálogos y disputas dialécticas que a los ejercicios de nuestra oratoria, que realmente son entre sí muy diferentes. Porque aquellos hombres doctos que buscan la verdad entre los doctos, más menuda y escrupulosamente lo escudriñan todo, como que justamente se apropian el derecho de inventar y juzgar. Mas nosotros hemos de acomodar la oración a los juicios ajenos y las más de las veces hemos de hablar a una gente totalmente imperita y

verdaderamente iliterata, a la cual no podemos persuadir las cosas más justas y verdaderas si no la atraemos con el deleite, la arrastramos con la energía y a veces la conmovemos con los afectos. Rica y hermosa quiere ser la elocuencia, y no lo conseguirá quien la ciñere a ciertas conclusiones, dispuestas en una misma forma, sino que incurrirá en menosprecio por la bajeza, en aborrecimiento por la servidumbre, en hartura por la abundancia, y en fastidio por la redundancia. Que se lleve, pues, no por trochas, sino por campos; fluya no como las fuentes por angostos caños, sino como los caudalosos ríos por todos los valles, y que se haga camino si alguna vez no lo hallare. Porque ¿qué cosa más mísera que aquella ley de las que van siguiendo las letras al modo de los niños de la escuela y guardan, como suelen decir los griegos, la ropa que les dio la madre? ¿Acaso la proposición y conclusión a partir de los consiguientes y de las contradicciones no inspira, no aumenta, no varía por mil figuras de suerte que no parece ya labrada a mano y aprendida con arte, sino que ella nace y proviene de la naturaleza misma, confesando que es ella su maestra? ¿Qué orador jamás habló así? ¿Por ventura en Demóstenes mismo no se hallarán pocas cosas de estas? Mas, tomándolas ahora los griegos —que solo hacen esto peor que nosotros—, las eslabonan y enlazan de modo que no se pueden desenvolver; deducen lo cierto y prueban lo manifiesto, y se llaman por esto semejantes a los antiguos. Si después se les pregunta a quién imitan, nunca lo dirán¹. Pero de las figuras trataremos en otra parte.

2. Ahora tengo que añadir que no me conformo con los que piensan que si bien deben proponerse los argumentos con lenguaje puro, claro y distinto, no debe ser abundante y adornado. Porque confieso que los argumentos deben ser distintos y claros, y aun en las cosas menores, el estilo y las voces muy apropiadas y del uso común. Pero si el asunto fuere mayor, comprendo que no se les debe quitar adorno alguno como no cause oscuridad. La translación misma no pocas veces da muchísima luz, pues hasta los mismos juriconsultos, que ponen tanto trabajo en la propiedad de las palabras, osan decir que la costa es lo que bañan las olas. Y cuanto más áspera es una cosa por su naturaleza, tanto más conviene suavizarla con el deleite,

¹ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, V, 14, 27-32.

asimismo la muy sospechosa debe proponerse con disimulo, contribuyendo mucho al deleite para ganarse la confianza de los oyentes. Si no es que opinamos que se explicó mal Cicerón en esta misma argumentación: “Las leyes enmudecen entre las armas”; y “las mismas leyes a veces nos obligan a tomar las armas”². Pero debe haber en esto medida, de manera que sirvan de adorno, no de embarazo³.

3. Hasta aquí hemos hablado sucintamente de la principal parte de la invención, que es de la razón de probar y de las formas de los argumentos que parece debían tratarse en común. Ahora se sigue que comencemos en la parte siguiente a discurrir sobre la manera de amplificar, que tiene afinidad con esta y es importantísima a los predicadores.

² Cf. M. T. CICERÓN, *Pro Milone*, IV, 11; III, 9.

³ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, V, 14, 33-35.

PARTE TERCERA

LA AMPLIFICACIÓN Y LOS AFECTOS

1

DIFERENCIA ENTRE LA AMPLIFICACIÓN Y LA ARGUMENTACIÓN

1. Hemos querido separar la *amplificación* —que es una parte de la invención— de la argumentación y de la manera de probar, de que hemos hablado hasta aquí; no porque esté totalmente separada de ella, sino porque la argumentación se extiende muchísimo a todo género de cuestiones, en las que buscamos si existe o no la cosa, qué es, cuál, de qué modo, y otras cosas similares, mientras la amplificación se contrae a ciertos géneros de cuestiones o proposiciones, en las cuales se disputa solo la grandeza y amplitud de la cosa; esto es, cuando nos esforzamos en manifestar que alguna es en su género extremadamente indigna, calamitosa, alegre, triste, miserable, amable, aborrecible, formidable o apetecible, y otras cosas de esta naturaleza. Pues por este medio abrimos camino para mover los afectos, para persuadir o disuadir y para alabar o vituperar, porque para estas tres cosas principalmente nos es útil la razón de amplificar. Y así la amplificación, como cierta argumentación, está contraída a determinado género.

2. También se distinguen estas dos partes del discurso en el modo de tratar los argumentos. Porque la argumentación se vale de silogismos, de un género de oración en cierto modo redondeado, aunque el orador trata el silogismo con más extensión que el dialéctico. Pero el razonamiento de la

amplificación es más semejante a la exposición y enumeración que a la argumentación. Así san Pablo amplifica con la enumeración de sus trabajos esta proposición: *¿Son ministros de Cristo? Aunque me exponga a incurrir en la nota de imprudente, me atrevo a decir que yo lo soy más que ellos*, enumerando sus sufrimientos con estas palabras: *Yo he padecido más trabajos, he sufrido más prisiones, he llevado más golpes, y me he visto a menudo a las puertas de la muerte*¹, con lo demás que sigue.

3. Por último, se diferencian también por el fin, porque es propio de la argumentación probar la cosa, y con la fuerza del argumento reducir el entendimiento al asentimiento. Mas no solo es propio de la amplificación convencer al entendimiento para que crea que la cosa es lo más grande en su género, sino también inducir la voluntad al amor, al odio, o a otro cualquier afecto.

4. La *invención* de las cosas que sirven para la amplificación, se tomará de los mismos lugares de donde se sacan los argumentos. Porque si la amplificación, como hace poco dijimos, es como cierta especie de argumentación, se infiere que la invención de una y otra procede de los mismos lugares. Sin embargo, algunos de estos lugares sirven más para amplificar, como aquellos que manifiestan lo mucho que hay en una u otra cosa, como son los lugares que se toman de las partes, de las causas, de los efectos y de los contiguos a estos, es decir, de las circunstancias, como de los antecedentes y consiguientes. Todas estas cosas se confirman o aumentan con ejemplos, con símiles y con testimonios de las Escrituras o santos padres, de lo que luego pondremos ejemplos.

5. Pero es preciso recordar aquí lo que ya dijimos, que de dos modos son las proposiciones que se prueban o amplifican, *hipótesis* o *tesis*, que en latín se dicen *finitae* o *infinitae*, y en español *definidas* o *indefinidas*.

La *definida* o *hipótesis* es por ejemplo, si quiere uno amplificar la obediencia de Abrahán dispuesto a sacrificar a su hijo, o el adulterio que cometió David con la mujer de Urías, una y otra proposición serán *definidas*, porque tocan solamente a estas personas. Al contrario, la proposición será *indefinida*, si en general quiere alguno alabar la obediencia y vituperar el adulterio, por cuanto se extiende universalmente a todo género de personas.

¹ 2Cor 11,23.

Esta proposición, pues, *indefinida* busca principalmente los argumentos o razones de amplificar en aquellos lugares que mencioné arriba. Pero la *definida*, que está envuelta en circunstancias, no solo de estos lugares sino también de todas las circunstancias, levanta y amplifica la cosa. Lo cual es bien sabido de los teólogos, que para conocer la gravedad de los pecados, enseñan que se distinguen dos modos de circunstancias: unas, que agravan notablemente los pecados, y que también mudan a veces la especie de ellos —éstas se deben decir con precisión en la confesión de los pecados—; otras, que no agravan tanto, y que no es necesario confesarlas.

Con este ejemplo de los pecados, fácilmente entenderán los teólogos en qué manera deben también aumentarse y amplificarse por las circunstancias la función de las virtudes, que atribuyen a ciertas personas y tiempos, siendo una misma la ciencia de los contrarios.

Vale la pena, sin embargo, que ilustremos con ejemplos lo que acabamos de decir.

2

LA AMPLIFICACIÓN TOMADA DE LAS PARTES

1. Los profetas amplifican por *partes* los desventurados sucesos de diversos reinos, no contentándose con referir en una sencilla narración su ruina y destrucción, sino enumerando todas y cada una de las calamidades que acompañan aquella devastación. Así Jeremías en sus *Lamentaciones* amplifica la ruina de Jerusalén; así también la desolación de Babilonia, en los capítulos 50 y 51. De la misma suerte Ezequiel se lamenta de la ruina de Tiro, de Egipto y de los asirios, cuando cuenta largamente todas las riquezas de estos reinos que habían de ser saqueadas. De este modo amplifica Joab los servicios que hicieron a David sus vasallos y las lágrimas intempestivas de este, diciéndole: *Confundiste hoy todos los rostros de tus siervos, que salvaron tu vida, y la de tus hijos y la de tus hijas, y la vida de tus mujeres y la vida de tus concubinas*¹. Donde vemos claramente aumentada la cosa por la enumeración de sus partes.

2. De esta manera también san Gregorio el Teólogo, en la *homilía de los siete macabeos*, amplifica la constancia de su madre, que, teniendo delante de sus ojos todos los linajes de tormentos, no pudo ser derribada del alto grado de su virtud y constancia. Y dice así:

Nada pudo torcer, ablandar, ni enflaquecer el valor y firmeza de su ánimo. No los instrumentos destinados para descoyuntar los miembros, no las ruedas puestas a su

¹ 2Sam 19,6.

vista, no los más extraordinarios géneros de tormentos, no las puntas de aceradas uñas, no las bestias enfurecidas, no las espadas afiladas, no las ollas que hervían, no el fuego que se atizaba, no la confusa tropa, no los arqueros que oprimían, no la vista de sus hijos, no el destrozo de los miembros, no las carnes que se despedazaban, no los arroyos de sangre que corrían, no la flor de la edad ajada, no los males presentes, no las amarguras que la aguardaban².

En cuyo lugar amplifica el Nacienceno la maravillosa fortaleza de esta mujer con la enumeración de las partes, esto es, de todo género de tormentos.

3. De este mismo modo amplifica Lactancio Firmiano la amargura de la cruz del Señor, discurrendo por partes, esto es, por todos sus llagados miembros. Introduce, pues, al Señor hablando en este modo:

De cabeza a pies mírame, / repara en la cabellera / cuajada con sangre mía: / y la cerviz muy sangrienta / debajo del pelo mismo; / traspasada la cabeza / con las crueles espinas, / que de todas partes echa / sobre mi divino rostro / viva sangre en copia inmensa. / Mira los ojos hundidos, / y la luz en ellos muerta, / afligidas las mejillas; / repara en la lengua seca / emponzoñada con hiel, / la tez pálida y funesta. / Mira las manos clavadas, / brazos tirados a fuerza, / y la herida del costado. / Ve después mi sangre suelta, / traspasados ambos pies, / mis coyunturas sangrientas. / Arrodiíllate ahora / y el sacro leño de la cruz adora³.

En cuyo lugar ves amplificado el todo al ser enumeradas las partes que llaman *integrales*, pues más aumenta una cosa la enumeración separada de cada parte de por sí, en lugar de la proposición confusa de toda la materia.

4. De esta forma también el segundo comentario *De rerum copia* amplifica esta proposición: «con el lujo lo dispó todo». Esta sentencia, así compendiada y hecha como un ovillo, podrá devanarse o desenvolverse de este modo, si vamos enumerando las varias maneras de perderse una hacienda:

²S. GREGORIO NACIENCENO, *Homilia de septem machabaeis*, PG 35,918.

³*Carmen De Passione Domini incerti auctoris*, 40-50; PL 7,285B-C.

Cuanto había heredado de su padre y madre, cuanto le había tocado por muerte de otros parientes, cuanto se le había juntado de la dote de su mujer, que ciertamente no era poco, cuanto se le había añadido de los legados, que era muchísimo, cuanto había recibido de la liberalidad del Príncipe, cuanto caudal había recogido en la guerra, todo el dinero, vasos, ropas, campos, heredades, junto con los mismos cortijos y rebaños; en suma, todos los bienes muebles o raíces, y, en fin, hasta la familia misma de tal suerte los consumió, sorbió y devoró en pocos días en amores torpísimos de ramerías, diarias glotonerías, espléndidos banquetes, borracheras nocturnas, en figones, golosinas, ungüentos, juegos de fortuna, devaneos, que no le quedó ni un solo maravedí⁴.

En donde aquellas dos palabras: *lo disipó todo* y *en el lujo*, se explican por sus partes.

5. De esta manera, pues, se aumenta el todo con la enumeración de las partes, que en él se encierran. Llamamos *todo* primeramente a lo que encierra en sí muchas partes, como en el ejemplo propuesto del *lujo*, voz que, como se ha explicado, contiene en sí muchísimos vicios. Además, llamamos *todo* a lo que tiene alguna señal universal adjunta, como en el mismo ejemplo decimos *haberlo disipado todo*, en el cual vamos refiriendo todas las cosas que se contienen debajo de aquella señal de universalidad. A esto los dialécticos llaman *descenso* y *ascenso*, con los cuales argüimos del todo a la enumeración de los singulares, o de los mismos singulares al todo. Finalmente, llamamos *todo* a lo que no se comprende en cosas particulares, sino en las partes que los dialécticos llaman *integrantes*. De lo cual dimos un ejemplo de Lactancio. Podrá de este modo amplificarse dondequiera que se incidiere en algún todo de estos tres géneros, si lo pide así el asunto. Sin poner mucho cuidado, se encuentran ejemplos a cada paso en las Sagradas Escrituras y en los escritos de los santos padres, especialmente en el Crisóstomo y Gregorio el Teólogo.

⁴ ERASMO, *De rerum copia*, lib. II, prima ratione, 16-25.

3

LOS ADJUNTOS: ANTECEDENTES, CONCOMITANTES Y CONSIGUIENTES

1. Amplificamos la cosa por los *antecedentes* que se contienen en la clase de los *adjuntos*, siempre que, no contentos con haber dicho una sola vez el desenlace de una cosa, del cual lo demás que le precedió puede entenderse, mencionamos también en particular todo aquello por lo cual se llegó al desenlace. De esta regla se propone este ejemplo en el mismo comentario: «un mozo muy perdido y derramado tuvo un hijo de una doncella».

Esta sentencia podrá extenderse y amplificarse por los *antecedentes* así:

Estaba miserablemente enamorado de aquella doncella, porque era de singular hermosura. Después, impaciente con su amor, solicitó con promesas el ánimo sencillo de la joven: la corrompió con regalos, la ablandó con halagos, la atrajo a su amor recíproco con agasajos, la venció con porfía, en fin la gozó. Al cabo de algún tiempo, empezó a abultarse el vientre de aquella mujer por haber concebido; finalmente dio a luz un niño.

Otro ejemplo: «Cicerón deshizo enteramente los esfuerzos de Catilina». Esta sentencia se podrá extender y dilatar de este modo:

Marco Tulio Cicerón, siendo cónsul, con su gran sagacidad olió al instante los malvados intentos de Catilina, que por medio de unos jóvenes muy disolutos proyectaba la ruina y total extinción de la ciudad de Roma; lo rastreó con particular desvelo; lo averiguó con suma prudencia; lo descubrió con admirable celo del bien de la república; con elocuencia increíble lo probó; con gravísima autoridad lo refrenó; con las armas lo extinguió; con gran felicidad lo acabó¹.

2. De esta manera de amplificar, como antes dijimos, podremos valernos principalmente en aquellas cosas que, examinada su naturaleza, se sabe que las han precedido otras muchas. Porque las causas, sean físicas o morales, van delante de sus efectos, por cuyo medio llegamos a explicarlas. Así podremos tratar aquel lugar del capítulo dos de san Lucas:

*Simeón había tenido revelación del Espíritu Santo que no moriría sin ver antes al Ungido del Señor*². Es de creer, pues, que precedieron muchas cosas a esta divina revelación. Porque primeramente el varón santísimo, abrasado por el amor de la gloria de Dios y salud de las almas, se congojaba en extremo, considerando a casi todo el mundo cubierto con las sombras del paganismo; y que aun en aquel pequeño rincón de la Judea se iba extinguiendo la justicia y, en lugar de la religión verdadera, dominaba la superstición e hipocresía. Sabía muy bien que el mejor remedio de tantos males consistía únicamente en la venida del Salvador, que había de traer consigo *la luz del evangelio para desengaño de las gentes*³. Clamaba, pues, y con inenarrables gemidos pedía que se adelantase su venida, sabiendo que estaba escrito: *Los que os acordáis del Señor, no calléis, ni perseveréis en silencio delante de Él, hasta que establezca y ponga a Jerusalén por objeto de la alabanza de toda la tierra*⁴. A estos ruegos del varón santo, a estos llantos, a estas continuas lágrimas, el piadoso y compasivo Señor, que *atiende a la oración de los humildes y no desprecia sus ruegos*⁵ dio esta agradabilísima y gustosísima respuesta: *Que no moriría sin ver antes al Ungido del Señor*.

¹ Cf. M. T. CICERÓN, *In Catilinam* I, XI, 5.

² Lc 2,26.

³ Lc 2, 31-32.

⁴ Is 62,7.

⁵ Sl 101,18.

3. De esta suerte también podrá amplificarse el fin y la intención del bienaventurado Padre santo Domingo con que pidió se fundase en la Iglesia la Orden de Predicadores, pues no pudo este varón santísimo excogitar tan gran designio sin arder primero como una antorcha en el celo de las almas que se perdían⁶, y sin pedir incesantemente al Señor esto mismo con muchos ayunos, oraciones y lágrimas.

4. Amplificamos la cosa por los *concomitantes* y *consiguientes*, cuando vamos refiriendo aquello que siempre o a menudo acompaña o se sigue a ella, ora sea malo, ora bueno, conveniente o inconveniente. Como si uno quisiese acusar a otro de haber provocado alguna guerra, de este modo amplificaría su temeridad:

Exhausto el erario por mantener bárbaros soldados, quebrantada con trabajos la juventud, las mieses holladas, los rebaños robados, las aldeas y cortijos a cada paso incendiados, los campos incultos, los muros derribados, las casas saqueadas, los templos despojados, tantos padres viejos sin hijos, tantos niños sin padres, tantas matronas viudas, tantas doncellas indignamente desfloradas, tan depravadas las costumbres con la licenciosa libertad de los mancebos, tantas muertes, tantos lloros, tantas lágrimas. A más de esto, las artes extinguidas, las leyes violadas, la religión acabada, todo lo divino y humano confundido, la policía de la ciudad corrompida. Todo, vuelvo a decir, todo este tropel de males, que nacen de la guerra, a ti solo lo atribuiremos si realmente fueres la causa de la guerra⁷.

5. Este lugar de los *concomitantes* y *consiguientes* es grandemente útil para amplificar las virtudes, por lo que conviene a ellas, o para exagerar también los vicios, refiriendo los males que dimanan de ellos. Cuyo lugar parece nacer del que se toma de los efectos y adyacentes. Es muy necesario al predicador este modo de amplificar, mayormente cuando exhorta al amor y ejercicio de la virtud o cuando aparta de los vicios, lo cual pertenece al género suasorio o disuasorio. San Cipriano, en el *sermón de los celos y de la envidia*, pondera bellísimamente el veneno de ella con estas palabras:

⁶ *Ardebat quasi facula / pro zelo pereuntium, Breviarium iuxta ritum Ordinis Praedicatorum*, t. I, Romae 1962, 1060 («Hymnus ad matutinum»).

⁷ ERASMO, *De rerum copia*, lib. II, quarta ratio, 150-158.

Se extiende muchísimo la ruindad múltiple y fecunda de los celos. Es raíz de todos los males, fuente de estragos, plantel de delitos, materia de culpas. De ahí se levanta el odio, de ahí procede la osadía. Cuando uno no puede contentarse con lo suyo, viendo más rico a otro, encienden los celos a la avaricia; cuando mira a otro en más alto empleo, excitan la ambición. De aquí viene a romperse el vínculo de la paz del Señor, de aquí se viola el amor fraternal, de aquí se adultera la verdad, se corta la unión y se resaltan las herejías y cismas, mientras que se murmura de los sacerdotes, mientras que se tiene envidia a los obispos, mientras que alguno se queja de que no lo ordenaron, o se indigna de que otro haya sido a él preferido⁸.

6. San Juan Crisóstomo amplifica por todos los adjuntos y circunstancias aquella predicción del Señor: Había de ser celebrada en todo el mundo la memoria de aquella mujer, que le ungió la cabeza⁹, de este modo:

En todas las iglesias, oímos que se nombra esta mujer. En todas las ciudades hay cónsules, duques, varones y mujeres nobles, y a cualquier parte del mundo que fueres, hallarás que oyen todos con sumo silencio lo que hizo esta mujer. Reinas hay, y muy grandes señoras, que habiendo hecho innumerables beneficios a sus vasallos, ni su nombre es conocido; mas esta pobre mujer, que solamente derramó un poco de unguento, es celebrada en todo el orbe. Ni la distancia tan inmensa del tiempo extinguió su memoria, ni la extinguirá jamás; y eso que el hecho en sí mismo no es algo destacado. Porque, ¿qué tenía de grande derramar el unguento? Ni era célebre la persona, pues era una mujer ordinaria. Ni había muchos testigos, pues pasó esto solamente entre los discípulos. Ni el lugar era notable, pues no hacía esto en algún teatro público, sino en una casa privada, en la presencia de solo diez hombres. Y con todo esto, ni la humildad de la persona, ni el corto número de testigos, ni la oscuridad del lugar, ni ninguna otra circunstancia pudo borrar su

⁸ S. CIPRIANO, *De zelo et livore*, 6; PL 4,667B-668A. A continuación del ejemplo tomado de san Cipriano debían ir los dos textos de san Juan Crisóstomo, que se le trasapelaron, y rescató en la Dedicatoria a la universidad de Evora, pero que nosotros colocamos aquí.

⁹ Cf. Mt 26,13.

memoria; sino que antes bien es ahora más famosa esta mujer que cuantas reinas y reyes hubo, ni edad alguna sepultó semejante hecho en el olvido¹⁰.

7. Pero de esta ampliación tenemos en el mismo santo padre otro ejemplo muy oportuno, en el cual califica por uno de los más estupendos milagros «la conversión de todo el mundo», acabada por la predicación y sudores de san Pablo, amplificando el asunto por todas sus circunstancias y haciéndolo sumamente admirable:

¿Cómo pudo Pablo con aquel arte de tan poco valor inspirar tanta virtud cuanta el mismo suceso testifica? Pues un hombre plebeyo, humilde, y al parecer de los gentiles un charlatán, que se ocupaba en curtir pieles, se aprovechó tanto en la virtud, que en el espacio de apenas treinta años, sojuzgó al imperio de la verdad a los romanos, persas, partos, medos, indios, escitas, etiopes, sármatas, sarracenos, y a todo el linaje humano.

Responde, pues, ¿de dónde le vino a este artesano vulgar y público el que permaneciendo en la esfera de su arte y llevando la herramienta en la mano, haya así filosofado y enseñado a filosofar a las gentes, ciudades y regiones sin pericia ni energía alguna? Porque oye lo que él mismo dice: *Aunque imperito en la palabra*¹¹. Y en otra parte confiesa no tener riqueza: *Hasta ahora, padecemos hambre, sed, desnudez, y nos dan de bofetadas*¹². ¿Y qué digo riqueza, cuando él muchas veces ni tenía el sustento necesario, ni vestido con que cubrirse? Y que por su profesión no fuese distinguido, lo muestra su discípulo diciendo: *que quedaba con Aquila y Priscila, por ser de su misma arte, pues todos eran curtidores*¹³. Así que no fue noble por sus abuelos, quien se muestra que fue de tan baja arte; ni por su patria, ni por su gente. Y esto no obstante, solamente con salir y dejarse ver, desbarató todos los designios de sus enemigos, los confundió todos; y al modo de una voraz llama que prende en las pajas o en el heno, consumió y redujo a cenizas todas las obras del demonio, y lo convirtió todo en lo que quiso. Pero ¿tal vez sería él un noble y erudito orador? Tampoco, como él mismo lo confiesa: *Y yo,*

¹⁰ S. JUAN CRISÓSTOMO, *Adv. judaeos, oratio 5*; PG 48,885.

¹¹ 2Cor 11,6.

¹² 1Cor 4,11.

¹³ He 18,3.

*cuando vine a vosotros para anunciaros el evangelio de Jesucristo, no vine con los discursos sublimes de una elocuencia y sabiduría humana; porque no he hecho profesión de saber otra cosa entre vosotros, sino a Jesucristo, y a Jesucristo crucificado. Y mi locución y predicación no consiste en limadas palabras de humana sabiduría*¹⁴.

Mas ¿por ventura la misma causa de la predicación era idónea para atraer a sí los oyentes? Oye también lo que pronuncia él mismo sobre esto: *Por cuanto los judíos piden milagros, y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a Cristo crucificado, que para los judíos es escándalo, y para los gentiles necesidad*¹⁵.

Pero, ¿quizá gozó él de seguridad y de una entera libertad? Al contrario, nunca respiró, ni estuvo exento de peligros: *Y yo, mientras estuve entre vosotros, estuve siempre en un estado de flaqueza, de temor y de temblor*¹⁶. Siendo él un predicador por una parte imperito, y por otra también pobre y sin nobleza, y lo que predicaba no solo no recomendable, sino al contrario sin valor; y los mismos oyentes, pobres, frágiles y absolutamente sin monta; y amenazando peligros tan frecuentes, tan varios, no solo a los maestros, sino también a los discípulos; y siendo crucificado el que proponía por objeto a la adoración, ¿no aparece clarísimamente que esta obra tan grande fue llevada a cabo con una cierta inefable divina virtud?¹⁷.

Hasta aquí el Crisóstomo, quien así como examina frecuentemente los adjuntos y circunstancias, es también un artífice prodigioso.

8. Por estos tres lugares, por los *antecedentes, concomitantes o consiguientes*, describe bellísimamente el obispo Osorio la miseria de la vida humana con estas palabras:

Cuán pesada y cuán amarga sea la condición de la vida humana, cuán llena de trabajos, nadie puede bastantemente declararlo ni referirlo. Porque, si comenzamos por el nacimiento de cada uno, y recorriendo con el discurso todas las partes de la vida llegamos finalmente a su paradero, ninguna hora veremos exenta de dolor, inmune de trabajo, o libre de temor; sino

¹⁴ 1Cor 2, 1-4.

¹⁵ 1Cor 1, 22-23.

¹⁶ 1Cor 2,3.

¹⁷ S. JUAN CRISÓSTOMO, *De laudibus Pauli, hom. 4*; PG 50,490-492.

toda su edad sujeta a infinitas dificultades y envuelta entre grandísimas ansias y zozobras.

Damos principio a la vida con el llanto, y atados todos los miembros, arrojados al suelo, barruntados con los lloros inmensos trabajos. Y siendo así que los otros animales nacen cubiertos y vestidos de ciertos resguardos que les dio la naturaleza, solo al hombre vemos desnudo y desprovisto de todo y miserablemente impedido, gimiendo en el principio de la vida, lamentándose ya de la miseria de su estado en el mismo instante de nacer. ¿Quién podrá explicar con palabras la fuerza y número de enfermedades que embisten al punto aquella tierna y débil naturaleza? ¿Qué cuidado en las amas que los crían? ¿Qué solicitud en los padres? ¿Y a qué riesgos no están expuestos los niños en aquellos primeros meses de su infancia?

Apenas crecen en la edad, empiezan a turbarse más y más con el miedo y la codicia. Todos los males, que antes sentían menos, se les agravan más cada día. Luego que llegan a la pubertad, se levanta en ellos un alboroto tempestuoso que fatiga a los míseros mortales y no les permite parar en ningún lugar. Porque de ahí empiezan a invadirles acerbos amores; y de ahí turbulentas discordias y riñas les trastornan su ánimo. Pues, ¿qué, cuando amarguísimos deleites, comprados con muchos dolores, enflaquecen todos sus miembros? ¿Qué, cuando un tropel de dolores derriban de un golpe a todo el hombre? ¿Qué después, cuando en la edad adulta el deseo de mandar inflama su ánimo? ¿Qué cuando la envidia le mata y le consume?

Añade, si te apetece, las pesadumbres de un matrimonio, las desgracias de la familia, las solicitudes de la vida y la confusión de los pleitos. Añade la dudosa fe de los amigos, las traiciones de los compañeros, los torbellinos y borrascas de las administraciones civiles. ¿Qué diré de los achaques y molestias de la edad avanzada y de la fealdad de un cuerpo consumido? ¿Qué de la horrorosa figura del mismo cadáver? ¿Hay acaso en el mundo cosa con más hedor, más espantosa a la vista o más contagiosa y pestilente? Así que en toda la brevedad de la vida gira por todos lados una inmensa multitud de males: a un trabajo sucede otro, un dolor se eslabona con otro dolor, y muchas veces a una aflicción y llanto se sigue otro mayor.

Por donde viene a concluirse que no hay en la tierra cosa más desdichada que el hombre¹⁸.

En este ejemplo se amplifica toda la materia, primeramente por las partes de la vida humana, delineadas por su orden; después por las miserias, que acompañan a cada una de ellas.

¹⁸ J. OSORIO, *De vera sapientia*, 1-4.

4

LA AMPLIFICACIÓN POR LAS CAUSAS, AFECTOS Y CIRCUNSTANCIAS

§ 1. POR LAS CAUSAS

1. San Basilio amplifica por las causas la grandeza de la pasión y dolor de los *cuarenta santos mártires*, poniendo puntualmente a la vista todas las causas que pudieron aumentar aquel dolor:

Habiendo visto el tirano la constancia de los mártires y su libertad en responder, se encendió todo en ira, y meditaba consigo qué máquina inventaría para labrarles una muerte a un tiempo larga y amarga. La halló en fin, y ved cuán penosa. Habiendo considerado el clima de la región, que era frigidísimo, y la estación del año, que era el invierno, y teniendo observada una noche en que se aumentaría muchísimo el frío, por el soplo del despiadado aquilón, mandó que puestos desnudos al sereno, muriesen helados en medio de la ciudad. Bien sabéis todos los que habéis probado el rigor del invierno cuán insufrible sea esta especie de tormento. No es posible darla claramente a conocer sino a los que la han experimentado. Porque un cuerpo expuesto al frío, primeramente se pone todo cárdeno, helándose la sangre. Después se calienta y comienza a hervir: rechinan los dientes, se encogen las fibras, y toda la mole del cuerpo involuntariamente se aprieta. Un agudo dolor y una indecible aflicción, que penetra hasta los tuétanos, causa en los que se hielan un

sentimiento intolerable. Se cortan las extremidades del mismo, cuando las partes extremas como que se queman con fuego. Porque el calor, ahuyentado de los extremos del cuerpo y retirándose a lo más hondo, deja muertas las partes de donde se ausenta; y entonces a aquellas en que se reconcentra las aflige con dolores, viniendo por la congelación a paso lento la muerte.

Entonces, pues, fueron condenados a pasar la noche al sereno, mientras que el estanque cercano a la ciudad en que los santos padecieron parecía una llanura donde corren caballos porque trasmudado en hielo y en fuerza de la frialdad convertido en continente y tierra firme, daba sobre su espalda paso seguro a los moradores. Los ríos, que perennemente fluyen, habían dejado de fluir; y las aguas, por su naturaleza blandas y líquidas, se habían puesto duras como una piedra. Los violentos soplos del cierzo quitaban la vida a todo viviente. A este tiempo, pues, luego que los santos oyeron la orden (ved aquí conmigo su invencible constancia) cada uno de ellos, habiéndose quitado hasta la camisa, caminaba con regocijo por el frío a la muerte, animándose recíprocamente como si fuesen a recoger los despojos de sus enemigos¹.

Hasta aquí san Basilio, que, explicando de esta manera todas las causas del dolor, exageró su grandeza y por consiguiente la constancia de los mártires.

§ 2. POR LOS AFECTOS

2. Con muchísima frecuencia amplificamos las cosas por las emociones, que alguna vez se cuentan entre los consiguientes o concomitantes, cuando ponemos a la vista toda su descendencia, digámoslo así, y su fecundidad. De este modo recomienda san Bernardo el estudio de la consideración a partir de los frutos que de ella nacen. Pues dice:

Primeramente, la consideración purifica la misma fuente de donde nace, que es el alma; después de esto, rige los afectos, endereza las obras, corrige las faltas, compone las costumbres, hermosea y ordena la vida y finalmente da al hombre conocimiento de las cosas divinas y humanas.

¹ S. BASILIO, *Homilia in quadraginta martyres*, 5; PG 31,514-515.

Esta es la que distingue las cosas confusas, recoge las derramadas, escudriña las secretas, busca las verdaderas, examina las verosímiles y explora las fingidas. Esta es la que ordena lo que se ha de hacer, y piensa en lo hecho, en la prosperidad presente la adversidad, y en esta se muestra casi insensible².

3. Nos servimos, pues, muchas veces de este lugar, traído de los afectos, por el cual vamos refiriendo las conveniencias o desconveniencias que se siguen, principalmente en los sermones persuasorios o disuasorios. Porque de ellos pretendemos probar que debemos abrazar la cosa de que tratamos si exhortamos, o evitarla si disuadimos.

§ 3. POR LAS CIRCUNSTANCIAS Y LUGARES COMUNES

4. Es amplificación completa la que procede de los lugares arriba dichos y juntamente de todas las circunstancias de las cosas y personas. Se halla un ejemplo de esto muy a propósito en santo Tomás³, quien con la enumeración de todas las partes, causas y circunstancias, prueba que el dolor de la Pasión del Señor fue el mayor de todos. Y en verdad este ejemplo es muy oportuno y declara todo cuanto hasta aquí hemos dicho. Pues por él queda de manifiesto que la amplificación es una especie de argumentación, con que el mismo santo Doctor prueba esta proposición, de que el dolor de la Pasión del Señor fue el mayor de todos. Así remito al lector estudioso a este ejemplo.

5. De la misma manera amplificamos la conversión del mundo hecha por los Apóstoles, tanto por los lugares que mencionamos antes como por las circunstancias de cosas y personas. Por la *persona* de los Apóstoles, porque eran un número pequeño, de bajo linaje, de lenguaje inculto, destituidos de armas, de dinero, de poder, de sabiduría mundana, y que confesaban *no saber más que a Cristo, y este crucificado*⁴. Por la *cosa*, porque predicaban lo que era áspero de obrar y mucho más difícil de creer, que un hombre crucificado entre ladrones era el sumo Dios, creador de todo, y las

² S. BERNARDO, *De consideratione*, I, 7; PL 182,737A-737B.

³ S. TOMÁS DE AQUINO, *Summa theologiae*, III, q. 46, a. 6.

⁴ Cf. 1Cor 2,1.

demás cosas que enseña nuestra fe de la Santísima Trinidad, Sagrada Eucaristía, y resurrección de la carne. Y en lo que mira a la razón de *premio*, apenas proponían recompensa alguna en esta vida, sino prisiones, azotes, destierros, confiscación de bienes, muertes y tormentos que habían de padecer por causa de la religión. Al contrario, crece la grandeza de la cosa por las *personas de los perseguidores*, porque eran reyes, emperadores, pueblos y naciones, y en fin, todos los hombres de todas las clases. Y ¿de qué manera? Con fiera crueldad, con odio inhumano, con increíble ímpetu de furor. Hasta los padres se ensañaban atrocísimamente contra sus hijos, y los maridos contra sus mujeres.

Pero, ¿con qué *artificios e instrumentos* combatían contra ellos? Lo explica san Cipriano:

A los inocentes justos amigos de Dios, privados de sus casas, tú quitas la hacienda, cargas de cadenas, encarcelas, castigas con cuchillo, bestias y llamas. Aplicas largos tormentos para despedazar los cuerpos, multiplicas un gran número de suplicios para destrozarse las entrañas. Ni puede saciarse tu fiereza y crueldad con los tormentos usados, sino que, ingeniosa, la crueldad inventa castigos nuevos⁵.

Pero veamos qué adelantó el mundo con todas esas máquinas y tormentos. Tan lejos estuvo de poder quebrantar la virtud de los santos apóstoles y mártires, que antes bien quedó a sus plantas rendido y preso; y asolados los templos de los falsos dioses, adoró la cruz de Cristo, comenzó a imitar su pobreza y paciencia, a no hacer caso por el amor de Cristo de todo el dinero y riquezas del mundo, a desechar los deleites de la carne y abrazarse con todos los tormentos. Por este ejemplo puede verse cuánto importa para amplificar cosas grandes examinar las diferentes circunstancias, ya de las *cosas*, ya de las *personas*.

6. De este modo exagera san Juan Crisóstomo la calamidad del patriarca Jacob por todas las circunstancias, diligentísimamente recopiladas, cuando los demás hijos le contaron la muerte desgraciada de su hijo José:

Habiendo ya crecido el hijo de su amantísima esposa, y confiando consolarse en la pérdida de la madre con la

⁵ S. CIPRIANO, *Contra Demetrianum*, 12; PL 4,572C-573A.

compañía del hijo, entonces le vienen los mayores desconuelos, pues los hermanos de José mostrándole al padre su camisa ensangrentada, afligieron su corazón con muchas penas. Porque no lloraba Jacob la muerte sola de su hijo, sino el mismo género de muerte, y realmente tenía muchos motivos para afligirse. El ser hijo de una mujer tan amada, mejor que todos los demás, el más querido, en la misma flor de la edad, enviado por él, el no haber muerto en casa, ni en la cama, ni en la presencia de su padre, y sin decirle ni oírle una palabra, el no haber sido su muerte como la de todos, sino despedazado vivo por la crueldad de las fieras, el no poder hallar sus reliquias para darles sepultura, y en fin, eran más sensibles estas amarguras sobreviniéndole en su extrema vejez y no en su juventud, cuando las hubiera podido sobrellevar mejor. En verdad, era un espectáculo lastimoso ver sus venerables canas afeadas con el polvo, desnudo su pecho, rasgada su túnica, y oír aquellos lamentos, que no admitían consuelo⁶.

Hasta aquí, el Crisóstomo, que es un admirable artífice en el manejo de todas las circunstancias.

7. Pero si alguno desea ver ejemplos muy propios y elegantes de esta amplificación, lea los libros segundo y tercero *De la providencia*, del mismo santo padre, en los cuales, para consolar a un monje estagirita obsesionado por el demonio, exagera con abundancia y elocuencia divina los trabajos y desastres de los santos patriarcas Noé, Abrahán, Jacob, Moisés y David, exponiendo y amplificando todas las circunstancias de *personas* y *cosas*. Mucho más que con las reglas del arte, podrá el predicador con estos ejemplos aprender la manera de amplificar, que sirve muchísimo para todo.

8. Lo dicho hasta aquí pertenece al arte de la invención, de donde se deben tomar los argumentos con que podemos amplificar lo que deseamos. A estas maneras de amplificar añadiremos otras que trae Quintiliano y parecen propias de este lugar.

⁶ S. J. CRISÓSTOMO, *Ad Stagirium a daemone vexatum*, II, 11; PG 47,465-466.

5

MODOS DE AMPLIFICAR, SEGÚN QUINTILIANO

1. La primera especie de amplificar o disminuir está en el mismo nombre de la cosa: como cuando llamamos *muerto* al herido, *ladrón* al que es perverso; y al contrario, decimos *apenas tocó* el que dio golpes, y que *ofendió* el que hirió¹.

Esta primera manera de amplificar parece que pertenece a la *hipérbole*, de que hablaremos en su lugar, la cual suele dar a las cosas nombres que exceden lo que comúnmente se entiende por ellos. Y esto es muy natural y usado por aquellos que intentan aumentar o disminuir alguna cosa, llevando el discurso más allá o más acá de lo que la cosa tiene en sí.

2. Este género crece y se hace más notorio si se juntan palabras más significativas o de mayor sentimiento, y se comparan con los mismos nombres en cuyo lugar hemos de ponerlas. Como dice Cicerón contra Verres: “No hemos traído a vuestro tribunal a un ladrón, sino a un salteador; no a un adúltero, sino a un extirpador de la honestidad; no a un sacrílego, sino a un enemigo de los sacrificios y religiones; no a un asesino, sino a un crudelísimo verdugo de los ciudadanos y de sus aliados”². Porque del primer modo se dice para que se tenga en gran importancia, y del segundo mucho más.

¹ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, 4, 1.

² CICERÓN, *In Verrem*, II, 1, 9.

3. Veo que la amplificación consta principalmente de cuatro géneros: *incremento*, *comparación*, *raciocinación* y *congerie*³. El *incremento* es muy poderoso cuando hasta las cosas más pequeñas parecen grandes. Esto sucede con un grado o con muchos, por los cuales se viene no solo a lo sumo, sino que en cierto modo se llega alguna vez más allá de lo sumo. Basta para todo esto un ejemplo de Cicerón: “Infamia es atar a un ciudadano romano; maldad azotarle; casi parricidio quitarle la vida. ¿Qué diré, pues, crucificarle?”⁴. Cosa tan maldita no tiene nombre digno con que llamarse. Porque si fuese solo azotado, había crecido un grado, suponiendo que es maldad también lo que es inferior. Y si tan solo fuese muerto, hubiera subido por muchos grados. Pero habiendo dicho que “matarle era parricidio” como si esto fuese nada, añadió: “¿qué diré crucificarle?”. Así que, habiendo llegado a lo sumo, era preciso que faltasen palabras para explicar lo que aún era más⁵.

4. De esta manera de amplificar podemos usar en los asuntos que contienen bajo sí muchas cosas grandes en el mismo género, como es el prodigioso beneficio de nuestra redención, superior a toda alabanza. Grande es aquello que también admira el profeta cuando dice: *¿Quién es el hombre, para que te acuerdes de él, o el hijo del hombre, que así le visitas?*⁶. Pero mayor es lo que dice Moisés que no se había oído desde la creación del mundo, que el hombre escuchase a Dios hablando a los hombres de en medio del fuego, e instruyéndole con celestial doctrina⁷. Pues si esto es tan grande y tan admirable, ¿qué será vestir el mismo Dios cuerpo mortal por la salud de los hombres? ¿Tratar con los hombres en la tierra y ser atado, herido y condenado por ellos? Pues, ¿qué el ser puesto en una cruz entre malhechores y facinerosos? Esta dignación tan grande de la divina bondad, ¿qué elocuencia podrá amplificarla dignamente?

Se hace también de otro modo el aumento sobre lo sumo, como el que usó Virgilio hablando de Lauso: “...más

³ Congeries: (Del lat. *congeries*). 1. f. Ret. Acumulación de palabras o frases cuyos significados guardan entre sí cierta relación de sinonimia; R.A.E.

⁴ CICERÓN, *In Verrem*, II, 5, 170.

⁵ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, 4, 2-5.

⁶ Sl 8,5.

⁷ Cf. Ex 3, 2-6.

hermoso que él, ninguno; / salvo el cuerpo únicamente / del gentil Turno Laurente”⁸. Porque sumamente hermoso es aquel a quien nadie aventaja en hermosura. Después a este se le añadió algo más.

5. Hay también un tercer modo, al cual no se va por grados, con expresiones como: que no hay más; lo muy grande; y que nada hay mayor. Por ejemplo: “mataste a tu madre. ¿Qué más puedo decir? ¡A tu misma madre mataste!”. Porque también este es un género de aumentar tanto una cosa, que no pueda crecer más.

6. Crece el discurso no tan claramente, aunque no sé si por esto mismo con más eficacia, cuando indistintamente en el contexto y curso se sigue algo mayor que lo primero, como dijo Cicerón del vómito de Antonio: “Tú por esa garganta, por esos costados, con esa robustez de cuerpo propia de un gladiador, bebiste en la boda de Hipías tanto vino, que te fue necesario vomitar el día siguiente a vista del pueblo romano. Si esto te hubiera acontecido sobre la mesa entre las copas, ¿quién no lo tendría por torpeza? Pues entonces, en medio del pueblo romano, tratando negocios públicos, un general de la caballería (en quien un eructo se ve mal) vomitando llenó su seno y todo el tribunal de indigestos violentos manjares”⁹. Cada una de estas cosas tiene aumento. Pues era cosa de por sí mal vista el vomitar en un congreso; en un congreso, aunque no fuese de un pueblo; de un pueblo, aunque no fuese el romano; aunque no tratase algún negocio; aunque este no fuese público; aunque no fuese un general de la caballería. Pero otro dividiría estas cosas y se detendría en cada grado; en cambio este aquí corre hacia arriba y llega a lo sumo en un vuelo.

7. Así como esta amplificación camina siempre a lo más alto, así la que se hace por *comparación* toma el incremento de cosas menores, ya que elevando lo que está debajo, por fuerza se levanta lo que está puesto encima¹⁰.

Se toma, pues, esta razón de amplificar de la comparación de cosas desiguales, que los dialécticos llaman argumentos traídos de lo menor o mayor; con la diferencia que, cuando son argumentos prueban algo, mas aquí, probando amplifican y muestran que la

⁸ VIRGILIO, *Eneida*, VII, 649-650.

⁹ M. T. CICERÓN, *Filípicas*, II, 25, 63.

¹⁰ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, 4, 6-9.

cosa es más grande. Quien usa de esta manera de amplificar, imita el arte y destreza de los pintores, los cuales, cuando quieren que algún color insigne resalte entre los demás, le ponen otro debajo que lo haga más vistoso. Así, el que habla de este modo se vale de ejemplos y símiles, para que la cosa que quiere hacer más excelente quede en el máximo de la comparación.

8. Se encuentran ejemplos de esto a cada paso en las Sagradas Escrituras. El Señor en Jeremías amplifica con el ejemplo de los recabitas la destemplanza y desobediencia de su pueblo¹¹. Y también por el mismo Jeremías amplifica con el ejemplo de los gentiles la perfidia del mismo pueblo con una proposición fuerte y figurada, diciendo:

*Pasad a las islas de Cetín y envid a Cedar, y considerad profundamente y ved si cosa semejante ha sucedido, si mudó esta nación sus dioses; (y en verdad, que ellos no son dioses), pero mi pueblo mudó su gloria en un ídolo. Pasmaos cielos sobre esto*¹²...

Del mismo modo declara el Señor la ceguedad e ingratitud de los judíos con el ejemplo de los ninivitas y de la reina de Saba, mayormente cuando añade la circunstancia de la persona: *He aquí a quien es más que Jonás. He aquí a quien es más que Salomón*¹³.

9. Se debe procurar, sin embargo, que en semejantes comparaciones examinemos con diligencia las circunstancias de una y otra parte que pueden elevar la cosa, pues no solo se comparan el todo con el todo, sino también las partes con las partes. Así Cicerón contra Catilina:

“¿Acaso Publio Escipión, varón nobilísimo, pontífice máximo, no mató, siendo un mero particular, a Tiberio Graco, que trastornaba un poco el estado de la república? Nosotros, pues, siendo cónsules, ¿toleraremos a Catilina, que a fuego y sangre desea acabar con todo el mundo?”¹⁴. Aquí se compara Catilina a Graco, el estado de la república al orbe de la tierra, una mediana mudanza a muertes, incendios y desolación, y un hombre particular a

¹¹ Cf. Jr 35, 12-17.

¹² Jr 52, 10-12.

¹³ Cf. Mt 12, 41-42.

¹⁴ M. T. CICERÓN, *In Catilinam*, I, I, 3.

los cónsules. Todo lo cual, si se quiere ampliarlo, hay lugares de sobra para tomar con qué hacerlo¹⁵.

10. Así san Cipriano amplifica este argumento traído de lo menor: «si castiga un dueño a un esclavo delincuente, ¿por qué Dios no ha de castigar al hombre pecador?», comparando las circunstancias, dice:

Tú exiges el servicio de tu esclavo y, siendo hombre obligas a otro hombre a que esté a tus órdenes y te obedezca. Y siendo en vosotros una misma la suerte al nacer, una misma la condición al morir, semejante la materia de vuestros cuerpos, común la naturaleza de vuestras almas, y viniendo a este mundo y saliendo de él con un mismo derecho y una misma ley; con todo eso, si no te sirven a medida de tu gusto, si no obedecen al imperio de tu voluntad, orgulloso y rígido exactor de la servidumbre, castigas con azotes, afliges y atormentas con hambre, sed, desnudez y no pocas veces con hierro y cárcel. ¿Y no reconoces a tu Dios y Señor cuando tú mismo ejercitas así el dominio?¹⁶.

11. De este mismo modo de amplificar solemos también usar, comparando las virtudes con las virtudes, y los vicios con los vicios, por todas las circunstancias. El mismo san Cipriano demuestra que es más grave el pecado de los *cismáticos* que el de los *lapsos* (los que sacrificaron a los ídolos) por medio de estas palabras:

Peor pecado es este, que el que parecen haber cometido los que cayeron en la idolatría, los cuales, sujetos al rigor de la penitencia pública, imploran la divina piedad con todo género de penosas satisfacciones. Aquí la Iglesia es buscada y rogada; allí es impugnada. Pudo aquí ser necesidad, allí es la voluntad la delincuente. Aquí el que cayó a sí solo se hizo mal; allí el que intentó introducir la herejía o cisma engañó a muchos, trayéndolos consigo. Aquí el daño es de un alma sola; allí el peligro es de muchísimos. Ciertamente éste reconoce que pecó, y gime y llora; aquél, ufano de su pecado y lisonjeándose en sus delitos, aparta los hijos de su madre, las ovejas de su pastor, y perturba los sacramentos de Dios. Y habiendo pecado una vez el que cayó en la idolatría, aquél peca cada día. Finalmente, el lapso que padeció martirio, puede

¹⁵ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, 4, 14.

¹⁶ S. CIPRIANO, *Contra Demetrianum*, 8; PL 4,568C-569A.

alcanzar las promesas del reino eterno; el cismático, si fuese muerto fuera de la iglesia, no puede llegar a conseguir los premios de la Iglesia¹⁷.

12. Hay también otro modo de amplificar, al cual Quintiliano puso el nombre de *raciocinio*, por cuanto esta amplificación, puesta en una parte, aprovecha para otra; y para que una cosa crezca, se aumenta la otra;

...y de ahí se va llevando la razón a lo que deseamos elevar. Al ir Cicerón para echarle en cara a Marco Antonio su vino y vómito: “Tú, con esas fauces, con esos costados, con esa robustez de un gladiador...”¹⁸. ¿A qué fin las *fauces* y *costados* para la borrachera? Hacen muy bien su papel, porque considerándolas podemos juzgar cuánto vino bebió él en la boda de Hipías, pues no pudo llevarle ni digerirle en medio de su gran robustez y corpulencia. Luego, si lo uno se sigue o se colige de lo otro, no es impropio ni desusado el nombre de *raciocinio*, en el cual se saca la amplificación de los consiguientes. Pues Cicerón infiere que fue tanta la fuerza y exceso del vino que el vómito no fue causal ni voluntario, sino necesario; y que Antonio no arrojó lo que poco antes había comido, como suele suceder alguna vez, sino los manjares que restaban indigestos del día antecedente.

13. Este mismo aumento se logra por la comparación con los antecedentes. Así, Virgilio, diciendo que Eolo, a ruegos de Juno, «corrió a un lado una montaña cóncava con la punta de su cetro, y que por la puerta que les abrió salieron en un horrísono escuadrón los vientos»¹⁹, hizo ver cuán grande sería la tormenta²⁰.

También pertenece aquí lo que hacemos

...cuando disminuimos adrede unas cosas de sí atrocísimas, y que nosotros hicimos extremadamente odiosas, para que parezcan peores las que se han de seguir. Como lo hizo Cicerón cuando decía: “Leves son en este reo estos delitos: que el capitán del navío de esta nobilísima ciudad redimió con dinero el miedo de las varas del lictor, es cosa de hombres; que otro dio dinero

¹⁷ S. CIPRIANO, *De unitate Ecclesiae*, 19; PL 4,514B-515A.

¹⁸ M. T. CICERÓN, *Filipicas*, II, 25, 63.

¹⁹ Cf. VIRGILIO, *Eneida*, I, 81-83.

²⁰ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, 4, 15-18.

para que no le quitasen la vida, es ordinario. Mas no quiere el pueblo romano que se acuse a Verres de crímenes ordinarios; nuevos los pide, los desea nunca oídos; no piensa que se hace aquí la causa a un pretor de Sicilia, sino a un crudelísimo tirano²¹⁻²².

En este lugar usó Cicerón del *raciocinio*, del cual los oyentes concluyesen cuán grande fue lo que se infería, pues comparado esto con aquello parecía una cosa humana y corriente. A esto algunos lo llaman *permisión* o *concesión*, cuando el que está hablando parece que sufre y permite alguna injusticia con el fin de que las cosas que después ha de decir, aparezcan más graves.

14. Así san Cipriano contra aquel enemigo de Cristo, Demetriano:

¿Es poco que vuestra vida esté mancillada con la diversidad de furiosos vicios, con la iniquidad de crímenes mortales, con el cúmulo de rapiñas sangrientas; es poco que la verdadera religión se destruya con falsas supersticiones: que aun además de esto estás afligiendo con injustas persecuciones a los que son siervos de Dios, dedicados a Su Majestad y Nombre? ¿No basta que tú mismo no reverencias a Dios, sino que además persigues con sacrílegas vejaciones a los que le honran²³.

Este modo consigue una manera semejante de aumentar que el incremento, de que hablamos arriba. Porque con el incremento abultamos las cosas que antecedieron, para que parezca mayor la que después queremos aumentar; mas aquí las cosas, que realmente son muy grandes, las hacemos pequeñas y las atenuamos para que en su comparación parezca mucho más grande lo que queremos amplificar.

Así también con lo uno se suele aumentar lo otro, como cuando el valor de Escipión se amplía por las alabanzas militares de Aníbal, y aplaudimos la fortaleza de los galos y germanos para que resplandezca más la gloria de Cayo César. También es un género de amplificación aquel que se hace por relación a una cosa que no parece dicha por esa causa²⁴.

²¹ M. T. CICERÓN, *In Verrem*, II, 5, 177.

²² M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, 4, 19.

²³ S. CIPRIANO, *Contra Demetrianum*, 12; PL 4,553A-B.

²⁴ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, 4, 20-21.

15. Tal es aquello:

“No tienen por indigno los príncipes troyanos que a causa de la hermosura de Elena los griegos y troyanos sufriesen tantos males por tan largo tiempo”²⁵. ¿Cuál, pues, debemos creer que sería su belleza? Pues no dice esto un Paris, que la robó, ni un joven u otro del vulgo, sino los viejos prudentísimos y los consejeros de Príamo. Aun el mismo rey, aniquilado con una guerra de diez años, después de tantos hijos perdidos, puesto en el mayor peligro, a quien debía serle odioso y abominable aquel rostro de donde había dimanado el origen de tantas lágrimas, oye estas cosas y, llamándole hija, y poniéndola a su lado, todavía la excusa y niega que ella sea la causa de tantos males.

16. Y aun por los instrumentos que usaron aquellos héroes, se nos da también a conocer su grandeza, perteneciendo a esto el escudo de Áyax y la lanza de Aquiles²⁶. De esta virtud usó hermosamente Virgilio en el Cíclope, pues, ¿qué concepto podré concebir de aquel cuerpo que “con su mano manejaba el tronco de un pino”²⁷. ¿Qué de Demóleo, que, sobrevestido de una “cota de multiplicadas mallas”, que apenas dos hombres *forcejeando llevarían a hombros*, iba “corriendo al alcance de los troyanos dispersos”²⁸⁻²⁹.

También de este modo, en el libro primero de los Reyes se demuestra lo agigantado del cuerpo y la fortaleza de Goliat por su lanza, *cuya asta era tan gruesa como en el enjullo o plegador de los tejedores*, y por su armadura, *que pesaba cinco mil siclos*³⁰. Y en el Deuteronomio la altitud del cuerpo del rey de Basán se manifiesta asimismo por la grandeza de *su cama de hierro, que tenía nueve codos de longitud y cuatro de latitud*³¹.

Esta amplificación de cuerpos y de fuerzas produce también otra amplificación, como la de David, que mató a Goliat; y la del

²⁵ HOMERO, *Iliada*, III, 156.

²⁶ HOMERO, *Iliada*, VII, 259; XVI, 240.

²⁷ VIRGILIO, *Eneida*, III, 659.

²⁸ VIRGILIO, *Eneida*, V, 264-265.

²⁹ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, 4, 21-25.

³⁰ Cf. 1Sam 17,7.

³¹ Cf. Dt 3,11.

pueblo de Israel o, por decirlo mejor, de la divina fortaleza, con que él sojuzgó a un tan poderoso rey.

Es parecido esto a lo que se llama *énfasis*, con la diferencia de que el *énfasis* consiste en la palabra, y la amplificación en la cosa. Y es tanto más eficaz cuanto la misma cosa es más firme que las palabras.

17. Puede asimismo atribuirse a la amplificación la *congerie* (acumulación) de palabras y sentencias de un mismo significado. Porque, si bien no suben por grados, se levantan con todo a manera de montón. Tal es aquello de Cicerón: “¿Qué hacía, oh Tuberón, aquella tu espada desnuda en la batalla de Farsalia? ¿Contra quién se dirigía su punta? ¿Qué significaban tus armas? ¿Cuál era tu intención, tus ojos, tus manos, el ardor de tu ánimo? ¿Qué deseabas? ¿Qué querías?”³². Esto es semejante a la figura que se llama *sinatroísmo*. Pero allí hay *congerie* de muchas cosas; aquí, multiplicación de una. Esta suele crecer también en todas las palabras, que se levantan más y más: “Estaba delante el alcalde, el ejecutor de la justicia, el alguacil Sextio, muerte y terror de los aliados y ciudadanos romanos”³³.

18. La razón de disminuir es casi la misma, porque los mismos escalones hay para subir que para bajar. Bien sé que a muchos puede parecer la *hipérbole* una especie de amplificación, porque también sirve para entrambas partes, pero, por cuanto excede los límites de la amplificación, se dejará para los *tropos*³⁴.

También viene al caso la *aseveración* para manifestar la fuerza y extensión de las cosas, cuando poniendo adverbios, nombres u otras partes, amplificamos en alabanza o vituperio: «la lectura de Séneca me gusta en extremo»; «es indecible cuánto te favorece el suegro»; «no puedo ponderar con palabras cuánto me deleita Cicerón».

Es también conocido y practicado aquel modo de amplificar con que aumentamos la especie, cotejándola con el género: aún cuando todas las artes liberales confieren gran ornato y beneficio al hombre, especialmente excede a todas la filosofía.

³² M. T. CICERÓN, *Pro Q. Ligario*, III, 9.

³³ M. T. CICERÓN, *In Verrem*, II, 5, 118.

³⁴ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, 4, 26-29.

19. Esto es lo que enseñan los retóricos sobre el modo de amplificar; cuyas reglas se aclaran más y se ilustran proponiendo ejemplos, los que debe observar el estudioso predicador leyendo los doctores sagrados y en primer lugar aquellos que fueron celebrados por su elocuencia, como son por lo común los griegos, para que tenga muchísima eficacia en esta parte, que es la principal en la predicación.

De esta regla llamada por Quintiliano *racionación*³⁵, con la cual diciendo una cosa tiende a explicar otra, se pueden encontrar en el libro de Ezequiel tres ejemplos muy apropiados. Pues él, queriendo amplificar la destrucción y ruina de Tiro, explica antes con un largo y magnífico texto en el capítulo 27 su gloria, sus inmensas riquezas y su famoso comercio³⁶.

De semejante manera en el capítulo 31, habiendo de profetizar la destrucción del reino de los asirios, primeramente pondera su gloria³⁷. Y con el mismo orden en el capítulo siguiente³⁸ amplifica la ruina de Egipto. De la misma suerte, y con palabras muy brillantes, exagera la ingratitud y maldades del pueblo de Israel, habiendo antes referido con mucha extensión los beneficios divinos. Porque así habla el Señor a su pueblo, figurado en una mujer, en el capítulo 16: *Pasando junto a ti, te vi postrada y ensangrentada, y te dije, estando cubierta con tu sangre: ¡Vive! Te hice crecer como la hierba del campo, y te aumentaste y engrandeciste*³⁹... También el profeta Natán denunció el adulterio de David, habiendo expuesto primero los beneficios divinos, que el Señor le hacía hecho⁴⁰, y de tales ejemplos están llenos los libros de los profetas.

³⁵ Cf. M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, 4, 15-18.

³⁶ Cf. Ez 27, 1-36.

³⁷ Cf. Ez 31, 2-18.

³⁸ Cf. Ez 32, 2-32.

³⁹ Ez 16, 6-7.

⁴⁰ Cf. 2Sam 12,1.

6

DESCRIPCIONES DE LAS COSAS

1. Tratando de la invención de los argumentos expusimos también las formas de las argumentaciones que parecían más pertenecientes a la elocución, para que las cosas que en la oración van juntas las tratara también el arte juntamente. Así también ahora, habiendo hablado de los lugares o fuentes de donde se saca el modo de amplificar, unimos a estos lugares las figuras, que sirven mucho a la amplificación y pertenecen más a la elocución, para que las cosas entre sí muy cercanas estén juntas y tenga el predicador a la vista lo que ha de decir y cómo lo debe decir, cuando quiera amplificar algo. Entre los adornos de la elocución que sirven a la amplificación se cuentan en primer lugar las *descripciones de las cosas* y de las personas, las cuales, aunque sirvan también para otros usos, muchas veces se colocan solo por hacerlo agradable. Con todo, la práctica frecuente de ellas consiste en amplificar y exagerar la cosa, porque la amplificación se ha inventado para conmover los afectos, y nada los conmueve más que el pintar una cosa con palabras de manera que no parezca tanto que se dice sino que se hace y se pone delante de los ojos, y es notorio que se mueven muchísimo todos los afectos poniendo a la vista la grandeza de la cosa. Esto se logra ciertamente con las descripciones de cosas o personas. De esto comenzamos ahora a tratar.

§ 1. DESCRIPCIÓN DE LA COSA

2. *Descripción* es no exponer sumaria y ligeramente lo que sucede o ha sucedido, sino por extenso y con todos sus colores, de modo que poniéndolo delante de los ojos del que lo oye o lo lee, como que se lo saca fuera de sí y se le lleva al teatro. Los griegos la llaman *hipotiposis* (ὑποτυπώσεις), porque representa la imagen de las cosas, aunque este vocablo se utiliza siempre que se pone algo a la vista. Este género consta principalmente de la explicación de las circunstancias, sobre todo de aquellas que mejor representan una cosa y hacen más llena la narración, que muestran los afectos, costumbres y genio de cada persona en particular. Sin embargo, se ayuda mucho de comparaciones, semejantes, desemejantes, imágenes, metáforas, alegorías, y de cualquier otra figura que ilustra un asunto, para lo cual aprovechan grandemente los epítetos. Y para expresar bien todo esto, contribuyen no solo el arte y el ingenio, sino también el haber visto por tus ojos lo que deseas manifestar, o haberte hallado presente; y más, si lo permite la naturaleza de la materia, haberlo probado y experimentado en ti mismo. Si alguno quisiese mostrar el temblor y tristeza de un hombre agonizante, solícito de su salvación y acongojado de la conciencia de sus culpas, sería de no poca importancia haber aprendido esto mismo en su propio peligro y experiencia.

3. De esta manera san Gregorio el Teólogo pinta en su *Apologético* la tranquilidad y la dicha de la vida contemplativa que él mismo había experimentado, con estos colores:

Nadie por cierto me parece más feliz que aquel hombre que, teniendo los sentidos corporales cerrados y oprimidos, puesto fuera de la carne y del mundo, recogido en sí mismo y sin tocar nada de las cosas humanas, salvo por fuerza de una gran necesidad, conversando consigo y con Dios, pasa una vida superior a todas las cosas visibles, y trayendo consigo especies divinas e imágenes puras, no mezcladas en forma alguna con las terrestres y vanas, es y se hace más y más cada día un purísimo espejo de Dios y de las cosas divinas, y juntando una luz a otra luz, a una más oscura otra más clara, disfruta ya los bienes del siglo venidero y conversa con los ángeles. Y aunque todavía vive en la tierra, deja la tierra y en el espíritu se traslada al cielo. Si alguno de vosotros se siente penetrado de este

amor, entiende lo que digo y experimentará fácilmente en sí el afecto que entonces tuve¹.

San Cipriano también amplifica con una descripción la liviandad de ciertas vírgenes con estas palabras:

Algunas no se avergüenzan de acompañar a las que se casan, mezclar palabras deshonestas entre aquella desvergonzada libertad, oír lo que no es decente y decir lo que no es lícito, observar y estar presentes a torpes conversaciones y convites temulentos en los cuales se enciende la yesca de la lujuria. Animan a la esposa a que se deje desflorar, y al esposo a que lo ejecute. ¿Qué lugar tiene en las bodas la que no quiere bodas? ¿Cómo puede estar alegre y gustosa en donde los deseos y pensamientos son tan diferentes de los suyos? ¿Qué se habla, qué se ve allí? ¿Cuánto se aparta de su propósito la virgen, ya que la que viniera honesta, se aleja deshonestamente? Por más que en el cuerpo y en el alma se quede virgen, con los ojos, oídos y lengua disminuye lo que tenía. ¿Qué diré de las que se van a los baños comunes? ¿Prostituyen a los ojos, lascivamente curiosos, unos cuerpos dedicados al recato y pudicia? Las que desnudas ven y son vistas torpemente de los hombres, ¿no los escandalizan? ¿No solicitan y provocan los deseos de los que las están mirando a gozarlas y corromperlas? Vea cada uno, dices, la intención con que allí viene, que yo solo me cuido de refrescar y lavar el cuerpo. No te justifica esta defensa, ni te excusa del pecado de lascivia y desvergüenza. Semejante lavatorio ensucia, no lava; no limpia los miembros, sino que los mancha. A nadie miras con torpe intención, pero eres mirada torpemente. No amancillas con torpe recreación tus ojos, pero mientras a los otros recreas, tú misma te amancillas. Haces del baño un espectáculo; y aun son más inmundos esos teatros a donde concurre. Allí toda la vergüenza se desnuda, se abandona con el vestido de la ropa el honor y recato del cuerpo, y la virginidad se descubre desnuda para ser mostrada y manoseada².

4. En san Gregorio Niseno tenemos un ejemplo muy apropiado para esta cuestión, cuando en la *homilía del nacimiento del*

¹ S. GREGORIO NACIANCENO, *Oratio II apologetica*; PG 35,410.

² S. CIPRIANO, *De habitu virginum*, 18-19; PL 4,457A-459A.

Señor describe abundantemente el crudelísimo estrago de los niños inocentes:

¿Por qué se publica aquel edicto tan horroroso? Para que los pobrecitos infantes sean degollados. Pero, ¿qué delito cometieron? ¿Qué motivo dieron para su muerte y suplicio? Un delito solo se les imputa, que es haber nacido y salido a luz. ¿Y esto era razón para llenar de sayones la ciudad? ¿Quién delinearé con palabras tantas calamidades? ¿Quién puede pintar al vivo cómo el verdugo, puesto junto al infante con la espada desnuda, le mira con fieros fulminantes ojos y arrojando por la boca espumas y furores, le agarra con la mano siniestra para traerle a sí mientras que la madre le estrecha más con sus brazos y, ofreciendo su propia cerviz a la punta de la espada, tuerce la cabeza para que sus ojos no vean degollar al hijo de sus entrañas? ¿Quién podrá manifestar los tiernos afectos de los padres, las exclamaciones, los gemidos, los postreros abrazos de sus hijos, y todo cuanto a un mismo tiempo estaba sucediendo? ¿Quién puede bastantemente lamentarse, teniendo a la vista tantos y tan lastimosos objetos, ya en los niños inocentes que al tomar el pecho reciben en sus entrañas una mortal herida, ya las afligidas madres que al poner el pecho en los labios del tierno infante ven su seno bañado con la sangre que el mismo derrama? Muchas veces el verdugo de un golpe de espada traspasa al hijo y a la madre, de modo que, mezclándose la sangre que sale de las heridas del hijo y de la madre, forman un sangriento río.

Fuera de esto, habiendo dado Herodes la inicua orden de que pasasen a cuchillo no solo a los niños recién nacidos, sino también a cuantos tuviesen menos de dos años, según refiere el evangelista³, sin duda sería doble la pena de aquellas madres que en el curso de dos años habían dado a luz dos hijos. Que espectáculo ver a dos verdugos ocupados contra una misma madre: uno que agarra al niño que anda a su derredor, y otro que arranca de su pecho al que está mamando. Cuán consternada se hallaría la infeliz madre, partido su corazón entre sus dos hijos, que abrasaban con igual fuego sus entrañas. Cuán perpleja y confusa, sin saber a cuál de los dos sayones ha de seguir, viendo que el uno por un lado y el otro por otro llevan al

³ Mt 2,16.

degüello a sus hijos. ¿Acudirá al recién nacido, que aún echa un confuso y mal distinguido lloro? Pero oye al otro, que ya habla y con balbuciente voz implora, lloroso, el socorro de la madre. ¿Qué hará? ¿A dónde irá? ¿A qué lado se volverá? ¿A qué voz de las dos retornará su clamor? ¿A cuál de los dos gemidos corresponderá con el suyo? ¿Qué muerte de estas dos llorará, siendo la de ambos para la pobre madre como una prensa, que la aprieta igualmente en lo más vivo de su corazón?⁴.

5. Podemos usar de descripciones más largas o más cortas según lo pidiere el caso. De las más largas se sirve san Juan Crisóstomo cuando pretende persuadir a Basilio de su indignidad para el ministerio episcopal, las cuales me pareció bien poner aquí porque contienen doctrina singular y demuestran clarísimamente la razón de su máxima energía. Queriéndose disculpar con Basilio de haber rehusado la dignidad episcopal, dice que la causa ha sido, por una parte la grandeza y dificultad de este oficio, y por otra su propia indignidad y flaqueza. Amplifica también después con increíble elocuencia el miedo y aflicción que le consumía luego que comenzó a tratarse este asunto, diciendo por estas palabras:

Desde ese mismo día en que tú me hiciste sospechar que se pensaba en darme el obispado, presentí que mi cuerpo casi se desunía del alma. Tan grande era el pavor, tanta la tristeza que ocupó mi ánimo. Porque, contemplando en mi interior, por una parte la gloria, la santidad, la belleza espiritual, la prudencia y asejo de la Esposa de Cristo, y considerando, por otra parte los vicios de mi alma, no podía contenerme de llorar con gemidos y con sollozos, por ella y por mí también. Sufrí entonces tan gran perturbación, que tú no imaginas, pensando que yo gozaba de una gran tranquilidad. Y así intentaré describirte ahora la consternación de mi ánimo, por si acaso de ahí te muevas a perdonarme y dejaras en fin de reprenderme. Mas, ¿cómo podré descubrirla? Porque si la quieres ver patentemente con tus ojos, no es posible de otra manera que descubriéndote y desnudándote primero mi corazón. Y pues esto es imposible, procuraré representarte por medio de una oscura imagen el humo de mi gran tristeza.

6. Finjamos que a una joven, hija de un rey, y rey tan grande, que domina toda la tierra que existe bajo el sol, la

⁴S. GREGORIO NISENO, *Homilia de nativitate Domini*, PG 46,1143-1146.

pide uno por esposa. Supongamos más, que se halla en ella una hermosura tan extraordinaria, maravillosa y sobrehumana, que aventaje con notorio exceso a cuantas mujeres hermosas haya habido jamás en el mundo. Además de esto, que sea tal la virtud de su alma, que deje muy atrás a todos los hombres, a cuantos hubo o haya de haber algún día; que sea otrosí tan excelente en la honestidad de las costumbres, que sobrepuje los términos que prescribe la filosofía. En fin, que sea tal, que la gracia de su rostro y la belleza de sus ojos oscurezca la universal gentileza de su cuerpo. Y añadamos, si te parece, que su amante no solo por las prendas que referimos anda en amor de la doncella, sino que, a más de esto, se siente por ella agitado de no sé qué delirio que excede sin duda a los más locos enamorados que jamás hubo en el mundo. A esta razón, pues, y mientras se abrasa así con este hechizo y delirio, llega a saber por otra parte que con aquella misma princesa, a quien tanto estima, había de casarse un no sé qué hombrecillo vil y bajo, de oscuro y sórdido linaje, de cuerpo mutilado y, en fin, el peor de todos los mortales. Por ventura, ¿no te hemos representado aquí una pequeña parte de nuestro dolor? ¿Piensas acaso que no te hemos satisfecho con esta imagen que acabamos de pintar? Realmente yo así lo creo, por lo que mira a retratar la tristeza de mi corazón, por cuyo solo motivo hemos hecho esta pintura.

7. Sin embargo, para ponerte más a la vista el tamaño de mi miedo y horror, segunda vez me paso a otra hipótesis y descripción. Pon delante de los ojos un ejército compuesto de soldados de infantería, de caballería, de marina, y que cubra el mar la muchedumbre de las galeras. Además de esto, que de una y otra parte cubran las campiñas y las cumbres de los montes regimientos de infantes y de jinetes; asimismo que el metal de las armas, puesto contra el sol, resplandezca y que sus rayos reverberen en los yelmos y escudos; el estruendo de las lanzas y relincho de los caballos que lleguen hasta el cielo; ni se vea mar, ni tierra, sino por todas partes cobre, por todas hierro. Estén también prevenidos y armados contra estos unos feroces y terribles varones. Vaya llegando ya la hora del combate. Después tome de repente alguno a un mozo, criado en el campo, que no entienda de otra cosa que de su zampoña pastoril y de su cayado, y luego de vestirlo con la armadura, que le lleve en torno de aquel

ejército, mostrándole los escuadrones con sus cabos, los arqueros, honderos, centuriones, capitanes, coraceros, jinetes y darderos; las galeras, sus capitanes, y en ellas amontonados los soldados, y un sinnúmero de máquinas navales. Que le enseñe asimismo todo el ejército enemigo, algo horroroso y terrible de ver, con armas muy diferentes de las de los otros, su multitud inmensa, y que vea las cimas de las montañas, los altos precipicios y sus asperezas. Muéstrelle también a los adversarios, montados en caballos voladores, como por cierto encantamiento, y andar por el aire armados cubiertos de hierro, y cómo es la fuerza y forma de su acatamiento. Que le cuente después las calamidades de la guerra, la violencia de los tiros y dardos que caen como la nieve, aquella gran lóbreguez y tinieblas, negrísima noche ocasionada de la infinita muchedumbre de las saetas, que tapan los rayos del sol con su espesura, el polvo nada inferior a una densa nube, que ciega los ojos de todos; los arroyos de sangre, los gemidos de los que caen, los clamores de los que quedan en pie, los montones de hombres tendidos en el suelo, las ruedas teñidas de sangre, los caballos que, tropezando en los cadáveres, caen de hocicos con sus jinetes, la tierra toda que contiene fufosamente todas estas cosas: sangre, arcos, saetas, pezuñas de caballos, cabezas de hombres mezcladas con ellas, brazos, cuellos, piernas y pechos atravesados, sesos traspasados con espadas, y hasta los ojos de los hombres ensartados en las puntas rotas de los dardos.

8. (Otra descripción de un combate naval): Que le refiera asimismo los males y desastres de una armada naval. Unas galeras que se están abrasando en medio de las aguas; otras que se van a pique con toda la gente armada; el ruido espantoso de las olas, el tumulto de la tripulación, el clamor de los soldados, la espuma que, mezclada con sangre, va entrando a un tiempo en todas las naves, unos cadáveres que están tendidos sobre los mismos bancos de las naves, otros que se van a fondo, otros que van nadando, otros que la fuerza del tempestuoso mar los arroja a la costa, otros que envueltos entre las mismas olas, cierran el paso a las naves. En fin, cuando puntualmente le hubiere mostrado todas las tragedias de la guerra, que le agregue también las calamidades del cautiverio y la esclavitud, más dura que la misma muerte. Y después de todo esto, que lo mande

montar inmediatamente a caballo y ser el caudillo de aquel ejército.

Juzga tú ahora: ¿aquel muchacho podría tenerse en pie al oír la sencilla narración de estos sucesos, o más bien, se desmayaría al momento a la primera vista de todo esto?

Así pues, no imagines que encarezca mucho este asunto, y ya que encerrados en este cuerpo como en una cárcel, nada de las cosas invisibles podemos ver, no consideres que sean grandes las cosas que dejo referidas. Verdaderamente, si te fuera concedido mirar con tus mismos ojos aquel oscurísimo ejército del demonio y su furioso combate, verías sin duda una cosa mucho más grande y más horrible. Porque no hemos de pensar que hay allí cobre, o hierro, caballos, carros, ruedas, fuego, ni dardos, como los que vemos; una sola mirada de aquella execrable tropa es tan horrenda, que basta para separar el alma del mismo cuerpo, si esta no fuera muy valerosa, y aun antes de ayudarse de sus fuerzas, no sintiere en sí el socorro de la clemencia divina. Y en verdad, si fuera posible que, desnudándonos de este cuerpo, o también que junto con él, mirásemos con nuestros propios ojos clara e intrépidamente todo el ejército del demonio y a la guerra que tiene declarada contra nosotros, verías sin duda no arroyos de sangre, o cuerpos muertos, sino tantas almas caídas y tan graves heridas que toda aquella pintura que hice de la guerra podría parecerte más bien una diversión y un juguete de niños que una guerra. Porque, fuera de que son muchísimos los que salen cada día heridos en esta guerra, sus heridas causan otro más cruel género de muerte. Porque cuanto va del alma al cuerpo, tanto va de una a otra muerte. Y cuantas veces el alma recibe una herida y cae, yace aquí postrada y atormentada con los remordimientos de su mala conciencia; mas después que, separada del cuerpo, salió de este mundo, va condenada a un eterno suplicio. Y si por desgracia hubiere alguno que no sienta las heridas del diablo, su enfermedad se aumenta con su propia indolencia. Porque aquel a quien una herida ni duele, ni entristece, fácilmente recibirá otra, y después de esta, una tercera, siendo cierto que aquel maldito cuantas veces encuentra al alma descuidada e insensible a las primeras heridas, no para de herir hasta el postrer aliento.

Después de esto, si quieres considerar la manera del combate, hallarás que es muy diferente del otro y mucho

más formidable. Porque nadie hay que conozca tantas maneras de fraudes, artificios y engaños como aquel malvado enemigo. En esta parte tiene él mayor fuerza y poder, y nadie puede tener tanto y tan implacable odio contra sus mayores enemigos como el odio que tiene él contra la naturaleza humana. Si además de esto examina alguno la gran crueldad con que él combate, sería un despropósito compararle con los hombres. Si escogieres las más bravas y sañudas fieras, cotejándolas con el furor y locura de este, en su comparación las hallarías en verdad mansísimas y humanísimas. Tan rabioso es el furor que este maligno vomita contra nuestras almas.

Añade que suele durar poco entre los hombres el tiempo de la pelea, y que en esta corta duración median algunos intervalos. Porque el mismo orden natural dispone que la noche sobrevenga al mismo trabajo de la batalla, el tiempo de la comida y otras cosas a este tenor dejan de tal suerte respirar al soldado, que pueda arrimar las armas, desahogarse algún tanto, tomar alimento y con otras muchas cosas recobrar las primeras fuerzas. Pero a quien combate con el demonio nunca se le permite dejar las armas, tomar el sueño, especialmente si pretende salir ileso de la batalla. De donde necesariamente se sigue una de dos: o que caiga y perezca desarmado, o que vele continuamente con las armas en la mano. Porque él con su tropa está continuamente observando nuestros descuidos, más atento y aplicado a procurarnos la muerte que lo estamos nosotros mismos a defender nuestra vida. Finalmente, para que acabemos de una vez, como nosotros no vemos en manera alguna al enemigo y como de repente y de improviso nos embiste, lo que suele causar infinitos males a los que no están perennemente de centinela, hace ciertamente que con mayor dificultad y trabajo puedas salir bien de esta guerra que lo que podrías de aquella. ¿En este campo, pues, quisiste tú que yo fuese capitán de los soldados de Cristo? Cómo puede ser eso, pues quien debe poner en orden a los demás e instruirlos en el manejo y ejercicio de las armas, es cabalmente el más cobarde y el menos disciplinado de todos, se ha de seguir de ahí necesariamente que sea traidor a los que están fiados a su conducta y haga más de capitán del diablo que de Cristo⁵.

⁵ S. J. CRISÓSTOMO, *De sacerdotio*, VI, 12-13; PG 48,687-692.

Hasta aquí, el Crisóstomo. Quise colocar aquí sus palabras como modelo, ya que como dejamos dicho, no solo ejemplifican de modo clarísimo la manera de describir, sino que además contienen una doctrina excepcional.

En este ejemplo se ha de considerar también la razón de amplificar que vimos en Quintiliano, por medio de la cual con un ejemplo desigual traído de mayor o menor, examinamos todas las circunstancias para comprobar que es mucho mayor aquello de que tratamos. De este modo, san Juan Crisóstomo haciendo un paralelo en este lugar, demuestra notoriamente cuánto más temibles sean los escuadrones de los demonios que cualquier ejército bien armado.

9. Advertimos asimismo en este lugar que los razonamientos de las personas y aquel género de semejanza que llaman los retóricos *imagen simil*, de que hablaremos en sus lugares, dan muchísima luz a estas descripciones de cosas. Esto se ve muy claro en la siguiente descripción de san Gregorio el Teólogo utilizada para amplificar la constancia de la madre de los siete Macabeos. Dice de esta manera:

La insigne madre estaba sorprendida a un tiempo de gozo y de aflicción, colocada en medio de estos dos afectos. Porque así como se deleitaba sumamente en la fortaleza de sus hijos y a la vista de sus combates, así por el contrario se hallaba sobresaltada de temor, considerando el incierto fin de la pelea y la magnitud increíble de los tormentos. Por eso, al modo que una avecilla vuela en torno a sus polluelos cuando los agarra una culebra u otra bestia traidora, así ella, dando vueltas alrededor de sus hijos, gemía, rogaba y alentaba a los combatientes. Finalmente, nada dejaba de decir ni de hacer para volverlos más prontos y aparejados a la victoria. Recogía las gotas de sangre, tomaba los pedazos de sus miembros, adoraba sus reliquias; a este le detenía, a aquel le entregaba, al otro lo disponía, y a todos clamaba: ea, hijos míos, ea, soldados valerosos, y en cuerpo mortal casi incorpóreos; ea, príncipes de la Ley y patronos de mi canosa vejez y de la ciudad en que os criasteis y que os elevó a tan gran virtud; tened buen ánimo; de aquí a poco ya habremos triunfado, de aquí a poco yo seré la más feliz

entre las mujeres; y vosotros, entre los jóvenes, los más felices⁶.

Hasta aquí, el Teólogo. Y este género de semejanza es el más importante para describir una cosa.

10. También otros géneros de ejemplos y semejanza, que se toman de lo igual, mayor o menor, semejante, desemejante, o de su contrario, sirven muchísimo para amplificar las cosas, como ya expusimos en su lugar con Quintiliano. De este género podrá el prudente lector advertir principalmente dos cosas en san Juan Crisóstomo, que en esta parte es excelentísimo. La primera es que en los ejemplos desiguales, traídos de mayor o menor, desenvuelve puntualmente y amplifica las circunstancias de las personas que contienen la razón de la desigualdad. Y no contento de haber comparado una cosa muy grande con otra igual, procura también que la que quiere exagerar aparezca todavía mucho mayor. De esta manera, en el sermón en que reprende a los que mantenían en su casa hermanas adoptivas, para demostrar el peligro de ellos trae el ejemplo del santo Job, que recataba sus ojos para no ver a las doncellas; y el del apóstol san Pablo, que castigaba su cuerpo y le esclavizaba por temor de hacerse réprobo.

11. Dice, pues, así:

Aquel santo Job, que se había encumbrado sobre toda virtud y libre de todas las redes del demonio, y el primero y el único que manifestó tanto valor que, excediendo con su continencia a todo hierro y diamante, enflaqueció el poder del diablo, temió tal combate y tuvo por imposible habitar con una virgen sin contaminarse, que no solo se mantuvo lejos de esta cohabitación, sino que se privó absolutamente de ver y de encontrar a alguna, imponiéndose la ley de no mirar a ninguna; porque sabía claramente que era difícil, y acaso imposible, no solo al que cohabita, sino también al que mira con curiosidad el rostro de una doncella, evitar el daño que de ahí nace. Por cuyo motivo decía: *En virgen, ni aun he de pensar*⁷. Pero si Job os parece pequeño para el certamen, aunque realmente ni de su estiércol somos dignos, si piensas que este ejemplo es inferior a tu magnanimidad, considera a aquel clamorósísimo pregonero de la verdad que dio la

⁶ S. GREGORIO NACIANCENO, *Homilia de septem machabaeis*; PG 35,926.

⁷ Cf. Job 31,1.

vuelta al mundo y pudo decir aquellas palabras de gran sabiduría: *Que ya no es él el que vive, sino Cristo en él; y que estaba crucificado para el mundo, y el mundo para él*⁸, *y que cada día se moría*⁹. Este incomparable varón con tanta gracia de espíritu y después de tantas suertes de combates, después de tan innumerables peligros, después de un tan grande y diligente estudio de la sabiduría, nos declara y enseña que mientras respiremos y estemos cercados de esta carne, nos importa pelear siempre y trabajar, y que jamás con el ocio se adquiere la templanza, sino que es preciso sudar y afanarse. Y para lograr este trofeo decía: *Mortifico mi cuerpo y le sujeto al espíritu, no sea que predicando a los demás, yo sea reprobado*¹⁰. Esto decía para declarar la rebeldía de la carne, la rabia de la lujuria, la batalla continua y la vida puesta siempre en un conflicto¹¹.

12. En estos ejemplos se ve claro con cuánto cuidado desarrolló y amplificó san Juan Crisóstomo las circunstancias de las personas, de Job y Pablo, para que se comprenda con facilidad en qué gran riesgo se verían los que estuviesen muy distantes de aquella firmeza y perfección de ánimo.

De la observación sobredicha hay en el mismo sermón clarísimos ejemplos, los cuales dejo a la lectura del estudioso predicador por no alargarme en cosa tan manifiesta. Este sermón contra los que albergan hermanas adoptivas en su casa, es ciertamente muy digno de que le lean todos porque además de estar lleno de gran celo de la gloria de Dios, es una pieza elocuentísima. Igualmente sirve de ejemplo de esta observación, la semejanza que poco antes trajimos de la batalla naval, tomada del mismo autor, en la cual este varón divino, después del paralelo de entrambas milicias, expone cuánto más atroz y temible sea el combate y peligro de la milicia espiritual.

⁸ Cf. Ga 2,14.

⁹ Cf. 1Cor 15,31.

¹⁰ 1Cor 9,27.

¹¹ S. J. CRISÓSTOMO, *In eos qui virgines subintroductae habent*, 4-5; PG 47,501.

7

DESCRIPCIONES DE PERSONAS

1. Después de las descripciones de las cosas, sigue la *descripción de las personas*, la cual es de diferentes especies. Y aunque no todas pertenezcan a la manera de amplificar, de que ahora tratamos, el método de enseñar pide que declaremos también ahora la de las personas, pues hemos declarado las descripciones de las cosas.

La primera especie de ellas es cuando con pocas palabras pintamos el ingenio de la persona, sus costumbres y demás circunstancias que, como hemos mencionado anteriormente, se atribuyen a las personas, sea para alabarlas o para vituperarlas, al modo que Salustio describe las personas de Catilina, de César y de Catón. Y en las Sagradas Escrituras se describe brevemente la vida del santísimo Job, de Tobías y de Judith en el Antiguo Testamento; y la vida y costumbres de Simeón y de Ana en el Nuevo Testamento. Aunque semejante género de descripción suele usarse más para enseñar que para amplificar.

2. Hay otra cosa más acorde a nuestro propósito, que es la que llaman *notación*, que tiene su uso cuantas veces pintamos a un enamorado, a un lascivo, a un avaro, a un glotón, a un borracho, a un dormilón, o a un charlatán jactancioso, fanfarrón, envidioso o calumniador. Es admirable en este género de descripción Juan Casiano, el cual, en los libros que compuso *Sobre los remedios de los ocho vicios capitales*, pinta con muchísima propiedad el genio, costumbres, hechos y dichos de los que están manchados con ellos.

3. Semejantes notaciones, notas o descripciones del carácter de las personas parece que se toman de los concomitantes, consiguientes y efectos y del lugar, que los dialécticos llaman *a communiter accidentibus*. Para enseñanza traeré aquí solamente dos ejemplos, remitiendo al predicador estudioso a aquellos libros, donde podrá ver los demás. Describe Casiano en el libro X de la acidia al que padece este mal, que algunos ancianos llamaban *demonio meridiano*:

Habiendo este demonio sitiado la miserable alma, engendra en ella horror del lugar, tedio de la celda, aversión y menosprecio de sus hermanos, así de los que viven con él como de los que habitan lejos, teniéndolos a todos o por negligentes o por poco devotos. Lo hace también haragán y perezoso para todo trabajo de puertas adentro de su celda. No le deja reposar en ella, ni ocuparse en la *lectio*; gime a menudo de que nada le sirve al cabo de tanto tiempo de aprovechamiento espiritual, y le parece que, pudiendo gobernar a otros y aprovechar a muchos, a nadie ha edificado, ni ganado a alguno con su enseñanza y doctrina. Alaba los monasterios que están muy distantes. Describe también aquellos lugares más útiles al aprovechamiento y más convenientes a la salud. Pinta asimismo la suave compañía de aquellos monjes y su santa conversación.

Al contrario, todo cuanto ve allí le parece que es áspero y no solo no le son de edificación los hermanos que moran en aquel lugar, sino que aun la misma comida le cuesta demasiado trabajo. En fin, piensa que no puede salvarse si permanece en aquel lugar y no abandona la celda, en que ha de perecer si se detiene más en ella y no procura irse cuanto antes a otra parte. Fuera de esto, a la hora quinta y sexta, siente tanta debilidad en su cuerpo y tanta hambre, que se imagina quebrantado, como si hubiera hecho una gran jornada y tenido un trabajo pesadísimo, o como si hubiera estado dos o tres días sin comer. Además, acongojado, mira acá y allá, y suspira porque no se le acerca ningún hermano; sale y entra muchas veces en su celda, y mira a menudo el sol, como que tarda en ponerse. Y de esta manera en una desatinada confusión del ánimo se llena de una negra sombra y se vuelve pesado e inútil para todo ejercicio espiritual, de suerte que con ninguna otra cosa piensa poder hallar remedio a tanta batería que con la visita de algún monje o con el único alivio del

sueño. De donde el mal le sugiere que haga las honestas y necesarias salutations a sus hermanos y visitas a los enfermos que están lejos. Le dicta también algunos piadosos y religiosos oficios, como que debe buscar a sus padres, y que debe darse prisa para saludarlos con frecuencia; que es grande obra de caridad visitar a menudo a aquella mujer religiosa y dedicada a Dios, mayormente cuando se halla destituida del socorro de sus padres, y que es mucho más santo y más conveniente ayudarla y ejercitarse en estas obras de piedad, que residir en la celdilla sin fruto ni provecho alguno¹.

4. El mismo Casiano describe también en el libro XII las costumbres y genio de un monje soberbio, en esta forma:

Cualquiera que estuviere dominado del mal de la soberbia, no solo se desdeña de guardar la regla de sujeción y obediencia, sino que ni quiere dar oídos a la recta doctrina de la mayor perfección. Y cunde tanto en su corazón el hastío de la palabra espiritual, que si por suerte se entablare tal conversación, no puede tener su vista fija en un lugar, sino que como un atolondrado la lleva ya a una ya a otra parte, y torciéndola la pone en donde no corresponde. En vez de saludables suspiros, arroja salivas de su garganta seca, gargajeando y escupiendo sin cesar. Juegan los dedos, y se menean como los de un escribiente. Y de este modo todos los miembros del cuerpo se mueven de acá para allá, de manera que, mientras dura la conferencia espiritual, le parece estar sentado sobre un borbollón de gusanos, o sobre agudísimos palos; y cuanto en aquella sencilla conferencia se dijere para edificación de los oyentes, él estima que se dijo para su reprehensión. Y ocupado en sus sospechas todo el tiempo que se emplea en el examen de la vida espiritual, no solo no toma de ahí lo que conviene a su aprovechamiento como debiera, sino que procura con cuidadoso desvelo averiguar las causas por qué cada cosa se dijo, y conjetura dentro de su corazón lo que puede oponer a ellas.

Detrás de esto una voz desentonada, unas palabras severas, una respuesta amarga y turbulenta, un andar engreído y liviano, la lengua ligera y mordaz, nunca amiga del silencio, sino cuando él concibe en su pecho cierto rencor contra su hermano. Así su silencio, lejos de

¹ J. CASIANO, *De coenobiorum institutis*, lib. X, 2; PL 49,365A-368A.

provenir de compunción o humildad, es indicio manifiesto de indignación y soberbia, no siendo fácil discernir qué sea en él más detestable, si aquella excesiva y descocada alegría, o esta cruel y venenosa fiereza. Porque en aquella se halla un lenguaje inoportuno, una ligera y fatua risa y un desenfrenado y mal disciplinado orgullo; mas en esta, un silencio lleno de ira y de ponzoña, y que solo se guarda para que el rencor contra el hermano encubierto con la taciturnidad pueda durar más tiempo, y no por ejercitar con esto la virtud de la humildad y de la paciencia. Y como este mismo, hinchado de orgullo, ocasiona fácilmente disgustos a todos y se desdeña de humillarse a sí mismo para dar satisfacción a su hermano ofendido, de la misma manera rehúsa y menosprecia la que el otro le ofrece².

Hasta aquí Casiano, que pintó al vivo y con sus propios colores el genio y costumbres de un monje perezoso y soberbio.

5. San Bernardo describe las costumbres de los murmuradores que, con un color fingido de vergüenza, pretenden encubrir la malicia reconcentrada que ellos mismos no pueden reprimir:

Verás que un murmurador va echando grandes suspiros, y con un cierto modo de gravedad y circunspección, con el semblante modesto, cejas caídas y voz lastimera echa luego la maledicencia, con tan grande persuasión que los que lo escuchan creen que lo dice contra su voluntad y que las profiere compadecido y no maliciosamente. “Me duelo, dice, en el alma, porque le estimo, como sabéis, y como jamás pude corregirle de esto, en otra ocasión me lo había dado a conocer, pero por mí nunca se hubiera sabido, por otro se ha descubierto. No puedo negar la verdad, lo digo con dolor; más ello es así. Realmente él es excelente en muchas cosas, pero en este particular, si hemos de decir verdad, no tiene la menor excusa”³.

6. San Jerónimo en una de sus cartas describe con esta misma figura la humildad fingida, diciendo:

Huyendo la humildad fingida, sigue la que es verdadera, la que enseñó Cristo, y en la cual no está embebida la soberbia. Porque muchos siguen la sombra de esta virtud,

²J. CASIANO, *De coenobiorum institutis*, lib. XII, 1; PL 49,468B-469D.

³S. BERNARDO, *In Cant.*, sermo 24,4; PL 183,896B-896C.

pero pocos siguen la verdad. Es cosa fácil vestir uno pobremente, saludar con sumisión, besar las manos y las rodillas, inclinando hacia el suelo la cabeza y bajando los ojos mostrar humildad y mansedumbre, interrumpir las pláticas con blanda y remisa voz, suspirar a menudo y clamar a cada palabra ser un pecador y un hombre miserable. Pero si fuere despreciado con una palabrita nomás, lo verás al instante levantar las cejas, erguir la cerviz y mudar repentinamente aquel suave son de palabras en un furioso clamoreo⁴.

Con estos ejemplos será fácil entender qué es lo que requiere esta figura de la oración.

⁴S. JERÓNIMO, *Epíst.* 148 (*ad Celantiam*); PL 22,1214.

8

EL RAZONAMIENTO FINGIDO

1. Hay también una figura que se llama *sermocinatio*, esto es, *razonamiento fingido*, que se cuenta entre las descripciones de personas. Y no sé si hay algo que pertenezca más al oficio del predicador que esta, para el modo de amplificar y también para otros fines. Este es el motivo de que quiera explicar con mayor diligencia su razón y naturaleza, y traer algunos ejemplos para ilustrarla. Veamos primero la definición y ejemplos de Cornificio:

Razonamiento fingido es cuando se atribuye el discurso a alguna persona y teniendo en cuenta su dignidad, se exponen sus palabras de esta forma: estando llena de soldados la ciudad, y encerrados todos en casa y amedrentados, llega uno con el uniforme de soldado, la espada ceñida y empuñando un dardo. Le siguen cinco mozos con el mismo traje militar. Entra de repente en la casa; después, en voz alta: “¿Dónde está, el dichoso dueño de esta casa? ¿Cómo es que no se presenta? ¿Qué están callando?”. Aquí, todos aturdidos de temor, emudecieron. La mujer de aquel infelicitísimo se echa a los pies de este con muchas lágrimas: “perdona, y por aquellas cosas que más dulces te son en esta vida, apiádate de nosotros. No quieras extinguir a los extinguidos. Lleva moderadamente tu fortuna; nosotros también fuimos felices; conoce que eres hombre”. Pero él; “¿Por qué no me lo entregáis? Y vosotros, ¿por qué no dejáis de llorar a mis oídos? No se escapará”.

Entre tanto se da aviso al dueño del arribo del soldado, y de que a grandes gritos le amenaza con la muerte. Así

advertido el dueño de todo lo que pasa: “Oye, Gorgia (nana de los niños), escóndelos, defiéndelos y haz que lleguen sin daño a la adolescencia”. Apenas había dicho esto, cuando he aquí el soldado que le dice: “¿Te sientas, atrevido? ¿Mi voz no te ha quitado la vida? Satisface mi odio, y harta mi indignación con tu sangre”. Aquel, con espíritu grande dice: “Temía quedar vencido, mas ahora veo que no quieres rivalizar conmigo en juicio, donde ser vencido es cosa torpísima, y el vencer, gloriosísima. Me quieres matar; me matarás ciertamente, pero no pereceré vencido”. A lo que el soldado replica: “¿En el postrer trance de tu vida aun hablas sentenciosamente, y no quieres suplicar al que ves dominar?”. Entonces la mujer: “Sí, por cierto señor, este ruega y suplica, y yo te pido que te compadezcas; y tú, esposo mío, por los dioses inmortales, abrázale. Él es el dueño, aquí te ha vencido, vence tú ahora tu ánimo”. “¿Por qué, responde, por qué no callas mujer? No digas lo que es indigno de mí, y cuida lo que debes cuidar. ¿Acaso piensas que la muerte me ha de quitar la vida, y a ti toda la esperanza de vivir bien?”. Con esto apartó de sí a su mujer llorosa, y cuando iba a decir no sé qué, digno sin duda de su virtud, le atravesó el otro con la espada¹.

Entiendo que en este ejemplo se ponen en boca de cada uno las palabras acomodadas a su decoro y dignidad, que es lo que más conviene observar en este género.

2. Hay también algunos razonamientos que pueden llamarse consiguientes, como si refiriendo un suceso a vuestros oyentes les preguntáis: «según vuestro juicio en este caso, ¿cómo os parece que hablarían aquellos? ¿Acaso no hablarían así?», y luego ponéis el razonamiento.

3. Es frecuente esta figura en el libro de la Sabiduría. Lee el segundo capítulo de ese libro, en donde se halla un largo razonamiento de los hombres malvados que incitan al lujo y a la impiedad en estos términos:

Corto y fastidioso es el tiempo de nuestra vida, y no hay refrigerio en la postrimería del hombre, ni hay memoria de que nadie haya vuelto de los abismos, porque fuimos creados de la nada, y después de este mundo vendremos a ser como si no hubiésemos sido. Venid,

¹ CORNIFICIO, *Rhetorica ad Herennium*, IV, LII, 65.

pues, gocemos de los bienes presentes y hartémonos del uso de las criaturas, mientras somos jóvenes. Bebamos el vino más precioso, llenémonos de unguentos y no dejemos pasar la flor de la edad. Coronémonos de rosas antes que se marchiten; no haya prado en que no se apaciente nuestra lujuria²...

Y en el capítulo quinto del mismo libro se describe el miedo y horror que tendrán los pecadores en el juicio del último día y sus funestos soliloquios:

Entonces los justos se levantarán con gran ánimo contra los que los afligieron y oprimieron. Viéndolos los impíos, se turbarán con un temor horrible y serán sorprendidos de admiración por su repentina y no esperada salud y gloria, gimiendo por la angustia de su espíritu, diciendo entre sí con rabioso arrepentimiento: “Estos son de los que algún día hacíamos escarnio, y eran como el blanco de nuestros improperios; nosotros, insensatos, teníamos a su vida por una locura, y a su muerte por una deshonra. Ved ahora cómo son contados entre los hijos de Dios, y su suerte está puesta entre los santos. Luego, erramos el camino de la verdad y la luz de la justicia no nos alumbró, y el sol de la inteligencia no salió sobre nosotros... ¿Qué nos aprovechó la soberbia y la vana ostentación de nuestras riquezas? Se pasaron todas estas cosas como la sombra que vuela”³...

4. De modo semejante describe Salomón en los Proverbios, primero la desvergüenza de una mujer adúltera, después le acomoda el razonamiento correspondiente:

Distinguí entre los muchachos a un joven falto de juicio. Pasaba por la calle, junto a la esquina donde ella vivía, iba camino de su casa, al atardecer, ya oscurecido, en lo negro de la noche y de las sombras⁴...

Y en el mismo libro describe también las conversaciones con que los malos pretenden hacer compañero de sus maldades a un hombre incauto:

Hijo mío, si los pecadores te indujeren con balagos, no lo creas; si dijeren: “ven con nosotros, armemos asechanzas contra la vida, preparemos lazos ocultos contra el inocente que no nos ha hecho ningún mal, hallaremos toda suerte de bienes y de cosas preciosas, llenaremos nuestras casas de despojos, prueba fortuna

² Sb 2, 1-8.

³ Sb 5, 1-9.

⁴ Pr 7,1.

*con nosotros y no haya más de una bolsa para todos”; hijo mío, no andes con ellos*⁵.

Con la misma figura amplifica Isaías la soberbia del rey de los asirios. Después que el Señor dijo de él:

*¡Ay, Asur, vara y palo de mi furor. Yo he hecho a su mano el instrumento de mi cólera... Más él no lo juzgará así, sino que su corazón será para destruir y para perdición de no pocas gentes. Porque dirá: “mis príncipes, ¿por ventura no son reyes?”*⁶...

5. No solo significamos por esta figura lo que dicen las personas, sino también lo que deberían decir con razón. Así, para ponderar la ingratitud de los hijos de Israel, Jeremías mismo lo expresa con estas palabras: *Y no dijeron: «¿dónde está el Señor que nos hizo subir de la tierra de Egipto? ¿Dónde está el que nos condujo por el desierto, por tierra inhabitable y sin camino?»... Y más abajo: Y no dijeron: «temamos al Señor, que nos da la lluvia temprana y tardía, que nos guarda la abundante cosecha de cada año»*⁷. Y nuevamente: *No dijeron los sacerdotes: «¿dónde está el Señor?»*⁸...

6. De este modo también atribuimos un soliloquio a un hombre que se amonesta a sí mismo y se exhorta a alguna obra de virtud. Por lo que Eusebio Emiseno persuade a un varón fiel que examine su vida y costumbres diciendo:

Cada uno ponga su conciencia a la vista del hombre interior, cada uno se corrija a sí mismo, y cada día tomemos cuenta de nuestras obras y palabras. Cada alma se exhorta a sí misma en el secreto de su corazón, y diga: “Veamos si he pasado este día sin culpa, sin envidia, sin murmuración. Veamos si hoy he hecho alguna obra conducente a mi aprovechamiento y a la edificación de los demás. Pienso que hoy he mentado, que he perjurado, que fui vencido de la ira o concupiscencia, que a nadie hice bien y que ni el temor del infierno me ha hecho gemir. ¿Quién me devolverá este día que perdí en cosas vanas y que consumí en dañosos y malísimos pensamientos?”⁹.

⁵ Pr 1, 10-15.

⁶ Is 10, 5-8.

⁷ Jr 2,6 y 5,24.

⁸ Jr 2,8.

⁹ EUSEBIO EMISENO, *Homilia*, IV; CCSL 101A, 52.

7. De la misma manera solemos describir la tácita exhortación del Espíritu Santo, acomodando el discurso al mismo Espíritu, el cual, llamando a la puerta de nuestro corazón, nos muestra el peligro de nuestra vida, la condición incierta de la muerte, las penas del infierno, y recordándonos los premios celestiales y beneficios divinos, procura convertirnos de una vida facinerosa a otra penitente y santa. Y de esta manera podemos describir las diferentes sugerencias de los demonios, ajustándoles las palabras correspondientes a su malicia. Así también pueden exponerse las razones con que los hombres depravados se consuelan a sí mismos en sus maldades y se prometen la salvación, declarando en el razonamiento lo que cada uno de ellos dice dentro de sí. Porque ellos se prometen larga vida y se proponen, para templar los remordimientos de su conciencia, la misericordia de Dios, la sangre de Cristo, el ejemplo del buen ladrón, el arrepentimiento a la hora de la muerte, y otras cosas de esta naturaleza.

8. También nos servimos de esta figura con mucha utilidad para amplificar las gloriosas batallas de los mártires, cuando explicamos las palabras que correspondían a los jueces, o con que se animaban a sí mismos a la constancia en la fe y a la paciencia. Se encuentran ejemplos muy propios de esto en san Basilio, en la *homilía de los cuarenta mártires*¹⁰ y en san Gregorio el Teólogo, en la *homilía de los siete macabeos*¹¹, donde refiere las palabras con que la madre animaba a sus hijos a tener paciencia y aquellas con que ellos se animaban a la constancia de la virtud. A estos ejemplos remito al predicador estudioso.

¹⁰ Cf. S. BASILIO, *Homilia in quadraginta martyres*; PG 31,508-525.

¹¹ Cf. S. GREGORIO NACIANCENO, *Oratio VIII in machabaeorum laudem*; PG 53,911-934.

9

LA CONFORMACIÓN

1. Semejante al *razonamiento* o *conversación fingida* es la *conformación* que, usada en su lugar, tiene todavía mayor energía. De ella dice Cornificio:

La *conformación* es cuando se finge que alguien está presente cuando no lo está; o cuando a una cosa muda o uniforme se hace elocuente y formada, y se le atribuyen palabras o alguna acción que le corresponda, de esta manera: Si esta invictísima ciudad hablase ahora, ¿no hablaría de esta forma?: “Yo, adornada de muchísimos trofeos, ilustrada con nobilísimos triunfos y clarísimas victorias, estoy ahora, oh ciudadanos, molestanda con vuestras sediciones; yo, a quien ni la maliciosa Cartago con engaños, ni la valerosa Numancia, ni Corinto erudita con sus ciencias pudo derribar, ¿sufiréis que sea ahora atropellada y hollada de unos vilísimos hombrecillos?”. Además: “si ahora mismo reviviera Lucio Bruto y se pusiera aquí a vuestros pies, ¿no es cierto que se explicaría de esta forma?: ‘yo arrojé a los reyes, vosotros introducí a los tiranos; yo introduje la libertad que no había, vosotros no queréis conservar la establecida; yo con peligro de mi cabeza libeté la patria, vosotros sin peligro alguno no procuráis vivir libres’”¹.

2. Esta conformación, aunque se transfiera a muchas cosas mudas e inanimadas, aprovecha muchísimo en las partes de la

¹ CORNIFICIO, *Rhetorica ad Herennium*, IV, LIII, 66.

ampliación y en la conmiseración. Cicerón contra Catilina, traidor de la patria, induce a ésta, hablando así:

Ella, oh Catilina, así trata contigo y callando, en cierta manera habla: “hacia ya tantos años que no había ninguna infamia, sino por ti, ninguna maldad sin ti. A ti solo fueron permitidas e impunes las muertes de muchos ciudadanos, a ti solo se debe que los malos tratos y el robo de los socios fueran libres e inmunes de castigo. Tú no solo tuviste valor para desautorizar las leyes y los tribunales, sino también para abatirlas y quebrantarlas. Y aunque todas estas cosas no debían sufrirse, las sufrí como pude; pero en ningún modo es tolerable verme yo ahora solamente por ti toda consternada de miedo a cualquier ruido que se oiga, que seas temido Catilina, que no haya decisión que contra mí pueda formarse en que no se mezcle tu delito”².

3. También el obispo Osorio atribuye a la patria un razonamiento contra los padres que no castigan las licenciosas y corrompidas costumbres de sus hijos:

¿Qué responderás a la patria, si ella te reconviene con estas palabras?: “hombre, ¿por qué razón, en cuanto está de tu parte, maquinas mi ruina? ¿Por qué intentas apestarme? ¿Por qué te empeñas en degollar a la madre que debías abrazar con toda piedad? En mis leyes y ordenanzas naciste y te criaste; por mí fuiste sacado no solo de entre las fieras, sino también de la fiereza de las costumbres y cultivado en toda humildad; con mi resguardo no solo pasaste la vida con benignidad y clemencia, sino también con seguridad; porque si vivieras en una soledad o en un páramo, no solo temerías los destrozos de los brutos, sino que entre ti y las crueles bestias no harías diferencia. Por mi ayuda lograste hallar socorro en los peligros, remedio en las enfermedades, consuelo en los trabajos, enseñanza en la perturbación, alivio en los cuidados. Necesitando a un tiempo tu vida de tantas cosas, todas ellas te fueron franca y graciosamente suministradas por mí. Mas si piensas que no es así, apártate de mí, huye de mi luz y compañía, y escóndete en un desierto, y veamos de qué manera puedes al fin sustentar tu vida sin mi ayuda. El que abundes de

²M. T. CICERÓN, *In Catilinam*, I, VII, 18.

riquezas, que conserves la humanidad, que pases la vida seguramente, que disfrutes gustoso de la luz, todo eso a mí me lo debes. Luego, con mayor razón debo ser tenida por tu madre yo que aquella que te dio a luz. Por eso, si me das la muerte, no solamente es preciso que confieses ser hombre ruin, sino impío y malvado parricida.

Pero dirás acaso que tu jamás tuviste el pensamiento de matarme. ¿Acaso no sabes que mi vida y salud consiste en las costumbres y honestidad de los ciudadanos? ¿Tan fuera de juicio estás, que no ves que si al llegar ellos a la edad madura se embrutecen con torpezas, necesariamente me ha de tocar una mísera y funesta suerte por causa de su maldad? ¿No consideras que los hijos que engendraste, los engendraste no tanto para ti cuanto para mí? Pues, ¿por qué dejas que se sepulten en el fango de la torpeza? ¿Por qué disimulas sus pecados? ¿Por qué cebas su inconsiderada concupiscencia? ¿Por qué soportas que se acabe en ellos de todo punto el pudor? Finalmente, ¿por qué permites que abandonen el amor de la honestidad y se entreguen a la lascivia? Porque, ¿qué otra cosa hay que así acarree la ruina y muerte de las repúblicas como la corrompida y viciosa educación de los ciudadanos? Luego, los ciudadanos que crían mal a sus hijos, me pierden, maquinan mi último exterminio”. Si esto dice la república a los hombres negligentes en la crianza de sus hijos, ¿puede ocurrírsele a alguien que sean absueltos de un crimen tan grande y tan inhumano, los hombres tan indiferentes en asunto de tanta importancia?³.

4. No es infrecuente en las Sagradas Escrituras esta figura. Así en Salomón y en el Eclesiástico la Sabiduría celebra sus propias alabanzas y convida a los hombres a su amor. Como en aquello: *¡Oh, varones!, a vosotros llamo y mi voz se dirige a los hijos de los hombres*⁴. Y también:

*La Sabiduría predica fuera, y levanta su voz en las plazas, en los atrios de las puertas de la ciudad profiere sus palabras, diciendo: “¿Hasta cuándo, pequeñuelos, amaréis la infancia, y los necios codiciarán las cosas que les son dañosas?”*⁵.

³ J. OSORIO, *De regis institutione*, Lisboa 1572, ff. 253r-254r.

⁴ Pr 8,4.

⁵ Pr 1, 20-21.

Hay un librito *Del combate de vicios y virtudes* —que unos atribuyen a san León papa, otros a san Agustín⁶—, donde a los vicios, como si fueran cosas animadas, se le atribuyen palabras con que se hagan agradables a los hombres y se insinúen a su amor. Y del mismo modo las virtudes responden por sí, defendiendo su causa y dignidad contra los vicios.

5. San Cipriano introduce al mismo Dios hablando contra las mujeres que maquillan su rostro con extraños colores, de este modo:

¿No temes, la que así eres, que cuando llegue el día de la resurrección, tu Hacedor te desconozca, y que viniendo tú a recibir sus premios y promesas, te deseche y excluya, e increpándote con la rigidez de censor y de juez, te diga: “No es mía esta obra, ni esta imagen es la nuestra? Pues ensuciaste la piel con pinturas, con adulterino color mudaste el pelo, tu cara está estropeada, tu semblante corrompido, ese rostro no es el tuyo; no podrás ver a Dios, puesto que no tienes los ojos que Dios te hizo, sino los que el diablo simuló. A él has seguido. Imitaste los rutilantes y pintados ojos de la serpiente, adornada por tu enemigo para arder en su compañía”. ¿No deben pensar esto los siervos de Dios? ¿No han de temerlo siempre día y noche?⁷

6. El mismo san Cipriano, queriendo exagerar la inhumanidad y perversidad de aquellos hombres que, haciendo unos gastos exorbitantes en cosas vanísimas no alargan siquiera una moneda al pobre de Cristo, induce con muchísima propiedad al demonio, usando de esta misma figura:

Ponga cada uno delante de sus ojos al diablo, que sale en público acompañado de sus esclavos, esto es, con un pueblo de infidelidad y de muerte, y que desafía a la plebe de Cristo en su presencia y tribunal, a un examen de comparación, diciendo: “Yo por estos que ves conmigo no llevé bofetadas, ni sufrí azotes, ni padecí cruz, ni derramé sangre, ni redimí a mi familia con el precio de la pasión y cruz, ni les prometo el reino del cielo, ni

⁶ Cf. *De conflictu vitiorum et virtutum*, PL 40,1091-1104. El autor es Ambrosio Autperto (c. 730–784) monje benedictino, abad de la abadía benedictina de San Vicente en el Voltorno, en el ducado de Benevento.

⁷ S. CIPRIANO, *De habitu virginum*, 17; PL 4,468B-469A.

restituida la inmortalidad los llamo nuevamente al Paraíso; y me hacen unos regalos muy preciosos y muy grandes, adquiridos por mucho y muy largo tiempo con suntuosísimos aparatos, empeñando o vendiendo su hacienda para prepararme los regalos; y si no sale a gusto del mundo, el mundo mismo los llena de oprobios, los silba y a veces, enfurecido, los apedrea. Muéstrame tú, Cristo, hombres tan francos entre los tuyos, aquellos ricos, aquellos que abundan de inmensos caudales y que, presidiendo y mirándolo tú, hagan otro tanto en la Iglesia, que empeñando o distribuyendo sus bienes los depositen en los tesoros celestiales, cambiados en una mejor posesión. Con estos dones caducos y terrenos de los hombres nadie que se alimenta, que se viste, que come ni bebe puede tomar algún consuelo; todos los bienes, entre el deseo incontenible del que come y el error del que mira, perecen con la pródiga y necia vanidad de engañosos deleites. Tú allí eres vestido y sustentado en tus pobres, tú prometes la vida eterna a los que trabajan a tu servicio; y esto no obstante, apenas si los tuyos se igualan en número a mis desventurados, siendo así que los honras con mercedes divinas y con premios celestiales". ¿Qué responderemos a esto, amantísimos hermanos? ¿Con qué razones defendemos la conducta de los ricos? ¿Con qué excusa disculpamos el que seamos menos que los esclavos de Satanás, y que ni aun con cosas pequeñas compensemos a Cristo el precio de su pasión y sangre?⁸.

Hasta aquí san Cipriano, cuyo sermón indica de modo satisfactorio cuánto aumentó con esta figura la indignidad del asunto de que se trata.

7. En san Jerónimo, en el epitafio de Blesila, se encuentran dos ejemplos apropiados de esta figura, los cuales no me parece molesto añadirlos. Estando Paula afligidísima por la muerte de su hija Blesila, presenta a la misma Blesila que le habla de esta manera:

¿Qué cruces te parece ahora que padece nuestra Blesila, qué tormentos sufre por ver a Cristo algo enojado contigo? Clama ella ahora, viéndote llorosa: "Oh madre mía, si en algún tiempo me amaste, si mamé la leche de tus pechos, si fui enseñada con tus principios, no envidies

⁸ S. CIPRIANO, *De opere et elemosyna*, 22-23; PL 4,641C-642C.

mi gloria, ni hagas de manera que nos separemos para siempre. ¿Piensas que yo estoy sola? Tengo en tu lugar a María, Madre de Dios. Veo aquí a muchas que antes no conocía. ¡Oh, cuánto mejor es esta compañía! Tengo a Ana, que en otro tiempo profetizaba en el Evangelio. Y para que más te goces, en tres meses he recompensado los trabajos de tantos años. He recibido una palma de castidad. ¿Te compadeces de mí porque dejé el mundo? Más yo me lastimo de la suerte de aquellos a quienes encierra la cárcel del siglo, a quienes cada día, batallando en la campaña, arrastran a la perdición la ira, la avaricia, la lujuria, los incentivos de diversos vicios. Si quieres ser mi madre, procura agradar a Cristo. No reconozco por madre a quien disgusta a mi Señor⁹. Habla ella estas y otras muchas cosas que callo, y ruega a Dios por ti⁹.

No contento aun con esta oración de Blesila, introduce también al mismo Señor, que habla a santa Paula diciendo:

¿No recelas que el Salvador te diga: “te irritas, Paula, porque tu hija se ha hecho hija mía? ¿Te indignas de mi juicio y con lágrimas rebeldes injurias al que la posee? Sabes bien qué es lo que pienso de ti y de todo lo tuyo. Te abstienes de comer, no por amor del ayuno, sino por desahogo de tu dolor. No estimo yo esa templanza. Esos ayunos son enemigos míos. No admito ningún alma que se aparte del cuerpo contra mi voluntad. Tales mártires tenga la necia filosofía, tenga a Zenón, a Cleombruto, o a Catón. Sobre ninguno reposa mi Espíritu, sino sobre el humilde, el sosegado y el que tiembla ante mis palabras. ¿Esto es lo que me ofrecías en el monasterio? ¿Acaso con un hábito diverso de las otras matronas, te parecía que eras ya más religiosa? Esa alma que llora, está vestida de seda. Si te arrebatara la muerte, y como si tu suerte no estuviera en mis manos, ¿huirás de mí como de un juez cruel? También en otro tiempo huyó Jonás, valeroso profeta, pero le tomé en lo profundo del mar. Si creyeras que tu hija vive, nunca suspirarías que hubiese pasado a mejor vida. Esto es lo que había ordenado por mí Apóstol, que no os contristaseis por los difuntos a manera de los gentiles”¹⁰.

⁹ S. JERÓNIMO, *Epist.* 39 (*ad Paulam*), 6; PL 22,472-473.

¹⁰ S. JERÓNIMO, *Epist.* 39 (*ad Paulam*), 3; PL 22,468-469.

8. Jeremías también, para aliviar los ánimos de los cautivos, hace que la misma ciudad de Jerusalén hable a sus hijos en estos términos:

*Oíd, vecinos de Sión. Me ha enviado Dios una gran pena, porque vi a mi pueblo, a mis hijos y a mis hijas en el cautiverio, a que los redujo el Eterno. Los sustenté con gusto, y los dejé con lloro y llanto*¹¹.

9. Estos dos últimos géneros de descripciones, además de otros grandes provechos, tienen también el de inclinar en cierta manera el recto curso e ímpetu de la oración a una como especie de diálogo, acomodando los discursos a diversas personas que el mismo predicador debe representar, y pronunciándolos con el mismo estilo en la voz y el gesto con que los pronunciarían aquellos a quienes los discursos se atribuyen. Lo que sirve muchísimo para la variedad y gracia de la oración y de la pronunciación.

10. Después de las descripciones de cosas y de personas se enumeran también las de tiempos y lugares, las he omitido por convenir poco a nuestro intento. Pueden verse dos clarísimos ejemplos de esto en Lactancio, en los poemas del Fénix y de la resurrección del Señor. Pues en este se describe bellísimamente el lugar, y en el otro el tiempo¹².

¹¹ Ba 4, 9-10 (no Jeremías).

¹² Cf. *Incerti auctoris Lactantio tributus, Phoenix*; PL. 7,277A-284B; *Incerti auctoris carmen De Passione Domini*; PL. 7, 283D-286C.

10

LOS AFECTOS EN GENERAL

1. Después del modo de amplificar, conviene tratar inmediatamente de los *afectos*, aunque de esto en gran parte hayamos hablado cuando expusimos la manera de amplificar. Los *afectos*, como dicen los filósofos, se suscitan por la grandeza de las cosas, o con ponerlas delante de los ojos. Lo primero se hace con la amplificación; lo segundo, con la descripción de las cosas y personas. Una y otra hemos explicado hasta aquí. Y así, la amplificación y descripción de las cosas, aunque son muy poderosas para persuadir o disuadir, alabar o vituperar, conducen aun mucho más para mover los *afectos*. Sea esta la primera advertencia: si cuando tratando un asunto queremos conmover a los oyentes, mostremos que en su género es de grandísima importancia; y si lo permite su naturaleza, propongámosle como patente a sus ojos.

2. De este modo dan un ejemplo muy a propósito las *Lamentaciones* de Jeremías, en las cuales aquel santísimo varón, no movido de espíritu humano sino divino, exagera prodigiosamente la ruina de la ciudad santa y la calamidad de sus ciudadanos. Porque todo lo que comprendía aquella desgracia, todas sus partes y circunstancias, las enumera, amplifica y pone ante los ojos: *¡Cómo esta ciudad, llena de pueblo, está tan solitaria!*¹... Y: *Los nazarenos más puros que la nieve, más blancos que la leche*²... Y: *Todas sus puertas*

¹ Lm 1,1.

² Lm 4,7.

*destruidas, sus sacerdotes gimiendo, sus vírgenes afligidas, y ella misma oprimida de amargura*³. Y luego la *oración* del mismo profeta, añadida a sus *Lamentaciones*, compendia toda la calamidad.

3. Fuera de esto, ayuda también muchísimo a conmover los ánimos el que nosotros, que pretendemos mover a los otros, estemos vehementemente conmovidos. Sobre lo cual no repararé en repetir aquí las palabras de Quintiliano, que cité arriba. Pues habiendo tratado de cómo deben ser movidos los *afectos*, concluye así:

Si fuera suficiente el observar las reglas dadas, habría ya cumplido en esta parte, pues no omití nada de cuanto leí o aprendí y me pareció oportuno. Pero yo intento descubrir lo más interior de este lugar, que está del todo oculto: lo que no he aprendido de ningún maestro, sino por mi propia experiencia y guiándome la misma naturaleza. Según todo lo que puedo percibir, el punto principal de mover los *afectos*, consiste en que el que quiere mover a los otros esté movido interiormente. Porque la imitación del llanto, del enojo, y de la cólera será ridícula si a las voces y al semblante no acompaña también el ánimo. En efecto, ¿de qué otro principio nace que los que lloran penetrados de un dolor actual expliquen con tanto acierto y viveza sus quejas y que la ira vuelva a veces elocuentes a los ignorantes, sino de la fuerza interior del ánimo y de la verdad misma de los *afectos* de que están poseídos? Por tanto, en las cosas que queremos sean verosímiles, tengamos parecidos *afectos* a los mismos que realmente los padecen y nazca la predicación del mismo carácter que quisiera imprimirlo en el juez. ¿Acaso se dolerá el que me oyere, no doliéndome yo cuando lo digo? ¿Se indignará alguien, si el que intenta mover a la ira no la tiene? ¿Sacará lágrimas al juez quien le habla con ojos enjutos? Es imposible. Porque no enciende sino el fuego, ni humedece sino el agua, ni hay cosa que dé a otra el color que ella no tiene. Debe pues primero afectarnos a lo que queremos se afecte al juez, y apasionarnos antes que intentar apasionarle.

4. ¿Cómo podemos conmovernos no estando en nuestra mano estos movimientos? Intentaré explicarlo. Lo que llaman los griegos *fantasías* (φαντασίας), llamémoslas

³Lm 1,4.

nosotros *visiones*: por ellas se representan en el alma las imágenes de las cosas ausentes de tal modo que parece que las miramos con los ojos y que realmente las tenemos presentes. Aquel que las concibiere bien, será muy eficaz para mover los *afectos*. Así llaman *euphantasioton* (εὐφαντασιώτων) al que imagina muy al vivo las cosas, las voces, los actos conforme a lo natural, lo que nos sucederá fácilmente, si queremos. Para quejarme de que hayan asesinado a un hombre, tendré a la vista todo aquello que es creíble que sucedió en el caso presente; saldrá de improviso el asesino, el otro se asustará sobrecogido, exclamará, rogará, o huirá, veré al que hiere, o al que cae herido, se imprimirá en el ánimo la sangre, el pavor, el gemitido, y, en fin, el último soplo del que expira.

5. A esto siguen inmediatamente la *energía* (ἐνέργεια), llamada por Cicerón *ilustración* y *evidencia*⁴, que no tanto parece decir cuanto mostrar; y de ahí se seguirán los *afectos*, no de otro modo que si nos halláramos presentes a las mismas cosas. Mas cuando sea necesaria la compasión, pensemos que a nosotros mismos ha acontecido aquello de que nos quejamos y persuadámonos de ello. Seamos nosotros mismos los que nos quejemos de haber padecido las pesadumbres, aflicciones e indignidades. No tratemos la cosa como ajena, tomemos por un poco de tiempo como propio aquel dolor. De esta manera hablaremos como hablaríamos si nos hallásemos en semejante caso. Vi muchas veces a los comediantes después de haber representado algún papel muy tierno, todavía llorando a la salida. Pues si en escritos ajenos la sola pronunciación acompaña así a los afectos fingidos, ¿qué haremos nosotros, que debemos pensar aquellas cosas para poder movernos como si estuviésemos en lugar de los que peligran? Yo, tal cual soy y creyendo haber adquirido alguna fama, no debí pasar por alto estas cosas con que frecuentemente fui movido, de modo que no solo derramé lágrimas, sino también demostré la palidez en el rostro y un dolor parecido al verdadero⁵.

6. Pero ningún arte puede dar los piadosos afectos del alma en orden a las cosas espirituales, sino asiste aquel Divino Espíritu que con su soplo inspire este movimiento a nuestros corazones, del

⁴ Cf. M. T. CICERÓN, *Academicorum priorum*, II, VI, 17.

⁵ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VI, 2, 25-36.

cual estuvieron llenos los profetas y varones evangélicos. Esto es en efecto lo que nos insinúa el aspecto de los animales santos que describió el profeta Ezequiel, el cual era *como de un fuego de carbones ardientes y como de unas lámparas encendidas*⁶, pues alumbraban los entendimientos de los hombres con las lámparas encendidas, y también inflamaban con los carbones de fuego sus voluntades en amor de las cosas divinas. Herido de este afecto clamaba Jeremías: *¿Quién dará agua a mi cabeza y a mis ojos fuentes de lágrimas, y lloraré día y noche los hijos de la hija de mi pueblo, que han sido muertos?*⁷. Y: *Oh vosotros, todos los que pasáis por el camino... Y: Desfallecieron mis ojos por las muchas lágrimas que vertieron; mis entrañas se han conturbado; mi corazón está abatido por el suelo al ver la ruina de la hija de mi pueblo*⁸.

7. Penetrado del mismo sentimiento decía al Apóstol: *¿Quién enferma que yo no enferme? ¿Quién se escandaliza que yo no me quemé?*⁹. Y también: *Hijos míos, por quienes siento de nuevo dolores de parto, hasta que se forme Cristo en vosotros; quisiera estar ahora con vosotros y variar las palabras, según lo pidiera vuestra necesidad, porque estoy confuso sin saber cómo he de hablaros*¹⁰. Quien tuviere este ánimo y sentimiento, no hay duda que podrá mover y encender a otros, movido y encendido él mismo. Quien no pueda prescindir de esta carga y oficio, debe implorar de Dios con humilde y piadoso ánimo y con frecuentes oraciones, este don que es don del Espíritu Santo, el cual descansa en los corazones de los humildes.

⁶ Cf. Ez 1,13.

⁷ Jr 9,1.

⁸ Lm 2,11.

⁹ 2Cor 11,29.

¹⁰ Cf. Ga 4,19.

11

LOS AFECTOS EN PARTICULAR

1. Lo anterior se ha dicho de los afectos en general. Pasemos a tratar de ellos en particular, señalando a cada uno su lugar y el modo de hallarlo. Hay afectos que son propios de los oradores, otros de los predicadores. Los oradores suelen de ordinario mover el afecto de los oyentes a conmiseración o a indignación. Mas los predicadores acostumbran moverlos al amor de Dios, al aborrecimiento del pecado, a la confianza de la divina misericordia, al temor del divino juicio, al gozo del espíritu, a la tristeza saludable, a la admiración de las cosas divinas, al menosprecio del mundo, y a la humildad de corazón o sumisión de ánimo.

2. Aristóteles, en el libro segundo de la *Retórica a Teodectes*¹, escribe abundantemente de casi todos los afectos; de la ira, la mansedumbre, el amor, el odio, el temor, la osadía, la vergüenza, la indignación, la misericordia, y otros semejantes. Y al mismo tiempo explica con estilo filosófico las causas por las cuales cada afecto suele conmover el ánimo. Así, seguiremos el método de este prudentísimo filósofo para mover los afectos. Deben considerarse atentamente aquellas cosas que suelen excitar en nosotros el amor de Dios, el aborrecimiento del pecado, la esperanza de Dios, el temor, y demás afectos semejantes. Ahora bien, explicar en particular todas estas cosas no es obra de un libro, sino de muchos, ya que gran parte de los Libros Sagrados y de los santos padres principalmente se ordena a suscitar estos

¹ Cf. ARISTÓTELES, *Rhetorica*, II.

afectos en nuestros corazones. Aquí nos bastará haber mostrado como con el dedo las fuentes de los afectos y haber enseñado el camino que debemos seguir en los otros.

§ 1. AMOR DE DIOS

3. Estimulan al amor de Dios su infinita bondad, su caridad, su mansedumbre, su hermosura, su relación con nosotros y su beneficencia. Porque la *bondad* (para que empecemos por ella) es, como dicen los filósofos, el objeto de la voluntad humana. Y Dios no solo es bueno, sino también la inmensa bondad, sumo y universal bien, que comprende y encierra toda bondad², como Él mismo dijo a Moisés: *Yo te enseñaré todo lo bueno*³. Finalmente, es tan bueno Dios, que se dice que no hay nada bueno en su comparación, como el Salvador declara: *Nadie es bueno, sino solo Dios*⁴.

También el *amor* que nos tiene, y que pusimos en segundo lugar, nos incita a que le respondamos con la reciprocidad del amor. Pues de tal suerte nos amó el Señor que dice: *Nadie tiene mayor amor que aquel que da su vida por sus amigos*⁵... *Tanto amó Dios al mundo, que llegó a dar a su unigénito Hijo*⁶... *En perpetua caridad te amé; por eso, compasivo, te fui atrayendo*⁷... Y este divino amor de tal modo nos obliga a corresponderle, que dice el Salvador: *Fuego vine a poner en la tierra, ¿y qué he de querer sino que arda?*⁸.

También la *blandura* y *mansedumbre* concilian con el amor. Y el Salvador se apropió esta virtud: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón*⁹. Y el Apóstol, dejando aparte las demás virtudes del Señor, ruega a los fieles por *la mansedumbre de Cristo*¹⁰.

² Cf. S. TOMÁS DE AQUINO, *Summa theologiae*, I, q. 6, a. 3.

³ Ex 33,19.

⁴ Mc 10,18.

⁵ Jn 15,13.

⁶ Jn 3,16.

⁷ Jr 31,3.

⁸ Lc 12,49.

⁹ Mt 11,29.

¹⁰ Cf. 2Cor 10,1.

La *hermosura* asimismo atrae poderosamente al amor de sí misma: la cual se dice en griego *kalón* (καλόν)¹¹, de llamar, porque llama a sí todas las cosas y las atrae con la fuerza y el poder del amor. Y Dios es aquel de cuya inmensa hermosura el sol y la luna se maravillan, y Él mismo dice de sí: *La hermosura del campo en mí se balla*¹², no solo la del campo, sino también toda la hermosura celestial y terrena en Él solo se contiene; de quien toda hermosura se deriva a todas las cosas que son hermosas, siendo cierto que nadie puede dar lo que no tiene. Cualquiera, pues, que desea conocer de lleno la naturaleza y condición de esta belleza, lea *El convite* de Platón, en el cual Sócrates introduce a una mujer mientras discurre admirablemente acerca de esta soberana hermosura de orden natural¹³.

Sigue después la *cognación* o parentesco que tenemos con Dios, de cuyo linaje somos, como enseña san Pablo con el testimonio de un poeta gentil¹⁴. También este es un gran estímulo del amor. Porque, como entre deudos hay participación de una misma sangre y linaje, es consiguiente que quien se ama a sí mismo ame también a los que son de su ascendencia y sangre. Entre los parentescos, el de padres e hijos es muy grande. Y de Dios nuestro Señor dice el profeta: *¿Por ventura no es él tu Padre, que te dio el bien que tienes, te hizo y te crió?*¹⁵. Porque no solo es formador del cuerpo, sino también creador del alma. Y por eso Él mismo es de quien deriva toda paternidad en el cielo y en la tierra, en cuya comparación, así como nadie es bueno, así nadie sobre la tierra debe llamarse padre. Por lo que con razón dice el profeta: *Mi padre y mi madre me desampararon, mas el Señor me recibió*¹⁶. E Isaías: *Y ahora, Señor, tú eres nuestro padre, y Abrahán no nos ha conocido, e Israel nos ignoró*¹⁷. ¿Cuánto, pues, debe ser más estimado un tal padre? Pero hay otro parentesco mucho más estrecho y unido y que enciende mayor llama de amor, que es el de marido y mujer, *por la cual dejará*

¹¹ Granada juega entre el significado del verbo Καλέω: llamar, invitar, convidar; y el adjetivo Καλός: hermoso; *Diccionario Griego clásico-español Vox*, Madrid 1967; en adelante VOX.

¹² Sl 49,11.

¹³ Cf. PLATÓN, *Symposium*, 207-209.

¹⁴ Cf. He 17,28.

¹⁵ Dt 32,6.

¹⁶ Sl 26,10.

¹⁷ Is 63,16.

*el hombre a su padre y madre*¹⁸. Este nombre plenísimo de amor se lo apropió Cristo nuestro Señor en el *Libro de los Cantares*, para significar su ardentísimo amor para con nosotros, y el nuestro, el de las almas santas para con él. Él mismo se desposa con el alma fiel inflamada con la fe y la caridad. Uno y otro nombre —el de padre y el de esposo— tomó por el profeta cuando dijo: *Llámame, pues, desde ahora padre mío y caudillo de la virginidad*¹⁹. ¿Con qué amor, pues, deberemos amar a tal Esposo?

Resta la *beneficencia*, que comprende todos los beneficios de Dios, del cuerpo, alma, naturaleza, gracia, comunes, individuales; y entre todos ellos, el sumo y máximo beneficio de nuestra redención. ¿Qué palabras pueden declarar o contar la cantidad y grandeza de estos beneficios? Verdaderamente, con más facilidad podrá contarse la multitud de las estrellas que los beneficios de Dios. Y bien, cuantos son los beneficios del Señor, otros tantos son los incentivos que se aplican a nuestro corazón para que enciendan el fuego de amor para con él. Finalmente (por decirlo todo en una palabra), todas las razones de amar que se hallan en las criaturas, se encuentran aumentadas con infinitas ventajas en este sumo bien. Por lo que solo el amor infinito que arde en el divino pecho, satisface cumplidamente a esta infinita bondad, al paso que los demás amores, aunque sean los de los mismos bienaventurados, son infinitamente menores que los que aquella inmensa bondad y hermosura se merece.

De estas fuentes nacen las razones y estímulos de caridad con que encendemos el amor de Dios en los fríos pechos de los hombres.

§ 2. TEMOR DE DIOS

4. Con este ejemplo que hemos propuesto podrá el predicador, parte con el estudio y meditación, parte con la lectura de las Sagradas Escrituras y santos padres, hallar las razones con que pueda mover los demás afectos en los ánimos de los oyentes. Entre los cuales procure principalmente inducir al odio y detestación del pecado mortal y al temor de la divina justicia. Este saludable temor aviva en el entendimiento, en primer lugar, la

¹⁸ Cf. Gn 2,24.

¹⁹ Jr 3,4.

muchedumbre de las culpas, la incierta condición de la vida, la inevitable necesidad de la muerte, el abismo de los juicios divinos, el pensamiento de la cuenta que ha de darse, la formidable severidad del juicio final, la amargura y eternidad de las penas del infierno, y otras cosas de esta naturaleza.

Es ciertamente utilísimo este afecto de temor para consternar los pechos empedernidos de los mortales. Porque como los hombres se aman a sí mismos en extremo, aunque carezcan del amor de Dios no obstante temen poderosamente, por causa de este gran amor propio, cualquier cosa que comprenden pueda serles muy dañosa. De donde proviene que, empezando por un temor servil y aborreciendo los pecados por el miedo solo de las penas, poco a poco van llegando a un amor de hijos. De esta manera el apóstol san Vicente Ferrer movió a verdadera penitencia una multitud de personas casi infinita, porque en sus sermones de modo muy frecuente y con gran vehemencia excitaba este miedo del divino juicio y de las penas eternas²⁰. Por tanto, el predicador sediento de la salud de las almas debe promover a menudo estos afectos y principalmente proponer y como hacer ver con los ojos la dureza y eternidad del infierno, empleando en esta ponderación toda la fuerza de su elocuencia. Nunca podrá amplificar tanto estas penas que no sea su prédica infinitamente inferior a lo que pide la grandeza del asunto, en cuya materia todo el arte y toda facultad de predicar se quedan muy atrás.

La misma *dinosís* ($\delta\epsilon\lambda\nu\omega\sigma\iota\nu$ ²¹), que se cuenta principalmente entre las virtudes del orador (la cual no solo iguala, sino que excede la indignidad y atrocidad de la cosa, en lo que dicen fue muy aventajado Demóstenes) es, sin embargo, del todo insuficiente para amplificar la amargura de estas penas como ellas se merecen. Y está tan lejos de hacerlas mayores de lo que son en la realidad, que con ningún encarecimiento podrá mostrarlas tan grandes. Pero aunque sea muy inferior lo que se dice, no obstante eso mismo que se dice puede mover eficazmente los corazones de los hombres, aunque sean de acero. A este fin debe el predicador tener muchas cosas apuntadas en sus cuadernos y bien digeridas con la meditación para que pueda con ellas excitar este afecto y

²⁰ Cf. V. J. ANTIST, *Vida de s. Vicente Ferrer*, Valencia, Pedro Huete 1575.

²¹ $\Delta\epsilon\iota\nu\acute{o}\varsigma$: temido, respetado; tremendo, espantoso, terrible; VOX.

producir después una gran admiración, por haber muchos que, aunque creen todas estas cosas con certísima fe, no viven de otra suerte que si las tuviesen por cuentos de viejas.

5. Luego que por estos medios obtenemos los argumentos con que se conmueven estos afectos, se han de juntar los modos de amplificar, con los cuales amplifiquemos lo que hemos hallado. Y esto mismo lo confirmamos con ejemplos, semejanzas, desemejanzas y con testimonios de la Sagrada Escritura y de los santos padres.

§ 3. COMPASIÓN

6. En las causas judiciales se precisa en el defensor el *lamento*, en latín *conquestio*, con lo cual procura inclinar a compasión los ánimos de los jueces o de los oyentes. La conmoción de este afecto pocas veces tiene lugar en los sermones. Se ofrece alguna vez, como cuando amplificamos la amargura de la pasión del Señor, o el dolor de la sacratísima Virgen, cuando perdió a su Hijo por tres días, o cuando huyó con él a Egipto, o lo que fue por lejos lo más digno de compasión, cuando lo vio morir en la cruz y lo enterró en el sepulcro. Puede también suscitarse este afecto explicando los combates de los mártires. Es decir, aunque esto suceda rara vez, lo quise colocar en este lugar, porque lo que enseñan los retóricos sobre este movimiento del alma es digno de ser leído; por eso, el predicador sensato podrá escoger lo que le parezca más conveniente a su propósito.

De este afecto dice así Cicerón:

El *lamento* es un discurso con que se atrae la misericordia de los oyentes. En esta conviene primeramente hacer el ánimo del oyente blando y compasivo, para que pueda moverse más fácilmente por el lamento. Esto convendrá hacerse con lugares comunes, por los cuales se demuestra la flaqueza humana y la fuerza que tienen para con todas las contingencias y demás situaciones. Con estas razones, dichas con gravedad y énfasis, se humilla muchísimo el ánimo de los hombres y se gana para la misericordia cuando considera su flaqueza viéndola en el mal ajeno.

Después ocupa el *primer lugar* la misericordia, en la cual se manifiestan los bienes que tuvieron, y los males que

ahora padecen. En el *segundo*, que se divide en tres tiempos, se muestra en qué males se vieron, se ven y se han de ver. En el *tercero* se llora cada incomodidad de por sí, como en la muerte del hijo, las delicias de su niñez, el amor, la esperanza, el consuelo, la educación y todo lo que pueda decirse en cualquier otro género de incomodidad, por recurso al *lamento*. En el *cuarto* se profieren cosas repulsivas y bajas, sórdidas e indignas de la edad, linaje, fortuna, honor antiguo y beneficios que se sufren o se habrán de sufrir. En el *quinto*, se pondrán ante los ojos todas las incomodidades en particular de modo que, quien las está oyendo, imagine que las ve y se mueva a compasión, no solo con las palabras, sino con la misma cosa, como si la tuviera presente. En el *sexto* se demuestra que se encuentra entre estas miserias sin pensarlo, pues esperando alguna dicha, no solo dejó de conseguirla, sino que cayó en la mayor desgracia. En el *séptimo* ponemos a los mismos oyentes en un caso semejante, y les pedimos que, al vernos, se acuerden de sus hijos, de sus padres, o de alguno que les sea muy querido. En el *octavo* se dice que se hizo algo que no convenía, o que dejó de hacerse lo que convenía, de este modo: “No estuve delante suyo, no lo vi, no oí su postrera voz, ni recibí su último aliento”. Además: “Murió a manos de sus enemigos, quedó en tierra enemiga sin sepultura por muchos días, despedazado por las fieras, y careció en su muerte de las honras comunes”. En el *noveno* se atribuye la oración a cosas mudas e inanimadas, acomodando los discursos de alguno a un caballo, a una casa, a un vestido, con lo cual el ánimo de los que oyen y estimaron a ese tal, se conmueve vehementemente. En el *décimo* se muestra la pobreza, flaqueza y soledad. En el *undécimo* se recomiendan los hijos, los padres, el entierro de su cuerpo, u otra cosa semejante. En el *duodécimo* se llora la separación de aquel con quien has vivido con grandísimo gusto, como de tu padre, hijo, hermano o camarada. En el *decimotercero* nos querellamos con indignación de ser maltratados de aquellos que no había razón para que nos maltratasen, como de nuestros deudos, amigos, favorecidos, que pensábamos habían de ayudarnos, o por aquellos que no pueden maltratarnos sin indignidad, como por nuestros esclavos, libertos, dependientes y suplicantes. En el *decimocuarto*, que se

toma por modo de obsecración, se ruega a los oyentes, con humilde y reverente oración, que tengan misericordia. En el *decimoquinto* demostramos lamentarnos no de nuestra desgracia, sino de la de aquellos a quienes debemos amar. En el *decimosexto* manifestamos que tenemos un ánimo misericordioso para con los demás, pero demostramos con todo eso que le tenemos dilatado, excelso y sufrido en los trabajos, y que así también lo será en cualquier acontecimiento. Porque muchas veces el valor y magnificencia, acompañados de gravedad y autoridad, aprovecha más para mover a la misericordia que el abatimiento y los ruegos. Pero, conmovidos ya los ánimos, no convendrá detenerse muy largo tiempo en el *lamento*. Pues, como dijo el retórico Apolonio: “nada se seca más presto que las lágrimas”²².

²² M. T. CICERÓN, *De inventione oratoria*, I, 106-109.

12

FIGURAS DE LA ELOCUCIÓN QUE SIRVEN PARA CONMOVER LOS AFECTOS

1. Lo que hemos dicho hasta aquí del movimiento de los *afectos* pertenece más a la invención que a la elocución. Ahora me pareció bien juntar a esto algunas figuras de elocución que especialmente conducen para el mismo fin. Así, después de amplificada o probada una cosa insigne, se ha de despertar el ánimo del oyente que ya empezaba a conmoverse por la grandeza de la cosa, con figuras a propósito para esto. Entre estas la primera y más corriente es la exclamación, como aquella que pronunció el Apóstol, impelido del afecto de caridad: *¡Oh, insensatos gálatas! ¿quién os hechizó así para no obedecer a la verdad?*¹... No siempre ha de empezar la exclamación por la interjección *¡oh!*, sino que hay exclamación cuantas veces rompe una pasión vehemente, como aquella: *Generación mala y perversa, ¿así correspondes al Señor, pueblo loco e insensato? ¿Por ventura no es él tu Padre?*²... Habiendo podido decir: *Oh, generación mala*, como el Señor en el evangelio: *Oh raza incrédula y depravada, ¿cuánto tiempo estaré con vosotros? ¿Hasta cuándo he de aguantaros?*³. También aquella voz del mismo Señor, señal de su dolor: *¡Ay del mundo por causa de los escándalos!*⁴, es una exclamación.

¹ Ga 3,1.

² Dt 32, 5-6.

³ Mt 17,17.

⁴ Mt 18,7.

2. Pero es vehementísima aquella que consta de muchas exclamaciones como la de san Gregorio el Teólogo en la oración fúnebre de su hermana Gorgonia, mujer muy santa, cuyas virtudes él celebra, sobre todo sus sagradas vigiliias en el ejercicio de la oración. Luego de haber narrado el asunto, exclama de esta manera:

¡Oh noches desveladas y cantos de salmos, y estación que acaba al amanecer! ¡Oh David, solamente a las almas piadosas no son largos tus cánticos! ¡Oh tiernos miembros, tendidos en el suelo y mortificados con mayor aspereza de la que pueden sufrir las fuerzas naturales! ¡Oh fuentes de lágrimas derramadas en la tribulación para cosechar la mies con regocijo! ¡Oh fervor de espíritu, que con el deseo de la oración ni teme a los perros de la noche, ni a las lluvias, ni a los truenos, ni al granizo, ni a la oscuridad! ¡Oh naturaleza femenina, que en la común batalla de la salvación excediste a la varonil, demostrando que el nombre de varón y mujer no diferencia las almas, sino solamente los cuerpos!⁵.

3. Pero es mucho más ardiente la *exclamación* cuando se junta con el *apóstrofe*⁶, y conmovido el ánimo por la grandeza de la cosa, dirige sus palabras a las cosas mudas e inanimadas, como: *Pasmaos cielos sobre esto, y sus puertas caigan de golpe*⁷... Y también lo es aquella con que se exclama antes de exponer el asunto, lo cual pasa raras veces, pero pasa: *Oye, cielo y percibe, tierra, mis palabras en tus oídos, porque el Señor Dios ha hablado*⁸. Y semejante a esta: *Oíd cielos lo que hablo; oiga la tierra las palabras de mi boca*⁹. Con todo si la voz que sale impelida de la grandeza del deseo no es más ardiente, es sin duda más espléndida y más suave: *Cielos, enviad de lo alto vuestro rocío, y lluevan las nubes al justo; ábrase la tierra y brote el salvador*¹⁰. Estas voces nacieron sin duda del más ardiente deseo; y de un fervoroso afecto de agradecimiento y alegría aquellas: *Cielos, alabad al Señor,*

⁵ S. GREGORIO NACIANCENO, *Oratio funebris Gorgoniae*, PG 35,806.

⁶ Apóstrofe: (Del lat. *apostrophe*, y este del gr. ἀποστροφή). 1. amb. Ret. Figura que consiste en dirigir la palabra con vehemencia en segunda persona a una o varias, presentes o ausentes, vivas o muertas, a seres abstractos o a cosas inanimadas, o en dirigírsela a sí mismo en iguales términos; R.A.E.

⁷ Jr 2,12.

⁸ Is 1,2.

⁹ Dt 32,1.

¹⁰ Is 45,8.

*porque él ha hecho misericordia; tierra, llénate de cabo a cabo de alborozo y alegría; montes, bosques y toda su leña, resonad alabanzas, porque el Señor redimió a Jacob y estableció su gloria en Israel*¹¹. Y san Jerónimo, en el epitafio de Nepociano, habla a la misma muerte con estas palabras: «¡Oh muerte, que divides los hermanos y cruelmente separas a los que están unidos con el más estrecho vínculo de amor!»¹².

4. Contraria de esta figura es aquella otra en que no hablamos a cosas mudas e inanimadas, sino que a ellas mismas atribuimos palabras y afectos humanos. Esto es muy frecuente y con mucha fuerza en las Sagradas Escrituras. Como aquello del salmista:

*Aplaudirán los ríos con la mano y darán saltos de placer los montes a la presencia del Señor, porque vino*¹³...

*Regocíjense los cielos y alégrese la tierra; se gozarán los campos y todo cuanto hay en ellos. Entonces saltarán de alborozo todos los leños de las selvas ante el rostro del Señor, porque viene*¹⁴...

*La misericordia y la verdad le salieron al encuentro, la justicia y la paz, mutuamente, se besaron*¹⁵.

5. Próxima a estas es la *hipérbole* (υπερβολή), que en latín se llama *superlatio*, cuyo uso es también frecuente en las Santas Escrituras. La hipóbole, aunque levanta la cosa sobre lo que comúnmente se cree, no lo hace sobre el modo. Tal es aquella voz en el salmo 17:

*Y entonó el Señor desde el cielo y el Altísimo hizo oír su voz; Él hizo caer granizo y carbones de fuego, y arrojó sus saetas y los desbizo, multiplicó sus rayos y los confundió. Y aparecieron las fuentes de las aguas y se descubrieron los cimientos del orbe*¹⁶.

Queriendo demostrar con estas horrendas palabras el ímpetu y la ira de la majestad de Dios contra los impíos. Del mismo modo Dios por Isaías: *Turbaré, dice, el cielo y temblará la tierra por la indignación del Señor de los ejércitos*¹⁷. Explicando esto, san Jerónimo dice que es una *hipérbole*, en la cual el santo profeta encarece la

¹¹ Is 44,23.

¹² S. JERÓNIMO, *Epist.* 60 (*ad Heliodorum*), 2; PL 22,590.

¹³ Sl 97,8.

¹⁴ Sl 95, 11-13.

¹⁵ Sl 84,11.

¹⁶ Sl 17, 7-16.

¹⁷ Is 13,13.

vehementísima ira de Dios¹⁸. Es también similar aquello del mismo profeta:

Callé siempre, me contuve en silencio, sufrido fui; mas ahora me haré sentir y hablaré como mujer que va de parto, a un tiempo disiparé y tragaré, talaré los montes y los collados, y secaré la hierba de ellos¹⁹.

Palabras con que se da a entender la grandeza del divino furor.

6. La *repetición de interrogantes* tiene también fuerza y agudeza, y es muy poderosa para mover los afectos y también para variar la oración. Es más vehemente y elegante cuando en la misma sucesión de la oración fluyen muchos interrogantes distinguidos con ciertos incisivos o miembros, como aquello del Apóstol:

¿No soy libre? ¿No soy apóstol? ¿Por ventura no vi a nuestro Señor Jesucristo? ¿No sois vosotros obra mía en el Señor?²⁰ Y poco después: ¿Quién ha militado alguna vez a su sueldo? ¿Quién planta una viña y no come de su fruto? ¿Quién apacienta un ganado y no come de la leche del ganado? ¿Acaso esto que os digo es un puro razonamiento humano? ¿No lo dice también la misma Ley?²¹...

7. Asimismo, una vez que se ha explicado la gravedad del pecado mortal, se puede urgir a los que de ningún modo quieren apartarse de sus pecados para que se llenen de espanto con estas interrogaciones:

¿Hasta cuándo, oh hombres miserables, hasta cuándo abusaréis de la paciencia de Dios? ¿Cuánto tiempo permaneceréis en este infelicitísimo estado? ¿Qué fin pondréis a tantas maldades? ¿Nada os conmueve el gran peligro en que os veis? ¿Nada el temor del juicio divino? ¿Nada la incierta condición de la muerte? ¿Nada el pensamiento de la cuenta que habéis de dar? ¿Nada el miedo del suplicio eterno? ¿Nada el riesgo de la enemistad con Dios? ¿Nada tantos beneficios divinos que nos convidan al amor del Bienhechor? ¿Nada el imperio de la Majestad Divina que despreciáis? ¿Nada la cruz de Cristo, los clavos, la lanza, las salivas, las prisiones, los azotes padecidos por vuestra causa? ¿Cuál es aquel pecho que con tantas razones no se mueve? ¿Con tantos arietes no se bate? ¿Con tantos rayos no se postra? ¿Cómo puede ser

¹⁸ S. JERÓNIMO, *In Isaiam*, 13; PL 24,705.

¹⁹ Is 42,14.

²⁰ 1Cor 9,1.

²¹ 1Cor 9, 7-8.

agradable a los tales, o la comida, o el sueño, viendo que en tal estado, si la muerte les caza de repente, lo que no pocas veces acontece, inmediatamente serán arrojados a los infiernos? ¿Qué sentido les queda a los que se atreven a dormir en pecado tantas noches, teniendo enojado y contrario al Criador de todas las cosas, sin cuya virtud e influencia ni aun respirar podemos? ¿Quién no reconoce aquí las fuerzas y poder de Satanás, que tan poderosamente ciega al hombre, y que así aprisiona como con grillos de diamante?²².

8. Después de probado y amplificado el asunto, cae muy bien la *obsecración*, por la cual pedimos algo con ahínco a los oyentes. Así san Pablo: *Os ruego*, dice, *por la misericordia de Dios, que de vuestros cuerpos hagáis una hostia viva*²³. Y otra vez: *Yo, el mismo Pablo, os pido por la mansedumbre y humildad de Cristo*²⁴. Y en otro lugar: *Os lo ruego yo, prisionero por el Señor*²⁵. Así san Juan Crisóstomo, después de haber hecho una fuerte invectiva contra los que mantenían en sus casas hermanas adoptivas, concluyó el sermón con la obsecración siguiendo:

Ruego, pues, y suplico y me postro a vuestros pies y ofrezco plegarias a todos: deaos persuadir y salgamos de esta embriaguez, tengamos juicio y reconozcamos el honor que nos hizo Dios, y oigamos a Pablo que está clamando: *No seáis esclavos de los hombres*, y dejémonos de servir a las mujeres, para común ruina de todos²⁶.

9. Los predicadores pueden usar frecuentemente de esta figura, que si nace de unas entrañas de caridad tiene gran fuerza para mover los ánimos. Hay un predicador en España, no menos famoso por su santidad que por la doctrina y dignidad de su oficio, cuyos oyentes, entre sus muchas insignes alabanzas, lo que más celebran es que suele usar a menudo esta obsecración: «Os ruego, hermanos, por el amor de Dios, que no queramos pecar más»²⁷. Y la pronuncia de tal forma en la voz y en su semblante

²² Texto de Fray Luis «predicador», donde se pueden ver influencias Ciceronianas (*In Catilinam*, I, 1).

²³ Ro 12,1.

²⁴ 2Cor 10,1.

²⁵ Ef 4,1.

²⁶ S. JUAN CRISÓSTOMO, *In eos qui virgines subintroductas habent*, PG 47,509.

²⁷ Se refiere a san Juan de Ribera, nacido en Sevilla el 27 de Diciembre de 1532. Sus padres se llamaban Pedro y Teresa, familia que se distinguía entre la

que claramente manifiestan su afecto llenísimo de caridad, y por eso suele conmover eficazmente los ánimos del auditorio.

10. A esta se sigue la *conjura*, que tiene todavía mayor fuerza, y aparece en aquellas palabras de san Pablo:

*Yo os conjuro delante de Dios y de Jesucristo, que ha de juzgar a los vivos y a los muertos en su venida gloriosa y en el establecimiento de su Reino, de anunciar la palabra*²⁸...

El muy religioso padre Francisco Titelman, después de haber declarado la magnitud de algunos astros según la opinión de Tolomeo, de Alfragano y de otros doctísimos astrónomos, y de haber añadido que hay algunas estrellas que son treinta y cinco veces más grandes que la tierra; otras setenta; otras noventa; y otras, que se llaman de primera magnitud, ciento siete veces, asombrado exclama así:

Te conjuro, lector, cualquiera que seas, que con cristiano corazón consideres una y muchas veces, en vista de lo dicho, cuán miserable sea la suerte de aquellos hombres que por unas angostísimas chozuelas de este mundo pierden aquella anchura inmensa del reino de los cielos. Y vuelve a considerar cuán desdichados son, y cuán mal se quieren, los que andan a cuchilladas por semejantes cosas y recíprocamente se engañan, trastornando todos los derechos divinos y humanos. Pues, aunque uno solo lograra el imperio universal del orbe terráqueo —lo que ninguno de los mortales hasta ahora ha conseguido—, ¿qué más hubiera robado que un solo punto?; ¿qué otra cosa tiene en sus manos que un punto? En un átomo tiene su

nobleza por su generosidad. Enviaron a Juan a estudiar a Salamanca, donde se convirtió en discípulo de Vitoria y de otros teólogos que brillaron en Trento. No tenía aún 30 años cuando fue nombrado por el Papa Pio IV Obispo de Badajoz, dedicándose de lleno a la santificación de sus fieles, enviando misioneros por toda la diócesis. A la edad de 36 años fue trasladado a la sede de Valencia, donde le tocó aplicar las reformas de Trento, así como también la catequización de los moriscos, aunque con pocos frutos, siendo éstos expulsados en 1609 por el rey Felipe III. Fue nombrado virrey de Valencia; cargo que aceptó a ruegos del rey, trayendo paz y justicia a Valencia por largos años. Recorrió varias veces la diócesis, entre 1570 y 1610 llevó a cabo 2.715 visitas pastorales, y celebró siete sínodos. Fundó el Colegio de *Corpus Christi* para la formación del clero y para honrar solemnemente al Santísimo Sacramento. Asimismo en 1596 fundó la congregación de las Agustinas Descalzas, presentes en la diócesis de Valencia (Alcoy). Falleció en enero de 1611.

²⁸ 2Tim 4,1.

imperio. Aquellos, pues, que riñen o pleitean por una mínima partecilla de tierra, por un terrenillo, por una triste heredad, por una casilla o barraquilla, ¿qué intentan, qué buscan sino poseer una pequeñísima partecilla de este punto, esto es, de toda la tierra? ¡Oh vanos cuidados de los hombres! ¡Oh ciegos corazones! Aprende, oh miserable, cuán gran tesoro pierdes por una cosa tan mínima; y por un estrecho nido de hormigas, cuán espacioso palacio abandonas mientras antepones la tierra al cielo²⁹.

11. La *optación* también expresa el afecto del alma del que desea, como: *Es gente sin consejo y sin cordura. Ojalá tuvieran luz de sabiduría e inteligencia y previeran el funesto fin que está aparejado a mis enemigos*³⁰; y: *¿Quién me dará alas como de paloma, y volaré y descansaré?*³¹. Y aquello: *¿Hasta cuándo los pecadores, Señor, hasta cuándo se gloriarán con insolencia los pecadores?*³². Así también dice el Señor a Moisés de los hijos de Israel que prometían obediencia: *Está bien todo lo que han dicho. ¡Ojalá fuera siempre así su corazón para temerme y guardar todos mis mandamientos y de esta forma ser eternamente felices, ellos y sus hijos!*³³. El santo Job también: *¿Quién, dice, me podrá procurar esta gracia, que me pongáis a cubierto y me escondáis en el infierno?*³⁴. Y: *¿Quién me dará que se escriban mis palabras? ¿Quién me dará que se graben en un libro?*³⁵. Así el propio Jeremías, ofendido de los pecados del pueblo, clama: *¿Quién me dará en el desierto una posada de caminantes para huir de mi pueblo, porque todos son adúlteros y una cuadrilla de prevaricadores?*³⁶.

12. Contraria de esta es la *imprecación*, como aquella de la reina Dido en la *Eneida* de Virgilio:

Mas antes, plegue a Dios, mil muertes muera,
la tierra se abra y donde estoy se hunda,
con fiero rayo Júpiter me hiera
y con el horrible infierno me confunda

²⁹ FRANCISCUS TITELMAN, *Naturalis philosophiae compendium*, lib. VII *De coelo et mundo*.

³⁰ Dt 32,28.

³¹ Sl 54,7.

³² Sl 93,3.

³³ Dt 5, 28-29.

³⁴ Job 14,13.

³⁵ Job 19,23.

³⁶ Jr 9, 1-2.

do siempre horror, do siempre persevera
 noche tenebrosísima y profunda,
 oh santa castidad, que te haga ultraje
 y que tu ley quebrante y homenaje³⁷.

No es infrecuente en las Sagradas Escrituras esta figura. Así el santo Job: *Perezca el día en que nació, y la noche en que se dijo: ha sido concebido este hombre*³⁸. Y Oseas: *Perezca Samaría, porque provocó a ira a su Dios*³⁹... Y en el salmo: *que sus mesas se vuelvan un lazo en presencia de ellos mismos*⁴⁰... De estas imprecaciones están llenos los libros de los profetas y de los salmos, las cuales no se han de considerar tanto como maldiciones o imprecaciones de males cuanto como profecías de venideras desgracias. Podemos usar de esta figura cuando, ponderando la acerbidad de las penas infernales o la severidad del juicio final, expresamos las voces de los condenados, con las cuales su rabiosa lengua maldice a los padres, a las amas, a los maestros y, en fin, al día en que nacieron y a sí mismos.

13. También la *admiración* debe contarse entre las figuras que sirven a los afectos, cuyo uso es frecuente en las Sagradas Escrituras. Lo vemos en aquellas de Jeremías: *¿Cómo esta ciudad tan populosa ha venido a quedar tan desierta y arruinada!*⁴¹. Y: *¿Cómo el oro se ha oscurecido! ¿Cómo ha mudado su color, que es tan hermoso!*⁴². Y: *¿Cómo el Señor en su saña cubrió de tinieblas a la hija de Sión!*⁴³. También Isaías: *¿Cómo caíste del cielo, Luzbel, tú, que aparecías tan brillante por la mañana!*⁴⁴... Y el salmista: *¿Qué tienes tú, mar, que huíste?, y tú, Jordán, por qué retrocediste?, y vosotros montes, brincando como carneros*⁴⁵... En este lugar se duplica la figura, cuando a la *admiración* se junta el apóstrofe. Se ve, pues, que esta es una figura, porque lo que se podría decir sencillamente: “esta ciudad populosa ha venido a quedar desierta y arruinada”, etc., se dice y hermosea con más fuerza.

³⁷ VIRGILIO, *Eneida*, IV, 24-27.

³⁸ Job 3,3.

³⁹ Os 14,1.

⁴⁰ Sl 68,23.

⁴¹ Lm 1,1.

⁴² Lm 4,1.

⁴³ Lm 2,1.

⁴⁴ Is 14,2.

⁴⁵ Sl 113, 3-4.

14. Hay asimismo otras figuras que sirven también mucho para dar vivacidad y para amplificar los asuntos como la *repetición*, *conversión*, *complexión*, *interpretación*, *sinatroísmos* o *congeries*, *contraria*, *contención*, y algunas otras, que pondremos entre las demás figuras de la *elocución*, ya que ahora solo hemos querido referir las que contienen notorios afectos. De todos modos, si alguno no quiere contarlas entre las figuras, no me opongo demasiado, con tal que comprenda la fuerza y naturaleza de ellas.

15. Hasta aquí lo que me pareció decir sobre el modo de amplificar en general. Vimos al principio de la segunda parte, que todo discurso se compone de tres partes, a saber, *argumentación*, *amplificación* y *exposición*, y ya hemos hablado de las dos primeras, solo queda que hablemos de la tercera parte, esto es, de la *exposición*.

De ella trataremos algo en la siguiente parte, cuando hablemos de la *narración* y del *género magistral*, en los cuales exponemos alguna cosa, sea cuando referimos un suceso, o cuando explicamos lo recóndito u oscuro.

PARTE CUARTA

**CLASES DE SERMONES
EN PARTICULAR**

1

LAS SEIS PARTES DEL SERMÓN

1. Expusimos hasta aquí las reglas comunes de la *invención*, que pertenecen universalmente a todo género de sermones. El buen orden de la doctrina pide que ahora tratemos de las especies particulares de sermones y que expliquemos qué es lo que cada una de ellas requiere y qué añade el predicador al orador. Según el sentir de Aristóteles y Cicerón, la materia del arte retórica versa sobre tres géneros de causas: *judicial*, *deliberativo* y *demostrativo*¹. En el género *judicial* acusamos o defendemos; en el *deliberativo* persuadimos, disuadimos, exhortamos, retraemos, pedimos, aconsejamos, etc.; en el *demostrativo* alabamos o vituperamos las personas, las cosas, los hechos.

2. A esto se agrega el género *magistral* o *didascálico*, y los que lo añadieron pretenden que este género de causa tenga mayor extensión, de modo que no solo abrace la cuestión definida, sino que se extienda también a la indefinida y a cualquier materia que pueda tratarse con orden. En este género se contienen las tesis o lugares comunes, y los simples y compuestos que trata el orador con método dialéctico. Así escribió Cicerón los libros *De officiis*, y no hacen otra cosa santo Tomás y los demás maestros de teología cuando hablan de Dios, de los ángeles, del alma, de la fe, esperanza, caridad y demás virtudes, tratando su naturaleza, género, especie, partes, causas y efectos. El fin de este género es el conocimiento, sin embargo, el predicador lo utilizará a fin de que

¹ M. T. CICERÓN, *Tópicos*, 91.

sirvan como normas de vida. De estos cuatro géneros, el judicial no pertenece a nuestro ámbito, según dijimos arriba; así que trataremos separadamente los otros tres, que son los que más convienen a nuestro propósito.

3. Teniendo en cuenta que para todo género de sermones y en especial para los persuasivos, que es el que más nos pertenece, es necesario conocer las principales partes de la predicación, previo a cualquier otra cosa haremos un resumen de ellas. Seis son las partes de una predicación completa y perfecta: *exordio*, *narración*, *proposición* —a que se agrega la partición o división—, *confirmación*, *oposición* o *refutación*, y *conclusión* o *peroración*².

4. El *exordio* es el principio de la predicación por el cual se dispone el ánimo del oyente para oír. La *narración* es una exposición de cosas sucedidas o como si hubieran sucedido. La *proposición* abarca el punto principal de la causa, a la cual se junta la partición, que descubre los miembros de la prédica. La *confirmación* es una exposición de nuestros argumentos con una aseveración. La *refutación* es la solución de los contrarios. La *conclusión* es el término del sermón realizado con una cierta habilidad.

5. Estas partes las enseñó la naturaleza, y manda guardar este orden: que antes que hablemos del asunto propuesto se concilie en el principio la disposición de los oyentes; después se vayan demostrando las cosas; luego se entable la controversia; en seguida se confirme lo que intentamos; después se rechacen aquellas cosas que pueden oponerse; y al final se amplifique y aumente lo que hace a nuestro favor, y se debilite y deshaga lo que favorece a los contrarios. La predicación, pues, que consta de estas partes es como un cuerpo compuesto de todos sus miembros y perfecto en su género. La primera parte sirve para conciliar la disposición, la última, para conmooverlos. La confirmación y refutación pertenecen al enseñar y probar, a la cual se encaminan las demás. De estas partes se compone la predicación cumplida y perfecta. Así, empecemos a declarar lo que requiere cada una de ellas.

² M. T. CICERÓN, *De inventione oratoria*, I, 34.

§ 1. EL EXORDIO

6. El *exordio* es aquello con que se prepara el ánimo del auditorio, para que estén bien dispuestos, atentos y dóciles³. Los retóricos enseñan aquí muchas cosas para captar la benevolencia, lo cual se consigue de cuatro modos: por la persona que predica; por las de los contrarios, por la del que escucha y por las mismas cosas. Y mencionan esto de la persona de los contrarios si es que los quisieran inducir al odio, envidia o desprecio, cosas todas muy ajenas a nuestro oficio. Nos bastará, pues, si los hacemos atentos y dóciles, por cuyo medio conseguiremos también su favor y gracia.

Podremos tener dóciles a los oyentes si exponemos brevemente el punto principal de la causa y así estarán atentos, pues dócil es aquel que quiere escuchar con atención. Y los tendremos atentos si les mostramos que les hablaremos de cosas grandes, nuevas, inusitadas, o de asuntos que pertenecen a la república o a los mismos oyentes, o al culto de Dios y a la religión, como también si les rogamos que nos oigan con atención y exponemos por orden las cosas que vamos a decir⁴.

§ 2. LA NARRACIÓN

7. Los retóricos que, como dijimos antes, inventaron esta arte para tratar principalmente las causas judiciales, después del exordio pusieron la *narración*, la cual es casi indispensable para tratar bien semejantes causas. Y aunque este género de narración conviene poco a nuestro propósito, hay otros cuatro géneros de narraciones que no pocas veces se presentan en los sermones: el primero es cuando para confirmar una cosa mencionamos algunos sucesos de las Sagradas Escrituras o de la vida de los santos; el segundo es el que se usa con el fin de amplificar; el tercero es el que sirve a una alegoría o tropo; el cuarto se refiere a la explicación del evangelio. Vamos ahora a comentarlos brevemente.

³ Cf. M. T. CICERÓN, *De inventione oratoria*, I, 20; S. AGUSTÍN, *De doctrina christiana*, IV, 12; PL 34,101.

⁴ CORNIFICIO, *Rhetorica ad Herennium*, I, IV, 7.

8. Decimos que el primer género refiere los hechos y ejemplos de los santos. Como si contásemos la historia de José, vendido por sus hermanos⁵; o la de David, Tobías, Judit, Ester, del profeta Jonás o de otros que mencionamos en el sermón por algún motivo. No se piense que es fácil a cualquiera decir con habilidad y elegancia semejantes ejemplos. Aquí reina principalmente la elocuencia para hacer agradable la narración, porque en ella han de intervenir los movimientos del alma, las palabras adecuadas al carácter de las personas, las que hacen familiar la prédica, como también algunas descripciones que ponga la cosa delante de los ojos. Debe igualmente convenir el género de sermón a las cosas mismas, y esto se logra si se exponen las cosas alegres agradablemente, las serias gravemente, las insignes hermosamente y dolorosamente las tristes.

9. Y aunque estas narraciones difieran a las de las causas judiciales, con todo deben tener las mismas cualidades que los retóricos atribuyen a aquellas, pues quieren que toda narración sea *breve, clara, verosímil y agradable*. La *breve y agradable* se oye con mayor gusto; la *clara* más fácilmente se entiende; la *verosímil* se acepta más rápido. En el principio de la narración ordinariamente se estila poner cierta preparación; y al fin, una como peroración (conclusión) y transición a la comparación, lo cual debe también observarse en las demás partes para que haya entre ellas enlace y conexión, unidas apropiada y elegantemente. Estas cosas, pues, conviene que tenga la narración. Y sabiendo ya lo que debe hacerse, conviene que sepamos ahora de qué manera debe hacerse.

10. Podemos narrar una cosa *brevemente* si empezamos a referirla desde donde sea necesario, y no desde su primer principio; resumida, llegando hasta donde queremos, no hasta el fin de la historia; sin usar transiciones y sin irse por las ramas; y expuesta de tal modo que por el éxito del suceso puedan intuir lo que pasó antes sin que lo hayamos narrado. Por ejemplo, digo: “He vuelto de la provincia”, se entiende que antes había ido a ella. Y generalmente es mejor pasar por alto no solo lo que daña, sino también lo que ni daña, ni aprovecha. Hay que ir también con

⁵ Cf. Gn 37, 26-28.

cuidado de no decir de nuevo lo que ya dijimos antes, para no repetir fastidiosamente dos o más veces una misma cosa, por ejemplo: “Desde Atenas vino Simón una tarde a Megara; así que llegó a Megara, puso asechanzas a una doncella; después que le puso asechanzas, la forzó en el lugar”.

11. Narraremos una cosa con *claridad* si exponemos primeramente lo que primeramente sucedió, guardando el orden de las cosas y del tiempo, tal como ellas sucedieron o como parezca que hubieran podido suceder. Hay que cuidar que no digamos nada confusa, torcida, ambigua ni repetidamente; que no nos pasemos a otro asunto; que no lo contemos desde su origen; que no lo alarguemos; que nada omitamos de cuanto al asunto pertenece, y observemos lo que se previene acerca de la brevedad. Porque cuanto más breve, tanto más clara y de fácil inteligencia será la narración.

Será *verosímil* si hablamos como lo pide la costumbre, la opinión, la naturaleza; si se guarda el orden de los tiempos, la dignidad o decoro de las personas, el motivo de los consejos, la oportunidad de los lugares, para que no pueda oponerse o que hubo poco tiempo, o que no hubo causa, o que el lugar no fue proporcionado, o que los mismos hombres no lo pudieron hacer o padecer⁶.

Finalmente será *agradable* la narración si contiene cosas nuevas, inesperadas, grandes y de peso.

12. El segundo género de narración dijimos que era aquel que se toma para amplificar, por ejemplo, los esclarecidos hechos de los santos, o los depravados ejemplos de los malos. De esta manera amplifica Orígenes la obediencia de Abrahán en el sacrificio de su hijo, Gregorio Nacianceno la vida y muerte del glorioso mártir Cipriano, san Basilio el martirio de los cuarenta soldados, y san Juan Crisóstomo la constancia y valor de aquellos tres jóvenes que mandó Nabucodonosor echar en el horno. Este género de narración requiere todavía mayor fuerza de elocuencia que el arriba dicho. Porque a este sirven principalmente aquellas amplias descripciones de las cosas y personas y todo lo demás que dejamos dicho de la amplificación en la parte precedente. Y nada puede ayudarnos más a la inteligencia de esta habilidad que haber

⁶ CORNIFICIO, *Rhetorica ad Herennium*, I, IX, 14-16.

leído bien los escritos de los sobredichos santos padres, anotando diligentemente las perfecciones del arte que hay en ellos. De esto discurriremos con alguna extensión cuando llegemos al género demostrativo.

13. El tercer género es el que sirve a la alegoría y sentido místico de las Sagradas Escrituras. Antiguamente los santos padres, y en especial Orígenes, se detuvieron muchísimo en explicar estos sentidos místicos, y es muy importante para el oficio del predicador, por eso explicaré brevemente lo que creo conveniente sobre este punto. Entre los sentidos místicos, unos pertenecen a reformar las costumbres, otros a explicar el misterio de Cristo: *tropología* y *alegoría* respectivamente. Los primeros se refieren a la filosofía moral y a la ley y enseñanza de vida; estos, a la fe de Cristo y a la explicación de la gracia del evangelio. Por lo cual, se ve que es mayor la dignidad de la alegoría, en cuanto la tropología contiene la declaración de la ley divina, en cambio la alegoría demuestra el beneficio de la gracia divina; aquella realmente instruye al entendimiento, mas esta, habiendo propuesto la grandeza de la divina gracia, bondad y misericordia, enciende la voluntad. Y así, como el predicador debe enseñar, inclinar y deleitar, la tropología solo enseña, mas la alegoría enseña y también inclina y deleita. Deleita poniendo ante los ojos la felicísima noticia del evangelio y de la divina liberalidad y gracia; inclina cuando, habiendo expuesto esta grandeza tan superior de la divina bondad y caridad, enciende eficazmente las voluntades de los hombres al recíproco amor de Dios, al aborrecimiento del pecado y a la esperanza de su salvación.

14. El nombre de *alegoría* comprende muchas cosas pertenecientes al misterio Cristo, y el género de alegoría más excelente es el que principalmente declara el soberano beneficio de nuestra redención, el mérito de la pasión del Señor y la admirable fuerza y eficacia de la divina gracia que por él se nos concede. Porque estas cosas, expuestas y amplificadas con precisión, arroban maravillosamente los entendimientos humanos a la admiración de cosas tan grandes e inflaman poderosamente el amor a la divina bondad, benignidad, caridad y misericordia. Ahora bien, nadie podrá encender estos afectos con el uso de las alegorías si antes no hubiere adquirido esta tan

grande gracia de la dignación divina, parte con el estudio y doctrina, y parte con el secreto magisterio del Espíritu Santo, recibiendo de él no solo el conocimiento, sino también el sentido de ella. Esto pertenece a la *Teología mística*, la cual en lo relativo a la dignidad de las cosas divinas conoce más amando y gustando, que no entendiendo porque su maestro cierto y legítimo es el Espíritu Santo. Aquel que aprenda con tan soberano maestro, no hay duda que podrá con la práctica de semejantes alegorías encender los ánimos de los hombres en el amor de Dios y aborrecimiento del pecado, y transfundir en otros con su elocuencia el movimiento y afecto mismo de que él se sienta penetrado.

15. Pero hay algunos, especialmente en nuestra época, que contentándose solo con el sentido que llaman literal, huyen de los sentidos místicos. Otros hay por el contrario, que en casi todas las citas de las Sagradas Escrituras procuran indagar estos sentidos; en lo cual en otro tiempo fue censurado Orígenes por san Jerónimo, hablando así de él:

Se pasea por las libres campiñas de la alegoría, e interpretando los nombres de cada singular, hace pasar sus inspiraciones por sacramentos de la Iglesia.

Por tanto, debe usarse este sentido con medida y según el justo medio, es decir por lo real, no buscando alegorías sino cuando el mismo asunto parece que pide el sentido místico. Porque cuando el Señor en el evangelio hace barro con su saliva y lo pone en los ojos del ciego y lo envía a la piscina de Siloé⁷; y cuando retira de la muchedumbre al sordomudo y, escupiendo, toca su lengua y le mete los dedos en sus oídos, y gime y mira al cielo⁸, claramente nos dan a entender todas estas cosas que aquí se oculta algún misterio.

16. Juzgo, pues, que en este asunto debe guardarse la regla que dió el mismo Orígenes; que cuantas veces se encuentre alguna cosa en la historia sagrada o en los preceptos, sacrificios y ceremonias de la antigua ley que a primera vista parezca ser ociosa o en apariencia supersticiosa o menos conforme a la razón y equidad, busquemos allí el sentido místico para que

⁷ Cf. Jn 9,11.

⁸ Cf. Mc 7,34.

aquello que en la letra parece poco conveniente a la dignidad del escritor o legislador se entienda que es muy conveniente gracias al sentido místico. Por ejemplo: parece poco ajustado a la equidad de la divina ley que la mujer que dé a luz un hijo esté impura por siete días y que se abstenga de tocar cosa sagrada, y que si da a luz una hija sea doble este tiempo de la impureza legal⁹. Asimismo, por qué causas el varón limpio que por orden del Señor quema una vaca expiatoria de las inmundicias legales y que, recogiendo sus cenizas, las alza en lugar muy limpio, debe lavar su ropa y quedar impuro hasta la tarde por disposición de la ley¹⁰, cuando es cierto que nadie se ensucia por obedecer a la divina ley, ni por tocar una cosa limpiísima. Además, se manda que se escoja una vaca roja¹¹ y sin mancha, que nunca haya llevado yugo y que se deba sacrificar y quemar fuera del campamento, no en el templo; y que de tal suerte sea quemada que también con ella se quemen a un tiempo su piel y su estiércol. ¿Habrá alguien que no piense que esto encierra un misterio? ¿Y qué diremos del sacrificio del leproso limpiado? Tantas cosas encierra que, si no designaran nada espiritual y arcano, parecería indigno de un Dios legislador.

17. En el capítulo 14 del Levítico leemos sobre este caso de la lepra:

Será llevado al sacerdote, el cual, saliendo del campamento, así que reconociere curada la lepra, mandará al que se ha de purificar que ofrezca por sí dos pájaros vivos y puros, leña de cedro, grana e hisopo. Después mandará inmolar una de las aves en un vaso de barro sobre las aguas corrientes, y teñirá al otro vivo con la sangre del inmolido, y con ella rociará siete veces al que ha de expiarse para quedar bien limpio, y soltará al pájaro vivo para que vuele al campo¹².

Explicando, pues, estas y otras semejantes leyes, dice Orígenes:

Si creemos que estas leyes son divinas, es preciso que confesemos que se esconde en ellas algo espiritual y divino, digno de tan gran legislador. De otra suerte, me atrevo a decir que más convenientes y saludables fueron a

⁹ Cf. Lv 12, 2-5.

¹⁰ Cf. Lv 11,25.

¹¹ Nm 19, 2-8.

¹² Lv 14, 2-7.

los hombres las leyes de los atenienses o de los lacedemonios. Mas, ordenando el mismo Señor en el sacrificio del cordero pascual que sea de un año, que sea sin mancilla, que se coma en una casa, que no se quiebren sus huesos, que nada se guarde para el otro día, sino que se queme al fuego su residuo y, finalmente, que se coma asado y no cocido¹³, ¿quién estará tan fuera de juicio que no crea que todas estas cosas están llenísimas de sentidos misteriosos?¹⁴.

Y aquí san Gregorio, comentando el hecho de que no se debía comer nada crudo del cordero, razona de que hay en todas estas cosas un sentido espiritual oculto. De otra manera sería ocioso prohibir comer carne cruda, ya que nadie la come así, sino las bestias carnívoras¹⁵.

18. Sentado esto, debemos explicar de qué modo han de tratarse estos sentidos místicos. Primero, expondremos clara y brevemente lo referente a la ley misma o a la historia de los hechos memorables, como antes dijimos con la narración. Pero con esta observación, que tanto de una como de otra solo digamos aquella cosa de la cual vamos a explicar el sentido místico, dejando de lado todo lo que no sea necesario para el conocimiento de la historia. Por ejemplo: si a partir del sacrificio de la vaca mencionada anteriormente, yo quiero declarar la gracia de la redención de Cristo y la virtud de los sacramentos que de su pasión sagrada dimana, omito el otro misterio de la misma ley, el de aquel que quemó la vaca y guardó sus cenizas en lugar limpio y él quedó impuro hasta la tarde, y solo menciono aquellas cosas que pertenecen a la sagrada humanidad de Cristo, para no cargar inútilmente la narración de muchas cosas cuyos misterios no quiero declarar.

19. Al contrario, si quisiera enseñar que el linaje humano, condenado a la muerte por culpa del primer padre, no fue resucitado por la ley de Moisés, sino por el beneficio de la encarnación del Señor, por medio del cual, reconociendo los hombres aquella infinita bondad y caridad de Dios, comenzaron a arder en amor suyo, narraré de la historia del niño que resucitó

¹³ Cf. Ex 12, 5-11.

¹⁴ Cf. ORÍGENES, *In Leviticum*, sermo I, 1; PG 12,405.

¹⁵ Cf. S. GREGORIO MAGNO, *Moralium*, XXII, 22; PL 76,246.

Eliseo solo aquellas cosas que sean del caso para explicar este misterio: que la anfitriona del santo varón acudió a él, que el profeta envió a su criado con el báculo para que le pusiera sobre el cadáver, que no obstante eso no pudo resucitar al muerto hasta que vino su amo, que cuando Eliseo llegó contrajo su cuerpo a la medida del cuerpo del niño difunto, la carne de este entró en calor, abrió el niño los ojos y al fin vino de este modo a recuperar la vida que había perdido¹⁶. Puesta así a los ojos la ley o la historia, hay que demostrar primeramente que estas cosas ocultan algún misterio, con las razones que indica Orígenes y que ya dijimos. Porque hablando de Eliseo, ¿a qué propósito el Señor, autor de la vida y de la muerte, habrá querido resucitar a un muerto por una tan nueva manera que no parecía ser conducente al intento?

20. Luego, pues, que con estas razones se ha despertado la atención de los oyentes y movido en ellos el deseo de entender este misterio, emprendemos entonces su explicación, acomodando cada una de sus partes a cada parte de la historia o de la ley; y esto, en cuanto lo permita la claridad del discurso, usando voces traslaticias que se entienda que aluden a la ley o a la historia propuesta; lo cual se ha de ejecutar con tal moderación que aparezca la oración sembrada, mas no cubierta de metáforas, para que no cause oscuridad, y la alegoría no se transforme en enigma. No conviene de ninguna manera detenerse mucho en la interpretación de los nombres, como hacen algunos, sino que explicándolos con brevedad, hay que acentuar en aquello por lo cual se puso la alegoría y amplificar a veces más largamente aquello que intentamos.

21. Por último, como las reglas acerca de esto son muchas y solo podemos presentar un breve resumen, el estudioso predicador que desee dedicarse laudablemente a explicar estos sentidos místicos, debe leer con atención los libros que escribió Orígenes sobre el Pentateuco de Moisés, y aprenderá con mucho fruto el modo en que debe ser tratada esta parte principal de la teología. Hay también una obra en este género de argumento de Rodolfo Flaviano sobre el Levítico, digna por cierto de que la lean los predicadores aplicados. Además existe una recopilación de alegorías y sentencias morales de treinta padres antiguos, en la que

¹⁶ Cf. 2Re 4, 25-37.

el predicador piadoso hallará recogidas muchas cosas en este género dignas de saberse.

22. Resta el cuarto género de la narración, que trata de la explicación de la lectura evangélica; cuya fuerza y razón explicaremos en su lugar.

§ 3. LA PROPOSICIÓN Y PARTICIÓN

23. La *proposición* es la que brevemente comprende el estado y punto principal de toda la causa. Es principio de toda la confirmación, y por eso jamás puede omitirse. Si la proposición no es simple, se le añade la *partición* o división, que es una breve relación o enumeración de las partes de la proposición. Y es de dos maneras: una, que se usa solamente en el género judicial, por la cual declaramos aquello en que convenimos con los contrarios, y qué es lo que se queda en cuestión; otra, que se puede usar en todo género de causas, es aquella por la cual explicamos de cuántas y de cuáles cosas hemos de hablar, y mostramos el orden que usaremos en el discurso, para que se sepa qué es lo que se va a decir, de qué materia, o en qué lugar. Esto hace sobremanera dócil al oyente, dándole a conocer el orden con que se ha de tratar cada parte de aquellas que propuso; y además da gran luz a la memoria, que es útil y necesaria no solo al orador, sino también a cualquiera que reflexione sobre cualquier asunto.

24. Hay que cuidar que la partición no sea oscura ni demasiado larga, ni dicha de muchas maneras, y que no se confundan los géneros mezclándolos con las partes. Por tres cualidades principalmente se hace recomendable: por la perfección, por la brevedad y por no constar de ordinario más que de tres miembros, o alguna vez de cuatro. Bien puede suceder que alguna parte de la división, para facilitar más su inteligencia, se haya de subdividir, como lo hizo Cicerón en la oración *Por la ley Manilia*¹⁷,

¹⁷ La *Lex Manilia* (aprobada en el 66 a.C.) fue propuesta por el tribuno Gayo Manilio para conferirle a Pompeyo plenos poderes en las guerras contra Mitrídates, rey del Ponto. A favor de ella, y en contra del parecer de la aristocracia, habló Cicerón. Se trata de Mitrídates VI (132 - 63 a.C.), rey en el norte de Anatolia entre los años 120 y 63 a.C. Se le recuerda como uno de los principales enemigos de Roma, que se vió obligada a enviarle a Sila, Lúculo y Pompeyo el Grande. El desencadenante del conflicto fue el intento de Mitrídates

cuando se trataba de elegir capitán para la guerra contra Mitrídates. La primera división fue: «Me parece que lo primero ha de ser hablar del género de la guerra; luego de la grandeza; después de elegir capitán general». Y habiendo concluido los dos miembros propuestos de la división, luego que llegó al tercero, usó de esta división: «Mi dictamen es que en un gran capitán se deben hallar estas cuatro cualidades: valor, inteligencia en las cosas de la guerra, autoridad y felicidad»¹⁸. Esto se ha dicho de la partición en general, de la que más abajo diremos algo.

25. Hay otras muchas cosas que enseñan los dialécticos de la razón y naturaleza de la división, las cuales deberán tomarse de ellos. Y por lo que mira a nuestro intento, se ha de reparar también que los miembros de la división estén unidos entre sí, de modo que se contengan unívocamente bajo un mismo género. En lo cual faltan muchos neciamente, pues se contentan solo con el sonido del nombre y unen miembros muy distintos bajo un mismo nombre. De lo cual tengo vergüenza de poner algún ejemplo. Ciertamente caen en esta falta los que, poniéndose a explicar *la ciudad fundada sobre un monte*¹⁹, hacen monte al santo de quien han de predicar, luego a la Iglesia, después al alma de un varón justo; y así dicen que ellos han de hacer un sermón de tres montes. Se pueden ver a cada paso innumerables vicios de este género en muchos autores que han escrito sermones.

26. Y como muchos caen gravemente en esta falta sobre el modo de dividir, y este defecto induce a confusión en todo el cuerpo del sermón porque todo se desarrolla a partir del modo y orden de la división, diré brevemente lo que el predicador debe tener en cuenta en esta parte. Ante todo mire bien lo que pretende hacer en todo su sermón, ponga la mirada en el punto principal que quiere tratar, después considere las razones con que quiere persuadirlo, y con madura deliberación póngalas en buen orden. Y así, al cabo podrá reunir las partes de la división de modo que incluyan en sí el tema principal del sermón. Esto se descubre en aquella división ciceroniana que poco antes referimos, dejando las demás reglas que sobre esto pueden darse al juicio del prudente

de destronar a Nicomedes IV, rey de Bitinia. Después de las tres Guerras Mitrídáticas (88-84; 83-82; y 75-65 a.C.), fue derrotado por Pompeyo.

¹⁸ M. T. CICERÓN, *Pro lege Manilia*, X, 28.

¹⁹ Mt 5,14.

predicador, puesto que, según opina Cicerón, todo este buen método de donde nace la división, lo enseña más la prudencia que las reglas del arte.

§ 4. LA CONFIRMACIÓN Y REFUTACIÓN

27. Hemos dicho que la cuarta y quinta parte de la oración son la *confirmación* y la *refutación*, que algunos comprenden debajo del nombre de contienda y prueba, y por eso las hemos colocado aquí para comentarlas. La contienda contiene la disputa de toda la cuestión, y consta de confirmación y refutación; la confirmación aprovecha para probar, porque deliberando da crédito a la cuestión, mientras que a la refutación compete el rechazar o impugnar, disolviendo los argumentos de los contrarios que se hayan objetado o que se puedan llegar a objetar. A la parte de la prueba pertenecen todas las cosas que se han dicho en la segunda parte, tanto sobre la invención de los argumentos como sobre las formas de las argumentaciones, todas las cuales manan de las fuentes de los dialécticos. Pero como el predicador no solo debe instruir, que es propio de los dialécticos, sino también deleitar y mover, la confirmación de los oradores es más brillante y adornada que aquella enjuta argumentación de los dialécticos, a quienes sin embargo los retóricos deben toda la robustez y nervio del discurso, si quieren probar o reprender algo con argumentos. Por otro lado, en la parte anterior vimos con qué figuras del discurso se ilustran y adornan las argumentaciones retóricas, cuando hablamos de la manera de argumentar.

§ 5. LA OPOSICION Y REFUTACIÓN

28. Cicerón enseña con qué argumentos se deshace, enflaquece o disminuye la confirmación del contrario:

Es censurada toda argumentación cuando no se concede alguna o no se acepta ninguna de las cosas que se han propuesto, o cuando concedidas se niega que se infiera de ellas la conclusión, o también cuando el mismo género de la argumentación muestra ser vicioso, como cuando enseñamos que en las premisas se tomaron cosas falsas

por verdaderas, o si contra una argumentación firme se pone otra, tanto o más firme²⁰.

Estas cosas las explica más por extenso en el libro I *De la invención oratoria*, y Cornificio en el libro II de la *Retórica bereniana*, y Quintiliano en el libro V, capítulo 13.

También usamos de otros modos de disminución cuando nos réimos de los argumentos del contrario con la excusa, si se alega la edad, la imprudencia, el sexo; con la deprecación, si se alude a una recíproca acusación; o con la inversión de las armas con que nos ha embestido.

§ 6. LA CONCLUSIÓN O PERORACIÓN

29. *Peroración* –según enseña Cicerón– es la última parte del discurso, término habilidoso de la oración y que consta habitualmente de *enumeración* o de *afectos*. *Enumeración* es por la cual las cosas que se dijeron difusa y separadamente, se proponen juntas en resumen. Si la enumeración se hace siempre de una misma manera, todos van a pensar que es algo artificial. Pero si se hace variada, podrá evitarse esa sospecha y fastidio. Por lo cual conviene hacer lo que hacen muchos, para mayor facilidad, que es repasar brevemente todas las argumentaciones tocando una por una todas las cosas. Después –algo que es más difícil–, debes decir lo que habías propuesto en la división, aquello de lo que prometiste hablar, y recordar las razones por las que confirmaste cada parte, mostrando a los oyentes que aquellas cosas que ellos querían que se les aclarase, las has demostrado, diciendo por ejemplo: “Vimos esto, mostramos aquello claramente”; y así se refresca la memoria del auditorio y piensa que no debe desear nada más. Y en estos géneros, como dijimos, debes recorrer uno a uno tus argumentos; luego, lo que necesita más habilidad, juntar la argumentación de los contrarios mostrando al mismo tiempo cómo se disolvieron. Y así por una breve comparación el oyente recordará la confirmación y la refutación.

30. Conviene también variar con otras maneras de decir las cosas. Porque, aunque se puede repetir en primera

²⁰ M. T. CICERÓN, *De inventione oratoria*, I, 79.

persona lo que se dijo y en qué lugar, con todo, se puede introducir una persona o una cosa y atribuirle toda la enumeración, de este modo: “Si se presenta el legislador y os pregunta, qué dudas, qué puedes decir, siendo que esto y esto otro se os ha demostrado”. Y aquí asimismo, como en propia persona se puede recorrer una a una todas las argumentaciones, ya reduciendo a las particiones cada uno de los géneros, ya preguntando al oyente qué es lo que desea, ya en fin comparando tus argumentaciones con las contrarias. Por otra parte, si el razonamiento se atribuye por enumeración a alguna cosa, como a la ley, al lugar, a la ciudad, al monumento, se puede hacer de esta manera: “¿Qué si pudieran hablar las leyes? ¿Por ventura no se quejarían ante vosotros de estas cosas? ¿Qué más deseáis, jueces, puesto que se os ha hecho claro esto y esto?”. También en este género es lícito usar de todos los mismos modos. Pero es regla común para toda la enumeración que de cada una de las argumentaciones, como no se puede decir todo otra vez, se escoja lo que fuere principal; y así escogido, se diga con la mayor brevedad que sea posible, para que no parezca que se repite la oración, sino que únicamente se renueva la memoria²¹.

31. Semejantes cosas a estas dice Quintiliano, que aunque pertenezcan más a las causas judiciales, podemos entresacar de ellas muchas que conduzcan no poco a nuestro fin, sobre todo en la peroración del género persuasivo. Porque de los semejantes fácilmente se sacan los semejantes. Dice Quintiliano:

Las cosas que volveremos a tocar en la peroración se han de decir brevisísimamente y recorriendo las principales, como dicen los griegos. Porque si nos detenemos, ya no será hacer enumeración, sino casi un sermón nuevo. Mas las cosas que parezca que se tienen que mencionar, se deben decir con algún peso, excitarse con sentencias apropiadas y variarse asimismo con figuras. De otra suerte no hay cosa más fastidiosa que aquella larga repetición, como que desconfía de la memoria de los jueces. Ahora bien, son innumerables, y es muy buena la que trae Cicerón contra Verres: “Si el mismo padre fuera juez, ¿qué diría, al ser probadas estas cosas?”²². Después juntó la enumeración. O como cuando también contra Verres

²¹ M. T. CICERÓN, *De inventione oratoria*, I, 98-100.

²² M. T. CICERÓN, *In Verrem*, II, 5, 136.

cuenta los templos despojados por el pretor con la invocación de los dioses. Además es lícito dudar, si acaso se nos ha pasado algo por alto, y expresar qué responderán los contrarios a esto y esto, o qué esperanza le queda al acusador después de dadas todas sus defensas.

32. Es muy agradable aquella enumeración, si acontece que se traiga algún argumento del contrario, como si dices: “Mas no tocó esta parte de la causa, o quiso callarla más por malicia, o se acogió a los ruegos, y con razón, pues sabía esto y esto”. Pero no se tienen que enumerar todas las especies, para que no parezca que no hay más que lo que acabo de decir, cuando también nacen ocasiones de las causas, de los dichos de los contrarios, o de ciertos acontecimientos. Tampoco se han de referir solo nuestras cosas, ha de pedirse también a los contrarios que respondan a algunas. Pero esto si hubiera lugar a la acción y si proponemos las cosas que no pueden ser refutadas²³.

33. La otra parte de la peroración dijimos que consta de afectos. Ciertamente que en las causas judiciales los retóricos se esfuerzan en excitar las pasiones de ira y conmisericación. El acusador procura mover a la indignación contra el delito que acrimina. El defensor se vale de la conmisericación para librar al reo. Así el acusador, luego que probó que el delito fue cometido, amplificando su atrocidad, clama por la venganza y castigo; el defensor, al contrario, una vez que probó con argumentos la inocencia del reo, exhorta al perdón y a la misericordia. De esto se deduce que los afectos de la peroración han de convenir y andar hermanados con la razón de la causa que se haya tratado.

34. De este modo, pues, el prudente predicador, conforme a la razón del argumento y materia, que principalmente trató en su sermón, dejada la sutileza de la argumentación, debe desplegar las velas de la amplificación, pero de tal modo que tenga coherencia con la parte precedente de la oración, siendo unas veces más extensa y otras más sucinta. Y una vez probada con argumentos la dignidad y utilidad del asunto, si persuadimos, añadiremos estímulos al fin de la exhortación; y al contrario, si disuadimos, incitaremos fuertemente al odio, desprecio y aborrecimiento del asunto. Por eso, si bien debe sembrarse con

²³ F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VI, 1, 2-6.

variedad por todo el contexto del sermón, sin embargo ocupa el primer lugar al final, porque entonces es cuando ha de inclinarse al oyente, o bien para apartarle de alguna torpe acción, o bien para moverle a las honestas. Conforme a lo cual dice san Agustín:

Si los oyentes deben ser movidos antes que enseñados, es necesario usar de mayor energía en el hablar para que no se entorpezcan en hacer lo mismo que ya saben, y para que den su asentimiento a las cosas que confiesan ser verdaderas. Y ahí es donde son necesarias las súplicas, reprensiones, persuasiones, apremios y todo lo que sirve para conmover los ánimos²⁴.

Y un poco después:

Mas cuando se enseña lo que se ha de hacer y se enseña para que se haga, en vano se persuade que es verdad lo que se dice, en vano agrada el modo mismo con que se dice si no se dice de modo que se logre que se haga. Conviene que el predicador elocuente, cuando persuade alguna cosa que deba hacerse, no enseñe solo para instruir, no deleite solo para entretener, sino que convenza e incline para triunfar²⁵.

35. Poco antes, en el mismo capítulo, sobre el mismo género había dicho el santo doctor:

Así como has de deleitar al oyente para obligarle a oír, así has de inclinarle para moverle a obrar. Y así como se deleita si hablas con dulzura, así se rinde si ama lo que prometes, si teme lo que amenazas, aborrece lo que arguyes, abraza lo que celebras, se duele de lo que encareces que uno debe dolerse, se regocija cuando predicas alguna cosa alegre, se compadece de los que pones a la vista dignos de compasión, huye de los que con horror gritas que uno se debe guardar, y todo lo demás a que puede llegar una gran elocuencia, a fin de conmover los ánimos de los oyentes, no para que sepan lo que han de hacer, sino para que hagan lo que ya saben que se debe hacer. Pero si aún lo ignoran, sin duda alguna deben ser antes enseñados que movidos²⁶.

²⁴ S. AGUSTÍN, *De doctrina christiana*, IV, 4, 6; PL 34,91.

²⁵ S. AGUSTÍN, *De doctrina christiana*, IV, 13, 29; PL 34,102.

²⁶ S. AGUSTÍN, *De doctrina christiana*, IV, 12, 27-28; PL 34,101.

Así podrán usarse estos afectos y figuras que refirió el santo doctor, después del epílogo o enumeración, que es la otra parte de la peroración. Pues, probada ya la causa, como si se hubiese juntado un gran montón de leña, facilísimamente se levanta la llama de los afectos. La cual será tanto más ardiente cuanto la prueba fuere más firme y eficaz.

36. Por último creo que debo advertir que el epílogo de los argumentos debe preceder a esta última parte de la prédica que Cicerón llama amplificación. Porque no solo se recoge la suma de los argumentos para que se refresque la memoria de los oyentes, sino para que todas las cosas a un tiempo y brevemente amontonadas asalten juntas y de golpe los ánimos de los oyentes y hagan en ellos el efecto que deseamos. A esta enumeración de argumentos se sigue oportunamente la amplificación, con la cual o apartamos de alguna maldad, o exhortamos al amor de aquella virtud de que hemos hablado en el sermón, aplicando para esto estímulos fuertes y vivaces.

37. Es también un modo de perorar muy acomodado cuando exhortamos determinadamente no a una sola virtud, sino a todas las virtudes y sus funciones, a las cuales se promete el galardón de la vida eterna. Género de peroración que usó san Pablo de modo exquisito en la *carta a los romanos*, que concluyó con la enumeración de casi todos los oficios y las virtudes; y no solo en esta carta, sino también la escrita a los hebreos y las demás las terminó con estas exhortaciones de virtudes y de diversos oficios u obligaciones de cada uno.

38. Alguna vez no será inútil discurrir sobre la gloria celestial y la bienaventuranza de los santos en el reino del Padre, para que coronemos el banquete de la espiritual doctrina con este delicadísimo plato para las almas. Esto lo hizo muy hermosamente san Cipriano en el sermón *De la mortalidad*²⁷. Estos dos últimos géneros de peroración podrán venir bien en todos los sermones, de cualquier asunto que sean. Porque las cosas que son más poderosas para inclinar y rendir los ánimos, o de mayor gusto para recrearlos, se han de guardar siempre para la última parte de la prédica, por la cual se hace juicio de todo el sermón.

²⁷ S. CIPRIANO, *De mortalitate*, 26; PL 4,624A.

39. Resumiendo, hemos hablado de las seis partes de la predicación perfecta, que tienen lugar principalmente en el género de la persuasión y de la disuasión, de lo cual hablaremos a continuación.

2

PRIMER MODO DE PREDICAR DEL GÉNERO PERSUASIVO

1. Explicadas estas partes del sermón perfecto, resta que descendamos a tratar de los peculiares modos de predicar. Primero del *persuasivo* y *disuasorio*, que están comprendidos bajo el género *deliberativo* como quedó dicho más arriba. Es tan propio del predicador este género, que en todos los sermones —ya sean de santos, de los beneficios de nuestra redención, o versen sobre la declaración de los evangelios y demás libros sagrados— debemos proponernos por objetivo de todo y de cada parte del sermón exhortar a los hombres a la piedad y justicia, y hacerlos concebir horror a los vicios, que es lo que a este género pertenece. A esto se ha de ordenar siempre toda nuestra predicación.

2. Hemos hablado más que suficiente de este género, al considerar la fuerza y motivos de las seis partes de la predicación, que en ningún otro lugar se hallan con tanta facilidad sino en este género. Por eso, lo que afirmamos de estas partes lo vamos a aplicar ahora a este modo de predicar.

3. El exordio en este género hará en primer lugar atento al auditorio, una vez que hemos expuesto la dignidad o necesidad del asunto que vamos a predicar. Porque todos oyen atentamente aquellas cosas que son muy decorosas, o que piensan que les son muy necesarias. Por ejemplo: si quiere alguno desarraigar con su predicación los viejos odios de los hombres, podrá decir en el exordio que este es un gravísimo pecado, como dice san Juan: *El*

*que aborrece a su hermano es homicida*¹. Después, que este delito está clavado en el pecho desde muy antiguo, y a lo largo de este tiempo este pecado engendra otros innumerables pecados. Finalmente, que este delito se extiende muchísimo, porque como es cierto que a cada paso se hallan hombres inoportunos y malvados que dan a todos ocasiones de iras y de enojos, por eso mismo es importante que tan gran peligro y mal tan trascendente que de sí produce tanta muchedumbre de delitos, se arranque de raíz de los corazones de los oyentes. Por el contrario, para persuadir una virtud, pondremos brevemente alguna insigne alabanza suya, su conveniencia o necesidad y cuánto nos importa tener bien explorada y conocida su dignidad.

4. San Cipriano en el sermón *De la paciencia* empieza por esta necesidad diciendo:

Puesto que tengo que hablar, hermanos carísimos, de la paciencia, y debiendo predicar de sus utilidades y conveniencias, ¿de dónde empezaré mejor que de la necesidad que veo tenéis ahora vosotros mismos de la paciencia para oírme, de tal suerte que ni aun esto mismo que oís y aprendéis lo podéis hacer sin paciencia? Solo entonces se aprenden eficazmente las palabras y razones saludables cuando se oye con paciencia lo que se dice. No encuentro tampoco, carísimos hermanos, entre los caminos de la celestial enseñanza por los cuales la profesión de nuestra fe y esperanza se dirige a conseguir los premios de Dios, que haya ninguno más útil para la vida o mejor para llegar a la gloria que el que nosotros cumplamos los preceptos del Señor con temor y devoción, y conservemos con todo cuidado la paciencia. Hasta los filósofos sectarios dicen tenerla, pero tan falsa es en ellos la paciencia como la sabiduría².

5. La narración apenas tiene lugar en semejantes causas, pero la proposición y división es necesaria. La proposición, para que entiendan los oyentes a dónde se encamina principalmente nuestro sermón: en este punto faltan gravemente algunos predicadores, y como no proponen al principio el objetivo de su sermón, apenas si hay alguno de los oyentes que se de cuenta a dónde va a parar y qué intenta hacer, y así el que oye queda

¹ 1Jn 3,15.

² S. CIPRIANO, *De bono patientiae*, 1-2; PL 4,645C-647A.

incierto y perplejo, sin comprender lo que puede colegir de la doctrina. Lo primero ha de ser proponer el objetivo, para que el oyente vea claro a dónde se encaminan aquellas sentencias y razones.

6. Inmediata a la proposición es la división, que divide el asunto en partes. Se tiene que tomar con frecuencia de los géneros de las cosas que son apetecibles o aborrecibles, ya sea que persuadimos o disuadimos. Es tal la naturaleza de la voluntad humana que nada puede querer sino lo bueno o lo que se viste con apariencia de bueno, por eso hemos de procurar manifestar que todas las razones de bien se hallan en lo que persuadimos. Tres son los géneros de bienes que los filósofos establecen: *honesto, útil y deleitable*; conviene entonces que nos esforcemos en probar cuanto nos es posible que estos mismos se hallan en lo que persuadimos. Pero los retóricos, para facilitar más la enseñanza, añaden a los tres géneros de bienes dichos otros tres: *seguro, fácil, necesario*, tratando de que todos, o al menos la mayoría de estos géneros de bienes se encuentren en lo que persuaden.

7. En relación a lo *honesto* persuadió el celestial Maestro cuando dijo a aquel joven: *Si quieres ser perfecto, anda y vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres*³... Por lo *útil* persuade san Pablo cuando dice: *Y así, hermanos, permaneced firmes y constantes, trabajando sin cesar en la obra de Dios, sabiendo que vuestro trabajo no quedará sin recompensa en el Señor*⁴. De lo *deleitable* arguye el Señor para inducirnos a la obediencia de los mandamientos divinos, diciendo que es *suave el yugo* de la divina ley y *su carga ligera*⁵. De lo *seguro* se vale el Apóstol cuando dice que *se casen los frágiles, para evitar el peligro de la fornicación*⁶. Por lo *fácil* los esclavos de Nahamán el sirio le exhortaban a obedecer el mandamiento del profeta, diciendo: *Padre, aunque te ordenase el profeta una cosa ardua, deberías sin duda hacerla, cuanto más que no os dijo sino ve y lávate, y quedarás limpio*⁷. También Moisés al pueblo: *Este precepto, dice, que yo te impongo hoy no es sobre tus fuerzas, ni está lejos, ni en el cielo, para que digas: ¿quién de nosotros puede subir al cielo para que nos le traiga para que le oigamos y pongamos por obra? Ni está de la otra*

³ Mt 19,21.

⁴ 1Cor 15,58.

⁵ Mt 11,30.

⁶ 1Cor 7,2.

⁷ 2Re 5,13.

*parte del mar*⁸... Y segunda vez en otro lugar: *Y ahora, oh Israel, ¿qué te pide el Señor sino que ames a tu Dios y Señor y guardes sus mandamientos y que estimes y sirvas a tu Señor Dios con todo tu corazón y con toda tu alma para que seas feliz?*⁹. Por lo necesario obliga el Señor cuando dice: *Si no hicieréis penitencia, pareceréis todos de la misma manera*¹⁰.

8. Añaden también a estas partes lo *laudable*, que si bien va unido siempre a lo honesto, hay no obstante algunas virtudes entre las contenidas debajo suyo que merecen gran alabanza para con los hombres, como es la magnanimidad, la liberalidad, la magnificencia, la fortaleza, la prudencia y otras tales. Y porque los hombres son sumamente ambiciosos de alabanza y gloria, se debe demostrar que también esta parte de alabanza se halla en lo que persuadimos. De esto tomó motivo Judas Macabeo para mover a sus soldados a una batalla arriesgadísima, diciéndoles *que de ninguna manera anublasen y oscureciesen su gloria con una vergonzosa fuga*¹¹. Con este cebo de la alabanza se atraen especialmente los reyes y los grandes. Así Cicerón, para exhortar a los romanos a la guerra contra Mitrídates se vale de este lugar en su oración *Por la ley Manilia*: «y pues que apetecéis más que todas las naciones la alabanza y la gloria, deberéis borrar aquella mancha que contrajisteis en la otra campaña contra Mitrídates»¹²... Por último, debemos no solo referir, sino también amplificar los frutos, provechos y alabanzas que consigo trae lo que persuadimos por todos los medios posibles.

9. De diferente manera disuadimos cuando probamos que algo es torpe, dañoso, arriesgado, afrentoso, desagradable, difícil o, si se puede, imposible y de lo que apartamos amedrentando. De este último lugar se valió el justo José para repeler la torpeza, cuando respondió a la mujer adúltera: *Mira que mi amo, habiéndomelo fiado todo, no sabe lo que tiene en su casa... ¿Cómo puedo yo hacer esta infamia y pecar contra mi señor?*¹³. De uno y otro hay claros ejemplos en el capítulo 28 del Deuteronomio, en los cuales Moisés va explicando con un magnífico razonamiento todos los bienes que se siguen de

⁸ Dt 30, 11-13.

⁹ Dt 10, 11-13.

¹⁰ Lc 13,3.

¹¹ 1Mac 9,10.

¹² M. T. CICERÓN, *Pro lege Manilia*, III, 7.

¹³ Gn 39, 8-9.

la piedad y justicia, y asimismo los horribles y espantosos males que están aparejados para castigo del pecado. Lo cual tiene gran eficacia en el persuadir, hiriendo por entrambos lados la voluntad de los oyentes: por uno propone los bienes que la atraen y por el otro los males que la amedrentan, y así los conserva en su deber.

10. A la confirmación sigue la *refutación*, por la cual, como antes dijimos, rechazamos y apartamos de en medio todo lo que ata y frena los ánimos del auditorio, para no obedecer a nuestros preceptos. De esta manera san Cipriano, en el sermón *De la limosna*, después de haber referido los muchos frutos y provechos de esta virtud, deshace y desbarata lo que podía apartar a los hombres de este ejercicio de benignidad:

Si temes y recelas que si empiezas a ejercitar mucho la liberalidad, venga a menos tu patrimonio por tu largueza, estad seguro en esta parte...¹⁴.

Luego rechaza la excusa de otros que dicen guardar la hacienda para sus hijos, con estas palabras:

Mas tampoco, hermanos, impida o aparte a un cristiano de obrar bien aquella imaginación de que puede excusarse por atender al bien de los hijos¹⁵...

11. Viene por último lugar la *peroración* o epílogo que tiene dos fines: uno es hacer una muy breve recapitulación de todos los argumentos para que con la mucha fuerza y peso de las razones arrastremos a nuestro sentir los ánimos de los oyentes; y el otro mover los afectos, con los cuales obliguemos a ejecutar lo que ya hemos probado, manifestando que es cosa indignísima no hacer caso de un asunto tan saludable, si persuadimos; o que es del todo indigno abrazar o perseverar en uno tan pernicioso, si disuadimos. Nos servirá de ejemplo san Cipriano en el sermón *De la paciencia*. Porque después de haber expuesto sus alabanzas y frutos, cierra el sermón con este epílogo:

La paciencia es la que nos encomienda y guarda para Dios: ella es la que templá el enojo, la que frena la lengua, gobierna el entendimiento, conserva la paz, rige la enseñanza, quebranta el ímpetu de la incontinencia, humilla la violencia de la altivez, apaga el incendio del

¹⁴ S. CIPRIANO, *De eleemosyna*, 9; PL 4,631C.

¹⁵ S. CIPRIANO, *De eleemosyna*, 16; PL 4,637B.

odio, refrena el poder de los ricos, sostiene la miseria de los pobres, defiende la feliz integridad en las vírgenes, la laboriosa castidad en las viudas y el indivisible amor en las casadas. Hace humilde en lo favorable, valeroso en lo adverso, sufrido en los oprobios y denuetos; enseña a perdonar pronto a los delincuentes; y si eres tú el que delinque, a perseverar e importunar con ruegos; vence las tentaciones, tolera las persecuciones, corona las penas y los martirios¹⁶.

12. A estas partes, que son comunes al predicador y al orador, el predicador debe agregar algo de propio y particular; que cuando haya exhortado al ejercicio de alguna virtud, o apartado de algún vicio, perorada la causa, muestre el modo con que deba practicarse la obra de la virtud o huirse la acción torpe. Porque dice muy bien Plutarco que los que convidan a la virtud y no dan avisos para alcanzarla, son como los que limpian un candil pero no le echan aceite para que arda. Así el que exhorta al ejercicio de la limosna debe enseñar después de la exhortación cómo ha de hacerse útilmente, o sea, no con estrecha mano, sino larga y liberal, siendo cierto que *quien poco siembra, poco recoge*¹⁷. Además de esto, que se haga con ánimo pronto y alegre, pues *ama Dios al que da con alegría*¹⁸. Y que sea otrosí la limosna oculta, de suerte que *no sepa tu izquierda lo que hace tu diestra*¹⁹. Que des también por afecto de caridad y de compasión, que es propio de la misericordia, y así otras cosas. Del mismo modo, luego que hayamos exhortado a la solicitud por la oración, debe tratarse de la preparación del ánimo para orar, del modo de orar, y de las condiciones que necesita la oración para ser eficaz, si no queremos que se diga que predicamos para ostentación y no para la salvación de las almas.

13. Para mayor enseñanza propondremos algunos ejemplos de nuestros escritos. Al final del libro que escribimos *De la oración y meditación*, añadimos tres tratados de las tres partes de la satisfacción, en este género persuasivo; es a saber, oración, ayuno y limosna²⁰, que con más facilidad que las mismas reglas indicarán lo que requiere este género de argumento. En otro volumen, que

¹⁶ S. CIPRIANO, *De bono patientiae*, 20; PL 4,659C.

¹⁷ 2Cor 9,6.

¹⁸ 2Cor 9,7.

¹⁹ Mt 6,3.

²⁰ Cf. F. L. DE GRANADA, *Obras completas* I, 461-568.

titulamos en español *Guía de pecadores*²¹, tratamos con abundancia en dos partes acerca de este mismo argumento, en los cuales exhortamos al amor de la virtud. Primeramente en el exordio atraemos la atención del lector, asegurando que vamos a hablar de la cosa más necesaria de cuantas hay en la vida. Después tratamos las partes de lo honesto, explicando la infinita bondad de Dios y los incomparables beneficios que nos ofrece y que piden en justicia nuestra obediencia y amor. Luego se explica cuán útil y deleitable sea el camino de la virtud, exponiendo doce insignes privilegios de que gozan los buenos en esta vida. Tras esto refutamos y deshacemos con la mayor claridad todas las excusas que los hombres viciosos suelen alegar para sustraerse a la virtud, mostrando cuán vanas y frívolas son, y en el último capítulo de esa parte resumimos todos los argumentos, y con todas nuestras fuerzas movemos los ánimos tibios al amor de la virtud y al miedo de la divina Majestad. Esto en la primer parte. En la segunda tratamos del modo con que debe adquirirse y ejercitarse la virtud.

14. Es muy aconsejable en este género que, teniendo en cuenta las razones que se han mencionado, amplifiquemos cuanto sea posible los bienes y males, las comodidades e incomodidades, que proponemos para persuadir o disuadir.

15. También es de advertir que hay dos géneros o calidades de hombres: uno ignorante y rudo, que siempre prefiere la conveniencia a la honestidad; otro bien instruido y civilizado, que antepone a todo la dignidad. Con este tienen mayor provecho los argumentos que se sacan de lo honesto; mas con aquel, los que se toman de lo útil. Hasta aquí brevemente lo que se refiere al género persuasivo.

²¹ Cf. F. L. DE GRANADA, *Obras completas* VI, 29-347.

3

SEGUNDO MODO DE PREDICAR DEL GÉNERO DEMOSTRATIVO: PARA LAS FIESTAS DE LOS SANTOS

1. Así como el modo de predicar que acabamos de describir se halla en el género persuasivo, el que se practica en las festividades de los santos pertenece al género demostrativo, que se utiliza en alabanza o vituperio de alguna persona particular. Para los retóricos su fin es que aparezca digno de alabanza aquel a quien alaban, o de vituperio al que vituperan. Pero en el sentir de san Basilio los loores de los santos de ningún modo se sujetan a las leyes de los encomios, porque no pretendemos principalmente mostrar que ellos fueron santos, sino procurar que nuestra vida se arregle y conforme a la suya y hacer ver el admirable poder del Espíritu divino que a los hombres, por su naturaleza frágiles, enfermos, concebidos en pecado e inclinados a lo malo, de tal manera los transformó que *los hizo casi iguales a los ángeles y superiores al mundo*. En este género los retóricos forman el elogio por todas las circunstancias de las personas que arriba referimos: mencionando y amplificando la estirpe, padres, patria, dotes de naturaleza, crianza, fortuna, estudios, dichos, hechos, y otras cosas de este género. Casi con este orden escribió san Gregorio el Teólogo las alabanzas de san Basilio, de su hermano Cesáreo, y de

su hermana Gorgonia¹. Pero cuando nosotros predicamos de los santos no siempre seguimos este orden, pues solo referimos de ordinario sus hechos y dichos insignes, y alguna vez también sus milagros, y los amplificamos cuanto podemos esforzándonos a excitar a los oyentes a su imitación.

2. En este género tiene su principal uso el modo de amplificar, con el cual ilustramos y amplificamos predicando los esclarecidos hechos de los santos o por la naturaleza de la cosa y de sus partes, o por todas las demás circunstancias atribuidas a las cosas y a las personas. Por la circunstancia de la persona amplifica la fe de Abrahán el Apóstol a los romanos:

Y no se enflaqueció en la fe, ni consideró que su cuerpo, teniendo casi cien años, estaba ya como muerto, y que la virtud de concebir estaba extinguida en Sara. En la promesa de Dios tampoco dudó por desconfianza, sino que fue fortalecido con la fe, dando gloria a Dios, sabiendo muy bien que es poderoso Dios para cumplir cuanto tiene prometido. Y su fe se le imputó a justicia².

En la homilía del sacrificio de Isaac, Orígenes amplifica por todas las circunstancias la veloz y pronta obediencia de Abrahán en caso tan grave y luctuoso³.

3. Para enseñar claramente cuánto aprovecha en este género la virtud de amplificar, referiré aquí un ejemplo tomado del libro que escribió Séneca a Sereno *sobre la tranquilidad de la vida*⁴. Expone primero el caso, y después amplifica aquel dicho del filósofo Estilpón⁵: «todos mis bienes llevo conmigo», con estas palabras:

Demetrio, de sobrenombre Poliórctes (conquistador de ciudades), había tomado Megara; y preguntando al filósofo Estilpón si había perdido algo, “nada”, le dijo, “porque conmigo todas mis cosas están”. Siendo así que su hacienda había sido despojo de los enemigos, sus hijas robadas y saqueada su patria. Pero él le quitó una parte de la victoria, al testificar que estando tomada la ciudad, él no solo quedaba invicto sino también ileso, pues tenía consigo los bienes verdaderos, en los cuales no se puede

¹ Cf. S. GREGORIO NACIANCENO, *Orationes*, PG 36.

² Ro 4, 19-22.

³ ORÍGENES, *In Genesim*, homilía VIII, 3; PG 12,205.

⁴ Se trata del *De constantia sapientis*, en vez del *De tranquillitate vitae*.

⁵ Estilpón de Megara (c. 360-c. 280 a.C.) filósofo de la escuela megárica, seguidor de Sócrates y cercano al cinismo, fue discípulo de Diógenes de Sinope.

echar mano. Por el contrario, los esparcidos y saqueados, no los reconocía como suyos sino como adventicios y fortuitos, por lo que no los estimaba como propios. Pues es deleznable y poco segura la posesión de todo aquello que nos viene de fuera.

Piensa tú ahora si un ladrón, un calumniador, un vecino poderoso o algún rico podría injuriar a un hombre a quien ni la guerra, ni aquel enemigo, tan versado en el arte de combatir ciudades, no le pudo quitar nada. Entre las relucientes espadas, entre el alboroto del militar saqueo, entre las llamas, la sangre, el estrago de la plaza, entre el estrépito de los templos que se desplomaban sobre sus dioses, solo un hombre hubo sin sobresalto.

Así no tienes por qué juzgar atrevida la promesa, de la cual, si tienes un poco de fe, te daré un fiador. Crees con dificultad que pueda haber un hombre de tanta fortaleza y de ánimo tan excelso. Pero si aparece alguien en medio diciéndote: “no tienes que dudar que un hombre sensato pueda levantarse sobre lo humano, cuando conoces que está mirando tranquilo los dolores, desdichas, llagas, heridas, grandes movimientos de cosas que están bramando junto a sí, y que sufre las adversidades con alegría, los sucesos prósperos con moderación, no rindiéndose a aquellas, ni fiándose en estos; y que permanezca uno mismo entre cosas diversas, que piense que nada es suyo, sino él solo y en la mejor parte de sí. Aquí estoy ante ti para probar, que aunque es cierto que a las órdenes de este conquistador de tantas plazas, se baten las fortalezas con golpe del ariete, se hunden de repente las elevadas torres sobre galerías y ocultas fosas; y crecen las trincheras y parapetos hasta igualar los castillos más elevados, sin embargo, no pueden hallarse ingenios bélicos que trastornen un ánimo constante.

Desnudo me escapé yo de casa y en un universal incendio huí por entre las llamas y la sangre. No sé qué suerte corren mis hijas, si acaso peor que la del pueblo. Yo solo y anciano, y viéndome cercado de enemigos, confieso que sin embargo tengo y poseo todo lo que fue mío. No hay razón para que tú, victorioso, me creas vencido. Venció tu fortuna a la mía. Aquellos caducos bienes, que mudan de dueño, no sé dónde irán. Por lo que a los míos toca, conmigo están y estarán conmigo. Perdieron los ricos sus haciendas, también los lujuriosos sus amores y queridas con gran pérdida de su pudor; los ambiciosos, la corte, los

tribunales y los lugares destinados para hacer en público sus infamias; los usureros perdieron sus escrituras, donde la avaricia con falsa alegría sueña riquezas. Mientras yo todo lo tengo entero y salvo. Por tanto, pregunta a estos que lloran y lamentan, que por el dinero ofrecen sus cuerpos al cuchillo, que con el seno cargado huyen del enemigo⁷.

Así que tú, Sereno, debes tener por cierto que aquel varón perfecto, lleno de virtudes divinas y humanas, nada pierde. Sus bienes están rodeados de fortalezas sólidas e invencibles. No compares con él los muros de Babilonia, que penetró Alejandro; ni las murallas de Cartago y de Numancia, rendidas a una misma mano; ni el Capitolio o la Ciudadela; estas cosas están expuestas a la invasión enemiga. Mas aquellas que defienden a un sabio están seguras de la invasión y de la llama, no dan ninguna entrada, elevadas quedan, inexpugnables, iguales a los dioses. No tienes que decir, como acostumbras, que este nuestro sabio en ninguna parte se halla. Porque no hemos creado una gran imagen de una falsa virtud, sino que como confirmamos que era, así la hemos demostrado. Quizás raramente se encuentre y después de un largo intervalo de tiempo. Tampoco las cosas grandes y que exceden al modo común y ordinario se engendran a menudo⁶.

Por tanto, nadie puede hacer mal ni bien a un sabio, de la misma manera que lo divino ni pide socorro, ni puede ser dañado, pues el sabio está vecino e inmediato a los dioses y es semejante a Dios, menos en la mortalidad⁷.

4. He propuesto este ejemplo de Séneca para que el predicador estudioso vea el modo con que puede amplificar los hechos y dichos ilustres de los santos, advirtiéndole que esta sola frase *—todos mis bienes traigo conmigo—* la ilustró Séneca con tan largo discurso y con tantas palabras y sentencias. Pues si Séneca ponderó así estos hechos señalados de los hombres, ¿qué habría sido si hubiese escrito las peleas y combates de nuestros mártires y vírgenes, que dieron un maravilloso espectáculo a Dios, a los ángeles y a los hombres? Si alguno desea ver ejemplos muy propios de esta amplificación, lea en san Juan Crisóstomo el segundo y tercer

⁶ L. A. SÉNECA, *De constantia sapientis*, V, 6-VII, 1.

⁷ L. A. SÉNECA, *De constantia sapientis*, VIII, 2.

libro *De la divina providencia*, donde amplifica con admirable elocuencia la paciencia y los trabajos de Noé, Abrahán, Jacob, Moisés y David, con cuyos ejemplos podrá instruirse en esta virtud de que hablamos.

5. Tal vez quiera saber el predicador diligente de qué manera puede amplificar las esclarecidas virtudes de los mártires y demás santos. Para esto no dejará de ayudarle algo entender bien las reglas y razones de amplificar que dimos en la parte tercera. Después debe leer con aplicación las obras de los santos padres que son sabios en este género de grandes alabanzas e ir anotando puntualmente las razones con que celebraron ellos las virtudes de los santos, y formando luego los panegíricos a su imitación. Porque mucho más con ejemplos que con reglas podrá discernir lo que es más propio y decoroso en este género.

6. Pero todas estas cosas aprovechan poco si no asiste aquel celestial Espíritu de quien dice el Apóstol: *Nosotros no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el Espíritu de Dios, para que conozcamos los dones que Dios nos hizo*⁸, para que ilustrados con su luz sepamos apreciar la dignidad y grandeza de sus virtudes y dones. Porque si nadie puede distinguir el oro verdadero del falso y conocer el valor y estimación de las piedras preciosas y perlas finas sin arte, mayormente cuando están envueltas y oscurecidas con el polvo y lodo, ¿quién podrá sin luz divina estimar y admirar dignamente los dones de Dios que sobrepujan a todo sentido? La reina de Sabá, habiendo visto el palacio de Salomón, y aquellos órdenes de criados, coperos y músicos, vestidos, oficios y en fin, el aparato de la casa real, atónita de la grandeza y esplendor de todas estas cosas, se dice que no tuvo aliento para más⁹. Si uno tuviera tal perspicacia de entendimiento que pudiera mirar la opulencia del verdadero Salomón, es decir, las inestimables riquezas de Cristo y las virtudes y nobilísimos hechos de sus siervos, no hay duda que mucho más que la reina de Sabá se arrebataría en admiración y éxtasis. Mas no es de todos tener tales ojos que puedan ver el oculto resplandor de Cristo y de su Iglesia, estando *toda su gloria allá interiormente en franjas de oro*¹⁰. Pues dice la Iglesia de sí misma:

⁸ 1Cor 2,12.

⁹ Cf. 1Re 10, 1-10.

¹⁰ Cf. Is 61,10.

*Negra soy, pero hermosa, hijas de Jerusalén*¹¹. Negra ciertamente por fuera; mas resplandeciente por dentro con admirable luz de hermosura. ¿De qué manera? *Así, dice, como las tiendas de Cedar, y como las pieles de Salomón*¹². Porque estas tiendas y pieles de Salomón por afuera estaban afeadas y atezadas con el ardor del sol, pero por dentro brillaban con adorno y aparato real. Pero ¿qué cosa pudo retratar más al vivo el ornato de la Iglesia que mostrándose por fuera vil y abatida en sus santos mártires y demás hombres divinos, especialmente aquellos que pasaban una vida pobre en los desiertos, a los ojos de los hombres carnales? Con todo eso, de tal suerte brillaba a los ojos espirituales con el resplandor y dignidad de las virtudes, que arrebatában en pasmo y admiración a los que los estaban mirando.

¿Quién no queda absorto al oír decir a san Pablo: *Si me hago víctima sobre el sacrificio de vuestra fe, en esto me gozo y me congratulo con todos vosotros, y de esto mismo gozaos vosotros y congratulaos conmigo*?¹³. ¿Quién jamás oyó tal materia de alegría y de congratulación? ¿Quién no se asombra al ver a san Andrés que con tanto alborozo de devoción saluda a la cruz que le estaba preparada, la alaba, la desea y con tanto gozo y seguridad la abraza? ¿A quién no asombra un san Lorenzo, alegrándose entre las llamas de sus tormentos, y a un san Vicente increpando la flojedad de los verdugos, y a un patriarca santo Domingo anhelando el martirio y deseando le cortasen todos los miembros de su cuerpo? ¿Pues qué diré de la virgen Inés, que a los trece años de edad era superior a los fuegos y a los cuchillos? ¿Qué de la noble Eufemia, venciendo las ruedas, fuegos y fieras, y quejándose de la injusticia que le hacía el juez porque, siendo noble, la posponía a los plebeyos en el martirio?

Y yendo de los mártires a los confesores, ¿a quién no deja atónito el que un san Alejo en la misma casa de su padre y en presencia de sus padres y esposa, que con perenne llanto lamentaban su ausencia, hubiese tolerado por espacio de dieciocho años con tanta paciencia hasta la muerte una vida tan pobre y austera entre las repetidas injurias de sus mismos criados? ¿Quién no reconoce el poder de la divina gracia al ver que un

¹¹ Ct 1,5.

¹² Ct 1,4.

¹³ Flp 2, 17-18.

Eduardo, rey de Inglaterra, desde su mocedad hasta el último día de su vida vivió en perpetua castidad con la muy noble y hermosísima virgen y legítima esposa suya, siéndole forzoso vivir y tratar con ella de continuo y servirse de una misma casa y mesa?

7. Muchos piensan que no deben predicarse los milagros de los santos, porque con su recuerdo más se declara su santidad que se instruye y edifica la vida de los oyentes. Pero yo veo que con su narración puede declararse grandemente la infinita bondad de nuestro Dios, su inestimable caridad con los suyos, su fidelidad, su paternal cuidado y providencia, pues los ha honrado tanto que no solo quiso que a las palabras y al imperio de ellos, sino también a las cenizas, vestidos, pañuelos, ceñidores y en fin al polvo de sus sepulcros sirviesen los elementos del mundo, que se les rindiesen los demonios, cediesen las enfermedades, y que las leyes de la naturaleza, a que viven sujetos los reyes y emperadores del mundo, les estuviesen obedientes.

¿A qué me refiero? Habiendo un ciego pedido a Dios le diese la vista, le fue ordenado que lavase sus ojos con aquella agua con que el rey Eduardo, de quien acabamos de hablar, se lavaba las manos; los lavó y al instante recibió la vista. Pregunto, ¿cuán grande es la fuerza del amor a los suyos que Dios demostró con este indicio, cuando quiso dar este honor tan grande a un agua sucia, sin otra virtud que la de haber tocado las manos de su siervo? ¿Cuántos milagros de estos leemos en las vidas de los santos, que clarísimamente atestiguan y celebran esta indecible benignidad y misericordia del Señor con los suyos? En mi sentir, ni el resplandor del sol, la luna y las estrellas, ni el cielo, la tierra y los mares dan tan claras muestras de la divina bondad como el ver que todas estas cosas que estableció y enlazó el Señor con sus eternas leyes e imperio, se rindan y obedezcan a la insinuación y al polvo de los santos. Cuya bondad, manifestada con estos clarísimos argumentos, es increíble qué grande llama de amor levanta en los hombres piadosos y cuán grande el deseo que enciende de servir a un Señor de quien nada menos podrán esperar ellos si leal y puntualmente le sirven.

Brevemente he querido decir esto de la conmemoración o historia de los milagros, con que podrá el piadoso predicador excitar los ánimos de los oyentes al amor de la divina bondad.

8. No menos declara estas mismas riquezas de la bondad y amor de Dios, el cuidado y providencia paternal que el fidelísimo y amantísimo Señor muestra en las peleas de sus mártires. Porque, a más de la invencible constancia que les dio para sufrir tan crueles suplicios, los recreaba y consolaba en los tormentos con admirables favores, milagros y prodigios celestiales. Con frecuencia apagaba los fuegos, amansaba las feroces bestias, hacía pedazos las ruedas aceradas, enfriaba el aceite hirviendo, curaba sus heridas y hacía que los ángeles enjugasen la sangre que ellos vertían, les restablecía los miembros que les habían cortado, los visitaba en la cárcel y sustentaba con manjar del cielo a los transidos del hambre. Con cuyos portentos se fortalecían de tal suerte en la verdad de nuestra fe que no solo permanecían firmes e inmutables en ella, sino que con el testimonio de los milagros convertían a la fe y excitaban al martirio a los mismos infieles.

¿Quién no conoce claramente por estas señales aquellos inmensos tesoros de la divina bondad y aquellas entrañas llenísimas de caridad y de misericordia con los suyos? ¿Quién dejará de amar ardentísimamente a un Dios tan bueno? ¿Quién no deseará perder mil veces la vida entre tormentos por su gloria? ¡Oh, fidelísimo amigo de los justos! ¡Oh, verdadero ayudador en los trances y traiciones! Este cuidado y providencia paternal que el Señor tiene de los suyos declaró el sabio cuando hablando de la Sabiduría increada dice:

*Esta no desamparó al justo vendido, sino que le defendió de las manos de los pecadores, y con él bajó al hoyo, y no le dejó en las cadenas, hasta ponerle en la mano el cetro del reino*¹⁴...

Cualquiera, pues, que enseñado con el magisterio del Espíritu Santo hubiere recibido la inteligencia y el sentimiento de estas cosas, sin duda podrá celebrar con dignas alabanzas los esclarecidos hechos y milagros de los santos; y con estos argumentos y ejemplos podrá excitar los ánimos de los oyentes no menos al conocimiento que al amor de la bondad de Dios.

9. Estas son las riquezas de nuestro verdadero Salomón; estos los insondables tesoros de Cristo; esta es aquella *virtud* —o como traducen otros— *poderío* del evangelio¹⁵ para salvación de todo el

¹⁴ Sb 10, 13-14.

¹⁵ Cf. S. JERÓNIMO, *Divina Bibliotheca*, 146,5; PL 28,1303.

que cree, y que eleva al hombre sobre el mundo, sobre sí mismo y sobre la naturaleza.

10. De aquí también podrá tomarse motivo para admirar la fuerza y poder de la gracia divina que dotó de tan excelente virtud y pureza a una mortal y frágil criatura. De aquí podrá igualmente reprenderse la ceguera y locura de aquellos hombres que por miedo del trabajo y dificultad rehúsan tomar el camino de la virtud, que imaginan áspero y dificultoso, siendo cierto que la virtud de la gracia y del amor de Dios no solo hace suave la obediencia de los mandamientos divinos, sino que hasta las cruces y fuegos vuelve sumamente agradables.

11. De aquí se podrán asimismo reprender con aspereza a los flojos y perezosos que no quieren hacer cosas livianas, cuando todos los santos, compuestos de la misma carne y sangre, y concebidos en pecado como ellos, hicieron cosas mucho más pesadas. Así cualquiera que por merced del Señor hubiere logrado tal entendimiento y espíritu que sepa pesar con igual balanza y según *el peso del santuario*¹⁶ estos tan grandes dones del Espíritu Santo, podrá seguramente con su predicación comunicar a las almas de los oyentes el mismo afecto de que se siente penetrado y celebrar al fin con las debidas alabanzas las virtudes y hechos gloriosos de los santos.

Pero como son muy raros aquellos a quienes les tocó tal felicidad, ningún sermón suele ser más molesto y difícil a los predicadores que los de alabanzas de los santos. Por eso, el que no pueda hacerlo así, tiene a su disposición un remedio; que exponga, según se acostumbra, la lectura del evangelio que se lea ese día e introduzca en la misma glosa, donde el lugar lo pidiere, las virtudes insignes del santo; o que las proponga en la última parte del sermón.

12. En la parte siguiente trataremos de las figuras de las sentencias, y entre ellas de la *comparación demostrativa*, con la cual comparamos una persona con otra, o una cosa con otra, con motivo de una alabanza o de vituperio.

¹⁶ Cf. Lv 19,36.

4

TERCER MODO DE PREDICAR: EXPOSICIÓN DE LA LECTURA DEL EVANGELIO

1. Hay también un tercer modo de predicar muy usado, que consiste en la exposición de la lectura del evangelio. Explicaré brevemente cómo deba portarse el predicador en este género de sermones. Primeramente, antes de explicar el texto del evangelio, debe recitarse con brevedad, mas con tal brevedad que no carezca la narración de hermosura y elegancia, que no ha de ser ayuna y seca, como hacen algunos muy insulsa y desagradablemente, sino como pulida con ese cierto realce que le es propio. Pues el predicador en este asunto debe hacer más de parafraste o glosador que de intérprete, procurando referir con alguna mayor extensión lo que dijeron los santos evangelistas con estilo breve y llano. No siempre ha de hacerse así, sino sobre todo cuando la lectura del evangelio fuere más larga de lo regular, como sucede en la historia de Lázaro, muerto cuatro días¹ y en la de la Samaritana² o cuando parezca más conveniente unirla con la misma explicación, lo cual se deja al juicio del predicador. Pues lo que decimos no son leyes grabadas en bronce, para que no sea lícito hacerse de otro modo, cuando parezca más conveniente.

¹ Cf. Jn 11, 33-41.

² Cf. Jn 4, 5-25.

2. Declarado sucintamente el texto del evangelio, sigue su explicación. Previamente no queda fuera del tema comenzar por alguna sentencia o lugar común, que convenga al fin, y detenerse un poquito en esto para inclinar a lo que diremos ya desde el principio de la explicación. Es importante también que antes de la exposición o narración del texto se insinúe lo que precedió en el contexto de la historia evangélica, cuando las cosas que siguen dependen de las antecedentes. Así, cuando explicamos aquella sagrada lección *mi carne verdaderamente es manjar*³..., se debe tomar el exordio del milagro de los cinco panes, con el cual, queriendo el Señor convertir los judíos a la fe y ellos al contrario pidiéndole un milagro, como el maná concedido a sus padres en el desierto⁴, se aprovechó de esta ocasión y comenzó a decir cuánto más noble pan había de dar al mundo, el cual no daría a los hombres una vida corporal y pasajera, sino eterna. Así también aquella parábola del *padre de familia*, que llama a los jornaleros al cultivo de su viña, depende de aquella pregunta de Pedro que deseaba saber el premio prometido a los que por Dios lo abandonaron todo, a quien el Señor, después de haber expuesto la grandeza de este premio, habla en aquella parábola de varias maneras de premiar, unas veces de justicia, y otras de gracia⁵.

3. Este exordio debemos concluirlo brevemente, para que no se quite el tiempo destinado a la explicación del evangelio. En esto se peca de dos maneras: o bien empleando en esta conexión la mayor parte del sermón, o bien enlazando sin necesidad lo antecedente con lo consiguiente. Así hay muchos que de tal modo se propusieron ciertas reglas comunes de predicar que creen que lo que es propio y decente en un sermón lo es en todos; y lo que establecen que se debe hacer una vez, juzgan que doquiera se debe hacer.

4. Hay también otro género de exordio, de que debemos usar algunas veces para preparar los ánimos de los oyentes a escuchar. Cualquier impedimento para que los oyentes se muevan o se persuadan, se ha de quitar al principio de la predicación. Impide muchísimo el fruto de los sermones el que muchos asisten a ellos más llevados de la costumbre que del deseo de aprovechar; otros

³ Jn 6,56.

⁴ Cf. Ex 16, 4-15.

⁵ Cf. Mt 20, 1-16.

los oyen por mera curiosidad; y otros bostezando y sin ninguna atención, y así salen vacíos y ayunos del sermón. Convendrá, pues, al principio de la predicación ir apartando estos y semejantes impedimentos, declarando el gran peligro de los que así oyen. Porque si el remedio de nuestros males consiste en la medicina de los divinos enseñamientos, ¿qué esperanza le quedará al enfermo, a quien, habiéndosele aplicado tantas veces este medicamento, de nada le aprovechó?

5. De estos tres modos de principio se puede usar en los sermones, y queda a juicio del predicador cuándo conviene valerse de este o de aquel principio. Porque en esta doctrina solo ha de tenerse por invariable el que nada se haga invariablemente, sino que, conforme sea el evangelio, el tiempo y los oyentes, así todo ha de variarse según la prudencia del orador.

6. En orden a la misma explicación del evangelio, además de esto hay que advertir primero, que el predicador haga el propósito de tratar solamente tres o cuatro o a lo más cinco citas. Porque si exceden de estos, el sermón se interrumpirá muchas veces, y será forzoso aflojar y enfriar con frecuencia el ímpetu del decir y formar un nuevo exordio y recobrar nuevo aliento. Se añade además que como el oficio principal del predicador es mover los afectos y estos no pueden moverse sino es habiendo ya probado y amplificado el asunto, se sigue que cuanto más larga y vehemente sea la prueba y amplificación, tanto más vivos afectos se podrán mover. Cualquiera, pues, que determina tratar menos pasajes, tiene realmente más tiempo para poder probar y amplificar más los asuntos y encender así más ardientes afectos. Esta conveniencia no la tiene el que en una hora de tiempo que nos dan para predicar, resolvió tratar muchos pasajes del texto del evangelio. Porque de un gran montón de leña suele encenderse una gran llama; mas de poca, pequeña. Si como dice el sabio: *según es la leña del bosque, así arde el fuego*⁶, mayor prudencia es digerir pocas citas con elocuencia que con estilo enjuto ir recorriendo muchos de modo más breve.

7. Es importante advertir que no debemos violentar las Escrituras con la explicación, como hacen muchos. De modo que no corrompamos ni arrastremos por fuerza el sentido propio, sino

⁶ Sir 28,12.

que tomemos aquello que la Escritura ofrece literalmente al lector despierto y estudioso, y escojamos lo esencial, no lo que sirve a la curiosidad o a una ociosa sutileza, sino lo que sea poderoso y eficaz para componer las costumbres y corregir los vicios.

8. Por lo demás, las sentencias tomadas de la lección sagrada, procure confirmarlas con otros testimonios de la Escritura y santos padres, pues como dice san Jerónimo, «el sermón del presbítero debe estar sazonado con la sal de las Escrituras»⁷. Y en la exposición de las citas de la Escritura me parece que deben observarse estas cuatro reglas: primeramente que en cuanto se pueda, no sean muy triviales, comunes ni obvias a cualquiera – excepto si se ilustran con alguna exposición insigne– sino que los lugares que deben exponerse sean los más recónditos y nada vulgares, como muchos de los que se contienen en los libros de los profetas y de la Sabiduría, que con su novedad atraen los ánimos de los oradores y de los oyentes.

9. Segundo, tiene que haber discreción en alegar estas citas, no sea que atraídos del amor de la propia invención echemos mano de lo primero que nos ocurriere, como pasa verdaderamente a muchos, sino que escojamos los que sean más apropiados y menos obvios.

10. Tercero, también hay que tener en cuenta que no carguemos de testimonios superfluos una verdad que por sí es harto clara, o que queda ya probada, cosa que hacen algunos más por ostentar su memoria y erudición que porque haya necesidad.

11. Cuarto, debe también mirarse que las sentencias que se traen de las Sagradas Escrituras o de los santos padres, las interpretemos conservando fiel e íntegro el sentido, y las digamos con un estilo tan agradable y personal, que no parezcan traducidas de la latina, sino nacidas en la nuestra. Muchos faltan en esto de dos modos: unos traducen los testimonios latinos de tal modo que conservan las características de la lengua latina, y así quitan gran parte de gracia a las sentencias; porque como cada lengua tiene su propio dialecto y modos de hablar, la habilidad y perfección de un traductor es convertir las cualidades del latín en las de otra lengua que tengan igual significado; otros, por huir de este defecto, gastan una ridícula retórica y, deleitándose en un estilo pomposo y

⁷ S. JERÓNIMO, *Epist.* 52 (*Ad Nepotianum*), 8, PL. 22,534.

redundante, ni conservan la gravedad, ni la verdad de la sentencia que alegaron.

12. Digamos ahora algo de la elocución, que es sin duda un método muy acomodado para explicar muchos pasajes del evangelio si los proponemos en forma de cuestión o duda. Por ejemplo, en el evangelio del funcionario real que pide la salud para su hijo⁸, se puede inquirir primero por qué el Señor le trata de infiel, ya que parece que tenía fe porque si no lo creyera Salvador no le hubiera pedido la curación. Después de esto, por qué al jefe de la sinagoga, que asimismo le pedía la salud para su hija, no le dio tal respuesta, antes se fue con él y en el camino, cuando dudaba en la fe, le fortaleció benignamente⁹, siendo así que riñó terriblemente al funcionario real y no quiso ir con él. Asimismo, por qué razón quiso Su Majestad ir por propia iniciativa y no rogado a la casa del centurión que pedía la salud para su esclavo¹⁰, y a la casa de aquel funcionario no quiso ir. Hay que mostrar cada una de estas cuestiones proponiendo las razones que haya para dudar. Y después se ha de dar la respuesta y confirmarla y acomodarla al provecho de los oyentes. Porque todo lo que en el sermón tiene forma de diálogo, además de que llama la atención con la misma duda, ayuda muchísimo para variar la pronunciación. Por lo que san Juan Crisóstomo, grande artífice de los modos con que se deben tratar los ánimos, despierta muchas veces al oyente que se duerme, con frecuentes preguntas.

13. Por último señalemos que cuando citamos algún testimonio de la Escritura, de ninguna manera nos contentemos con la mera interpretación que se hace en lengua vulgar, como hacen los que traducen el latín palabra por palabra, sino que se ha de procurar que en el testimonio alegado ponderemos algo digno de reparo, por ejemplo cuando explicamos el énfasis que se encierra en esta o aquella palabra, o desentrañamos alguna metáfora. Porque la metáfora es semejanza reducida en espacio, y por eso se ha de explicar por ella. A veces dilatamos o amplificamos también una sentencia abreviada, a cuyo fin podrán ayudar los modos de dilatar y amplificar que arriba expusimos.

⁸ Cf. Jn 4, 46-54.

⁹ Cf. Mt 9, 12-26.

¹⁰ Cf. Lc 7, 1-10.

14. Bastan estas breves advertencias ya que el conocimiento cabal de esta materia se adquiere con el estudio de toda la vida, siendo esto lo que principalmente hacemos cuando estudiamos las Sagradas Escrituras. No nos contentamos con su inteligencia, sino que ponderamos también lo que contiene digno de observación. Mas esta advertencia no tiene lugar en los pasajes de la Escritura que pertenecen a la interpretación mística de los nombres, como cuando decimos que por el nombre de *agua* se significa la gracia y sabiduría de Dios, o por el nombre de *cáliz* la suerte que a cada uno le cupo, o que por el vocablo *óleo* debe entenderse la misericordia. Para estos basta lo que ya indicamos brevemente en otro lugar sobre el significado de las palabras.

5

CUARTO MODO DE PREDICAR: COMBINACIÓN DE LOS ANTERIORES

1. Hay un cuarto modo de predicar, combinando los que dijimos, y muy frecuente en san Juan Crisóstomo. Tiene dos partes principales, la primera contiene la declaración de la lectura del evangelio; la otra discurre en este género persuasivo o disuasivo, en el cual suele tratar el santo los lugares comunes de virtudes y vicios, con que anima a una virtud o aparta de algún vicio, refiriendo y amplificando los bienes y males, conveniencias y inconveniencias de ambas cosas. No hay nada particular y propio que deba prevenirse en este género ya que se compone de los dos antecedentes, y por la doctrina de las partes de que consta se entiende muy fácil el todo. Hay un riesgo sin embargo, y es que mientras queremos cumplir con ambas partes nos alarguemos en el sermón más de lo justo. Los predicadores deben evitar mucho esto, no sea que, fastidiando al auditorio, perdamos la gracia y fruto de todo lo que se dijo bien, porque es verdad que el oyente fatigado no atiende a lo que se dice y por otra parte pierde el gusto y la memoria de lo que oyó.

2. Esto así supuesto, no está fuera de lugar cotejar entre sí estos cuatro modos de predicar para que se entienda la razón, dignidad y provecho de cada uno de ellos. Creo que todos estos y cualquier otro que se halle pueden reducirse a tres puntos principales: el primero puede llamarse simple o sencillo, cuando se

trata un solo argumento, en el género persuasivo o en el demostrativo; en el persuasivo, cuando persuadimos a una virtud u otra, o disuadimos de algún vicio, como lo hace san Cipriano en los sermones de la paciencia, de la limosna, de la mortalidad, de la envidia; y con frecuencia también los demás padres. En el demostrativo, cuando todo el sermón ensalza y amplifica las virtudes, hechos famosos o insignes milagros de algún santo, y esto lo hacen todos muy a menudo.

3. El segundo modo explica la lectura del evangelio, en la cual se van declarando varios argumentos y principios de la vida moral, según lo pide la razón de cada lugar. Este género de predicar también lo utilizaron frecuentemente los santos padres. Por eso no se debe predicar solo de uno de estos dos modos rebajando al otro, ya que ambos fueron utilizados por ellos y nadie tiene derecho a desaprobado lo que está defendido con su autoridad y ejemplo. Además, esta manera de predicar es agradable a los oyentes por la variedad de las materias, es útil por los diversos principios que se dan para la vida, y es también muy fácil para el mismo predicador porque no necesita de aquellas seis partes que mencionamos antes ni de la habilidosa disposición de argumentos, pues sigue el orden y serie de la lectura evangélica, ni tampoco pide mucha erudición en el predicador, no habiendo ingenio tan corto ni caudal tan pobre que no pueda tomar algo de otro lugar para cada una de las partes de la explicación con que pueda ilustrarlas y enriquecerlas. Pero este modo de predicar, así como es agradable al oyente y fácil al predicador, así también parece que es poco vehemente. La razón es porque a la causa, que ya ha sido probada con argumentos, siguen la amplificación y el estímulo de los afectos y estos, como dijimos, son tanto más vehementes cuanto la prueba es más sólida y larga. Y en la explicación del evangelio no pueden ser muy largas semejantes pruebas, puesto que quien dentro de una hora ha de tratar muchas cosas y esas entre sí muy diversas, no puede detenerse mucho en ninguna y, por consiguiente, la pobre y breve prueba no podrá excitar afectos muy fuertes.

4. También hay que añadir que el ardor e ímpetu de decir, en que consiste casi toda la eficacia del sermón, frecuentemente se han de enfriar e interrumpir. Porque cuantas veces nos pasamos de una materia a otra muy diversa, tantas es necesario que allí cese

y se corte aquel ímpetu. Y nadie es tan dueño de sus afectos que pueda fácilmente dejar el afecto con que ya estaba movido y tomar aquel nuevo que se levanta de cosas desemejantes.

5. Por eso la predicación podrá ser más ardiente cuando en toda ella tratamos únicamente una u otra cosa, como cuando exhortamos al amor de los enemigos, al ejercicio de la limosna, de la humildad, de la caridad, de la paciencia; porque la fuerza múltiple de los argumentos ofrece mayor materia para mover los afectos. Con todo es algo más trabajoso. Primero, porque pide en el predicador mayor elocuencia y recursos considerables de sentencias para que, con la variedad y abundancia de materiales, pueda evitar aquella saturación que se causa tratando siempre una misma cosa. Lo segundo, y no sé si mucho más difícil, es ajustar y acomodar a la confirmación las demás partes del sermón, en que estriba toda la fuerza de la causa, es decir, el exordio, la división, la refutación y la peroración. Porque un sermón de esta naturaleza es como un cuerpo perfecto, compuesto de sus partes, las cuales deben unirse entre sí y tener mutua correspondencia, a la manera de los miembros de un cuerpo. Bien que este trabajo se recompensa por la razón que hemos dicho, de que semejante sermón es más vehemente y más proporcionado para mover los ánimos.

6. Si alguno me pregunta cuál de estos modos de predicar debemos seguir mejor, aunque no soy tal que pueda arrogarme este juicio, no obstante insinuaré brevemente mi parecer, según lo que alcanzo. No apruebo a los que siguen solo una forma de predicar, de modo que piensen que lo que hicieron una vez lo tienen que hacer siempre. Me parece más conveniente que usemos de este o de aquel género de predicar según lo pida la naturaleza y dignidad de los asuntos, o también la utilidad o necesidad de los oyentes. Así unas veces se empleará todo el sermón en la declaración de la lectura del evangelio, otras irá siguiendo este o aquel argumento en el género persuasivo o demostrativo. Y así se evitará el aburrimiento que puede engendrarse de tratar una sola cosa, explicando varias cuestiones sobre un mismo asunto. Por ejemplo, si predicamos de la caridad, en la primera parte alabaremos y recomendaremos la caridad; en la segunda, hablaremos de las cosas que ayudan a conseguirla; y en la tercera, de los principales impedimentos de la caridad que deben

removearse. Asimismo, si hay que predicar de la humildad, se discurrirá con el mismo orden, añadiendo los diferentes grados y señales de la verdadera humildad.

7. Del mismo modo se puede predicar de la virtud de la oración, y en su argumento puede decir libremente algo de la disposición del alma para orar y de las diversas virtudes con que se sostiene y ayuda la oración eficaz, como son la humildad, la devoción, el ayuno y la misericordia. Y con esta diversidad sobre una misma cosa podrá evitarse la hartura y hastío. Puedo defender mi parecer con la autoridad de los santos padres, a quienes vemos versados en uno y otro género de predicar. Con todo, entre estos modos de predicar, el cuarto que hace poco indiqué, me parece el más acomodado. Porque declara el texto del evangelio y va después siguiendo un solo argumento. Y este modo de predicar, como dije, creo que agradaba a aquel consumado predicador san Juan Crisóstomo. Por tanto, se puede usar de este con más frecuencia, y de los demás, conforme a la naturaleza y condición de los asuntos y según sea la elocuencia y capacidad del orador. Porque no a todos los ingenios, ni tampoco a todos los asuntos, vienen bien unas mismas cosas.

6

GÉNERO DE SERMÓN DIDASCÁLICO O MAGISTRAL

1. Hay también otro género de sermones que llaman *didascálico*, que se ordena más a enseñar que a mover. Y puede ocurrir alguna vez especialmente en algunas partes del sermón, que por alguna razón particular sea necesario que el pueblo no solo deba ser movido, sino también enseñado. Esto es así cuando queremos dar el conocimiento y concepto justo de alguna cosa.

2. Por esta razón en este género se ha de guardar habitualmente este orden: primero demostrar qué es la cosa, después cuál es, es decir qué cualidades y disposiciones tiene, luego sus causas y efectos, y finalmente sus partes por medio de la división. Entonces, si debe tratar acerca de la naturaleza de la gracia, primero buscará qué es la gracia; segundo qué propiedades tiene; después las principales causas y efectos que obra en el alma del varón justo; y finalmente contará y examinará las partes de la gracia con la división de las diversas gracias. Santo Tomás y los demás teólogos están llenos de estos ejemplos. Aristóteles trae otro método, no muy diverso a este, porque enseña que primero probemos la existencia de la cosa, después su esencia, luego cuál sea y al fin por qué tal sea. No dudo que seguir este orden en la enseñanza es el mejor modo de tratar convenientemente cualquier asunto. Aunque no es necesario que continúe explayándose por todas estas cosas cuando una o varias ya son sabidas.

3. A estas como cuatro gradas se reduce todo lo que puede decirse sobre cualquier asunto, y también de este modo se explican las causas y efectos de las cosas, cuyo conocimiento produce la ciencia. En el tratado de cualquier virtud se discurre entonces primero sobre si la virtud propuesta es o no necesaria para la perfección humana, lo que se reduce a la cuestión de si existe la cosa. Después, cuál sea su materia. Luego, sus objetos, sus sujetos –lo que pertenece a la cuestión de la esencia–, luego, cuáles sean las disposiciones y condiciones de la virtud –lo que toca notoriamente a la cuestión de la cualidad–. Por último, de qué modo la podemos conseguir –lo que se reduce a la cuarta cuestión, en la que se trata de las causas e impedimentos de las virtudes–.

4. En este mismo tratado el predicador debe tener presente en qué se diferencia principalmente el maestro o doctor del predicador. Porque el doctor de la escuela solo procura instruir y enseñar al entendimiento, mas el predicador debe mover la voluntad y encenderla en amor de la piedad y justicia; y, por tanto, en cuanto le sea posible, debe dirigir y enderezar todo a este propósito.

7

LA DISPOSICIÓN

1. Hemos tratado hasta aquí de la invención de los argumentos; solo queda que digamos brevemente de su orden y disposición. El orden, por lo que aquí se refiere, es una apta colocación de los argumentos entre sí para persuadir y no hay quien no se de cuenta qué necesario es esto para el que predica. Porque así como para fabricar una casa no basta amontonar las piedras y demás materiales, si la mano del albañil no se aplica a disponerlos y colocarlos, y así como para hacer la guerra no son hábiles los soldados, por más fuertes y valerosos que sean, si no se ordenan en forma de ejército bajo la conducta de un diestro general, así también los argumentos sacados de los lugares dichos, están desordenados y no son aptos para lograr el fin si no se colocan y disponen a propósito para persuadir. Porque los ejércitos perturbados, son un impedimento para sí mismos, y también los miembros del cuerpo, por poco que se disloquen, pierden el uso y vigor que antes tenían. Así que la prédica que carezca de esta virtud, necesariamente estará desordenada, vagando sin guía, sin coherencia, y por eso se sigue que repita muchas cosas, que muchas otras las pase por alto, al modo del que anda perdido de noche por lugares no conocidos, y que sin inicio y sin fin, camina guiado más por el azar que por la prudente deliberación.

2. Lo primero que pide el buen orden o disposición es que nos ciñamos a la regla que antes impusimos: que usemos de principio, narración, división, conformación, refutación, conclusión; y en

conformidad de las reglas dadas, sigamos este orden en el decir. Asimismo, de acuerdo a los preceptos del arte, no solo debemos disponer todas las causas por el discurso del sermón, sino también cada argumentación de por sí, como enseñamos en la parte segunda: exposición, razón, confirmación de la razón, exornación, complexión. Esta disposición es de dos maneras: una que procede de las reglas del arte por las palabras y otra por los argumentos.

3. En la confirmación y refutación de los argumentos conviene guardar esta disposición: las argumentaciones más fuertes conviene colocarlas en la primera y última parte de la causa; las medianas, que no son ni útiles para el discurso ni necesarias para probar, interponerlas y colocarlas en medio, porque a pesar de que cada una individualmente sea endeble, juntas son firmes y verosímiles. Esto es así, porque una vez narrado el asunto, el ánimo del oyente espera saber pronto de dónde pueda confirmarse la causa. Por lo cual conviene que al instante se proponga alguna firme argumentación. Y también porque recordando lo que dije hace muy poco, es provechoso que al terminar el sermón quede en las mentes de los oyentes alguna argumentación fresca que sea bien sólida.

4. Hay también otro orden de la doctrina, que debe guardarse en cualquier género de sermón. Lo primero que debemos abordar es lo que sea más necesario para entender lo que diremos o para darle mayor luz. Además, siempre se debe ir de lo más común a lo menos, del género a la especie, de lo más fácil a lo más difícil, de lo más a lo menos conocido. Y así vamos subiendo de los efectos a sus causas, y de lo que percibimos por los sentidos a lo que conocemos con el entendimiento, porque las cosas que nos son más vecinas y familiares nos son también más conocidas. De esta manera, como dice el Apóstol, *las perfecciones invisibles de Dios, su poder eterno y su divinidad, se han hecho visibles después de la creación del mundo por el conocimiento que sus criaturas nos dan*¹.

Hasta aquí expusimos lo que nos parecía se debe enseñar acerca de la invención y disposición; ahora pasaremos a la elocución, que es la parte principal de esta arte.

¹ Ro 1,20.

PARTE QUINTA

LA ELOCUCIÓN

PRÓLOGO

Nunca pensé, lector amigo, cuando comencé a escribir este librito, que descendería a los menudos preceptos de la elocución. Pero dirigiéndose la institución de esta arte al fin de hablar bien, que consta de muchas partes y virtudes tan unidas y trabadas entre sí que apenas puede una u otra entenderse con perfección sin el conocimiento de las demás, me pareció que, para que nuestra instrucción no viniese a quedar defectuosa y manca, y el estudioso predicador no anduviera divagando por las escuelas de los retóricos y por sus intrincadas reglas, sería conveniente recopilar con la mayor claridad y método que pudiese todo aquello que juzgase más necesario a nuestro propósito, procurando ilustrarlo para mayor claridad con muchísimos ejemplos de san Cipriano, en la oratoria el más elocuente y primoroso de todos los padres católicos. De modo que así como los retóricos son suficientes como para ilustrar todos los preceptos y adornos de la elocuencia, así entiendo yo que basta este Cicerón cristiano para esclarecer todos los preceptos de la elocución. Cuánto más que este no solo sirve para explicar las reglas, sino también para formar las costumbres y ordenar rectamente la vida.

1

ALABANZA Y CUALIDAD DE LA ELOCUCIÓN, TOMADAS DEL LIBRO VIII DE QUINTILIANO

1. De aquí en adelante –dice Quintiliano– trataremos ya de la *elocución*, la parte más difícil de la obra, en opinión de todos los oradores. Porque hasta Marco Antonio dijo que había visto muchos fluidos, mas ninguno elocuente. El fluido piensa que es suficiente decir lo que conviene; pero decirlo con maestría es propio de un varón elocuentísimo. Virtud que si en ninguno se halló hasta su tiempo, tampoco en el mismo Antonio, ni en Lucio Crasso, y sin duda faltó en estos y en los anteriores porque es sumamente difícil. Cicerón considera que la invención y disposición son del hombre prudente, mas la elocuencia del orador¹. Y por eso trabajó principalmente sobre las reglas de esta parte y lo hizo muy meritoriamente, como también mostró de modo claro este tema a partir de su nombre. Porque hablar elocuentemente no es otra cosa que sacar afuera y llevar a los oyentes lo que concibes en tu mente, sin lo cual son infructuosas las demás partes y son semejantes a una espada escondida y puesta en su vaina. Esto es lo que principalmente se enseña, esto es lo que nadie puede alcanzar sin arte; en esto se ha de emplear el trabajo; esto es lo que pide ejercicio, lo que

¹ Cf. M. T. CICERÓN, *Orator ad Brutum*, 5, 18; *De oratore*, I, 21, 94.

pide imitación; aquí se gasta todo el tiempo, en esto sobre todo es superior un orador a otro, en esto unos géneros de decir son mejores que otros. Porque ni los asiáticos o cualquier otro tipo de apócrifos han dejado de ver las cosas y de disponerlas; tampoco los que apellidamos áridos fueron necios o ciegos al tratar las causas, pero faltaron en la apreciación y modo que hay que tener en la elocución, como los otros en la energía, para que se vea en esto el vicio y la virtud que hay en el hablar.

2. Sin embargo no solo por esto se ha de poner el cuidado en las palabras. Es necesario que salga al paso y por decirlo así, manteniendo esto que acabo de declarar y llevándolo más lejos, me oponga a los que envejecen en el vacío estudio de las voces, omitiendo todo cuidado en la elección de las cosas, donde está la eficacia de las causas. Esto lo hacen para realzarlas, lo cual me parece hermosísimo cuando deriva de las mismas cosas, y no cuando es afectada. Los cuerpos sanos, bien complexionados y fortalecidos con el ejercicio, toman de un mismo principio la hermosura y las fuerzas. Porque ellos están robustos y de buen color. Pero si alguno después de cortada la barba y puesto arbol en la cara, los vistiera mujerilmente, en vez de hermostrarlos, los afecta. El cuidado lícito y magnífico añade autoridad a los hombres, según testimonia el verso griego. Pero el afeminado y lujurioso, sin adornar al cuerpo, obnubila la mente. De este modo aquella elocuencia transparente y de varios colores que algunos usan, afemina las mismas cosas que visten de aquel traje de palabras. Por lo tanto, quiero que se ponga cuidado en las palabras, pero solicitud en las cosas, pues ordinariamente las palabras óptimas están juntas con las cosas y se descubren con su luz. Pero nosotros las buscamos como si ellas estuvieran siempre escondidas y se retiraran secretamente. Así, nunca pensamos que están cerca de aquello que debemos hablar, sino que buscamos en otros lugares, y forzamos las que hemos encontrado.

3. Con mayor ánimo ha de emprenderse la elocuencia, la cual como es robusta en todo el cuerpo, juzgará que es muy ajeno de su cuidado limar las uñas y peinar el pelo. Ya que ordinariamente sucede que con esta diligencia se empeora el discurso. Porque no son superiores las palabras traídas de lejos, sino las más sencillas y nacidas de la misma verdad; pues aquellas que muestran cuidado y

quieren parecer ordenadas y afectadas, no caen en gracia y pierden el crédito, porque ofuscan los sentidos, al modo que mucha hierba sofoca los sembrados. En efecto, lo que se puede decir directamente lo rodeamos por el apego a las palabras; lo que está bastante dicho lo repetimos; lo que con una palabra estuvo claro lo cargamos con muchas, y la mayoría de las cosas pensamos que es mejor figurarlas que decirlas. Pero, ¿qué, ya no agrada ninguna cosa que no sea propia, creyéndose poco elocuente lo que otro hubiese dicho? Tomamos prestado figuras o metáforas del más falso de los poetas, teniéndonos solo entonces por ingeniosos, a condición de que, sin duda, tengamos ingenio para que entendamos la obra. Y sin embargo, con suficiente claridad Cicerón² señaló que el mayor vicio que puede haber en el hablar es apartarse del género común y acomodado a la costumbre de las palabras.

4. Pero aquel fue duro y nada erudito: lo entendemos mejor nosotros, que despreciamos las cosas que dictó la naturaleza y no buscamos adornos, sino afección en el estilo. Como si hubiera palabras de algún valor no siendo conformes a las mismas cosas. Ciertamente se perdió todo el fruto de los estudios, si toda la vida se ha de trabajar para que ellas sean propias, claras, primorosas y que se coloquen bien. A pesar de lo dicho, verás a muchos que se paran en cada una de ellas, y cuando las hallan las pesan y miden. Esto, aunque se hiciese con el fin de usar siempre los términos más excelentes, es abominable e improductivo, porque frena y demora el curso de las palabras y da desconfianza al ímpetu del pensamiento. Realmente miserable y pobre es, digámoslo así, el orador que no puede tolerar que se pierda una palabra. No la perderá ciertamente, quien primero se haya instruido en la manera de hablar y con mucha y apropiada lectura haya adquirido un copioso caudal de palabras, juntando a esto el arte de colocarlas, y después fortaleciendo todo con mucho ejercicio, para tenerlo siempre a la mano y a la vista. A quien esto haga, las mismas cosas con sus nombres le saldrán al encuentro; pero es una obra que requiere un estudio precedente y una habilidad adquirida y como atesorada, puesto que este anhelo de buscar, juzgar

²Cf. M. T. CICERÓN, *De oratore*, I, 3, 12.

y cotejar estas cosas se ha de tener mientras aprendemos, no cuando disertamos³.

5. Y el mismo dice un poco más abajo:

Este cuidado tiene su tasa o medida. Porque cuando las voces son expresivas, hermosas y aptamente colocadas, ¿para qué trabajamos más? No obstante, nunca cesan algunos de inquirir con ansia y detenerse en cada sílaba, e incluso después de haber encontrado términos bellísimos, buscan alguno que sea muy arcaico, remoto e inesperado, sin pensar que no tiene sentido el discurso cuyas palabras se alaban. Enhorabuena que se tenga muy grande cuidado en la elocución, con tal que sepamos que nada debe hacerse por respeto de las palabras, pues ellas han sido inventadas para significar las cosas; y por consiguiente, son dignas de aprobación las que expresan óptimamente el pensamiento de nuestra alma, y en conformidad a nuestra intención, son eficaces en las almas del auditorio. Esas deben hacer sin duda admirable y gustoso el discurso. Pero no admirable como admiramos los prodigios, ni gustosa como los torpes deleites, sino que la alabanza debe ir unida a la dignidad⁴.

6. Esto se ha dicho en general sobre la cualidad de la elocución. Ahora vayamos a los singulares, partes o virtudes. En las cuales guardaremos este orden: en primer lugar pondremos las virtudes pertenecientes a la elocución; después, los vicios opuestos a ella.

³ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, proemium 13-29.

⁴ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, 31-33.

2

LAS CUATRO VIRTUDES PRINCIPALES DE LA ELOCUCIÓN: PRIMERO, LA LATINIDAD¹

1. Cuatro cosas, dice Cicerón, deben principalmente atenderse en la elocución: que hablemos *latina, clara, adornadamente* y que cualquier asunto que se trate se hable de *modo apropiado y congruente*². De cada una de estas cosas hablaremos en esta parte.

2. En primer lugar, el discurso debe ser latino y correcto: lo que toca principalmente al oficio del gramático, a quien incumbe hacer juicio de la congruidad o incongruidad del discurso. Y esto no se debe mirar exclusivamente en la lengua latina o griega, sino en cualquier otra. Porque cada idioma tiene no solo sus frases y modos de decir, sino también su sintaxis y construcción de voces, que suelen usar los que son peritos en aquella lengua y que deben también observar los que desean hablar pura y correctamente.

3. Contra esta primera virtud, fundamento de todas las otras, hay tres vicios: el *barbarismo, solecismo* y *extranjerismo*. El *barbarismo* se comete en la dicción cuando utilizamos algunas voces que

¹ Hay que tener en cuenta que Fray Luis de Granada escribe en latín y por eso habla de *latinidad*; mas lo que dice del latín, se puede y debe aplicar a los demás idiomas.

² Cf. M. T. CICERÓN, *De oratore*, III, 10, 37; Cf. M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, 1, 1.

según los expertos de la lengua no se encuentran en nuestro lenguaje. El *solecismo* se halla en la oración cuando las voces, que son ciertamente latinas, se unen mal, contra los preceptos de la gramática. El *extranjerismo* es semejante al barbarismo, como cuando usamos de alguna palabra extranjera, mezclando en el idioma español voces latinas o en el latino españolas: lo que procura evitar el lenguaje castizo y propio.

4. No está mal advertir aquí que así como huimos de las palabras extranjeras, debemos también evitar con gran cuidado las frases o idiotismos³ peregrinos, defecto en que incurren frecuentemente varones elocuentísimos.

Asinio Polión hizo la observación de que Tito Livio, varón de maravillosa oratoria, tenía su estilo con ciertos resabios patavinos (de Padua). Por tanto, si es posible – dice Quintiliano– que todas las palabras y la voz descubran a un alumno de la Urbe, para que se perciba un estilo perfectamente romano, no advenedizo⁴.

Vicio del que no carecen algunos predicadores que, hablando en lengua vulgar, mezclan frases de la lengua latina o hebrea, sobre todo, por ejemplo, cuando traducen en su lengua los testimonios de la Escritura o de los santos padres.

³ Idiotismo: (Del lat. *idiotismus*, y este del gr. ἰδιωτισμός, lenguaje ordinario o vulgar). 3. m. Ling. Giro o expresión propio de una lengua que no se ajusta a las reglas gramaticales; p. ej., *a ojos vistas*; R.A.E.

⁴ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, 1, 3.

3

SEGUNDA VIRTUD DE LA ELOCUCIÓN: LA CLARIDAD

1. Hay que guardar con gran cuidado la *claridad*, tanto en cada vocablo de por sí como en su conjunto, es decir, en el contexto de la oración. Lo primero se logra utilizando las palabras que son propias, de las cuales debe constar la mayor parte del discurso; aunque esta propiedad no se ha de tomar a la letra,

porque si bien todas las cosas tienen y se entienden por su propio nombre, no siempre usamos de él, debiendo evitar las palabras obscenas, sórdidas y bajas. Son bajas o humildes las que son inferiores a la dignidad de las cosas, o del orden¹.

Pero ciertamente no se ve en esto la habilidad de la oratoria. Aquello que se considera más que digno de mediana aprobación, y que se suele alabar, es que algo se considera dicho con propiedad cuando lo expresamos con las palabras más significativas que encontramos. Así dijo Catón que Cayo Cesar se dedicó a subvertir el Estado en los momentos de sobriedad. De este modo también llamaron cruel a Aníbal, y violenta la *tibia*².

Asimismo suelen ser dichas con propiedad las palabras que están bien traducidas.

¹ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, 2, 1-2.

² M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, 2, 8.

2. Para proveer de claridad se pueden utilizar las palabras que significan más de lo que parece a primera vista cuando son pronunciadas, pues ayudan a la inteligencia³.

Lo cual hace el *énfasis*, del que hablaremos en su lugar.

3. Con todo, hay mayor oscuridad en el contexto y en el desarrollo del discurso y de muchas maneras. Por eso, que no sea tan largo el modo de expresarse que la atención se disperse, ni tan pesado en la transposición que vaya a parar en *hipérbaton* (ὑπερβατόν)⁴.

4. También ha de evitarse la ambigüedad, no solo la que provoca un sentido incierto, como: «tengo entendido que Cremes y Demeas se golpearon»⁵, sino también aquella que, aunque no pueda turbar el sentido, incurre sin embargo en el defecto propio de las palabras, como si uno dijera: *visum a se hominem librum scribentem*⁶, pues aunque sea claro que el hombre escribe el libro, está mal redactado y, en cuanto estuvo de su parte, lo hizo dudoso⁷.

También con la interposición, o *paréntesis*, de que usan así oradores como historiadores, para poner en medio del discurso alguna sentencia, se suele impedir la inteligencia, si no es que lo que se interpone sea breve.

5. Hay también en algunos una hojarasca de voces huecas, los cuales queriendo apartarse del uso común de hablar, agradados de ciertos fantásticos relumbrones, cargan de una copiosa locuacidad todo cuanto quieren decir; después, juntando y mezclando aquella misma serie con otra semejante, la extienden más allá de lo que ningún aliento puede durar⁸.

6. Otros hay que, émulos de la brevedad, aun las palabras necesarias quitan al discurso, y como si bastase que ellos sepan lo que quieren decir, no se preocupan de los demás.

³ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, 2, 11.

⁴ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, 2, 14.

⁵ En el texto latino: *Chrementem audivi percussisse Demeam*, la ambigüedad reside en que no se sabe si Cremes le dió un golpe a Demeas o viceversa. En la traducción, que no puede ser exacta, la ambigüedad reside en que no se sabe si se golpearon mutuamente en una pelea, o si cada cual se golpeaba a sí mismo, o si se cayeron a la vez y se golpearon.

⁶ Los casos del latín sugieren: *a él le parece – a un hombre – a un libro – escribiendo*.

⁷ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, 2, 15-16.

⁸ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, 2, 17.

Pero yo diría que las palabras que no entiende el oyente según su capacidad, son ociosas⁹.

7. Por eso la claridad nos parece la primera virtud: las palabras propias, el orden recto, que la conclusión no se difiera mucho, y que nada falte ni sobre. De esta manera aplaudirán los doctos el discurso y lo entenderán los rudos. Esta es la regla de la elocución. Porque en los preceptos de la narración se enseña el modo con que ha de observarse la claridad de las cosas, y es la misma razón en todas. Porque si no decimos más ni menos de lo que es menester, y lo pronunciamos con orden y distinción, serán manifiestas y entendibles las palabras aún de los menos atentos¹⁰.

8. San Agustín, según aquel refrán griego: *habla tan basto como quisieres, mientras hables claro*, aconseja que usemos voces menos latinas, si son más claras y perceptibles:

Porque ¿de qué sirve la pureza del lenguaje, cuando no la acompaña la inteligencia del oyente, pues no hay absolutamente ningún motivo para hablar si lo que hablamos no lo entienden aquellos a quienes hablamos para que nos entiendan? Aquel, pues, que enseña, eludirá todas aquellas palabras que no enseñan. Y si en lugar de ellas puede usar de otras correctas que se entiendan, esto será lo mejor; pero si no puede, porque no las hay, o porque de pronto no se le ocurren, usará también de voces menos puras, con tal que la misma cosa se enseñe y aprenda con perfección.

Y un poco después:

Es insigne cualidad de los buenos ingenios amar en las palabras la verdad, no las palabras. Porque, ¿qué aprovecha una llave de oro si no puede abrir lo que queremos? ¿O qué daña la de madera, si puede hacerlo cuando no buscamos otra cosa sino abrir lo que está cerrado?¹¹.

9. Hay otra oscuridad, que no está en las voces, sino en las cosas mismas, cuando algunos predicadores proponen a una muchedumbre ruda e indocta cuestiones recónditas y difíciles,

⁹ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, 2, 19.

¹⁰ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, 2, 22-23.

¹¹ S. AGUSTÍN, *De doctrina christiana*, IV, X, 24 y XI, 26; PL. 34,99-100.

sacadas de los arcanos de la filosofía y teología, para hacer con esto alarde de su ingenio y granjearse con el pueblo crédito de erudito. No parece de ningún modo que estos puedan decir con el Apóstol: *No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Nuestro Señor Jesucristo; mas nosotros, siervos vuestros por Jesús*¹². Ciertamente es cosa indigna en extremo que en el lugar y oficio en que procuramos apartar a los otros del vicio de la jactancia y vanidad, caigamos nosotros en el mismo vicio que reprendemos. Pero si contra esta costumbre de muchos vale poco mi amonestación, valga siquiera la de san Agustín, que dice:

Hay ciertas cosas que no son de suyo entendidas, o lo son apenas, por más que se esfuerce el predicador en explicarlas con toda claridad, las cuales raras veces, si consta alguna necesidad han de predicarse al pueblo, si no nunca en absoluto¹³.

¹² 2Cor 4,5.

¹³ S. AGUSTÍN, *De doctrina christiana*, IV, 9, 23; PL 34,99.

4

TERCERA VIRTUD DE LA ELOCUCIÓN: EL ADORNO

1. Vengo ahora al adorno, en el cual sin duda se lisonjea más el orador que en las demás partes del decir. Realmente es corto el mérito de los que hablan con pureza y claridad, ya que esto es carecer de vicios más que tener alguna gran virtud. Pero el adorno contribuye no poco a esta causa,

porque los que oyen con gusto están más atentos, creen con más facilidad, se prenden ordinariamente con el mismo deleite y no rara vez se transportan de admiración: como la espada que causa algún terror a los ojos, sus mismos rayos no nos confundirían tanto si solo se temiera su violencia y no el mismo relampagueo de su filo. Así bien dijo Cicerón escribiendo a Bruto: “La elocuencia que no pone en admiración a los oyentes, no merece el nombre de elocuencia”¹. Y Aristóteles es también del sentir que debe procurarse en gran manera esta admiración. Mas importa, vuelvo a decir, que este adorno sea robusto, varonil y santo; que no ame la liviandad afeminada, ni el color del arrebol sobresaliente, sino que resplandezca por su fuerza, digámoslo así, y por su sangre.

2. Es esto verdadero en tanto grado que, estando en esta parte vecinos los vicios a las virtudes, los que gustan de los vicios quieren cubrirlos con el nombre de virtudes.

¹ Cf. M. T. CICERÓN, *Orator ad Brutum*, 28, 97; 71, 236.

Por lo que ningún vicioso me diga que soy enemigo de los que hablan culto. No niego que esta sea virtud, pero no la concedo a ellos. Por ventura, ¿tendré yo por mejor cultivado un campo en que alguno me mostrare azucenas, violetas y copiosos surtidores de agua, que el otro lleno de mieses y de cepas cargadas de racimos? ¿Elegiré yo antes el plátano estéril y los arrayanes podados que los olmos enlazados con las parras y los fértiles olivos? Quedense con aquellas los ricos, si les place, aunque ellos, ¿qué serían si nada más tuvieran? ¿Acaso no se ha de añadir algún adorno a los árboles fructíferos? ¿Quién lo niega? También plantaré yo mis árboles con orden y a cierta distancia. ¿Y qué cosa más vistosa que aquellas cinco hileras que, miradas de cualquier parte, aparecen rectas? Con esto se logra el que absorban igualmente el jugo de la tierra. Las puntas del olivo que se levantan demasiado las cortaré con hierro, y así se esparcirá en torno con mayor hermosura, y luego, echando más ramas, dará más fruto. El caballo, cuyas ijadas son delgadas, es más hermoso y también más veloz. Más bello se hace a la vista un atleta cuyos brazos fortaleció el ejercicio y el mismo es más aparejado a la pelea. Nunca la verdadera hermosura anda apartada de la utilidad².

3. Dice así san Agustín de este adorno del discurso con que grandemente se recrean los ánimos de los oyentes:

Al modo que muchas veces deben tomarse bebidas amargas saludables, así debe evitarse siempre la dulzura perniciosa. Pero, ¿qué cosa mejor que una medicina dulce? Porque cuanto más allí se apetece la suavidad, tanto más fácilmente aprovecha la medicina. Hay, pues, varones eclesiásticos que trataron no solo con sabiduría, sino también con elocuencia las palabras divinas. Y son tantos que antes faltará el tiempo para leer sus obras, que falten estas a los más estudiosos³.

² M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, 3, 5-11.

³ S. AGUSTÍN, *De doctrina christiana*, IV, 5, 8; PL 34,92.

5

ADORNO QUE HAY EN CADA PALABRA DE POR SÍ

1. Por cuanto el adorno como la claridad del discurso están en cada palabra de por sí o en muchas juntas, consideremos primero lo que requiere cada palabra, y después lo que exijan en conjunto¹.

En cuya materia debe sentarse en primer lugar que así como la claridad consta principalmente de palabras propias, así el adorno consta de palabras transferidas o figuradas con cualquier otro tropo. Mas como frecuentemente muchas palabras significan una misma cosa, lo cual se dice *sinonimia*, siempre han de escogerse las más acomodadas y mejores. Porque es patente que entre estas mismas voces hay unas «más sonoras, más grandes, más decentes, más sublimes, más brillantes, y más gustosas que otras»². Como, por ejemplo, son más sonoras: *quamquam*, *moderatio* y *concertare* que si dijeres: *etsi*, *modestia*, *confligere*. Más grandes son: *tremendo*, *asesinar*, *óptimo*, *obsequiosísimo* que estas: *grande*, *matar*, *bueno*, *obsequioso*. También es más lúcida la palabra *buey* que *vaca*. En general sin lugar a dudas, se consideran mejores las palabras simples que dicen mucho (que tienen mucho contenido) o que tienen un sonido muy agradable. Y ciertamente, siempre son mejores las honestas que las torpes; y desde luego, en el discurso erudito jamás han de tener lugar las palabras sórdidas.

¹ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, 3, 15.

² M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, 3, 16.

2. Por lo demás, en lo que pertenece al uso, en el cual tiene más lugar la observación, se han de escoger las palabras que se ajusten a la naturaleza y dignidad de las materias de que hablamos. «Porque a cosas atroces convendrán también palabras que sean ásperas al oído»³; y las que en un asunto grande son aptas y magníficas, en uno humilde serían hinchadas. Al contrario, las que son humildes para asuntos grandes, son a propósito para tratar los menores.

Y al modo que en un discurso brillante una palabra humilde se nota como un punto, así otra sublime y brillante disuena en una conversación familiar y queda como aparatosa, porque sobresale en la llanura⁴.

3. Esto se ha dicho de las palabras propias. Las transferidas, de que ahora se ha de hablar, no pueden aprobarse sino en el contexto. Con todo, no son desordenadas sino cuando son inferiores a la dignidad del asunto de que ha de hablarse.

³ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, 3, 17.

⁴ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, 3, 18.

6

LOS TROPOS¹

1. Quedando claro lo que acabamos de decir, acerca de la claridad de los términos propios, y del adorno de las palabras metafóricas o dispuestas con cualquier otra figura, comencemos a tratar ya de los tropos²; y con tanto mayor gusto cuanto el uso de ellos es más frecuente en los libros proféticos. Pues todos los escritos de los profetas abundan en metáforas y alegorías, por cuanto hablan de cosas muy grandes, o cuando reprenden los delitos de los hombres, o cuando advierten a los pecadores las penas vengadoras de sus pecados, o bien cuando prometen grandes beneficios de la divina gracia a los hombres piadosos y que cumplen con su obligación. Y así, llenas de metáforas y de alegorías, con las semejanzas de cosas grandes, suelen ellos amplificar y poner delante de los ojos las que la misma gente considera también muy grandes. Y para que esto claramente se vea, citaré algunos pasajes de los profetas.

2. Tal es aquel lugar de Isaías: *Y saldrá una vara de la raíz de Jesé, y de su raíz subirá una flor*³. Donde con el nombre de *vara* significó el poder; y con el de *flor*, la hermosura del Señor, Salvador nuestro. También están llenos de alegorías los siguientes

¹ Tropo: (Del lat. *tropus*, y este del gr. *τρόπος*). 2. m. Ret. Empleo de las palabras en sentido distinto del que propiamente les corresponde, pero que tiene con este alguna conexión, correspondencia o semejanza. El tropo comprende la sinécdoque, la metonimia y la metáfora en todas sus variedades; R.A.E.

² Cf. M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, 3, 15; IX, 1, 9.

³ Is 11,1.

testimonios: *Habitará el lobo con el cordero*⁴. Y en el capítulo 8: *Por cuanto este pueblo desechó las aguas de Siloé, que corren sin murmullo*⁵. Después diseña y amplifica la destrucción venidera del pueblo por la inundación de un río. Y en el capítulo 35 declara con bellísimas metáforas la conversión y alegría de los gentiles, cuando dice: *Se alegrará la tierra desierta e intransitable, dará saltos de placer la soledad y florecerá como azucena*⁶. Jeremías, en el capítulo 4, señala con el nombre de *león* al rey de los asirios, cuando dice: *Subió el león de su guarida*⁷. Y Ezequiel designa en el capítulo 17 al mismo rey con el nombre de *águila grande*, diciendo: *Un águila poderosa de grandes alas, muy corpulenta, llena de plumas y de diversidad de colores, vino al Líbano y agarró el meollo del cedro*⁸. Para manifestar la soberbia y atrocidad del faraón, rey de Egipto, le llama dragón: *Mira cómo voy hacia ti, dragón grande, que estás echado en medio de tus ríos, y dices: "mío es el reino, y yo me hice a mí mismo"*⁹. Estos ejemplos se hallan casi en todas las páginas de los profetas, y los quise traer aquí para mostrar la utilidad y uso de los tropos. Pues es notorio que las cosas grandes y atroces se agrandan con estos nombres, y que su magnitud se manifiesta más con estas voces que con las propias.

3. Es, pues, el *tropo* una mudanza de palabra o de frase de su propia significación a otra con energía¹⁰. Comenzamos con el más frecuente de los tropos y por lejos el más hermoso; hablamos de la *traslación*, que en griego se dice *metáfora* (μεταφορά)¹¹, pues su extensión es muy grande.

La engendró la necesidad constreñida de la pobreza, mas después la extendió la recreación y el gusto. Pues así como el vestido fue primero inventado para guardarse del frío, y

⁴ Is 11,6.

⁵ Is 8,6.

⁶ Is 35,1.

⁷ Jr 4,7.

⁸ Ez 17,7.

⁹ Ez 29,3.

¹⁰ M. F. QUINTILLIANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, 6, 1.

¹¹ Metáfora: (Del lat. *metaphōra*, y este del gr. μεταφορά, traslación). 1. f. Ret. Tropo que consiste en trasladar el sentido recto de las voces a otro figurado, en virtud de una comparación tácita; p. ej., *Las perlas del rocío. La primavera de la vida. Refrenar las pasiones*. 2. f. Aplicación de una palabra o de una expresión a un objeto o a un concepto, al cual no denota literalmente, con el fin de sugerir una comparación (con otro objeto o concepto) y facilitar su comprensión; p. ej., *el átomo es un sistema solar en miniatura*; R.A.E.

después comenzó a usarse también para el adorno y decencia del cuerpo, así la translación de los vocablos se inventó por pobreza y se frecuentó por gusto¹².

Es, pues, la metáfora la translación de un nombre o de las palabras de aquel lugar que les es propio a otro en que falta lo propio, o porque es mejor el nombre transferido que el propio. Esto lo hacemos o porque es necesario, más expresivo, o más decente¹³.

Hasta los campesinos decían por necesidad que “las vides hechan yemas”¹⁴, que “las hierbas están lozanas”, “alegres los sembrados”¹⁵.

Los oradores llaman a un hombre *áspero* o *duro*, por no hallar nombres propios para estas afecciones. Así, para mayor expresión, se dice: “encendido en cólera”, “inflamado de la codicia” y “caído en el error”, porque los vocablos propios no expresan tan bien las cosas como estos transferidos. Mas por adorno se usan aquellas expresiones: “luz de la oración”, “claridad del linaje”, “asambleas tempestuosas” y “ríos de elocuencia”. Y Cicerón en la defensa de Milón llama a Clodio “fuente de su gloria”, y en otro lugar “mies y materia”¹⁶⁻¹⁷.

4. Parece admirable que todos se deleiten más con las voces transferidas y ajenas que con las propias. Cuando una cosa no tiene su nombre y vocablo propio, como *pie* en la nave, *yema* en la vid, obliga la necesidad entonces a que tomes de otra parte lo que no tienes. Pero aun teniendo los hombres muchas voces propias gustan de las ajenas, si están bien transferidas¹⁸.

La causa es que la translación es una semejanza contraída a una sola palabra y las semejanzas agradan mucho a los hombres.

Pero con la diferencia que mientras la semejanza es una comparación con la cosa que queremos expresar, la translación se dice en lugar de la cosa. Es comparación cuando digo que el hombre hizo esto o lo otro *como un león*; translación, cuando digo del hombre que *es un león*.

¹² M. T. CICERÓN, *De oratore*, III, 38, 155.

¹³ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, 6, 5.

¹⁴ *Gemmare vites*, lit. hechar joyas, o gemas (= yemas), derivados ambos del latín *gemma*.

¹⁵ M. T. CICERÓN, *De oratore*, III, 38, 155.

¹⁶ Cf. M. T. CICERÓN, *Pro Milone*, XXVI, 98.

¹⁷ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, 6, 6-7.

¹⁸ M. T. CICERÓN, *De oratore*, III, 39, 159.

5. Toda la fuerza de la metáfora es de cuatro maneras: cuando en cosas animadas se pone una por otra, como refiere Livio que “Catón solía ladrar a Escipión”; las inanimadas se toman por otras del mismo género, como: “nada hay más suave que la armonía de las virtudes”; o por cosas animadas las inanimadas, como: “dos rayos de Marte los Escipiones”. Y de ahí principalmente nace una maravillosa sublimidad, la cual, próxima a la osadía, se va levantando por medio de la translación cuando a las cosas sin sentido damos ciertas acciones y ánimos, como: “se indignó contra el puente el río Arajes”¹⁹. Y aquello de Cicerón: “¿Qué hacía, oh Tuberón, aquella tu desnuda espada en la batalla de Farsalia? ¿Qué costado hería aquella punta? ¿Cuál era el sentir de tus armas?”²⁰⁻²¹.

6. Las Sagradas Escrituras no pocas veces usan de esta misma metáfora por la grandeza de las cosas, atribuyendo a cosas inanimadas efectos y acciones humanas, e incluso cambiando el mismo discurso en ellas: *Los ríos aplaudirán con la mano, juntamente los montes brincarán de gozo en presencia del Señor*²²; *Entonces saltarán de contento todos los árboles del bosque delante del Señor*²³. Porque la grandeza del asunto mostró que era necesario pues se trataba de la venida al mundo de Cristo nuestro Señor como lo atestiguó el mismo Señor, diciendo: *Si estos callan, gritarán las piedras*²⁴.

7. En las translaciones hay que evitar la desemejanza, como la de aquel verso de Ennio: *coeli ingentes fornices*²⁵. Debe también atenderse a que la semejanza no sea lejana. Así, mejor diría “escollo del patrimonio” que “Sirte”; mejor “sumidero de los bienes” que “Caribdis de su fortuna”, porque con más facilidad se llevan los ojos del alma a las cosas vistas que a las oídas²⁶.

¹⁹ VIRGILIO, *Eneida*, VIII, 728.

²⁰ M. T. CICERÓN, *Pro Q. Ligario*, III, 9.

²¹ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, 6, 8-12.

²² Sl 97, 8-9.

²³ Sl 95, 12-13.

²⁴ Lc 19,40.

²⁵ *Fornix* en latín significa arco o bóveda. Por el hecho de que debajo de estos arcos era en Roma el lugar acostumbrado donde estaban las prostitutas, pasó a significar por extensión semántica también la casa en donde se practica la prostitución, es decir, un burdel o prostíbulo. De ahí la posible desemejanza.

²⁶ M. T. CICERÓN, *De oratore*, III, 40, 162; 41, 163.

«Hay también algunas translaciones humildes o bajas, como “es una verruga de piedra”»²⁷; «otras mayores de lo que pide la materia, como *tempestas comessationis*; otras menores, como *comessatio tempestatis*»²⁸.

8. Así como el uso moderado y oportuno de las metáforas hermosa el discurso, el uso frecuente lo oscurece o hace fastidioso, y el continuo acaba en alegoría y enigma²⁹.

Por lo que, si temes que parezca el discurso un poco duro, se suavizará proponiendo muchas veces algún verbo, por ejemplo, si en otro tiempo, muerto M. Catón, se dijera: “quedó huérfano el Senado” sonaría algo duro, en cambio si dijera: “quedó huérfano, digámoslo así, el Senado”, sería algún tanto más suave. Porque la translación debe ser respetuosa, de suerte que parezca que fue llevada a un lugar ajeno, no que le asaltó, y que vino como a ruegos, no por fuerza³⁰.

También se ha de ir con gran cautela en no pensar que todo lo que es permitido a los poetas es adaptable a la prosa. «Así no diré “pastor del pueblo”³¹ porque lo dijo Homero, ni “remar las aves con sus alas”³², porque con gran hermosura lo usó Virgilio»³³. «En verdad, no hay modo más florido en cada una de las palabras ni que más illustre el discurso que este»³⁴, y por eso con razón nos hemos detenido tanto en explicarlo.

9. La *sinécdoque*³⁵ es un tropo en que se entiende el todo por la parte o, al contrario, el consiguiente por lo antecedente. Esta descripción comprende los ocho modos que traen los más graves autores. Por la parte se entiende el todo, como por la popa el

²⁷ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, 6, 14.

²⁸ M. T. CICERÓN, *De oratore*, III, 41, 164. Estas locuciones *–tempestas comessationis* y *comessatio tempestatis–*, vertidas en español son inusitadas.

²⁹ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, 6, 14.

³⁰ M. T. CICERÓN, *De oratore*, III, 41, 165.

³¹ HOMERO, *Ilíada*, IV.

³² VIRGILIO, *Eneida*, VI, 19.

³³ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, 6, 18.

³⁴ M. T. CICERÓN, *De oratore*, III, 41, 166.

³⁵ Sinécdoque: (Del lat. *synecdoche*, y este del gr. *συνεκδοχή*, de *συνεκδέχεσθαι*, recibir juntamente). 1. f. Ret. Tropo que consiste en extender, restringir o alterar de algún modo la significación de las palabras, para designar un todo con el nombre de una de sus partes, o viceversa; un género con el de una especie, o al contrario; una cosa con el de la materia de que está formada, etc; R.A.E.

bajel, la espada por la punta, o por el techo la casa. Cicerón: «Apartamos sus puntas de nuestros cuellos»³⁶. Se entienden asimismo muchos por uno, como cuando dijo Livio: «el romano vencedor de la batalla»³⁷. Y Virgilio: «el enemigo ocupa las murallas»³⁸. O por la forma o especie, el género: «el puerco sabélico amuela los colmillos»³⁹, por cualquier puerco. O por la materia, la obra hecha: así el *acero* se toma por la espada, el *pino* por la nave, y el *oro* o *plata* por la moneda de estos metales. Cicerón: «Hombres armados y puestos en determinados sitios con el hierro»⁴⁰.

Por el contrario, se declara la parte por el todo, como en Virgilio: «Traían fuente y fuego»⁴¹. De cuyo género es cuando de muchos se entiende uno. Cicerón a Bruto: «Hemos engañado al pueblo y hecho parecer que somos oradores»⁴², siendo así que hablaba de sí solo. O cuando del género se entiende la parte sujeta a él. Virgilio: «...y de las uñas soltó el ave la presa»⁴³. También de lo antecedente se muestra lo siguiente, como cuando el mismo poeta dice: «Mira cómo llevan los bueyes colgados del yugo los arados»⁴⁴. De lo susodicho se ve claro que la translación se inventó para mover los ánimos y poner casi a la vista las cosas; como también que la sinécdoque sirve para enriquecer el lenguaje.

10. No se aparta lejos de este género la *metonimia*, en la cual entendemos las causas por los efectos, o los efectos por las causas, el contenido por el continente, o la cosa por su signo⁴⁵. Declaramos los efectos por las causas cuando el inventor o autor se pone por la cosa inventada. Virgilio: «Cargan en las canastas los dones que trabajó Ceres»⁴⁶. De este modo ponemos a Platón, Aristóteles, Demóstenes en lugar de sus escritos. Dicen que Cicerón leía atentamente a Platón, también que oía a Demóstenes.

³⁶ M. T. CICERÓN, *In Catilinam*, III, 2.

³⁷ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, 6, 20.

³⁸ VIRGILIO, *Eneida*, II, 290.

³⁹ VIRGILIO, *Geórgicas*, III, 255.

⁴⁰ M. T. CICERÓN, *Pro Caecina*, 41.

⁴¹ VIRGILIO, *Eneida*, XII, 119.

⁴² Cf. M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, 6, 20.

⁴³ VIRGILIO, *Eneida*, XII, 255-256.

⁴⁴ VIRGILIO, *Égloga*, II, 66.

⁴⁵ Cf. M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, 6, 23.

⁴⁶ VIRGILIO, *Eneida*, VIII, 180-181.

11. Por los efectos se significa la causa cuando decimos: se ha descubierto o hallado el sacrilegio por el sacrílego⁴⁷; y la maldad por el malhechor. De donde los mejores autores dicen con elegancia: «temor acongojado», «triste vejez» y «muerte pálida». Virgilio: «Apuntad de vosotros el congojoso temor»⁴⁸. Y Horacio: «Que la muerte pálida va igualmente / a la choza del pobre desvalido / y al alcázar real del rey potente»⁴⁹.

12. También se entiende con elegancia lo contenido por el continente. Así las ciudades se llaman bien *amuralladas*, así el siglo se dice *feliz*⁵⁰, y así Roma y Atenas se ponen frecuentemente en lugar de los romanos y atenienses. Virgilio: «agua agradable al cielo»⁵¹, esto es, a sus moradores. Cicerón: «Para no hablar de aquella inventora de todas las ciencias, Atenas, donde la mayor fuerza de la elocuencia se inventó y perfeccionó»⁵². Coloca Atenas en lugar de atenienses.

13. Aquí también se refieren aquellas cosas poseídas por el que las posee, o el ejército se significa por su capitán. Virgilio: «Ya arde próximo Ucalegón»⁵³, esto es, la casa de Ucalegón. Así del hombre, a quien disipan la hacienda, decimos que «lo han devorado». Y que «sesenta mil hombres fueron muertos en Cannas por Aníbal»⁵⁴, es decir, por sus tropas.

14. Finalmente, se demuestra por la señal o signo la cosa significada. Por donde la *toga*, que era símbolo de la paz y del ocio, se tomaba por la paz; y la segur en un hacecillo de varas o insignias consulares, por el magistrado. «No le doblaron las insignias del pueblo, dice Virgilio, no la púrpura de los reyes»⁵⁵. A la *metonimia*, como dice Cicerón, los retóricos la llaman *hipalagé*⁵⁶ (ὑπαλλαγήν).

⁴⁷ Cf. M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, 6, 26.

⁴⁸ VIRGILIO, *Eneida*, I, 202-203.

⁴⁹ HORACIO, *Carminum*, I, 4, 13-14.

⁵⁰ Cf. M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, 6, 24.

⁵¹ VIRGILIO, *Eneida*, VIII, 64.

⁵² M. T. CICERÓN, *De oratore*, I, 4, 13.

⁵³ VIRGILIO, *Eneida*, II, 311-312.

⁵⁴ Cf. M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, 6, 26.

⁵⁵ VIRGILIO, *Geórgicas*, II, 495-496.

⁵⁶ Cf. M. T. CICERÓN, *Orator ad Brutum*, 27, 93; M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, 6, 23. Hipálage: (Del gr. ὑπαλλαγή, cambio). 1. f. Ret.

15. La *antonomasia*⁵⁷ pone alguna cosa en lugar del nombre, como «conquistador de Cartago y de Numancia» en lugar de Escipión, y «príncipe de la elocuencia romana» por Cicerón. Y por medio de un epíteto: «Y las armas del varón que el impío dejó clavadas en el techo»⁵⁸. Puso *impío* por Eneas. Así a Aristóteles llamamos «el Filósofo» por excelencia, lo mismo que a Virgilio «el Poeta». Se distingue la antonomasia de la perífrasis en que aquella se refiere a solos los nombres de las personas, mas la perífrasis, de la que trataremos después, se extiende muchísimo a las demás cosas que son mejor significadas con algún rodeo que con el nombre propio.

16. Al *epíteto*⁵⁹ (ἐπίθετον), o *appositum* en latín, lo considera Diomedes una especie de antonomasia. Y ordinariamente es un nombre adjetivo, añadido a un nombre propio para adornar, amplificar o señalar. No pocas veces se junta también a otros nombres que no son propios de personas. No hace al caso que estos epítetos sean o no adjetivos, mientras se atribuya de cualquier modo alguna propiedad no solo a las personas, sino también a las cosas, como: la «precipitada» juventud, el «doco e imprudente» amor, el deleite «cebo de males», la «impertinente y mal acondicionada» vejez, la filosofía «desterradora de vicios»⁶¹, la comedia «espejo de la vida humana»⁶², la historia «maestra de la vida»⁶³.

17. En los poemas se podrá usar de epítetos naturales, como la «cándida nieve», las «líquidas fuentes»⁶⁴, la «frígida noche»⁶⁵, el

Figura consistente en referir un complemento a una palabra distinta de aquella a la cual debería referirse lógicamente. *El público llenaba las ruidosas gradas*; R.A.E.

⁵⁷ Antonomasia: (Del lat. *antonomasia*, y este del gr. ἀντονομασία). 1. f. Ret. Sinécdoque que consiste en poner el nombre apelativo por el propio, o el propio por el apelativo; p. ej., *el Apóstol*, por *San Pablo*; *un Nerón*, por *un hombre cruel*; R.A.E.

⁵⁸ VIRGILIO, *Eneida*, IV, 495-496.

⁵⁹ Epíteto: (Del lat. *epitheton*, y este del gr. ἐπίθετον, agregado). 1. m. Adjetivo o participio cuyo fin principal no es determinar o especificar el nombre, sino caracterizarlo; R.A.E.

⁶⁰ Cf. M. T. CICERÓN, *Cato maior seu de senectute*, XVIII, 65.

⁶¹ Cf. M. T. CICERÓN, *Tusculanae disputationes*, V, II, 5.

⁶² Cf. M. T. CICERÓN, *De Re publica*, II, 69.

⁶³ Cf. M. T. CICERÓN, *De oratore*, II, 9, 36.

⁶⁴ VIRGILIO, *Geórgicas*, II, 200; III, 529; IV, 18.

⁶⁵ M. MANILIO, *Astronomicon*, II, 421.

«fluido río»⁶⁶, el «sol dorado»⁶⁷. En prosa no convendrá usarlos, a menos que tengan algún énfasis y pertenezcan al asunto propuesto, como: «no recabarás tan injusto pleito de un Arístides *justísimo*»; «delante de Catón, *severísimo censor de las costumbres*, ¿te atreves a cometer liviandades?». Esto se hará principalmente cuando se citan ejemplos o sentencias: el «eruditísimo» y juntamente «diligentísimo» Aristarco; Cicerón, «príncipe de la elocuencia»; Platón, autor «acertadísimo».

Y sobre todo se adornan los epítetos con translaciones, como: la “desenfrenada codicia”⁶⁸, los “insensatos cimientos”... Suele también en Virgilio hacerse el epíteto con la mezcla de otros tropos: “torpe necesidad”, “triste vejez”⁶⁹. Sin embargo, es tal la condición de esta virtud, que toda oración sin epítetos queda desnuda y como desaliñada, aunque no por eso se ha de cargar de muchos, porque se hace larga y embarazosa, y semejante a un ejército que tuviese tantos vivanderos como soldados, en el que siendo doblado el número, no serían dobladas las fuerzas⁷⁰.

18. Ahora bien, a veces se multiplican con tanta elegancia los epítetos que ellos mismos sirven como definitiva descripción, y explican frecuentemente toda la naturaleza y propiedad de la cosa. Así san Juan Clímaco:

La soberbia es negación de Dios, invención de los demonios, desprecio de los hombres, madre de la condenación, hija de las alabanzas humanas, argumento de esterilidad espiritual, destierro de la ayuda de Dios, precursora de la locura, ministra de las caídas, materia de los pecados, fuente de ira, puerta del fingimiento, castillo de los demonios, obradora de crueldad, riguroso inquisidor de las culpas ajenas, juez cruel de los hombres, adversario de Dios y raíz de blasfemias⁷¹.

Orígenes dice de la mujer cananea:

⁶⁶ CALPURNIO SÍCULO, *Égloga* VI, 62-63.

⁶⁷ VIRGILIO, *Geórgicas*, I, 232.

⁶⁸ M. T. CICERÓN, *In Catilinam*, I, X, 25.

⁶⁹ Cf. VIRGILIO, *Eneida*, VI, 276; VI, 275.

⁷⁰ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, 6, 41-42.

⁷¹ S. JUAN CLÍMACO, *Scala paradisi*, XXII, 1; PG 88,969.

La mujer –principio de la culpa, arma del diablo, destierro del paraíso, madre del delito, corrupción de la ley antigua– venía al Señor Jesús...⁷².

Así también el apóstol san Judas, hablando en su epístola de los falsos apóstoles, dice:

*Estos son la afrenta y la deshonra de los convites de caridad, comiendo en la mesa sin ningún miramiento, y sin otro cuidado que el de saciarse a sí mismos; estos son nubes sin agua, que se las llevan los vientos; árboles de otoño sin frutos, dos veces muertos y arrancados de raíz, furiosas ondas del mar, de donde salen, como una inmunda espuma, sus suciedades e infamias*⁷³.

19. La *catacresis* (κατάχρησις)⁷⁴, que rectamente decimos *abusión*, acomoda a las cosas que no tienen nombre otro más cercano⁷⁵. Así Virgilio: «Fabrican un caballo con el arte divino de Palas»⁷⁶. Y los griegos llamaban «píxides», a los vasos de cualquier materia que fuesen, y también se llama «parricida» el asesino de madre o hermana⁷⁷. Este tropo es muy semejante a la metáfora; pero se distingue de ella porque la *catacresis* o *abusión* acomoda a una cosa que está sin nombre el de otra vecina o cercana; mas la metáfora, aunque no falte nombre, toma otro de cualquier parte con la condición de que la cosa tenga semejanza. ¿Qué es más cercano o propincuo al asesino de un padre que el asesino de la madre, hermano o hermana? Este, pues, se llama por *abusión* parricida, porque no tiene nombre en la lengua latina. Por el contrario, ¿qué cosas más distantes que el árbol y la república? Y sin embargo, se dice «república floreciente» con una voz transferida del árbol por alguna semejanza con él. De donde se ve que, aunque sean parecidos estos dos tropos, no obstante son diversos.

⁷² Cf. ORÍGENES, «De muliere chanaanæ»; *In Mt* 15, 21-28; PG 13,955.

⁷³ Jds 12-13.

⁷⁴ *Catacresis*: (Del lat. *catacresis*, y este del gr. κατάχρησις uso indebido). 1. f. Ret. Tropo que consiste en dar a una palabra sentido traslaticio para designar algo que carece de nombre especial; p. ej., *la hoja de la espada; una hoja de papel*; R.A.E.

⁷⁵ Cf. M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, 6, 34.

⁷⁶ VIRGILIO, *Eneida*, II, 15-16.

⁷⁷ Cf. M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, 6, 35.

20. «La *alegoría*⁷⁸, que se interpreta *inversión*, muestra una cosa en las palabras y otra en el sentido, y aun a veces lo contrario»⁷⁹. Así Virgilio:

Mas habiendo nosotros caminado / tanta llanura, inmenso
trecho andando / ya es tiempo de quitar a los caballos / el
duro yugo y al reposo darlos⁸⁰.

La alegoría es frecuente en la oración, pero es raro que sea todo con alegoría, ya que en general está combinada con vocablos claros. Este ejemplo de Cicerón es todo alegoría: “De esto verdaderamente me admiro y me quejo, que de tal suerte quiera un hombre atropellar a otro con palabras que perfore hasta la nave en que él mismo navega”⁸¹. En cuanto a aquel género de alegoría entreverado, es frecuentísimo: “Yo ciertamente entendí siempre que Milón solamente habría de aguantar las demás borrascas y tormentas en aquellos tumultos de las asambleas”⁸²; si no hubiera añadido “tumultos de las asambleas”, sería alegoría pura, mas la combinó con esto⁸³.

21. Es mucho más hermoso aquel género de discurso en que se ve mezclado el adorno de estas tres cosas: semejanza, alegoría y translación. “¿Qué estrecho de mar hay que tenga tantos movimientos, tantas y tan varias agitaciones de declaraciones, mudanzas, ondas, como las perturbaciones y mareas que tienen los congresos generales del pueblo? Un día o una noche no más que se atravesase de por medio, basta muchas veces para trastornarlo todo; y un pequeño airecillo de rumor hace mudar alguna vez todas las opiniones”⁸⁴. Pues también es esto lo que principalmente ha de mirarse: que acabes en el mismo género de translación que comenzaste, pues hay muchos que tomaron el inicio de una tempestad, y

⁷⁸ Alegoría: (Del lat. *allegoria*, y este del gr. *ἀλληγορία*). 4. f. Ret. Figura que consiste en hacer patentes en el discurso, por medio de varias metáforas consecutivas, un sentido recto y otro figurado, ambos completos, a fin de dar a entender una cosa expresando otra diferente; R.A.E.

⁷⁹ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, 6, 44.

⁸⁰ VIRGILIO, *Geórgicas*, II, 541-542.

⁸¹ M. T. CICERÓN, *Fragmenta librorum incertorum*.

⁸² M. T. CICERÓN, *Pro Milone*, II, 5.

⁸³ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, 6, 47-48.

⁸⁴ M. T. CICERÓN, *Pro Murena*, 35.

acabaron en incendio o en ruina, de lo cual se sigue una horrible inconsecuencia en las cosas⁸⁵.

22. Amén de esto, los escritos de los profetas están ilustrados, entre otros tropos, de bellísimas alegorías y de una consecuencia admirable de palabras. Cual es aquello de Isaías de la *viña plantada por el amado en un lugar elevado, pingüe y fértil*⁸⁶. Esta alegoría también va siguiendo David con no menor elegancia en siete versículos. *Trasladaste de Egipto la viña, arrojaste los gentiles, y la plantaste; extendió sus sarmientos hasta el mar y sus mugrones hasta el río*⁸⁷.

23. La *ironía*⁸⁸, que llaman *burla fina y disimulada*, es alegoría que no solo muestra una cosa en el sentido y otra en los términos, sino que manifiesta lo contrario.

Se entiende por la pronunciación, o por la persona, o por la naturaleza de la cosa. Porque si alguna de ellas se diferencia en las palabras, muestra que la intención del discurso es diversa. Cicerón contra Clodio: “Tu integridad te justificó, créeme, tu vergüenza te libró, la vida que llevaste te guardó”⁸⁹. Y Turno en Virgilio: “y tú, Drances valeroso, / dame de cobarde el trato, / pues que tu diestra mató / tanto montón de troyanos”⁹⁰⁻⁹¹.

24. La *perífrasis*, en latín *circuítio*, y en español *circunloquio*⁹² o rodeo de palabras, al modo de la alegoría, no se hace en un solo vocablo, sino en muchos, cuando lo que podía decirse en una lo decimos con muchas palabras, para que así el discurso sea más lleno o expresivo. Lo que se hace muy a menudo, cuando para mayor hermosura juntamos un caso oblicuo al recto, como: «la providencia de Escipión quebrantó la riqueza de Cartago», en lugar de decir «Escipión arruinó a Cartago». Así decimos «admirar

⁸⁵ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, 6, 48-50.

⁸⁶ Is 5,1.

⁸⁷ Sl 79, 9-12.

⁸⁸ Ironía: (Del lat. *ironia*, y este del gr. *ἰρωνεία*). 3. f. Figura retórica que consiste en dar a entender algo contrario o diferente de lo que se dice, generalmente como burla disimulada; R.A.E.

⁸⁹ M. T. CICERÓN, *Fragmenta librorum incertorum*, ex M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, 6, 56.

⁹⁰ VIRGILIO, *Eneida*, XI, 383.

⁹¹ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, 6, 54-56.

⁹² Circunlocución: (Del lat. *circumlocuño*, -*ónis*). 1. f. Ret. Figura que consiste en expresar por medio de un rodeo de palabras algo que hubiera podido decirse con menos o con una sola, pero no tan bella, enérgica o hábilmente; R.A.E.

la hermosura y elegancia de la virtud» en vez de «admirar la virtud», y «aborrecer la fealdad y torpeza del pecado», por «aborrecer el pecado». Figura de hablar que usa muy frecuentemente y con gran destreza el elocuentísimo Osorio⁹³.

25. Mas este tropo consta de otros modos: de *etimología*, *notación* o *nota*, y *definición*. La *etimología*, cuando explicamos la razón del nombre, como si uno llama *heredípeto*⁹⁴ al que apetece y solicita herencias ajenas; o *glotón* a un hombre dado a la gula; o *filósofo* a un hombre aficionado a saber; *gramático* al que enseña las letras; *hacendado* al que tiene mucha hacienda; *gran ganadero* al que posee gran porción de ganados.

26. De *notación* consta este tropo cuando describimos con ciertas señales accidentales alguna cosa, como si uno, entendiendo la ira, dice: «el hervor del ánimo o de la bilis», que induce amarillez en el semblante, ardor en los ojos, temblor en los miembros. También es de este género aquello: «Los que con un dedo se rascan la cabeza»⁹⁵, con que se notan los delicados y poco varoniles. O si dices: «Limpiarse las narices con el codo», significando al hombre de baja condición.

27. Constará de *definición*, como si uno dice: «El arte de bien hablar», por la retórica; *conclusionario*, al que robó el tesoro público; *tirano*, al que con violencia hubiese oprimido las leyes y libertad de los ciudadanos.

28. Hemos hablado esto de los tropos que, como antes dijimos, dan a la oración muy grande adorno. De todos es una misma la razón y naturaleza, a saber, en lugar del nombre conocido y propio de una cosa, se sustituye otro que sea más distinguido o más expresivo, o que tenga también la fuerza de prueba y de argumento. Y para manifestar la fuente de esta virtud, que da mucha luz a esta facultad, hay que saber que de ningún modo se puede usar un nombre por otro, sino es muy cercano y como deudo. Lo son aquellos que arriba dijimos que se les atribuyen a las cosas o personas, de donde proceden los tropos,

⁹³ Cf. J. OSORIO, *De gloria Libri V; De vera sapientia*.

⁹⁴ Heredípeto: (Del lat. *heredipēta*, cazador de herencias). Persona que con astucias procura proporcionarse herencias o legados; R.A.E.

⁹⁵ JUVENAL, *Sátira IX*, 132.

sede de los argumentos⁹⁶, y que son el género de la cosa, la especie, la definición, las propiedades, los accidentes, sean antecedentes, concomitantes o consiguientes; las causas, los efectos, el todo, las partes, los semejantes y lo demás de este género.

29. Teniendo todas estas cosas fuerza de argumento, deberá un artista perito usar a menudo de estos atributos de las cosas en lugar de las cosas mismas, para que sea más vehemente la predicación, por cuanto semejantes nombres equivalen al argumento o, como dicen los dialécticos, tienen virtud de medio. Así aquella sabia mujer dijo a Joab, que ponía sitio a la ciudad de Abel: *¿Por qué precipitas la herencia del Señor?*⁹⁷. En estas palabras amplificó el mal de un asedio con la palabra *precipitar*, y con la voz *herencia*, que puso por el nombre propio de la ciudad, expresó la fuerza del argumento, verdaderamente agudo. Por cuyo ejemplo se ve claro que para todos los usos a que sirven los tópicos sirven también los tropos que se originan de ellos. Y como la semejanza se cuenta entre los tópicos y es apropiada para probar, amplificar, ilustrar las cosas, ponerlas delante de los ojos y para deleitar, se sigue que también la metáfora, que es una breve semejanza, sirve para todos estos usos, y ocupa el primer lugar entre todos los tropos.

30. También debe advertirse que esta facultad importa muchísimo no solo para el ornato del sermón, sino también para entender los escritos de los profetas, que usan con mucha frecuencia de estos tropos. Porque si en sus escritos advirtiese uno con diligencia las expresiones que ellos usan en lugar de los nombres propios de las cosas de que hablan, hallará que no solo usaron de metáforas y locuciones alegóricas, sino también de otros tropos cuando ponen el efecto por la causa, o la causa por el efecto, o el todo por la parte, o la parte por el todo, o el nombre propio por el común, o el común por el propio, o los instrumentos por la cosa hecha con ellos, o las circunstancias de las cosas por ellas mismas.

31. Tal es aquello de Jeremías:

⁹⁶ Cf. M. T. CICERÓN, *De oratore*, II, 39, 166.

⁹⁷ 2Sam 20,19.

*Preguntad y ved si son los hombres los que paren. Pues, ¿por qué he visto yo a los hombres con sus manos sobre la espalda, como una mujer que está en los dolores de parto?*⁹⁸.

Semejante a esto es aquello del mismo: *Llamad a las mujeres lloraderas, y enviad por las que están más lejos*⁹⁹, queriendo mostrar con estas señales la amargura de la desgracia venidera. Y cuando Amós, encareciendo la inhumanidad de los ricos, dijo: *Nada padecían por la aflicción de José*¹⁰⁰, puso el nombre propio por el común de los pobres y miserables, como notó san Agustín, quien recomendó sobremanera este tropo del profeta¹⁰¹. Y cuando dijo el Apóstol: *No reine el pecado en vuestro cuerpo mortal para obedecer a sus apetitos*¹⁰² puso el efecto del pecado por la causa, a saber, por la concupiscencia y cebo de donde nacen los pecados. Mas por el contrario, cuando dijo: *Los hombres con la fe se justifican*¹⁰³, puso la parte por el todo, porque la fe es la raíz y fundamento de todas las cosas que se requieren para la justificación, en cuyo lugar puso la fe. Así, allí donde leemos en las escrituras quincuagésimo capítulo o capítulo cincuenta, entendemos el todo por la parte que lo encabeza.

En su lugar explicaremos de qué manera puede adquirir el predicador abundancia de términos muy cultos, en los que se hallen estas bellezas de los tropos.

⁹⁸ Jr 30,6.

⁹⁹ Jr 9, 16-17.

¹⁰⁰ Am 6,6.

¹⁰¹ S. AGUSTÍN, *De doctrina christiana*, IV, 7, 20; PL 34,98.

¹⁰² Ro 6,12.

¹⁰³ Ro 1,17.

ORNATO EN LA CONCATENACIÓN VERBAL. EN PRIMER LUGAR, LAS FIGURAS: DEFINICIÓN Y DIVISIÓN

1. Hemos dicho hace poco que el ornato o adorno del discurso está puesto por una parte en cada voz de por sí, y por otra en su concatenación, y hemos hablado de los tropos que sirven para la primera parte del adorno. Nos queda ahora por hablar de la concatenación. Este adorno principalmente consta de figuras, de composición y de diversas formas de hablar, ajustadas a la dignidad de los asuntos. De esto hablaremos en lo que queda de esta parte, empezando por las *figuras*, en griego *sjémata* (σχέματα), en las cuales está puesta la parte más importante del ornato y elegancia. Demóstenes las usó con tanta frecuencia que casi todo lo que dice procura adornarlo con alguna figura de este tipo. A título de lo cual, como escribe Cicerón, muchos piensan que fue sumamente admirable su elocuencia¹.

2. Explicaremos primero la definición y división de la figura. Según la definen los retóricos², es una forma de oración apartada del modo común y más obvio, con la cual se cambia la locución

¹ Cf. M. T. CICERÓN, *Orator ad Brutum*, 39, 166.

² M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, IX, 1, 4.

recta en otra de mayor energía. Para que quede claro conviene saber que del mismo modo que a un cuerpo se le pueden poner muchos vestidos, de los cuales unos vienen bien a la gentileza, otros a la gravedad, otros al llanto y tristeza, otros a la humildad y santidad, así una misma sentencia puede explicarse y en cierto modo vestirse de figuras y formas diferentes, de las cuales unas representen hermosura, otras gravedad, otras fuerza y energía. Es propio, pues, de un artista erudito escoger aquella figura y como hábito que mejor cuadre para pronunciar la sentencia o bien para que se acomode más a lo que se ha propuesto.

3. Pongamos ejemplos de esto. Podía decir el Apóstol lisa y llanamente: Si alguno enferma, también enfermo yo; si alguno se escandaliza, también me quemo yo. Mas, apartándose de este modo de hablar sencillo y más obvio, lo dijo con mucha mayor vehemencia y elegancia por la figura de interrogación: *¿Quién cae enfermo, y no enfermo yo? ¿Quién se escandaliza, y no me abraso yo?*³. De modo semejante, podía haber dicho: Nada podrá apartarme del amor de Cristo... Pero cuánto más vehemente y elegante es este modo: *¿Quién nos apartará del amor de Cristo? ¿Por ventura habrá tribulación, o peligro..., que para ello baste?*⁴. Con una simple oración podía decir: no pueden los hombres invocar a Dios, de quien nada oyeron; ni oír, si no se les anuncia; ni nadie le puede anunciar, si Dios no le envía. Pero con mucha mayor elegancia dice:

*¿Cómo invocarán a Aquel en quien no creyeron? ¿O cómo creerán en Aquel de quien no oyeron hablar? ¿Y cómo oirán hablar, si no hay quien les predique? ¿Y cómo los predicadores les predicarán si no son enviados?*⁵.

Aquí se juntan a un tiempo muchas virtudes de elocuencia: porque hay repetición, interrogación, gradación, y también miembros de oración de casi igual número de sílabas. También san Gregorio hubiera podido decir sencillamente: Es de admirar que venga al Señor una mujer pecadora; y también es de admirar que ella misma sea misericordiosamente arrastrada y benignamente recibida por Él. Pero cuánto más elegante es explicar esta sentencia con una oración figurada de este modo:

³ 2Cor 11,29.

⁴ Ro 8,35.

⁵ Ro 10, 14-17.

¿De qué nos admiramos, pues, hermanos, de María que viene, o del Señor que la recibe? ¿Diré que la recibe o que la atrae? Mejor diré que la atrae y la recibe juntamente⁶.

De este modo Sedulio, habiendo podido decir: Aquella primera mujer y la antigua serpiente nos hicieron muchísimo daño, con mucho más adorno y vehemencia dijo:

¡Oh consorte pernicioso! / ¿Es aquel dragón mentido, / o eres tú más venenosa? / Bien falsa la sierpe ha sido: / Tú también mujer dañosa⁷.

Del mismo modo solemos sencillamente decir: «Es compañera de la virtud la envidia, que persigue de ordinario a los hombres de bien»; pero con mayor fuerza decimos por exclamación: «¡Oh envidia, compañera de la virtud, que a los buenos de ordinario sigues, y aun persigues!»⁸. Con estos ejemplos, en mi opinión, se puede entender fácilmente la definición y uso de la figura.

4. A la definición sigue la *división*. Porque de dos maneras son las figuras: unas de palabras, otras de sentencias. Las de palabras son aquellas que constan de una ingeniosa y oportuna colocación de las mismas palabras, quitada la cual se muda o quita la figura. Las de las sentencias son aquellas que no están puestas en las voces, sino en las cosas mismas, como cuando exclamamos, preguntamos, suplicamos, decimos que dudamos algo, o también lo deseamos. Se cuentan asimismo entre las figuras de las sentencias las descripciones de cosas y de personas, esto es, las raciones, notaciones, sentencias y epifonemas, de que antes hablamos, y además muchas otras.

5. Mas como las figuras de las palabras sirven de adorno y elegancia a la oración, debe considerarse atentamente dónde se origina este adorno, cuyo conocimiento será importantísimo para el uso de ellas. Es sabido que la gracia y hermosura de todas las cosas que se perciben por los sentidos o por el entendimiento, consta principalmente de cierta proporción y simetría de partes, aptamente ordenadas entre sí. El sapientísimo Arquitecto de todas las cosas, que quiso hacerlas todas hermosísimas, las hizo *con*

⁶ S. GREGORIO MAGNO, *Homiliae in evang.*, hom. 33, 1; PL 76,1239D-1240A.

⁷ SEDULIO, *Carmen paschale*, II, 6-8.

⁸ CORNIFICIO, *Rhetorica ad Herennium*, 4, XXVI, 36.

*número, peso y medida*⁹; y al hombre mismo, entre lo demás, lo crió de tal naturaleza que pudiera aprovecharse muchísimo con la ordenación simétrica de los números y la coordinación de las cosas. Por esta causa la hermosura recrea a los ojos; la armonía de las voces, dispuesta por su ritmo, recrea los oídos; y los versos de los poetas, que están elegantemente ligados a las leyes de la métrica, nos deleitan. Por lo que no es de extrañar que este adorno esté constituido en la disposición y proporción de las palabras. Mas qué entienda yo por el nombre de *proporción* (si se me permite usar esta voz), lo declararán fácilmente los ejemplos que voy a proponer.

6. Tomemos aquella sentencia de Eusebio Emiseno: «Es crueldad de fieras estimar a Dios en menos porque dio más, de suerte que por eso reciba de ti menos honra porque dio más dignidad»¹⁰. Ves aquí claramente una proporción entre voces contrarias y de semejante cadencia. El mismo Eusebio, exponiendo aquel lugar: *Un niño nos ha nacido, y un Hijo se nos ha dado*¹¹, dice así:

Nos ha nacido el que para sí era. Fue dado por la Divinidad, nacido de una Virgen. Nacido, quien sintiera el fin; dado, quien ignoraba el principio. Nacido, quien fuese aún más joven que la madre; dado, quien ni el Padre le fuese más anciano. Nacido, quien muriese; dado, de quien la vida naciese. Y así quien era, se ha dado; quien no era, ha nacido. Allí domina, aquí se humilla. Para sí reina, y para mí milita¹².

El mismo también, hablando de la resurrección de los cuerpos, dice así:

La misma carne que fue probada con suplicios, será honrada con premios. Se gozará en los dones, la misma que triunfó en los dolores: la cual por eso con paciencia se dolió afligida, porque con fe creyó que sería restaurada¹³.

7. En todos estos ejemplos, ¿quién no ve que se corresponden mutuamente el número y proporción de semejantes, de

⁹ Cf. Sb 11,21.

¹⁰ EUSEBIO EMISENO, *Homilía* LI, 111; CCSL 101 A.

¹¹ Is 9,6.

¹² EUSEBIO EMISENO, *Homilía* I, 12; CCSL 101.

¹³ EUSEBIO EMISENO, *Homilía* XXI, 7; CCSL 101.

desemejantes, y de contrarios? De la misma suerte se halla a veces un número y proporción igual en las antífonas y versículos litúrgicos, como en las alabanzas de san Martín: «¡Oh varón inefable, ni vencido por el trabajo, ni por la muerte, que ni temió morir, ni rehusó vivir!»¹⁴. Se ve así como la oración es con puntos y comas y en todo equilibrada. Lo veremos en su lugar.

8. Y porque san Agustín (omitiendo a los demás padres) se deleitó en gran manera en este género de locución, referiré con gusto algunos ejemplos suyos, que san Próspero de Aquitania apuntó y recopiló, los cuales darán muchísima luz a esta regla, fuera de que son dignos de que se lean. Dice así:

La ley de Dios fue dada para que se buscara la gracia; y la gracia fue dada para que se cumpliera la ley. Esta no se podía cumplir, no por vicio suyo sino por el vicio de la naturaleza corrompida: vicio que había de ser descubierto por la ley y curado por la gracia¹⁵.

La divina Bondad se enoja en gran manera en este mundo, para no enojarse en el venidero; y aplica misericordioso el castigo temporal para no dar en justicia un suplicio eterno¹⁶.

Es verdadera la confesión y beneficiosa, cuando es uno mismo el sonido de la boca y del corazón, pues hablar bien y vivir mal, no es otro que condenarse por su propia voz¹⁷.

Con tal afecto y deseo ha de ser Dios venerado, que Él mismo sea la recompensa de esta veneración. Porque quien reverencia a Dios para merecer otra cosa en lugar de Él mismo, no venera a Dios, sino lo que quiere conseguir¹⁸.

No sabe el pecador que le castigan sino cuando con notorio suplicio siente, sin él quererlo, cuán grave mal sea el que ejecutó queriendo¹⁹.

No ha de juzgarse mala aquella muerte a que precedió una buena vida. Porque no hace mala una muerte sino lo que se sigue a la muerte. Así, los que por fuerza han de morir,

¹⁴ Sulpicio Severo, *Epístola* 3, PL 20,182C.

¹⁵ S. Agustín, *Sententiae, quas Prosperus Aquitanus collegit*, I, 44; PL 45,1863.

¹⁶ S. Agustín, *Sententiae*, I, 5; PL 45,1859.

¹⁷ S. Agustín, *Sententiae*, I, 6; PL 45,1859.

¹⁸ S. Agustín, *Sententiae*, I, 20; PL 45,1861.

¹⁹ S. Agustín, *Sententiae*, I, 47; PL 45,1863.

no deben estar muy ansiosos del achaque de que mueren, sino a dónde irán a parar al morir²⁰.

Cualquier daño que a los justos causan los amos injustos, no es pena del delito sino examen de la virtud; porque el bueno, por más que sirva, es libre; mas el malo, aunque reine, es esclavo, y no de un hombre, sino —lo que es más grave— de tantos dueños como vicios tiene²¹.

El diablo soberbio condujo a la muerte al hombre ensoberbecido. Cristo humilde redujo a la vida al hombre obediente. Porque así como aquel altivo cayó y derribó al que consentía, así este humillado resucitó y elevó al que creía²².

En las cosas espirituales, cuando la menor se junta a la mayor, como la criatura al Criador, ella se hace mayor de lo que era, no Él. Y ser mayor es ser mejor, porque la criatura que se allega al Criador no se hace más crecida en la estatura, sino mayor en la virtud²³.

Todos los dichosos tienen lo que quieren. Así son desdichados los que, o no tienen lo que quieren, o tienen lo que no quieren rectamente. Luego, más cerca está de la dicha la voluntad recta, aun no alcanzando lo que desea, que la torcida, aunque haya obtenido lo que desea²⁴.

Quien alaba a Dios en las maravillas de sus beneficios, alábele también en los terrores de sus venganzas. Porque halaga como amenaza. Si no halagara, no habría exhortación; si no amenazara, no habría enmienda²⁵.

9. En todos estos lugares se muestra bastante bien, aún para los menos atentos, las disposiciones de la proporción, con que unas palabras se contraponen a otras y se establece una mutua correspondencia. Y como no hay lugar en que no sean muy frecuentes y obvios semejantes ejemplos, se me puede reprender justamente que haya cargado de tantos una cosa tan notoria. Sin embargo, lo hice para manifestar que esta parte de decoro y belleza que se descubre en las figuras de las palabras mana de la misma fuente de donde suele manar toda la hermosura de las otras cosas que constan de arte o naturaleza; y al mismo tiempo,

²⁰ S. AGUSTÍN, *Sententiae*, I, 50; PL 45,1863.

²¹ S. AGUSTÍN, *Sententiae*, I, 53; PL 45,1863.

²² S. AGUSTÍN, *Sententiae*, I, 59; PL 45,1864.

²³ S. AGUSTÍN, *Sententiae*, I, 60; PL 45,1864.

²⁴ S. AGUSTÍN, *Sententiae*, I, 62; PL 45,1864.

²⁵ S. AGUSTÍN, *Sententiae*, I, 70; PL 45,1865.

para que de esta suerte quedasen avisados los que desean hablar con elegancia, para que procuren reducir a esta forma de locución aquello que por su naturaleza es capaz de esta hermosura. Porque esta gracia del discurso debe seguir a la naturaleza de las cosas, mas no afectarse. Y aun cuando digamos una verdad notoria, debe usarse con gran parsimonia de este género de locución, para que evitemos el peor vicio de todos que es la afectación, porque quita el crédito que debe darse al orador.

10. Tanto se han deleitado en este género de locución los venerables padres san Agustín, Eusebio Emiseno, san Pedro de Ravena y san Bernardo, que apenas usan con más frecuencia algún otro tipo. Y san Gregorio en casi todas sus sentencias sujeta la prosa a este ritmo. Por su parte, San Pedro de Ravena lo hace con tanta hermosura que principalmente por esta razón recibió el apelativo de *Crisólogo* (*Χρυσόλογον*). Y aunque los retóricos mandan usar parcamente de esta figura, a causa de tener ella más de gusto y de suavidad que de gravedad, con todo es cierto que estos padres que arriba mencionamos, frecuentísimamente usaron de ella, como lo muestran sus escritos.

11. Pero volviendo al asunto de por qué dije esto, se ha de saber que muchas figuras de palabras manan de esta fuente de proporción, que es de tres maneras: naturalmente, de una palabra hacia la misma palabra correspondiendo consigo en cierto orden y métrica; o de una semejante a otra; o de una contraria a otra de cualquier modo que lo sea, porque los dialécticos cuentan diversos géneros de contrarios. De estos tres géneros de proporciones nacen tres clases de figuras, que se refieren a las palabras; luego que hablemos de ellas, añadiremos algunas otras, en parte semejantes y en parte contrarias, pues entrambas pertenecen a un mismo orden y tratado.

8

PRIMERA CLASE DE FIGURAS DE PALABRAS

§ 1. REPETICIÓN

1. En la primera clase, en que se repite una misma palabra con elegancia, ocupa la *repetición* el primer lugar. Es cuando en cosas semejantes y diversas los principios se toman continuamente de una misma palabra. Así san Cipriano dice:

Si somos hijos de Dios, si hemos empezado ya a ser templos suyos, si habiendo recibido al Espíritu Santo, santa y espiritualmente vivimos, si de la tierra hemos alzado los ojos al cielo, si hemos levantado el pecho llenos de Dios y de Cristo, a lo soberano y divino, no hagamos sino lo que es digno de Dios y de Cristo¹.

Y el mismo, contra algunos confesores de Cristo que vivían un poco relajados, declama de esta forma tomando a uno por todos:

Es confesor de la fe; mas después de la confesión el peligro es mayor, porque está más provocado el enemigo. Es confesor de la fe; tanto más firme debe estar en el evangelio del Señor, habiendo conseguido del Señor gloria por el evangelio. Es confesor de la fe; sea humilde y quieto, sea en sus acciones por la disciplina modesto, para que el que se dice confesor de Cristo imite a Cristo a quien confiesa. Confesor es de Cristo, pero si después no se blasfema la dignidad y majestad de Cristo. La lengua

¹ S. CIPRIANO, *De zelo et livore*, PL 4,673A.

que confiesa a Cristo no sea maldiciente, ni turbulenta, no se oiga estruendosa con oprobios y rencillas. Por lo demás, si después fuere culpable y detestable, si diere a conocer su confesión con malas palabras, si manchare su vida con torpe fealdad, finalmente, si abandonando la Iglesia donde se hizo confesor, y rompiendo la concordia de la unidad, mudare la fe primera con la posterior perfidia, no puede lisonjearse por la confesión².

§ 2. CONVERSIÓN

2. La *conversión*³ es por la cual no repetimos como antes la primera palabra, sino que volvemos continuamente a la última. San Cipriano:

Dios no puede verse, es más claro que lo que se ve; ni tocarse, es más puro que el tacto; ni valorarse, excede todo valor. Y por eso, entonces estimamos dignamente a Dios cuando le llamamos inestimable⁴.

Aquel, cualquiera que sea, a quien con celo persigues, podrá escaparse y librarse de ti; tú no puedes huir de ti mismo: a cualquier parte que huyas, topas con tu enemigo, el adversario está siempre en tu pecho, la ruina está encerrada dentro. Atado y preso estás con indisoluble nudo de cadenas: eres cautivo de una envidia dominante, no hay consuelo alguno que te alivie⁵.

Semejante a esto es aquello del Apóstol:

*Hebreos son, también yo; israelitas son, también yo; semilla de Abrahán son, también yo; ministros de Cristo son, aunque me exponga a incurrir en la nota de imprudente, me atrevo a decir que yo lo soy más que ellos*⁶.

Asimismo Séneca:

Esta es una eterna infamia de Alejandro, que no podrá borrar ningún valor, ninguna victoria de las guerras. Porque cuantas veces uno dijere: “mató muchos millares de persas”, le opondrán: “también mató a Calístenes”.

² SAN CIPRIANO, *De unitate ecclesiae*, 21; PL 4,532A-533A.

³ Conversión: (Del lat. *conversio*, -*ōnis*). 3. f. Ret. Figura consistente en emplear una misma palabra al fin de dos o más cláusulas o miembros del período; R.A.E.

⁴ SAN CIPRIANO, *Quod idoli dñi non sint*, 9; PL 4,597A.

⁵ SAN CIPRIANO, *De zelo et livore*, 9; PL 4,669B-670A.

⁶ 2Cor 11, 22-23.

Cuantas veces se dijere: “mató a Darío, que poseía entonces un grande imperio”, se le opondrá: “también mató a Calístenes”. Cuantas veces se dijere: “todo lo venció hasta el Océano, al cual domó también con nuevas armadas y extendió su dominio desde el ángulo de Tracia hasta los confines del Oriente”, se dirá: “pero mató a Calístenes”. Aunque excediese todos los antiguos ejemplos de capitanes y reyes, de todo lo que hizo nada es tan grande como haber dado muerte a Calístenes⁷.

§ 3. COMPLEXIÓN

3. La *complexión*⁸ es la que abarca los dos adornos precedentes, de manera que se repite muchas veces la primera palabra y volvemos frecuentemente a la última. San Cipriano:

No está solo quien en la fuga tiene por compañero a Cristo. No está solo el que, guardando el templo de Dios dondequiera que estuviere, no está sin Dios.

Pero esta complexión es sucinta, puede ser más extendida. Traeré sin reparos un ejemplo de san Buenaventura, cuyo estilo, aunque no fluya con mucha suavidad, por el peso de las sentencias no debe ser menos agradable a los buenos ingenios que aquel que está adornado con mucha cultura y elegancia de palabras. Dice al recomendar la solicitud y empeño en la oración:

Si quieres tolerar con paciencia las adversidades, sé hombre de oración. Si quieres vencer las tentaciones y tribulaciones, sé hombre de oración. Si quieres mortificar tu propia voluntad con todas sus aficiones y deseos, sé hombre de oración. Si quieres conocer las astucias de Satanás y defenderte de sus engaños, sé hombre de oración. Si quieres vivir alegremente y caminar por el camino de la penitencia y del trabajo, sé hombre de oración. Si quieres ejercitarte en la vida espiritual y no seguir los apetitos de la carne, sé hombre de oración. Si quieres sacudir de tu alma las moscas importunas de los vanos pensamientos y cuidados, sé hombre de oración. Si quieres sustentar tu alma con santos pensamientos y

⁷ L. A. SÉNECA, *Naturales quaestiones*, VI, 23, 2-3.

⁸ Complexión: (Del lat. *complexio*, -*onis*). 2. f. Ret. Figura que consiste en empezar con un mismo vocablo y en acabar igualmente con uno mismo, diverso del otro, dos o más cláusulas o miembros del período; R.A.E.

deseos, sé hombre de oración. Si quieres consolidar tu corazón con un espíritu viril y en el constante propósito de cumplir la voluntad de Dios, sé hombre de oración. Finalmente, si quieres desarraigar de tu alma todos los vicios y plantar en su lugar las virtudes, sé hombre de oración: porque en ella se recibe la unción del Espíritu Santo, la cual enseña a todas las almas⁹.

De esta misma figura se vale san Gregorio de este modo:

Considero a los padres del Nuevo y Antiguo Testamento, David, Daniel, Amós, Pedro, Pablo y Mateo, y los contemplo con los ojos abiertos de la fe. Llena, pues, el Espíritu Santo a un joven tañedor de cítara, y le hace salmista; llena a un muchacho casto, y le hace juez de los ancianos; llena a un pastor de rebaños, y le hace profeta; llena a un pescador, y le hace príncipe de los apóstoles; llena a un perseguidor, y le hace doctor de los gentiles; llena a un publicano, y le hace evangelista. Y entonces, ¿hasta qué punto somos nosotros insensatos que no buscamos este Espíritu?¹⁰.

Aquí se puede ver que los principios y fines de las palabras son los mismos.

§ 4. TRADUCCIÓN

4. *Traducción*¹¹ es la que hace que, poniéndose muchas veces una misma palabra, no solo no ofenda o enfade, sino que vuelva el discurso más proporcionado, de esta manera: “Quien nada tiene en la vida más agradable que la vida, este no puede con la virtud cultivar la vida”. Más: “Llamas hombre al que, si fuera hombre, jamás hubiera pedido tan cruelmente la vida de un hombre. Pero era enemigo, luego quiso de tal suerte vengarse de su enemigo, que él se encontrase como enemigo para sí mismo”. Igual: “Deja a los ricos con sus riquezas; tú prefieres la virtud a las riquezas. Porque si quisieras

⁹ PSEUDO-BUENAVENTURA, *Meditationes*, 36; cf. F. L. DE GRANADA, *Obras completas* I, 596, nota 43.

¹⁰ S. GREGORIO MAGNO, *Homiliae in evang.*, hom. 30, 8; PL 76,1225C-1226A.

¹¹ Traducción: (Del lat. *transductio*, *-onis*). 4. f. Ret. Figura que consiste en emplear dentro de la cláusula un mismo adjetivo o nombre en distintos casos, géneros o números, o un mismo verbo en distintos modos, tiempos o personas; R.A.E.

comparar las riquezas con la virtud, apenas te parecerán bastante idóneas las riquezas, puesto que son siervas de la virtud”¹².

Por tanto, se repiten las mismas palabras. Primeramente en diversos casos¹³, como aquello:

Con deseo vehemente / pido armas a las armas; / y sus mismos descendientes / echen mano a las espadas. / Las costas del mar airadas / den contra las otras costas, / y sus ondas hinchadas / se estrellen con otras ondas¹⁴.

Elegantemente dice también Pico de la Mirándola, hablando con Dios:

Porque más que nuestras culpas / es tu clemencia divina: / y dar a los menos dignos / es cosa de Dios más digna. / Si bien harto dignas son / las almas que amar te dignas: / Que las que no encuentras serlo, / Tú mismo las haces dignas¹⁵.

A esto llaman los griegos *poliptoton*¹⁶ (πολύπτωπον).

5. También pertenece aquí la *epanalepsis*¹⁷ (ἐπαναλήψις), esto es, la regresión de la última palabra a la primera. Como aquello de Virgilio: «Mil cosas a menudo preguntando de Príamo, y del fuerte Héctor otras mil»¹⁸. Asimismo aquello de Cicerón contra Verres: «Muchos y graves dolores se inventaron para los padres, para los parientes muchos»¹⁹. También cuando se interpone alguna sentencia:

Los bienes, ¡triste de mí!, pues consumidas ya las lágrimas, aún queda el dolor clavado en el corazón; los bienes,

¹² CORNIFICIO, *Rhetorica ad Herennium*, IV, XIV, 20.

¹³ Se refiere a los casos o declinaciones del latín, o de cualquier lengua que tenga flexión casual: (en la cita) *Litora litoribus contraria... improcor arma armis*, etc.

¹⁴ VIRGILIO, *Eneida*, IV, 628-629.

¹⁵ GIOVANNI PICO DELLA MIRÁNDOLA, *carm. 16, deprecatoria ad Deum, Opera omnia*, Bologna 1496.

¹⁶ Poliptoton: (Del lat. *polyptōton*, y este del gr. πολύπτωπον, que tiene muchos casos) 1. f. Ret. traducción (figura o licencia poética); R.A.E.

¹⁷ Epanalepsis: (Del lat. *epanalepsis*, y este del gr. ἐπαναλήψις, repetición). 1. f. Ret. ver Epanadiplosis: (Del lat. *epanadiplosis*, y este del gr. ἐπαναδίπλωσις, duplicación, reiteración). 1. f. Ret. Figura que consiste en repetir al fin de una cláusula o frase el mismo vocablo con que empieza; R.A.E.

¹⁸ VIRGILIO, *Eneida*, I, 750.

¹⁹ M. T. CICERÓN, *In Verrem*, II, 5, 119.

vuelvo a decir, de Cneo Pompeyo andan sujetos a la durísima voz de un pregonero²⁰.

6. Próxima también de esta es la *anadiplosis*²¹ (ἀναδίπλωσις), la cual repite una misma palabra al fin de la oración antecedente y principio de la siguiente:

Ciudad del suelo etrusco. Sigue el hermosísimo Astur, / Astur que de su veloz caballo fía y en sus armas pintadas se gloria²².

Así Cicerón contra Catilina:

¡Oh tiempos, oh costumbres! De esto está enterado el Senado, el cónsul lo ve, y con todo esto vive. ¿Vive? Aún más: viene al Senado²³.

Y de esta manera se repite la oración, como aquello de Sedulio que alegamos arriba, hablando de la primera mujer:

¡Oh consorte culpable! / Consorte culpable, ¿eres tú más pérfida que aquel Dragón? / Dragón pérfido; pero tú también consorte culpable²⁴.

También se parece a esto aquello de Juan Pico de la Mirándola:

Mas ¡ay!, que aqueja a los tristes / un don de bien tan excelso; / a quienes hizo la gracia / nacidos, la culpa los hizo reos. / Los hizo reos la culpa; / mas lleve la gracia exceso / venza a la culpa, y la honra suya / crezca en el delito nuestro²⁵.

7. Es también parecida a esta la *epizéusis* (ἐπιζέυσις), en latín *conduplicatio*, conduplicación²⁶, la cual duplica una misma voz o una misma sentencia. Una misma voz, como: «Tú, tú encendiste aquellos fuegos»²⁷. Y aquello otro: «Yo, yo que lo hice estoy aquí:

²⁰ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, IX, 3, 29; ex M. T. CICERÓN, *Filipicas*, II, 26, 64.

²¹ Anadiplosis: (Del lat. tardío *anadiplosis*, y este del gr. ἀναδίπλωσις). 1. f. Ret. Figura que consiste en repetir al final de un verso, o de una cláusula, y al principio del siguiente, un mismo vocablo; R.A.E.

²² VIRGILIO, *Eneida*, X, 180.

²³ M. T. CICERÓN, *In Catilinam*, I, 1.

²⁴ SEDULIO, *Carmen paschale*, II, 6-8.

²⁵ GIOVANNI PICO DELLA MIRÁNDOLA, *carm.* 16, *deprecatoria ad Deum*, 18.

²⁶ Conduplicación: (Del lat. *conduplicatio*). 1. f. Ret. Figura que se produce repitiendo al principio de una cláusula o miembro del período la última palabra del miembro o cláusula inmediatamente anterior; R.A.E.

²⁷ M. T. CICERÓN, *Filipicas*, II, 36, 91; Cf. 22, 53.

/ volved contra mí el acero»²⁸. Y Cicerón contra Catilina: «Vives y vives, no para deponer, sino para acrecentar tu osadía»²⁹.

Una misma oración, de este modo: “¿No te conmoviste? Cuando te besó los pies tu madre ¿No te conmoviste?”. El mismo: “¿Aún a venir te atreves ahora a presencia de éstos, traidor a la patria, traidor, digo otra vez, a la patria, a venir te atreves a la presencia de éstos?”³⁰. Vehementemente conmueve al oyente la repetición de la misma palabra y hace mayor herida, casi como un dardo que hierde muchas veces una misma parte del cuerpo³¹.

§ 5. GRADACIÓN

8. La *gradación*³² mana también de esta fuente de la repetición, y produce como una cadena de palabras; es muy apropiada para instruir y deleitar. San Cipriano, en el sermón *De la envidia*, dice:

Tener celos del bien que ves y envidiar a los mejores parece a algunos culpa leve; de aquí es que, reputándose leve, no se teme; no temiendo, se menosprecia; menospreciándose, no se evita fácilmente³³.

Asimismo san Gregorio:

Se ha de considerar de qué manera viene cada uno a la cumbre del gobierno; y llegando legítimamente a ella, cómo vive; y viviendo bien, cómo enseña; y enseñando bien, con cuánta reflexión conozca cada día su flaqueza³⁴.

Y el Apóstol: *La tribulación*, dice, *obra es de paciencia; la paciencia, de virtud probada; la virtud probada, de esperanza; y la esperanza no defrauda*³⁵. Y otra vez: *A los que en su ciencia previó y predestinó, a estos llamó; y a los que llamó, también los justificó*³⁶. Y en otro capítulo por

²⁸ VIRGILIO, *Eneida*, IX, 427.

²⁹ M. T. CICERÓN, *In Catilinam*, I, II, 4.

³⁰ Cf. M. T. CICERÓN, *In Catilinam*, I, II, 4.

³¹ CORNIFICIO, *Rhetorica ad Herennium*, IV, XXVIII, 38.

³² Gradación: (Del lat. *gradatio*, *-onis*). 4. f. Ret. Figura que consiste en juntar en el discurso palabras o frases que, con respecto a su significación, vayan como ascendiendo o descendiendo por grados, de modo que cada una de ellas exprese algo más o menos que la anterior; R.A.E.

³³ S. CIPRIANO, *De zelo et livore*, 1, PL 4,663A.

³⁴ S. GREGORIO MAGNO, *Regula pastoralis*, I, 1; PL 77,13A.

³⁵ Ro 5, 3-5.

³⁶ Ro 8, 29-30.

interrogación y repetición dice de modo muy hermoso: *¿Cómo le invocarán si no creen en Él? ¿Y cómo creerán en Él si no han oído hablar de Él?*³⁷. Por último, como dijo alguno:

No comprendí estas cosas y no las persuadí; no las persuadí y no las comencé a practicar; no las comencé a practicar y no las perfeccioné; no las perfeccioné y ciertamente que no las aprecié³⁸.

En este último ejemplo no solo hay decoro, sino también fuerza y agudeza.

Hasta aquí lo relativo a las figuras que consisten en la repetición de una misma palabra.

9. En estas figuras

no es la falta de palabras la que obliga a repetir las, sino una cierta gracia y donosidad que en ellas se halla: la cual más fácilmente puede juzgarse por los oídos, que explicarse con palabras³⁹.

Esta virtud, como todas las demás, tiene también su vicio próximo, llamado *tautología* (*ταυτολογία*), y que es una viciosa repetición de un mismo vocablo, que no se hace por decoro sino por falta de términos, de lo cual también son jueces los oídos, como aquella: «Porque la razón de que no haya razón no es razón de dar fe a la tal razón»⁴⁰.

³⁷ Ro 10,14.

³⁸ CORNIFICIO, *Rhetorica ad Herennium*, IV, XXV, 34.

³⁹ CORNIFICIO, *Rhetorica ad Herennium*, IV, XIV, 21.

⁴⁰ CORNIFICIO, *Rhetorica ad Herennium*, IV, XII, 18.

9

SEGUNDA CLASE DE FIGURAS: LA SEMEJANZA DE LAS PALABRAS

1. De las figuras del segundo orden, que consisten en la proporción de palabras semejantes que mutuamente se corresponden, se cuentan cuatro principales: la *compar*, la *similicadencia*, la *similidesinencia* y la *agnominación o paronomasia*.

§ 1. COMPAR

2. La *compar*, que los griegos llaman *isójolon* (ἰσόχωλον), es la que se compone de miembros que constan de igual número de sílabas. Esto no se hace con la enumeración de las sílabas, lo que sería cosa pueril, sino con el uso y ejercicio de la facultad, haciendo que un miembro se refiera con alguna igualdad al antecedente por cierto sentimiento y gusto del entendimiento¹.

San Cipriano:

El mundo mismo testifica su ocaso con la prueba de la decadencia de las cosas: no tiene el invierno tan copiosas lluvias para criar las semillas, no tiene el estío el acostumbrado calor para madurar las mieses, ni con el

¹ CORNIFICIO, *Rhetorica ad Herennium*, IV, xx, 27.

clima de la primavera están los sembrados alegres, ni los otoños son tan fructíferos en sus árboles².

Pero de tales ejemplos do quiera hay abundancia.

§ 2. SIMILICADENCIA, SIMILIDESINENCIA

3. El adorno llamado *similicadente*³, en latín *similiter cadens*, es cuando en una misma construcción de palabras hay dos o más que se construyen en casos gramaticales semejantes. La *similidesinencia*, en latín *similiter desinens*, es cuando, aunque no pertenezcan al mismo caso en las palabras, las terminaciones son semejantes⁴.

Ejemplo de uno y otro se ve en estas palabras de san Cipriano contra Demetriano:

Ciertamente es trabajo vano y de ningún provecho ofrecer la luz a un ciego, las palabras a un sordo y la sabiduría a un bruto, no pudiendo entender el bruto, ni el ciego recibir luz, ni el sordo oír⁵.

4. En este género son muy donosas y agradables aquellas frases en las que no solamente los extremos, sino también los medios se corresponden de muchas y varias maneras. Cuánta sea la variedad, lo declaran los ejemplos. San Cipriano a Donato:

Toma no cosas discretas, sino fuertes; ni afectadamente aliñadas con lenguaje culto para lisonjear los oídos del pueblo, sino con ruda verdad sencilla para celebrar la piedad divina. Toma lo que se experimenta antes de aprenderse, no el conocimiento extenso adquirido con la dilación de los tiempos, sino lo que pronto, por el atajo de la gracia presurosa, se adquiere⁶.

² S. CIPRIANO, *Contra Demetrianum*, 3; PL 4,565A.

³ Similicadencia: (Del lat. *similis*, semejante, y cadencia). 1. f. Ret. Figura que consiste en emplear al fin de dos o más cláusulas, o miembros del período, nombres en el mismo caso de la declinación, verbos en igual modo o tiempo y persona, o palabras de sonido semejante; R.A.E.

⁴ CORNIFICIO, *Rhetorica ad Herennium*, IV, xx, 28.

⁵ S. CIPRIANO, *Contra Demetrianum*, 1, PL 4,563B.

⁶ S. CIPRIANO, *Epist.* I, 2 (*ad Donatum*); PL 4,201A.

El mismo contra Demetriano:

Quien es movido a lo malo, engañándole la mentira,
mucho más se moverá a lo bueno, obligándole la verdad⁷.

Todavía es más larga, pero no menos adornada aquella sentencia de san Agustín con la que, comparando en un bienaventurado mártir el día de su nacimiento al de su muerte, dice así:

En aquel día, del fastidioso vientre de la madre salió a esta luz que halaga los ojos de la carne; mas en este día, de una profundísima cárcel salió a aquella luz que alumbra la vista del alma... Viviendo justamente, vino a una preciosa muerte, pero injustamente muriendo, partió a una gloriosa vida⁸.

§ 3. AGNOMINACIÓN O PARONOMASIA

5. La *agnominación* o *paronomasia*⁹, es la semejanza verbal de las palabras, pero con diferente sentido. Como cuando dijo Cipriano *Sobre el traje de las vírgenes*: «Tú no tienes los ojos que Dios hizo, sino los que el diablo contrahizo»¹⁰. Y en el sermón *sobre la mortalidad*: «No hemos de llorar a nuestros hermanos difuntos, sabiendo que no los hemos perdido, sino que nos han precedido»¹¹. Tal es también aquella sentencia de Quintiliano: «Nada juzgamos que es perfecto, si lo que la naturaleza ha dado no lo perfecciona el cuidado»¹². Asimismo San Bernardo, quien usa con mucha frecuencia y gracia esta figura, como: «La caridad

⁷ S. CIPRIANO, *Contra Demetrianum*, 2; PL 4,564B.

⁸ S. AGUSTÍN, *Sermo in natali Cypriani martyris*, 310, I.III; PL 38,1413.

⁹ Paronomasia: (Del lat. *paronomasia*, y este del gr. *παρονομασία*). 1. f. Semejanza entre dos o más vocablos que no se diferencian sino por la vocal acentuada en cada uno de ellos; p. ej., azar y azor; lago, lego y Lugo; jácara y jícara. 2. f. Semejanza de distinta clase que entre sí tienen otros vocablos; p. ej., adaptar y adoptar; acera y acero. Marte y mártir. 4. f. Ret. Figura consistente en colocar próximos en la frase dos vocablos semejantes en el sonido pero diferentes en el significado, como puerta y puerto; secreto de dos y secreto de Dios; R.A.E.

¹⁰ S. CIPRIANO, *De habitu virginum*, 17; PL 4,469A: *...non sunt quos Deus fecit, sed quod diabolus infectit.*

¹¹ S. CIPRIANO, *De mortalitate*, 20; PL 4,618B: *...non eos amitti, sed praemitti.*

¹² M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, XI, 3, 11: *...nisi ubi natura cura.*

benigna fluye, no defluye»¹³, y aquella: «No aprecia Dios los dones de Caín, porque este le desprecia»¹⁴, también: «Gran soberbia es usar de lo que Dios ha dado, como si no fuese prestado»¹⁵, y muchas otras del mismo modo.

¹³ Cf. S. BERNARDO, *Epist.* 273, 1; PL 182,479A: ...*caritas affluit, non defluit.*

¹⁴ Cf. S. BERNARDO, *Serm.* 14, 2; PL 183,575B: ...*non respicit, quia illum despicit.*

¹⁵ Cf. S. BERNARDO, *De diligendo Deo*, 2, 4; PL 182,977B: ...*uti datis, quasi innatis.*

10

TERCERA CLASE DE FIGURAS DE PALABRAS: BASADAS EN NOMBRES O COSAS OPUESTAS

§ 1. CONTRARIA EN GENERAL

1. El tercer orden de figuras consiste en la proporción de los *contrarios*, en las cuales hay tanto donaire y gracejo que, de cualquier modo que los contrarios se junten, adornan grandemente la oración, y no solo la hacen gustosa, sino eficaz. Tal es aquello contra Catilina: «Venció a la castidad la lascivia, al temor la osadía, a la razón la locura»¹. No tiene menos fuerza y eficacia aquello de san Cipriano en la carta a Cornelio sobre los novacianos, pues dice así:

¿Por ventura, hermano amantísimo, para esto es que se depone la dignidad de la Iglesia católica y la autoridad y potestad sacerdotal, para que quieran dedicarse a juzgar los que están fuera de la Iglesia acerca de la cabeza de la Iglesia, los herejes sobre un cristiano, los enfermos acerca de un sano, los heridos de un íntegro, los caídos del que está en pie, los reos del juez, los sacrílegos del sacerdote?².

¹ M. T. CICERÓN, *Pro Cluentio*, VI, 15.

² S. CIPRIANO, *Epist.*, 18 (*ad Cornelium*), PL 3,826A.

No con menos aspereza reprende Isaías el soberbio y lascivo adorno de las mujeres, diciendo: *Y les trocará el perfume en hedor, la cintura rica en andrajo, el rizado en calvicie, y el sostén en cilicio*³.

2. Mas por ser esta figura muy aparejada, la ilustraremos con muchos ejemplos, para que de esta manera pueda entenderse su variado uso. San Cipriano:

Parabienes deben darse los malvados cuando se separan de la Iglesia, para que con su cruel y venenoso contagio no inficionen a las palomas y ovejas de Cristo. No pueden unirse ni juntarse la amargura con la dulzura, las tinieblas con la luz, la lluvia con la serenidad, la guerra con la paz, con la fecundidad la esterilidad, con las fuentes la sequía, con la bonanza la tempestad⁴.

El mismo:

De la manera que Satanás se transfigura como en un ángel de luz, así soborna a sus ministros a modo de ministros de justicia, tomando la noche por el día, la muerte por la salud, la desesperación bajo color de esperanza, la perfidia bajo el pretexto de la fe, el Anticristo bajo la voz de Cristo, para que, aparentando cosas verosímiles, frustren con sutileza a la verdad⁵.

Y en el sermón *de la limosna*:

El Hijo de Dios quiso ser hijo del hombre, para hacernos a nosotros hijos de Dios. Se humilló, para levantar al pueblo que antes estaba postrado. Fue herido, para sanar nuestras heridas. Sirvió, para dar libertad a los esclavos. Padeció muerte, para muriendo dar inmortalidad a los mortales⁶.

El mismo también, en el sermón *De la paciencia*, hablando de la paciencia admirable de nuestro Salvador, dice así:

En la misma hora de la pasión, ¿qué oprobios, qué denuestos, qué befas tan afrentosas no toleró? De manera que Aquel que con su saliva poco antes había dado vista a los ciegos, recibía con paciencia las salivas inmundas de los que le escupían en el rostro; Aquel, en cuyo nombre

³ Is 3,24.

⁴ S. CIPRIANO, *De unitate Ecclesiae*, 9; PL 4,522C-523A.

⁵ S. CIPRIANO, *De unitate Ecclesiae*, 3; PL 4,512B-C.

⁶ S. CIPRIANO, *De opere et eleemosynis*, 1; PL 4,625A.

sus siervos azotan al diablo y a sus ángeles malos, sufría ahora los azotes; el que corona a sus mártires con flores eternas, era coronado con espinas; el que da palma a los vencedores, era abofeteado con las palmas de las manos; el que viste a los demás el traje de la inmortalidad, era desnudado del vestido terreno; el que da la comida del cielo, era allí alimentado con hiel; y se da a beber vinagre al que había ofrecido la bebida saludable⁷.

De esta misma figura usó el apóstol cuando dijo: *Nos maldicen, y bendecimos; padecemos persecución, y aguantamos; nos dicen injurias, y retornamos oraciones*⁸. También el Hijo de Dios testifica por Isaías que le envió su Padre *para dar a los afligidos una corona en lugar de la ceniza, óleo de regocijo en lugar del llanto, y un vestido de gloria en lugar del espíritu de tristeza*⁹.

3. Es también muy hermoso aquel género de contrarios usado por san Basilio en alabanza de los mártires:

No mira el mártir los peligros, mira las coronas; no le amedrentan las llagas, sino que cuenta los premios; no ve a los verdugos que en el infierno flagelan, sino a los ángeles alegres que desde arriba aclaman a los hombres; no atiende a los riesgos temporales, sino a la eternidad de los premios¹⁰.

§ 2. LA COHABITACIÓN

4. La figura de *cohabitación*, es aquella en la que los contrarios se juntan a un tiempo en una misma cosa o persona, lo cual según conceden los dialécticos se puede hacer bajo diferentes razones. Así dice Lactancio del ave fénix, que después de muerta resucita: «Ciertamente ella, pero no la misma, porque es ella misma y no es ella misma, habiendo conseguido con el bien de la muerte, eterna vida»¹¹. Tal es aquello de la *Retórica hereniana*: «Estás presente, quieres estar ausente; te ausentas, deseas volver. En la paz buscas la guerra, en la guerra deseas la paz»¹². Así san Gregorio: «Se

⁷ S. CIPRIANO, *De bono patientiae*, 7; PL 4,650C-651A.

⁸ 1Cor 4, 12-13.

⁹ Is 61, 2-3.

¹⁰ S. BASILIO, *Homilia XVI in Barlaam martyrem*, 1; PG 31,483.

¹¹ *Incerti auctoris Phoenix Lactantio tributus*; PL 7,278.

¹² CORNIFICIO, *Rhetorica ad Herennium*, IV, XV, 21.

desdeñan los justos, mas no desdeñándose; desesperan, mas no desesperándose; mueven la persecución, mas amando»¹³.

§ 3. LA PARADIÁSTOLE O SEPARACIÓN

5. Contraria a la precedente es la *paradiástole*¹⁴ (παραδιαστολή). Porque así como allá se unen cosas contrarias, así aquí las muy semejantes se separan. De esta elegantísima figura usó en un estilo muy puro el apóstol cuando dijo:

*En todo padecemos tribulación, pero no nos angustiamos; nos hallamos en dificultades insuperables, mas no por eso sucumbimos; somos perseguidos, pero no abandonados; somos humillados, mas no confundidos; estamos abatidos, pero no enteramente perdidos*¹⁵.

De este modo san Cipriano desune las cosas semejantes: «Una cosa es que falte ánimo para el martirio, otra que el martirio faltase al ánimo»¹⁶. De la misma manera Séneca, hablando de un hombre haragán y ocioso, dice: «No vivió mucho, pero existió mucho»¹⁷. El mismo: «Vamos, dice, no adonde se debe ir, sino adonde se va... ni vivimos por razón, sino por semejanza»¹⁸. «Y queriendo cada uno más creer que juzgar, nunca se juzga la vida, siempre se cree»¹⁹. Y otra vez: «Procuremos saber que es lo mejor que se debe hacer, no lo que más se acostumbra hacer»²⁰. Y el mismo: «Mis riquezas, dice, las quitó la fortuna, no siempre las arrancó»²¹. San Agustín:

De tal suerte han de amarse los hombres, que no se amen sus errores, porque una cosa es amarlos porque Dios los hizo, otra aborrecer lo que ellos hacen²².

¹³ S. GREGORIO MAGNO, *Homiliae in evang.*, hom. 34, 2; PL 76,1247A.

¹⁴ Paradiástole: (Del lat. *paradiastōle*, y este del gr. παραδιαστολή). 1. f. Ret. Figura que consiste en usar en las cláusulas voces, al parecer de significación semejante, dando a entender que la tienen diversa; R.A.E.

¹⁵ 2Cor 4, 8-9.

¹⁶ S. CIPRIANO, *De mortalitate*, 17; PL 4,616B.

¹⁷ L. A. SÉNECA, *De brevitate vitae*, 7, 10.

¹⁸ L. A. SÉNECA, *De vita beata*, I, 3.

¹⁹ L. A. SÉNECA, *De vita beata*, I, 4.

²⁰ L. A. SÉNECA, *De vita beata*, II, 2.

²¹ M. A. SÉNECA (MAIOR), *Controversiae*, V, 1.

²² S. AGUSTÍN, *Sententiae, quas Prosperus Aquitanus collegit*; PL 45,1859; Cf. S. AGUSTÍN, *Enarrationes in psalmos*, ps. 100, 5; PL 37,1287.

San Cipriano:

Nosotros, amadísimos hermanos, que somos filósofos no en las palabras sino en las obras; ni llevamos la sabiduría en el vestido sino en la verdad; que más hemos conocido la solidez de las virtudes que la jactancia ostentosa de ellas; que no hablamos cosas grandes, sí que las hacemos, como siervos que somos y honradores de Dios, manifestemos con espirituales obsequios la paciencia que aprendimos con doctrinas celestiales²³.

Y en la carta que los presbíteros romanos enviaron al mismo Cipriano, entre otras cosas le dicen:

Conviene sobre todo la vergüenza a aquellos en cuyos delitos se condena un alma desvergonzada. Llamen enhorabuena a las puertas, mas no las rompan. Lleguen al umbral de la iglesia, mas no para pasar de él. Hagan de centinela a las puertas de los reales del cielo, pero armados con tal modestia que entiendan haber sido desertores. Vuelvan a tomar la trompeta de sus oraciones, mas no hagan sonar el clarín de guerra²⁴.

En estos ejemplos se ve claramente que las cosas que parecen semejantes se separan con razón y se explica cuánto se diferencian entre sí.

§ 4. LO CONTRARIO EN LAS SENTENCIAS

6. Es *contrario en las sentencias* lo que los dialécticos ubican entre los argumentos que se traen de los contrarios. Mas este género de argumentación se pone entre los adornos por ser más adornado que los otros. Tal es aquello:

“El que siempre ha sido enemigo de sus cosas, ¿cómo esperas que sea amigo de las ajenas?”. “El que conociste infiel en la amistad, ¿cómo crees que pueda ser fiel en la enemistad?”²⁵.

A este género de contrario se reducen también los argumentos *de los desiguales*, esto es, de mayor a menor, de esta manera:

²³ S. CIPRIANO, *De bono patientiae*, 3; PL 4,647C.

²⁴ S. CIPRIANO, *Epist.*, 31, 6; PL 4,321B-C.

²⁵ CORNIFICIO, *Rhetorica ad Herennium*, IV, XVIII, 25.

¿tememos combatir en la campaña con los que desalojamos de los montes? Los que, siendo muchos, no podían igualarse con nosotros, que éramos pocos, ahora que ellos son más pocos, ¿tenemos miedo de que nos sean superiores?²⁶.

§ 5. LA CONTIENDA

7. Inmediata a la figura precedente es la *contienda*, que consta no tanto de contrarios como de la comparación de circunstancias desiguales. La cual, del mismo modo que la antecedente, pertenece más a las figuras de las sentencias, que a las de las palabras. Pero quisimos en atención a la enseñanza, juntarla a estas porque tiene apariencia de contrario. Es muy usada cuando queremos probar o amplificar algo con un ejemplo o semejanza y entonces desenvolvemos las circunstancias de ambas cosas para mostrar que lo que nosotros sostenemos es igual, mayor o menor.

8. Así Cicerón en *Por la ley Manilia*:

Nuestros antepasados muchas veces hicieron la guerra por unos mercaderes o marineros injuriados. ¿Cuál, pues, debe ser vuestro ánimo sabiendo que murieron a un tiempo tantos millares de romanos? Porque unos embajadores fueron tratados con arrogancia, nuestros antepasados quisieron extinguir a Corinto, que era la luz de toda Grecia, ¿y toleraréis ahora vosotros que viva seguro un rey que quitó la vida a un embajador consular del pueblo romano, atormentándole con cárceles, azotes y con todo género de suplicios? Aquellos no sufrieron ver ultrajada la libertad de los ciudadanos romanos, ¿vosotros no haréis caso de que se le quite la vida? Aquellos defendieron el derecho de una legacía, violado solamente de palabra, ¿y dejaréis vosotros sin venganza a un embajador del pueblo romano, muerto con todo género de suplicios?

Añade luego la conclusión con estas palabras:

Ved, no sea que así como fue de suma honra para aquellos dejaros a vosotros un imperio de tanta gloria, así a vosotros os sirva de ignominia no poder defender y conservar el que recibisteis²⁷.

²⁶ Cf. CORNIFICIO, *Rhetorica ad Herennium*, IV, XVIII, 25.

²⁷ M. T. CICERÓN, *Pro lege Manilia*, V, 11-12.

Pero de esta *contención* discurriremos largamente cuando llegue el caso de tratar de los ejemplos.

§ 6. LA CONMUTACIÓN

9. A este género de contrarios pertenece la *conmutación*, que se dice en griego *antimetabolé* (ἀντιμεταβολή), y es

una contrariedad de sentencias con inversión o transposición de la última a la primera, de este modo: “conviene que comas para vivir, no que vivas para comer”; “por eso no hago versos, porque no los puedo hacer como quiero, y como puedo no quiero”; “si el poema es una pintura que habla, debe ser la pintura un poema mudo”; “lo que se dice de él, no puede decirse, lo que puede decirse, no se dice”; “porque eres necio, callas; mas no porque callas eres necio”²⁸.

Y en las Sagradas Escrituras: *No eligió el Señor la gente por el lugar, sino el lugar por la gente*²⁹. Asimismo Sedulio: «El sábado se hizo por causa del hombre, no el hombre por causa del sábado»³⁰.

²⁸ CORNIFICIO, *Rhetorica ad Herennium*, IV, XXVIII, 39.

²⁹ 2Mac 5,19.

³⁰ SEDULIO, *Carmen paschale*, 4, 183-184; Cf. Mc 2,27.

11

CUARTA CLASE: LAS DEMÁS FIGURAS DE PALABRAS

1. Después de estos tres géneros de figuras, que consiste en cierta proporción de palabras que recíprocamente se corresponden, resta el cuarto género en las cuales no tan claramente se descubre esta proporción, aunque no está del todo sin ella. En esto se diferencian principalmente las figuras de palabras de las figuras de sentencias, que en ellas de tal modo se colocan las palabras, que ofrecen a primera vista cierta imagen de proporción: de donde dimana toda la hermosura y gracia de una oración. Por lo que sucede que semejantes figuras de palabras contribuyen muchísimo para deleitar, que es lo que se cuenta entre los tres oficios del discurso.

§ 1. ADJUNCIÓN

2. La primera, pues, entre estas figuras es el *adjunción*, que en griego se dice *ζέγμα*¹ (ζεύγμα), y en latín *adjunctio*, en la cual se

¹ Zeugma: (Del lat. *zeugma*, y este del gr. ζεύγμα, yugo, lazo) 1. m. Ret. Figura de construcción, que consiste en que cuando una palabra que tiene conexión con dos o más miembros del período está expresa en uno de ellos, ha de sobrentenderse en los demás; p. ej., *Era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza*; R.A.E.

refieren muchas sentencias a un solo verbo, colocado al principio o al fin, y que sería requerido por cada una de las sentencias si estuviera sola.

Se hace poniendo antes el verbo y todo lo demás referido a él, de este modo: “Venció la lujuria al recato, el miedo a la osadía, a la razón la locura”². O poniéndose después, con que quedan más encerrados: “Ni tú, Catilina, eres sujeto a quien jamás o de la torpeza el pudor, o del peligro el miedo, o del furor la razón te haya hecho retirar”³. Puede también estar en medio, el cual basta para los antecedentes y consiguientes,⁴

como: «La hermosura de un rostro o la aja el tiempo o la enfermedad»⁵. Y porque aquel verbo puede ponerse en estos tres lugares, –en el principio, medio o fin– hicieron los griegos tres especies de *zēugma*, a saber, *protozēugma* (προτοζεύγμα), *mesozēugma* (μεσοζεύγμα) e *hyperozēugma* (ὑπεροζεύγμα), con las que significasen esta diferencia.

§ 2. DISYUNCIÓN

3. La contraria de esta es la *disyunción*⁶, por la cual a cada miembro de la oración se le junta su verbo, siendo así que uno hubiera podido bastar para toda ella. Pues así como por aquella figura nos explicamos con más brevedad, así con esta con más elegancia y adorno. De esta manera san Cipriano *contra Demetriano* dice:

¿Qué peleas con la flaqueza de la carne terrena? Combate con el valor del ánimo, quebranta la fuerza de la razón, destruye la fe, con argumentos, si puedes, vence⁷.

El mismo, en el sermón *Sobre la mortalidad*:

² M. T. CICERÓN, *Pro Cluentio*, VI, 15.

³ M. T. CICERÓN, *In Catilinam*, I, IX, 22.

⁴ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, IX, 3, 62.

⁵ CORNIFICIO, *Rhetorica ad Herennium*, IV, XXVII, 37.

⁶ Disyunción: (Del lat. *disiunctio*, desunión). 3. f. Ret. Figura que consiste en que cada oración lleve todas sus partes necesarias, sin que necesite valerse para su perfecto sentido de ninguna de las otras oraciones que preceden o siguen; R.A.E.

⁷ S. CIPRIANO, *Contra Demetrianum*, 14; PL 4,574A.

Si se postra la avaricia, se levanta la lujuria; si se reprime la lujuria, sube la ambición; si la ambición se menosprecia, se exaspera la ira⁸.

Asimismo Cicerón, hablando de sus estudios:

¿Por qué he de avergonzarme yo, que hace tantos años que vivo de manera que en ningún tiempo o mi comodidad o mi ocio me han abstraído del estudio, o el deleite retraído, o el sueño finalmente le ha retardado?

Y en el mismo escrito:

Los habitantes de Colofón dicen que Homero es paisano suyo, los de Quíos se lo apropian, los de Salamina lo reclaman, y los de Esmirna aseveran que es suyo⁹.

§ 3. DISTRIBUCIÓN

4. La *distribución*¹⁰ es en dos maneras: una se halla en las sentencias, que se verá con las figuras de sentencias; otra en las palabras, la cual es propia de este lugar y muy parecida a una anterior, esto es, a la *adjunción*, aunque mucho más adornada. Fuera de esto, aquella repite muchas palabras que significan una misma cosa; mas esta junta verbos y nombres diversos, que son muy adecuados a las cosas. En este género san Cipriano no es menos frecuente que elegante. Hablando sobre la violencia de una costumbre depravada en su carta a Donato, dice:

Forzoso es que la embriaguez incite, como solía, con tenaces halagos, que la soberbia hinche, que encienda la ira, que la rapacidad inquiete, que la crueldad hostigue, que la ambición deleite y la liviandad precipite¹¹.

El mismo en el libro *Del hábito de las vírgenes*:

Llevan las vírgenes la imagen del hombre celestial, estables en la fe, humildes en el temor, fuertes para sufrirlo todo, mansas para aguantar la injuria, prontas para

⁸ S. CIPRIANO, *De mortalitate*, 4; PL 4,607A.

⁹ M. T. CICERÓN, *Pro Archia poeta*, VI, 12-13, y VIII, 19.

¹⁰ Distribución: (Del lat. *distributio*, -*ōnis*). 6. f. Ret. Figura, especie de enumeración, en que ordenadamente se afirma o niega algo acerca de cada una de las cosas enumeradas; R.A.E.

¹¹ S. CIPRIANO, *Epist.* 1 (*ad Donatum*), 3; PL 4,203A.

hacer obras de misericordia, unánimes y concordés en la fraternal paz¹².

Y contra Demetriano:

Tú que juzgas a los otros, sé alguna vez juez de ti mismo. Ve registrando los rincones de tu conciencia. Verás que o bien están hinchados de soberbia, o que eres ladrón por la avaricia, o cruel por la iracundia, o pródigo en el juego, o borracho por la pasión del vino, o envidioso por los celos, o incestuoso por la lujuria, o por la crueldad violento: ¿y extrañas que vaya de aumento el divino enojo contra el género humano, dando cada día nueva materia de castigo?¹³.

El mismo en el sermón *Sobre la paciencia* exhorta con el ejemplo del Señor a hacer bien a todos, hasta a los ingratos:

Vemos que Dios, por una admirable disposición de su Providencia, tolera igualmente a los facinerosos que a los inocentes, a los impíos que a los religiosos, a los agradecidos que a los ingratos, disponiendo que así a los unos como a los otros obsequien los tiempos, sirvan los elementos, soplen los vientos, fluyan las fuentes, crezcan con abundancia las mieses, maduren sus racimos las viñas, abunden de frutas los árboles, se pongan frondosas las selvas, reverdezcan los prados¹⁴.

§ 4. SINONIMIA

5. La *interpretatio*, en griego *sinonimía*¹⁵ (συνωνυμία), también pertenece a las figuras de las palabras; y se halla en la oración cuando muchas palabras de una misma significación se juntan para instar, aumentar y alguna vez también para desarrollar con mayor claridad. Así san Cipriano en el sermón *De los lapsos*:

Me duelo, hermanos, me duelo con vosotros. Con cada uno, junto a mi pecho. Tengo parte en vuestras penas y en vuestros llantos. Gimo con los que gimen, lloro con los que lloran, creo estar postrado con los postrados. Mis

¹² S. CIPRIANO, *De habitu virginum*, 23; PL 4,477A.

¹³ S. CIPRIANO, *Contra Demetrianum*, 10; PL 4,570A-B.

¹⁴ S. CIPRIANO, *De bono patientiae*, 4; PL 4,648B.

¹⁵ Sinonimia: (Del lat. *synonymia*, y este del gr. συνωνυμία). 2. f. Ret. Figura que consiste en usar intencionadamente voces sinónimas o de significación semejante, para amplificar o reforzar la expresión de un concepto; R.A.E.

miembros están también heridos con aquellas saetas del enemigo destructor, atravesaron mis entrañas crueles espadas¹⁶.

Y en el sermón *De la envidia*:

Si se fueron ya las tinieblas de tu pecho, si la noche se ha alejado de ahí, si se dispó la oscuridad, si alumbró tus sentidos el resplandor del día, si empezaste a ser hombre de luz, sigue las cosas que son de Cristo, porque Cristo es luz y día. ¿Por qué caes en las tinieblas de los celos? ¿Por qué te envuelves con la niebla de la envidia? ¿Por qué con la ceguera de ella misma apagas toda la lumbre de la paz y del amor?¹⁷.

También Cicerón: «Siendo, pues, esto así, sigue, Catilina, la ruta que tomaste: sal ya de la ciudad. Abiertas están las puertas: marcha»¹⁸. Y continúa: «Se fue, se retiró, se escapó, se precipitó»¹⁹. También es bellísima aquella interpretación de Jerónimo Vida, hablando con Dios:

Sed, Señor, como sea vuestro gusto / miedo a los otros, y espantoso susto. / Mas para mi sed luego / suave amor y sosegado fuego. / En mi pecho te lleve noche y día, / no haya sin ti dulzura el alma mía: / a ti tan solo sobre todos quiera, / por ti de amores muera. / Por todos mis sentidos / estos volcanes tenga yo metidos, / estos en que estoy siempre volteando / de mis huesos vaya yo sacando, / mis meollos ardiendo / con esta llama se anden consumiendo. / Estos solos amores / deseo, o alma, que incesante llores²⁰.

6. Mas la abundancia de sinónimos, que sobre todo es necesaria para esta figura, no solo se adquiere con la *simonimia*, sino también con tropos y principalmente con metáforas y alegorías, cuando lo que está dicho con palabras propias lo significamos con metafóricas. Cual es aquello del mismo Jerónimo Vida hablando con el Señor:

Pues aunque al hombre avises, acaricies y recojas,
Tienen todos libre su albedrío

¹⁶ S. CIPRIANO, *De lapsis*, 4; PL 4,481B-482A.

¹⁷ S. CIPRIANO, *De zelo et livore*, 10-11; PL 4,670B-671A.

¹⁸ M. T. CICERÓN, *In Catilinam*, I, V, 10.

¹⁹ M. T. CICERÓN, *In Catilinam*, II, I, 1.

²⁰ JERÓNIMO VIDA, *Hymni de rebus divinis*, II, *Deo*, 431-438.

De cometer cualquier desvarío,
Y dejas nuestras riendas siempre flojas²¹.

Este último verso dice alegórica o metafóricamente lo mismo que había expresado en los antecedentes con términos propios.

7. «Y no solamente las palabras, sino también las sentencias que expresan una misma cosa se acumulan: “La perturbación del entendimiento y una oscura sombra de maldades y las ardientes teas de las furias conmovieron a éste”²²»²³.

8. En esta misma conformidad se juntan también las voces mixtas de un mismo o de diversos significados. San Cipriano, *Sobre el hábito de las vírgenes*:

Si tú ricamente te adornas y andas en público notada de todos, atraes a ti los ojos de la juventud, arrastras tras de ti los suspiros de los mancebos, si alimentas el deseo de impurezas, enciendes la yesca del pecado, de modo que aunque tú no perezcas, no obstante pierdes a los otros y en cierta manera das el cuchillo y el veneno a los que te miran, no puedes excusarte con que eres casta y honesta en el alma²⁴.

9. Aquí conviene aconsejar al predicador que no cargue a una misma sentencia de muchos sinónimos, a menos que deba ponderar una cosa o explicar alguna sentencia oscura, que no puede expresarse lo suficiente salvo de esta manera. Algunos poco advertidos en esto, juntan irreflexivamente muchos vocablos de igual valor, y con eso pierden credibilidad porque dan muestras notorias de vanidad y afectación.

§ 5. SINATROÍSMO O CONGERIES²⁵ (ACUMULACIÓN)

10. Se acerca mucho a la sinonimia el *synathroismós* (συναθροισμός), en latín *congeries*, que mencionamos en los modos de amplificar, con la diferencia que la sinonimia es la

²¹ JERÓNIMO VIDA, *Hymni de rebus divinis*, II, *Deo*, 524-526.

²² M. T. CICERÓN, *In Pisonem, fragmenta*, frag. 3.

²³ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, IX, 3, 47.

²⁴ S. CIPRIANO, *De habitu virginum*, 9; PL 4,460B-461A.

²⁵ Congeries: (Del lat. *congeriēs*). 1. f. Ret. Acumulación de palabras o frases cuyos significados guardan entre sí cierta relación de sinonimia; R.A.E.

multiplicación de una sola palabra, el sinatroísmo es la acumulación de muchas cosas, de que solemos usar principalmente cuando ponderamos y amplificamos los asuntos. En la cual se juntan muchos verbos, comas, o miembros de la oración, interponiendo conjunciones, o lo que es más vehemente, quitándolas también. San Cipriano en *Contra Demetriano*:

A los inocentes, justos, amigos de Dios quitas su casa, despojas de su hacienda, cargas de cadenas, encierras en la cárcel, castigas con cuchillo, bestias, fuego²⁶.

El mismo en *De simplicitate praelatorum*:

¿Qué unidad, pues, guarda, qué amor conserva el que con el furor de la discordia divide en bandos la Iglesia, destruye la fe, turba la paz, disipa la caridad, profana el sacramento?²⁷.

A este género pertenece lo de Isaías:

*En aquel día el Señor quitará los adornos del calzado, las lunitas y los collares, las manillas, las ajorcas y los esbozos, los turbantes, los ceñidores, los zarcillos, las sortijas*²⁸.

A esto se parece también aquello del Apóstol:

*Hasta la hora presente sufrimos el hambre, la sed, la desnudez y los malos tratos, no tenemos domicilio estable, y trabajamos penosamente con nuestras propias manos*²⁹.

11. Pero esta figura, que es muy semejante a la *frecuentación*, de que después hablaremos, parece que pertenece más a las figuras de sentencias. Su principal uso se descubre para ponderar y desarrollar. Es una manera de amplificar muy natural y le sale al paso a cualquiera, por inexperto que sea; porque decimos que hay muchas circunstancias en una cosa que la aumenten y exageren.

Hasta aquí sobre las figuras de palabras. Pasaremos ahora a las de sentencias, en las cuales aunque no se halla tanto gusto, hay mayor servicio para la elocuencia.

²⁶ S. CIPRIANO, *Contra Demetrianum*, 12; PL 4,572C.

²⁷ S. CIPRIANO, *De unitate Ecclesiae*, XV; PL 4,528A.

²⁸ Is 3, 18-23.

²⁹ 1Cor 4, 11-12.

12

FIGURAS DE SENTENCIAS: LAS QUE PARECEN MÁS APROPIADAS A LA INSTRUCCIÓN

1. Siendo tres, como dice san Agustín¹, los principales oficios del predicador, *enseñar, persuadir y deleitar*, de los cuales hablaremos en su lugar, todas las figuras, ya sean de voces, ya de sentencias, garantizan grandemente estos tres efectos, puestas donde corresponde. Por ejemplo, la transición pertenece especialmente al enseñar, porque para mayor claridad expone brevemente lo que se dijo y lo que se debe decir. Pero también añade energía y vehemencia al discurso de este modo: «Gravísimas cosas habéis oído, más graves todavía las oiréis». Ahora bien, entre las figuras hay algunas que son más propias para deleitar que para enseñar o inclinar, como son las figuras de palabras, de que hasta aquí hemos hablado, aunque algunas de ellas tienen fuerza y dinamismo, cuales son la repetición, conduplicación, interpretación y sinatroísmo o congeries.

2. Los contrarios, como declaran los ejemplos que propusimos, no solamente tienen una hermosura muy agraciada, sino también energía y fuerza. Y si bien las figuras de sentencias quizá valen menos para deleitar, conducen muchísimo para

¹ S. AGUSTÍN, *De doctrina christiana*, IV, 12, 27; PL 34,101; 27, 34; PL 34,104-105; ex M. T. CICERÓN, *De oratore* II, 29, 128; 77, 310.

instruir y convencer. Así, para mayor claridad, las hemos dividido en dos clases: de las cuales la primera contiene las figuras que más pertenecen a enseñar, y la segunda las que sirven más para inclinar, instar y conmover los ánimos, aunque no niego que muchas de ellas sirven para todo. Porque los ejemplos y símiles unas veces descubren y aclaran la cosa, otras adornan y recrean la oración, y más de una vez amplifican y engrandecen un asunto: por cuyo motivo se cuentan entre los modos de amplificar, como en su lugar expusimos. Así también las descripciones de cosas y de personas no solamente ayudan para inclinar o persuadir, que es su oficio principal, sino que algunas veces sirven también para instruir y deleitar.

PRIMERA CLASE DE FIGURAS DE SENTENCIAS: QUE PERTENECEN PRINCIPALMENTE A LA INSTRUCCIÓN

§ 1. DEFINICIÓN

1. Es cierto que la *definición* se coloca entre los lugares de argumentar. Sin embargo, se pone entre las figuras de sentencias, porque conduce tanto para la claridad, que es propia de ella, como para el adorno del discurso.

Ella es la que abraza breve y absolutamente las cualidades propias de alguna cosa, de esta manera: “La majestad de la república es en la que reside la dignidad y grandeza de la ciudad”; “injurias son las que ofenden al cuerpo con golpes, o a los oídos con dicterios, o a la vida de alguno con torpezas”; “esta no es diligencia, sino codicia, porque la diligencia es una conservación cuidadosa de lo suyo; la codicia, un injusto deseo de lo ajeno”; “esto no es fortaleza, sino temeridad, porque la fortaleza es un desprecio del trabajo y del peligro por razón de la utilidad y de la compensación de lo conveniente; la temeridad es un arrojado y imprudente a los trabajos, sin premeditado examen de los peligros”. Por eso, la definición se tiene por adorno útil, porque propone con

tal claridad, y con tal brevedad explica la fuerza y significado de cualquier cosa que da a entender que no convenía decirlo con más palabras y que no se pueden decir de modo más claro¹.

2. Esta breve y perfecta razón de definir está tomada de la escuela de los dialécticos. Hay otra más larga y copiosa, que sirve para la alabanza o vituperio, y pertenece más a los retóricos. De vituperio, como san Cipriano en la carta a Cornelio, hablando de Novaciano:

Más duro, dice, es con la soberbia de su filosofía del mundo que pacífico con la mansedumbre de la filosofía del Señor; desertor de la Iglesia, enemigo de la misericordia, supresor de la penitencia, maestro de la soberbia, corrompedor de la verdad, destructor de la caridad².

Por motivo de alabanza, el mismo san Cipriano en *Del traje de las vírgenes*, define la disciplina de este modo:

La disciplina es la guarda de la esperanza, el escudo de la fe, la guía del camino de la salud, el fomento y nutrimento de la buena índole, la maestra de la virtud; y hace que siempre permanezcamos en Cristo y que vivamos continuamente en Dios, que lleguemos a las celestiales promesas y a los divinos premios³.

El mismo, habla de la oración del *Padre nuestro*:

Los preceptos evangélicos no son otra cosa que enseñanzas divinas, fundamentos para edificar la esperanza, fortalezas para asegurar la fe, nutrimentos para corroborar el corazón, timones para dirigir el rumbo, auxilios para lograr la salvación; los cuales, instruyendo en la tierra a los entendimientos dóciles de los fieles, los llevan a los reinos celestiales⁴.

¹ CORNIFICIO, *Rhetorica ad Herennium*, IV, xxv, 35.

² S. CIPRIANO, *Epist.* 13, 3 (*ad Cornelium*), PL 3,834A.

³ S. CIPRIANO, *De habitu virginum*, 1; PL 4,451B-453A.

⁴ S. CIPRIANO, *De oratione dominica*, 1; PL 4,537A.

§ 2. DIVISIÓN

3. También la *división*⁵, como la *definición*, se pone entre los lugares de argumentar. Y porque añade claridad y cierto ornato al discurso, se coloca entre las figuras de las sentencias. Distribuye todas las cosas, unas veces en formas o especies, otras en partes. Y el argumento se deriva de ella en este modo:

Dos cosas pueden mover a los hombres a la ganancia torpe: la pobreza y la avaricia. Como te vimos avariento en la división y partición de tus hermanos, ahora te vemos pobre y menesteroso, ¿cómo puedes mostrar que no fuiste causa del mal cometido?⁶.

Entre esta y aquella división, que es la tercera de las partes del discurso de que en otro lugar hemos tratado, hay esta diferencia: que aquella divide por enumeración o exposición las cosas de que se ha de hablar en todo el discurso, pero esta enseguida se explica y, añadiendo brevemente en dos o más partes las razones, adorna la oración. Hay también una especie de división en estas palabras de san Cipriano:

El primer título de la victoria es confesar al Señor, estando oprimido por manos de los gentiles. El segundo grado para la gloria es reservarse para el Señor con una prudente retirada. Aquella confesión es pública, esta es privada⁷.

§ 3. SUJECIÓN

4. La *sujeción*⁸ se coloca entre las formas de los argumentos, porque tiene fuerza para argumentar. Y también se cuenta entre las figuras, porque tiene un estilo muy hermoso. Frecuentemente usamos de ella en la refutación, cuando respondemos a lo que puede oponerse contra nosotros, con una breve sujeción de la razón. Así, pues, san Jerónimo en la *Carta a Heliodoro*, en que le

⁵ División: (Del lat. *divisio*, -ōnis). 9. f. Ret. Distribución ordenada de los varios puntos que puede abrazar la proposición del discurso oratorio.

⁶ CORNIFICIO, *Rhetorica ad Herennium*, IV, XL, 52.

⁷ S. CIPRIANO, *De lapsis*, 3; PL 4,480C-481A.

⁸ Sujeción: (Del lat. *subiectio*, -ōnis). 3. f. Ret. Figura que consiste en hacer el orador o el escritor preguntas a que él mismo responde; 4. f. Ret. Anticipación o prolepsis, especialmente cuando se hace en forma de pregunta y respuesta; R.A.E.

exhorta a la vida solitaria, satisface a las tácitas objeciones de este modo:

¿Temes la pobreza? Pero Cristo llama bienaventurados a los pobres. ¿Te amedrenta el trabajo? Mas ningún atleta se corona sin sudor. ¿Piensas en la comida? La fe no teme el hambre. ¿Tienes miedo de lastimar en el duro suelo tus miembros, consumidos de los ayunos? Mas el Señor duerme contigo. ¿Te pone horror el desaliñado pelo de tu sucia cabeza? Pero tu cabeza es Cristo. ¿Te espanta la inmensa soledad del yermo? Paséate en espíritu por el paraíso. Cuantas veces con la contemplación allá subieres, tantas no estarás en el desierto. Sin los baños, ¿se pone áspera y dura la piel de tu cuerpo? Pero el que una vez se lavó en Cristo, no necesita lavarse otra. Y para responder brevemente a todo, oye al Apóstol que dice: *No tienen proporción los sufrimientos de la vida presente con aquella gloria que algún día se descubrirá en nosotros*⁹.

5. Con esta misma figura celebra y alaba san Cipriano a los felicísimos confesores de Cristo, que estaban condenados al trabajo de las minas:

El cuerpo en las minas no se abriga con cama y colchones, pero se recrea con el refrigerio y consuelo de Cristo. La carne, fatigada de los trabajos, yace en el suelo; mas echarse con Cristo no es pena. Sin el uso de los baños se ensucian los miembros, afeados por el sitio e inmundicia; mas espiritualmente se limpia por dentro lo que carnalmente se ensucia por fuera. Hay allí poco pan; pero *no vive el hombre con pan solo*, sino con la palabra de Dios. Falta ropa a los que tienen frío; pero bien vestido y abrigado está el que se viste de Cristo. La cabeza medio trasquilada tiene espeluzado el cabello; pero siendo Cristo la cabeza del varón, cualquiera que sea esta, es necesario que sea insigne por causa del nombre del Señor. Esta deformidad tan aborrecible y fea a los ojos de los gentiles, ¿con qué resplandor será premiada?¹⁰

⁹ S. JERÓNIMO, *Epíst.* 14 (*ad Heliodorum*), 10; PL 22,354.

¹⁰ S. CIPRIANO, *Epíst.* 77 (*ad Nemesium*), 2; PL 4,429B-430A.

§ 4. DISTRIBUCIÓN

6. Entre las figuras de palabras está también la *distribución*¹¹, semejante a la división. Hay otra distribución en las sentencias, cuando ciertos negocios se reparten en muchas cosas o personas determinadas, de este modo:

El que de vosotros, oh jueces, estime la reputación del Senado, es fuerza que aborrezca a éste, pues siempre y con grandísimo descaro combatió al Senado. El que desea ver lucidísima en la ciudad la clase de los caballeros, debe desear que éste sea severísimamente castigado, para que no sea él con su torpeza la mancha y desdoro de un estado nobilísimo. Los que tenéis padres, mostrad en el castigo de éste que los hombres impíos no son de vuestro agrado. Los que tenéis hijos, dejad sentado un ejemplo de cuán graves penas tiene prevenidas la ciudad para semejantes hombres.

Es obligación del senado ayudar a la ciudad con su consejo. Es obligación del magistrado secundar con su trabajo y diligencia la voluntad del Senado. Es obligación del pueblo elegir y aprobar por sus votos las cosas mejores y los sujetos beneméritos. Es obligación del acusador acriminar, del defensor deshacer y rechazar, del testigo decir lo que supiere o hubiere oído, del fiscal contener a cada uno de estos en su obligación¹².

7. También san Cipriano, en el sermón *De los lapsos*, acerca de las depravadas costumbres de su tiempo:

No hay devota religión en los sacerdotes, ni fe íntegra en los ministros, ni misericordia en las obras, ni en las costumbres disciplina. La barba en los hombres relamida, el rostro en las mujeres desfigurado con maquillajes. Los ojos, obras de la mano de Dios, adulterados; los cabellos mentidamente teñidos. Fraudes astutos para engañar a los sencillos corazones, dolosas voluntades para sorprender a los hermanos¹³.

¹¹ Distribución: (Del lat. *distributio*, -*ōnis*). 6. f. Ret. Figura, especie de enumeración, en que ordenadamente se afirma o niega algo acerca de cada una de las cosas enumeradas; R.A.E.

¹² CORNIFICIO, *Rhetorica ad Herennium*, IV, xxxv, 47.

¹³ S. CIPRIANO, *De lapsis*, 6; PL 4,482B-483A.

De este modo el profeta Ezequiel en el capítulo 22, describe los diversos delitos de su tiempo, la disciplina y costumbres corrompidas. Al contrario, el Apóstol en los capítulos 5 y 6 de su carta a los Efesios exhorta a las personas de diversos estados, como son maridos, mujeres, hijos, padres, esclavos y señores, a los ejercicios de las virtudes que incumben a cada uno. Ojalá hicieran esto a menudo en sus sermones los predicadores de nuestro tiempo para que por la voz viva del predicador supiese cada cual lo que le toca hacer según su estado.

8. Y no es menos hermosa ni menos usada aquella especie de distribución de que nos valem con frecuencia en las descripciones, cual es aquella de Ovidio:

Y alguno sobre la mesa / muestra las fieras batallas; / y
con un poco de vino / descifra de Troya el mapa. / Por
acá el Simois corría, / esta es la Sigea estancia; / aquí de
Príamo viejo / estuvo el excelso alcázar. / Por aquella
parte Aquiles, / por esta Ulises andaba; / aquí a sus
caballos dio / miedo Héctor, partido en rajas¹⁴.

Así también, describiendo Marón varios frutos de las tierras, dice:

Aquí la mies, allá mejor terreno / tiene el racimo, y acullá
la fruta / del árbol logra su solar más bueno, / y por su
próvida conducta / nace la grama, como el fértil heno. /
¿Ves cómo da azafrán la tierra enjuta del Imolo? ¿Piensas
tú, como yo pienso, / que el Indo da marfil y Sabá
incienso? / Los Cálibes desnudos dan acero, / el Ponto
da el castor de fino cuero, / y en la famosa Epiro /
ventajas grandes en sus yeguas miro¹⁵.

9. San Cipriano, en la *Carta a Donato*, enlaza una y otra especie de distribución:

Arden en todas partes los delitos, y a cada paso un nocivo
veneno inficiona los depravados ánimos en todo género
de pecados. Este falsifica un testamento, aquel lo recibe
con pernicioso engaño. Aquí se despojan los hijos de las
herencias, allí las usurpan los extraños. El enemigo pone
asechanzas, el calumniador embiste, el testigo infama, y en

¹⁴ OVIDIO, *Epistulae Heroidum* I, *Penelope*, 31-36.

¹⁵ VIRGILIO, *Geórgicas*, I, 54-59.

todas partes la venal audacia de una voz, como prostituta, saltea con criminales mentiras¹⁶.

§ 5. RACIOCINACIÓN

10. La *raciocinación* es de dos maneras: una, que sirve a la ampliación, a la cual dijimos arriba da Quintiliano este nombre¹⁷; otra, que se cuenta entre las figuras de sentencias, muy semejantes a la sujeción ya mencionada, con la diferencia que la sujeción se coloca entre las formas de argumentación, y por eso, preguntando, recorre todas las partes para llegar a una u otra; mas la raciocinación no está ceñida a esta enumeración de partes, aunque en el preguntar y responder se le parece. Es, pues, la raciocinación una figura por la cual

nos preguntamos a nosotros mismos la razón de por qué decimos cada cosa, y nos pedimos a menudo la explicación de cada proposición de por sí. Como si dijéramos: “Nuestros mayores, si condenaban a una mujer por algún pecado, en un solo juicio la daban por probada de muchos delitos. ¿De qué manera? Porque a la que habían juzgado deshonesta, consideraban que también se demostraba que era hechicera. ¿Cómo así? Porque es forzoso que tema a muchísimos la mujer que prostituyó su cuerpo a un torpísimo apetito. ¿A quiénes? Al marido, a los que estaba expuesta y a los demás a quienes se ve que llegará la infamia de su deshonor. ¿Y qué se sigue después? Que procure atraer con un hechizo a quienes tanto teme. ¿Y por qué? Porque ninguna honesta razón puede reprimir a la que la enormidad del pecado hace medrosa, la destemplanza atrevida y el natural femenino inconsiderada. Pues ¿a qué condenarla de hechicera? Discurrían que la mujer deshonesta necesariamente lo era. ¿Por qué? Porque ninguna causa sino el torpe amor y la desenfrenada lascivia pudo más fácilmente incitar a un tal delito, juzgando que es imposible que tenga el alma pura la mujer cuyo cuerpo estuviere corrompido. ¿Y qué sucedía con los hombres? ¿Respetaban esto mismo para ellos? No por cierto. ¿Por qué? Porque los hombres para cada delito tienen sus apetitos, que los impelen; a las mujeres uno solo las lleva a todas las maldades”.

¹⁶ S. CIPRIANO, *Epist.* 1 (*ad Donatum*), 10; PL 4,218A-B.

¹⁷ Cf. M. F. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, 4, 15.

Más: “Con sano juicio resolvieron nuestros mayores no quitar la vida a ningún rey, a quien hubiesen hecho cautivo con las armas. ¿Y por qué? Porque sería cosa injusta que el poder que nos hubiese dado la fortuna, lo empleásemos en el suplicio de aquellos a quienes la misma fortuna había puesto poco antes en un estado soberano. Pero ¿no había él capitaneado al ejército contrario? Ya no lo recuerdo. ¿Por qué causa? Porque si bien es de hombres valerosos considerar como enemigos a los que combaten por la victoria, es fuerza reconocer que también son hombres los vencidos, para que el valor pueda disimular la guerra y la humanidad aumentar la paz. ¿Y por ventura aquel, si hubiese vencido, hubiera hecho lo mismo? En verdad no hubiera sido tan sabio. Pues, ¿por qué tú le perdonas? Porque estoy acostumbrado a detestar tal crueldad, no a imitarla”¹⁸.

Este adorno es muy apropiado para el sermón y vuelve atento el ánimo del oyente, así por la hermosura de las palabras como por la expectación de las razones. Por este ejemplo se ve bien claro la manera con que puede cada uno preguntarse y responderse a sí mismo.

11. Es muy útil para el modo de predicar, porque imita de alguna manera la naturaleza del diálogo, y con su parecido y amenidad, suaviza el estilo, la duración e ímpetu de la prédica, con que a veces los oyentes se fatigan. Más aún despierta la atención cuando el predicador duda o pregunta, pues por la misma razón el auditorio se ve precisado a dudarlo y a esperar la respuesta, y de este modo se ceba y entretiene con varias preguntas y respuestas. Tan cierto es esto que no faltaron autores muy graves que dispusieron en forma y figura de diálogos los sermones que escribieron. De las muchas conveniencias, no es la menor de todas el que la variedad adecuada de la pronunciación y el diferente tono de la voz tiene muy atentos a los oyentes, porque este modo de preguntar y de responder pide por su naturaleza gran variedad, tanto en los mismos asuntos como en la pronunciación, de manera que las cosas no parece tanto que se dicen en el púlpito como que en cierto modo se representan en un teatro.

¹⁸ CORNIFICIO, *Rhetorica ad Herennium*, IV, XVI, 23.

§ 6. DISMINUCIÓN

12. La *disminución* se encuentra en el discurso cuando, diciendo que hay en nosotros o en los que defendemos alguna cosa insigne por naturaleza, por fortuna, o por trabajo, para no dar muestras de arrogante ostentación lo disminuimos y apocamos con palabras, de este modo: “Digo, jueces, en defensa de mi derecho, que he procurado con aplicación y con trabajo no ser de los menos inteligentes en el arte militar”. Si hubiese dicho “de los más inteligentes”, aunque fuese verdad, con todo hubiera parecido arrogante; así se dijo lo que basta para evitar la envidia y granjearse la alabanza. Lo propio sucede en este otro ejemplo: “¿Por qué motivo cometió el delito? ¿Fue por avaricia, o por necesidad? Por avaricia, no, pues fue pródigo con sus amigos, que es señal de libertad, la cual es contraria de la avaricia. Por necesidad, tampoco, pues es cierto que su padre le dejó, no quiero encarecerlo mucho, una hacienda no muy corta”. También aquí se ha evitado decir: “grande o muy pingüe”¹⁹.

Tal es aquello de san Cipriano en la *Carta a Donato*:

Pero, ¿cuál o cuán grande es el concepto que de aquí has formado? La augusta mediocridad del corto ingenio no produce frutos, sino muy tenués; y de ningunos está cargado el mío, como parece que correspondía a la fecundidad del suelo. Sin embargo, lo emprenderé con las fuerzas que puedo²⁰.

§ 7. DETENCIÓN

13. La *detención*, en latín *commoratio*, se halla en el discurso cuando en un lugar muy firme, en que consiste o se contiene toda la causa, se permanece largo tiempo y se vuelve muchas veces al mismo lugar. Es muy conveniente usarla, y es muy propio del buen predicador, porque así no se da lugar para que el oyente aparte la atención de una cosa firmísima. No hay un ejemplo idóneo para esto, porque este lugar no está separado de toda la causa como algún miembro, sino que a la manera de la sangre está esparcido por todo el cuerpo del sermón. Puede usar de ella el

¹⁹ CORNIFICIO, *Rhetorica ad Herennium*, IV, XXXVIII, 50.

²⁰ S. CIPRIANO, *Epist.* 1 (*ad Donatum*), 2; PL 4,200A-201A.

predicador cuando desea imprimir en los ánimos de los oyentes alguna verdad muy necesaria para la salvación, para que, repitiéndose lo mismo muchas veces, comprendan la dignidad e importancia del negocio. Así san Jerónimo en su carta a Demetriades:

Junto el fin con el principio, no me contento con haberlo advertido una sola vez: ama la ciencia de las Escrituras y te amará la sabiduría²¹.

Y creo que es esto lo que ordenó el Apóstol a Timoteo cuando dijo: *insta oportuna e importunamente*²².

§ 8. FRECUENTACIÓN

14. Es muy semejante a esta figura la *frecuentación*,

con la cual las cosas esparcidas por toda la causa se recogen en un lugar, para que la razón sea más grave o más fuerte, o más acusadora, de esta manera: “En fin, ¿de qué vicio está exento este hombre? ¿Qué causa tenéis, jueces, para que queráis librarle? Él abandona su propia pudicia y pone asechanzas a la ajena; es codicioso, destemplado, desvergonzado, soberbio, impío con sus padres, ingrato con los amigos, molestísimo a sus deudos, rebelde a sus superiores, fastidioso a sus iguales, cruel con sus súbditos y finalmente, insufrible a todos”²³.

15. Podemos usar de esta figura al final del sermón, principalmente en los persuasivos, cuando todos los argumentos que propusimos durante el sermón, los juntamos brevemente en uno, para que con todos ellos de un golpe asaltemos el ánimo del auditorio y en cierto modo los sacudamos. Sobre lo cual hemos hablado en la parte antecedente, cuando tratamos de las partes del género persuasivo.

16. Y no solo en el fin del sermón será bueno refrescar la memoria de los oyentes con esta misma figura, sino también en sus partes, doquiera que se concluyere alguna disputa o argumento largo; y no solamente para que se acuerden, sino también para que con la fuerza de los argumentos asientan y se convenzan. En cuyo

²¹ S. JERÓNIMO, *Epist.*, 130 (*ad Demetriadem*), 20; PL 22,1124.

²² 2^o Tim 4,2.

²³ CORNIFICIO, *Rhetorica ad Herennium*, IV, XI, 52.

género importa juntar los argumentos más fuertes y también los más débiles, pues hieren a lo menos como granizo, si no como rayo. También es útil para amplificar cuando aprieta y reduce como a un cuerpo todas aquellas cosas que aumentan un asunto, sobre lo cual se habló más arriba.

§ 9. BREVEDAD

17. La *brevedad* es decir una cosa solo con las palabras necesarias: “De paso tomó a Lemnos; después dejó guarnición en Tarsis; luego en Bitinia tomó una plaza y, habiendo dado vuelta al Helesponto, al instante se apoderó de Ábidos”. Otro ejemplo: “Ahora cónsul, antes tribuno, después era el primero de la ciudad. Entonces marcha a Asia, luego es desterrado y declarado enemigo; después es aclamado emperador y al fin cónsul”.

18. Una brevedad reducida a pocas razones, en poco dice mucho. Por lo que se ha de usar muchas veces cuando el tiempo no permite demora, o cuando la cosa no necesita de larga duración²⁴.

San Ambrosio comentando a san Lucas expresa mucho en pocas palabras:

El nacimiento del Señor no solo recibió testimonio de los ángeles y pastores, sino también de los ancianos y justos. Toda edad, uno y otro sexo y los milagros sucedidos, confirman la fe. Una Virgen engendra, una estéril da a luz, un mudo habla, Isabel profetiza, un mago adora, Juan encerrado en el vientre se regocija, una viuda confiesa, un justo espera²⁵.

Aquí se ven bien las muchas cosas que se han comprendido en tan pocas palabras, porque esto bastaba para explicar lo que pertenecía al asunto propuesto. Y ciertamente cuanto más breve, tanto más poderosa es para aumentar.

²⁴ CORNIFICIO, *Rhetorica ad Herennium*, IV, LIV, 68.

²⁵ S. AMBROSIO, *Expositio evangelii Lucae*, 2, 58; PL 15,1655B.

SEGUNDA CLASE DE FIGURAS DE SENTENCIAS: DE MAYOR FUERZA Y VEHEMENCIA

1. Sigue otra clase de figuras de sentencias, las cuales, aunque sirven para todo, principalmente ayudan para conmover el ánimo de los oyentes, pues tienen más fuerza y vivacidad que las antecedentes. Empezamos con la más usada y que sirve para más cosas, la *interrogación*.

§ 1. INTERROGACIÓN

2. La *interrogación*¹ o pregunta es simple o figurada. La simple es preguntar de esta manera: *Maestro bueno, ¿qué haré para alcanzar la vida eterna?*². Y es figurada siempre que no se pone para preguntar, sino para instar. San Cipriano, en *De la unidad de la Iglesia*, dice:

¿Qué hace en un pecho cristiano una fiereza de lobos, una rabia de perros, un veneno mortal de sierpes y una braveza sangrienta de bestias?... ¿Qué unidad guarda, qué amor conserva el que, loco con el furor de la discordia,

¹ Interrogación: (Del lat. *interrogatio*, -*ōnis*). 3. f. Ret. Figura que consiste en interrogar, no para manifestar duda o pedir respuesta, sino para expresar indirectamente la afirmación, o dar más vigor y eficacia a lo que se dice; R.A.E.

² Mt 19,16.

divide en partes la Iglesia, destruye la fe, turba la paz, disipa la caridad, profana el sacramento?³.

Y en el sermón *De la envidia*:

¿Te precipitas en las tinieblas de los celos? ¿Te cubres con la niebla de la envidia? ¿Por qué con tu ceguedad apagas la lumbre de la paz y amor? ¿Te vuelves otra vez al diablo, a quien habías renunciado? ¿Te asemejas a Caín?⁴.

No hace menos fuerza aquella interrogación suya en el sermón *De los lapsos*:

¿Acaso imaginas que puede aplacarse pronto un Dios a quien con palabras pérfidas negaste, a quien quisiste más preferir tu hacienda y cuyo templo con sacrilego contagio profanaste? ¿Piensas que fácilmente se apiadará de ti Aquel que dijiste que no era tuyo?⁵.

3. Si estos ejemplos sirven para la indignación, el siguiente, del mismo San Cipriano en el sermón *De la limosna*, sirve más a la admiración y al deseo:

¿Cuál, amadísimos hermanos, será la gloria de los que trabajan? ¿Cuán grande y extremada su alegría, cuando el Señor comience a pasar revista a su pueblo y a distribuir los premios prometidos a nuestros méritos y obras, a dar el cielo por la tierra, lo eterno por lo temporal, lo grande por lo pequeño?⁶.

Insta también aquel interrogante o pregunta del mismo en el sermón *De la mortalidad*:

¿Quién es el que, estando en tierras muy remotas, no se apresura por volver a su patria? ¿Quién el que, dándose prisa para navegar a los suyos, no desea con grande ansia un viento en popa para poder cuanto antes dar un abrazo a los que bien ama? Creemos que el paraíso es nuestra patria y ya empezamos a tener por nuestros padres a los patriarcas, pues, ¿por qué no aceleramos el paso y corremos para que podamos ver a nuestra patria y saludar a nuestros padres?⁷.

³ S. CIPRIANO, *De unitate Ecclesiae*, 9.15; PL 4,522C.528A.

⁴ S. CIPRIANO, *De zelo et livore*, 11; PL 4,671A.

⁵ S. CIPRIANO, *De lapsis*, 35; PL 4,507B.

⁶ S. CIPRIANO, *De opere et eleemosynis*, 26; PL 4,644C-645A.

⁷ S. CIPRIANO, *De mortalitate*, 26; PL 4,624A.

4. La virtud principal del discurso es que sea activo y vivaz, no inerte y lánguido, y esto lo causa la interrogación más que otras figuras, la cual ni al predicador ni al oyente deja desmayar o dormir. Porque siempre es más fuerte la sentencia que se dice por interrogación que por una oración sencilla; y esto es así cuanto más larga y más adornada, como aquella inducción hermosísima del Apóstol que corre con varios ejemplos y semejanzas:

*¿Quién sirve en la milicia a sus expensas? ¿Quién planta una viña y no come de su fruto? ¿Quién apacienta un rebaño y no come de la leche del rebaño? ¿Por ventura digo esto al modo humano? ¿La ley misma no lo dice así?*⁸, y todo lo demás que en esta figura antecede y sigue.

§ 2. RETICENCIA

5. La *reticencia*⁹, en latín *occupatio*, es una figura por la cual decimos que pasamos por alto o que ignoramos o que no queremos decir aquello que entonces principalmente decimos. San Cipriano en la carta a Cornelio:

No hablo de los fraudes hechos a la Iglesia; omito las conjuraciones, adulterios y varios géneros de delitos. Una cosa entiendo que no debe callarse de la maldad de ellos, en la cual no va mi causa ni la de los hombres, sino la de Dios; que inmediatamente al primer día de la persecución, cuando todavía hervían las maldades recientes de los delincuentes y humeaban en torpísimos sacrificios no solo los altares del demonio, sino las mismas manos y rostros de los caídos, no cesaron de comunicar con ellos y de oponerse a que hiciesen penitencia¹⁰.

Este ornato es útil si aprovecha advertir veladamente una cosa que no convenga manifestar a otros, o si el asunto es largo, popular, evidente o imposible, o si puede fácilmente refutarse.

⁸ 1Cor 9, 7-8.

⁹ Reticencia: (Del lat. *reticentia*, de *reticens*, reticente). 1. f. Efecto de no decir sino en parte, o de dar a entender claramente, y de ordinario con malicia, que se oculta o se calla algo que debiera o pudiera decirse; 3. f. Ret. Figura que consiste en dejar incompleta una frase o no acabar de aclarar una especie, dando, sin embargo, a entender el sentido de lo que no se dice, y a veces más de lo que se calla; R.A.E.

¹⁰ S. CIPRIANO, *Epist.*, (*ad Cornelium*) 12; PL 4.

§ 3. SOBREENTENDIMIENTO

6. El *sobreentendimiento*, en latín *praecisio*, se halla en el discurso cuando, después de dichas algunas cosas, lo restante que se comenzó a decir se deja al juicio de los oyentes, así: “Yo no contiendo contigo porque el pueblo romano a mí no me quiere hablar, no sea que alguno me tenga por arrogante; pero a ti te considero muchas veces digno de afrenta”. Más: “Te atreves ahora a decir esto, tú, que hace poco en casa del otro, no me atrevo a proseguir, no sea que diciendo lo que tú mereces parezca que he dicho alguna cosa menos digna de mí”. Aquí la tática sospecha se hizo más atroz que la explicación más clara¹¹.

También el real profeta dio a entender con esta figura el gran deseo de su alma, cuando dijo: *Mi alma se ha turbado en gran manera, mas tú, Señor, ¿hasta cuándo?*¹². Y en otro lugar: *Y mi cáliz que me embriaga*¹³, porque lo que después sigue: *cuán insigne es* ha sido añadido por el traductor para explicarlo, como lo muestra la versión de san Jerónimo del texto hebreo, en el cual no se hallan esas palabras¹⁴. Con esta misma figura demuestra el Eclesiastés una gran pasión de ánimo en cosas indignísimas, las que, hablando, subió al más alto punto, interponiendo un razonamiento cortado y haciendo pausas en el mismo calor del decir, cuyo afecto insinúa callando por no poderle explicar con razones. Cosa que, cuando en verdad se hace de corazón, suele conmover poderosamente a los oyentes. San Jerónimo, reprendiendo encubiertamente los vicios de algunos hombres y no declarando bien lo que quería significar, cerró la sentencia con este breve acortamiento: «Sabes, prudente lector, como yo mismo lo que callo, y lo que más digo callando»¹⁵.

¹¹ CORNIFICIO, *Rhetorica ad Herennium*, IV, xxx, 41.

¹² Sl 6,4.

¹³ Sl 22,5.

¹⁴ S. JERÓNIMO, *Divina Bibliotheca*, ps. 23,5; PL 28,1206.

¹⁵ S. JERÓNIMO, *Epist.*, 82 (*ad Theophilum*), 6; PL 22,739.

§ 4. ÉNFASIS

7. Vecino de esta es el *énfasis*¹⁶, que da más profundo sentido del que por sí declaran las mismas palabras. Hay dos especies: una que significa más de lo que dice; otra que significa aun aquello que no se dice. La primera se halla en el discurso de Cicerón *en favor de Ligario* refiriéndose al César:

“y si en tan alta fortuna no hubiese tanta bondad cuanto tú por tí, vuelvo a decir, tienes: yo entiendo lo que digo”¹⁷.
Calló, pues, aquello que no obstante entendimos, es a saber, que no faltaban hombres que le impelían a ser cruel¹⁸.

8. Hay también énfasis en las palabras vulgares: «hay que tener hombría». Y: «aquel sí que es hombre». Y en las Sagradas Escrituras: *Un hombre nacido de mujer*¹⁹. La voz «mujer» tiene énfasis, san Gregorio lo explicó diciendo: «¿Qué tiene en sí de fortaleza, el que es nacido de la flaqueza?»²⁰. Así también el Apóstol a Timoteo: *Medita, dice, estas cosas; está en ellas*²¹. Con la sola voz «está» comprende muchas cosas: el estudio, el cuidado, el amor, la ocupación, la diligencia, y así otras, pues todas las fuerzas del alma y todo el tiempo, dando de mano a todo lo demás, quiso que se pusiese en esto solo. Porque énfasis es cuando decimos: «Por estos ojos lo vi; no tienes que negarlo». Asimismo, cuando Absalón dio orden a sus criados que matasen a su hermano Amón, y añadió: *No temáis, soy yo quien os lo mando*²², aquella palabra «yo» tiene énfasis. También cuando dice el Salvador: *Yo soy quien os lo digo, amad a vuestros enemigos*²³. Y cuando el Apóstol dice: *El Señor le conceda ballar piedad en aquel día*²⁴, el pronombre «aquel» tiene un énfasis nada vulgar. En las Sagradas Escrituras esta figura es frecuente y en su análisis se colocó una parte considerable de la erudición teológica.

¹⁶ Énfasis: (Del lat. *emphásis*, y este del gr. ἔμφασις). 3. m. Ret. Figura que consiste en dar a entender más de lo que realmente se expresa; R.A.E.

¹⁷ M. T. CICERÓN, *Pro Q. Ligario*, V, 15.

¹⁸ M. F. QUINTILLANO, *Institutionis oratoriae*, VIII, 3, 1.

¹⁹ Job 14,1.

²⁰ S. GREGORIO MAGNO, *Moralium*, XI, 49; PL 75,983A.

²¹ 1Tim 4,15.

²² 2Sam 13,28.

²³ Mt 5,44.

²⁴ 2Tim 1,18.

§ 5. DUDA

9. La *duda* es cuando parece que pregunta el orador qué es mejor que diga entre dos cosas, o qué es lo mejor que puede decir de muchas: “Hizo por este tiempo gran daño a la república la necedad de los cónsules, o si debe decirse la malicia, o una y otra”. También: “Esto osaste decir tú, hombre el peor de todos los mortales. No sé con qué nombre te apellide que sea digno de ti y de tus costumbres”²⁵.

Asimismo san Jerónimo:

Nuestros doctores de tal suerte llenaron sus libros de elocuencia, de modo que no sabes qué es lo que debas admirar principalmente en ellos: si la erudición profana o la ciencia sagrada²⁶.

Igualmente san Cipriano a Celerino, confesor de Cristo y nacido de padres mártires, dice así:

No hallo a quien llamar más feliz, si a aquellos de posteridad tan esclarecida, o a este de origen tan glorioso²⁷.

También Eusebio Emiseno en la homilía del nacimiento del Señor:

¿Qué será lo primero o lo último que admire: que haya concebido la fecundidad sin corrupción, o haber quedado la virginidad más gloriosa por el parto? Pero no es maravilla que así diese a luz, siendo tal Aquel con quien se desposó²⁸.

Asimismo san Gregorio hablando de la Magdalena:

¿De qué nos admiramos, hermanos, de que María venga, o de que el Señor la reciba? ¿Qué la recibe diré, o que la atrae? Más bien diré que la atrae y juntamente la recibe²⁹.

10. También por esta figura preguntamos qué diremos o de dónde empezaremos. San Cipriano, en el sermón *De los lapsos*:

²⁵ CORNIFICIO, *Rhetorica ad Herennium*, IV, XXIX, 40.

²⁶ S. JERÓNIMO, *Epist.*, 70, 4 (*ad Magnum*); PL 22,667-668.

²⁷ S. CIPRIANO, *Epist.*, 34 (*de Celerino lectore ordinato*), 3; PL 4,331B.

²⁸ EUSEBIO EMISENO, *Homilía*, II, 38; CCSL 101, 24.

²⁹ S. GREGORIO MAGNO, *Homiliae in evang.*, hom. 33, 1; PL 76,1239D-1240A.

¿Qué haré en este lugar, amadísimos hermanos, fluctuando en tan varia marea de pensamientos? ¿Qué o cómo hablaré? Más necesarias son las lágrimas que las palabras³⁰.

Y san Bernardo a Eugenio: «¿Por dónde comenzaré? Me parece bien empezar por tus ocupaciones»³¹.

§ 6. CONCESIÓN

11. La *concesión*³² es una figura por la cual concedemos algo al sujeto contra quien disputamos, pero de tal modo que no dañe a nuestra causa y propósito, o que ciertamente en nada favorezca al otro. Así concedemos a los ambiciosos que deseen la honra, mas la verdadera y sólida, no la fútil y vana. De la misma manera a los avaros que adquieran riquezas, mas no las frágiles y caducas, sino las que han de durar eternamente. De este modo permitimos diversiones y deleites, no torpes y carnales, que transformen al hombre en bruto, sino espirituales y castas delicias, de que gozan los ángeles.

12. Así el obispo Euquerio exhorta al amor de la verdadera vida:

El deseo de la vida nos unió en el deleite de lo presente. Pues a los que amáis la vida, para la vida os convidamos. La mejor manera de persuadiros, es como pedimos, pedir para vosotros lo que vosotros mismos deseáis. Para daros vida vengo como embajador de parte de Dios. Pero os amonestamos que en lugar de una vida corta, que todos amáis, améis la eterna. Porque no sé cómo amamos la vida, si no deseamos que ella sea la más hermosa. Porque lo que nos agrada siendo perecedero más nos agrada si puede ser perpetuo; y lo que tanto estimamos, acabándose presto, más lo apreciamos careciendo de fin³³.

También San Cipriano, en *Del vestido de las vírgenes*:

³⁰ S. CIPRIANO, *De lapsis*, 4; PL 4,481B.

³¹ S. BERNARDO, *De consideratione*, I, 1; PL 182,727C.

³² Concesión: (Del lat. *concessio*, -*ōnis*). 5. f. Ret. Figura que se produce cuando la persona que habla conviene o aparenta convenir en algo que se le objeta o pudiera objetársele, dando a entender que aun así podrá sustentar victoriosamente su opinión; R.A.E.

³³ EUCHERIUS, *Epistola Paraenetica ad Valerianum*, PL 50,715B.

Te llamas hombre poderoso y rico, y piensas usar de lo que quiso Dios que poseyeses. Úsalo, enhorabuena, mas para cosas saludables. Úsalo, mas para buenas artes. Úsalo para los fines que ordenó Dios, que te mostró tu Señor. Conozcan los pobres que eres rico, conozcan los menesterosos que eres hombre adinerado. Da a Dios tu hacienda a logro, da de comer a Cristo. Adquiere posesiones, pero más las celestiales, cuyos frutos sean continuos y perennes, del todo exentos de las injurias del tiempo, que el añublo no los gasta, ni el granizo los hiera, ni el sol los queme, ni la lluvia los corrompa³⁴.

Y en el sermón *De la mortalidad* dice así:

Tema enhorabuena morir, pero el que no ha renacido del agua y del Espíritu, que está destinado a los fuegos infernales. Tema morir quien no se alista bajo la cruz y pasión de Cristo. Tema morir quien ha de pasar de esta muerte a segunda muerte. Tema morir quien, al ausentarse de este mundo, con interminables penas ha de sufrir eternas llamas. Tema morir aquel a quien se le concede algún tiempo más para que entre tanto se le difiera su tormento y su gemido³⁵.

§ 7. EXHORTACIÓN

13. La *exhortación*, como su nombre lo indica, es cuando a un tiempo y con un ímpetu oratorio juntamos muchos consejos y preceptos, con los cuales exhortamos a que se haga o no se haga alguna cosa. Es como una conclusión que solemos usar después de la prueba o amplificación de alguna cosa y que también, como antes dijimos, usamos cómodamente en el epílogo del sermón persuasivo. Tal es aquella exhortación del Señor por Isaías, con que después de ponderadas las maldades del pueblo de Israel aplica el remedio a los males pasados y venideros:

*Lavaos, limpiad vuestras conciencias, quitad de delante de mis ojos la maldad de vuestros pensamientos, cesad de hacer mal, aprended a hacer bien, haced justicia, socorred al oprimido, juzgad la causa del huérfano, defended la viuda; y esto hecho, venid y argüidme, dice el Señor*³⁶.

³⁴ S. CIPRIANO, *De habitu virginum*, 11; PL 4,461B-462A.

³⁵ S. CIPRIANO, *De mortalitate*, 14; PL 4,614A-B.

³⁶ Is 1, 16-18.

14. San Cipriano *Contra Demetriano* concluye así la argumentación:

Atended, pues, mientras hay tiempo para la verdadera y eterna salud; y porque está cerca el fin del mundo, volved vuestros corazones a Dios nuestro Señor con el temor del mismo. Aunque tarde, buscad a Dios, porque ya hace mucho tiempo que avisando por medio del profeta exhorta y dice: *Buscad al Señor, y vivirá vuestra alma*³⁷. Creed que de ningún modo engaña, creed al que predijo que había de suceder todo esto, creed al que galardonará con vida eterna a los creyentes, creed al que castigará con eternos suplicios en los infiernos a los incrédulos³⁸.

Y en el sermón *De la envidia*, después de haber exagerado el mal de la envidia, cierra el discurso así:

Con estas consideraciones debe confortarse el ánimo, amadísimos hermanos, con semejantes ejercicios debe fortalecerse contra todos los tiros del diablo. Esté en las manos la divina Escritura, en los sentidos el pensamiento del Señor. Jamás cese la oración continua. Persevere la obra saludable. Empleémonos siempre en obras espirituales para que, cuantas veces llegare el enemigo, cuantas probare acercarse, halle el pecho contra sí cerrado y armado³⁹.

Y un poco después:

Vomita la hiel venenosa, arroja la ponzoña de las enemistades, límpiase la mente que tenía sucia una continua envidia. Toda la amargura que adentro había hecho asiento, se suavice con la dulzura de Cristo. Ama a los que antes aborrecías, estima a los que envidiabas con injustas murmuraciones, imita, si puedes, a los buenos; si imitarlos no puedes, goza siquiera y congratúlate con los mejores, hazte partícipe de ellos con vínculo de amor, hazte coheredero suyo con unión de caridad y lazo de hermandad. Se te perdonarán tus deudas, cuando tú las perdones. Serán bien recibidos tus sacrificios, cuando con pacífico corazón te llegares a Dios⁴⁰.

³⁷ Am 5,6.

³⁸ S. CIPRIANO, *Contra Demetrianum*, 23; PL 4,580B-581A.

³⁹ S. CIPRIANO, *De zelo et livore*, 16; PL 4,674B-C.

⁴⁰ S. CIPRIANO, *De zelo et livore*, 17; PL 4,675B.

§ 8. SUSPENSIÓN

15. La *suspensión*⁴¹ es una figura con que los ánimos de los oyentes se suspenden por algún tiempo, y luego se añade alguna cosa no esperada. Como en Cicerón contra Verres: «¿Qué después? ¿Qué pensáis? ¿Por ventura un hurto o algún robo?»⁴². Y habiendo tenido largo tiempo suspensos los ánimos de los jueces, añadió lo que era mucho peor. Alguna otra vez, cuando el predicador hubiese movido a la expectación de algún negocio gravísimo, desciende al que es leve, o de ningún modo reprochable. De esta manera podemos amplificar la ligereza de los fariseos, que pensaban que los discípulos del Señor debían ser acusados porque comían sin lavarse las manos. Lo primero, pues, exponemos la dignidad de los escribas y fariseos y de aquellos mayormente que venían de Jerusalén, todos los cuales de común acuerdo, viniendo al Señor, le propusieron su acusación con una larga arenga: «¿Por qué traspasan tus discípulos las tradiciones de los antiguos?»⁴³. Delito por cierto grande e insufrible, hallándose escrito: *No traspases los lindes antiguos que pusieron tus padres*⁴⁴. Mas veamos cuál sea este delito, cuál esta transgresión: *No lavan sus manos cuando comen el pan*. ¿Qué cosa más ridícula que esta acusación? ¿Este era aquel crimen que tan grandes maestros querían objetar de común acuerdo?». De esta figura, pues, usamos en dos lugares, o cuando queremos colegir de este modo alguna cosa leve, o ponderar alguna grande y no esperada, para que precediendo esta preparación, aquello que por su naturaleza es grande aparezca mayor.

§ 9. IRONÍA

16. La *ironía*⁴⁵, cuando se usa en una voz o en una oración breve, es un tropo, en el cual por el nombre propio de la cosa se

⁴¹ Suspensión: (Del lat. *suspensio*, -*ōnis*). 8. f. Ret. Figura que consiste en diferir, para avivar el interés del oyente o lector, la declaración del concepto a que va encaminado y en que ha de tener remate lo dicho anteriormente; R.A.E.

⁴² M. T. CICERÓN, *In Verrem*, II, 5, 10.

⁴³ Mt 15,2.

⁴⁴ Pr 22,28.

⁴⁵ Ironía: (Del lat. *ironia*, y este del gr. *ἰρωνεία*). 3. f. Figura retórica que consiste en dar a entender algo contrario o diferente de lo que se dice, generalmente como burla disimulada; R.A.E.

pone otro. Por ejemplo: «Por cierto, bella alabanza / y despojos de gran cuenta tú y tu hijo conseguisteis»⁴⁶.

17. Mas cuando se emplea en un razonamiento largo, se cuenta entre los adornos de las sentencias. Así San Cipriano contra Pupiano, que negaba que Cipriano fuese obispo, le ataca con una acerada ironía:

¿O sea que si no me hubiera disculpado contigo y quedado absuelto de la sentencia, todavía en seis años la hermandad no hubiera tenido obispo, ni la plebe caudillo, ni el rebaño pastor, ni gobernador la iglesia, ni Cristo prelado, ni Dios sacerdote? Venga Pupiano y dé la sentencia. Muestra por lo claro el juicio de Dios y de Cristo, para que no parezca que tan crecido número de fieles, encargado a mi cuidado, salió sin esperanza de salud ni de paz⁴⁷.

Ten a bien y dínate pronunciar y confirmar nuestro obispado con la autoridad de tu juicio, para que Dios y su Hijo Cristo te puedan dar las gracias de que por tí un prelado y rector ha sido restituido a su altar e igualmente a su pueblo.

¿Cómo es que no cayeron en este escrúpulo los mártires llenos del Espíritu Santo que escribieron desde la cárcel a Cipriano, obispo? Si no es que todos estos, que participan conmigo, según lo que escribiste, están contaminados por mi inmunda lengua, y perdieron así la esperanza de la vida eterna con el contagio de mi comunicación. Solo Pupiano, íntegro, puro, santo, casto, que no quiso mezclarse con nosotros, será el único que habite en el paraíso y reino de los cielos⁴⁸.

18. No faltan también ejemplos de esta figura en las Sagradas Escrituras. Así Jeremías:

*Esforzaos, hijos de Benjamín, en medio de Jerusalén, y en Técoa tocad la bocina, y sobre Betacar levantad el estandarte; porque de la parte del Norte se ha visto un mal, que os amenaza con una ruina grande*⁴⁹.

⁴⁶ VIRGILIO, *Eneida*, IV, 93-94.

⁴⁷ S. CIPRIANO, *Epist.*, 69 (*ad Florentium Pupianum*), 5; PL 4,416A-B.

⁴⁸ S. CIPRIANO, *Epist.*, 69 (*ad Florentium Pupianum*), 7; PL 4,417B-418A.

⁴⁹ Jr 6,1.

El mismo en otra parte se vale de la ironía cuando, después de anunciada la venida de los caldeos, añade:

*Apresad el escudo y la rodela, y marchad al combate, juntad los caballos y montad, jinetes. Poneos los yelmos, limpiad las lanzas, vestíos el arnés. Mas, ¿qué? Yo los vi cobardes y que volvían la espalda*⁵⁰.

Tal es también aquello de Salomón:

*Regocíjate, pues, joven, en tu juventud, de suerte que tu corazón esté con alegría durante tu primera edad; anda según el camino de tu corazón y según las miras de tus ojos, y sabe que Dios te hará dar cuenta en su juicio de todas estas cosas*⁵¹.

Semejante es también aquello del Apocalipsis: *El que hace injusticia, hágala aún; y el que anda en suciedades, ensúciase aún*⁵².

§ 10. EJEMPLO

19. Consta que el *ejemplo*⁵³ y *similar* o semejanza son lugares de argumentar, pero también se cuentan entre las figuras por lo mismo que adornan mucho el discurso, y más cuando se aplican para dar realce u ornato al asunto. Mas porque estos dos adornos del discurso tienen entre sí gran parentesco y se tratan casi de un mismo modo, hablaremos de entrambos en este lugar.

20. *Ejemplo* es una proposición de algún hecho o dicho pasado, con el nombre de un autor determinado. Se obtiene de las mismas causas que el *similar*. Hace más adornada la materia cuando no se toma sino por causa de la dignidad. La hace más perceptible cuando vuelve claro lo que es oscuro. Más probable, cuando la hace más verosímil. La coloca ante los ojos cuando expresa con tal perspicuidad todas las cosas que casi pueda tocarse con la mano lo dicho⁵⁴.

⁵⁰ Jr 46, 3-5.

⁵¹ Qo 11,9.

⁵² Ap 22,11.

⁵³ Ejemplo: (Del lat. *exemplum*). 1. m. Caso o hecho sucedido en otro tiempo, que se propone, o bien para que se imite y siga, si es bueno y honesto, o para que se evite si es malo; 3. m. Hecho, texto o cláusula que se cita para comprobar, ilustrar o autorizar un aserto, doctrina u opinión; R.A.E.

⁵⁴ CORNIFICIO, *Rhetorica ad Herennium*, IV, XLIX, 62.

Pero sobre todo mueven los ánimos las cosas antiguas, esclarecidas, las de nuestra patria o casa; esto es, cada una a su nación, cada una a su linaje; o las muy inferiores, como las mujeres, los niños, esclavos, bárbaros. Los ejemplos se aplican como semejantes o contrarios. También como mayores, menores, o iguales. La desemejanza o desigualdad consta de género, modo, tiempo, lugar y casi de las demás circunstancias susodichas.

21. Se aumentan y crecen los ejemplos con la manera de tratarlos. Se puede comenzar con la alabanza del autor o de la nación, de donde se trae el ejemplo. Si alguno citare un ejemplo de Plutarco, podrá decir antes que este autor es el único y más grave de todos, por haber juntado a la elocuencia de historiador una suma inteligencia de la filosofía, de suerte que no solo se ha de considerar en él la fe de la historia, sino también la autoridad y juicio de un gravísimo y doctísimo filósofo. De la misma forma, si alguno quiere traer un ejemplo de Marco Atilio Régulo que, por cumplir una palabra, volvió a ponerse en manos de sus enemigos, podrá empezar a hablar de esta manera: “Entre tantos insignes y decorosos hechos de la virtud romana, jamás hubo proeza ni más bella ni más loable que la de M. Atilio”. Alabanzas de esta naturaleza se pueden poner más largas o más breves, según que el lugar lo pidiese⁵⁵.

Pero se ponen las que son más a propósito para la materia que se trata. Por ejemplo, si en el ejemplo se procura la fe, se alabará al autor por grave y fidedigno. Si lo que traes quieres que aparezca piadoso, recomendarás su piedad, y así de las otras materias.

22. Por lo que mira al modo de tratarlos, donde el asunto es tan claro que no requiere muchas razones sea sucintamente, como aquello de san Jerónimo: «Acuérdate de Dares y de Entelio»⁵⁶. Otras veces más extensamente, como Jerónimo aplica el estudio de la sabiduría recomendando a Pitágoras, Platón y Apolonio antepuesto en el prefacio a toda la Sagrada Escritura⁵⁷. Pero cuando los ejemplos son desiguales o desemejantes, podrán extenderse más por comparación y contienda, como cuando

⁵⁵ ERASMO, *De rerum copia*, lib. II, quomodo tractanda sint exempla.

⁵⁶ S. JERÓNIMO, *Epist.*, 102 (*ad Augustinum*), 2; PL 22,831; ex VIRGILIO, *Eneida*, V, 368.

⁵⁷ Cf. S. JERÓNIMO, *Divina Bibliotheca, praefatio in Pentateuchum*, PL 28,182A.

manifestamos que lo que traemos por razón y conveniencia de nuestra causa es semejante, desemejante, contrario, igual, mayor o menor; y ese cotejo se toma de todas las circunstancias de cosas y de personas.

23. También se ayuda con la habilidad de la oratoria cuando con palabras o figuras acomodadas unas cosas se disminuyen y otras se ensalzan. Además de esto, el que desea tratar abundantemente un ejemplo, debe explicar en cada uno las partes de semejanza o desemejanza, y compararlas entre sí por vía de contienda. En san Bernardo hay de esto un ejemplo cumplidísimo en la *Vida del santo obispo Malaquías*, en la que va comparando su vida y costumbres con las de otros obispos⁵⁸. Como este adorno suele ser corriente en el púlpito, traeremos otros ejemplos de él, tomados del libro segundo *De copia rerum*.

24. Si uno exhorta a otro para que lleve con moderación la muerte del hijo, y saca de entre los ejemplos de los gentiles alguna mujer que sufrió con fortaleza la muerte de muchos hijos, después de narrado el suceso hará esta comparación:

Lo que pudo una débil mujer, tú, varón de pelo en pecho, ¿no aguantarás? Aquella venció al sexo y al afecto de madre; tú ¿dejarás vencerte de alguno de estos? Aquella con invencible corazón sufrió la pérdida de muchos hijos; tú, por uno que perdiste, ¿lloras sin consuelo? Añade que los hijos de aquella todos juntos perecieron en un naufragio, con una muerte nada gloriosa; mas el tuyo murió valerosamente peleando en la guerra. Aquella no tuvo destino honroso que dar a sus hijos; tú empleaste a tu hijo en defensa de la patria. Aquellos realmente y de todo punto perecieron; el tuyo vivirá siempre con inmortal gloria. Aquella daba gracias a la naturaleza por haber sido un tiempo madre de tantos hijos; tú solo haces memoria de haber perdido un hijo tan bueno. Aquella no tenía esperanza de resarcir su orfandad, pues ya por su edad no era capaz de tener hijos; tú tienes una mujer fecunda y una edad todavía florida y robusta. Lo que una mujer bárbara hizo, ¿no lo harás tú, varón romano? Lo que pudo despreciar una mujer sin letras, ¿te acobarda a ti, tan adornado de ellas y tan eminente filósofo? En fin, la fortaleza que mostró una pagana, ¿no la mostrará un

⁵⁸ S. BERNARDO, *Vita s. Malachiae*, PL 182,1073A.

hombre cristiano? Aquella, creyendo que ya no hay vida más allá de la muerte, tuvo no obstante por indecente el llanto, tú, informado de que solo verdaderamente viven los que con alabanza partieron de esta vida, ¿aún clamás sin cesar que se te murió un hijo? Y lo que aquella volvió con resignación a la naturaleza, ¿no lo volverás tú a Dios que lo recobra? Aquella con esfuerzo obedeció a la necesidad, tú, ¿te resistes a Dios?⁵⁹.

25. Esto según pienso, basta para ver de qué modo deben cotejarse los ejemplos; y aun en las verdaderas causas, como hay mayor cantidad de circunstancias, es más fácil hallar varios cotejos. Voy a advertir de paso que con semejantes paralelos pueden mezclarse no sin gracia las sentencias y epifonemas. Como en este mismo ejemplo, después de la primera comparación: «Lo que pudo una débil mujer, tú, varón de pelo en pecho, ¿no podrás?», podrán añadirse estas sentencias:

La naturaleza distinguió el sexo; tú no distingues el ánimo. De una mujer nadie espera que merezca la alabanza del valor; el varón, si no es valeroso, ni aún el nombre de varón merece. Varón significa dos cosas: un sexo más robusto, y un ánimo invicto. Torpemente, pues, lleva barba quien una mujer supera en el valor.

Mas después de esta contienda: «Aquella no tenía destino honroso que dar a sus hijos; tú empleaste a tu hijo en defensa de la patria», podían juntarse casi a este tenor las siguientes sentencias:

Grande consuelo del dolor es tener con que puedas cohonestar tu desgracia. Así como en nada se emplea tu hijo con más justicia que en defensa de la patria, así también nada con más gloria.

Y después de aquella contraposición: «Aquellos pericieron realmente y de todo punto; el tuyo vivirá siempre con inmortal gloria», se podrían añadir estas sentencias:

Mucho más felizmente se vive con la buena fama, que con este común aliento. La vida del cuerpo, aun cuando no sobrevenga alguna adversidad, es breve y calamitosa, y en fin semejante a la de los animales; aquella es esclarecida y

⁵⁹ Cf. ERASMO, *De rerum copia*, lib. II, Tertius modus locupletandi exempla.

perdurable y lleva a los hombres a la compañía de los santos.

Y así a cada parte de las comparaciones se pueden juntar sentencias, pero baste haber insinuado esto de paso.

26. Estos ejemplos propuestos, explican con harta claridad la naturaleza de esta figura, bien que para mayor enseñanza fueron algo largos. Mas cuando se trata un asunto serio, se debe tratar con más o menos extensión según fueren las cosas de que hablamos. Arriba hemos advertido cómo san Juan Crisóstomo siempre que algún símil o ejemplo sube hasta lo sumo lo que dice, procura con la comparación de algunas circunstancias hacer todavía mayor la cosa que amplifica.

§ 11. COMPARACIÓN DEMOSTRATIVA: PERTENECE AL ORDEN DE LOS EJEMPLOS

27. Hay una *comparación*, la cual es muy común, singularmente en el género demostrativo, cuando por razón de alabanza o vituperio cotejamos una persona con otra. Así san Gregorio Nacianceno en la oración *De las alabanzas de Basilio* le compara con todos los famosísimos padres del Antiguo y Nuevo Testamento: Noé, Abrahán, Jacob, José, Moisés, David, Juan Bautista, Pedro, Pablo y los demás padres, y dice que imitó sus virtudes o que las igualó. Comienza así:

Ea pues, habiendo habido muchos varones ilustres por su piedad, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento –legisladores, capitanes, profetas, doctores, fuertes hasta derramar la sangre– comparemos con ellos a nuestro Basilio para que echemos de ver por aquí cuál fue⁶⁰.

Hay también comparación de cosas, como por ejemplo, si alabando uno la historia la compara con ciencias más excelentes. Y en estas la razón es de dos maneras, porque o bien apocas los bienes de una parte y ponderas los de la otra, o de tal modo exageras las alabanzas de una parte que no obstante, la prefieras o la iguales a lo que admitiste para alabar. En el vituperar ponderas

⁶⁰ S. GREGORIO NAZIANCENO, *Oratio XLIII in laudem Basilii*, PG 36,590-591.

los vicios, mas de tal modo que muestres con todo eso que aquel contra el cual declamas es más o igualmente infame.

28. En estas cosas se ha de observar que lo que se trae para la comparación sea por una parte conocido de todos, y por otra que sea insigne: como si comparas a un buen príncipe con Trajano o con Antonino el filósofo; y al contrario, al malo con Nerón o Calígula. Asimismo, si comparas a un hombre maldiciente con Zoilo e Hipérbolo, o a un hombre murmurador con Dipsas o Régulo, o a un hombre afeminado en deleites con Sardanápalo.

29. Mas todavía subirá de punto y será más copiosa la comparación si, como insinué poco antes, para la alabanza o vituperio de un hombre o de una cosa se aplican muchas personas o cosas, como si alguno, para elogiar a un príncipe, entresaca de muchos lo que en cada uno sobresalió más. Por ejemplo, la felicidad y presencia de ánimo de César, la magnanimidad de Alejandro, la urbanidad de Augusto, la afabilidad de Tito, la rectitud y clemencia de Trajano, el menosprecio de la gloria de Antonino, y así de los demás. Lo mismo se ha de practicar vituperando, como si acriminando la ira la cotejas con una extraordinaria embriaguez, con un frenesí, con una enfermedad o con un demoníaco; o si acriminando una lengua venenosa, las comparas con el aliento de un hombre apestado, con el resuello de las serpientes, que tienen un veneno eficacísimo, con el vapor de algunos lagos o cuevas, que causan muertes repentinas.

§ 12. SEMEJANZA

30. El *símil*⁶¹ o *semejanza* es una oración que transfiere a una cosa algo semejante tomado de otra cosa dispar. Y sirve para adorno, prueba, para mayor claridad, o para poner la cosa delante de los ojos. Se dice de cuatro modos, porque se toma por cuatro causas: *por contrario*, *por negación*, *por brevedad*, *por cotejo*. A cada una de las causas por las que nos valemos de la semejanza, acomodaremos también su propio modo de pronunciar. Por causa de adorno se toma del desemejante o contrario, de este modo: “No porque una casa, una nave, o también un

⁶¹ Símil: (Del lat. *similis*). 3. m. Ret. Figura que consiste en comparar expresamente una cosa con otra, para dar idea viva y eficaz de una de ellas; R.A.E.

vestido nuevo es mejor que uno muy usado, así también ha de ser mejor un amigo nuevo que uno antiguo, porque la fe de aquel es todavía dudosa y poco estable; esta, al modo del oro que se acrisola con el fuego es probada y reconocida con muchas experiencias y largo tiempo”⁶².

Se llama *símil por contrario* porque negamos que la cosa que proponemos sea semejante a la que aprobamos.

31. Para prueba de una proposición se trae algún *símil por negación*, de este modo: “Ni el caballo indómito, aunque sea de buena casta, puede ser idóneo para estos servicios que se desean de él, ni el hombre ignorante, aunque sea ingenioso, puede alcanzar la virtud”. Esto se hizo tanto más probable cuanto es más verosímil que no puede la virtud conseguirse sin doctrina, como el caballo sin domar no puede ser útil. Se tomó, pues, para probar, mas se dijo por negación, como se ve claro por la primera palabra del *símil*.

32. Para hablar más claro usamos de la semejanza *por brevedad*, de esta forma: “En la amistad no debes portarte como en el certamen de una carrera, de modo que reducido a ciertos términos, no procures excederlos, llevando tu afecto hasta donde puede llegar”. Porque este es un *símil* para que se entienda más claro que no tienen razón los que reprenden a aquellos que después de muerto el amigo cuidan de sus hijos, pues aunque un corredor no debe correr con mayor velocidad de la que necesita para llegar al término de la carrera, sin embargo un amigo debe tener tanta estimación a su amigo que la lleve más allá de lo que este pueda sentir. Se dice semejanza *por brevedad* porque no está una cosa separada de otra como en lo demás, sino que ambas están juntas y pronunciadas unidas.

33. Para poner delante de los ojos un objeto, se tomará la semejanza *por cotejo*, así: “Al modo que un citarista saliendo de gala, vestido de ropa talar dorada, manto de púrpura matizado de diversos colores, y con corona de oro adornada de brillante pedrería, llevando en su mano una primorosísima cítara taraceada de oro y marfil, y además de esto, siendo él de figura, rostro y talle hermosos, y después de haber movido con todo esto una gran expectación en el pueblo, prorrumpe de repente en el

⁶² CORNIFICIO, *Rhetorica ad Herennium*, IV, XLV, 59.

silencio en una voz sumamente desagradable, acompañada de un movimiento feísimo del cuerpo: cuanto mayor era su adorno y más ventajoso el concepto que de él se había formado, tanto es mayor la burla y desprecio que de él se hace. De la misma suerte, si uno estuviere colocado en un eminente lugar y gozarse de todos los bienes de fortuna y naturaleza, pero no tuviere virtud ni capacidad para adquirir las ciencias, que son maestras de la virtud, cuanto más distinguido fuese por sus empleos y riquezas, tanto más debe ser burlado, despreciado y arrojado de la compañía de los buenos”. Este símil, con el adorno de ambos extremos y el cotejo de la impericia de aquel figurón con la necedad e indignidad de este, por una razón semejante pone a la vista todo el asunto. Se ha dicho *por cotejo*, porque con el símil propuesto se ha referido todas las cosas iguales.

34. En los símiles convendrá observar con diligencia que al traer un símil procuremos usar de palabras adecuadas para explicar la semejanza con respecto a la cosa por cuya causa se trajo, de este modo: “Así como las golondrinas vienen en el verano y acosadas del frío se van”, de esta semejanza por translación tomamos las palabras para decir: “Así también los falsos amigos acuden en el tiempo sereno de la vida, mas luego que ven el invierno de la fortuna todos vuelan”.

35. Sería muy fácil la invención de los símiles si pudiera uno ponerse frecuentemente ante los ojos todas las cosas animadas, mudas y que hablan, feroces y mansas, de la tierra, del aire y del mar, las adquiridas casual y naturalmente, las usadas y no usadas; y procurar sacar de estas alguna semejanza en aquello mismo en que se compara⁶³.

Hay cierto librito⁶⁴ recogido de los símiles de san Juan Crisóstomo y de otros autores que podrá ayudar más que medianamente al estudioso predicador para la invención de los

⁶³ CORNIFICIO, *Rhetorica ad Herennium*, IV, XLVI, 59-XLVIII, 61.

⁶⁴ Tal vez alude a algunas de las obras de este carácter que él mismo hizo: la *Colección de filosofía moral*, cuyo primer tomo recoge sentencias selectas de las obras de Séneca (*Obras completas* XLV); el segundo de Plutarco (*Obras completas* XLVI); y el tercer tomo contiene apotegmas de diversos autores (*Obras completas* XLVII); así también como la *Silva de lugares comunes*, divididos por temas, en tres voluminosos tomos (*Obras completas* XLVIII-I); y en fin el tomo LI, sobre las bienaventuranzas, dones del Espíritu Santo, Sacramentos, novísimos, etc.

símiles. Pero hay que tener presente que las semejanzas de ningún modo deben tomarse de cosas sórdidas y bajas, ni tampoco de oscuras, demasiado sutiles y de difícil inteligencia, porque aquello mancha el discurso y esto lo oscurece; y principalmente perjudican a aquello por lo que fue inventada la semejanza.

36. Fuera de esto, en lo que mira al modo de tratarlas, como poco antes dijimos de los ejemplos, se tratan unas veces sucinta, otras más extendidamente. Porque alguna vez se notan con una sola palabra, como: «“No entiendes que has de volver las velas”»; o: “deja de lavar el ladrillo”»⁶⁵, o ya sea con una alegoría o metáfora. Otras veces se explica con más extensión y se acomoda más claramente. Lo que hace Cicerón en *Defensa de Murena*.

Si aquellos que del golfo llegan al puerto suelen prevenir con buen celo a los que se hacen a la vela acerca de las tempestades, piratas y escollos, siendo natural que favorezcamos a los que entran en los mismos riesgos en que nos vimos nosotros, yo, que después de haber padecido una gran borrasca estoy viendo de cerca la tierra, ¿con qué ánimo puedo mirar a este, que veo ha de pasar grandísimas tormentas?⁶⁶.

37. Este símil de Cicerón imita san Jerónimo en la carta a Heliodoro, diciendo:

Yo no te amonesto como quien llega al puerto con la nave y las mercaderías enteras, sino como quien, habiendo naufragado poco ha, arrojado por la tempestad a la orilla, aviso con temerosa voz a los que quieren navegar, que entre aquellas ondas la Caribdis de la lujuria consume y traga la salud; allí el apetito sensual, al modo que el escollo de Escila, con rostro risueño de doncella nos halaga y trae para que naufrague la castidad; aquí se ven gentes bárbaras en la ribera; aquí el demonio, como pirata, con toda su chusma lleva cadenas para los que ha de apresar. No queráis, pues, creer a nadie ni os tengáis por seguros, aunque el mar se os muestre quieto como estanque y aunque apenas levante el viento unas pequeñas olas sobre la superficie del agua, este campo tiene muy altos montes. Dentro está el peligro, dentro está el enemigo. Preparad

⁶⁵ ERASMO, *De rerum copia*, lib. II, de parábola.

⁶⁶ M. T. CICERÓN, *Pro Murena*, 4.

los sables, tended las velas. Fijad la cruz del mástil en vuestras frentes. Aquella bonanza es tempestad⁶⁷.

38. Si alguno quiere aquí cotejar cada uno de los peligros que de los vicios o de otra parte amenazan a las buenas costumbres, con cada uno de los que suelen poner a los navegantes en riesgo de la vida, después de manifestar por comparación lo mayor o menor, y asimismo lo semejante o contrario, y por fin adornarlo todo con sentencias y epifonemas como fueren cayendo, sin duda hará un largo sermón, según se ve en este ejemplo:

Así como cuando una cosa es más preciosa suele guardarse con tanto más cuidado y gastarse con más tiento, así con el tiempo, que nada hay más precioso, se ha de tener la mayor economía, para que ni un instante pase sin frutos. Porque si suelen darse administradores a los que derrochan a ciegas las piedras preciosas y el oro, ¿no sería una locura consumir torpemente en el ocio y en deshonestidades el tiempo, que es el más bello don del Dios eterno? En verdad, cuando pierdes el tiempo, ¿qué otra cosa pierdes sino la vida? ¿Y qué cosa puede haber más cara que la vida? Cuando se pierde una pequeña perla, la llamas pérdida; y cuando todo un día se pierde, esto es, una buena parte de la vida, ¿no la llamas pérdida? Sobre todo porque si se pierde la perla se puede recuperar, pero la pérdida del tiempo es irreparable.

Además de esto, aquellas cosas que para ti desaparecen, de ordinario aprovechan a otro; pero el despilfarro del tiempo a nadie puede ser útil. Ningún daño hay del cual no saque alguno algún provecho, a excepción del daño del tiempo. A esto se añade que la pérdida de las riquezas fue muchas veces saludable, pues las más veces dan ellas materia a los vicios, de suerte que vale más expenderlas inconsideradamente que conservarlas solícitamente. Cuanto el uso de cada cosa es más honesto, tanto su profusión es más torpe. Pero nada hay más bello ni más ilustre que emplear bien las buenas horas. Aquellas, por más que tú las guardes, con todo sucede muchas veces que o te las arrebatan la desgracia o te las quita el hombre, de modo que la pérdida, si bien te hace calamitoso, no te hace culpable. Pero la pérdida del tiempo, por cuanto no sucede sino por culpa nuestra, no solo nos vuelve

⁶⁷ S. JERÓNIMO, *Epist.*, 14 (*ad Heliodorum*), 6; PL. 22,350-351.

miserables, sino también infames. Pésima calidad de infamia cuando a nadie pueda darse la culpa sino a aquel que padece el daño. Con aquellas podrías comprar heredades y casas; con el tiempo, además de otras perfecciones del alma podrías procurarte la inmortalidad. No hay porción de vida tan breve en la cual no puedan darse largos pasos para la felicidad. Finalmente, de las riquezas mal gastadas, en todo caso habrás de dar cuenta a tu padre, mas de las horas mal empleadas a Dios.

Basta haber insinuado cuánta extensión puede darse al cotejo, si quiere alguno componer y adornar de este modo cada una de las circunstancias.

39. Este ejemplo se ha tratado un poco más extendidamente para mayor enseñanza. Pero se ha de advertir que cuando la semejanza se trae de menor a mayor, se debe mostrar muy claramente esta desigualdad, para que la fuerza del argumento aparezca mayor. Tomemos por ejemplo este argumento de menor. Quien ignora el arte diría: «Si el dueño castiga a su criado delincuente, ¿por qué no castigará Dios al hombre pecador?». Mas veamos cuán de otra manera lo dijo san Cipriano *contra Demetriano*:

Tú exiges el servicio de tu esclavo y siendo hombre obligas a otro hombre a que esté a tus órdenes y que te obedezca; y siendo en vosotros la misma suerte en nacer, una misma la condición al morir, semejante la materia de vuestros cuerpos, común la naturaleza de vuestras almas, y viniendo a este mundo y saliendo de él con un mismo derecho y una misma ley, con todo eso, si no te sirven a medida de tu gusto, si no se condesciende al imperio de tu voluntad, orgulloso y rígido exactor de la servidumbre, castigas con azotes, afliges y atormentas con hambre, sed, desnudez y no pocas veces con hierro y cárcel, ¿y no reconoces a tu Dios y Señor cuando tú mismo ejerces así tu señorío?⁶⁸.

En este ejemplo juntó san Cipriano suma abundancia con suma brevedad. Porque suma brevedad es lo que dijo: «¿No reconoces a tu Señor cuando tú mismo ejerces así tu señorío?», pues comprende en brevísimas palabras toda la comparación, que hubiera podido amplificar más, exponiendo la grandeza de la

⁶⁸ S. CIPRIANO, *Contra Demetrianum*, 8; PL 4,568C-569A.

majestad de Dios. Sin embargo, la semejanza que la precedió lo explicó perfectamente.

40. Aunque el uso de ejemplos y símiles ayude no poco para persuadir, especialmente se logra esto cuando se aplican por inducción, género en el cual el *Socrates* de Platón es lo máximo. El ejemplo por inducción se aplica de esta manera:

Dime, ¿qué fruto sacó Demóstenes de su maravillosa elocuencia? Además de otras incomodidades, un desastroso y miserable fin. ¿Qué premio Tiberio y Cayo Graco? Una muerte, y esta mísera y no muy honrosa. Por otra parte, ¿de qué manera fue alabado Antonio? Lo cierto es que fue penetrado por el puñal de un ladrón. Pues, ¿qué diremos de Cicerón, padre de la elocuencia? ¿Qué paga le dio ella? ¿Acaso fue otra que la de una muerte amarga y miserable? Anda ahora y con tantos desvelos esfuérzate en llegar a la cumbre mayor de la elocuencia, que tan funesta fue a los varones más insignes.

41. El símil se aplica por inducción de este modo:

De la náutica, ¿por ventura no discurrirá mejor un marinero que un médico? Y del arte de curar, ¿no hablará con más acierto un médico que un pintor? Y de los colores, sombras y líneas, ¿no razonará con más propiedad un pintor que un zapatero? Un carretero, ¿no sabrá mejor gobernar un carro que un marinero?

Si se cotejan muchísimas cosas de estas, hacen sumamente probable la verdad que muestra que cada uno habla mejor de aquella materia que mejor sabe. Así san Cipriano en *De la unidad de la Iglesia* dice:

La Iglesia es una y con el aumento que le da su fecundidad se extiende y llega a ser una muchedumbre, del mismo modo que la luz es una siendo muchos los rayos del sol; siendo muchas las ramas de un árbol, es una la fuerza, fundada en profundas raíces; y al modo que cuando manan muchos arroyos de una fuente, dilatándose por la gran cantidad de sus aguas, aparezca derramada, no obstante en el origen se conserva la unidad. Aparta el rayo del cuerpo solar, la unidad de la luz sufre división. Desgaja una rama del árbol, desgajada no podrá brotar. Corta el arroyo de la fuente, cortado se secará. Así también, la Iglesia alumbrada con la luz del Señor extiende sus rayos por todo el orbe, pero una es la luz que por todas partes

se difunde, la unidad del cuerpo no se separa. Con fertilidad abundante extiende sus ramas por toda la tierra. Dilata anchamente los arroyos que con largueza corren, mas una es sin embargo la cabeza, uno el origen y una la madre colmada de hijos por su fecundidad⁶⁹.

42. Esto se dijo de los tropos y figuras, ya de las palabras como de las sentencias. Los autores, tanto griegos como latinos disputan con vehemencia al explicar su número, esencia, fuerza y nombres, y no solamente discuerdan entre ellos sino lo que es más de admirar, el mismo Cicerón consigo mismo discrepa, ya que quien así fue elegantísimo en el decir, fue también diligentísimo en dar reglas. Como hace notar Quintiliano, puso muchas figuras en el libro III *Del Orador*, las cuales no menciona en *El Orador*, que escribió después, por lo cual se ve que las desechó⁷⁰. Algunas puso entre los adornos de las palabras que son lumbres de las sentencias. Algunas ni siquiera son figuras. Ya antes no fue fijo su número, ni podrá serlo nunca. De lo cual hallo dos causas: una es que, siguiendo a Quintiliano, todavía pueden formarse y discurrir nuevas figuras; otra, que tanto las figuras de palabras como de sentencias no se distribuyen en formas o especies, cuyo número es determinado, sino en partes y como miembros, de que hay un número infinito.

⁶⁹ S. CIPRIANO, *De unitate Ecclesiae*, 5; PL 4,516B-518A.

⁷⁰ Cf. M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, IX, 3, 90.

15

USO DE LAS FIGURAS

1. No sirve mucho haber aprendido los nombres y definiciones de las figuras si no sabemos el uso de ellas; de qué modo y en qué cosas principalmente debemos usarlas. Y esto se debe tomar principalmente del triple oficio del predicador que consiste en primer lugar, en *enseñar* a los oyentes, después *deleitarlos*, y finalmente *moverlos*. Enseñar es de necesidad, deleitar de suavidad, mover de victoria¹. Algunas de las figuras sirven principalmente para enseñar, otras para deleitar, otras para inclinar y mover los afectos. Para enseñar sirven principalmente las figuras que pusimos entre las formas de argumentos, a las cuales pueden juntarse la *raciocinación*, contada entre las figuras de sentencias, y algunas otras que conducen para probar o para exponer los asuntos. Entre estas justamente se pone la *transición* que, exponiendo lo que se dijo y lo que se ha de decir después, clarifica la *prédica* con esta distinción. Y además tiene algunas veces fuerza y vivacidad. Para deleitar hay especialmente otras figuras, que pusimos entre las figuras de palabras en la segunda y tercera clase, que consisten en la proporción de semejantes y contrarios.

2. Entre las demás figuras, sean de palabras o de sentencias, muchas parecen tener fuerza y vivacidad, aunque hay otras y no son pocas, que sirven para todo esto. Porque es bien cierto que las descripciones de cosas, personas, lugares y tiempos unas veces

¹ M. T. CICERÓN, *Orator ad Brutum*, 21, 69; S. AGUSTÍN, *De doctrina christiana*, IV, 12, 27; PL 34,101.

valen para deleitar, otras para amplificar, y alguna vez también para enseñar. Lo mismo dijimos de los contrarios, que fuera de la hermosura y gracia tienen también en su lugar agudeza y vigor. ¿Qué efectos no causan en verdad los ejemplos y en especial los símiles? ¿Qué proporciona mayor luz a las cosas oscuras que los símiles? ¿Qué dejamos de amplificar con ellos, o de ponerlo delante de los ojos? Además de esto, ¿cuán gran deleite no causa un símil colocado oportunamente?

3. Será de la obligación del predicador estudioso no solo saber el número, nombres y naturaleza de las figuras, sino también y aún mucho más el uso de ellas, para que de este modo sepan bien de qué figuras ha de usar en cualquier parte del sermón. Y como una misma sentencia puede explicarse y en cierta manera vestirse de muchas figuras, será del oficio de un sabio artífice elegir primero aquella figura que con más claridad, brevedad y propiedad explique su sentir.

Hasta aquí de las figuras, en adelante se ha de tratar de la composición.

16

LA COMPOSICIÓN

1. A los tropos y figuras, de que se habló hasta aquí, sigue la tercera parte del ornato, que consiste en la composición y en la apta y armoniosa colocación de las palabras. San Agustín dice que el predicador no debe descuidarla totalmente, aunque ella se halle pocas veces en las Sagradas Escrituras:

A la verdad, debe confesarse que este adorno de la elocución, que se hace con cláusulas armoniosas, no se halla en nuestros autores. Lo cual no me atrevo a afirmar si debe atribuirse a descuido de los intérpretes, o si ellos de propósito –que es a lo que más me inclino– omitieron estos adornos, aunque confieso que no lo sé. Lo que sé es que si algún perito en el movimiento rítmico de la prosa, mudadas algunas palabras que signifiquen lo propio o trocando el orden de lo que hallare, compara las frases de aquellos con la ley de la división métrica de estos, lo que es fácil de hacer, conocerá que nada de lo que aprendió en las escuelas de los gramáticos o retóricos faltó a aquellos divinos varones. Y hallará muchos géneros de elocución de tanta belleza que son hermosos hasta en nuestra lengua, aunque principalmente en la suya, y que ninguno se encuentra en las letras con que estos se envanecen. Pero ha de irse con tal circunspección que al aplicar esta métrica, no se quite el peso a las sentencias graves y divinas. Porque aquel armonioso arte donde de lleno se aprende esta cadencia ciertamente no faltó a nuestros profetas, tanto que el doctísimo Jerónimo hace mención de algunos metros (medida de un verso) que solamente se

hallan en la lengua hebrea, y por conservar la verdad o el sentido de las palabras no los vertió en latín. Yo, según mi parecer, el que ciertamente conozco mejor que otros y que el de los demás, así como en mis discursos no dejo de usar con la modestia posible algunas cláusulas armoniosas, así me gustan más en nuestros autores, por lo mismo que rarísimamente las hallo en ellos¹.

2. Este ejemplo puede seguir cualquiera que piensa escribir algo con elegancia. Porque la oración armoniosa y las palabras bien colocadas tienen de suyo que, sin ostentación ni esplendor de palabras, recrean en secreto hasta tal punto el ánimo del lector que el mismo que se deleita no sabe dar la razón de por qué tanto se deleita. La misma composición ayuda mucho también al entendimiento, cuando los miembros de la oración se corresponden y enlazan de tal manera que hacen clarísimo su sentido. Pero esto se entiende para escribir, porque, en lo que toca a predicar, como lo reconocen también los que de este asunto escribieron, la composición de este modo simétrica no es tan necesaria; y por eso, dejando a un lado las reglas que dan en gran número los retóricos acerca de esto, concluiré esta parte con la mayor brevedad.

§ 1. LA COMPOSICIÓN EN GENERAL

3. Cornificio dice:

La composición es un arreglo de palabras que hace todas las partes de la oración igualmente pulidas. Y se conservará si huimos los frecuentes encuentros de vocales, que vuelven la oración desagradable y forman hiatos, como esto: *vaccæ Aeneæ, amenissimæ impendebant*. Y asimismo evitaremos la demasiada repetición de una misma letra, de cuyo vicio dará ejemplo este verso de Ennio: *O Tite, tute, Tati, tibi tanta, tyranne, tulisti?* Y este del mismo poeta: *Quidquam, quisquam cuiquam, quod conveniat, neget?*

También si evadimos la continuada repetición de un mismo vocablo, como esta: “Porque no es razón dar fe a la razón, de cuya razón no hay razón”, y no usamos

¹ S. AGUSTÍN, *De doctrina christiana*, IV, 20, 41; PL 34,108-109.

² ENNIO, *Anales*, 104 (Skutsch).

continuamente vocablos con la misma cadencia, de este modo: “Llorando, suspirando, lagrimando, rogando”.

4. Igualmente para conservar una buena composición es preciso evitar la transposición de palabras, salvo cuando la necesidad y mayor elegancia lo requieren, defecto que es muy frecuente en Lucilio, como esto del libro primero: “esto que escribimos, te, Lucio, enviamos, Elio” (*has res ad te scriptas Luci missimus Aeli*)³.

Tal es aquello de Policiano: «Me leyó la carta, otrora para él, tuya, este Pico, nuestro, de la Mirándola»⁴ (*Legit epistolam mihi nuper ad se tuam Picus hic Mirandula noster*). Esta composición es pueril y ajena de toda gravedad.

Y además hay que huir la inacabable e ininterrumpida sucesión de palabras que fatiga tanto los oídos del auditorio como el aliento del predicador.

§ 2. LAS DOS ESPECIES DE COMPOSICIÓN

5. Cualquiera que desea alcanzar perfectamente la razón o el modo de la composición, necesario para escribir con arte, debe saber que hay una composición simple o sencilla y otra doble o compuesta. La simple no está sujeta a la ley del movimiento rítmico, ni tiene períodos muy largos, y de ella usamos nosotros en el trato familiar y los escritores sagrados en muchísimos lugares. Porque la verdad sencilla se complace en la sencillez del estilo. Tal es aquello del Génesis:

*En el principio creó Dios el cielo y la tierra. La tierra estaba estéril y vacía, y estaban las tinieblas sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios andaba sobre las aguas. Y dijo Dios: “Hágase la luz”, y fue hecha la luz*⁵.

6. La composición doble, apartándose de esta sencillez, usa de oraciones sinuosas y largas, cuyas partes y miembros es preciso explicar para que, conocidas, se conozca más fácilmente el todo que de ellas resulta. Pues así como en la mano consideramos la mano misma como un todo, luego el dedo como miembro de ella, y en fin las articulaciones del dedo, que son varias partes de este

³ CORNIFICIO, *Rhetorica ad Herennium*, IV, XII, 18.

⁴ ANGELUS POLIZIANUS, *Epistulae*, (a Filippo Beroaldo), f. 77^{r-v}.

⁵ Gn 1, 1-3.

miembro, así advertimos semejantes partes en la oración. Porque son como articulaciones las comas, que en griego se llaman *cómmata* (κόμματα), y en latín *caesa* o *incisa*. Además de estos, hay unos como miembros, que los griegos llaman *cóla* (κῶλα), y los latinos *membra*. Hay asimismo *períodoi* (περίοδοι), que los latinos unas veces llaman *ambitus*, otras *comprehensio*, otras *circumscriptio*, los cuales constan de muchos miembros.

7. En esta parte seguiremos los ejemplos que trae san Agustín en el libro IV *De doctrina christiana*, sacados de la segunda epístola a los corintios.

Las *comas* (miembros de un período) o *incisos* son aquellos cuatro: *Yo he padecido más trabajos, he sufrido más prisiones, he llevado más golpes, y me he visto a menudo a las puertas de la muerte*⁶. Y asimismo aquellas catorce: *He andado frecuentemente en viajes en peligros de los ríos, peligros de parte de los de mi nación, peligros de parte de los paganos, peligros en medio de las ciudades, peligros en medio de los desiertos*⁷. Miembros son estos: *¿Quién enferma, y yo no me enfermo con él? ¿Quién se escandaliza, y yo no me quemo?*⁸. El período de dos miembros: *Siendo vosotros sabios, sufrís con gusto a los imprudentes*⁹. De tres miembros: *En lo que alguno se atreve, con mi imprudencia digo, que también me atrevo yo*¹⁰. De cuatro miembros: *Lo que digo, no lo digo según Dios, sino que hago aparecer la imprudencia en tomarlo, como motivo para gloriarme*¹¹⁻¹².

Bien puede un período tener más miembros; pero cuando los miembros constan de casi igual número de sílabas, al hablar de las figuras de las palabras dijimos que se llama *isókeolon* (ισόκωλον) o *compar* (*igual*).

8. San Agustín, después de haber celebrado con admirables alabanzas la elocuencia divina de todo este lugar y haber notado sus hermosuras, pondera sobre todo la variedad de la composición, porque fluye esta oración ora con comas (incisos),

⁶ 2Cor 11,23.

⁷ 2Cor 11,26.

⁸ 2Cor 11,29.

⁹ 2Cor 11,19.

¹⁰ 2Cor 11,21.

¹¹ 2Cor 11,17.

¹² S. AGUSTÍN, *De doctrina christiana*, IV, 7, 13; PL 34,95.

ora con miembros, ora con períodos y, lo que es más hermoso, entremezcla períodos unas veces después de comas, otras después de miembros, con los cuales la composición de la oración se varía, se quita el hastío del lector y se da lugar para respirar. Esto lo practicó el Apóstol, no con arte humana, sino con divina sabiduría, a la que sigue y acompaña la verdadera elocuencia. Pues es propio de la sabiduría concebir y pesar las cosas bien y dignamente; de la elocuencia proferir con la correspondiente oración lo que así hubieres concebido. A esta sabiduría suele seguirse una verdadera y natural elocuencia, usada especialmente por los varones santos, que sin estudio son muy artificiosos y elocuentes. Porque bien dice aquel: «Si viva y profundamente concibieres una cosa, ni te faltarán palabras, ni modo para explicarla»¹³. De la misma variedad usa san Ambrosio cuando en su libro *De la virginidad*, va refiriendo las virtudes y alabanzas de la Virgen Santísima, pues con la misma hermosura y gracia, unas veces después de incisos, otras después de miembros, interpone períodos de dos o de tres miembros, como veremos en el capítulo siguiente.

9. También se ha de saber que la forma del período es de dos maneras: una con que hablamos por inciso o por miembros; la otra con que hablamos con ciertos límites, es decir cuando la oración es llevada en un movimiento circular como encerrada desde el principio al fin, sin terminar la expresión de la idea sino al final; y así representa la imagen de un perfecto silogismo, o a veces de una proposición hipotética, y esto más breve o más largamente según lo requiere la razón o argumentación propuesta. Además de los ejemplos propuestos de la carta de san Pablo, los siguientes tratan de lo mismo. Fluye por miembros aquel período de san Cipriano contra Demetriano:

El mundo testifica su ocaso con la prueba de la decadencia de las cosas. No tiene tan copiosas lluvias el invierno para criar las semillas. No tiene el estío el acostumbrado calor para madurar las mieses, ni con el clima de la primavera están los sembrados alegres, ni, finalmente, los otoños son tan fructíferos en sus árboles. No se sacan tantas losas de mármoles de los cavados y fatigados montes. Exhaustos ya los metales prestan menos

¹³ HORACIO, *Epist.*, II, 3, 40-41.

riquezas de plata y oro, y las pobres venas se acortan y disminuyen¹⁴.

Pero corre por comas o incisos el período que después sigue:

Falta el labrador en los campos, en la mar el marinero, el soldado en la campaña, la inocencia en la plaza, la justicia en el juzgado, en las amistades la concordia, en las artes la inteligencia, la disciplina en las costumbres¹⁵.

Mas semejantes los períodos, si bien pueden ser de dos miembros, pero tienen más gracia cuando son de tres o también de cuatro miembros, *trícola* (τρίκωλα) y *tetrícola* (τετράκωλα), en griego. *Trícola*: «Venció a la castidad la lujuria, al temor la audacia, a la razón la locura»¹⁶. *Tetrícola*, como aquello de san Cipriano: «A la manera que el sol de sí mismo resplandece, el día alumbra, la fuente riega, la lluvia rocía, así aquel celestial Espíritu se difunde»¹⁷.

También cada palabra de por sí hace la oración distinguida o cortada, como aquello: “Con la agudeza, con la voz, con el semblante amedrentaste a los enemigos”¹⁸.

10. El período, al que llamamos circunscrito, en el cual como dice Aristóteles, el fin se corresponde de tal modo al principio que plenifica su sentido y termina la idea, puede ser breve o largo. Breve:

¿Quieres dar fin al amor? / Estate siempre ocupada: / Que es antídoto al veneno / de las amorosas ansias¹⁹.

Aquí hay un silogismo perfecto. También es breve aquel de san Cipriano en el sermón *De los lapsos*:

Nadie, hermanos, nadie cercene esta gloria de los confesores. Cuando se pasó el día señalado para los que negaban, cualquiera que dentro del día no negó, confesó ser cristiano²⁰.

¹⁴ S. CIPRIANO, *Contra Demetrianum*, 3; PL 4,565A.

¹⁵ S. CIPRIANO, *Contra Demetrianum*, 3; PL 4,565A.

¹⁶ M. T. CICERÓN, *Pro Cluentio*, VI, 15; cf. *In Catilinam*, I, IX, 22.

¹⁷ S. CIPRIANO, *Epist.*, 1 (*ad Donatum*), 14; PL 4,225B-226A.

¹⁸ CORNIFICIO, *Rhetorica ad Herennium*, IV, XIX, 26.

¹⁹ OVIDIO, *Remedia amoris*, 143-144.

²⁰ S. CIPRIANO, *De lapsis*, 3; PL 4,480B-C.

Algo más largo es aquel período con el que comienza el sermón *De la paciencia*:

Habiendo de hablar, amadísimos hermanos, de la paciencia y debiendo predicar sus utilidades y conveniencias, ¿de dónde empezaré mejor que de que ahora mismo veo que es también necesaria vuestra paciencia para oírme? Pues ni aun esto mismo, que es oír y aprender, podéis hacerlo sin la paciencia²¹.

Un poco más largo aún es aquel período que sigue:

Entre los demás caminos de la celestial doctrina por donde la profesión de vuestra fe y esperanza se dirige a conseguir los premios de Dios, no hallo, carísimos hermanos, nada más útil para la vida y para la gloria que el que aquellos que andamos por el camino de la ley de Dios con religioso temor y devoción, conservemos sobre todo con el mayor cuidado la paciencia²².

11. Con frecuencia para semejantes períodos sirven las conjunciones adversativas *aunque, si bien, bien que, al modo que*, etc., como las comparativas *como, así*, etc., porque donde median estas partículas no se perfecciona el sentido de la oración hasta el fin de ella: lo cual es propio de este período circunscrito, en que hablamos con ciertos límites. También los participios se inventaron principalmente para que muchos verbos se encerrasen debajo de un período, porque los participios tienen fuerza de verbos.

12. A estas tres especies de composición, artículos, miembros y períodos se añade la cuarta, llamada por los griegos *peribolé* (περιβολή)²³, que quiere decir *circuito* o *flexus* (*rodeo, curvatura*). Y es una oración sinuosa y prolongada que ordinariamente consta de más miembros que el período vulgar. Este rodeo es propio de los historiadores, en el cual muchos miembros y comas se siguen unos a otros con tal igualdad que aunque sea clara y continua la construcción, sin embargo es muy larga. De la *peribolé* al período no hay mucha diferencia, sino que en el período la consecuencia y unión tanto de cosas como de palabras debe estar bien trabada, mas la *peribolé* es una construcción histórica y larga de la oración,

²¹ S. CIPRIANO, *De bono patientiae*, 1; PL 4,645C.

²² S. CIPRIANO, *De bono patientiae*, 1; PL 4,646C-647A.

²³ Περιβολή: contorno, perímetro; marcha en derredor, circuito; VOX.

que no tiene los antecedentes y consiguientes tan trabados entre sí que no pueda muy fácilmente resolverse en sus miembros. Conviene poner cuidado en que no sea aquella más larga de lo justo y cause oscuridad y tedio. En una palabra, el período es un rodeo de la oración retórica, la *peribolé* es un rodeo de la oración histórica. Tal es aquella oración de Sannazaro en *Del parto de la Virgen*, en que magnífica y figuradamente describe el regocijo que tuvieron los santos padres, que estaban en el Limbo, con la noticia de la Encarnación del Hijo de Dios:

La fama entretanto baja / a las almas del infierno, / y las
pálidas moradas llena de rumores ciertos / de que el
deseado día / se acerca, en que dejen ellos / el triste
Limbo, y vencidas / las sombras, vayan huyendo / del
abismo, del aullido fiero y horrendo estruendo / del perro
de tres gargantas / que en el calabozo opuesto / de la
cárcel siempre vela, / y del hambre a impulso terco /
ladra en la profunda noche / con horror por tres
gargueros: / y se engulle de un bocado / las sombras que
van viniendo²⁴.

13. Se añade a esta una quinta especie de construcción, a la cual llama Aristóteles *campτέρα* (καμπτήρα)²⁵, los latinos *tractus* o *nexus*, o alargamiento del espíritu, que realmente es lo mismo que la *peribolé* que hemos definido, con la diferencia de que es un poco más larga, y cuanto más larga, más elegante, con tal que guarde medida en esta extensión. Será ejemplo aquello de san Cipriano en su *carta a Cornelio*, en la que el santo defiende con un modo de decir magnífico la dignidad de su obispado contra los herejes que negaban que fuese obispo y hablaban mal de su vida y elección:

Pero lo digo, porque lo digo provocado, lo digo afligido, lo digo violentado, cuando se sustituye un obispo en lugar del difunto, cuando es elegido por voto común del pueblo, cuando es protegido en la persecución con el auxilio divino, fielmente unido a todos sus colegas, acepto a su grey en cuatro años de obispo, dedicado a la enseñanza en la paz de la Iglesia y en la persecución proscrito con la señal y nombre de su obispado, tantas veces pedido para ser echado a los leones y con el

²⁴ J. SANNAZARO, *De partu Virginis*, I, 225-233; *Opera omnia*, Venetiis 1535.

²⁵ Καμπτήρ: curva, vuelta, inflexión, meta; VOX. Cf. M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, VIII, 3, 32.

testimonio de la merced divina honrado en el circo o anfiteatro: cuando un tal hermano se ve impugnado por ciertos hombres desesperados y perdidos y excomulgados, entonces aparece quien impugna, es a saber, no Cristo, que constituye o protege a los sacerdotes, sino aquel que siendo contrario de Cristo y enemigo de la Iglesia persigue con sus vejaciones al prelado de la Iglesia con el designio de que, quitado el piloto, embista con mayor atrocidad y violencia para hacer naufragar la nave de la Iglesia²⁶.

14. Se han de usar, pues, estas cinco especies de construcción, según fuere la naturaleza de los asuntos que tratamos. Con lo cual se logrará que evitemos con la variedad el hastío y demos a las mismas causas como su propio traje y color. Será del cargo de un artífice inteligente considerar cuándo deba usar de estas o de las otras, porque no se puede expresar un precepto íntegro de esto en las reglas del arte. Lo cierto es que los incisos y miembros no pocas veces se usan para instar, en especial cuando son muchos. De los períodos usamos con más frecuencia, unas veces argumentando, otras en los exordios, si bien aquí más largos, allí más reducidos. La *peribolé* es más adecuada para las narraciones y ampliaciones de la historia. Aunque todas estas cosas también tienen lugar en las otras partes de la oración.

Hasta aquí tratamos de la composición, que dijimos que es la tercera parte del adorno, con la cual fluye la oración blanda, agradable y claramente. En adelante se ha de tratar de la cuarta virtud de la elocución, que es hablar de forma idónea.

²⁶ S. CIPRIANO, *Epist.*, 59, VI, 1-2 (*ad Cornelium*); PL 4.

MODO APROPIADO DE HABLAR

1. Hasta aquí se ha hablado de las tres virtudes de la elocución: la latinidad, la claridad y el adorno. También hemos discurrido del adorno que se halla unas veces en las palabras, otras en las figuras, otras también en la composición. A continuación, sigue la manera de hablar aptamente, que es la parte principal de la locución adornada. Cicerón comprendió en pocas palabras su naturaleza y razón: en el libro II *De oratore* dice que no conviene un mismo género de discurso a toda causa, oyente, persona o tiempo¹. Hablar idóneamente es en fin acomodar el discurso apta y proporcionalmente a estas cosas. Lo cual, como dice Quintiliano, no solo se atiende en la elocución, sino también en la invención. «Porque si las palabras tienen tan gran peso, ¿cuánto más las cosas mismas?»².

2. Cuatro son las cosas que principalmente debe observar quien desea hablar aptamente: que el discurso convenga al que lo dice, al que lo oye, a las mismas cosas que trata y al fin que busca. Esto es, quién habla, a quién habla, de lo que habla, y lo que principalmente quiere conseguir hablando. Debe considerarse, pues, en todo esto qué es lo más decente, lo que pertenece no solo a las reglas del arte, sino al juicio de la prudencia, que es el que dirige las cosas que han de hacerse y también las que han de decirse. Mas entre los oficios del orador es el mayor, y el más

¹ Cf. M. T. CICERÓN, *De oratore*, III, 55, 210.

² Cf. M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, XI, 1, 6.

difícil de entender, qué es lo más decente en cualquier caso. Pues de aquí nace aquel decoro que debe procurarse en todas las cosas. Por eso, hemos de tratar por orden qué es lo más decente en estas cuatro cosas que arriba mencionamos.

3. Primero se ha de tener en consideración quién habla, porque no a todos conviene un modo igual de expresarse. De una manera deben hablar los jóvenes, de otra los viejos, de otra los varones principales, de otras los humildes y privados, de otra los ministros de inferior orden, de otra los obispos y prelados superiores. Pues muchas cosas son lícitas a unas personas, que no lo son igualmente a otras. Esto se ve claro en los sermones de san Juan Crisóstomo, en cuyos exordios capta la benevolencia de los oyentes, unas veces manifestándoles su amor, su cuidado y providencia paternal, y otras aplaudiendo sus virtudes. Esto que a un obispo y varón santísimo era muy apropiado, no lo sería así a otros. Porque siendo la retórica, en opinión de Quintiliano, una *prudencia en el hablar*³, y la obra principal de la prudencia es saber qué es más recto en el obrar⁴, no será menos propio de ella ver lo que es más decente a cada persona en el hablar. Por lo cual, habiendo Lisias leído a Sócrates la oración que había compuesto en su defensa, este le dijo: «Es un excelente y elegante discurso, pero no conviene a Sócrates»⁵. Porque era más a propósito para el oficio judicial que para un filósofo, y tal filósofo. Después, cuando Lisias le preguntó por qué si le parecía bueno el discurso, pensaba que a él no le convenía, respondió:

¿No puede perfectamente suceder que un vestido o un calzado sea bien hecho y muy hermoso, y que no obstante eso, no se ajuste a alguno?

4. Sin embargo, a todos en general compete el no decir nada de que puedan con razón ofenderse los oyentes, esto es, que nada digan con insolencia, con arrogancia, descaro, desvergüenza, nada injurioso, soez, chocarreramente, nada baja, licenciosa y viciosamente, sino que todo el carácter del discurso represente modestia, humanidad, caridad, celo de la común salvación y un deseo fervoroso de la verdadera piedad. Mas esta modestia, que debe resplandecer en todas las partes del sermón, conviene más

³ Cf. M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, II, 5, 8.

⁴ Cf. S. TOMÁS DE AQUINO, *Summa theologiae*, II-II, q. 47, a. 2.

⁵ Cf. M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, II, 15, 30; XI, 1, 11.

propriadamente a los exordios, los cuales deben ser humildes y discretos.

5. Estas virtudes en el decir, si bien las tuvieron los otros padres, en especial san Cipriano las muestra a cada paso. Nada encontrarás en él que pueda parecer traído para ostentación del ingenio. Tal es su locución en todas partes, que siempre te parece que oyes hablar a un obispo verdaderamente cristiano y destinado al martirio. Arde el pecho en piedad evangélica, y al pecho corresponde su palabra. Habla cosas muy elocuentes, pero aún más fuertes que elocuentes. Declara este afecto de piedad y de amor cuando repite tan frecuentemente en sus sermones esta voz llena de caridad: «amadísimos hermanos». Este afecto lo expresó en particular en el sermón *De los lapsos*:

¿Qué haré en este lugar, amadísimos hermanos, fluctuando en tan variada y congojosa zozobra del entendimiento? ¿Qué diré, o cómo me explicaré? Más que voces son menester lágrimas para expresar el dolor con que debe llorarse la llaga de nuestro cuerpo, con que debe lamentarse la gran pérdida de un pueblo algún día numeroso. Pero, ¿quién hay tan duro y tan férreo, quién tan olvidado del amor de hermano, que puesto entre las diferentes ruinas de los suyos y entre las lúgubres y desfiguradas reliquias con la mucha miseria, pueda tener los ojos enjutos, y que no reviente luego en llanto para manifestar antes con las lágrimas que con la voz sus gemidos?⁶

¿Quién en estas palabras no echa de ver un pecho apostólico y un amor más que de padre? Este ánimo, este dolor por la ruina de tantas almas que perecen, procure imitar el predicador y manifestarle en su sermón en cuanto sea posible.

6. Ahora bien, en esto no debemos procurar tanto mostrar nuestra habilidad cuanto huir de los vicios y defectos, porque lo primero si es demasiado se acerca mucho a la ostentación, pero en cambio en el huir los defectos nunca puede ser demasiado. Y entre otros vicios que debemos huir, Quintiliano advierte que

principalmente debe huirse toda jactancia viciosa de sí mismo, porque ella causa en los oyentes no solo fastidio, sino las más veces odio. Porque nuestro entendimiento

⁶ S. CIPRIANO, *De lapsis*, 4; PL 4,481B.

tiene naturalmente algo de sublime y de erguido, que no sufre superior. Y por eso levantamos con gusto a los abatidos o sumisos, porque parece que hacemos esto como mayores, y cuantas veces se aparta la emulación, entra en su lugar la humanidad. Pero el que se engríe sobremanera, se cree que oprime y desprecia, y que no tanto se hace el mayor como que hace menos a los demás. Por consiguiente, los inferiores le envidian –siendo este vicio propio de los que no quieren ceder, ni pueden porfiar–; y además los superiores le mofan y los buenos le condenan⁷.

7. No están libres de este vicio los que, por ostentar ingenio y erudición, tratan en los sermones cuestiones dificultosas que nada conducen a la salvación de las almas, porque con esto quieren hacer una vana ostentación de sí mismos. No pecan menos los que, deseando lograr fama de elocuentes, amontonan sin discreción muchísimos vocablos que significan lo mismo, para hacerse admirar del vulgo imperito y necio auditorio con esta facilidad de hablar y ligereza de lengua, siendo así que nada puede haber más contrario a la elocuencia. Estas cosas y sus semejantes son las que debe el predicador en parte temer y en parte observar.

8. La misma razón natural enseña que no solo se debe considerar quién habla, sino también aquellos delante de quienes se habla. Porque de una manera se ha de hablar a los hombres rústicos y agrestes, de otra a los eruditos, nobles o varones principales y oídos refinados. Entre estos la palabra debe ser sublime y bien trabajada, entre aquellos más vehemente. Además de esto, de un modo conviene hablar a monjes y vírgenes consagradas a Dios y a hombres dedicados al estudio y contemplación de las cosas divinas, y de otro a los que sin ningún temor de Dios se abandonan a todo género de maldades. En fin, según la diversidad de las personas o de los vicios que se cometen en el pueblo, debe variarse el sermón. De lo cual tenemos por maestro al Apóstol, que prescribió a Timoteo qué había de enseñar a los maridos, qué a las mujeres, qué a los viejos, qué a los jóvenes, qué a los ricos⁸. Y también el Eclesiástico parece que nos advirtió esto mismo cuando dijo:

⁷ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, XI, 1, 16-17.

⁸ Cf. 1^o Tim 5-6.

Ve a consultar a un hombre sin religión sobre cosas santas, a un injusto sobre la justicia, a una mujer sobre aquello de que tiene celos, a un hombre tímido por lo que mira a la guerra, a un comerciante sobre el tráfico de sus mercancías, a un comprador sobre lo que ha de venderse, a un envidioso sobre el reconocimiento de las gracias recibidas, a un impío sobre la piedad, a un hombre sin honor sobre la honestidad, al que trabaja en los campos sobre lo que mira a su trabajo, a un asalariado para un año sobre lo que debe hacer hasta el fin del año, a un criado perezoso sobre la aplicación al trabajo. De ninguna manera tomes consejo de los susodichos sobre todas estas cosas⁹.

9. Con claridad el Eclesiástico enseña entonces, que el sermón se ha de variar según la variedad de los oyentes. Esto lo advierten poco los que cuando no hay en el auditorio obispos, ni gobernadores de ciudades, ni jueces de causas, suelen echar truenos y rayos contra ellos, lo que no sirve para instruir a la gente, sino para mover y agudizar la indignación y encono que tal vez tienen contra aquellos, lo que es muy ajeno de la piedad cristiana.

10. Ahora consideremos qué es lo más decente en relación a las cosas mismas que hablamos y al oficio del predicador. Y como esto pertenece no solo a la elocución sino también a la invención, ya en la parte antecedente, tratando del modo de inventar, hemos dado algunas reglas que se han de observar para que sepa el predicador lo que le es decente en este género. Sin embargo, para que no dejemos de decir algo en este lugar por lo que toca a la manera de predicar, debe juzgarse que habla aptamente aquel que, conforme a la causa que trata, dice cosas adecuadas y propias y sobre todo pertenecientes al asunto. Ni se distrae, ni se va por lugares comunes, ajenos, o para nada convenientes a su propósito, a menos que lo pida así la razón del argumento. Porque el que así anda divagando, aunque hable quizás con elegancia, de ningún modo habla con competencia, pues no trata de aquello de que se propuso hablar. En este vicio caen los predicadores que, olvidando su cometido, que consiste en corregir y mejorar las costumbres de los hombres, tratan de cosas ajenas y en nada

⁹ Sir 37, 11-14.

conducentes a este fin, y así dejan volver a sus casas secos y vacíos a los pobres oyentes¹⁰, que van al sermón con el fin de edificarse.

11. Pero esta observación de las mismas cosas pertenece como acabamos de decir a las reglas de la invención. Más adelante declararemos qué género de invención convenga a los mismos asuntos según su naturaleza y variedad, que es la principal dificultad de esta obra. Pues lo que hasta aquí dijimos, aunque muy necesario, cualquier predicador medianamente instruido fácilmente lo podrá advertir y ejecutar, especialmente si está lleno de amor al prójimo. Mayor dificultad tiene lo que sigue y que no pende tanto de la prudencia común como de las reglas del arte, de un juicio maduro y del ejercicio de predicar.

§ 1. MODOS DE ELOCUCIÓN QUE PIDEN LOS DISTINTOS TIPOS DE CAUSAS, Y DIFERENTES OFICIOS DEL PREDICADOR

12. Conviene saber que no a todas las causas y argumentos viene bien un mismo género de elocución. Esto sería igual que querer acomodar un mismo vestido a diversos estados de personas, como a amos y esclavos, a hombres y mujeres, a eclesiásticos y seculares, siendo notorio que a cada persona de estas conviene un vestido y adorno especial, conforme al estado y condición de cada una de ellas. Así que un género de elocución se requiere en las causas pequeñas, otro en las medianas, otro en las de peso.

13. En orden a lo cual dice Quintiliano:

Adquirida la facultad de escribir... el primer cuidado es el de hablar aptamente, lo que Cicerón demuestra que es la cuarta virtud de la elocución y en mi dictamen la más necesaria. Porque siendo variado y múltiple el adorno de la palabra, y viniendo bien uno a una y otro a otra, si no fuere apropiado a las cosas y personas, no solo no la ilustrará, sino que la destruirá y volverá en contra la fuerza de los argumentos. Porque, ¿qué aprovecha que las voces sean latinas, expresivas y limpias, si no tienen congruencia con las cosas que deseamos persuadir al oyente? Si usamos de un estilo sublime en causas de poca monta, de bajo y común en las grandes, de alegre en las tristes, de

¹⁰ Cf. S. AMBROSIO, *Expositio evangelii Lucae*, 6, 72-73; PL 15,1774C-D.

suave en las ásperas, de amenazador en las súplicas, de sumiso en las controvertidas, de cruel y violento en las agradables, esto viene a ser lo mismo que poner a los hombres collares y perlas y vestidura rozagante que, siendo adornos femeninos, afearían a los varones; o lo mismo que poner a las mujeres las insignias del triunfador, que es lo más egregio que se puede pensar pero que de ninguna manera es decente para ellas¹¹.

14. El mismo en el libro VIII, hablando del múltiple adorno del discurso, explica casi lo mismo aunque con mayor claridad:

Más digno de observación es que este mismo adorno honesto debe ser variado según el tipo de materia. Y comenzando por la primera división, no conviene el mismo a las causas demostrativas, deliberativas y judiciales. Porque aquel género, dirigido a la ostentación, solo pide el deleite y placer de los oyentes, y por eso ostenta todas las artes del decir y expone el adorno del discurso como que no arma asechanzas ni se ordena a la victoria, sino solamente al fin de la alabanza y de la gloria. Por tanto, todo lo que fuere popular en las sentencias, limpio en las palabras, gustoso en las figuras, magnífico en las translaciones, lo dará a ver y casi a palpar en la composición bien trabajada, al modo de un mercader de elocuencia. Porque el suceso se refiere a él, no a la causa.

15. Mas donde se trata un asunto serio y el combate es verdadero, la fama tiene el último lugar. Fuera de esto, cuando las materias que se tratan son de grande importancia, no debe uno andar ansioso por las palabras. No lo digo para que no haya en estas ningún ornato, sino para que sea tanto más acomodado a la materia cuanto más escaso, severo y disimulado. Porque para persuadir al Senado se pide un género de locución más sublime, al pueblo más vehemente, y en tela de juicio las causas públicas y capitales le piden más exacto. Pero a un negocio privado y a las causas que son más frecuentes, de cortos intereses, convendrá una locución pura y de poco estudio. Porque, ¿quién no se avergüenza de pedir con una frase retórica cierto dinero prestado? ¿O llenarse de afectos por unas goteras? ¿O sudar sobre el recobro de un esclavo?¹².

¹¹ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, XI, 1, 1-3.

¹² M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, VIII, 3, 11-14.

16. Cornificio reduce a tres todos estos géneros de hablar:

Los géneros de hablar que nosotros llamamos figuras son tres, en los cuales versa todo discurso sin defecto: uno llamado grave, otro mediano o regular, y el tercero endeble o débil. Grave es aquel que consta de una construcción de palabras serias, grande y adornada. Mediano es el que consta de palabras más humildes, pero sin llegar al sentido más bajo y significado ordinario de las palabras. El discurso será de figura grave (de estilo grandioso, elevado) si se fueren aplicando y acomodando a cada cosa las palabras de mayor adorno que se pudieren hallar, ora sean propias, ora transferidas, si se escogieren sentencias graves que se tratan en la amplificación y conmisericordia, y si se aplicaren adornos de sentencias o de palabras que tuvieren gravedad.

El discurso se versará en la figura mediana si, como antes dije, la bajáremos un poco, sin descender a lo más ínfimo.

En fin, el género endeble es el modo de hablar ínfimo y ordinario¹³.

17. Estos tres géneros de hablar que se han de acomodar a las cosas mismas que decimos según la naturaleza y variedad, dice san Agustín con Cicerón que también convienen principalmente a los tres oficios del orador o predicador:

Dijo un varón elocuente, y dijo verdad, que de tal suerte debe hablar un elocuente que enseñe, deleite e incline. Después añadió: enseñar es de necesidad, deleitar de suavidad, inclinar de victoria. De estas tres cosas, la del primer lugar, la necesidad de enseñar, está puesta en las cosas que decimos. Las dos restantes en el modo con que las decimos. Porque así como debe ser deleitado el auditorio para lograr que oiga, así debe ser inclinado para que se mueva a obrar. Y así como se deleita si hablas suavemente, así se inclina si ama lo que prometes, teme lo que amenazas, aborrece lo que reprendes, abraza lo que alabas, se duele de lo que ponderas que uno se debe doler, se regocija cuando predicas algo digno de alegría, se compadece de los que disertando le muestras ser dignos de compasión, huye de lo que propones con horror que hay que guardarse, y todo lo demás que en fuerza de una gran elocuencia puede hacerse para conmover los ánimos

¹³ CORNIFICIO, *Rhetorica ad Herennium*, IV, VIII, 11; IX, 13; X, 14.

de los oyentes, no para que sepan lo que han de hacer, sino para que hagan efectivamente lo que ya saben que debe hacerse.

18. Si aún lo ignoran, no hay duda que han de ser enseñados antes que movidos. Y tal vez, conocidas las cosas mismas, serán movidos de suerte que no sea menester se muevan ya con mayores fuerzas de elocuencia, lo que no obstante es bueno que se haga cuando es necesario. Y lo es cuando, sabiendo lo que han de hacer no lo hacen, y por esto es necesario enseñar. En realidad los hombres pueden hacer o no lo que saben. Ya que, ¿quién les diría que deben hacer lo que no saben? De ahí que el inclinar o mover el ánimo no es de necesidad, porque no siempre es necesario, como cuando el oyente consiente con el que enseña, o también con el que deleita. Pero el inclinar es vencer, porque puede suceder que sea enseñado y deleitado, mas no convencido. Porque cuando se enseña lo que se debe hacer, y se enseña para que se haga, en vano se persuade que es verdad lo que se dice, en vano agrada el mismo modo con que se dice, si al fin no se convence para que se haga. Conviene, pues, que el predicador elocuente, cuando persuade algo que debe hacerse, no solo enseñe para instruir, sino que incline también para vencer¹⁴.

19. De estos tres oficios del predicador colige el mismo santo que son tres los géneros de orar o tres las formas y figuras que corresponden a estos tres oficios:

Debiendo cumplir tres cosas el varón elocuente, que enseñe, que deleite y que incline, el mismo autor de la elocuencia romana dice que pertenecen también al mismo estos tres géneros de hablar, cuando añade: “Será elocuente el que pueda decir las cosas pequeñas sumisa o sencillamente, las medianas templada o moderadamente, las grandes elevada o magníficamente”; como si hubiera añadido también aquellos tres y así explicase la misma sentencia, diciendo: será, pues, elocuente aquel que pueda decir sencillamente las cosas pequeñas, para que enseñe; moderadamente las medianas, para que deleite; magníficamente las grandes, para que incline¹⁵.

¹⁴ S. AGUSTÍN, *De doctrina christiana*, IV, 12, 27 - 13, 29; PL 34,101-102.

¹⁵ S. AGUSTÍN, *De doctrina christiana*, IV, 17, 34; PL 34,104-105.

Por estas palabras de san Agustín, se ve claro entonces, que estos tres géneros de hablar pertenecen a los tres oficios del predicador, que son enseñar, deleitar y mover.

§ 2. TRES TIPOS DE ELOCUCIÓN Y LOS PRINCIPALES ADORNOS DE CADA UNO

20. Tanto la variedad de las causas, de que antes hablamos, como estos tres oficios del predicador ahora expuestos, piden diferente método y hábito de elocución. Se ha de decir ahora, conforme al pensamiento de san Agustín, cuántos y cuáles son sus principales adornos. Tres son como decíamos, los tipos o categorías: uno sumiso (sencillo), tenue y agudo; otro vehemente, copioso y grave; y el tercero intermedio y como templado (moderado), en el que ni se halla la sutileza del género antecedente, ni la fuerza del subsiguiente.

21. En el tipo sumiso y agudo la forma del discurso debe ser libre y suelta de la métrica, mas no vaga, para que no yerre con desenfreno yendo espontáneamente. Debe también omitirse la diligencia de juntar palabras y se ha de apartar todo adorno sobresaliente. Hay que colocar sin embargo, sentencias agudas y frecuentes, usar con prudencia y moderación los tropos para el adorno de palabras y sentencias; las traslaciones pueden ser más frecuentes, aunque no tanto como en el género grandioso.

22. El género templado es un poco más fértil y robusto que este humilde de que se habló, si bien más sumiso que aquel sublime de que se hablará. A este convienen todos los adornos de la oratoria, y se halla muchísima suavidad en este discurso. Le vienen bien todas las luces, así de palabras como de sentencias. Hay en este tipo muy poco nervio, pero muy grande suavidad.

23. El magnífico, grave, abundante, adornado tiene realmente mayor energía, porque unas veces quebranta, otras se insinúa en los sentidos, siembra nuevas opiniones, arranca las sembradas. Aquí el predicador estimulará aún a los difuntos, como a Apio el ciego. Por su boca también exclamará la patria y hablará con alguno, como se ve en la oración que dijo Cicerón contra Catilina en el Senado. Aquí podrá alentar con amplificaciones y sacar y mover todo género de afectos, según la naturaleza del asunto que tratarse.

24. Pero en lo que toca a la elección de palabras, este tipo de discurso las pide magníficas y sonoras, y como antes dijimos, en asuntos atroces ásperas al mismo oído y, digámoslo así, estruendosas. De los tropos sacará metáforas ilustres, epítetos, hipérbolos, y así otros. De esta naturaleza son aquellas palabras del profeta:

*Embriagaré de sangre mis saetas y mi espada se tragará las carnes*¹⁶; *mi furor se ha encendido como una llama impetuosa, y penetrará hasta lo más profundo del infierno, y se tragará la tierra con sus plantas, y abrasará los cimientos mismos de las montañas*¹⁷.

Pues «embriagar de sangre las saetas» y «la espada tragar las carnes» son unas metáforas insignes y atrevidas; y «tragarse la tierra» y «abrasar los cimientos de los montes» parece ser hipérbolo, la cual es máximamente apropiada para aumentar la cosa. También los epítetos y adverbios para la *epítasis*, esto es, para el incremento, pertenecen principalmente a la fuerza de expresión de este tipo.

25. Brevemente muestra todo esto aquella oración de san Cipriano en su *carta a Cornelio*, donde dice:

Los gentiles y judíos amenazan y los herejes y todos aquellos cuyos entendimientos y voluntades están poseídas del diablo, cada día con voz furiosa testifican su venenosa rabia; mas no porque amenazan se ha de ceder, ni porque el contrario y enemigo tanto blasona y se arroga en el mundo, es por eso mayor que Cristo. Debe, oh hermano, permanecer en nosotros inmóvil la fortaleza de la fe, y la virtud estable debe resistir como una roca que, con su firmeza y corpulencia, quebranta los embates y acometimientos de las amenazadoras ondas¹⁸.

26. Hay un ejemplo muy proporcionado de esta figura en la *Retórica hereniana*, el cual por sí solo podrá enseñar, aun sin reglas algunas del arte, lo que requiere este género de decir. Y por tanto, aunque la sentencia que en él se trata se aparte algo de nuestro propósito, sin embargo nos pareció insertarlo en este lugar,

¹⁶ Dt 32,42.

¹⁷ Dt 32,22.

¹⁸ S. CIPRIANO, *Epist.*, 59, II, 1 (*ad Cornelium*); PL 4.

porque es fácil formar y perfeccionar una cosa semejante por otra. Dice:

¿Quién hay de vosotros, oh jueces, que pueda inventar un castigo que sea bastante proporcionado para el que pensó vender su patria a los enemigos? ¿Qué maleficio puede compararse con este delito? ¿Qué suplicio puede hallarse que sea correspondiente a esta maldad? Nuestros mayores impusieron muy grandes castigos a los que desflorasen a una doncella romana, forzasen a una matrona, hiriesen a alguno o al fin le matasen; y para este atrocísimo y sacrílego exceso, ¿no dejaron una singular pena? En otros maleficios a uno o a pocos llega la injuria del pecado ajeno; mas los reos de este delito maquinan por todos los medios atrocísimas calamidades a todos los ciudadanos. ¡Oh ánimos feroces! ¡Oh pensamientos crueles! ¡Oh hombres inhumanos! ¿Qué es lo que osaron hacer o pudieron pensar? ¿De qué manera los enemigos, arrancados los sepulcros de los mayores, batidas las murallas, entrarían con ímpetu y algazara en la ciudad? ¿De qué suerte, saqueados los templos de los dioses, los primeros y mejores hombres degollados, otros cautivados, las matronas y doncellas nobles sujetas a la lascivia enemiga, se arruinará la ciudad abrasada de un voracísimo incendio? Así estos malvados no piensan que han salido con su intento, sino viendo reducida a cenizas su santísima patria. No puedo, oh jueces, explicar con palabras la indignidad de este hecho. Ni me cuido de ello, conociendo que no lo necesitáis. Pues vuestro mismo corazón, amantísimo de la república, bastante os enseña que al traidor que quiso quitar a todos sus haciendas, le arrojéis con ignominia de la ciudad que él quiso sepultar bajo la nefaria dominación de torpísimos enemigos¹⁹.

Hasta aquí Cornificio, que con este magnífico género de orar pondera la indignidad y atrocidad de la traición.

27. Pertenecen a este tipo de figuras de palabras y sentencias, que tienen fuerza y vivacidad, las descripciones de cosas y de personas, la confirmación y aquella congeries o amontonamiento que se dice en griego *sinatroísmo*, con que se juntan a un tiempo muchas cosas en un lugar, que abultan la grandeza de asunto. La

¹⁹ CORNIFICIO, *Rhetorica ad Herennium*, IV, VIII, 12.

composición requiere períodos más prolongados y una figura de oración sinuosa que encierra muchos incisos y miembros, de los cuales poco antes hemos hablado, habiendo propuesto ejemplos del mismo san Cipriano. Todos los modos de amplificar, mencionados también en su lugar, sirven señaladamente a este género. En el cual una que otra vez, pidiéndolo la dignidad de la materia, es lícito, digámoslo así, tronar, relampaguear e invocar al cielo y a la tierra, según se ve en el exordio de Isaías: *Oye, cielo, y recibe mis palabras en tus oídos, tierra, porque el Señor Dios ha hablado*²⁰. Y el Señor por Jeremías: *Pasmaos, cielos, sobre esto*²¹.

²⁰ Is 1,2.

²¹ Jr 2,12.

MATERIAS EN LAS QUE DEBEN USARSE ESTAS TRES FIGURAS (LIBRO IV *DE LA DOCTRINA CRISTIANA* DE SAN AGUSTÍN)

1. Hemos enseñado lo que cada una de estas figuras requiere y sus principales adornos, y el buen orden pide que, como estas formas no se ajustan a todas las causas y argumentos, expliquemos a cuáles convenga mejor cada una de estas. Este trabajo nos lo ahorró san Agustín en el libro IV *De la doctrina cristiana*, quien con varios ejemplos de las Sagradas Escrituras y santos padres, trató extensamente esta parte principal del arte retórica. Pero como añade también algunas otras cosas, para evitar la confusión que de ahí podría seguirse, hemos procurado escribir por separado las cosas que principalmente tocan a este precepto en este lugar, con las mismas palabras de san Agustín.

2. Este santo padre, después de haber dicho con Cicerón¹ que será elocuente el que pueda decir las cosas pequeñas sumisamente (con sencillez), para enseñar; las medianas templadamente, para deleitar; y las grandes magníficamente, para inclinar o mover, dice así:

¹ Cf. M. T. CICERÓN, *Orator ad Brutum*, 21, 69; S. AGUSTÍN, *De doctrina christiana*, IV, 17, 34; PL 34,104-105; (Los siguientes párrafos están tomados de *De doctrina christiana*).

El insigne orador podría manifestar estas tres cosas en las causas judiciales; mas esto no puede ser en las cuestiones eclesiásticas, cuyo modo de tratarlas deseamos enseñar. Porque en aquellas se dicen pequeñas las cosas cuando se ha de juzgar sobre materias pecuniarias, grandes cuando se trata de la salud y vida de los hombres, y aquellas donde nada de ellas se ha de juzgar y nada se hace para que el oyente haga o resuelva sino solamente para que se deleite, llamaron como medias entre las dos, *módicas*, esto es moderadas, porque este nombre *modo* dio el suyo a las cosas módicas. Pues cuando decimos *módicas* a las cosas por pequeñas lo hacemos no propia, sino abusivamente.

3. En nuestras causas, todo cuanto decimos desde el púlpito debe ir dirigido a la salud de los hombres y no a la temporal, sino a la eterna; por eso, todo cuanto predicamos es grande, tanto que ni aún lo que dice el doctor eclesiástico sobre adquirir o perder las cosas pecuniarias debe parecer pequeño, sea grande o pequeña la justicia que ciertamente debemos respetar hasta en poco dinero, como dice el Señor: *Quien es fiel en lo mínimo, también es fiel en lo grande*². Pues lo que es mínimo, mínimo es; pero ser fiel en lo mínimo, es cosa grande. Porque así como la razón de la redondez es que del punto céntrico a los extremos se tiren líneas iguales, y es la misma en un plato grande que en una monedita, así también donde lo pequeño se obra justamente, no es menos grande la justicia³.

4. Sin embargo, debiendo este maestro ser predicador de cosas grandes, no siempre debe decirlas magníficamente, sino sencillamente al enseñar y moderadamente cuando algo se vitupera o aplaude. Mas cuando debe hacerse algo y hablamos a los que deben hacerlo y no quieren, entonces aquellas cosas que son grandes deben decirse magníficamente y a propósito para inclinar los ánimos. Y en referencia a una misma cosa grande si se enseña, hay que hablar sencillamente si se alaba, con moderación; y de modo grandioso si hay que empujar al alma rebelde para que se convierta. Porque, ¿qué cosa hay mayor que Dios? ¿Y por eso entonces no se puede conocer? O el que enseña la unidad de la Trinidad, ¿acaso debe usar algo superior a una sencilla disquisición, para que se entienda

² Lc 16,10.

³ S. AGUSTÍN, *De doctrina christiana*, IV, 18, 35; PL 34,105.

en cuanto es posible, una cosa difícil? ¿Acaso se buscan aquí adornos y no pruebas? ¿Acaso hay que mover al oyente para que haga algo y no mejor instruirlo para que aprenda? Fuera de esto, cuando se alaba a Dios o por sí mismo o por sus obras, cuán dilatado campo se presenta al que tiene elocuencia para una locución hermosa y lúcida. ¿Cuánto puede alabarse Aquel a quien nadie alaba dignamente y a quien nadie deja de alabar en algún modo? Pero si Él no se venera, o si se veneran juntamente con Él o más que Él los ídolos o demonios u otra criatura, sin duda debe de modo grandioso ponderarse cuán grave delito es, para retraer a los hombres de cometerle⁴.

5. El Apóstol nos da un ejemplo de locución sencilla: *Decidme los que deseáis sujetaros a la Ley, ¿no habéis leído la Ley? Pues escrito está que Abrahán tuvo dos hijos, uno de esclava, otro de mujer libre; pero el que nació de la esclava nació según la carne, mas el de la libre nació en virtud de la promesa de Dios; cosas que son dichas por alegoría. Porque estas dos mujeres son los dos Testamentos o Alianzas; el uno, que ha sido establecido en el monte Sinaí, y que no engendra sino esclavos, es figurado por Agar. Pues Sinaí es monte de Arabia, que representa la Jerusalén de aquí abajo, que es esclava con sus hijos. Mas la Jerusalén que está arriba, es verdaderamente libre, la cual es nuestra madre⁵. Y también: Hermanos míos, me serviré del ejemplo de una cosa humana y ordinaria. Cuando un hombre ha hecho testamento en la debida forma, nadie le puede anular ni invertir. Las promesas de Dios se hicieron a Abrahán y a su descendencia. La Escritura no dice a sus descendientes, como si hubiera querido designar muchos, sino a su descendencia, esto es, a uno de su descendencia, que es Jesucristo. Lo que yo, pues, os digo es que habiendo Dios hecho y autorizado un testamento, la Ley, que fue dada cuatrocientos treinta años después, no anula ni frustra la promesa⁶. Y porque podía ofrecerse al pensamiento del oyente: ¿a qué fin, pues, se dio la Ley, si por ella no se conseguía la herencia?, el mismo Apóstol se hizo la objeción: ¿Para qué, pues, la Ley ha sido establecida? Y responde: Se puso para hacer conocer los pecados que se cometiesen quebrantándola, hasta la venida del Hijo, a quien designaba la promesa; y esta Ley ha sido dada por los ángeles por la interposición de un Mediador. Pero cuando hay uno solo no hay*

⁴ S. AGUSTÍN, *De doctrina christiana*, IV, 19, 38; PL 34,106-107.

⁵ Ga 4, 21-26.

⁶ Ga 3, 15-18.

mediador, y no hay más que un solo Dios. Y aquí ocurría lo que él mismo se propuso: Luego la Ley ¿es contra las promesas de Dios? Contesta: De ningún modo. Y da la razón: Porque si la Ley, que ha sido dada, hubiera podido dar vida, se podría decir con verdad que la justicia se conseguía por la Ley, pero la Escritura incluyó a todos los hombres bajo del pecado, para que lo que Dios había prometido se diese por la fe de Jesucristo a los que creyesen en Él...⁷. Todo este ejemplo se refiere al género sumiso⁸.

6. Es templada la dicción en estas palabras apostólicas: *No reprendáis al anciano, sino ruégale como a padre⁹, a los jóvenes como a hermanos, a las ancianas como a madres, a las jóvenes como a hermanas¹⁰. Y casi todo este pasaje tiene un género de locución moderado, donde las cosas son hermosas porque se van correspondiendo unas con otras, como deudas restituidas, de modo conveniente, según se ve por lo que sigue: Teniendo todos nosotros dones diferentes, según la gracia que nos ha sido dada, el que ha recibido el don de profecía, use de él según la regla de la fe; el que es llamado al ministerio de la Iglesia, aplíquese a su ministerio; el que ha recibido el don de enseñar, dedíquese a enseñar; el que ha recibido el don de exhortar, exhorta a los otros; quien hace limosna, hágala con simplicidad; quien gobierna a sus hermanos, hágalo con vigilancia; quien se emplea en obras de misericordia, hágalas con alegría. Vuestra caridad sea sincera y sin doblez. Tened horror al mal, adherid fuertemente al bien. Cada uno tenga a su prójimo un afecto y un cariño verdaderamente fraternal. Adelantaos unos a otros con testimonios de honor y de cortesía. No seáis perezosos en el cumplimiento de vuestra obligación. Conservaos en el fervor del espíritu, acordándoos que es el Señor a quien servís. Regocijaos en la esperanza, sed sufridos en los males, perseverantes en la oración, caritativos para socorrer las necesidades de los santos, prontos a ejercer la hospitalidad. Bendecid a los que os persiguen, bendecidles y no queráis maldecirles; regocijaos con los que se regocijan, llorad con los que lloran, teniendo recíprocamente unos mismos piadosos sentimientos¹¹. Y ¡cuán hermosamente todo esto se concluye con un rodeo de dos miembros!: No aspiréis a*

⁷ Ga 3, 19-21.

⁸ S. AGUSTÍN, *De doctrina christiana*, IV, 20, 39; PL 34,107.

⁹ 1Tim 5, 1-2.

¹⁰ Ro 12,1.

¹¹ Ro 12, 6-15.

*cosas altas, sino acomodados a las más bajas y humildes*¹². Y algo después: *Pagad a todos las deudas, el tributo a quien debéis tributo, los impuestos a quien los debéis, el temor a quien debéis temer y el honor a quien debéis honrar*¹³. Palabras que, corriendo por miembros, se cierran con el mismo circuito que junta estos dos miembros: *Pagad a todos todo lo que les debéis quedando solamente deudores del amor que unos se deben a otros*¹⁴⁻¹⁵.

7. El género sublime o magnífico se diferencia principalmente de este tipo moderado en que no recibe tanto de los adornos de las palabras cuanto de los afectos violentos del alma. Porque si bien es capaz de casi todo aquel ornato, no le echa de menos si no le tiene, dejándose llevar de su propio ímpetu; y si la hermosura de la locución sale al paso, no la toma por deseo del adorno, sino que la arrebata con la fuerza de los asuntos. Porque al objeto de que se habla basta que las palabras convenientes nazcan del ardor del pecho, sin que se escojan con dedicación. Así, si un hombre valeroso se arma de un acero dorado y adornado de piedras preciosas, en el ardor de la lucha hace lo que hace con las armas, no por ser preciosas, sino porque son armas; sin embargo, él es el mismo y muestra igual valor, aun cuando “la ira hace una lanza para quien la busca”¹⁶.

8. Intenta el Apóstol persuadir que por el ministerio del evangelio se sufran con paciencia todos los males de este mundo con la consolación de los dones de Dios. Verdaderamente el asunto es grande y le trata magníficamente, sin que falten los adornos de la elocución: *Ved aquí ahora el tiempo favorable, ved aquí ahora el día de la salud. Y nosotros procuremos no dar en manera alguna motivo de escándalo, para que nuestro ministerio no sea deshonrado, sino que en todo nos portemos como ministros de Dios, haciéndonos recomendables por una gran paciencia en los males, en las necesidades, en las extremas aflicciones, en las llagas, en las prisiones, en las sediciones, en los trabajos, en las vigilias, en los ayunos, por la pureza, por la ciencia, por una dulzura perseverante, por la bondad, por los frutos del Espíritu Santo, por*

¹² Ro 12,16.

¹³ Ro 13,7.

¹⁴ Ro 13,8.

¹⁵ S. AGUSTÍN, *De doctrina christiana*, IV, 20, 40; PL 34,107-108.

¹⁶ VIRGILIO, *Eneida*, VII, 507-508.

*una caridad sincera, por la palabra de la verdad, por la fuerza de Dios, por las armas de la justicia, para combatir a la derecha y a la izquierda, entre el honor y la ignominia, entre la mala y la buena reputación, como seductores aunque sinceros y veraces, como desconocidos aunque muy conocidos, como siempre muriendo y no obstante viviendo, como castigados, mas no hasta ser muertos; como tristes y siempre alegres, como pobres y enriqueciendo a muchos, como no teniendo nada y poseyéndolo todo*¹⁷. Vedlo todavía enardecido: ¡Oh corintios!, *mi boca está abierta y mi corazón se dilata por el afecto que yo os tengo*¹⁸, y lo demás que sería largo referir¹⁹.

9. También dice a los romanos que las persecuciones de este mundo se vencen por la caridad, con la esperanza segura en la ayuda de Dios. Habla, pues, con grandeza y ornato: *Sabemos que todas las cosas contribuyen al bien de los que aman a Dios, de los que él ha llamado según su decreto para ser santos. Porque a los que el Señor ha conocido en su presencia, también los ha predestinado para ser conformes a la imagen de su Hijo, a fin de que Él fuese el primogénito entre muchos hermanos. Y aquellos a quienes predestinó, también los llamó; y a los que llamó, asimismo justificó; y a los que justificó, finalmente glorificó. ¿Qué diremos después de esto? Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? El que no perdonó ni a su propio Hijo, sino que le entregó a la muerte por todos nosotros, ¿cómo dejará de darnos también con él todos los bienes? ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios mismo es el que justifica, ¿quién osará condenarlos? Jesucristo murió, y no murió solamente, sino que resucitó y está a la diestra de Dios, donde intercede por nosotros. ¿Quién nos apartará de la caridad de Cristo? ¿Habrá tribulación, angustia, persecución, hambre, desnudez, peligro, o espada que para ello baste? No, por cierto, según está escrito por el profeta: “Por ti, Señor, todo el día somos entregados a la muerte, y tratados como ovejas destinadas al matadero”. Mas en todos estos males salimos vencedores por Aquel que nos amó. Porque cierto estoy que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las potestades, ni las cosas presentes, ni las venideras, ni la altura, ni la profundidad, ni otra criatura alguna será bastante para apartarnos del amor de Dios, que tenemos por Jesucristo*²⁰⁻²¹.

¹⁷ 2Cor 6, 2-10.

¹⁸ 2Cor 6,11.

¹⁹ S. AGUSTÍN, *De doctrina christiana*, IV, 20, 42; PL 34,109.

²⁰ Ro 8, 28-29.

10. Pero aunque toda la carta del Apóstol a los gálatas esté escrita con estilo sumiso, a excepción de lo último, en donde la locución es templada, con todo interpone cierto lugar con tal movimiento del alma que sin ninguno de los adornos que se descubren en los sobredichos ejemplos se puede decir magníficamente. *Vosotros observáis los días y los meses, los tiempos y los años. Yo temo no sea que en vano haya trabajado en vosotros. Sed para mí como yo soy para con vosotros. Yo os lo ruego, hermanos míos. Jamás me habéis ofendido en cosa alguna. Vosotros sabéis que cuando yo os anuncié primeramente el evangelio, estuve entre las persecuciones y aflicciones de la carne, y que vosotros no me habéis menospreciado ni desechado a causa de estas pruebas que he sufrido en mi carne, sino que me recibisteis como a un ángel de Dios, como al mismo Jesucristo. ¿Dónde está, pues, el tiempo que vosotros estimáis por tan dichoso? Os puedo dar testimonio que estabais entonces prontos, si fuera posible, a arrancaros los ojos para dármelos. ¿Me he vuelto, pues, enemigo vuestro porque os he dicho la verdad? Ellos se estrechan fuertemente con vosotros, mas esto no nace de buena voluntad, pues quieren separaros de nosotros para que os unáis estrechamente con ellos. Ya veo que en todo tiempo tenéis buen celo por los hombres de bien, y no solo cuando estoy entre vosotros. Hijitos míos, por quienes siento de nuevo dolores de parto hasta que Cristo se forme en vosotros. Quisiera estar ahora delante de vosotros y mudar la voz, según lo pidiera vuestra necesidad; porque estoy confuso, sin saber cómo he de hablaros*²². Por ventura, ¿aquí se contraponen unas palabras contrarias a otras contrarias, o están ordenadas con alguna gradación, o se percibieron incisos o períodos? Y sin embargo, no se entibió el afecto grande que percibimos enfervoriza la locución²³.

Estas palabras del Apóstol de tal suerte son claras, que no dejan de ser profundas, y de tal manera inscriptas y aprendidas en la memoria que, si uno no se contenta con la superficie de la letra y busca la profundidad del sentido, piden no solo un lector o un oyente sino un auténtico comentador de la obra.

11. Por tanto, veamos estos géneros de hablar en los que aprovecharon con su doctrina en la ciencia de las cosas divinas y saludables, y la suministran a la Iglesia. El bienaventurado san Cipriano usa del género sumiso en el

²¹ S. AGUSTÍN, *De doctrina christiana*, IV, 20, 43; PL 34,110.

²² Ga 4, 10-20.

²³ S. AGUSTÍN, *De doctrina christiana*, IV, 20, 44; PL 34,110.

tratado en que disputa *Del sacramento del cáliz*. Porque allí se decide la cuestión si el cáliz del Señor debe tener agua pura o mezclada también con vino. Mas para ejemplo es menester entresacar algo de su discurso. Después de haber comenzado a resolver la cuestión, dice: “Has de saber que estamos advertidos que en el ofrecimiento del cáliz se observe la tradición del Señor y que no hagamos otra cosa que la que el Señor hizo primero por nosotros, para que el cáliz, que en memoria suya se ofrece, se ofrezca mezclado con vino. Pues diciendo Cristo: *Yo soy la vid verdadera*²⁴, la sangre de Cristo no es ciertamente agua, sino vino; ni puede parecer que la sangre, con que somos redimidos y vivificados, está en el cáliz cuando en él no hay vino, en el que se muestra la sangre de Cristo en el sacramento predicado con el testimonio de todas las Escrituras. En efecto, hallamos en el Génesis esto mismo acerca del sacramento, en la historia de Noé, y que allí hubo una figura de la pasión del Señor, porque bebió vino, se embriagó, se desnudó en su tienda, se acostó dejando desnudos y descubiertos los muslos: y aquella desnudez del padre fue notada del hijo mediano y publicada fuera, y cubierta por los otros dos hijos, con lo demás que no es necesario referir aquí, bastando mencionar esto solo, es a saber: que Noé nos mostró una figura de la verdad venidera, pues no bebió agua, sino vino, y así representó la imagen de la pasión del Señor. Vemos asimismo en el sacerdote Melquisedech figurado el misterio del sacramento del Señor, según lo que la divina Escritura testifica y dice: *Y Melquisedech, rey de Salem, ofreciendo pan y vino —porque era sacerdote del Sumo Dios— bendijo a Abrahán*. Y que Melquisedech fuese figura de Cristo, lo declara en los salmos el Espíritu Santo, diciendo al Hijo en persona del Padre: *Antes del lucero de la mañana te engendré. Tú eres Sacerdote eterno según el orden de Melquisedech*²⁵. Esto y lo que sigue en la carta de Cipriano tiene modo de locución sumisa, como pueden comprobar los lectores²⁶.

12. Cuando san Ambrosio demuestra que el Espíritu Santo es igual al Padre y al Hijo, usa del género sumiso, no obstante la grandeza del asunto, porque no pide

²⁴ Jn 15,1.

²⁵ S. CIPRIANO, *Epist.*, 63 (*ad Caecilium*), 2-4; PL 4,385A-387B.

²⁶ S. AGUSTÍN, *De doctrina christiana*, IV, 21, 45; PL 34,111.

adorno de palabras, ni conmoción de afectos para inclinar los ánimos, sino doctrina. Entre otras cosas, dice: “Movido Gedeón por causa del oráculo, cuando oyó que a pesar de que las huestes de las tribus se habían dispersado, el Señor libraría a su pueblo de los enemigos en un solo hombre, le sacrificó un cabrito y, según la orden del ángel, puso sus carnes y pan ácimo y lo roció todo con caldo. Y luego que el ángel de Dios tocó estas cosas con la punta de la vara que traía, saltó fuego de la piedra y así se consumió el sacrificio que había ofrecido. Lo cual parece indicio manifiesto de que esta piedra era figura del cuerpo de Cristo, según lo que está escrito: *Bebían de la piedra que los seguía, y la piedra era Cristo*²⁷. Sin duda que esto es relativo no a su divinidad, sino a su carne, que inundó los corazones de los pueblos sedientos con el perenne río de su sangre. Ya entonces, pues, fue declarado el misterio de que el Hijo de Dios crucificado en su carne borraría todos los pecados del mundo, y no solo los delitos de obras, sino también los malos deseos del alma. Porque la sangre del cabrito significa la culpa de la obra, el caldo los halagos del apetito, según aquello: *Porque tuvo el pueblo un apetito malísimo y dijeron ¿quién nos dará de comer carne?*²⁸. Por consiguiente, que el ángel haya alargado la vara y tocado la piedra, de la que salió fuego, manifiesta que la carne del Señor, llena del divino Espíritu, quemaría todos los pecados del linaje humano. Y así dice el Señor: *Fuego viene a poner en la tierra*²⁹. Con estas palabras trata principalmente Ambrosio de enseñar y probar el asunto³⁰.

13. Del género templado es aquella alabanza de la virginidad, que se halla en san Cipriano: “Ahora, dice, hablamos con las vírgenes, cuya gloria cuanto es más sublime tanto mayor debe ser el cuidado de conservarla. Son ellas aquella flor del renuevo de la Iglesia, la honra y ornamento de la gracia espiritual, fecunda materia de alabanza y honor, obra entera e incorrupta, imagen de Dios que corresponde a la santidad de su Señor, y la porción más ilustre del rebaño de Cristo. Por ellas se goza y en ellas largamente florece la gloriosa fecundidad de

²⁷ 1Cor 19,4.

²⁸ Nm 11,4.

²⁹ Lc 12,49; S. AMBROSIO, *De Spiritu Sancto, prologus*, 2-3; PL 16,732A-733B.

³⁰ S. AGUSTÍN, *De doctrina christiana*, IV, 21, 46; PL 34,111-112.

nuestra madre la Iglesia, cuyo gozo de cada día tanto más crece cuanto la virginidad gloriosa más se multiplica”³¹. Y en otro lugar, al fin del tratado: “Así como llevamos la imagen de aquel que fue formado del cieno, así llevemos también la imagen de Aquel que vino del cielo. Esta imagen lleva la virginidad, lleva la integridad, lleva también la santidad y verdad. La llevan las que, acordándose de los divinos enseñamientos y perseverando en la religión y justicia, son estables en la fe, humildes en el temor, fuertes para tolerar todos los trabajos, mansas para sufrir las injurias, bien dispuestas para hacer misericordia, unánimes y concordantes en la paz fraterna. Cada una de estas cosas debéis vosotras, oh buenas vírgenes, observar, amar y cumplir, pues vacando a Dios y a Cristo, a quien os consagrasteis, y habiendo escogido la mejor parte, vais delante de todos hacia el Señor. Las que sois proventas en edad, sed maestras de las jóvenes. Las de menor edad, servid a las mayores y estimulad a vuestras iguales. Animaos con mutuas exhortaciones y provocaos recíprocamente a la gloria con una santa y virtuosa emulación. Perseverad con fortaleza, caminad en el espíritu, llegad con felicidad. Y solo entonces acordaos de nosotros cuando empiece a ser honrada en vosotros la virginidad”³²⁻³³.

14. También Ambrosio con género de elocución templado y adornado propone a la Madre de Dios por ejemplar a las vírgenes, para que la imiten en sus costumbres, diciendo: “Era virgen no solo en el cuerpo, sino también en el alma, que con ningún engañoso deseo corrompía su sincero afecto. En el corazón humilde, en las palabras graves, en el pensamiento prudente, en el hablar muy moderada, aficionada a la lectura, poniendo las esperanzas no en lo incierto de las riquezas sino en la oración del pobre, aplicada a la labor, discreta en la conversación, buscando por director de su espíritu no a algún hombre sino a Dios, no dañando a nadie, deseando el bien a todos, reverenciando a sus mayores, sin envidia a sus iguales, huyendo de la jactancia, siguiendo la razón y amando la virtud. ¿Cuándo ella ofendió a sus padres, ni aun por señas? ¿Cuándo disintió de sus deudos? ¿Cuándo

³¹ S. CIPRIANO, *De habitu virginum*, 3; PL 4, 453A-B.

³² S. CIPRIANO, *De habitu virginum*, 23; PL 4,476B-477A.

³³ S. AGUSTÍN, *De doctrina christiana*, IV, 21, 47; PL 34,112.

se fastidió del humilde? ¿Cuándo se burló del débil? ¿Cuándo esquivó al menesteroso? Acostumbrada a visitar solamente las reuniones de hombres a quienes ni avergonzara la misericordia, ni faltara la vergüenza. Nada destemplado en los ojos, nada atrevido en las palabras, nada menos decoroso en las acciones. No era su gesto abatido, ni su andar descuidado, ni su voz petulante, de modo que la compostura de su cuerpo era como un retrato de su alma, y una figura de su bondad. Porque la buena casa desde el mismo vestíbulo debe conocerse, y al modo de la luz del farol que, puesta dentro, alumbra fuera, desde la misma entrada ha de mostrar que ninguna oscuridad se esconde dentro. ¿Qué diré, pues, de la parsimonia de su comida y de su gran oficiosidad, sobrepujando lo uno a la naturaleza, y casi faltando lo otro a la naturaleza misma? Allí ningún tiempo ocioso, aquí continuados los días con el ayuno, y cuando tenía deseos de comer, tomaba de ordinario el manjar que tenía al alcance y sirviese a la necesidad, no al regalo...”³⁴.

15. Puse esto por ejemplo del género templado, no porque allí se trate de que hagan voto de virginidad las que todavía no lo hicieron, sino de cómo deben ser las que lo hicieron. Pues para tomar una resolución tan grande como esta es necesario estimular y mover el alma con un género de decir magnífico. El mártir san Cipriano en su tratado *Del traje de las vírgenes* no escribió sobre hacer voto de virginidad, en cambio Ambrosio las enfervoriza a ello con estilo sublime³⁵.

16. De lo que escribieron ambos sacaré ejemplos de locución sublime. Pues uno y otro declamaron contra aquellas que con maquillajes coloran o antes bien descoloran su rostro. El primero, tratando esta materia, dice entre otras cosas: “Si un pintor retratase con colores propios el rostro de alguno, su figura y talle, y en el retrato ya concluido pusiese otro la mano para reformar, como si fuese más perito, lo ya formado y pintado, parecería una grave injuria, que provocaría a justo enojo al artífice. ¿Piensas tú que ha de quedar impune tan perversa y temeraria audacia, con ofensa del divino Artífice que te hizo? Pues aunque concedamos que no seas deshonesta e incestuosa con los hombres, con tus maquillajes

³⁴ S. AMBROSIO, *De virginibus*, II, 2, 7-8; PL 16,220B-221A.

³⁵ S. AGUSTÍN, *De doctrina christiana*, IV, 21, 48; PL 34,112-113.

provocativos no puedes impedir que, corrompiendo y mancillando las cosas que son de Dios, seas peor que una adúltera. Lo que imaginas que te adorna, lo que piensas que te arregla, es una oposición manifiesta a la obra de Dios, una prevaricación de la verdad. Una voz hay del Apóstol que amonesta: *Purificad la vieja levadura, para que seáis una nueva masa, así como sois verdaderamente panes puros y sin levadura, pues Cristo, nuestro cordero pascual, ha sido inmolido. Y así celebremos esta fiesta no con la levadura vieja, ni con la levadura de la malicia y de la corrupción, sino con los panes ácimos de la sinceridad y verdad. ¿Perseveran por ventura la sinceridad y verdad cuando se corrompe lo que es sincero y con colores adulterados y arreboles postizos se trueca en mentiroso lo verdadero? Tu Señor dice: No puedes hacer un cabello blanco y negro, ¿y tú quieres ser tan poderosa que desmientas la voz de su Señor? Con atrevido conato y sacrilego desprecio tiñes tus cabellos, y con mal presagio de lo venidero empiezas ya a darles el color de las llamas*³⁶, mas es largo para traer aquí todo lo que sigue³⁷.

17. Ambrosio, hablando contra las tales, dice: “De aquí, esto es, de que pinten su cara con colores rebuscados, temiendo desagradar a los maridos, nacen los incentivos de los vicios y con el adulterio del rostro van trazando el adulterio de la castidad. ¿Cuán gran locura es esta, dejar el rostro, que les dio la naturaleza, y buscar una pintura y confesarse feas, temiendo parecerlo a sus maridos? Porque ella es la primera que pronuncia de sí misma que desea mudar lo que le dio la naturaleza, y así, mientras procura parecer bien a otro, antes se parece mal a sí misma. Mujer, ¿para qué buscamos otro juez más justo de tu fealdad que a ti misma, que temes ser vista? Si eres hermosa, ¿para qué te escondes? Si fea, ¿por qué te finges hermosa, no habiendo de conseguir ningún favor de parte de tu juicio, ni del error ajeno? Aquel está amando a otra, tú quieres agradar a otro; y te enojas de que ame a otra aquel que de ti toma lección para adulterar. Eres, por cierto, ruin maestra de tu agravio. Aquella que tuvo alcahuete³⁸, huye de serlo. Y aunque vil mujer, con todo

³⁶ S. CIPRIANO, *De habitu virginum*, 15-16; PL 4,467B-468B.

³⁷ S. AGUSTÍN, *De doctrina christiana*, IV, 21, 49; PL 34,113-114.

³⁸ Alcahuete, ta: (Del ár. hisp. *alqanwād*, y este del ár. clás. *qanwād*). 1. m. y f. Persona que concierda, encubre o facilita una relación amorosa, generalmente

no peca por ajeno gusto, sino por el suyo propio. Casi son más tolerables los crímenes en el adúltero, porque allí se adultera la castidad, aquí la naturaleza”³⁹.

18. Estimo que con esta elocuencia se impele con vehemencia a las mujeres moviéndolas ya al pudor, ya al temor para que no adulteren su rostro con maquillajes. Por lo que no reconocemos este género de locución por sumiso y templado, sino por absolutamente magnífico. Y en estos dos, de que quise hacer mención, como también en otros eclesiásticos que dicen buenas cosas y las dicen bien, esto es, con agudeza, con adorno y ardor, según lo pide la materia, pueden hallarse estos tres géneros en sus escritos y dichos, y leyéndolos u oyéndolos junto con el ejercicio podrán aprovecharse los estudiosos⁴⁰.

19. No piense alguno que no es buen método mezclar estas cosas, debiendo variarse la dicción por todos los géneros cuanto pueda hacerse congruamente. Porque cuando el discurso en un género es muy largo tiene menos atento al oyente; mas cuando se pasa de uno a otro, aunque se alargue, camina con más decencia, bien que cada género tiene de por sí sus variaciones en el modo de hablar de los elocuentes, las cuales no dejan enfriar ni entibiar los sentimientos de los oyentes. Sin embargo, más fácilmente se puede aguantar por largo tiempo el género sumiso solo, que el puramente magnífico. Pues cuanto más hay que estimular la conmoción del alma para que el que oye dé su asentimiento, tanto menos puede detenerse mucho en ella, habiéndose excitado lo bastante. Y por eso se ha de andar con cuidado, no sea que queriendo levantar más lo levantado, caiga también de aquel punto a donde con la excitación había subido. Mas interponiendo lo que debe sumisamente decirse, bien se vuelve a lo que es necesario decir magníficamente, para que el ímpetu de la locución vaya alternando como las ondas del mar. De donde se sigue que el género sublime de decir, si ha de durar mucho, no debe estar solo, sino que ha de variarse con la mezcla de los otros géneros, y la prédica se atribuye a aquel género que prevalece por su abundancia⁴¹.

ilícita. 2. m. y f. coloq. Persona o cosa que sirve para encubrir lo que se quiere ocultar; R.A.E.

³⁹ S. AMBROSIO, *De virginibus*, I, 6, 28; PL 16,196C-197A.

⁴⁰ S. AGUSTÍN, *De doctrina christiana*, IV, 21, 50; PL 34,114.

⁴¹ S. AGUSTÍN, *De doctrina christiana*, IV, 22, 51; PL 34,114-115.

20. Pero importa saber qué género debe mezclarse con otro en ciertos y necesarios lugares, pues aun en el género sublime siempre o casi siempre deben ser templados los principios. Y está al arbitrio del elocuente decir sumisamente algunas cosas que pudieran decirse magníficamente, para que las cosas que se dicen grandemente se hagan más grandes en comparación de las otras y resalten más, como con sus sombras.

21. En cualquier género en que deben soltarse nudos de cuestiones es necesaria la agudeza, que es muy propia del género sumiso. Y por esta razón se debe también usar de este género en los otros dos, cuando en ellos es preciso alabar o vituperar, donde no se necesita ni la condenación de algo, ni la deliberación, ni el asentimiento que lleva a obrar. En cualquier otro género que estas cosas ocurrieren, se ha de usar y entremezclar el género templado. En el género magnífico encuentran sus lugares los otros dos, y lo mismo en el sumiso. El género templado, si bien no siempre, por lo menos alguna vez necesita del sumiso, sobre todo si, como dije, ocurre alguna cuestión cuyo nudo debe soltarse; o si algunas cosas que pudieran adornarse, no se adornan, sino que se dicen con humilde estilo para que puedan sobresalir más los otros adornos, al modo de elevaciones. El estilo templado no requiere género grande, porque se utiliza especialmente para deleitar los ánimos, no para moverlos⁴².

Y no porque el auditorio a menudo aclame al orador ha de imaginarse que habla en estilo sublime, ya que esto no proviene sino de las agudezas del género sumiso y de los adornos del templado. Aunque muchas veces el género sublime con su peso comprime las voces, pero exprime las lágrimas.

22. Finalmente, disuadiendo yo al pueblo de Cesarea de Mauritania de un combate civil o más que civil por decirlo mejor, al cual llamaban *Caterva*, porque no solamente los ciudadanos sino también los deudos, los hermanos y hasta los padres e hijos, divididos en dos bandos, con piedras, por algunos días continuos y a cierto tiempo del año públicamente peleaban y cada cual mataba al que podía; en esta ocasión, digo, procuré arrancar y arrojar de los corazones y costumbres de aquellos tan cruel y envejecido

⁴²S. AGUSTÍN, *De doctrina christiana*, IV, 23, 52; PL 34,115.

mal, predicando con un estilo, en cuanto me fue posible, el más magnífico; pero nada juzgué haber conseguido cuando oí que me aclamaban, sino cuando los vi que lloraban. Porque con las aclamaciones indicaban ser instruidos y deleitados; pero con las lágrimas, movidos. Así, viéndolas, di por corregida, antes que lo manifestasen las obras, aquella bárbara costumbre que viniendo de padres, abuelos, y aun de los anteriores, podía llamarse inmemorial y tenía hostilmente sitiados, o por mejor decir, poseídos sus pechos. De suerte que concluido el sermón, moví sus ánimos y lenguas a dar gracias a Dios. Y ved ahí que después de casi ocho o más años que han pasado, con el favor de Cristo nada de esto se ha intentado en aquella ciudad⁴³.

23. Tenemos además otras muchas experiencias que nos enseñan que los hombres muestran el efecto que obró en ellos la grandeza de una sabia locución no tanto con el clamor cuanto con el gemido, alguna vez con lágrimas, y finalmente con la mudanza de su vida.

En verdad que muchos se mudaron con el género sumiso de hablar; pero fue porque conocieron lo que ignoraban, o comenzaron a creer lo que les parecía increíble, mas no para hacer lo que ya sabían que debía hacerse y no querían hacer. Porque para ablandar una dureza semejante es necesario remontar el estilo. De suerte que las alabanzas y vituperios, estando como están en el género templado, cuando se dicen con elocuencia, de tal modo mueven los corazones que no solo se deleitan con la elocuencia en las alabanzas y vituperios, sino que también ellos huyen de vivir ignominiosamente y desean vivir loablemente⁴⁴.

24. Y poco después prosigue: Aquello que se dice con un género templado y de modo que deleite con la misma elocuencia, no debe usarse por sí mismo, sino para que con el deleite del decir los oyentes más pronta y firmemente asientan a lo que útil y honestamente se dice, ya que ellos, como tienen conocimiento y buena disposición no necesitan que se les enseñe y mueva. Porque siendo generalmente el oficio del orador en cualquiera de estos géneros hablar aptamente para persuadir, y el fin es persuadir lo que se propone, mediante las palabras, no hay duda que en cualquiera de

⁴³ S. AGUSTÍN, *De doctrina christiana*, IV, 24, 53; PL 34,115-116.

⁴⁴ S. AGUSTÍN, *De doctrina christiana*, IV, 24, 54; PL 34,116.

estos tres géneros habla el orador para persuadir, de modo que si no se persuade no logra su fin. Pues en el género sumiso persuade que es verdad lo que dice, en el sublime persuade que se hagan las cosas que ya se sabe que deben hacerse y con todo no se hacen, en el género templado persuade que habla él con hermosura y adorno. Mas nosotros, ¿para qué necesitamos de este fin? Que lo deseen los que hacen vanidad de hablar bien una lengua, ostentándolo en los panegíricos y en aquellos discursos en que el oyente no ha de ser enseñado ni movido a hacer cosa alguna, sino tan solamente deleitado.

25. Nosotros debemos ordenar este fin a otro fin, de modo que intentemos conseguir con el estilo templado lo mismo que deseamos lograr con el sublime, a saber, que los hombres amen las virtudes y aborrezcan los vicios, si no es que estén tan depravados que se juzgue necesario usar del estilo sublime para convertirlos, o si ya son virtuosos para que prosigan en serlo con mayor aplicación y firmeza. Así usaremos del adorno del género templado con cordura y sin jactancia, no satisfaciéndonos con el fin de que se deleite el oyente, sino antes bien procurando que con esto mismo se mueva a hacer lo que deseamos persuadir⁴⁵.

Todo esto se ha escogido a la letra de san Agustín, con lo cual lo que concierne a los tres géneros de decir o tres formas de discurso, queda expuesto tan abundante y claramente que a poca costa podrá entender cualquier predicador de qué tipo de locución deba usar en cualquier sermón o parte de él.

26. A esta explicación tan completa y llena de ejemplos apropiados, no parece que falta agregar nada más, salvo la cuidadosa advertencia de Cornificio:

que usando de estos tres géneros de decir, no vengamos a caer en los vicios que le son vecinos. Porque a la figura grave, que es laudable, está muy cerca la otra que debemos evitar y hablando con propiedad puede llamarse *hinchada*. Porque al modo que la hinchazón se asemeja muchas veces a la buena complexión del cuerpo, así el discurso hueco e hinchado se antoja muchas veces grave a los ignorantes cuando se dice con palabras nuevas, antiguas, o traducidas con dureza de otra parte, o más graves de lo

⁴⁵ S. AGUSTÍN, *De doctrina christiana*, IV, 25, 55; PL 34,116-117.

que requiere el asunto, de esta manera: “Quien vende la patria a los traidores, no llevará el correspondiente castigo si fuere precipitado en las lagunas de Neptuno. Pésale, pues, a este, que levantó montañas de guerras y quitó las campañas de la paz”.

27. Muchos, habiendo declinado a este género, se apartaron de aquel a donde iban; y engañados con apariencia de gravedad, no pueden ver la hinchazón del discurso. Los que se encaminan a un género mediano, si no pudieron llegar a él, llegan perdidos a la inmediatez de aquel género que llamamos *fluctuante* y disoluto, porque sin nervios ni articulaciones fluctúa de acá para allá y no puede desenvolverse firme y virilmente, de esta manera: “Queriendo hacerlos la guerra nuestros aliados, habrían discurrido una y muchas veces qué podrían hacer, pues de su voluntad lo harían y no tendrían aquí muchos auxiliares y hombres malos y atrevidos. Porque suelen pensar largo tiempo todos los que quieren emprender grandes negocios”. Tal modo de hablar no puede tener atento al oyente, porque se escurre todo y nada comprende con perfección. Los que no pueden ejercitarse de forma apropiada en aquella graciosísima sutileza de palabras (sumiso o sencillo), vienen a parar en un género de discurso sin jugo ni sangre, al cual no es impropio llamar *lánguido* o seco, como es, por ejemplo: “vino, pues, él aquí a los baños; dijo luego a este: este tu esclavo me dio de puñaladas. Después este le dijo: me pondré a pensarlo. Después aquel le trató mal de palabras, y alzó más y más la voz delante de muchos”. Como se ve, este es un lenguaje frívolo y sórdido, pues no tiene lo que es propio de un género sumiso, el cual requiere un discurso compuesto de voces puras y selectas⁴⁶.

⁴⁶ CORNIFICIO, *Rhetorica ad Herennium*, IV, x, 15-16.

LA MATERIA DEL GÉNERO SUBLIME O MAGNÍFICO

1. Teniendo el género magnífico de discurso sublimidad y fuerza para conmover los ánimos, que es el principal y particular oficio del predicador, debe este procurar elegir en cada sermón una o muchas cosas que exponga con esta figura de decir. Como se colige de los ejemplos de san Agustín, a esto pertenecen todas aquellas cosas que siendo muy grandes en su tipo son también poderosísimas para conmover los ánimos. De las cuales apuntaremos brevemente algunas en este lugar para mayor enseñanza. Así será muy propio del sabio predicador amplificarlas con las razones y adornos que poco antes expusimos, y predicando hacerlas ver tales como son.

2. Pertenecen a este tipo las cosas que se dicen de la severidad del juicio final, de la atrocidad y eternidad de las penas que padecen los pecadores en el infierno, de la gravedad del pecado mortal. Amplificando, podemos enardecernos contra aquellos que cometen tantos pecados mortales sin ningún remordimiento de conciencia. Y del mismo modo nos enardecemos contra aquellos que por motivos de nonada, por una pequeña ganancia o tal vez sin ninguna conveniencia propia, no reparan en ofender como de balde a la Majestad Divina y perder su amistad y gracia. Lo que amplifica el mismo Señor por Jeremías, diciendo: *Pasmaos, cielos,*

sobre esto, y vuestras puertas se caigan de espanto, porque dos males hizo mi pueblo...¹.

3. De la misma suerte ponderamos también el peligro de aquellos que después de haberse confesado recaen pronto en las mismas culpas y toda la vida juegan este juego, y de aquellos que de día en día van difiriendo su conversión, mucho más de los que dilatan la penitencia hasta el último día de su vida, y también de aquellos que se hallan envueltos en una fatal costumbre de pecar, cuya conversión es tan difícil, que dice el Señor por Jeremías:

Si puede un etíope mudar su piel y el tigre sus varios colores, de la misma manera podréis vosotros obrar bien cuando os hubiereis acostumbrado al mal².

Pero todavía es mayor el peligro de los pecadores que con la misma costumbre pasan a ser endurecidos y obcecados.

4. Del mismo modo amplificamos el sumo beneficio de nuestra redención con que el soberano Criador de todo, para hacernos participantes de su divinidad y gloria, se dignó padecer por nosotros el atrozísimo suplicio de la cruz y derramar su preciosa sangre. En cuyo beneficio todas las cosas son verdaderamente tan grandes que no pueden ser mayores, esto es, el mérito, el premio, el suplicio, la dignidad del que da y la indignidad del que recibe. De aquí pasamos con ímpetu a encarecer ya la malicia de los hombres, ya el delito de su ingratitud, que ni con tanta bondad de su Dios se abstienen de pecar, ni dan a su Redentor las debidas gracias por tan grande beneficio. No es diferente la razón de amplificar los demás beneficios divinos y el desconocimiento de los hombres, y mayormente de aquellos que se valen de los dones divinos no para gloria del Bienhechor, sino lo que es mucho más indigno, para ofensa suya.

5. De este género de argumento se vale Moisés con prodigiosa grandilocuencia, no inspirado del espíritu retórico sino del profético, en aquel cántico que empieza: *Oíd, cielos, lo que hablo³*, donde primero pondera los beneficios divinos, después la ingratitud y maldad del pueblo, y a lo último con un estilo

¹ Jr 2,12.

² Jr 13,23.

³ Dt 32,1.

magnífico los castigos de la justicia divina que se ejecutarán con los hombres malvados. Y con semejante orden y habilidad de palabra trata el mismo argumento Ezequiel en la metáfora de una virgen antes desamparada y después escogida por Dios para esposa suya, engrandecida y adornada de muchas riquezas; la cual, no obstante esto, faltó a la fidelidad ofrecida a su esposo y cometió adulterio⁴. Con igual figura oratoria Amós exclama contra los principales del pueblo de Israel por estas palabras:

¡Ay de vosotros, que vivís en Sión, en la abundancia de todas las cosas y que ponéis vuestra confianza en el monte de Samaria, notables de la capital de las naciones, que entráis con pompa en las asambleas de Israel! Pasad a Kalné...⁵.

Admira san Agustín la grandilocuencia de este lugar en el libro IV *De doctrina cristiana* y declara copiosamente sus varios adornos⁶. En verdad, estos ejemplos que hemos puesto como muestra se ordenan a mover el afecto de indignación. En cuyo género de amplificación prevalece principalmente aquello que los griegos llaman *déinosis*, que aumenta y eleva sobremanera la indignidad de una cosa, de la cual hablaremos luego.

6. Pero nadie, instruido con estos ejemplos, imagine que este género de discurso sirve tan solo para estos afectos. Porque cualquier otro asunto, sea muy feliz y alegre o triste y en extremo lamentable, debe tratarse con este tipo de discurso. De ambas cosas en el libro *De los lapsos* de san Cipriano hay un ejemplo adecuado. Trata al principio una cosa de suma alegría, porque da el parabién a la Iglesia por la insigne gloria y fortaleza de sus confesores, con que delante de los jueces infieles habían confesado la fe de Cristo con ánimo constante. Después se lamenta con un discurso tristísimo de la miserable ruina e inconstancia de los caídos, que habían abandonado la fe por temor de los tormentos. Al principio del sermón alaba a los gloriosos confesores:

Llegó ya el día tan deseado y resplandeció el mundo con los rayos de la divina luz, después de la horrible y negra sombra de una larga noche. Miramos con alegres ojos a los confesores esclarecidos con la fama de un buen

⁴ Cf. Ez 16, 3-34.

⁵ Am 6, 1-2.

⁶ Cf. S. AGUSTÍN, *De doctrina christiana*, IV, VII, 16-20; PL 34,96-98.

nombre y con los aplausos de virtud y religión gloriosos; y dándoles ósculos santos, abrazamos con insaciable gusto a los deseados durante tanto tiempo. Presente está la cándida cohorte de los soldados de Cristo, que con estable unión rompieron por la tempestuosa fiebre de una violenta persecución, preparados a padecer la cárcel, armados para tolerar la muerte. Vosotros sois los que resististeis con esfuerzo al mundo, los que disteis a Dios un glorioso espectáculo, y los que fuisteis ejemplo a los hermanos que os seguirían. ¡Con cuánta alegría, volviendo vosotros de la batalla, os recibe en su seno nuestra madre la Iglesia! ¡Cuán dichosa, cuán regocijada os abre sus puertas, para que unidos en tropa entréis por ellas, trayendo trofeos del enemigo vencido! Con los varones triunfantes vienen también las mujeres, las cuales, peleando con el mundo, vencieron igualmente a su sexo. Vienen asimismo las vírgenes con doblada gloria de su milicia, y los niños, superiores a la edad en sus virtudes...⁷.

Hay asimismo otros argumentos que piden este tipo de discurso, los cuales se pueden deducir fácilmente a partir de lo dicho.

7. Pero debe advertirse en este lugar que la amplificación de un asunto da entrada a otro. Como por ejemplo cuando expliquemos la severidad del juicio final, o la penas del infierno, es lícito indignarnos contra la estupidez y ceguera de muchos hombres que sabiendo esto por fe certísima, no tienen reparo de arrojarse precipitadamente a todo género de maldades y aun a los suplicios infernales, sin sentir dolor alguno.

⁷ S. CIPRIANO, *De lapsis*, 1-2; PL 4,479A-480A.

OTRAS VIRTUDES DEL ADORNO

Además de estas cuatro virtudes del adorno, que pusimos en los tropos, figuras, composición y en la manera de hablar aptamente, hay también otras pertenecientes al mismo adorno, que tocaremos brevemente ahora.

§ 1. ENERGÍA

1. Entre ellas ocupa el primer lugar la *enérgeia* (ἐνέργεια)¹, que se llama en latín *evidentia* o *repraesentatio*, que propone y muestra evidentemente a los ojos la cosa para que se mire. Dice Quintiliano:

Grande virtud es decir claramente las cosas de que hablamos y de un modo que parece que se ven. Lo cual se hace con un razonamiento breve o largo. De este modo describe Cicerón un convite disoluto: “Me parecía ver a unos entrando, a otros saliendo, algunos titubeando del vino, otros bostezando de lo que bebieron el día antecedente. La tierra estaba sucia, barrosa del vino, cubierta de espinas de pescados y de marchitas flores”. ¿Qué más pudiera ver el que hubiese entrado?

2. Así también crece la pena por las ciudades conquistadas. Porque si bien el que dice que se rindió una ciudad incluye cuanto pasa en tal suceso, con todo no penetra tanto en los afectos esta breve noticia. Mas si descubres todo lo que estaba encerrado dentro de una

¹ Ἐνέργεια: energía, actividad, eficacia, fuerza, poder; VOX.

palabra, se verán las llamas esparcidas por las casas y templos, el estruendo de los techos que se caen, un como alarido de clamores diferentes, la incierta huida de unos, los últimos abrazos que otros dan a los suyos, los llantos de niños y mujeres, la triste suerte de los viejos que alargaron su vida hasta aquel día; asimismo el saqueo de lo humano y de lo divino, idas y venidas de los que traen despojos y vuelven por más, muchos atados con cadenas delante de su saqueador, la madre que forcejea por retener su criatura, pendencias entre los vencedores sobre si hay en alguna parte mayor ganancia. Pues aunque, como he dicho, abarque todas estas cosas una conquista, sin embargo es mucho menos decir en general el todo que explicar todas las circunstancias por menudo².

3. De los ejemplos vistos consta que a este género de virtud pertenecen principalmente las descripciones de cosas y de personas de que tratamos en la tercera parte de esta obra: porque estas ponen las cosas a los ojos de tal modo que el que las dice no parece que las dice sino que las pinta, y el que las oye, no tanto que las escucha cuanto que las ve.

4. A esta virtud también pertenece aquel tipo de semejanza que es tan a propósito para explicar materias oscuras. De cosas familiares y notorias, manifestamos con *energía* las que son más ocultas y oscuras, y las sacamos de las tinieblas a la luz. Porque, como dice Aristóteles, es natural que nosotros procedamos de las cosas más conocidas y que se perciben por el sentido a las menos conocidas y que solo por el entendimiento se comprenden. Las Sagradas Escrituras usan este género de semejanza unas veces con más brevedad, otras con más extensión. Tal es aquello: *Como una oveja será llevado al matadero, y como cordero enmudecerá ante aquel que le trasquila*³. Y en Jeremías:

*¿Quién es este que va subiendo como un río caudaloso y se hinchan sus olas como las de los ríos? A manera de un caudaloso río se engruesa Egipto, y sus ondas espuman como las de los grandes ríos*⁴.

² M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, VIII, 3, 66-69.

³ Is 53,7.

⁴ Jr 46, 7-8.

Y el Señor en el evangelio: *¿Cuántas veces quise congregar a tus hijos como la gallina junta bajo las alas sus polluelos, y no quisiste?*⁵. Más largas son aquellas de Isaías:

*Como el león que ruga delante de su presa cuando le saliere al encuentro la multitud de los pastores, no temerá la voz de ellos ni le espantará su muchedumbre, así bajará el Señor de los ejércitos sobre el monte Sión para pelear*⁶.

Y en otro lugar:

*Así como sueña el hambriento que come y cuando despertare está su estómago vacío, y como el sediento sueña que bebe..., así se hallará la multitud de estas naciones que habrán combatido contra el monte Sión*⁷.

5. El *énfasis* que está colocado entre las figuras de las palabras, como enseña Quintiliano, pertenece también a esta misma virtud, pues expresa la cosa con su nombre propísimo y más significativo de su naturaleza. También pertenece a este tipo el *acortamiento de la sentencia*, en latín *praecisio*, que significa más con lo que calla que con lo que dice, y que enumeramos entre las figuras de las sentencias.

§ 2. GRAVEDAD

6. También hay otra virtud, a la cual los griegos llaman *déimosis* (δείνωσις)⁸, que quiere decir gravedad, de la cual usamos exagerando la indignidad de una cosa. Dicen que Demóstenes fue muy excelente en esta cualidad. Porque por ella se consigue que la indignidad de una cosa aparezca tan grande como es, y algunas veces mayor aún. Ojalá nos concediese el Señor tanta elocuencia que pudiésemos con nuestra predicación, no digo poder expresar más de lo que es, sino igualar siquiera la indignidad del pecado y sus castigos; la estupidez de muchos fieles y el ningún cuidado que tienen de su salvación, y otras cosas semejantes; y diciéndolas, mostrarlas tan grandes como ellas son. Pero, ¿qué facultad oratoria puede ponderarlas dignamente? Sin embargo, hemos de procurar llegarnos tan cerca como sea posible a explicar la

⁵ Mt 23,37.

⁶ Is 31,4.

⁷ Is 29,8.

⁸ Δεινώω: exagerar, extremar; VOX.

grandeza de estas cosas, para que podamos con un saludable y necesario temor hacer temblar y mover los ánimos de los perezosos e ignorantes.

§ 3. COPIA

7. Es también virtud o propiedad del adorno del discurso la afluencia y *copia*, como vemos en san Juan Crisóstomo. Pues así como los oídos eruditos gustan de la brevedad y agudeza de las sentencias y de un estilo sucinto, así los rudos e indoctos se mueven con la copia o afluencia de razones. A esta copia pertenece que traigamos a la causa cuanto se puede decir apta y hábilmente según el asunto lo pidiere, y no pasemos por alto nada de cuanto sea conducente a su defensa. Además se requiere que lo mismo que decimos lo digamos no con estilo indigesto y angosto, sino copioso, de manera que saquemos a luz y manifestemos toda la eficacia que se esconde en las cosas mismas. Lo cual, cuando explicamos antes las partes de la colección, dijimos que era propio de la exornación. Y de ello citamos ejemplos de san Cipriano, san Gregorio y Eusebio Emiseno.

8. Asimismo pertenece a esta virtud evitar la *tautología*, de que arriba hicimos mención, la cual es una viciosa repetición de un mismo vocablo a causa de la inopia, cuando el que predica es tan pobre de términos que habiendo de explicar una misma cosa no encuentra otro término de igual valor con que expresarla. Pues quien desea tener copia o afluencia debe ser rico de conceptos y también de términos, no sea que por falta de ellos se vea precisado a repetir cien veces una misma palabra, como muchos hacen.

9. Añadimos que al modo que la virtud de la liberalidad tiene dos vicios cercanos, que son avaricia y prodigalidad, de los cuales uno se aparta del medio de la virtud por defecto y el otro por exceso, de la misma suerte la copia tiene vicios opuestos de uno y otro modo. Primeramente es contraria a la copia la aridez del estilo, vicio común a bárbaros e imperitos, los cuales declaran sus pensamientos con un estilo ayuno y estéril. Como antes dijimos, estos no ven que el estilo dialéctico y escolástico se diferencia del retórico, en que aquel solamente consta de nervios y de huesos, y este añade piel, carne, sangre y la hermosura del color.

10. Por exceso se opone a la copia aquel vicio que se llama *asiatismo*, de los asiáticos⁹, que usaban oraciones muy extensas e innecesarias y rebosaban en un montón de palabras vacías. Y por la misma razón se opone también la *macrología*, de que después hablaremos.

§ 4. VARIEDAD DEL DISCURSO

11. Es también la *variedad* una virtud del discurso nada vulgar, a la cual es contrario un vicio muy fastidioso, la *homología* (ὁμοιολογία), «que no quita el tedio con alguna gracia de variedad, sino que toda ella es de un color»¹⁰. Debe juntarse primero mucho y variado caudal de cosas que provee la diversa lectura de nuestros autores como también de los gentiles. A lo cual ayudan maravillosamente las sentencias y también los ejemplos, símiles y apotegmas. También se debe usar de aquellos tres modos de expresarse de que hasta aquí tratamos: ínfimo, templado y magnífico, los cuales aportan gran variedad al discurso.

12. Si se juntan muchos miembros en una misma sucesión de palabras, para que no cause fastidio la larga relación de los asuntos conviene que se use de variedad de figuras que libre el discurso de aquella pesada continuidad de cosas. A lo cual ayudan muchísimo otras figuras, sobre todas la interrogación. Así san Ambrosio, en el ejemplo que alegamos hace poco, después de haber referido muchas virtudes de la Santísima Virgen con recto curso de discurso, varió el estilo con este interrogatorio: «¿Cuándo ofendió a sus padres ni aun levemente? ¿Cuándo esquivó al pobre? ¿Cuándo se desdeñó del humilde?». Después, con la repetición aumentó también la variedad: «Nada destemplado a sus ojos, nada desatento en las palabras, nada menos modesto en la acción»¹¹, y lo demás que se sigue.

13. Finalmente, todas las figuras, tanto de palabras como de sentencias, sirven a esta variedad, porque así como pueden las personas vestirse de un traje u otro, así también las sentencias pueden adornarse con estas u otras palabras y figuras. Para mayor claridad, colocamos algunos ejemplos de los retóricos:

⁹ Cf. M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, IX, 4, 103, y XII, 10, 19.

¹⁰ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, VIII, 3, 52.

¹¹ S. AMBROSIO, *De virginibus* II, 2, 7; PL 16,220C.

“No es morir cosa miserable. ¿Tan miserable cosa es morir?”¹²; “Nada hay más vano que tú. ¿Hay por ventura cosa más vana que tú?": aquí se ha variado la figura por interrogante. “No te has granjeado mucha fama. ¡Linda fama por cierto has adquirido!"; “De esto no se cuida el pueblo; estos cuidados matan al pueblo": aquí se cambió el aspecto de la frase con la ironía. “Tiene grande amor al dinero. ¡Oh buen Dios, y cuánto ama al dinerol!": aquí mudó la oración por admiración. “Por una parte desprecia a Dios, por otra a los hombres. No sé a quién menosprecia más, si a Dios o a los hombres": aquí por la duda. “Nada hay para mí ni más precioso ni más estimable que la fama. ¡Que me muera si algo estimo más que la fama!": aquí por juramento. “Es hombre de una vanidad extraordinaria. ¡Oh singular vanidad de hombre!": aquí por exclamación. “No solo desvirgó algunas vírgenes, sino también corrompió con sacrilegio a una consagrada a Dios. A muchas vírgenes deshonoró, por no hablar ahora de aquella consagrada a Dios que corrompió por sacrilegio": aquí se varió el estilo por ocupación. “¿De dónde viene esa tu jactancia, siendo como eres de oscurísima extracción, sin ninguna hacienda, sin ningunas letras, sin ninguna gentileza, sin ningún ingenio? ¿Qué es lo que tienes para ser tan insolente? ¿Nobleza de nacimiento? Pero eres de oscurísimo linaje. ¿Riquezas? Pero eres más pobre que Iro, el mendigo. ¿Erudición? Mas ni aun saludaste las buenas letras. ¿Hermosura? Pero eres más feo que el mismo Tersites. ¿Ingenio? Pero lo tienes torpísimo desde que naciste. Pues ¿qué viene a ser esa jactancia tuya, sino una mera locura?": aquí mudó el estilo por sugestión¹³.

14. También el estilo se puede variar por *equipolencia*¹⁴, de que tratan asimismo los dialécticos.

Esta consta de la adición, detracción, o repetición de una negación y sus palabras contrarias. Como: “Obtiene el primer lugar, no está en el último lugar”. “Varón muy docto, varón de ninguna manera indocto”. “Todo lo hizo,

¹² M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, VIII, 5, 6.

¹³ ERASMO, *De rerum copia*, lib. I, cap. 32, variandi ratio per mutationem figurae.

¹⁴ Equipolencia: (Der. del lat. *aequipollens*, *-entis*, equipolente). 1. f. Fil. equivalencia (igualdad de valor); R.A.E.

no dejó nada por hacer"... "Me gusta, no me disgusta". "Aceptó el partido, no rehusó el partido"... A esta forma pertenecen las que declaran acción y pasión: "Llevó de aquel una gran herida, le hizo una grave herida". "En Cicerón los doctos desean algunas cosas, los doctos desean algunas cosas en Cicerón"¹⁵.

15. Es igualmente fácil la manera de variar por dicciones relativas, las cuales pertenecen también al género de los contrarios: "No quiere ser mujer de aquel, no le quiere por marido". "Rehúsa ser suegro de aquel, no se acomoda a que sea aquel su yerno". "Me avergüenzo de esta nuera, me abochorno de ser suegra de esta". "No deseo otro padre, de ningún otro quiero ser hijo". "¡Oh, y cuán feliz soy con tal maestro!, feliz yo en ser tu discípulo"¹⁶.

Baste esto sobre las virtudes de la elocución. Pasemos ahora a los vicios opuestos a ellas.

¹⁵ ERASMO, *De rerum copia*, lib. I, cap. 24, variandi ratio per aequipollentiam.

¹⁶ ERASMO, *De rerum copia*, lib. I, cap. 32, variandi ratio per relativorum commutationem.

VICIOS OPUESTOS A LA ELOCUCIÓN: PRINCIPALMENTE OPUESTOS AL ADORNO

1. Ya que hemos hablado de las virtudes de la elocución, principalmente las relativas al adorno, y siendo los vicios opuestos a las virtudes, conviene que también digamos algo acerca de ellos, para evitarlos cuidadosamente y alcanzar así las virtudes más plenamente. En el principio de esta parte dijimos que son cuatro las principales virtudes de la elocución, que sea el discurso correcto, claro, adornado, apto y acomodado a las cosas que se dicen, y expusimos cuáles son las virtudes y vicios del discurso correcto y claro. Pero los defectos del discurso adornado y apto, por ser muchísimos, los guardamos para este lugar, porque no se pueden discernir fácilmente sino es conociendo primero las virtudes. En síntesis, cualquier cosa que se opone a aquello que dijimos que es necesario para hablar de modo apropiado y adornado, es un defecto del discurso.

2. Decimos que el adorno requiere en primer lugar aquellas tres circunstancias, elección de voces ajustadas a las mismas cosas, figuras de palabras y de sentencias acomodadas a ellas, y suave y armoniosa colocación. Por tanto, todo lo que se opone a esto es vicio, y no lo es menos si el discurso no se ajusta a las personas y cosas.

3. Como estos vicios son doce, será bueno irlos refiriendo en particular y apuntarlos con sus propios nombres, para que con mayor claridad se comprendan. Comenzamos por aquel vicio que debe evitar en primer lugar cualquier persona honesta, es a saber, el *cacofatón* (κακοφατόν)¹, esto es, *pronunciación obscena*, en que se incurre cuando decimos alguna palabra vergonzosa o poco honesta. De lo cual no es decente poner ejemplos, cayendo en el mismo vicio que mandamos evitar. Pero cuando forzosamente ha de hablarse de una cosa semejante, nos valdremos de la perífrasis o de algún otro tropo.

4. Es vicio muy cercano al sobredicho la *tapéinosis* (ταπέινωσις)², por la cual se disminuye con palabras o sentencias la grandeza o dignidad de una cosa, por ejemplo cuando a una cosa honesta o espléndida le damos un nombre sórdido y poco conveniente a la dignidad de la tal cosa. O lo contrario, que es igualmente un error, dar a cosas de poca entidad nombres que excedan en el modo, como si alguno llama “parricida” al mal hombre, o a una ramera “impía”, porque aquello es demasiado y esto es poco, pues las voces deben corresponder a las cosas, excepto cuando queremos alzar de punto alguna. De esto ya se habló en los modos de amplificar³.

5. La *tautología* (ταυτολογία)⁴ es una viciosa repetición de un mismo vocablo, hecha no por gala, sino por pobreza: esto sucede a los ingenios estériles y nada ejercitados, que dicen lo mismo con las mismas palabras y como que repiten una misma cantinela y tocan una misma cuerda. De donde vino el refrán: *col repetida quita la vida*⁵. Ha de aplicarse la variedad de palabras cuando ha de expresarse muchas veces una misma cosa, para que en el contexto propio no se repita muchas veces una misma palabra⁶.

6. El *pleonasmó* (πλεονασμός)⁷ es una superflua añadidura de un vocablo, como: “Así habló por su boca”⁸. No sin gracia Cicerón, declarando contra Pansa, quien había

¹ Κακός: malo, defectuoso, bajo; y φατίζω: decir, expresar, declarar; VOX.

² Ταπεινός: vil, abyecto, miserable; VOX.

³ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, VIII, 3, 48.

⁴ Ταυτό(ν): el mismo, igual; y λόγος: palabra, expresión; VOX.

⁵ JUVENAL, *Satyra*, VI, 155.

⁶ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, VIII, 3, 50.

⁷ Πλεονάζω: ser excesivo, inmoderado, exagerar; VOX.

⁸ VIRGILIO, *Eneida*, I, 614.

dicho que “un hijo ha sido gestado diez meses en el seno de su madre”, replicó diciendo: “¿y qué? ¿es que algunas lo suelen gestar en su abrigo de viaje?”⁹. Porque todo vocablo que no ayuda a la inteligencia o al adorno, se puede llamar vicioso. Se excusa esto cuando se hace para afirmarlo más, por ejemplo: “yo mismo percibí la voz por estos oídos”¹⁰, y “por estos ojos lo vi, no lo niegues”¹¹.

7. La *macrología* (μακρολογία)¹² es un modo de hablar redundante o más extenso: “Los embajadores, no habiendo conseguido la paz, regresaron a su casa, de donde habían venido”. Aquí se ha pecado en una sentencia breve. Peor es cuando de esta misma manera se yerra en toda la prédica; esto es, cuando aquellas cosas que podían brevemente decirse y entenderse, se tratan con largas y perplejas razones, lo que aturde y mata al oyente cuerdo¹³.

8. La *cacózelon* (κακόζελον)¹⁴, es decir *mala afectación*, que peca contra todo género de discurso. Porque por causa suya perecen lo enfático, lo débil, lo muy dulce, y también las cosas abundantes, las rebuscadas, y que llenan de júbilo. En una palabra, se llama *cacózelon* cualquier cosa que excede los límites que prescribe la virtud, y se halla cuantas veces el ingenio carece de juicio y se engaña con la apariencia del bien, y realmente es el peor vicio de cuantos hay en la elocuencia. Porque los demás se evitan, este se busca. Cae en este vicio cualquiera que afecta un modo de hablar superior a sus fuerzas y al que no está acostumbrado¹⁵.

9. *Braquilogía* (βραχυλογία)¹⁶, esto es, *conciso*, que ocurre cuando hablamos de un asunto grave con demasiada brevedad y estrechez, requiriendo un razonamiento más largo y abierto. Y si el predicador, precisado a dirigir su discurso a otra parte, no pudiese detenerse, convendrá

⁹ M. T. CICERÓN, *In Pansam*.

¹⁰ VIRGILIO, *Eneida*, I, 618; IV, 359.

¹¹ M. F. QUINTILLANO, *Institutionis Oratoriae*, VIII, 3, 53.

¹² Μαχρός: mucho, grande, largo; λόγος: palabra, oración; VOX.

¹³ M. F. QUINTILLANO, *Institutionis Oratoriae*, VIII, 3, 53.

¹⁴ Κακός: malo, defectuoso; ζελώω: emular, imitar; esforzarse por, tratar de conseguir algo; VOX.

¹⁵ M. F. QUINTILLANO, *Institutionis Oratoriae*, VIII, 3, 56-57.

¹⁶ βραχυλογία: brevedad de lenguaje, concisión; VOX.

que dé la razón de por qué encerró una materia dilatada en tan angostos términos¹⁷.

10. *Miosis* (μειόσις)¹⁸, que quiere decir *disminución*, es semejante al vicio antecedente, salvo que se hace con más palabras, como cuando el discurso sobre una materia grande y ardua es más tenue y sencillo de lo justo y de lo que corresponde a su dignidad y naturaleza. Esto sucede si uno habla de una materia grande y esclarecida con lenguaje ordinario, bajo y servil. Porque es propiedad de la elocuencia usar de un estilo igual al carácter de los asuntos.

11. *Bomfiología* (Βομφιολογία), esto es, *hinchazón*, vicio contrario de la *miosis*, que se comete cuando cosas tenues y livianas se expresan con un estilo afectado, agrandado, pomposo y demasiado enfático. Como si uno en carta a un amigo, o a rústicos e ignorantes, usara ridículamente de cláusulas magníficas. Vicio que ríe Horacio en el *Arte* de este modo:

¿Qué cosa traerá digna / de tal fanfarronada / a questo prometedor? De dolor van las montañas, / ¿mas qué nacerá después?: / una ridícula rata¹⁹.

Lo mismo reprende Quintiliano:

Así como en causa capital parece bien en un abogado la solicitud, la diligencia, el cuidado y todos aquellos artificios para amplificar el discurso, así en los negocios y juicios pequeños todo esto es vano e intempestivo. Y ciertamente sería digno de risa quien, tomando asiento para hablar delante de un juez acerca de una materia levísima, usase de aquella confesión ciceroniana: que no solo sentía su ánimo conmovido, sino que hasta su mismo cuerpo se horrorizaba²⁰.

12. *Asiatismo*, esto es, un tipo de discurso *asiático*, inmoderado en las voces y figuras y vacío de sustancia. El nombre de este vicio se tomó de los asiáticos porque usaban este tipo de discurso, como poco antes dijimos²¹.

¹⁷ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, VIII, 3, 82.

¹⁸ Μειόω: disminuir, achicar, degradar, rebajar; VOX.

¹⁹ HORACIO, *Ars poetica*, 138-139.

²⁰ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, XI, 1, 44.

²¹ Cf. M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, XII, 10, 16.

13. *Homología*, vicio por extremo enfadoso, que no evita el tedio con alguna gracia de variedad, sino que toda ella es de un color, y se descubre destituida del arte retórica, porque siempre corre a un mismo tenor, a modo de una enfadosa cantinela no bien distinguida ni variada por números, ni sonidos, y por lo mismo pesadísima a los ánimos y a los oídos²². Y este vicio es muy vecino del antecedente y contrario del siguiente.

14. *Picilología, colorido*, vicio contrario al antecedente, cuando en el discurso nada hay recto o propio, sino que es todo demasiado figurado, semejante a un vestido de varios colores, ridículamente pintado o cosido. Tal es de ordinario el estilo de Apuleyo; y por esto también se dice *demasiado florido*, por cuanto abusa pueril y afeminadamente de florecillas de figuras.

15. *Periergía* (περιεργία)²³, esto es, *curiosidad*, y superflua officiosidad, que dista de la elocuencia del mismo modo que el curioso del diligente, y la superstición de la religión²⁴. Se halla cuando gastamos muchas palabras y nos detenemos demasiada e inútilmente en nonadas y en sentencias sin peso. Vicio muy familiar a los que afectan afluencia.

16. *Cacofonía* (κακοφωνία)²⁵, esto es, un sonido absurdo o disonante, como cuando las letras y sílabas se juntan dura y ásperamente, chocan y rechinan entre sí. Ha de evitarse este vicio, principalmente en la escritura, a no ser que una cosa inquietante requiera tal aspereza. Este vicio es contra la suavidad y simetría de la composición.

17. *Arithmon* (ἄριθμον)²⁶, esto es, *sin métrica*²⁷, es un discurso que carece de ritmo y de una composición que se pueda tolerar, como si uno continúa las cláusulas breves con voces puramente breves o largas con puramente largas, o si suena con comas seguidas, o abunda de continuados miembros, o si anda siempre

²² Cf. M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, VIII, 3, 52.

²³ Περιεργία: excesiva minuciosidad, indiscreción (περιεργω: rodear enteramente, dar la vuelta por todos los lados); VOX.

²⁴ Cf. M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, VIII, 3, 55.

²⁵ Κακός: horrendo, desagradable; y φωνή: sonido; VOX.

²⁶ A: alfa privativa; y ῥυθμός: cadencia, ritmo, compas, armonía de un período; VOX.

²⁷ Cf. M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, IX, 4, 56.

pomposamente por períodos. De cuyo vicio hablan Quintiliano²⁸ y Cicerón²⁹. Por tanto conviene cierta templanza de sílabas que suenen bien a los oídos delicados, como escribe Pontano en su obra *De euphonia*.

18. *Oniconómiton*, que quiere decir *indistinto*, vicio semejante al de arriba, que peca contra el decoro del discurso y de la disposición, en la cual no hay economía alguna, sino que todo se mezcla confusamente de arriba a abajo; y de ordinario se realiza con muchas palabras en un discurso largo, que carece de arte, orden, y no tiene artificio ni natural disposición. Pero este vicio no es contra la elocución, sino contra la disposición oratoria de que hemos hablado arriba. En el cual caen no pocas veces muchos predicadores, mayormente cuando suben al púlpito poco prevenidos.

19. Además de estos vicios, refiere Quintiliano brevemente otros³⁰. Porque es ruda la predicación en que no hay agudeza alguna. Es igualmente sórdida aquella en que no se halla ninguna brillantez, ninguna cultura, ni elegancia de palabras. Estéril y ayuna la que con ninguna abundancia ni afluencia se adorna y se dilata, como es la de los imperitos que no saben el arte. Es asimismo triste la que nada tiene de alegre, ni de florido con que gane al oyente. Es también desagradable la que no tiene suavidad ni gracia. Es vil y semejante a la sórdida, en la que nada se dice con exactitud. Así, pues, como deben huirse estos vicios, las virtudes contrarias deben procurarse, las que sin duda conseguirá fácilmente cualquiera que se esfuerce en guardar lo que hasta aquí se ha dicho del adorno del discurso, siendo esto suficiente acerca de las virtudes y vicios de la elocución.

²⁸ Cf. M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, IX, 4, 32-37

²⁹ Cf. M. T. CICERÓN, *Orator ad Brutum*, 22, 77.

³⁰ Cf. M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, VIII, 3, 59-63.

PARTE SEXTA

**LA ACCIÓN O PRONUNCIACIÓN,
Y OTRAS AYUDAS PARA PREDICAR**

PRÓLOGO

La parte más útil de esta obra, e igualmente la más difícil de escribir, es la que los retóricos llaman *pronunciación* o *acción*, de cuyos nombres, aquel pertenece a la figura de la voz y este al gesto y movimiento del cuerpo.

De esta virtud Quintiliano¹ y Cornificio² escribieron más extensamente que los demás retóricos. Cornificio recomienda tanto esta facultad que no repara en decir que no sirven más al orador la *invención*, *disposición*, *elocución* y *memoria* sin la *pronunciación*, de lo que sirve la pronunciación sola sin todas ellas. Y él mismo declara cuánta dificultad hay en dar reglas sobre este asunto diciendo:

Ninguno ha escrito con diligencia del modo de pronunciar, pues pensaban que apenas podía escribirse con claridad acerca de la voz, del semblante y del gesto, ya que estas cosas pertenecen a nuestros sentidos; pero siendo de la mayor importancia esta instrucción para que el orador pueda desempeñar con acierto su oficio, no debe mirarse con descuido³.

Y habiendo dado reglas en orden al gesto del cuerpo, añadió:

No ignoro cuán gran negocio haya emprendido, intentando expresar los movimientos del cuerpo con palabras y las voces con la pluma. Mas no he confiado en que se podía escribir con suficiente exactitud acerca de estas cosas, ni considero que sea inútil lo que hice, pensando que tal vez esto no se podía hacer, sino que quisimos advertir aquí lo que convendría, dejando al

¹ Cf. M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, I, 11.

² Cf. CORNIFICIO, *Rhetorica ad Herennium*, III, XI, 19; XV, 27.

³ Cf. CORNIFICIO, *Rhetorica ad Herennium*, III, XI, 19.

ejercicio y práctica lo demás. Pero es bueno que se sepa que la buena pronunciación consigue que el asunto parezca veraz⁴.

Nosotros, pues, caminando sobre las huellas de estos autores, omitiendo lo que ellos escribieron abundantemente para tratar las causas civiles y puede dar fastidio al lector, solamente escogeremos lo que más hace a nuestro propósito, para que no parezca que hemos dejado de instruir al predicador en una cosa que es la más excelente de todas, como poco después veremos. Y si varones tan elocuentes enseñan que es difícil dar reglas de pronunciación, se nos tendrá que perdonar el que, no sabiendo nosotros explicar nuestros sentimientos, expongamos menos completa y abiertamente lo que debe decirse de ella. Pues si bien de esta virtud no podemos enseñarlo todo, ni con estilo fácil y claro, sin embargo por ser cosa de gran importancia, de ningún modo deben menospreciarse las reglas que se pueden dar y que pueden estimular la inteligencia de los que lean para meditar lo que no pueden expresarse con palabras.

Hace pocos días di con un libro escrito en francés, que trataba del arte y manera de cazar, el cual descende tan por menudo a cada una de las reglas de la caza que, con las mismas notas que los músicos ponen en sus papeles para cantar, designa el tono de voz y el sonido con que deben los cazadores llamar la atención a los perros e incitarlos a la caza. Admiré por cierto la diligencia de unos hombres que no se contentaron con dar preceptos para esto, sino que igualmente se propusieron enseñar un cierto tipo de voz y canto con que hubiesen de ser llamados los animales, no hablando sino escribiendo.

Pues si estos pusieron tanto cuidado y aplicación en cosa de nonada, ¿por qué nosotros nos quedaremos atrás, tratando de la cosa más importante de todas y sumamente necesaria a los predicadores? Así yo no me contentaré con proponer las observaciones y preceptos que acerca de esto han dado los elocuentísimos varones que mencioné arriba, sino que juntaré también los que pude conseguir con la experiencia de predicar, y procuraré ilustrarlos y declararlos con varios ejemplos.

⁴ Cf. CORNIFICIO, *Rhetorica ad Herennium*, III, xv, 27.

1

NECESIDAD Y ALABANZA DE LA PRONUNCIACIÓN

1. No veo de qué modo pueda declarar cuánta es la necesidad y utilidad de una recta *pronunciación*, que diciendo lo que muchas veces he visto, y lo que todos están viendo: apenas hay quien pueda oír con paciencia los sermones de muchísimos predicadores, a quienes no les falta erudición en el disputar, ni elocuencia en el escribir, ni piedad y religión en la vida. Ciertamente que la causa no es otra sino que solamente carecen de la virtud de la pronunciación.

2. La gente dice de ellos que verdaderamente son hombres eruditos, pero que no tienen gracia para predicar, y por esta palabra *gracia* quieren significar la virtud de la acción y pronunciación. Esta es la parte que más sobresale en el hablar, sin la cual el predicador más docto no podrá ser contado en este número, y el medianamente instruido en ella podrá aventajar a los más doctos. Pues hubo niños que con la dignidad de la acción de la elocuencia muchas veces obtuvieron fruto; y muchos hombres discretos que, por la fealdad de la acción, han sido tenidos por niños. La causa principal de esta diferencia es que los oyentes se mueven según aquella impresión que hacen en sus ojos y oídos el semblante y las palabras del predicador.

3. Así san Bernardo, en la carta 66, dice:

Suele aceptarse más el sermón vivo que el escrito, y es más eficaz la lengua que la letra, y el dedo que escribe no

expresa tanto el afecto como el semblante. Porque los hombres no suelen atender tanto a lo que dices o con qué palabras lo dices, cuanto al rostro y gesto con que lo dices¹.

Y es esto tan verdadero, que si pronuncias una cosa indignísima con voz lenta y desmayada, ellos la conciben del mismo modo, y no les va a influir según lo pide su indignidad. Si por el contrario ponderas una injuria, aunque ligera, con voz y rostro enérgicos, causarás gran conmoción en el ánimo de los oyentes. Porque la pronunciación, como dijimos en la primer parte, es la última forma del discurso que engendra en los ánimos del auditorio los movimientos y afectos que muestra la voz, semblante y gestos del que habla.

4. Una pronunciación adecuada no solo sirve mucho para conmover los ánimos sino también para ganarse la confianza de la gente. Como se ve en Cicerón contra Calidio, en la oportunidad en que éste acusó a Galio, a quien defendía Cicerón. El acusador afirmó que probaría con testigos, escrituras y cuestiones que el reo le había preparado veneno, pero pronunció este hecho tan atroz con un semblante tan plácido, voz lánguida y con el gesto poco movido, que Cicerón le replicó:

Por ventura si estas cosas fuesen verdaderas, ¿las dirías tú de esta manera? Tan lejos estás de inflamar nuestros ánimos, que casi nos dormimos en este lugar².

5. Todavía mejor será oír cómo Quintiliano alaba esta virtud en el libro XI de las *Instituciones oratorias*:

Tiene la pronunciación una maravillosa fuerza y poder en la locución. Porque no importa tanto la calidad de lo que dentro de nosotros mismos compusimos cuanto el modo con que lo pronunciamos. Pues cualquiera se mueve según oye. Por lo que ninguna prueba que alegue un buen predicador es tan firme que no pierda sus fuerzas si no se ayuda con la aseveración del habla. Es necesario que todos los afectos desmayen, si no se animan con la voz, el semblante y con casi toda la compostura del cuerpo. Y habiendo hecho todo esto, podemos tenernos por felices

¹ S. BERNARDO, *Epist.* 66; PL 182,174A.

² M. T. CICERÓN, *Pro Q. Galio*; ex M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, XI, 3, 155.

si llega a encenderse el juez con nuestro fuego, no siendo posible que le movamos estando nosotros quietos, y que no se entibie con nuestra frialdad. Tenemos el ejemplo de los comediantes, que añaden tanta gracia a las más excelentes producciones de los poetas, que al oírlos nos deleitan infinitamente más que leídas, inclusive también consiguen así la atención en el teatro lleno con cosas más comunes, lo que no cabe de ningún modo en la biblioteca. Pues si puede tanto la pronunciación, que mueve a la ira, lágrimas y congojas en cosas que sabemos que son fingidas y vanas, cuánto más necesario es que sea poderosa allí donde son verdaderas.

6. Realmente soy de la opinión que una predicación mediocre, asistida con la fuerza de la acción ha de tener más peso que otra mejor destituida de ella. Cuando le preguntaron a Demóstenes que era lo sumo en la oratoria, dio la palma a la pronunciación, y le dio el segundo y tercer lugar, hasta que se le dejó de preguntar, así parece que la juzgó no la principal sino la única. Por eso estudió tan diligentemente con Andrónico Hipócrates, tanto que los habitantes de Rodas quedaron admirados cuando oyeron una lectura suya, y no sin razón parece que dijo Esquines: “¿Qué fuera, pues, si lo hubieseis oído a él mismo?”³. Cicerón también opina que la acción o actitud es la única que prevalece en el decir. Cuenta que Gneo Léntulo ganó con ella más fama que no con su elocuencia. Con la misma Cayo Graco causó las lágrimas de todo el pueblo romano, llorando la muerte de su hermano. Antonio y Craso pudieron mucho, y mucho más aún Q. Hortensio, al que sirven de testimonio sus propios escritos, pues sin duda son muy inferiores a la fama de un hombre que fue tenido mucho tiempo por príncipe de los oradores, alguna vez por émulo de Cicerón, y el último tiempo de su vida, el primero después de él, para que se vea que en su boca era agradable lo que nosotros no encontramos en sus obras.

7. Como ciertamente las palabras pueden mucho por sí, es necesario que la voz añada fuerza propia a las cosas, y el gesto y movimiento signifiquen algo, y juntándose todo a un tiempo resulte un todo perfecto. Sin embargo hay algunos que juzgan por más fuerte y solo digna de varones aquella acción ruda y nacida del ímpetu natural de cada

³ Cf. M. T. CICERÓN, *De oratore*, III, 56, 213.

uno. Estos son aquellos mismos que suelen reprobar el cuidado, el arte y esplendor en el hablar, y todo lo que se adquiere con estudio, reputándolo por cosas afectadas y poco naturales, y aquellos que como L. Cotta, según cuenta Cicerón⁴, afectan la imitación de la antigüedad en la rusticidad de las palabras y de los mismos sonidos. Que se complazcan ellos en su propia opinión, juzgando que basta a los hombres haber nacido para ser oradores, y perdonen nuestro trabajo, ya que creemos que no hay cosa perfecta donde la naturaleza no es ayudada con cuidado. Sin embargo, no me opongo a que tenga el primer lugar la naturaleza, porque ciertamente no podrá pronunciar bien aquel a quien faltare la memoria para retener lo escrito, o una facilidad pronta para hablar de repente, o si tuviere algún impedimento insuperable en la lengua. Y también puede ser tanta la deformidad del cuerpo, que no pueda vencerse con ningún arte. Ni puede ser buena la pronunciación de quien tenga una muy mala voz, porque podemos usar la buena y firme como queremos; mas la mala o débil impide muchas cosas – como por ejemplo, levantarla y exclamar– y está obligada muchas veces a bajarla y torcerla para suavizar la garganta ronca y fortalecer el pecho fatigado con el anterior desapacible canto. Sin embargo, estamos hablando de esto con aquel a quien no se dan reglas en vano⁵.

8. Toda acción oratoria se divide en dos partes: voz y gesto. Este mueve los ojos, y aquella los oídos, y por estos dos sentidos se introducen en el alma todos los afectos. Por eso, se ha de hablar primeramente de la voz y después del gesto, que se acomoda a la voz. Pero antes que demos observaciones y preceptos particulares, conviene explicar a qué fin se refiere todo, para que conocido el fin percibamos más fácilmente las cosas que se ordenan a él.

⁴ Cf. M. T. CICERÓN, *De oratore*, III, 11, 42.

⁵ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, XI, 3, 2-14.

2

FIN DE ESTAS REGLAS

1. Aunque los retóricos nos hayan dejado muchas y variadas reglas concernientes a la buena pronunciación, sin embargo todas se refieren a un solo fin: a que hablemos al modo de la misma naturaleza y del modo de hablar común y natural que dicta que se ha de hablar, y por eso apartarse de él, es tanto contra la naturaleza como contra el decoro. Toda la normativa no mira a otra cosa que a enseñar este modo natural de hablar. Y yerran notablemente los que piensan que debe ser otra la figura de la voz cuando predicán que cuando hablan, siendo así que la misma naturaleza de las cosas pide en ambas cosas un mismo modo de actuar y pronunciar, con la sola diferencia que cuando hablamos la voz es más baja, y cuando predicamos, por ser más espacioso el lugar y mayor el concurso de los oyentes, se ha de levantar para que sea oída de todos. Admira ver en esto que hay tan pocos predicadores que se guíen por la naturaleza, siendo que a primera vista se nota que no hay nada más fácil que seguir el movimiento dado a todos por ella.

2. Para darme más a entender, contaré lo que me sucedió a mí y a cierto predicador principiante. Me rogó que le oyera cuando predicaba, para que después le advirtiese lo que me pareciera digno de reprehensión. Pronunció todo el sermón, que había aprendido a la letra, sin variar en nada la voz, como si recitara de memoria algún salmo de David. Cuando regresaba a casa, concludido el sermón, vi en el camino a dos muchachas que altercaban entre sí y reñían. Y como hablaban movidas de

verdaderos afectos del ánimo, conforme a la variedad de los mismos afectos, así también mudaban las figuras y tonos de la voz. Yo entonces dije a mi compañero: «si aquel predicador hubiese oído a estas muchachas e imitara esta misma manera de pronunciar, nada le hubiera faltado para una perfecta acción, de la que carecía totalmente».

3. Al modo que los pintores cuando pintan árboles, aves u otros animales, procuran representarlos al vivo lo mejor que pueden, de suerte que el que los mira no piense tanto que ve cuerpos pintados sino vivos, así el predicador debe observar diligentemente el modo natural de hablar de todos los hombres, y principalmente de aquellos que hacen esto más apta y elegantemente y con cierta dignidad, y con esta única observación aprenderá lo que hemos enseñado aquí extensamente.

Reparé una vez en cierto artista que estaba pintando en una tabla un niño Jesús con ademán de tener en su mano un pajarillo, y para pintarle bien, tenía uno vivo en su mano, para que así al fin la imagen saliese más semejante al original. Asimismo, nosotros debemos observar con atención y diligencia el modo natural de pronunciar que usan los varones dotados de ingenio elegante en las conversaciones familiares, para que podamos imitarlos en cuanto nos sea posible cuando predicamos. Pero aunque esto parezca muy fácil y natural, muchos, como ya dijimos, de ningún modo lo consiguen, y mucho menos aquellos que siendo pobres de palabras y no sabiendo hablar de improviso, aprenden los sermones a la letra, y así los pronuncian con un mismo tenor de voz, como acostumbran hacer los mendigos ciegos.

He dicho todo esto para que entienda el estudioso predicador a qué fin deben dirigirse los preceptos de esta parte. Todo se encamina a que usemos de aquel modo de pronunciar que la naturaleza misma prescribió a todos sin que ninguno le enseñe. Y si alguno ya lo tiene, no necesitará mucho de nuestras reglas.

3

CUATRO VIRTUDES PRINCIPALES DE LA PRONUNCIACIÓN

§ 1. CORRECTA O CARENTE DE TODO VICIO

1. Es muy conveniente y natural aquella clasificación que hace Quintiliano, diciendo que en la *pronunciación* deben atenderse las mismas virtudes que pusimos para la *elocución*:

Como es la oración misma, así debe ser la pronunciación. Porque así como aquella debe ser correcta, clara, adornada y apta, así también esta será correcta, esto es, carecerá de vicio, si el habla es ágil, inteligible, agradable y urbano, quiero decir que nada tenga de rústico o extranjero, ya que no sin causa se dice *bárbaro* o *griego*. Pues por el habla conocemos los hombres no menos que los metales por el sonido. Como lo que Ennio alaba cuando dice que Cétego fue de un habla muy suave¹, y no lo que Cicerón reprende en otros², de quienes dijo que más ladraban como perros que hablaban como hombres³.

Hay que cuidar también que no se inmute la sencillez natural de la voz, como hacen algunos, para darle cierto sonido más lleno:

¹ ENNIO, *Anales*, 304-305.

² Cf. M. T. CICERÓN, *Brutus*, 58.

³ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, XI, 3, 30-31.

y así la misma voz sea en primer lugar sana, por decirlo así, esto es que no tenga ninguno de los defectos de que acabo de hablar. Además, que no sea absurda, ruda, feroz, dura, áspera, mudable, muy cargada o tenue, hueca, agria, apocada, muelle, afeminada, y el aliento ni corto, ni poco durable, ni difícil de recobrarle⁴.

2. Por cuanto también en el gesto y en el movimiento del cuerpo hay vicios, de ellos hablaremos brevemente en este lugar, porque van juntos con los vicios de la pronunciación, aunque de esto trataremos más abundantemente en su lugar, como lo hemos prometido. Según advierte el mismo Quintiliano se ha de procurar, que:

cuantas veces se tenga que exclamar, el esfuerzo sea del pecho, no de la cabeza, para que el gesto se acomode a la voz y el semblante al gesto. También ha de observarse que la cara del orador esté derecha, que no se tuerzan los labios, que la inmoderada abertura no estire la boca, ni esté el rostro boca arriba, ni los ojos metidos en el suelo, ni la cerviz inclinada a algún lado. También en la frente puede haber vicios. Vi a muchos cuyas cejas se levantaban al esforzar la voz, las de otros encogidas, las de otros también entre sí opuestas, subiendo la una hasta los cabellos, mientras que la otra casi cerraba el ojo. Son estas cosas de una importancia infinita, como después diremos. Y nada indecoroso puede ser agradable⁵.

§ 2. CLARA

3. Será clara la pronunciación —dice Quintiliano— si articula los vocablos enteros, parte de los cuales suelen tragarse, parte cortarse, y muchos no profieren las últimas sílabas, mientras que se complacen en el sonido de las primeras, porque las palabras deben ser bien declaradas. Pero así como esto es necesario, así es pesado y enfadoso detenerse e ir como contando todas las letras, pues se juntan muchas veces las vocales, y algunas de las consonantes, siguiéndose vocal, no se sienten. Principalmente para adquirir esta virtud ayuda la distinción o pausa, esto es, que la oración esté dividida en

⁴ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, XI, 3, 32.

⁵ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, I, 11, 8-11.

pequeñas partes, del mismo modo que los miembros del cuerpo, es decir que el que habla empiece y acabe donde conviene⁶.

En las mismas distinciones usaremos unas veces más tiempo que otras, porque es importante que el razonamiento termine con sentido. Por tanto, donde el sentido de la oración acaba perfectamente, me detendré y descansaré, y luego proseguiré, haciendo un nuevo exordio.

4. Hay también en algunas ocasiones ciertas pausas sin respiración, aun en los períodos que tienen muchos miembros, como en aquel: “En el congreso del pueblo romano, administrando un negocio público, un general de caballería, en quien sería torpe un eructo”⁷, y lo restante. Porque hay sentidos y sentidos, y como la circunlocución es una, así en estos espacios se debe parar un poquito, sin interrumpirse el contexto. Por el contrario, es preciso recoger a veces y como hurtar el aliento, sin que se perciba la pausa, ya que si se recoge con poca reflexión, no causa menos oscuridad que la pausa viciosa. Porque se necesita la virtud de distinguir, aunque sea pequeña, pues sin ella no puede tener la acción o pronunciación ninguna otra⁸.

Todo esto es de Quintiliano, que en pocas palabras recomendó de tal suerte esta virtud, que opina que sin ella no pueden haber otras.

5. Contra esto faltan gravemente aquellos que hablan con tanta velocidad durante todo el sermón que no paran en ninguna parte, nada dicen distinguidamente, sino que lo corren todo con un aliento o ímpetu. Y predicán así, o porque desconfían de su memoria y piensan que se les ha de olvidar algo si lo dicen de otro modo, o porque su ánimo está tan poseído de miedo y zozobra, que no les deja libertad y apenas les permite atender a lo que dicen y al modo con que lo dicen. Vicio que ciertamente debe contarse entre los mayores y en el que caen sin embargo muchos predicadores, en particular aquellos que son rudos y aprendices en este empleo, o que predicán muy amedrentados.

⁶ Cf. M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, XI, 3, 33-35.

⁷ M. T. CICERÓN, *Filípicas*, II, 25, 63.

⁸ Cf. M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, XI, 3, 37-39.

6. De ahí tomó motivo el mismo Quintiliano para decir:

No han de confundirse las cosas que decimos con la demasiada rapidez, porque con ella parece la distinción y el afecto, y a veces también se suprimen algunas sílabas de las palabras. A este vicio se opone la demasiada lentitud, porque muestra la dificultad de hablar, y la misma lentitud distrae los ánimos. Sea, pues, la lengua pronta, no precipitada; moderada, no perezosa. Ni demasiado recogido el aliento que corte la sentencia, ni que se alargue tanto que desfallezca. Por lo que deberán recoger la respiración los que han de decir alguna cláusula muy larga, con tal que esto no lo hagamos por mucho tiempo, ni con ruido o absolutamente de modo que se manifieste. En las demás partes se recobrará muy bien entre los intervalos de la oración. Mas hay que ejercitarse para que dure muchísimo, a imitación de Demóstenes que, para lograrlo, subiendo alguna cuesta, recitaba la mayor cantidad de versos que podía⁹.

§ 3. ADORNADA

7. Es *adornada* la pronunciación —continúa Quintiliano— a la cual favorece una voz fácil, grande, feliz, flexible, firme, dulce, duradera, clara, limpia, que corte el aire y se asienta en los oídos. Porque hay alguna que se acomoda al oído, no por su magnitud sino por su propiedad. Y porque siendo muy flexible tiene en sí todos los sonidos y la proporción para subir y bajar, según se requiera, o como suele decirse, todo el instrumento ajustado; y está acompañada de la firmeza del pecho y de una respiración tan fuerte y dilatada que difícilmente se rinda al trabajo. No conviene al discurso el sonido muy grave, ni el muy agudo, como en la música. Porque aquel, poco claro y demasiado lleno no puede dar ningún movimiento al ánimo, y este muy sutil y excesivamente claro, no siendo natural, ni puede doblarse con la pronunciación, ni puede aguantar el aumento por mucho tiempo. Porque es la voz como los nervios, que cuanto es más remisa tanto es más grave y llena, cuanto más se levanta, tanto es más sutil y aguda. Así, la muy baja no tiene vigor, y la muy alta corre riesgo de quebrarse. Deben usarse, pues, unos sonidos

⁹ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, XI, 3, 52-54.

medios, y estos excitarse cuando se ha de aumentar la vehemencia, y templarse cuando se ha de disminuir¹⁰.

8. A este adorno pertenece también que la voz, cuando sea posible, salga con cierta suavidad, no afeminada o afectada, sino varonil y natural, lo cual como en el canto, también halaga y entretiene los oídos en la predicación. Y para que podamos conseguir esto, hemos de procurar que cuando nos hallamos en lo más fuerte del discurso, no levantemos la voz sobre nuestras fuerzas, de modo que se dañen las cuerdas o pulmones. Porque así se exaspera de algún modo la voz y contrae cierta ronquera desagradable, que también ofende los oídos de los oyentes. Por esto dice Quintiliano: «La voz no ha de levantarse sobre las fuerzas, porque con el mayor esfuerzo muchas veces se sofoca y es menos clara»¹¹. Conviene moderar aquel ímpetu y no apurarlo de modo que la voz se dañe y no baste para lo restante. Practicar esto pide una destreza particular, porque aquel ímpetu del ánimo muchas veces arrebatada de tal manera a la razón que no le permite darse cuenta.

9. Lo que conduzca a esta dulzura y firmeza de la voz lo enseña la *Retórica hereniana* con alguna extensión. Algo de esta doctrina me ha parecido bien poner en este lugar. Primeramente amonesta que

empecemos a hablar en voz baja, sumamente apacible, pues se hieren las cuerdas vocales si antes de dulcificarse con blanda voz se llenan de un clamor estridente. También convendrá usar largos intervalos, porque se recrea la voz con la respiración, y con la detención descansan las cuerdas. Y conviene aflojar el continuo clamor y pasar al razonamiento, pues los cambios favorecen a que la voz se mantenga entera, sin derramarse en otros géneros de voz. Así debemos evitar las exclamaciones agudas, porque con esta aclamación aguda y demasiado sutil se golpean y maltratan las cuerdas, y si la voz tiene algún esplendor lo pierde. Sin embargo, al fin del discurso convendrá decir muchas cosas con un solo aliento, porque la garganta ya se calentó, se llenaron las

¹⁰ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, XI, 3, 40-42.

¹¹ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, XI, 3, 50.

arterias, y la voz, manejada con variedad, se redujo a cierto sonido igual y constante¹².

Así lo que es útil para la entereza de la voz, es también agradable a los oyentes.

10. Muchas veces a la naturaleza de las cosas corresponde justamente cierta gracia, como sucede en esta materia. Porque lo que dijimos que sirve para conservar la voz, pertenece asimismo a la suavidad de la pronunciación. Por eso, lo mismo que aprovecha a nuestra voz, se aprueba con el gusto del oyente.

Es útil para la firmeza de la voz una voz sosegada en el principio. Porque, ¿qué cosa más desapacible que el clamor en el exordio de la causa? Los intervalos fortifican la voz, vuelven más adornadas las sentencias con la división y dejan al oyente tiempo de pensar. La disminución del continuo clamor conserva la voz, y la variedad deleita sobremanera al oyente, cuando detiene su ánimo con el razonamiento, o le mueve con el clamor. La exclamación aguda daña la voz y la garganta y ofende al oyente, pues tiene algo de rústico, y es más propia de la vocinglería de las mujeres que de la dignidad varonil del orador. Al final del discurso, una voz sostenida es remedio para la voz. Pues, ¿qué?, ¿por ventura esta misma no enardece con vehemencia el ánimo del oyente en la conclusión de toda la causa?¹³.

Hasta aquí la *Retórica hereniana*. La variedad de la voz, acomodada a los mismos asuntos, hace también adornada la pronunciación, de la cual hablaremos luego, porque esto pertenece más al modo de pronunciar aptamente, aunque no contribuye menos a su adorno. Pues el arte de variar, por una parte da cierta gracia y recrea los oídos y por otra descansa al predicador con la misma mudanza del trabajo, así como se puede estar en pie, pasear, sentarse, acostarse, y nada de esto podemos aguantarlo por mucho tiempo.

¹² CORNIFICIO, *Rhetorica ad Herennium*, III, XII, 21.

¹³ CORNIFICIO, *Rhetorica ad Herennium*, III, XII, 21-22.

4

QUE SEA APTA

1. Hasta aquí hemos dicho de las tres virtudes de la pronunciación, esto es, del modo correcto de pronunciar, con claridad y con adorno. Falta la cuarta, ciertamente la principal y mayor, que es la virtud de pronunciar aptamente, y la que acomoda a las mismas cosas que predicamos un tono de voz conforme a su naturaleza y ayuda maravillosamente a suscitar la atención de los oyentes y a evitar su fastidio. Porque a cada mudanza e inflexión de la voz, el ánimo del oyente, que pende de la boca del predicador, percibe dentro de sí tantos movimientos cuantos sonidos este muda, pues entiende que no en vano cambia él la forma recta de pronunciar, variándola con esta o con otro tono de voz, y así renueva a menudo la atención y evita el hastío con la variedad.

2. Acerca de esto dice Quintiliano:

Ya es tiempo de decir cuál es la apta pronunciación, y ciertamente es aquella que se acomoda a las cosas de que hablamos, lo que proviene comunmente del mismo movimiento del alma, y la voz suena según es herida. Hay unos afectos verdaderos, otros fingidos e imitados. Los verdaderos estallan naturalmente, como los de que se duelen, enojan, indignan, pero carecen de arte, y por eso no han de formarse con reglas de arte. Al contrario, los que se fingen con la imitación, tienen arte, mas no naturaleza, y por lo mismo en estos segundos hay que afectarse bien y concebir las imágenes de las cosas y moverse como si fueran verdaderas. Así la voz, como una

mensajera causará en los ánimos de los oyentes la impresión que de nosotros reciba. Porque es una señal y como dechado del ánimo que tiene las mismas mudanzas que él. En materias alegres, fluye llena, sencilla, y también en cierto modo alegre. Pero en una contienda, erguida emplea todas sus fuerzas y como nervios. Mas halagando, confesando, satisfaciendo, rogando, es blanda y sumisa. De los que persuaden, aconsejan, prometen y consuelan, grave; en el miedo y vergüenza, contraída; en las exhortaciones, fuerte; en las disputas, elegante; en la compasión, inclinada, llorosa y adrede casi oscura; en la exposición y razonamiento, derecha y media entre el sonido grave y el agudo; en afectos vehementes se levanta, en los apacibles se baja, conforme al modo de una y otra cosa o más alta o más baja¹.

3. De estas palabras se deduce con claridad cuál es la pronunciación apta o apropiada. La que no corre a un mismo tenor, sino que, como antes dijimos, conforme a la variedad y naturaleza de los asuntos, muda la voz de cuando en cuando y profiere las cosas grandes con gravedad, las medianas con templanza, las sumisas con suavidad, las atroces con vehemencia y vivacidad, para que la voz corresponda al ánimo, a las palabras y a las cosas que decimos. Acerca de lo cual dice el mismo Quintiliano:

Evitemos aquella que en griego se llama *monotonía* (*μονοτονία*), que es un mismo tenor de espíritu y sonido; no solo para que no lo hablemos todo a voz en grito, que es una locura, o con un mismo tono, que carece de movimiento, o con un bajo murmullo, con que también se debilita toda la fuerza, sino también para que en una misma parte y afecto haya algunas declinaciones de la voz no muy grandes, según que lo requiere la dignidad de las palabras, la naturaleza de las sentencias, el fin, el principio, o la transición. Al modo de los que pintando con diferentes colores, hacen unas partes más sobresalientes que otras, sin lo cual ciertamente no hubieran podido trazar los miembros.

4. Propongámonos aquel exordio de Cicerón en el famosísimo discurso en defensa de Milón, ¿acaso no hay que mudar el semblante, poco más o menos, en cada una

¹ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, XI, 3, 61-65.

de las distinciones?: “Aunque recelo, jueces, no sea cosa indigna que tenga miedo quien comienza a disertar en favor de un varón tan valiente”². Y si bien por todo el asunto se muestra angustiado y sumiso, pues es un exordio, y un exordio de algo que preocupa, sin embargo es preciso que sea algo más llena y levantada la voz cuando dice “disertar por un varón tan valiente”, que cuando dice “aunque recelo” y “es cosa indigna” y “tener miedo”. Es conveniente que crezca después la segunda respiración, y que con un natural ímpetu, diga menos medroso lo que se sigue, pues muestra la grandeza de ánimo de Milón: “No siendo decente de ningún modo para Tito Annio preferir que se perturbe la salud de la república antes que la suya”. Después viene una como reprehensión de sí mismo: “Que no pueda yo traer a su causa igual grandeza de ánimo”. Luego se sigue aquella expresión que excita más la rivalidad: “Pero esta nueva forma de un nuevo juicio espanta los ojos”. Y aquellas palabras dichas prácticamente al descubierto: “Quienes, en cualquier lugar que se presenten, echan de menos las viejas costumbres del foro, y la primitiva tradición de los juicios”. Lo siguiente es también ancho y espacioso: “Pues no tiene el tribunal ceñida la toga, como solía”. Lo cual noté para que se viera que tanto en los miembros de la causa como en los artículos hay cierta variedad en pronunciar, sin la cual nada es mayor ni menor³.

5. Nos queda por considerar ahora qué modo de pronunciación deba aplicarse a cada una de las partes del discurso. Para poder tratar este tema con mayor orden, sin que se nos pase algo por alto, vamos a seguir el método que la dialéctica y otras ciencias suelen utilizar, reduciendo a los primeros elementos toda y cada parte de la materia. Por ejemplo, los dialécticos, al proponerse estudiar el silogismo, consideran antes las proposiciones que lo componen. Y porque las proposiciones constan de voces particulares, tratan asimismo de ellas en los libros de los predicamentos, y después de haber tratado todo esto, pasan a explicar la razón de los silogismos. Este método, pues, seguiremos también nosotros, explicando el arte de pronunciar. En primer lugar discurriremos de las principales partes del

² Omnia ex M. T. CICERÓN, *Pro Milone*, I, 1.

³ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, XI, 3, 45-51.

discurso, en segundo, de diferentes sentencias que se contienen en las mismas partes, y al final, cómo deba pronunciarse cada una de las palabras de que constan las sentencias.

MODOS DE PRONUNCIAR
CONVENIENTES A LAS TRES
PARTES PRINCIPALES
DEL DISCURSO:
EXPOSICIÓN,
ARGUMENTACIÓN
Y AMPLIFICACIÓN

1. Para declarar lo primero, debemos tener en la memoria lo que dijimos al principio de esta obra; que todo discurso se compone de *exposición*, *argumentación* y *amplificación*. Hasta los rudos saben que se requiere una manera de pronunciar en la exposición, otra en la argumentación, y otra en la amplificación. Estas tres partes también contienen otras debajo de sí. Pues son inmediatos a la exposición el exordio, la narración, la proposición y la división. En la argumentación unas veces aprobamos, otras reprobamos y refutamos; y en unas ocasiones disputamos con mayor sosiego y sutileza, en otras con mayor agudeza, ímpetu y vehemencia. En la amplificación es mayor la variedad, porque en ella realzamos y amplificamos la grandeza de varias materias, y además nos esforzamos en mover diferentes afectos, como de amor, odio, admiración, dolor, miedo, y otros semejantes movimientos del alma, entre los cuales cuentan los retóricos en primer lugar la indignación y conmiseración. En el modo de tratar

estos afectos debe ser tan variada la acción como son diferentes los afectos mismos, según veremos. Vamos a considerar ahora qué es lo que requiere cada parte.

2. A la *exposición*, que es la primera de las partes del discurso, es muy cercana, como hemos dicho, la actitud del exordio y narración, porque estas tres no piden acción fuerte y aguda, sino apacible. Así en la exposición, cuando exponemos algún asunto o lugar oscuro sin argumentación, hay necesidad de una pronunciación sosegada, distinguida con intervalos y variada un poco en la voz, según la naturaleza de las sentencias, de suerte que con la misma pronunciación parezca que sembramos en los ánimos de los oyentes las cosas que demostraremos.

3. Del *exordio* dice Quintiliano:

Al *exordio* conviene muy de ordinario una pronunciación suave, porque para conciliar el favor nada hay más agradable que la modestia. Y así parecerá bien la voz templada, el gesto sencillo, la toga asentada en el hombro, un movimiento sosegado de los costados a una y otra parte, puestos los ojos en un mismo lugar.

En esto suelen faltar no poco algunos predicadores que por ostentar erudición, ingenio, o por mostrar cierto despejo, comienzan a predicar de manera que no carecen de alguna sospecha de arrogancia¹.

Y aun por esta libertad de acción los oyentes piensan que no se tiene de ellos ninguna consideración. Otros usan de una acción muy viva en el mismo exordio del discurso, en especial cuando es numeroso el concurso de sus oyentes, porque entonces, ya por el mayor calor y brío que han concebido para predicar, ya para que la voz sea de todos oída, la esfuerzan y levantan más de lo justo, de donde nace que a la mitad del discurso no solo les falta la voz, sino también las fuerzas. Y así los que empezaron con denuedo, faltándoles las fuerzas acaban el discurso lenta y desmayadamente. No consideran aquel dicho común, que «de la llama no debe levantarse humo, sino del humo la llama». Conviene, pues, que el sabio predicador refrene con prudencia en este tiempo el ímpetu de su ánimo, teniéndole guardado para lo más grande y necesario.

¹ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, XI, 3, 161.

4. Sigue la *narración*. Esta pide, como dice Quintiliano, «más extendida la mano... más despejado el gesto y la voz semejante a una conversación»². En los asuntos que no contienen algunos movimientos del ánimo o cosa semejante que requiere diferente modo de accionar, convendrá por lo común un sonido simple. Así es más difícil la acción de la narración que la de la argumentación o amplificación, porque en estas partes el ardor de disputar o amplificar y el movimiento del ánimo instruyen y ayudan a la acción. Pero la narración, como debe ser menos activa y de ningún modo ardiente ni aguda, ha de templarse solo con el arte y prudencia del predicador. Aunque no niego que hay algunas narraciones que admiten estos afectos, cuya acción no es tan difícil.

Se necesita, pues, de variedad de voces en toda narración, para que cada cosa que se refiere corresponda de igual modo a lo que sucedió. Lo que queremos mostrar que se hizo con diligencia, lo pasaremos de prisa. Después iremos mudando a todas partes así las palabras como la pronunciación, ya sea perspicaz, ya compasiva, ya triste, ya alegre. Si en la narración aparecen algunos dichos, demandas, respuestas o algunas admiraciones, debemos advertirlo con cuidado al narrarlo, para que con la voz expresemos los sentidos y ánimos de todas las personas³.

5. La acción más variada es la de las pruebas, porque proponer lo que has de decir, dividirlo en partes y explicar lo que conviene y se halla en la controversia, son cosas semejantes a la exposición, de que hablamos ahora. Pero

la argumentación, que ordinariamente es más ágil, más viva y más presurosa, requiere también un gesto correspondiente al discurso, una briosa celeridad. En algunos casos importa dar prisa y como apretar el discurso⁴.

Aquí convendrá

² M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, XI, 3, 162.

³ CORNIFICIO, *Rhetorica ad Herennium*, III, XIV, 24.

⁴ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, XI, 3, 164.

levantar más la voz, sostenerla y articular las palabras aceleradamente con clamor, para que el sonido pueda igualar a la rápida marcha del discurso⁵.

6. A veces entre las pruebas aparece la *aseveración*, que vale más que las pruebas mismas; y entonces hay que mostrar confianza y valor, y mejor todavía si acompaña la autoridad. Pero cuando las razones y pruebas son difíciles de entender, como sucede cuando se sacan de los arcanos de la filosofía o teología, entonces se debe refrenar este ímpetu y usarse una acción sosegada, una voz aguda y largos intervalos, para que con esta distinción sea el discurso más claro y dé tiempo y espacio a los oyentes de pensar y percibir lo que se dijo. Porque la velocidad y volubilidad de la lengua es un estorbo para entender lo que se dice, no solo a los de ingenio tardo sino también a los eruditos. Esta manera de argumentar y probar es más parecida a la exposición y demostración que a la argumentación.

7. La *amplificación*, que comprende la tercera parte del discurso, tiene el primer lugar en los afectos, los cuales como dijimos poco antes, requieren tan diferente tono o figura de voz y de acción cuanta es su variedad. El primer cuidado que se debe tener, es que se hallen verdaderamente en nosotros tales afectos y movimientos del alma, porque entonces ellos arrollarán con su fuerza natural, y así como son movimientos verdaderos, así conmoverán verdaderamente a los oyentes. El arte no hace más que imitar la naturaleza, a la cual ningún arte puede llegar por más consumado que sea. Y esta es la razón por la que los declamadores nunca causan los mismos efectos que pudieron causar los varones santos en su predicación, agitados por el Espíritu Santo, y movidos de verdaderos efectos. Aquel, pues, que estuviere así movido, lo entenderá claramente, ya que el mismo afecto le sirve de maestro para considerar con qué distinto tono de voz deben tratarse los afectos.

Porque la compasión y tristeza requiere un género de voz flexible, lleno, ininterrumpido, con tono lastimero. El miedo otro tono humilde, perplejo y remiso. La fuerza, levantado, vehementemente amenazador, con cierto ímpetu de gravedad. El gusto, un tono esparcido, suave,

⁵ CORNIFICIO, *Rhetorica ad Herennium*, III, XIV, 25.

tierno, regocijado y remiso. La ira, uno agudo, incitado y precipitado⁶.

Porque en la ira la voz debe ser atroz, áspera, espesa y con respiración frecuente, pues no puede ser largo el aliento cuando se derrama sin límite⁷.

8. La regla de pronunciación siguiente, es la que pertenece a las sentencias particulares que se contienen bajo estas partes principales del discurso mencionadas, y de lo que ya dijimos algo, cuando tratamos de la manera de pronunciar aptamente. Mas porque esta parte contiene la primera virtud de la pronunciación, más adelante trataremos de ella extensamente, proponiendo varios ejemplos. Ahora pasemos a la otra.

9. Falta lo que señalamos en tercer lugar sobre la pronunciación de cada palabra en particular, ya que tanto esta figura como la otra se usan en las sentencias y en las palabras.

Por ventura estas palabras —dice Quintiliano—: *desgraciadillo, pobrecito*, ¿no deben decirse con voz sumisa y encogida, y estas otras, *fuerte, vehemente, ladrón*, con voz levantada y movida? Porque a las cosas hay que añadir energía y propiedad con tal correspondencia, que si falta, la voz indicará una cosa y el ánimo otra. ¿Qué quiero decir? Que unas mismas palabras, mudando la pronunciación, señalan, preguntan, aumentan, disminuyen. De distinta manera se dice: “tú a mí todo lo de este reino”⁸; y “¿has tú de cantarlo?”⁹; y “¿no eres tú aquel Eneas?”¹⁰; y “de miedo acúsame tú, Drances”¹¹. Y por no ser largo, reflexione cada uno dentro de sí esto o aquello o lo que quiera, por todos los afectos, y verá que es verdad lo que decimos¹².

10. Muchísimas palabras se hallan en las Sagradas Escrituras que han de articularse con esta valentía de voz: *En mi furor se prendió fuego, y arderá hasta lo más profundo del infierno. Y se tragará la tierra con sus plantas, y abrasará los cimientos de los montes*¹³. *Embriagaré*

⁶ Cf. M. T. CICERÓN, *De oratore*, III, 57, 215-58, 217.

⁷ Cf. M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, XI, 3, 63.

⁸ VIRGILIO, *Eneida*, I, 82; *tu mihi quodcumque hoc regni*.

⁹ VIRGILIO, *Égloga*, III, 25; *cantando tu illum?*

¹⁰ VIRGILIO, *Eneida*, I, 622; *tu ne ille Aeneas?*

¹¹ VIRGILIO, *Eneida*, VI, 384; *meque timoris argue tu, Drance*.

¹² M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, XI, 3, 175-177.

¹³ Dt 32,22.

*de sangre mis saetas, y mi espada se tragará las carnes*¹⁴. Aquí cada vocablo de por sí requiere una particular amplitud de voz y vehemencia. Tal es aquello de san Juan Crisóstomo: «Como leones, que respiran fuego, salgamos de aquella mesa, espantando a los demonios»¹⁵. Mas en esto debe irse con cuidado, para que no torzamos la voz de su natural sonido, afectando otro demasiado hueco y retumbante. Porque nada que desdiga de lo natural o sea afectado puede ser agradable. Vicio que padecen los que, teniendo una voz tenue y muy delgada, quieren con los pómulos hinchados, digámoslo así, remedar esta amplitud y vehemencia de la voz.

¹⁴ Dt 32,42.

¹⁵ S. J. CRISÓSTOMO, *In Ioannis evangelium*, hom. 46,3; PG 59,260-261.

6

GESTO Y MOVIMIENTO DEL CUERPO

1. Dijimos que la perfecta manera de pronunciar y de accionar consiste en la apta figura de la voz y en el gesto del cuerpo. Como se ha dicho bastante de la figura y variedad de la voz, se sigue que digamos algo del gesto y movimiento del cuerpo. En primer lugar traemos lo que Quintiliano trató de esta parte con exquisita puntualidad, como quien no omitió casi ninguna parte del cuerpo, a la cual no acomodara su figura y gesto.

El gesto primeramente concuerde con la voz, y lo uno y lo otro, voz y gesto, a un tiempo obedezcan al alma. Su importancia en el discurso es clara por el hecho de que muchas cosas se dan a entender aun sin palabras. Porque no solo las manos, sino también las señas declaran nuestra voluntad, y en los mudos sirven de lengua. Corrientemente el saludo se hace y se entiende sin la voz, y del rostro y manera de entrar se ve la disposición de los ánimos. Y hasta en los animales, que carecen de palabras, se desprenden de los ojos y de otras señales del cuerpo el enojo, la alegría, la adulación.

2. No es de extrañar que estas cosas que consisten en algún movimiento, puedan tanto en los ánimos, cuando la pintura, obra muda, y siempre de una misma figura, de tal modo penetra en los más íntimos afectos que algunas veces parece que sobrepuja a la fuerza misma del habla. Al contrario, si el gesto y rostro no corresponden a las palabras, de suerte que lo triste lo decimos alegres y

afirmamos algo con repugnancia, ni tienen fuerza ni merecen fe las palabras. El decoro proviene también del gesto y movimiento. Y por eso Demóstenes solía componer su gesto de oratoria mirándose a un gran espejo. Tanto fiaba a sus ojos lo que había de hacer, aunque el cristal vuelva las imágenes al revés.

3. Mas lo principal, así en la actitud como en el cuerpo mismo, es la cabeza, tanto para el decoro de que hemos hablado como también para la significación del decoro. Conviene, pues, que la cabeza esté derecha y conforme a la naturaleza. Porque, estando caída, se demuestra baja; levantada, arrogancia; inclinada a un lado, flojedad; y muy firme y tiesa, cierta tosquedad del ánimo. Compárese también el movimiento con el mismo ademán, de modo que concuerde con el gesto y se acomode a las manos y costados. Porque el rostro siempre se vuelve al mismo lado que el gesto, exceptuando los casos en que convendrá reprobado, no conceder o apartar algo de nosotros, de suerte que parezca que aquello que contradecemos con el rostro, lo repelemos con la mano, como: “Echad, o dioses, esta peste de la tierra”¹, y: “No me doy por digna de tal honra”².

4. Pero la cabeza muestra e indica muchos afectos y de muchísimas maneras. Porque además de los movimientos de consentimiento, disentimiento y de confirmación, tiene también los de vergüenza, de duda, de admiración y de indignación, notorios y comunes a todos. No obstante, los maestros del teatro tuvieron por vicioso tomar el gesto solamente con ella. Lo mismo que sus repetidos ademanes no carecen de vicios; y el sacudirla y moverla circularmente, erizado el cabello, es de fanáticos.

5. El *rostro* es el que domina en el gesto. Con él nos mostramos rendidos, amenazadores, tristes, con él alegres, tiernos, erguidos, sumisos; de él están pendientes los hombres, a él miran, en él ponen la vista aun antes que hablemos; con él amamos a algunos, con él aborrecemos, con él entendemos muchísimas cosas: este suple muchas veces por todas las palabras³.

Pero en el mismo rostro tienen gran fuerza los ojos, por los cuales principalmente se descubre el alma, de modo

¹ VIRGILIO, *Eneida*, III, 620.

² VIRGILIO, *Eneida*, I, 339.

³ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, XI, 3, 65-72.

que, aun sin moverlos, en el regocijo brillan, y en la tristeza en cierta manera se nublan. Además, les dio la naturaleza lágrimas, que son señales del alma, las cuales, o se precipitan con el dolor, o manan con la alegría. Con el movimiento se ponen atentos, distraídos, soberbios, airados, apacibles, ásperos: todo esto se tiene que representar según lo pida la acción⁴.

Es impropio que los labios se estiren, se separen y se aprieten, se muevan en distintas direcciones, que descubran los dientes, y que se tuerzan hacia un lado hasta casi la oreja. Lamerlos y morderlos es también impresentable, y su movimiento debe ser moderado hasta en pronunciar las palabras, porque se debe hablar más con la boca que con los labios. Conviene que la cerviz esté derecha, no yerta o caída hacia atrás⁵.

6. Las manos, sin las cuales la acción oratoria queda cortada y débil, apenas puede decirse cuántos movimientos tengan, y es cierto que casi igualan la abundancia misma de las palabras. Porque las demás partes ayudan al que habla; estas, casi diría que hablan por sí mismas. En efecto, ¿no pedimos con ellas, prometemos, llamamos, despedimos, amenazamos, suplicamos, abominamos, tememos, preguntamos, negamos, mostramos gozo, tristeza, duda, confesión, modo, arrepentimiento, medios, número y tiempo? Estas mismas, ¿no inducen, ruegan, inhiben, otorgan, admiran, se avergüenzan? En el señalar los lugares y personas, ¿no hacen las veces de adverbios y pronombres? De manera que, entre tanta diversidad de lenguas, teniendo en cuenta tantas personas y naciones, este me parece el lenguaje común de todos los hombres. Y estos gestos, de que he hablado, salen naturalmente con las mismas voces⁶.

Hasta aquí Quintiliano, quien enseña también muchas otras cosas del movimiento y compostura de los dedos y de las manos, que omitimos deliberadamente porque no convienen tanto a nuestro propósito.

7. Aprobamos aquella disposición de mano y dedos con que se juntan el pulgar y los dos dedos siguientes, o cuando, sujetos al pulgar los otros, solo el índice está derecho y extendido, postura

⁴ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, XI, 3, 75.

⁵ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, XI, 3, 81-82.

⁶ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, XI, 3, 85-88.

de dedos que sirve para casi todo lo que decimos. A veces también separado el pulgar, se unen bien los cuatro restantes cuando o arrimamos la mano al pecho, o también cuando, desechando algo, la retiramos de él. Pero la izquierda sola nunca acciona bien, frecuentemente se acomoda a la derecha, mayormente cayendo el índice de esta sobre el pulgar o índice de la izquierda, o alternando los movimientos, unas veces hiriendo el pulgar, otras el índice.

Aquí añadieron rectamente los antiguos maestros, que la mano debe dar principio y fin al movimiento juntamente con el sentido; de otra manera, el gesto se antepone o se pospone a la voz, siendo desagradables ambas cosas⁷.

También es de advertir que la voz no desacuerde con el gesto, o el gesto con la voz. Por lo que el sofista Polemón, presidiendo en el certamen las fiestas olímpicas, privó de los premios a un representante de tragedias que pronunció ¡oh Júpiter!, señalando la tierra; y ¡oh tierra!, alzando la mano al cielo, diciendo que éste hizo con la mano un solecismo.

Las demás reglas que pueden darse sobre la acción del cuerpo y de los miembros, las dejamos al sentido común de la prudencia y a la inspiración procedente de la naturaleza.

⁷ Cf. M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, XI, 3, 106.

7

VICIOS DE LA PRONUNCIACIÓN Y ACCIÓN

1. En la parte antecedente, después que expusimos las virtudes de la elocución, apuntamos algunos de sus vicios comunes. Me pareció hacer ahora lo mismo, tratando de la manera de pronunciar. Pues, aunque es fácil conocer los vicios una vez conocidas las virtudes, porque es cuanto se opone, será más clara la enseñanza aún si se señalan separadamente los vicios.

El primer y más corriente vicio es la igualdad de la voz, llamada por los griegos *monotonía*¹, cuando aquel que predica pronuncia casi todo el sermón con un mismo tenor de voz, sin alguna inflexión o variedad, como acostumbran hacer los que recitan el sermón que aprendieron de memoria. En este vicio caen ordinariamente los principiantes, porque oprimidos por el miedo y cierto temblor de un ejercicio no acostumbrado, apenas ponen la mirada en otra cosa, para que no se les vaya de la memoria lo que han de decir. Pero nadie predicará bien jamás sin que, sacudido este miedo y cuidado, quede libre y dueño de sí mismo, para que atienda con prudencia a lo que dice y al modo con que lo dice.

2. Contrario a este vicio es el de la desigualdad de la voz, en el cual pecan los que pretenden huir de aquel primero. Porque así acaece de ordinario que los que procuran evitar algún vicio, dan

¹ Cf. M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, XI, 3, 45.

en el opuesto, como sucede a aquellos que huyendo la mancha y deshonor de la avaricia, caen en de la prodigalidad. Así, para evitar aquel unísono tono de voz, unas veces la levantan temerariamente a lo más alto, y otras la abaten a lo más bajo, no según la naturaleza de los asuntos, sino según su antojo, y esto ofende gravemente los oídos del auditorio, al que le parece que el predicador se tomó una temeraria e insensata licencia. Los hombres graves y de ingenio sano abominan sobremanera este modo de predicar.

3. Hay otro vicio de igualdad, que parece estar mezclado de ambos, pues tiene unidas la igualdad y la desigualdad. Pero este vicio es tan oculto, que difícilmente puede mostrarse con palabras. Algunos procurando evitar esta unisonancia de la voz, toman cierto modo de pronunciación que tenga también sus inclinaciones y variedades, y no se aparte del modo común y familiar de hablar, y la acomodan indistintamente a todas las partes del sermón. Porque ya narren algo o arguyan, o ponderen una cosa y la amplifiquen, casi siempre retienen una misma manera de pronunciar, que es lo mismo que querer acomodar un mismo vestido a todas las partes del cuerpo. Vicio que un oyente no lerdo descubrirá en algunos predicadores, y al percibirlo, entenderá más fácilmente lo que apenas podemos nosotros explicar con palabras en este lugar.

4. Hay también otro vicio de demasiada pausa, que algunos usan en casi todo el sermón, pronunciando con lentitud y largos intervalos. Esto, lejos de despertar y conmover a los oyentes, muchas veces les da sueño. Contrario es el vicio de la celeridad excesiva, que es más común, ya sea porque desconfían de su memoria si no predicán así, o porque carecen de aquel despejo y serenidad con que predicán los que son dueños de sí mismos y de las cosas que predicán, no oprimidos del temor. Porque estos unas veces suelen hablar aprisa, otras despacio, usando ya de intervalos largos, ya de breves, conforme a la naturaleza y dignidad de los asuntos. Pues es tan defectuoso pronunciarlo todo con voz presurosa, que todo con pausada. Por lo cual se debe usar la variedad, no menos en la figura de la voz que en la prisa o pausa. Aunque en caso de faltar en uno de estos dos extremos, pecan quizá más gravemente los que hablan con demasiada velocidad que los que con demasiada lentitud. Por otra parte, al principio del

sermón, mientras el ánimo del predicador no está aun enardecido, se alaban con razón las sentencias apacibles y suaves, como también la acción apacible, sosegada y distinguida con largos intervalos, que dé algún espacio al predicador para recapacitar lo que dice.

5. En la brusquedad, languidez y flojedad se notan no menos otros vicios, no muy diferentes a la tardanza y velocidad. Porque hay algunos de ingenio agudo y vehemente, que en casi todo el sermón predicán como agitados de algún furor, lo que proviene no rara vez de cierto temblor del ánimo. Pues al modo que las plantas se sacan de las plantas, así los afectos surgen de los afectos, y así unos toman la fuerza y el ímpetu de los otros. Los que predicán, pues, de este modo tienen el inconveniente que, cuando pronuncian con vehemencia una cosa indigna, no conmueven a los oyentes, porque estos consideran que todas las cosas que dicen, sean leves o graves, las pronuncian con igual ímpetu de voz. Así que conviene tener elección, para que sepamos lo que debe pronunciarse con voz más fuerte y lo que con más blanda, y demos a cada una de ellas el derecho y el hábito que le corresponde. Sin embargo, no niego que estén más bien dispuestos a predicar los que son enérgicos y ardientes, con tal que sepan gobernar su fogosidad y se valgan de ella en sus lugares, y que aun cuando deban usarla, no suelten todas las riendas de su fervor, para que no dañen la garganta de modo que exasperen la voz y contraigan cierta ronquera tosca y desapacible. Y será bueno que tengan en cuenta que no deben tomar este tono de pronunciar apenas comienza el sermón, porque si antes de tener preparados a los oyentes rompieren en este afecto, a ellos les parecerá que que están delirando como embriagados.

6. A aquellos predicadores que se proponen imitar a otros que están más aventajados en este ejercicio, y no solo procuran asemejarseles en la elocuencia, sino remedar también su modo de accionar y de pronunciar, debo advertir que lo practiquen con circunspección y cordura. Porque como lo primero que se mira en la acción es el decoro, conviene que entiendan que no todas las cosas son a todos decorosas.

Pues hay en esto –como dice Quintiliano– cierta razón oculta que no puede explicarse, y así como con verdad se dijo que lo principal del arte es el decoro en lo que hagas,

así ni esto puede estar sin arte, ni todo ello puede enseñarse con el arte². En unos no tienen gracia las virtudes, en otros como que los mismos vicios agradan. Vimos cómo los famosos comediantes Demetrio y Estratocles dieron gusto con diferentes virtudes³.

Por tanto, cada uno debe conocerse, y para formar la acción no solo se instruya en las reglas comunes, sino consulte también su naturaleza⁴.

7. El mismo consejo que da Quintiliano sobre la lección e imitación de los autores más célebres, debemos tomar para imitar la pronunciación de los predicadores insignes. Dice de este modo:

No piense pronto el lector que cuanto hayan dicho los grandes autores es perfecto, porque también yerran alguna vez y se rinden al trabajo y lisonjean al gusto de sus ingenios, y no siempre están en lo que hacen, y a veces se fatigan, pareciendo a Cicerón que alguna vez Demóstenes dormitaba, y a Horacio le pareció lo mismo de Homero⁵. Verdaderamente son grandes, pero al fin hombres. Y a los que cuanto han hallado en aquellos lo tienen por canon de elocuencia, sucede que imitan lo peor, porque esto es más fácil, y luego, siguiendo los vicios de los hombres grandes, se creen ya muy semejantes a ellos⁶.

Estos son los vicios comunes de la pronunciación y acción. Ahora resta insinuar los vicios que de ordinario se hallan en el gesto.

§ 1. VICIOS DEL GESTO

8. Empezando por los dedos y manos, el primer vicio es alargar la palma vuelta hacia arriba, extendidos todos los dedos, al modo de los que piden limosna. En el segundo, diferente de este, incurren algunos que aprietan de tal modo los dedos como hacen los que quieren sacar agua de alguna fuente, lo cual no es menos

² Cf. M. T. CICERÓN, *De oratore*, I, 29, 132.

³ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, IX, 3, 177-178.

⁴ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, IX, 3, 180.

⁵ Cf. HORATIO, *Ars poetica*, 359.

⁶ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, X, 1, 24.

indecoroso. El mostrar alguna cosa con el pulgar vuelto, lo tiene Quintiliano más por un recurso que por un adorno de la oratoria⁷.

9. En el movimiento de los brazos se peca también de muchas maneras. Porque primeramente es vicio alargar el brazo derecho y accionar con el codo, como yo noté en un predicador muy hábil. Otro vicio de los brazos es extenderlos de más hacia los lados, a manera de los que están crucificados. Así dice Quintiliano:

Los maestros prohíben alzar la mano sobre los ojos, o bajarla del pecho; y dicen que es muy vicioso empezar la acción en la cabeza y concluirla en el vientre⁸.

Dice también que aplaudir, lo que frecuentemente hacen ahora muchos predicadores, es teatral. Pues aunque esto sea alguna vez bien visto en un asunto muy grande, el repetirlo mucho ofende los oídos y los ojos de los oyentes, sobre todo si el que lo hace está enardecido, y los otros lánguidos o acaso menos atentos. Con no menor fealdad dan algunos palmadas en el púlpito, siendo esto tan vicioso como aquello.

10. Mas herir el muslo —decía Quintiliano de los oradores de su tiempo—, lo que se cree que hizo Cleón el primero de todos en Atenas, está en uso y parece bien en los airados y mueve también al oyente. Y Cicerón lo desea en Calidio, diciendo: *No se hirió la frente, no el muslo*: aunque sea lícito por lo que toca al muslo, disiento por lo que toca a la frente⁹.

Y el mismo describe el vicio de los hombros por estas palabras:

También se sacuden los hombros, vicio del que se cuenta que Demóstenes se corrigió valiéndose del medio de disertar en un púlpito angosto, y con una lanza pendiendo en tal disposición que, si con el calor del decir se olvidare de evitar este vicio, con la herida se enmendara¹⁰.

11. Pues, ¿qué diré de aquellos que con pies y brazos y con el inquieto movimiento de todo el cuerpo, más parece que luchan y no que accionan? Porque o doblan por medio el cuerpo, o bajándose se esconden dentro del púlpito, o como que salen de él

⁷ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, XI, 3, 104.

⁸ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, XI, 3, 112.

⁹ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, XI, 3, 123.

¹⁰ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, XI, 3, 130.

y se levantan en alto. Así, pues, como la acción lánguida carece de movimiento, así la acción demasiado viva es indecorosa y fea. Ha de haber medida en las cosas, y todos los extremos se apartan de lo recto y ofenden a los que miran.

12. Queda otro vicio, al cual el deleite y la ignorancia de los oyentes puso nombre de virtud, y consiste en remedar los dichos y hechos de otros, parte con el gesto, parte con la voz, a manera de comediantes. Quintiliano ejemplifica diciendo que:

es como uno que, para indicar a un enfermo, se tomara el pulso según hacen los médicos, o para significar un tañedor de cítara hiciera el ademán de herir con sus manos las cuerdas, lo cual debe estar muy lejos de la acción. Porque el orador debe diferenciarse muchísimo de un bailarín, para que el gesto se acomode más al sentido que a las palabras, cosa que acostumbraban hacer también los comediantes algo más serios. Pues así como permito arrimar la mano al pecho cuando el orador habla de sí mismo, y alargarla hacia aquél a quien señala, y otras cosas semejantes, así no me acomodo a que imite todos los estados y que demuestre cuanto diga.

13. Y esto conviene que se observe no solo en las manos, sino en todo el gesto y la voz. Porque en aquel período: “Estuvo el pretor del pueblo romano calzado de sandalias”...¹¹, no se ha de imitar la inclinación de Verres sobre una mujerzuela. O en aquella: “Era azotado en la plaza de Mesina”¹², no debe torcerse el movimiento de los costados cual suele hacerse al golpe de los azotes, o prorrumpir en voces semejantes a las que saca la fuerza del dolor. Como también me parece que obran pésimamente los comediantes que, en la representación de algún discurso de viejo o de mujer, lo pronuncian con voz trémula y afeminada, lo que prueba que hay alguna imitación viciosa aun en aquellos cuya arte consiste totalmente en la imitación¹³.

14. Y si en un orador que discurre de materias tocantes al uso de esta corta vida, reputa esta imitación indecorosa, ¿qué diría del predicador evangélico que discurre de la vida perdurable y de los suplicios eternos? No me influye que los oyentes alaben

¹¹ M. T. CICERÓN, *In Verrem*, II, 5, 86.

¹² M. T. CICERÓN, *In Verrem*, II, 5, 162.

¹³ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, XI, 3, 88-91.

comúnmente esta imitación, pues alaban lo que halaga sus oídos y lo que les da materia de entretenimiento y risa, al modo que alaban un imitador que imita bien las voces y hechos de los hombres; esto lo reprenden sin embargo los varones graves y eruditos, cuyo juicio debemos seguir antes que procurarnos el aplauso popular. Pues tienen como cosa indigna que la autoridad de un doctor eclesiástico degenera en los gestos y liviandad de comediantes.

15. Hay asimismo otros vicios del rostro, según enseña Quintiliano en la primera instrucción del aprendiz de retórico, que se tienen que evitar:

Cuidará también que cuantas veces se hubiere de exclamar, sea aquel esfuerzo del pecho, no de la cabeza; para que el gesto se acomode a la voz y el rostro al gesto. Igualmente se ha de observar que la cara del orador esté derecha, que no se tuerzan los labios, que la inmoderada abertura no estire la boca, ni esté el rostro boca arriba, ni los ojos metidos en el suelo, ni inclinada la cerviz hacia algún lado. También en la frente puede haber varios vicios. Vi a muchos cuyas cejas se levantaban al esforzar cada palabra, las de otros que se encogían, las de otros también que se contraponían, subiendo la una hasta los cabellos, mientras que la otra casi cerraba el ojo. Aun estas cosas son de una importancia infinita, como después diremos. Y nada indecoroso puede ser agradable¹⁴.

Advertidos estos vicios que brevemente expusimos, conocerá fácilmente el prudente predicador los demás de la acción o pronunciación.

¹⁴ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, I, 11, 8-11.

8

DIFERENTES MANERAS DE PRONUNCIAR EN LAS SENTENCIAS

1. Todo esto que se ha dicho de la facultad de pronunciar y accionar, lo hemos copiado casi a la letra de Quintiliano, príncipe de este arte, pasando en silencio aquellas cosas que nos han parecido menos convenientes a nuestro propósito, o que podrían causar fastidio u oscuridad al lector. Juzgamos que esto es suficiente para que el predicador capaz, instruido con estas doctrinas, pueda entender por sí mismo las otras. Sin embargo, teniendo en cuenta la importancia de este asunto, en el que si uno se empeña en alcanzarlo de manera perfecta ningún trabajo será inútil, me ha parecido que debía complacer a quienes deseaban algo más. Por tanto, a continuación trataré de explicar de modo sencillo y por así decir, con una sabiduría sin arte, lo que hasta aquí hemos dicho de modo general.

2. Aclaro que de ningún modo intento instruir en este lugar a un predicador acabado, sino llevar desde los primeros rudimentos de este arte al inexperto y casi niño en ella. Porque al modo que los maestros de la escuela, que enseñan el arte de leer o escribir, comienzan primero por los elementos de la literatura, y luego suben a cosas mayores, para perfeccionarlos hasta que sepan leer o escribir sin tropiezo, así yo, discurriendo por muchísimos géneros de sentencias, de que constan las principales partes de un sermón, y apuntando el tono de voz con que cada una de ellas se

debe pronunciar, abriré fácil entrada para que entienda de qué modo deban pronunciarse las demás. Pues lo que Quintiliano dijo en general, acomodaré yo también a sentencias especiales y singulares, procurando ilustrarlo con varios ejemplos, en cuya pronunciación podrá ejercitarse cualquiera que desea ser perfecto en esta facultad.

3. Esto que realizo, no lo hago sin la autoridad del propio Quintiliano, que aconseja se aprendan de memoria lugares insignes de los autores, en los cuales podamos ejercitar diferentes maneras de pronunciación:

Será muy bueno aprender algunas cosas de memoria, con que te ejercites; porque al momento de hablar, si alguno se distrae con la atención de la voz, pierde aquel afecto que se concibe de las cosas mismas, y así conviene aprender de memoria muchos y varios lugares que tengan clamor, disputa, razonamiento e inclinación, para que a un tiempo nos dispongamos para todo¹.

Y asimismo indica que el principiante de retórica procure aprender de algún representante de comedias esta natural forma de pronunciar, aunque en ese mismo lugar, como en todos, enseña que una es la pronunciación del orador y otra la del retórico².

4. También aconseja lo que dijimos acerca de escogerse algunos lugares insignes, en cuya pronunciación se ejerciten los principiantes:

Debe también enseñar el comediante de qué manera se ha de narrar, con qué autoridad se ha de persuadir, con qué movimiento se levante la ira, qué inclinación sea decente a la conmiseración. Lo cual se hará bellísimamente si entresacara ciertos lugares de las comedias, y los más idóneos para esto, quiero decir que sean semejantes a las acciones. Esos mismos serán no solo utilísimos para pronunciar, sino también muy acomodados para aumentar la elocuencia. Y esto mientras que la débil edad no sea capaz de cosas mayores. Mas cuando sea oportuno leer oraciones, y vaya sintiendo sus virtudes, entonces que le ayude una persona diligente y entendida, que no solo lo

¹ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, XI, 3, 25.

² Cf. M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, I, 11, 1-4.

forme con la lectura, sino también que le haga aprender las cosas escogidas de lo leído y decirlas de pie claramente; y de qué modo conviene actuar, para que constantemente se ejerza la voz y la memoria en la pronunciación³.

5. Pero por cuanto no nos es permitido ni decoroso a nosotros escoger los lugares de las comedias, para ejercitarnos en la pronunciación, alegaremos algunos lugares de las Sagradas Escrituras, y primeramente los que muestran una figura de diálogo que parecen más acomodados para el ejercicio de esta facultad. Y si en estos ejemplos me entretuviere demasiado, nadie debe razonablemente enojarse conmigo. Pues *soy deudor a sabios y a ignorantes*⁴, y habiendo mostrado hasta aquí a los sabios la manera de pronunciar, me esforzaré ahora en explicar esta misma a los más rudos. Aunque, confesando sinceramente la verdad, lo que más me movió a este trabajo fue el ver muy pocos predicadores que posean esta recta y natural manera de pronunciar. Y esto es más lamentable porque esta ignorancia cae en algunos que, estando instruidísimos en las otras partes de la elocuencia, por faltarles esta virtud, pierden absolutamente todo el fruto de su trabajo y de la común utilidad. He pensado, pues, si es que nosotros podemos hacer algo, precaver esta pérdida de utilidad pública, con este nuevo método de enseñar.

³ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, I, 11, 12-14.

⁴ Ro 1,14.

9

VARIOS EJEMPLOS DE SENTENCIAS, SACADOS DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS

1. Insinuaré brevemente lo que quiero tratar sobre todo en este lugar. Dijimos arriba que la manera de pronunciar se divide en tres partes; un modo de pronunciar que conviene a las principales partes del sermón, esto es, a la exposición, a la prueba y a la amplificación; otro, a las diferentes sentencias, que se hallan en estas partes; y otro, a cada voz en particular de las que se contienen en estas sentencias. Pero por cuanto la mayor perfección de la pronunciación consiste en pronunciar aptamente semejantes sentencias, esta parte que tocamos arriba de paso y con brevedad, la hemos guardado para este lugar, para que, tratemos sobre ella de modo amplio, en lo posible, y la ilustremos con varios ejemplos.

2. Comienzo confesando mi incapacidad, porque sé que no podré expresar con la pluma las diferentes inflexiones y figuras o tonos de la voz. Pero sí podré advertir al prudente lector que se debe usar de este o de aquel tono de voz en las diferentes partes de cualquier sentencia que se haya propuesto y él fácilmente lo conocerá por sí, si no es del todo incapaz. Ahora bien, recorrer todos los géneros de sentencias y señalar a cada una de ellas su diferente modo de pronunciar sería una labor casi infinita, de ahí que considero el método más apropiado el que, propuestas algunas figuras de palabras y de sentencias, de que hemos hablado

en la parte segunda y quinta de esta obra, consideremos qué manera de pronunciar requiere cada una de ellas. Porque así como todas las figuras tienen un gesto y forma particular de elocución, así también requiere su peculiar forma de pronunciar. Comencemos, pues, a hablar de aquellas que expresan algún afecto y movimiento del ánimo, porque en estas aparece más el modo de pronunciar.

3. La primera figura y otras semejantes a esta, gusta llamarse *manifestación del deseo*, en latín *optatio*, la cual requiere su cierta forma de pronunciar, para que exprese el afecto de un ánimo deseoso; como aquella de la esposa en los Cantares: *¡Ah, si fueras tú un hermano mío, amamantado a los pechos de mi madre! Podría besarte, al encontrarte afuera*¹. Un poco más viva, más afectuosa e indignada es aquella manifestación de deseo de Jeremías: *¡Quién me pondrá en el desierto, en una posada de caminantes, para huir de mi pueblo, porque todos son adúlteros y una cuadrilla de prevaricadores!*². Más piadosa y como de un compasivo es aquella: *¡Quién convirtiera mi cabeza en llanto, y en fuente de lágrimas a mis ojos, para llorar día y noche los muertos de la hija de mi pueblo!*³. También: *¡Ojalá supieran y entendieran mi conducta, y previesen el funesto fin que está reservado a mis enemigos!*⁴. En todas estas debe guardarse un mismo tono de voz, bien que con alguna desemejanza, conforme a la naturaleza de las sentencias.

4. Contraria a esta es la *maldición* o *imprecación*: *Perezca el día en que nací y la noche en que se dijo: se ha concebido un hombre*⁵.

También es vehemente aquella maldición de Dido en Publio Marón:

Mas antes plugue a Dios mil muertes muera, / la tierra se abra y donde estoy me hunda, con fiero rayo Júpiter me hiera, / y en el horrible infierno me confunda [...], ¡O santa castidad!, que te haga ultraje / y que tu ley quebrante y homenaje⁶.

Esta maldición debe pronunciarse con voz fuerte y terrible. Mas la bendición pide un tono de voz muy diferente, al ser

¹ Cf. Ct 8,1.

² Jr 9,1.

³ Jr 8,23.

⁴ Dt 32,41.

⁵ Job 3,3.

⁶ VIRGILIO, *Eneida*, IV, 24-27.

contraria a aquella, como la del profeta: *El Señor le conserve y le dé vida y en la tierra le haga feliz*⁷... Con este tono de voz se ha de pronunciar todo aquel salmo que comienza: *Que te oiga el Señor en el día de la tribulación...*⁸. Semejante figura de voz requieren también aquellas bendiciones frecuentes en las Sagradas Escrituras, como la de Isaac a Esaú:

*Ves abí a mi hijo, que echa un olor semejante al de un campo que el Señor ha colmado de bendiciones. Mi Dios te haga crecer, te dé del rocío del cielo y de la grosura de la tierra*⁹...

5. Semejante a esta es la *obsecración*, la cual requiere una voz blanda y suave, pero no afeminada. Tal es aquella de san Pablo:

*Mas yo, Pablo, yo mismo que os hablo, os ruego por la dulzura y modestia de Cristo; yo que, según algunos, estando presente parezco bajo y menospreciable, y ausente me porto con vosotros con arrojo. Os ruego que, cuando esté presente, no me vea obligado...*¹⁰.

A la obsecración es muy cercana la invitación o llamamiento a la justicia y piedad, la cual requiere semejante suavidad de voz como la del Señor en el evangelio: *Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados*¹¹. Con semejante blandura de voz o, digámoslo así, blandilocuencia, ha de ser pronunciada aquella invitación del real profeta: *Venid, hijos y escuchadme, yo os enseñaré el temor del Señor*¹².

6. Fuera de estos hay muchos otros movimientos y afectos del ánimo, que así como son varios, piden también varios modos de pronunciar. Porque de diferente manera nos quejamos y lamentamos de nuestra suerte, como cuando el profeta con piadoso y afligido ánimo se queja, diciendo:

*¿Hasta cuándo, Señor, me olvidarás? ¿Será esto para siempre? ¿Hasta cuándo apartarás de mí tu rostro? ¿Cuánto tiempo llenaré yo mi alma de la inquietud de tantos designios diferentes y mi corazón cada día de dolor? ¿Hasta cuándo se elevará mi enemigo sobre mí?...*¹³.

⁷ Sl 40,3.

⁸ Sl 19,1.

⁹ Gn 27, 27-28.

¹⁰ 2Cor 10, 1-2.

¹¹ Mt 11,28.

¹² Sl 33,12.

¹³ Sl 12, 2-3.

Así el santo Job: *¿Hasta cuándo diferís Vos el perdonarme y darme algún ensanche para que pueda respirar un poco?*¹⁴. Pero con mayor vehemencia se queja el profeta Habacuc cuando dice: *¿Hasta cuándo, Señor, clamaré yo a ti, y no me escucharás? ¿Hasta cuándo levantaré el grito hacia Vos, padeciendo violencia, y no me salvarás?*¹⁵. Y Miqueas:

*¡Desgraciado de mí, que estoy reducido a recoger racimos al fin de otoño, después que ya se pasó la vendimia! No he hallado un solo racimito para comer, y he deseado en vano bigos de primera flor. Ya no se encuentra santo en la tierra, ni hay persona de un corazón recto!*¹⁶.

7. Con esta misma interjección ¡ay! no solo nos dolemos de nuestra desgracia, sino que también conminamos a otros muertes y suplicios. Así Amós:

*¡Ay de vosotros, que vivís en Sión en la abundancia de todas las cosas, y que ponéis vuestra confianza en la montaña de Samaria! ¡Grandes, notables de la capital de las naciones, que entráis con fastuosa pompa en las asambleas de Israel!*¹⁷.

Así el Señor en el evangelio: *¡Ay de vosotros escribas y fariseos hipócritas, que cerráis a los hombres el reino de los cielos!*¹⁸.

8. A la conminación o amenaza es parecido el afecto de indignación. Así el Señor por Ezequiel:

*Y llenaré mi furor, y daré contigo en el desierto y te haré el oprobio de las gentes que están a tu derredor, y serás oprobio y blasfemia, escarmiento y pasmo para las gentes que están en tu contorno, cuando hiciere en tí los juicios, en mi furor, en mi indignación y en toda la efusión de mi cólera. Yo, el Señor, lo he dicho: yo arrojaré saetas de hambre contra ellos, las cuales serán de muerte. Y arrojaré sobre vosotros hambre y bestias muy dañosas hasta acabaros, peste y hambre pasarán por tí, y pondré la espada sobre tí. Yo, el Señor, he hablado!*¹⁹.

De la misma suerte el Señor por Isaías:

¹⁴ Job 7,19.

¹⁵ Ha 1, 1-2.

¹⁶ Mí 7, 1-2.

¹⁷ Am 6,1.

¹⁸ Mt 23,13.

¹⁹ Ez 5, 13-15.

*Callé, siempre guardé silencio, sufrí, hablaré como la mujer que va de parto, destruiré, y juntamente me sorberé, asolaré los montes y los collados y secaré toda la hierba*²⁰.

Así el mismo Señor en el Cántico:

*Fuego se prendió en mi furor, y arderá hasta lo más hondo del infierno, y se tragará la tierra con sus plantas y abrasará los cimientos de los montes. Dientes de bestias arrojaré contra ellos con el furor de las que sobre la tierra se arrastran y serpean*²¹, y lo demás que se sigue en este sentido.

En estas palabras se ve claramente que la atrocidad de la indignación pide igual atrocidad en la pronunciación, para que el tono de la voz corresponda al discurso y sentencia.

9. Ocurre también no pocas veces el afecto de *admiración*. Tal es aquello de Isaías: *¿En qué ha parado este amo despiadado, cómo el tributo, que él tan rigurosamente exigía, ha cesado?*²². Y: *Cómo caíste del cielo, Lucifer, que nacías por la mañana. Caíste en tierra, el que llagabas a las gentes...*²³. También a veces este afecto se mezcla con otros. Así en el mismo Isaías se junta con la indignación: *¿Cómo te has hecho ramera, ciudad fiel, llena de juicio?*²⁴. Con el dolor en Jeremías, cuando dice: *¿Cómo esta ciudad, llena de pueblo, ha quedado tan desierta?*²⁵... De esta manera lamenta David la ruina de sus amigos, diciendo: *¿Cómo cayeron los valerosos y las armas belicosas perecieron?*²⁶.

10. La *ironía* que hay en las sentencias no carece de algún afecto de amargura, la que debe manifestar la pronunciación. Así el Señor en el evangelio: *Dejadlos andar, que ciegos son y guía de ciegos*²⁷... También tiene semblante de ironía aquello de Isaías: *Comamos y bebamos, que mañana moriremos*²⁸. Y el Señor en el Apocalipsis: *el que hace injusticia, hágala aun; y el que anda en suciedades, ensúciase aún*²⁹.

²⁰ Is 42, 14-15.

²¹ Dt 32, 22-24.

²² Cf. Is 14, 4-6.

²³ Is 14,12.

²⁴ Is 1,21.

²⁵ Lm 1,1.

²⁶ 2Sam 1,27.

²⁷ Mt 15,14.

²⁸ Is 22,12.

²⁹ Ap 22,11.

11. El *acortamiento*, que hemos contado entre las figuras de sentencias, expresa muchas veces un grande afecto, no hablando, sino callando. Así el real profeta: *Mi alma está muy turbada, mas tú, Señor, ¿hasta cuándo?*³⁰. Porque el afecto del que desea se cortó en este vocablo y, oprimido con la agudeza del dolor, no pudo proseguir más adelante, pues falta el verbo «no me perdonas» u otro semejante. Diferente afecto de ánimo insinuó cuando dijo: *Mi cáliz que embriaga*³¹, pues en el hebreo está cortada la oración. Porque la partícula *quam praeclarus est* fue añadida por el traductor para mayor claridad³². Con una oración así acortada podemos significar una pasión de ánimo grande, cuando levantamos al punto más alto la dignidad o, lo que es más corriente, la indignidad de alguna cosa. Llegados así a este punto, se encalla la oración, como si el que predica no encuentra ningún modo de hablar bastante digno con que poder explicar lo que resta. Así como atónito, se para, se pasma y calla, con cuyo silencio, cuando el ánimo del orador está verdaderamente conmovido, se conmueven vehementemente los ánimos de los oyentes. Tan grande fuerza del divino Espíritu puede hallarse en el predicador que acaba alguna vez el mismo sermón con un acortamiento semejante, y deja suspensos y temblando a los oyentes. Cosa que sería ridícula si se hace solamente por el arte del predicador, cuando se practica por un ánimo penetrado del celo de la gloria divina, es sobremanera eficaz para mover los ánimos.

12. Tienen algo de afectos los siguientes géneros de oraciones: en primer lugar la *aseveración*, la cual, como dice Quintiliano, a veces vale más que las pruebas mismas³³. Requiere cierto denuedo y vivacidad en la voz y en el semblante, que descubran la confianza de su causa. Tal es aquella de Pablo:

*Mirad, yo Pablo, os lo digo; si os hacéis circuncidar, de nada os servirá Cristo. Otra vez declaro a todo hombre que se circuncida que será obligado a guardar toda la ley*³⁴.

Y en otra parte del mismo: *Si nosotros no tenemos más esperanza en Jesucristo que para las cosas de esta vida, somos más miserables que todo el*

³⁰ Sl 6,4.

³¹ Sl 22,5.

³² Cf. S. JERÓNIMO, *Divina Bibliotheca*, psal. 22,5; PL 28,204.

³³ Cf. M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, I, 4, 20.

³⁴ Ga 5, 2-3.

resto de los hombres³⁵. Y el mismo: *No queráis errar. Ni los fornicadores, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los impúdicos... poseerán el reino de los cielos*³⁶.

13. Con la aseveración tiene alguna semejanza la *adjuración*, como es aquella del pontífice Caifás: *Por Dios vivo te conjuro que nos digas si tú eres Cristo*³⁷. Semejante energía y virtud de aseverar requiere el juramento. Así David:

*Vive el Señor, Dios de Israel, que me prohibió ofenderte, que si no hubieses salido luego a mi encuentro de aquí a la primera luz de mañana, no le hubiera quedado en vida a Nabal ni hombre ni bestia de su casa*³⁸.

De esta manera Elías a Abdías, que estaba temblando, le anima con este juramento: *Vive el Señor de los ejércitos, en cuya presencia estoy, que hoy me presentaré delante de él*³⁹, esto es, del rey Acab. Así a David, que lamentaba la muerte de su hijo Absalón, le dice Joab:

*Ahora, pues, levántate y déjate ver de tus servidores; háblales y testifícales la satisfacción que tienes de ellos. Porque te juro por el Señor que, si no salieres, no ha de quedar contigo ni uno siquiera esta noche; y te será peor que todos cuantos males vinieron sobre ti desde tus primeros años hasta el día de hoy*⁴⁰.

¿Quién no ve qué gran energía de voz requiere esta oración?

14. Tiene también la exhortación una figura de afecto, la cual con la misma voz y con cierta velocidad de pronunciar representa el imperio y la autoridad del que manda; como aquella del Señor por Isaías:

*Buscad el juicio, socorred al oprimido, haced justicia al huérfano, defended a la viuda; y esto hecho, venid y argüidme, dice el Señor*⁴¹. *Desatar los lazos de maldad, deshacer las coyundas del yugo, dar la libertad a los quebrantados, y arrancar todo yugo...*

³⁵ 1Cor 15,19.

³⁶ 1Cor 6, 9-10.

³⁷ Mt 26,63.

³⁸ 1Sam 25,34.

³⁹ 2Sam 18,12.

⁴⁰ 2Sam 19,8.

⁴¹ Is 1, 17-18.

*partir al hambriento tu pan, y a los pobres sin bogar recibir en casa*⁴²...

15. No dista mucho de la exhortación la *corrección*; cual es aquella de Salomón: *¿Hasta cuándo, perezoso, dormirás? ¿Cuándo despertarás de tu sueño? Un poquito dormirás, y otro poquito dormirás*⁴³... Y el mismo: *¿Hasta cuándo, simples, amaréis vuestra simpleza y arrogantes os gozaréis en la arrogancia y necios tendréis odio a la ciencia?*⁴⁴.

16. La *exclamación* y *apóstrofe* también contribuyen muchísimo para conmover los afectos pues no expresan este afecto o el otro, sino que a todos se acomodan, porque por cualquier afecto grande es lícito prorrumper en exclamación y apóstrofe. A la compasión pertenece aquella exclamación de Jeremías: *¡Oh, vosotros, todos los que pasáis por el camino, atended y ved si hay dolor semejante al mío!*⁴⁵. Una indignación más sosegada aquella: *¡Oh, necios y tardos de corazón para creer todo lo que han dicho los profetas!*⁴⁶. Pero más fuerte aquella de Pablo: *¡Oh, insensatos gálatas! ¿Quién os hechizó, que no obedecieseis a la verdad?*⁴⁷. Mucho más impetuosa todavía: *¡Oh generación incrédula y depravada!, ¿hasta cuándo estaré con vosotros? ¿Cuánto tiempo os sufriré?*⁴⁸.

No es necesaria la partícula «oh» para todas las exclamaciones, porque sin ella, y también con otras interjecciones con que prorrumpe un afecto vehemente, se hace la exclamación. Por ejemplo la del Bautista: *Casta de víboras, ¿quién os enseñó a huir la cólera que ha de venir sobre vosotros?*⁴⁹. Y aquella voz del Señor por Isaías: *¡Ah, me consolaré en la pérdida de mis adversarios, y yo seré vengado de mis enemigos!*⁵⁰. Así también el Señor en el evangelio, manifestando el gran dolor de su alma, dice: *¡Ay del mundo por causa de los escándalos!*⁵¹. Y: *¡Ay de aquel hombre por quien viene el escándalo!*⁵². De esta misma manera el ángel en el Apocalipsis revela la ruina de

⁴² Is 58, 6-7.

⁴³ Pr 6, 9-10.

⁴⁴ Pr 1,22.

⁴⁵ Lm 1,12.

⁴⁶ Lc 24,25.

⁴⁷ Ga 3,1.

⁴⁸ Lc 9,41.

⁴⁹ Lc 3,7.

⁵⁰ Is 1,24.

⁵¹ Mt 18,7.

⁵² Mt 18,7.

Babilonia, a los mismos hombres que se admiran y se lamentan: *¡Ay de ti, Babilonia, ciudad grande, ciudad tan fuerte, tu condenación viene en un momento*.⁵³ También se cuenta entre las exclamaciones aquella de Jeremías: *¡Ah, Señor, Dios mío, los profetas sin cesar están diciéndoles: no veréis el cuchillo, ni la guerra, y no habrá hambre entre vosotros*.⁵⁴

Así como la letra «o», igualmente la «a» sirve con mucha comodidad a las exclamaciones, porque una y otra, por cuanto llena la garganta, es muy a propósito para exclamar. Pero de estas la «a» me parece más acomodada y fácil para pronunciar y descubre menos el artificio del orador siendo como cierta señal del afecto natural que prorrumpe. La cual, si con prudencia la maneja el predicador en sus lugares, moverá no poco los afectos de los oyentes.

17. Semejante a la exclamación es el *apóstrofe*, como que siempre va junto con ella; y en consecuencia sirve para todos los afectos. Vehemente es: *Oye, cielo, y recibe mis palabras en tus oídos, tierra: porque el Señor ha hablado por su boca*.⁵⁵ Y lo de Moisés: *Al cielo y a la tierra cito por testigos, que luego habéis de perecer en la tierra que, pasado el Jordán, habéis de poseer*.⁵⁶ Ni es menos vehemente: *Pasmaos, cielos, sobre este caso, y vuestras puertas se caigan de espanto. Porque dos males ha hecho mi pueblo*.⁵⁷ ... Así también Ezequiel: *¡Oh espada, espada, sal de la vaina para verter sangre, afílate para matar y resplandecer*.⁵⁸ Mas con otro tono de voz debe pronunciarse aquel apóstrofe suavísimo: *Destilad, cielos, como rocío de lo alto, y lluevan las nubes al Justo; ábrase la tierra y produzca al Salvador*.⁵⁹ Del mismo modo: «Baja las ramas, tronco alto, / y las entrañas ablanda»⁶⁰.

Pues en uno y otro caso la voz de la pronunciación debe representar un afecto de ánimo deseoso. Diferente afecto requiere aquel apóstrofe de David:

⁵³ Ap 18,10.

⁵⁴ Jr 14,13.

⁵⁵ Is 1,2.

⁵⁶ Dt 4,26.

⁵⁷ Jr 2, 12-13.

⁵⁸ Ez 21,20.

⁵⁹ Is 45,8.

⁶⁰ LITURGIA HORARUM II, «Himnus ad laudes *Cruce Fidelis*: *Flecte ramos arbor alta / tensa laxa viscera*; Typis polyglottis vaticanis, 1972, 315.

*Montes de Gelboé, ni el rocío ni la lluvia caigan jamás sobre vosotros, ni haya en vuestras faldas campos de los que se ofrezcan primicias, porque ahí fue abatido el escudo de los valerosos*⁶¹.

18. La *interrogación* también admite por una parte los afectos, y por otra requiere una pronunciación notoriamente diversa del lenguaje común y muy variada, según la calidad de los afectos y sentencias. Con voz blanda y sencilla pregunta aquel joven: *Buen maestro, ¿qué haré yo para conseguir la vida eterna?*⁶². Asimismo aquello: *¿Qué conversaciones son estas que recíprocamente tenéis en el camino, y cómo es que estáis tristes?*⁶³. Pero con diferente voz preguntamos deseando: *¿Quién me dará que se escriban mis palabras? ¿Quién me dará que se estampen en un libro?*⁶⁴. Todos los miembros de esta interrogación deben ser pronunciados con un mismo tono de voz, pero con algún fervor y ahínco. Así también aquella: *¿Quién se debilita, sin que yo me debilite con él? ¿Quién se escandaliza, sin que yo me abraze?*⁶⁵. Pero más viva es aquella: *¿Por qué atropelláis a mi pueblo, y por qué magulláis a golpes las caras de los pobres?*⁶⁶. Y: *Generación depravada y perversa, ¿así correspondes a tu Señor, pueblo loco e insensato?*⁶⁷. Este interrogante ha de proferirse con cierta manifestación de ira y enojo. Como también este: *¿Por ventura no tomaré satisfacción de estos excesos, dice el Señor, o no me vengaré de nación tan mala?*⁶⁸.

Con voz de un ánimo perplejo, indeciso y congojoso ha de pronunciarse aquella pregunta: *¿A quién hablaré, o a quién llamaré para que me escuche?* Y:

*¿Quién es el hombre sabio que comprenda esto, a quien se le pueda hacer entender la palabra del Señor, a fin de que él la anuncie a los otros? ¿Por qué razón pereció esta tierra y está abrasada como un desierto, de suerte que no hay quien pase por ella?*⁶⁹.

Sería largo enumerar todas las preguntas de las Sagradas Escrituras, porque no hay parte en ellas en que no haya gran cantidad de tales ejemplos, en cuya variada y desemejante

⁶¹ 2Sam 1,21.

⁶² Lc 10,25; 18,18.

⁶³ Lc 24,17.

⁶⁴ Job 19,23.

⁶⁵ 2Cor 11,29.

⁶⁶ Is 3,15.

⁶⁷ Dt 32,5.

⁶⁸ Jr 5,9.

⁶⁹ Jr 6,10; 9,11.

pronunciación podrá ejercitarse el predicador, para conseguir la verdadera y natural forma de pronunciar.

19. También el *razonamiento fingido*, que hemos referido entre las figuras de sentencias, que introduce hablando a diferentes personajes, sirve a diversos afectos. Y por eso requieren distintas figuras de voz. Porque de un modo pronunciamos aquel razonamiento: *Y no dijeron: temamos al Señor, que nos da a su tiempo la lluvia temprana y tardía, que nos asegura el final de la anual cosecha*⁷⁰; de otro modo aquel:

*No gimas en tus postrimerías, y digas: ¿Porque aborrecí la enseñanza y mi corazón no se rindió a las reprensiones, ni oí la voz de los que me enseñaban y no incliné el oído a mis maestros?*⁷¹.

De otro modo:

*Dijeron los impíos en el desvarío de sus pensamientos: breve y tedioso es el tiempo de nuestra vida; y el hombre no tiene que esperar ningún bien después de la muerte*⁷², y lo demás que se sigue en el capítulo dos de la Sabiduría.

De otra manera aquel con que los impíos, admirando la suerte dichosísima de los justos, dicen:

*Estos son los que han sido en otro tiempo el objeto de nuestras burlas y que dábamos por ejemplo de personas dignas de toda suerte de oprobios. ¡Insensatos de nosotros! Su vida nos parecía locura, y su muerte deshonrada. Y sin embargo, vedlos elevados al honor de hijos de Dios y de coherederos de los santos. Luego, anduvimos errados del camino de la verdad...*⁷³.

De otra manera aquel:

*Pasaré revista al fruto del engrعيمiento del rey de Asur y al orgullo altivo de sus ojos. Porque dijo: “Con el poder de mi mano lo hice y con mi sabiduría, porque soy inteligente, he borrado las fronteras de los pueblos”*⁷⁴.

20. Entre las figuras hay también otras que requieren un particular tono de voz, las cuales no será inútil referir como

⁷⁰ Jr 5,24.

⁷¹ Pr 5, 11-12.

⁷² Sb 2,1.

⁷³ Sb 5, 1-6.

⁷⁴ Is 10, 12-13.

ejemplo en este lugar. La primera de ellas es la *repetición*, en que se repite el mismo nombre al principio de la oración, y por tanto requiere que la repetición sea con un tono igual de voz. Así en Jeremías:

*Espada contra los caldeos, dice el Señor, y contra los vecinos de Babilonia y contra sus príncipes y sabios; espada contra sus adivinos, que parecerán necios; espada contra sus valerosos, que temerán; espada contra sus caballos y carruajes, y contra todo el vulgo, que está en medio de ella; espada contra sus tesoros, que serán saqueados*⁷⁵.

21. También la *conversión* pide lo mismo que la repetición, pero al final. Y así pronunciamos aquello de san Pablo: *Cuando era niño, hablaba como niño, sabía como niño, pensaba como niño...*⁷⁶.

22. La *compleción*, que retiene la naturaleza de entrambas figuras, en la cual concuerdan entre sí los principios y los fines, guarda la figura de entrambas en el pronunciar. El ejemplo lo dimos al hablar de esta figura⁷⁷.

23. La *conduplicación*, en griego *epizéusin* (ἐπιζέουσιν), que repite una palabra, o también una oración, así como se parece a la aseveración, así ordinariamente requiere semejante manera de pronunciar. Así el Señor por Isaías: *Por mí, por mí mismo haré que mi nombre no sea blasfemado, y mi gloria no la daré a otro*⁷⁸. Y otra vez: *Yo soy, yo soy quien borro tus culpas por amor de mí*⁷⁹. Más filosas aquellas de Cicerón: «Tú, tú encendiste aquellas llamas»⁸⁰. Ejemplos de esto en la oración: «¿No quedaste conmovido cuando la madre te abrazaba los pies? ¿No quedaste conmovido?». «¿Tú te atreves a venir a la presencia de estos, traidor a la patria? Traidor, digo, a la patria, ¿tú te atreves a venir a la presencia de estos?»⁸¹. «¿A tu madre mataste? ¿Qué más diré? A tu madre mataste»⁸².

24. La *corrección* también pide una manera peculiar de pronunciar, cual es aquella de san Gregorio: «¿Qué admiramos,

⁷⁵ Jr 50, 35-37.

⁷⁶ 1Cor 13,11.

⁷⁷ Cf. M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, I, 5, 6.17.

⁷⁸ Is 48,11.

⁷⁹ Is 43,25.

⁸⁰ M. T. CICERÓN, *Filpicas*, II, 36, 91.

⁸¹ CORNIFICIO, *Rhetorica ad Herennium*, IV, xxviii, 38.

⁸² Cf. M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, VIII, 4, 7.

pues, hermanos? ¿A María que viene, o al Señor que la recibe? ¿Diré qué la recibe?...»⁸³. Así aquel viejo de Terencio, habiendo dicho que tenía un hijo, añadió: «¿Que digo que lo tengo? Antes bien lo tuve, Cremes. Si ahora lo tengo o no lo tengo, es incierto»⁸⁴.

25. También la *duda* requiere otra forma de pronunciar. Citamos a Eusebio Emiseno:

¿Qué será lo primero o lo último que yo admire? ¿Qué sin consorcio de varón se confirió la fecundidad, o que por el parto quedó la virginidad más gloriosa? Pero no es mucho, si así dio a luz, tal era Aquel con quien se había desposado⁸⁵.

San Cipriano en el sermón *De los lapsos*:

¿Qué haré en este lugar, amadísimos hermanos, fluctuando en tanta variedad de pensamientos? ¿Qué o cómo hablaré? Más que voces son menester lágrimas⁸⁶.

26. Pero entre las otras figuras, apenas alguna pide mayor diversidad en el pronunciar que el *raciocinio* y la *sujeción*, las cuales requieren casi semejante naturaleza y forma de pronunciar, ya que constan de frecuentes preguntas y respuestas. Por eso hay que variar de cuando en cuando la figura de la voz, porque de un modo preguntamos y de otro nos respondemos a nosotros mismos como a otra persona. Por tanto, no dejará de ser útil a los principiantes ejercitarse en la pronunciación de estas dos figuras. Ya pusimos ejemplos, los cuales no es necesario repetir aquí. Basta lo dicho hasta aquí, para que cada uno fácilmente entienda qué manera de pronunciar deba usar en las demás sentencias que no se pueden reducir a estas. Todas las reglas dadas se ordenan a que la pronunciación se ajuste de modo apropiado a la naturaleza de las cosas y de las sentencias.

⁸³ S. GREGORIO MAGNO, *Homiliae in evangelia*, II, hom. 33, 1; PL 76,1239D-1240A.

⁸⁴ TERENCIO AFRO, *Heauton timorumenos*, act. I, 94-95.

⁸⁵ EUSEBIO EMISENO, *Homilia*, II, 39; CCSL 191, 24.

⁸⁶ S. CIPRIANO, *De lapsis*, 4; PL 4,481B.

10

ALGUNOS EJEMPLOS DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS, PARA EJERCITACIÓN DE LOS INEXPERTOS

1. Por cuanto, como poco antes dijimos, aconseja Quintiliano¹ aprender de memoria algunos textos en que puedan ejercitarse los que desean conseguir la habilidad de pronunciar, pensé hacer una cosa útil si, además de los ejemplos que antes propuse de las Santas Escrituras, trajere también otros algo más extensos, que requieren diferente manera de pronunciar, en los cuales puedan ejercitarse los rudos en este artificio, para que aprendan la perfecta forma de pronunciar.

2. Tomemos primero aquel lugar del salmo 49: *Dijo Dios al pecador: ¿cómo tienes atrevimiento para predicar a otros y tomar mis palabras en tu boca?*². Estas dos preguntas han de pronunciarse a tono de quien reprende y se admira. Lo que añade después, se ha de pronunciar con otra inflexión de voz: *Tú aborreciste la disciplina y echaste a la espalda mis palabras... y ponías lazos para hacer caer al hijo de tu madre*³.

¹ Cf. M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, XI, 3, 25.

² Sl 49,16.

³ Sl 49,17.20.

Todos estos miembros han de ser pronunciados con un mismo tenor y viveza de voz, y han de distinguirse con sus intervalos, porque todos contienen una misma relación de pecados, salvo aquella sentencia: *si veías un ladrón, corrías con él*⁴, que se diferencia algún tanto en la pronunciación de los miembros antecedentes y consiguientes. Sigue después: *Estas cosas hiciste tú, y yo callé*⁵. Esta voz es de uno que se admira, y como que se pasma de tan largo silencio. Y por eso en este lugar debe parar un poquito la pronunciación. Pues así lo requiere la razón de admiración. Pero lo que se sigue después: *Pensaste inicualemente que seré semejante a ti*, manifiesta mayor vehemencia e indignación del que habla, y mayor aun lo que luego añade: *Yo te argüiré y lo pondré delante de tu cara*⁶, porque conviene pronunciar esto con gesto y voz amenazadora. Continúa después otra manera de pronunciar muy diferente de estas: *Entended esto los que os olvidáis de Dios, no sea que algún día os arrebaté y no haya quien os libre*⁷, porque esta sentencia ha de pronunciarse con la voz de quien prudente y oportunamente avisa y aparta del riesgo que amenaza. Con este ejemplo, pues, notoriamente se ve cuán diferente manera de pronunciar deba usarse en estos pocos versos.

3. Tomemos otro ejemplo de la primera carta de san Pablo a los Corintios (6,1ss), donde reprende sus pleitos: *¿Cómo es que alguno de vosotros, teniendo alguna diferencia con su hermano, se atreve a llevarla al juzgado de los inicuos, y no al de los santos?* Este interrogante, y los tres que después se siguen, piden el tono de voz de quien reprende con energía, se admira y apremia. Mas lo que después se sigue: *Si tuviereis, pues, diferencias entre vosotros tocantes a las cosas de esta vida, tomad por jueces en estas materias a los mínimos de la Iglesia*, esto todavía debe pronunciarse con mayor vehemencia. Porque esta oración «a los mínimos de la Iglesia», tiene un semblante de hipérbole o de ironía, que después corrige cuando añade: *para vuestra confusión lo digo*. La cual sentencia requiere sin duda otro tono de voz.

¿Es posible que no se halle entre vosotros un solo sabio, que pueda ser juez entre sus hermanos? Este interrogante pide una voz de quien se

⁴ Sl 49,18.

⁵ Sl 49,21.

⁶ Sl 49,21.

⁷ Sl 49,22.

admira y con clarísima razón convence a los que pleiteaban. En aquella partícula «es posible», parece que se ha de detener un poco. Pues el silencio, unas veces más largo, otras más corto, tiene en la pronunciación un énfasis nada vulgar. Pero la sentencia que inmediatamente añade: *Mas se ve a un hermano pleitear contra su hermano, y aun delante de los infieles*, pide la misma vehemencia y admiración de voz, teniendo en cuenta que aquella circunstancia «y aún delante de los infieles» se debe pronunciar con mayor esfuerzo y voz, para que la indignidad de la cosa sobresalga más.

Sigue después otra manera de pronunciar, cuando añade: *Esto ya es un pecado en vosotros, tener pleitos los unos contra los otros*. Pero urge con mucha mayor fuerza donde añade: *¿Por qué no preferís soportar las injusticias? ¿Por qué no sufrís más bien que os engañen?* Pues esta doble interrogación se debe pronunciar con espíritu y brío mayor. Además, pide diferente tono de voz lo que sigue: *Pero vosotros sois los que injuriáis y engaños, y esto a vuestros mismos hermanos*. En la cual sentencia aquella partícula «y esto a vuestros mismos hermanos» debe sobresalir como aquella de arriba: «y esto delante los infieles». Porque como una y otra se toman de la indignidad de la cosa y de las diferentes circunstancias de las personas, debe mostrarse esto en la pronunciación. Luego, otro tono de voz cuando añade: *¿Por ventura ignoráis vosotros que los injustos no poseerán el reino de Dios?* De la cual dista un poco lo que después añade: *No os engaños: ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los impúdicos... poseerán el reino de Dios*⁸.

Todos estos artículos se han de pronunciar con mayor vehemencia y celeridad, pero de modo que se distingán con sus intervalos. Pues la aseveración, que dicen que a veces vale más que las mismas pruebas, requiere vehemencia e ímpetu en el que asevera.

4. Por otra parte, como al ejercicio de esta facultad contribuyen muchísimo aquellas oraciones en las cuales intervienen diferentes personas, y son a modo de diálogos, también de estas traeremos algunos ejemplos. Primero donde san Mateo refiere que los escribas y fariseos fueron a ver al Señor para reprenderle de la negligencia y disciplina de sus discípulos. Le dicen: *¿Por qué razón tus discípulos traspasan las tradiciones de los*

⁸ 1Cor 6, 1-8.

antiguos? Esta reprehensión ha de pronunciarse con gran severidad y entereza de voz, para que remedemos la persona de los escribas y fariseos, que creían que era muy gran pecado comer sin lavarse las manos, contra la tradición de sus mayores. Pero con cuán diferente voz conviene proferirse la respuesta del Señor cuando dice: *¿Y por qué vosotros traspasáis el mandamiento de Dios por seguir vuestra tradición? Porque Dios dijo: Honra a tu padre y madre⁹...* Todo este razonamiento desea una voz de quien reprende y se indigna. Sin embargo, es más agudo y vehemente lo que después añade: *Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías cuando dijo: “este pueblo me honra con los labios”...¹⁰*. Porque esto viene a ser como traspasar con el puñal de la palabra de Dios a los que adulteran la ley divina.

Muy diferente tono de voz requiere lo que dicen después los discípulos al Señor: *¿Sabes que los fariseos, habiendo oído esta palabra, se han escandalizado?* Pues esto se ha de pronunciar en voz baja, como quien habla en secreto al oído, pero lo que se sigue ha de pronunciarse con una voz entera, aseverando: *todo plantío que no plantó mi Padre celestial será arrancado¹¹*. Al punto se ha de pronunciar con diferente voz lo que añadió Pedro, cuando dijo: *Explicanos esta parábola*. Mas, ¡de cuán otra manera ha de ser pronunciado lo que respondió el Señor después!: *¿Qué? ¿Todavía vosotros estáis sin inteligencia? ¿No entendéis que cuanto entra en la boca va al estómago, y después se despide en un lugar secreto?...¹²*.

5. Si alguno desea otros ejemplos, no faltan en la historia evangélica, y en primer lugar los que están a modo de diálogo, como cuando el Señor con un largo razonamiento habló a la mujer samaritana hasta que llegaron sus discípulos, preguntando ella y respondiendo el Señor¹³. Así también cuando rehúsa Pedro que el Señor le lave los pies, y el Señor insiste en el ministerio comenzado¹⁴.

6. En san Gregorio Nacianceno hay un ejemplo muy propio de esto en la oración fúnebre con que celebra las virtudes del gran Basilio, y en especial su admirable constancia en la fe contra el

⁹ Mt 15, 2-3.

¹⁰ Mt 15, 7-8.

¹¹ Mt 15, 12-13.

¹² Mt 15, 16-17.36.

¹³ Cf. Jn 4, 7-28.

¹⁴ Cf. Jn 13, 6-15.

prefecto del emperador arriano. Me ha parecido bien traerlo en este lugar, no solo por ser utilísimo a nuestro asunto, sino también por contener una historia muy digna de saberse. Dice así Gregorio:

Mas, ¿en qué modo o con qué estilo que sea bastante digno dejaré yo constancia de la osadía del proyecto, o de la virtud y sabiduría con que Basilio le resistió?

—Oye tú, dice el prefecto, llamándole por su propio nombre, porque todavía no juzgaba que debía llamarle con el nombre de obispo, ¿qué razón tienes para atreverte a resistir a tan grande emperador, y oponerte solo entre todos con obstinación y rebeldía?

—¿A qué se enderezan estas palabras, respondió Basilio, y qué rebeldía es esta, pues realmente no lo entiendo?

—¿Por qué no profesas, dijo el prefecto, la religión del emperador, siendo que ya todos los otros han sido sometidos y vencidos?

—Porque no lo quiere mi emperador, dice Basilio, ni puedo adorar a criatura alguna, siendo yo también criatura de Dios y mandando Dios lo sea.

—Mas al fin, dijo el prefecto, ¿qué te parece que somos nosotros, los que mandamos esto? ¿Por ventura nada? ¡Ea! sí, ¿no tienes por grandeza y honra juntarte con nosotros, y tenernos por compañeros?

A esto Basilio: —Ciertamente vosotros sois prefectos, y esclarecidos, no lo niego; pero de ningún modo más excelentes que Dios. Para mí sería grande honra teneros por compañeros, y ¿por qué no, siendo también vosotros criaturas de Dios? Pero así como lo son algunos de estos otros, que están sujetos a nosotros. Pues el cristianismo no es distinguido por la dignidad de las personas, sino por la entereza de la fe.

Agitado por estas razones y encendido en mayor saña, el prefecto se levantó del tribunal y prosiguió con más aspereza:

—¿Con qué tú no temes esta potestad?

—¿Por qué he de temer, respondió Basilio. ¿Qué sucederá? ¿Qué padeceré? —¿Cómo? ¿Qué padecerás?, repuso aquel: uno de los castigos que están en mi mano.

—¿Cuáles son estos?, añadió Basilio. Haced que los sepamos.

—La confiscación de bienes, dijo aquel, el destierro, los tormentos, la muerte.

Entonces Basilio: —Si tienes algún otro, amenázame con él, porque de todos los que has referido hasta ahora, ninguno nos toca.

—¿De qué manera, dice aquel, entiendes mis palabras?

—Porque, en cuanto a lo primero, dijo Basilio, no estoy sujeto a la confiscación de bienes, pues que nada tengo, sino es que necesites de estos paños rotos y consumidos y de unos pocos libros en que viene a consistir toda mi riqueza. Ni conozco algún destierro, pues que no estoy reducido a ningún lugar, y no tengo esta tierra que ahora habito y ni reputo por propia toda aquella a que fuere arrojado, antes bien, por mejor decir, sé que toda la tierra es de Dios, en la que soy extranjero y peregrino. Y los tormentos, ¿qué lugar tendrán en mí, no teniendo yo cuerpo, a menos que hables de la primera herida, porque sola esta pueden hacerme? Después de esto, tendré por gran merced la muerte, porque más presto me trasportará a Dios, para quien vivo y a quien sirvo en mi ministerio y hacia quien camino, y a prisa, estando ya medio muerto.

Atónito por estas palabras el prefecto: —Nadie, dijo, me habló —y añadió su nombre— hasta el día de hoy de esta manera, ni con igual libertad.

—Porque tampoco, dijo Basilio, diste acaso con un obispo. Que, de haber dado con él, te hubiera hablado del mismo modo que yo, disputando sobre esto mismo. Porque en otras materias, oh prefecto, somos piadosos y mansos y los más humildes de todos, según que por ley nos está ordenado; y no somos orgullosos, no digo contra tan gran poder, mas ni aun contra cualquier plebeyo y hombre de la más baja esfera. Pero cuando se pone a prueba y corre riesgo la honra y gloria de Dios, entonces a Él solo atendemos, estimando en nada todo lo demás. Pues el fuego, el cuchillo, las bestias y las uñas que despedazan las carnes antes nos sirven de gusto que de espanto. Así, cárganos de oprobios, amenázanos, haz cuanto se te antoje, goza de tu poder, oiga también estas cosas el emperador, que en verdad de ningún modo nos vencerás ni nos llevarás al extremo de que asintamos a una doctrina

impía, ni aun cuando nos amenazares con tormentos más
atroces¹⁵.

En pronunciar estos y semejantes lugares podrán ejercitarse
cuantos desean conseguir con perfección esta habilidad.

¹⁵ S. GREGORIO NACIANSENO, *Oratio XLIII in laudem Basilii Magni*, 48; PG 36,558-559.

TENOR DE VIDA DEL PREDICADOR PERFECTO. EN QUÉ TIEMPO Y CON QUÉ ÁNIMO Y AFECTO DEBE EJERCER SU OFICIO

1. Hemos concluido, amigo lector, lo que nos parecía que se debía decir en este libro del modo y del oficio de predicar. Falta ahora que, en lugar de epílogo, recojamos algunos ejemplos de lo dicho o de otras partes para que nuestro predicador los tenga siempre a la vista, como a puntos principales de este oficio. Quien puntualmente los observe, no tenga duda que saldrá insigne artífice de esta divina obra. Pero antes que tratemos de esto, debemos recordar lo que dijimos en la parte primera acerca de la persona misma del predicador. Cuatro cosas me parece que deben considerarse brevemente sobre este tema: *quién, cuándo, con qué medida y con qué fin* deba el predicador ejercitar su empleo.

§ 1. QUIÉN DEBE PREDICAR, Y EN QUÉ TIEMPO

2. Por lo que toca a lo primero, los santos padres que poblaban los desiertos de Egipto creían que estaba maduro para este oficio aquel que principalmente hubiere ya aprovechado para sí, y que con la larga costumbre de vivir bien, hubiese ordenado todos los

afectos y movimientos de su alma, para que pasando a ser en cierto modo la virtud naturaleza, con poquísimo cuidado pudiese gobernar sus costumbres y acciones y ser así fiel a su deber. Porque quien está sujeto a sus apetitos y pasiones, y quien todavía se ve precisado a combatir de continuo con los desenfrenados movimientos de la carne, no es hábil para ocuparse totalmente en refrenar los apetitos ajenos porque necesita de todo su esfuerzo para moderar los suyos. Porque instruir a otros y atraerlos al amor de la virtud es de perfectos y de aquellos que echaron ya hondas raíces en la virtud. Lo que nos enseña la naturaleza en las plantas y animales, porque ni los árboles recién plantados dan luego el fruto, ni los animales así que nacen son fecundos, sino cuando llegó su cuerpo a una justa magnitud. Y siendo muy natural a los vivientes engendrar semejantes a sí, sin embargo no ejecutan esto sino en la edad adulta y perfecta. Por eso es necesario que la virtud que debe engendrar virtud en otros esté ya experimentada y fortalecida. San Bernardo, hablando con el predicador lo dice muy bien: «Darás a tu voz virtud, si efectivamente practicares lo mismo que aconsejas, porque la voz de la obra es más eficaz que la de la boca»¹.

3. Añade también que, como el principal oficio del predicador es ocuparse en explicar la naturaleza de las virtudes y vicios, ¿quién podrá o entender o decir esto más ajustadamente que aquel que proclamó guerra perpetua a los vicios y se dio enteramente al estudio de las virtudes y de la ley de Dios? Pues aunque para el oficio de predicar sea necesaria la exquisita doctrina y erudición, sin la cual todo sermón sería temerario y ciego, sin embargo cuando a esta se allega la pureza y santidad de la vida, es cosa maravillosa cuánto la doctrina se ayuda con ella. Lo declaran muy bien los escritos de los santos padres, donde se puede ver cuánta fuerza y luz ha añadido a su doctrina la santidad e inocencia de su vida. Así el real profeta:

*Tuve más inteligencia que todos los que instruían, porque los testimonios de tu ley son el objeto de mi meditación. Entendí más que los ancianos, porque busqué tus mandamientos*².

¹ S. BERNARDO, *Epist.*, 201,3; PL 182,370A.

² Sl 118,24.98-100.

Dos cosas hay que contribuyen muchísimo a la sabiduría: el estudio y la experiencia. Aquel pertenece a los maestros, esta a los ancianos, *porque en los antiguos hay sabiduría, y en la mucha edad prudencia*³.

4. El amor y estudio de la ley divina ilumina en tanta manera los entendimientos de los justos, que se aventaja a los maestros y a los provecos en edad. De allí lo del Eclesiástico: *El alma del varón santo descubre alguna vez la verdad mejor que siete exploradores sentados en una altura para atalayar lo que pasa*⁴. Porque, dejando aparte la luz de la gracia divina y aquellos dones insignes del Espíritu Santo que se conceden para alumbrar y perfeccionar la vista del entendimiento humano⁵, cabe preguntar cuánto no contribuye ciertamente, para lograr el conocimiento de virtudes y vicios, el haber sudado y trabajado mucho tiempo en la escuela de la virtud y piedad. Pues así como *los que navegan por el mar cuentan sus peligros*⁶, así los que van por la senda de las virtudes procuran huir del ancho camino de los vicios, no solo leyendo sino mucho más peleando, aprendiendo cumplidamente la entrada y salida de este camino, las batallas y victorias, los trabajos y dolores, y las diferentes artes de pelear y los riesgos de la vida. Porque, ¿quién hablará mejor del modo de cazar que un cazador? ¿Y del arte de pescar que un pescador? ¿Quién sabrá con más acierto los rodeos y atajos de los caminos que el continuo viajero? *El que no es tentado, ¿qué sabe?*⁷. Quien jamás manejó las armas espirituales, quien nunca combatió en campaña abierta con el enemigo, quien se le entregó preso y cautivo, quien nunca ha luchado con sus pasiones, quien ningún trabajo pasó por la honestidad y virtud, ¿de qué manera podrá disputar perfectamente acerca de este combate espiritual?

5. Por esta causa, pues, Aníbal hizo mofa del filósofo Formión, que se metía a disputar de materias de guerra, siendo notoria ridiculez e imprudencia que un viejo, que jamás había visto al enemigo ni los campamentos, osase disputar de asuntos militares delante de quien por tantos años había peleado con el

³ Jb 12,12.

⁴ Sir 37,18.

⁵ Cf. S. TOMÁS DE AQUINO, *Summa theologiae*, I-II, q. 68, aa. 1-4.

⁶ Sir 43,26.

⁷ Sir 34,10.

pueblo romano, vencedor del mundo⁸. De este ejemplo entendemos de manera clara qué diferente es el modo con que hablan sobre la milicia espiritual los que valerosamente se han ejercitado en ella, que los que nunca la han ligeramente tocado. ¿Quién, pues, podrá hablar mejor de las consolaciones y regalos del divino Espíritu, de los coloquios interiores del alma fiel con el celestial Esposo, del ardor e ímpetu de la caridad, de aquella sobria embriaguez del espíritu con que son arrebatadas a Dios las almas de los santos, que aquel que experimentó mucho y por largo tiempo estas mismas cosas? De lo cual claramente se infiere con cuánta verdad dijo el profeta: *La observancia de tus mandamientos me dio entendimiento*⁹. Mas no hemos dicho esto con ánimo de disminuir la necesidad o la estimación de la doctrina, sin cuya luz andarían los mortales en densísimas tinieblas de errores, y sin la cual nadie debe tomar el cargo de enseñar en la Iglesia; sino para mostrar, como poco antes dijimos, cuánta riqueza de luz y de calor añade la entereza y santidad de la vida a los estudios y doctrina de la sagrada teología.

6. De lo dicho fácilmente podrá colegirse lo que en segundo lugar pusimos, esto es, en qué tiempo deba el predicador emprender este oficio. Porque si este oficio solamente pertenece a los que se arraigaron sólidamente en la virtud, se sigue que nadie que no haya llegado a esta firmeza y solidez de virtud debe ejercer este empleo. Y por eso el profeta con razón compara al varón justo con un *árbol plantado junto a la corriente de las aguas*, el cual *dará su fruto en su tiempo*¹⁰. Pues no todas las cosas vienen bien a todos los tiempos, diciendo Salomón: *Tiempo de abrazar y tiempo de alejarse de los abrazos*¹¹. Aquello mira a la vida privada de los justos, que gozan de las delicias del espíritu y de los abrazos del celestial Esposo; esto a la pública, que toda se ocupa en procurar la salud de los otros.

7. Muy elegantemente notó Orígenes que aquel gran amador de la Sabiduría llama unas veces a la misma Sabiduría *esposa* y otras *hermana*; pues aunque sea diferente la razón de uno y otro nombre, ambos convienen a la Sabiduría, la cual en un tiempo debe ser

⁸ Cf. M. T. CICERÓN, *De oratore*, II, 18, 75-76.

⁹ Sl 118,104.

¹⁰ Sl 1,3.

¹¹ Qo 3,5.

esposa y en otros hermana. Y ciertamente en el tiempo en que es esposa, está destinada a los abrazos de su solo esposo, y no puede comunicarse a otro; mas luego que se hizo hermana, bien puede casarse con otros. Primeramente, pues, escógela por esposa, de cuyas delicias solo tú goces: *Porque su conversación nada tiene de desagradable, ni su compañía de fastidioso, sino que se encuentra en ella la satisfacción y la alegría*¹². Después sácala en público, como a hermana castísima y dala a gozar a otros. El trastorno de este orden hace que el predicador se perjudique a sí mismo, y no pueda aprovechar a otros. Porque levantar a otro no es para el que está caído, y nadie puede dar a otros lo que él mismo no tiene. El parto inmaduro, de árboles o de animales, jamás llega a ser perfecto. Así sucede que el trabajo intempestivo del predicador es ciertamente inútil para otros, y de perjuicio y detrimento para sí. Lo declara san Bernardo por estas palabras:

Esparces y pierdes lo tuyo, si antes de llenarte todo, a medio henchir te das prisa en derramar, arando contra la ley con el primogénito del buey y trasquilando al primogénito de la oveja. Quiero decir que te privas de la vida y salud que intentas dar a otro cuando, vacío de buena intención, te hinchas con el viento de la vanagloria¹³.

§ 2. CIRCUNSPECCIÓN Y RECTITUD CON QUE SE HA DE EJERCER ESTE MINISTERIO

8. Sigue a continuación lo que pusimos en tercer lugar, esto es, la *medida* y prudencia que ha de usar el predicador en su oficio. Lo que en pocas palabras enseña el Eclesiástico cuando dice: *Acoge al prójimo según tus recursos, y cuida de no caer tú mismo*¹⁴. Porque el orden de la caridad pide esto, de lo cual se gloria la esposa en los Cantares¹⁵. Pide este orden: que el predicador aproveche de tal manera a otros, que no se falte a sí mismo; de tal modo vele por la salud ajena, que no abandone la suya propia; de tal modo sea liberal con los otros, que no esa escaso para sí; de tal manera

¹² Sb 8,16.

¹³ S. BERNARDO, *In Cant.*, sermo 64,3; PL 183,1085.

¹⁴ Sir 29,27.

¹⁵ Cf. Ct 2,4; *ordinavit in me caritatem*.

piadoso, que consigo no sea cruel; de tal suerte, en fin, saludable, que no sea inútil para sí, siendo negligente consigo mismo.

9. Esto nos enseñan aquellas cinco vírgenes sabias, que prudentemente se excusaron de dar el aceite que les pedían las otras necias, diciendo: *No sea caso que no baste el aceite para nosotras y vosotras; id antes a los que lo venden y compradle para vosotras*¹⁶. Esto mismo nos enseña el Apóstol cuando dice a Timoteo: *Mira atentamente por ti y por la instrucción de los otros, porque de este modo te salvarás a ti mismo y a los que te oyen*¹⁷. Donde en primer lugar se previene al predicador que mire por sí; y en segundo que se ocupe en instruir al pueblo. Debe tener conocidas y exploradas sus fuerzas, para que primero tome para sí lo que necesitare; después emplee en los otros el tiempo y oficio que le sobrare. Porque esto es lo que insinuó el Eclesiástico, cuando dijo: *Acoge a tu prójimo según tu virtud*¹⁸, es decir que no emprendas cosas superiores a tus fuerzas, sino que sea la carga igual a tu virtud y poder.

10. Acerca de lo cual dice Séneca:

Cuantas veces intentares alguna cosa, tómate a un tiempo la medida a ti, a lo que dispones y a aquellos para quienes lo dispones¹⁹.

Y otra vez:

Para que pueda el ánimo estar quieto, no debe agitarse ni fatigarse en hacer muchas cosas, ni en apetecer las muy grandes que superen las fuerzas. Es fácil proporcionar a la cerviz peso ligero, y también transportarle a esta o a la otra parte sin caer²⁰.

Debe, pues, imitar el predicador a los que sacan los panales de las colmenas, que jamás lo agotan de modo que no dejen a las abejas repuesto de miel para comer en el invierno. Asimismo los pastores que ordeñan las ovejas hacen cuenta de los corderos que sustentan con su leche, para que no perezcan por la falta de alimento.

¹⁶ Mt 25,9.

¹⁷ 1Tim 4,16.

¹⁸ Sir 29,27.

¹⁹ M. A. SÉNECA, *De ira*, III, VII, 2.

²⁰ M. A. SÉNECA, *De ira*, III, VI, 6.

11. De este modo debe el predicador alimentar a los otros con el pasto de la celestial doctrina; pero de tal forma que también se sustente a sí mismo con ejercicios espirituales y con el trato interior con Dios. Porque tendrá que sufrir el hambre y el ayuno si descuidado de sí y hambriento, solamente cuida del sustento ajeno. Debe imitar no solo la condición y naturaleza de los animales, sino también la de los árboles, y aun la de las tierras. Porque los árboles que un año dan cosecha, en el siguiente descansan del acostumbrado trabajo de dar frutos. Igualmente los campos fértiles que produjeron un año abundante mies, en el siguiente, para que se recobren, se les permite estar sin el ordinario cultivo. Pues si la tierra, criada para dar frutos, necesita de este alternativo descanso, cuánto más nuestro espíritu, que saca las fuerzas de otra parte que de la naturaleza, necesitará en esta circunstancia combinar el trabajo y la quietud, para que, apurado, no desfallezca si entregándose al cuidado de otros se descuida de sí totalmente.

12. Por lo demás, siendo que no tengo tanta autoridad como para que se deba creer a mi palabra, alegraré sobre este asunto el sentir de san Bernardo, varón santísimo, que trató las cosas de Dios no con estudio humano sino con inspiración y magisterio divino. Así escribe al Sumo Pontífice Eugenio:

Oye lo que redarguyo, lo que aconsejo. Si todo lo que vives y sabes, lo das a la acción, y nada a la consideración, en esto no te alabo. Y pienso que nadie que haya oído a Salomón lo alabará: *Quien se ocupa poco en la acción, adquirirá la Sabiduría*²¹. Ciertamente, no conviene que la consideración no preceda a la operación. Así, queriendo tú ser todo de todos a imitación de aquel que *se hizo todo para todos*²², alabo la humanidad, pero si es plena. Mas ¿cómo será plena si tú estás excluido de ella? También tú eres hombre. Luego para que sea entera y llena de humanidad, que también te reciba dentro de sí el corazón que recibe a los demás. De otra manera, *¿de qué sirve*, según el dicho del Señor, *que ganes a todos perdiéndote a ti?*²³. Por lo cual, cuando todos tengan, sé tú también de los que tienen. ¿Qué razón hay para que tú solo te defraudes de

²¹ Sir 38,25.

²² 1Cor 9,22.

²³ Cf. Mt 16,26.

tus dones? ¿Hasta cuándo has de ser *espíritu que va y no vuelve*? ¿Hasta cuándo no te ha de tocar también tu turno de recibirte a ti mismo entre los otros? *Deudor eres a sabios y a ignorantes*²⁴, ¿y a ti solo te niegas? El necio y el sabio, el esclavo y el libre, el rico y el pobre, el varón y la mujer, el viejo y el joven, el clérigo y el lego, el justo y el pecador, todos igualmente participan de ti, todos beben de tu pecho, fuente pública; y tú, apartado, ¿te estarás sediento? Si es maldito el que deteriora su patrimonio, ¿qué será aquel que se priva enteramente de él? Corran enhorabuena tus aguas por las plazas; hombres, jumentos y ganados beban de ellas; aun también da de beber a los camellos del criado de Abrahán²⁵, pero entre los demás bebe tú también de la fuente de tu pozo. *El extranjero*, dice, *no beba de él*²⁶. Por ventura, ¿eres tú extranjero? ¿Para quién no lo serás, si lo eres para ti?²⁷.

Todo esto es a la letra de san Bernardo, a cuyo testimonio nada tengo yo que añadir, quedando más que explicado por este santísimo varón lo que deseamos.

13. En cuarto lugar, creo que debe añadirse a lo dicho que quien resuelve ejercitarse en este divino ministerio, atienda con diligencia con qué espíritu e intención lo emprende, que vea si *entra por la puerta en el aprisco de las ovejas*²⁸ o si sube por otra parte. La puerta, o bien es el ardiente deseo de la verdadera caridad, o la obediencia a los superiores. Porque nadie debe subir a esta grada de honor, si no es llamado por Dios, como Aarón. Pues dijo bien el Apóstol: *¿Cómo predicarán, si no son enviados?*²⁹. Y ser enviados es ser destinados por Dios para esta obra. No basta que la misma obra sea de suyo piadosa y santa para que deba uno emprenderla, si no tiene fuerzas suficientes para llevar la carga y si no está adornado de las virtudes de que hicimos mención.

14. La entrada segura en este oficio es la obediencia, que nada tiene que deliberar, nada que examinar, no perteneciendo a esta virtud examinar los preceptos, sino cumplirlos puntualmente.

²⁴ Ro 1,14.

²⁵ Cf. Gn 24,14.

²⁶ Pr 5,17.

²⁷ S. BERNARDO, *De Consideratione*, I, 6; PL 182,734A-735A.

²⁸ Cf. Jn 10,1.

²⁹ Ro 10,15.

Pero ni aun en esto hay tanta seguridad que se permita dormir a sueño suelto. Pues Saúl tomó por mandado del Señor el gobierno del reino, del cual quiso huir procurando esconderse³⁰. Y esto no obstante, vemos que en el puerto de la obediencia padeció por su culpa un desastroso naufragio³¹. Así también no pocos que ejercen este cargo por precepto de sus superiores, engréidos con este destino, o van tras el airecillo del fervor popular, predicando al gusto del pueblo, o se desvanecen con las alabanzas que les dan otros. Así sucede que los que comenzaron con espíritu degeneran y se consumen en los afectos de la carne.

15. Mas si quisiera explicar con razones de cuántos modos diferentes se falta en esta parte y cuán grande riesgo de su salvación corren muchos, y cuánto se alucinan estos con la apariencia de una buena obra, daría materia, dolores y lamentos interminables. Por eso, he tenido por más acertado pasar en silencio cosa tan grave que tocarla ligera y superficialmente.

Hasta aquí hemos hablado de la persona del predicador y de la integridad de su vida, emprendamos ahora lo que poco antes ofrecimos.

³⁰ Cf. 1Sam 10.

³¹ Cf. 1Sam 13.

12

COSAS QUE AYUDAN A EJERCER BIEN EL OFICIO DE PREDICADOR

1. En estas partes hemos explicado muchas cosas necesarias para ejercer con fruto el oficio de predicador, sin embargo apenas se hallará quien pueda tenerlas todas presentes. Convendrá mucho entresacar algunas pocas que en esta obra son las principales y que abarcan prácticamente todo cuanto hasta aquí hemos dicho.

2. Lo primero y más importante, y la causa de casi todo, es el Espíritu celestial del cual sin duda estaba lleno el que decía: *Mas yo he sido lleno de fortaleza, de justicia y virtud del espíritu del Señor, para anunciar a Jacob su crimen y a Israel su iniquidad*¹. Este Espíritu da la entereza y santidad de la vida, levanta llamas de caridad en el pecho del predicador, enciende una ardentísima sed de la salvación del prójimo, excita un tristísimo dolor de las almas que se condenan, y obliga a hacer a Dios continuas plegarias por ellas; cosas todas que dijimos son necesarias a un predicador evangélico. Sobre lo cual dice así san Bernardo:

De buena gana oigo la voz de aquel doctor que más procura mi llanto que su aplauso. Verdaderamente debes mostrarte tórtola, si enseñas a gemir; y si deseas persuadir, más debes procurarlo gimiendo que declamando².

¹ Mí 3,8.

² S. BERNARDO, *In Cant.*, sermo 59, 3; PL 183,1063A.

Pero porque de este asunto se dijo ya mucho en la primer parte de esta obra, al presente solo me atrevo a decir resueltamente que para predicar bien ayuda más este celestial Espíritu que todos los preceptos de los retóricos recogidos en uno. Mas como es un don de Dios, y don ciertamente nobilísimo, se debe pedir con continuos ruegos a aquel Señor que *da un Espíritu bueno a los que se lo piden*³. Porque nadie crea que con arte y fingimiento ha de poder hacer lo que con la virtud y fuerza de este divino Espíritu.

Pues el fingimiento o simulación –como dice juiciosamente Quintiliano– se descubre él mismo por más que se procure ocultar; no fue jamás tan grande el poder de la elocuencia, que no titubee y se ataje siempre que las palabras no concuerdan con el ánimo⁴.

3. En segundo lugar, después de la gracia del Espíritu Santo, a quien damos la primacía, entra la habilidad de pronunciar, la cual es increíble el gran poder que tiene en el hablar, de la cual nada hay que debamos añadir en este lugar, habiéndose dicho tanto.

§ 1. AFLUENCIA DE PALABRAS Y MODO DE ADQUIRIRLA

4. En tercer lugar, se ha de recoger abundancia de términos, que de ningún modo podrá alguno adquirir perfectamente sino con mucha lectura de los libros que están escritos en la lengua vernácula, de que usamos en los sermones. Daremos las razones de por qué es tan necesario esto al predicador.

5. Consta que la parte principal de la elocuencia consiste en que a la dignidad de las cosas corresponda una locución igual, que predicando, hagamos cada cosa tan grande como es, para que el estilo no sea inferior al peso y dignidad de las materias. De manera que como la sombra al cuerpo, así las palabras deben seguir la naturaleza de las cosas y unirse con ellas, para lo cual dos cosas son necesarias: una, que concibamos dignamente los asuntos de que hemos de hablar, y toda su fuerza y naturaleza; la otra, que esto mismo que concebimos en el entendimiento, lo declaremos plenísimamente por medio de las palabras y del discurso, y

³ Lc 11,13.

⁴ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, XII, 1, 29.

nuestro mismo pensamiento lo transfundemos de algún modo al ánimo de los oyentes.

6. Pero podrá entenderse cuán difícil sea conseguir esto explicando la diferencia entre el modo de hablar de los ángeles y de los hombres. Porque los ángeles, mayormente los de orden superior, así como por menos especies entienden más cosas, así en brevísimo espacio de tiempo manifiestan a otros sus especies. Mas, por lo que toca a los hombres, es la vena del humano entendimiento tan angosta, que necesita de más tiempo para comprender más cosas, y de muchos términos para explicarlas. Así los ángeles, al modo de los vasos de boca muy ancha, cuanto tienen dentro lo vacían en un instante; mas el entendimiento de los hombres, y la lengua, intérprete del entendimiento, como una vasija de boca estrecha, de gota en gota por así decirlo y por largo espacio de tiempo exprimen con muchas palabras la naturaleza de las cosas.

7. Para lograr esto se ha de tener a mano gran cantidad de palabras, para que el predicador no tenga necesidad de pararse a cada concepto que hubiese formado de las cosas y como mendigar de puerta en puerta de qué modo debe proferirlo. No basta una muchedumbre de términos desordenada y confusa, sino una abundancia muy selecta de ellos que expresen nuestro pensamiento con grandísima claridad y propiedad. Porque unas palabras explican la naturaleza de las cosas con más claridad, otras con más elegancia, otras con más energía. Y todavía es más difícil que las palabras se acomoden a los asuntos, siendo cierto que unas palabras sirven a cosas alegres, otras a tristes, otras a grandes, otras a atroces. Pues conviene que en las materias atroces hasta los términos sean atroces y ásperos al oído.

8. Para tener, pues, a la mano esta cantidad de términos idóneos, se necesita, como hemos dicho, de mucha lectura de libros escritos en lengua vulgar. No basta leer mucho desordenadamente y de prisa. Es menester leer sosegadamente y con reflexión, notando con diligencia las frases y modos de hablar de la lengua, y todos los vocablos que por razón de algún tropo se apartan de la propia significación, o que expresan la cosa con energía y propiedad exquisita. Y ante todo conviene observar las metáforas insignes, las cuales por comprender cierta semejanza en una o en pocas palabras, es indecible cuánta gracia dan al discurso

y cuánto sirven para explicar y adornar los asuntos mismos, y también y aun mucho más para amplificarlos y engrandecerlos. Así algunas cosas grandes, cuya grandeza sin embargo no alcanzamos, las nombramos con vocablos transferidos de cosas grandísimas, como cuando llamamos al demonio *león*, *dragón*, *serpiente antigua*, *enemigo del género humano*, *príncipe de las tinieblas*, *bestia cruel*, etc. Por cuyo motivo los libros de los salmos y profetas abundan en todas partes de metáforas y alegorías.

9. Así que procurará el predicador con continua lectura atesorar un gran caudal de estas insignes metáforas, las cuales debe usar con prudencia y la debida moderación. De manera que no sea demasiado frecuente la metáfora, ni tampoco dura u oscura, como lo son algunas sacadas del interior de la filosofía; y mucho menos baja, como son las que se toman de cosas viles y sórdidas. Que tampoco se alargue mucho, como hacen muchos que una vez tomada la metáfora no saben apartarse de ella, y sucede que esforzándose en vestir diversas cosas con un mismo traje, dicen muchas cosas dura, impropia y poco prudentemente; la oración debe constar en cambio en gran parte de locución propia. Ayudará también a la memoria notar esto mismo en los libros, poniendo algunas comillas o señales, para que cuando los volvamos a leer advertidos con estas señales, nos paremos allí y encarguemos a la memoria y a la imitación lo ya marcado.

10. Al leer no solamente debemos apuntar la gracia y hermosura de los tropos, sino también las figuras señaladas, tanto de palabras como de sentencias, mencionadas en la parte antecedente; y en fin todo cuanto es propio del arte, para que así renovadas sus reglas con varios ejemplos, queden más firmes en la memoria y se tengan siempre delante de los ojos y se presenten al orador sin buscarlas. Los que son diligentes en esta parte, escriben en un cuadernillo preparado para esto los lugares insignes que observaron leyendo, para que con su frecuente lectura se hagan más expeditos para la imitación. Y deben hacerlo muchas veces, principalmente cuando han de predicar, para que con esta diligencia tengan a la mano abundancia de palabras.

§ 2. OPINIÓN DE QUINTILIANO SOBRE ESTO MISMO

11. Se ve fácilmente cuán provechosa sea semejante lectura, porque siendo tres las cosas que hacen a un hombre elocuente: *arte, imitación y ejercicio*, la lectura pertenece a la imitación, que nos pone a la vista lo que debemos seguir e imitar en la locución. Será muy oportuno comprobarlo con la autoridad de Quintiliano, y también explicarlo un poco más extensamente. Él enseña cuán necesaria es al orador la abundancia de términos y el modo de adquirirla:

Así como es necesario conocer estos preceptos de elocuencia, así no tienen ellos la energía que es menester para hablar si no se les junta una firme facilidad que los griegos llaman *éxin* (ἔξις)⁵, es decir hábito. Sé que suele disputarse si conseguimos mejor esta facilidad escribiendo, leyendo o hablando. Lo que debemos examinar con mayor cuidado es si con una de estas cosas podemos contentarnos. Porque están todas entre sí tan enlazadas y confundidas que si alguna de ellas falta, en vano se habría trabajado en las demás. Porque no será jamás sólida o robusta la elocuencia, si no toma fuerzas con mucho ejercicio; y no teniendo ejemplar que lo dirija, es vano su trabajo. Aquel, pues, que sabe de qué modo debe decirse cada cosa, pero no tiene preparada como a la mano la elocuencia para todos los lances, será como el que duerme sobre tesoros encerrados⁶.

12. Y luego:

No hay duda que ha de acaudalar algunas riquezas, de las cuales puede valerse siempre que sea menester. Estas consisten en provisión de cosas y de palabras. Las cosas son propias de cada causa o comunes a pocas; los vocablos han de prepararse para todas, porque si hubiere uno para cada cosa, pedirían menos estudio, porque se presentarían juntos con las cosas mismas. Mas siendo unos más propios, más elegantes, más eficaces, o de mejor cadencia que otros, no solo deben saberse todos sino que deben tenerse presentes y por decirlo así a la vista, para que cuando se presenten al juicio del orador, pueda

⁵ ἔξις: disposición, aptitud, capacidad, hábito; VOX.

⁶ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, X, 1, 1-3.

fácilmente escoger los mejores. Yo sé muy bien que algunos han estilado aprender de memoria una colección de vocablos sinónimos, para que con mayor facilidad surja uno de entre muchos; y cuando han usado de alguno, si dentro de breve rato es necesario otra vez, para evitar la repetición echan mano de otro con el cual se pueda entender lo mismo. Pero esto, siendo pueril y de un infeliz trabajo, es también de poca utilidad, pues solo recoge una confusa muchedumbre, de la cual toma lo primero que le viene. Nosotros, en cambio, debemos adquirir una abundancia con juicio, poniendo la mira en la fuerza del orar, no en una voluble charlatanería. Y esto lo conseguiremos leyendo y oyendo lo mejor. Porque con este cuidado no solo conocemos los mismos nombres de las cosas, sino cuál sea el más propio y conveniente para cada lugar. Pues casi todos los vocablos se admiten en el discurso, excepto algunos pocos menos decentes⁷.

13. Y poco después:

Todos los vocablos, exceptuados los sobredichos, son en alguna manera muy buenos, porque también alguna vez se necesita de humildes y vulgares; y los que en la parte más culta parecen sórdidos, son propios donde el asunto lo pide. Mas para que sepamos esto y para que conozcamos no solo el significado de las voces, sino también sus formas y medidas a fin de colocarlas debidamente en su lugar, es preciso haber leído y oído mucho. Pues es indudable que por los oídos adquirimos el primer y principal conocimiento de la lengua. En confirmación de esto se refiere que unos niños, criados por orden de los reyes en un desierto por nodrizas mudas, si bien profirieron algunas palabras, con todo no supieron hablar. Además de esto, debemos advertir que hay algunos vocablos que significan una misma cosa, de modo que nada importa que uses de este o de aquel, verbigracia, “hoja” y “espada”; otros que, aunque sean nombres propios de algunas cosas, por tropo tienen un mismo sentido, como “hierro” y “punta”. Así abusivamente llamamos “asesinos” a todos los que mataron a alguien con cualquier arma que sea, y otras veces manifestamos las cosas con rodeos de muchos vocablos, como dijo Virgilio: “y con abundancia de cuajada”, para decir

⁷ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, X, 1, 5-9.

“mucho leche”⁸. Y variando de frases, explicamos lo mismo, como: “sé, no ignoro, no se me escapa, no se me pasa por alto, ¿quién ignora? y nadie duda”. Mas también es lícito tomar las palabras de lo que está más cerca, porque “entiendo, siento y veo” valen muchas veces lo mismo que sé, cuya abundancia y riquezas nos dará la lectura, para que las usemos, y no solo como surjan, sino también como convenga. Pues no siempre pueden usarse indistintamente, diciéndose bien que el entendimiento ve, mas no que los ojos entienden⁹.

14. Como leyendo y oyendo se adquiere este caudal de palabras, el mismo Quintiliano prefiere el leer al oír:

En los que leen es más libre y acertado el juicio que en los que oyen, a quienes por lo común preocupa el afecto al orador, o perturban las voces de los que le aplauden. A veces tenemos vergüenza de disentir a lo que él dice, prefiriendo nuestro dictamen al suyo; a veces agradan a muchos las mayores necesidades, y no pocas veces los aduladores alaban aquello mismo de que no gustan, y al contrario, sucede que ingenios depravados reprueban lo mejor. La lectura es libre, no pasa corriendo con el ímpetu de la acción, sino que se puede repetir muchas veces, ora dudes, ora quieras fijarla en la memoria. Repitamos, pues, una y muchas veces la misma lección; y al modo que mascamos y casi licuamos los manjares, para que con mayor facilidad se digieran, así la lección se ha de tomar de memoria y se ha de proponer a la imitación, no cruda, sino bien ablandada por la repetición y como rumiada; y esto solamente se entiende de la lectura de los libros que son muy buenos y muy selectos, poniendo en ella el mismo cuidado que ponemos en escribir. No debemos contentarnos con examinar por partes lo que contienen los libros, sino que, leídos una vez, debemos volver a leerlos por entero y reparar en aquellas oraciones en que frecuentemente se ocultan deliberadamente muchas virtudes¹⁰.

⁸ VIRGILIO, *Égloga*, I, 82.

⁹ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, X, 1, 9-14.

¹⁰ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, X, 11, 17-21.

§ 3. UTILIDAD DE LA AFLUENCIA DE PALABRAS

15. Ahora expondré brevemente las utilidades que conseguirá el predicador con la abundancia de términos. Primero, cualquiera que adquiera un copioso caudal de palabras idóneas puede explicar sus pensamientos de modo completo y claro, que es lo más propio de la elocuencia. Porque siendo las voces, según enseñan los filósofos, señales de las pasiones del alma, quien abundare de voces y con la continua lectura las tuviere como a la mano, con mayor facilidad, brevedad y energía expresará sus sentimientos; y por consiguiente, con menos estudio y trabajo adornará su sermón. Porque quien es rico de palabras, fácilmente puede expresar su mente, así hablando como escribiendo, que es el segundo trabajo y el principal, después de la invención de las cosas.

16. Finalmente, este mismo apresto de vocablos es también causa de que en gran parte nos libremos del miedo y temblor que sorprende a muchos predicadores. Este miedo trae dos gravísimos inconvenientes, que aniquilan casi toda la fuerza del decir. En primer lugar guía el juicio al orador, que oprimido con mucho miedo, no prevé bastante lo que debe decir ni cómo, que es lo mismo que entregar en una tormenta el timón a un piloto adormecido. El entendimiento debe gobernar el timón de la predicación y reflexionar lo que ha de decir, para que la lengua no vaya delante del entendimiento sino el entendimiento delante de la lengua, y esto no se puede dar cuando está destituido en gran parte de su agudeza y luz, preocupado por el miedo, de suerte que con mucha dificultad previene lo que se tiene que decir.

17. Este mismo miedo, como al principio dijimos, afecta también la pronunciación, que requiere grandísima serenidad y, digámoslo así, señorío en el predicador para que, estando muy sobre sí, en un mismo espacio de tiempo atienda con prudencia a lo que dice y a la figura y variedad de la voz con que lo dice. Esta libertad al predicar la logra cumplidamente quien tiene abundancia de palabras, porque hace que en cualquier período pueda al fin hallar salida, aunque haya comenzado inconsideradamente, sin incurrir en algún error ni turbación. Y por consiguiente, el predicador pierde en gran parte el miedo, sabiendo que tiene

apercibido el remedio para todos los tropiezos. Por lo que no debe tratarse con descuido un negocio que tantos socorros nos suministra para predicar.

18. No obstante, que nadie piense que esta acumulación de términos se atesora con el designio de que expresemos una misma cosa con muchos nombres del mismo significado, como algunos practican ineptamente. Porque esto no tiene sustancia si no se hace en su lugar, está lleno de vana ostentación y nada se opone tanto a la verdadera elocuencia. Tampoco pedimos que desviándonos del modo común de hablar, usemos siempre de las voces más selectas, porque esto da indicio de curiosidad, vanidad y de elocuencia afectada, y además quita el crédito al predicador. Pues, ¿a qué fin atesoramos este caudal de términos? No para otro sino para que con brevedad, facilidad y, lo principal, con toda energía declaremos nuestros pensamientos, y esto sin ninguna impropiedad o rusticidad del lenguaje, como ya dijimos. Mas aquel adorno de palabras y de estilo que va siguiendo los mismos asuntos es muy digno de elogio, de modo que la elegancia no parezca traída de fuera sino nacida de las cosas mismas. Así, amonesto que se eviten todos los vocablos inusitados y que muestran alguna sospecha de artificio, al modo que los navegantes evitan los escollos. Porque realmente a los oyentes cuerdos parece cosa indignísima que donde se tratan negocios de tanta importancia se ponga más cuidado en las palabras que en las cosas, sobre lo cual, siguiendo a Quintiliano, ya hemos dicho mucho al principio de esta parte.

19. Me he detenido tanto en esto, porque a costa de muchas experiencias he aprendido de cuánta utilidad sea esta facultad para predicar bien. No ignoro empero que algunos, sin este trabajo y aun sin estudio alguno del arte, hablan con grandísimo adorno, mayormente los que con el mucho ejercicio de predicar se han adquirido una cosecha abundante de palabras. Más estos, como dice Quintiliano, tienen pocos imitadores de su excelente naturaleza e ingenio, pero muchísimos de su descuido. A este fin, pues, nos aplicamos al arte para que los que no recibimos de la naturaleza tan noble habilidad de hablar, por beneficio del arte la consigamos; y lo que aquellos deben a la esclarecida índole de su ingenio, nos lo dé el arte y la aplicación. Porque aun aquellos mismos, a quienes formó y dispuso la naturaleza para hablar bien,

lo harán todavía con mucha más extensión y adorno, si perfeccionan su naturaleza con el arte y la enseñanza.

20. Mas porque hemos dicho que la lectura de los libros escritos en la lengua patria contribuye a obtener abundancia de términos, el predicador estudioso debe tener presente que la elocuencia no solamente está en las palabras sino también y mucho más en las sentencias. Lo indican las figuras de sentencias de que tratamos en la parte antecedente, y también las diferentes maneras de amplificar, probar, narrar, describir y hacer los exordios que hemos expuesto en los demás libros y que no consisten tanto en las palabras como en las sentencias. Para que nuestra predicación se adorne con estas virtudes debemos proponernos para la imitación algunos autores, como a san Cipriano, san Juan Crisóstomo, san Basilio, san Gregorio Nacianceno, y al Niceno, hermano del gran Basilio, y a otros padres semejantes, en quienes encontraremos ejemplos elegantísimos de la facultad oratoria. Unos y otros autores deben leerse con atención, para que con la lectura de aquellos podamos adquirir abundancia de términos y con la de estos imitar las demás virtudes de la elocuencia. Ayudados de estos ejemplos sucederá que, podamos predicar apta y adornadamente. Pues bien dice Quintiliano:

Toda la razón de la vida consiste en que queramos hacer nosotros lo mismo que en los demás aprobamos. Así siguen los niños las figuras de las letras, para aprender a escribir. Así los músicos atienden a la voz de sus maestros, los pintores a las obras de los antepasados, los labradores toman ejemplo del cultivo que la experiencia ha comprobado. Finalmente, vemos que los principios de toda disciplina se forman con arreglo al ejemplar que se propone. En verdad, es preciso que seamos semejantes o desemejantes a los buenos. La naturaleza pocas veces nos hace semejantes; la imitación, muchas¹¹.

§ 4. EL EJEMPLO E IMITACIÓN

21. En último lugar hay que advertir que las reglas del arte y la lectura de los autores, por lo que toca al modo de ejercitar la

¹¹ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, X, 2, 2-3.

oratoria, sin la pluma y el ejercicio de escribir son de muy poco fruto. Porque aquellas dos primeras se ordenan a esto último como a su fin, quitado el cual es forzoso que aquellas sean inútiles, y en cambio estas se ayudan muchísimo con el uso y ejercicio de escribir. Así vemos que sucede lo que dicen los filósofos, que las causas mutuamente se causan; es decir, que se ayudan con recíprocos socorros. Porque consta que los preceptos del arte y la lectura de los buenos autores contribuyen en gran manera al uso de escribir y de hablar, siendo el arte una guía que describe la razón y orden de hablar; y la lectura, además de que confirma los preceptos del arte, sugiere abundancia de términos idóneos y nos pone delante de los ojos de algún modo un ejemplar que podemos ver y copiar con la pluma. Mas la práctica misma de escribir, además de que habilita con el propio ejercicio, muestra por la experiencia qué es lo que le falta principalmente al que escribe, es decir, de qué adornos de palabras o de sentencias se halla más destituido. Y por consiguiente, se dedica con mucha más atención y diligencia a la lectura de los buenos autores y a la observación del arte para poder socorrer su pobreza con las riquezas que esta lección le suministra.

22. De ahí se infiere la verdad de lo que suele decirse: «la pluma es el mejor maestro de la lengua». Y por eso Quintiliano la alaba con estas palabras:

El ejercicio de escribir, así como es trabajoso, así también es muy provechoso. Y no en vano le llama Cicerón el mejor hacedor y maestro del decir. Conviene, pues, escribir y muchísimo. Pues al modo que la tierra profundamente cavada es más fértil para engendrar y alimentar las semillas, así la instrucción, no tomada de la superficie, da con mayor abundancia los frutos de los estudios y más fielmente los conserva. Porque sin estas diligencias previas la misma facultad de hablar solo dará improvisadamente una locuacidad hueca y palabras que nacen en los labios. Allí están las raíces, allí los fundamentos. Allí están encerradas las riquezas, como en un tesoro sagrado, de donde se saquen cuando lo pidiere el caso para los lances repentinos. Cobremos fuerzas ante todo, que sean bastantes para el trabajo de los certámenes, y que no se consuman con el uso. Pues ninguna cosa grande quiso la naturaleza que se haga de prisa, y a cada obra muy hermosa puso su dificultad, estableciendo

también esta ley en los nacimientos, que los animales mayores estuviesen más tiempo encerrados en las entrañas de sus madres¹².

23. Mas aunque sean muchos los géneros de argumentos en que puede el candidato a la elocuencia ejercitar su estilo, en ninguna cosa podrá con más provecho ejercitarse que en traducir en lengua vulgar algunos muy elegantes escritos de los santos padres, como son muchísimas oraciones de san Basilio, principalmente aquellas que escribió en alabanza de Gordio¹³ y de los cuarenta soldados mártires¹⁴. Así pueden traducirse muchas obras de san Juan Crisóstomo, como los dos libros *Del modo de orar*¹⁵, los tres *De la divina providencia*, dirigidos a Estagirio, monje adivino¹⁶, y los seis *Del sacerdocio*¹⁷, en los cuales hallará todas las virtudes de la elocuencia, y especialmente los modos admirables de amplificar. Traduciendo estos o escritos similares no solo ejercitará y formará el predicador el estilo, sino que hallará también muchos y muy esclarecidos adornos de la predicación, procurando componer sus obras a ejemplo de estos, cuando llegue el caso de escribirlas.

24. Y de paso advertimos que con el ejemplo de estos elocuentísimos padres y de otros se llega a comprender que las reglas del arte retórica en ningún modo se oponen al Espíritu divino, pues vemos uno y otro en estos santísimos varones que, llenos por una parte del Espíritu Santo e instruidos por otra con el estudio del arte y de la elocuencia, escribieron con la mayor habilidad y elegancia. Lea el que guste el sermón *De los lapsos*, de san Cipriano¹⁸, y con justicia se podrá preguntar qué cosa deba admirar más en él, si una fuerza soberana de elocuencia o un ardentísimo afecto de caridad y de piadoso dolor en que se lamenta con tristísima oración de la caída y miserable ruina de los lapsos. Porque el arte, transformada en naturaleza de algún modo con la larga costumbre, y el entendimiento imbuido ya de antemano en los preceptos del arte, provee por sí mismo lo que

¹² M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, X, 3, 1-4.

¹³ Cf. S. BASILIO, *Pro Gordio*; PG 31,490-507.

¹⁴ Cf. S. BASILIO, *In XL martyres*; PG 31,507-526.

¹⁵ Cf. S. J. CRISÓSTOMO, *De orando Deum*.

¹⁶ Cf. S. J. CRISÓSTOMO, *Ad Stagiriam*; PG 52,259-528.

¹⁷ Cf. S. J. CRISÓSTOMO, *De sacerdotio*; PL 47,623-692.

¹⁸ Cf. S. CIPRIANO, *De lapsis*; PL 4,478B-510A.

debe decirse sin necesidad de consultar. Y por eso no solo no resiste al Espíritu Santo, que agita e inflama la mente humana, sino que también acomoda a Él el ministerio de la voz, para que deje salir afuera sus llamas asistido con la abundancia de las palabras. Esto lo digo para que nadie piense que por enseñar tantos preceptos cierro yo la puerta del Espíritu Santo, o que opongo algún impedimento, visto que sobre todo he dado el primero y más alto lugar a este Espíritu.

§ 5. VIRTUDES Y UTILIDADES DE LA INVENCION

25. Damos el cuarto lugar a la *invención*, que aunque naturalmente sea la primera, no obstante le dimos el último lugar, porque sirve como de materia a la elocuencia, y que se debe cultivar y en cierto modo animar con las virtudes de la elocución y pronunciación como con ciertas formas, como dijimos. Esto no debe admirar, ya que se ve que algunas invenciones bellísimas realizadas por los predicadores son poco agradables y por tanto menos eficaces en los oyentes, porque les falta la gracia de la elocución y de la acción, y por el contrario, si están adornadas con estas virtudes, hasta los conceptos más vulgares y trillados agradan al auditorio.

26. La primera virtud de la invención es la elección que, según dice Quintiliano, dada su importancia separaron muchos de la invención como una nueva parte de la oración¹⁹. A esta pertenece que no nos contentemos con invenciones vulgares, sino que escojamos las mejores y apropiadas a nuestro intento. Porque hay algunos de tan corto ingenio que dejan las cosas más insignes, al no alcanzarles la fuerza, y van en busca de lo que es más vulgar y obvio, aun para los rudos. Por eso, para esto es muy necesaria la fuerza y agudeza del ingenio, con que, al modo de plateros peritos, examinemos el valor y calidad de los metales y separemos el oro fino del adulterado.

27. Por otro lado hay muchos que estiman más de lo razonable las invenciones de sus ingenios, por rudas que sean, engañados

¹⁹ Cf. M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, III, 3, 4-9.

por la filaucía²⁰, común enfermedad del linaje humano, al modo que los padres juzgan a sus hijos, aunque feos, muy hermosos y muy dignos de su amor. Quien se viere libre de esta enfermedad podrá juzgar mucho mejor de las invenciones. Aunque no faltan otros que están tan lejos de este afecto, que nada propio les agrada. Uno y otro es vicio: amar todo lo suyo, y no amar nada, «y no sé –dice Quintiliano– quienes son los que faltan más; si aquellos a los que todo lo suyo agrada, o a quienes nada»²¹. Por otro lado, las invenciones y sentencias escogidas tienen también esto, que con su esplendor y dignidad aficionan el ánimo del predicador, que con esta disposición escoge fácilmente las palabras apropiadas y figuras de hablar muy ajustadas a la materia, con las cuales enuncia lo que él concibió en su ánimo. Y además, con este mismo afecto no solo posee habilidad para hablar bien sino también fuerza y brío para accionar, de manera que el afecto que él mismo concibió en su ánimo, lo traslada al de los oyentes con la misma vehemencia y calor de la acción. Al modo que dicen los filósofos que las formas de las cosas corpóreas se educen del mismo seno y potencia de la materia, así también de alguna ilustre y esclarecida sentencia se sacan dos formas en el decir, la elocución y la acción.

28. Otra virtud de la invención es escoger principalmente para predicar aquello que pide la naturaleza del argumento, la condición y la necesidad de los oyentes. De estos dos respectos se toma en primer lugar la razón de hablar aptamente, aunque se debe tener más en cuenta a los oyentes a quienes se dirige la enseñanza del sermón que a los mismos argumentos. Cuando no prestan atención a esto y solo consideran lo que requiere la naturaleza del asunto, se extienden más en la materia de lo que corresponde a la utilidad de los oyentes, y por eso los dejan casi vacíos y ayunos. Así algunos, tratando de las calumnias y del odio de los fariseos contra el Señor, teniendo a mano muchos lugares de la historia evangélica que convienen en lo mismo, procuran recogerlos y amontonarlos todos, y en esto emplean toda o la mayor parte del sermón, descuidando enteramente la instrucción de los oyentes. Los tales, como parados en el camino y

²⁰ Filaucía: (Del gr. φιλαυτία, egoísmo). 1. f. ant. amor propio; R.A.E; Cf. ERASMO, *Moriae encomium*, 42.

²¹ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, X, 3, 12.

embelesados en mirar lo que aparece en el mismo camino, se olvidan del fin adonde debían encaminarse. Porque es innegable que todo cuanto decimos ha de ser conducente a plantar las buenas costumbres y a arrancar las malas; solamente se ha de predicar lo que conduzca a este fin. Por tanto, así como los carpinteros o albañiles todo lo que hacen lo arreglan al nivel y nada aprueban que de él se desvíe en un ápice, así el predicador ponga siempre ante los ojos este blanco o nivel, y nada piense que conviene más por nuevo, sutil o gustoso que sea a los oídos del pueblo, que no pertenezca a este propósito. De otra manera, se tiene que tener por traidor si tratando la causa de Cristo y de las almas cuida más de su negocio que del de Cristo, y tiene más cuenta consigo que con la salud de las almas.

29. A esta observación pertenece que el lenguaje del orador se acomode a la diversidad de los oyentes. Sobre lo cual dice así san Gregorio Magno:

Según enseñó antes que nosotros Gregorio Nacianceno, de venerable memoria, no conviene a todos una misma exhortación, porque no todos son de las mismas costumbres, dañando muchas veces a unos lo que a otros aprovecha. Ordinariamente las hierbas que son alimento para unos, son muerte para otros. Un leve silbo sosiega los caballos y hostiga a los perros. El alimento que conforta la vida de los robustos, quita la de los niños. Conforme, pues, a la calidad de los oyentes debe formarse la elocución de los maestros para que a cada cosa se le dé lo que le conviene y sin embargo nunca se desvíe del fin de la común edificación²².

Y hablando de esta virtud en el mismo libro:

Nuestra lengua sea alivio para los buenos, aguijón para los malos; reprima a los soberbios, sosiegue a los airados, despabile a los perezosos, amoneste a los tercos, ablande a los ásperos de genio, consuele a los desesperados, para que los que nos llamamos maestros mostremos a los viadores el camino de la salud²³.

30. Y para que el predicador ejecute cómodamente todo esto debe tener bien conocidas y aun anotadas en un papel las

²² S. GREGORIO MAGNO, *Regula pastoralis*, III, «prologus»; PL 77,49C.

²³ S. GREGORIO MAGNO, *Regula pastoralis*, III, «prologus»; PL 77,49.

costumbres de los hombres a quienes predica, y asimismo los pecados públicos de que más adolece el pueblo, como también sus medicamentos y remedios, para que todo su sermón se enderece a esto mismo, y para que a cualquier lado que la fuerza del argumento le empujare predicando, se acuerde que debe volver otra vez a lo mismo, porque en vano parece que se dice todo cuanto de este fin se desvía.

31. Pero especialmente suelen practicar esto los que se han empeñado en este oficio de tal manera que puede con justicia recaer en ellos el nombre de *administrador fiel*, con que los llamó el Señor en el evangelio²⁴. No solo se ocupan continuamente en la salvación de las almas, predicando muchos sermones, sino también oyendo las confesiones de los penitentes. Así con esto no solamente aprenden cada día las costumbres de los hombres, sus vanos cuidados y comunes maldades, sino lo que es más, conciben también en el ánimo un justo enojo contra ellas y una piadosa compasión de los pecadores, de donde se sigue que declamen con mayor ímpetu y ardor contra sus vicios. Llegan también a comprender y a dar con los verdaderos y saludables remedios de los vicios, puesto que cada día se ven precisados a tratar y discurrir las medicinas convenientes a semejantes enfermedades. No descubren por este medio solo los vicios generales que cunden en el pueblo, sino también las perversas opiniones de las cosas y las sofisticas y aparentes razones que los inducen a los vicios, y para combatirlos se arman de robustísimas razones.

32. Hay entre nosotros un insigne predicador que se ocupa principalmente en refutar con fortísimas razones las vulgares opiniones y dictámenes falaces con que los hombres perdidos intentan mostrar como honestas sus maldades. Porque como todo vicio proceda de algún error del entendimiento o de alguna siniestra persuasión, es gran prudencia *poner la segur a la raíz para arrancar de cuajo todas las plantas que no plantó el Padre celestial*²⁵. Y el conocimiento de estas opiniones o vicios hace que prediquemos aptísimamente y que tengamos también más atentos a los oyentes,

²⁴ Cf. Mt 25,21; Lc 12,42.

²⁵ Mt 15,12.

porque es cierto que los hombres escuchan con más atención lo que entienden que es más importante para ellos.

33. Dejamos a la prudencia del predicador la circunspección que debe guardar en reprehender semejantes vicios, para que en vez de medicinas saludables no dé veneno al pueblo o materia a algún grave resentimiento. Sin embargo, me parece bueno advertir que no crea fácilmente a los acusadores cuando delatan las costumbres de sus superiores o preladados. Porque llevados muchas veces de motivos livianos o movidos de su pasión particular, les achacan falsos delitos y, si los predicadores les creen, al instante los acriminan en sus sermones sin ningún grave testimonio o examen de la acusación. Con lo cual se excita contra uno la ira y enojo de los superiores, y no solo pierden con ello el fruto de la doctrina, sino también la confianza. Por cuyo motivo en ninguna parte es más necesaria la prudencia que en increpar los vicios de algunas personas, para que no calle lo que debe decir, y no diga temerariamente lo que debe callar.

34. De diferente manera, pero quizá con no menor perjuicio, pecan los que con motes y graciosidades mueven al pueblo a risa. Pues estos se hacen una gran injuria a sí mismos, mientras que con la misma predicación se desacreditan, porque nadie se va a persuadir que pretendan de veras apartar de los vicios a los que así procuran halagar al oído, captar el aplauso y mover a la risa. De aquí es que, declarando san Jerónimo aquel lugar de Isaías: *Pueblo mío, los que te llaman feliz, éstos mismos te engañan*²⁶, dice de este modo: «Es doctor eclesiástico aquél que mueve a lágrimas, no a risa, que reprende a los pecadores, que a ninguno llama dichoso ni afortunado»²⁷. Y a Nepociano: «Enseñando tú en la iglesia, no se levante el clamor del pueblo, sino el gemido, tus alabanzas sean las lágrimas de los oyentes»²⁸.

35. También debe el predicador pasar en silencio las cosas demasiado sutiles, y que exceden la capacidad del pueblo, porque en vano se dice lo que no se entiende. Y los que practican lo contrario, procuran más ostentarse que instruir al pueblo.

²⁶ Is 3,12.

²⁷ S. JERÓNIMO, *In Isaiam*, cap. III, 13; PL 24,67.

²⁸ S. JERÓNIMO, *Epist.*, 52 (*Ad Nepotianum*), 8; PL 22,534.

Conforme a lo cual, exponiendo san Gregorio aquel lugar del santo Job: *Sobre ellos destilaba mi palabra*²⁹, dice así:

Debe atender el predicador a no predicar más de aquello que pueda el oyente comprender, no sea que mientras junta unas cosas fáciles a otras sublimes y que no han de aprovechar, procure él más su ostentación que el provecho de los oyentes³⁰.

36. En último lugar debe añadirse que esto mismo que hemos dicho no sirve sin un estudio y trabajo pertinaz, pues no pretendemos formar un predicador vulgar y ordinario, sino a uno muy singular y provechoso a los hombres. Y si Cicerón no tiene por elocuencia la que no causa admiración³¹, siendo así que aquella elocuencia de los gentiles apenas tenía otra cosa que vocablos y adornos de elocución que pudiese causar esta admiración, qué deberá sentirse de la elocuencia cristiana, que se emplea toda en explicar los altísimos y admirables arcanos de la celestial filosofía, y que con la hermosura de las palabras y con la gravedad y majestad de las cosas arrebatada en admiración los entendimientos humanos. Cuán grande, pues, será la ignominia del predicador evangélico si no tiene suspensos los ánimos de los oyentes, poniéndoles a la vista no tanto hermosas palabras como misterios admirables. Pues esta gloria tan grande no se alcanza con la ociosidad y pereza, sino con un ímprobo estudio y trabajo, siendo necesario haber leído muchos y varios libros en el curso de su vida, y siendo inevitable un gran estudio y fatiga para cada sermón.

37. Con este estudio se disponía Demóstenes para orar, por lo que comúnmente se decía que sus discursos olían a candil, significando por esta voz las vigiliadas en las que preparaba sus discursos. Él mismo confirmó este testimonio de la gente, repitiendo a menudo «que sentía mucho que algún herrero u otro artesano se le adelantase a sus vigiliadas del alba»³². Y cuando le preguntaron de qué manera había adquirido tanto caudal de

²⁹ Job 29,22.

³⁰ S. GREGORIO MAGNO, *Moralium*, XX, 2; PL 76,137A.

³¹ M. T. CICERÓN, *Epistulae ad Brutum*, ex M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, VIII, 3, 6; ARISTÓTELES, *Rhetorica*, III, II, 5.

³² M. T. CICERÓN, *Tusculanae disputationes*, IV, XIX, 44.

elocuencia, respondió: «gastando más aceite que vino»³³. Pues con esta aplicación y trabajo logró llegar a obtener el mismo lugar entre los oradores griegos que Cicerón entre los latinos, y aún él, como dice Quintiliano, al mismo Cicerón «hizo tan grande como es»³⁴. En alabanza de Cicerón escribió San Jerónimo en una epístola aquel bellissimo elogio: «Demóstenes te quitó que fueses el primer orador; tú a él, que no fuese el único»³⁵. Y tanto a uno como a otro los estimuló un deseo ardentísimo de la gloria humana para conseguir con gran trabajo esta habilidad de hablar.

38. Pero a nosotros no nos es permitido aplicarnos a este estudio con este afecto y voluntad, pues está prohibido *ofrecer sacrificio a Dios con fuego ajeno*³⁶. Así que debemos pedir a Dios con continuas oraciones aquel fuego que envió sobre los apóstoles³⁷, para que inflamados con el ardentísimo amor de su gloria y de la salud de los prójimos, nada dejemos de hacer y ningún trabajo perdonemos con el fin de ganar las almas de muchos para Cristo, autor de nuestra salud. Pues se necesita de mucha lectura, de mucha meditación y actividad del alma y de mucho cuidado y aplicación para que podamos componer un buen sermón, enriquecido de cosas buenas y bien dichas. Estudio que no puede dejar de ser muy molesto, siendo indispensable repetir las mismas cosas muchas veces y aprenderlas de memoria, lo que no carece de fastidio y molestia, que debe vencer el ardiente amor a Cristo.

39. Ninguno se crea bastantemente instruido para predicar si toma de memoria los mejores sermones de algún varón esclarecido. Porque nadie podrá desempeñar dignamente este cargo si lo que recogió de otra parte no lo vuelve o resuelve de tal manera en su alma que con la añadidura de muchas cosas y con el modo de tratarlas, de ajenas las haga en cierta manera suyas, para que no parezcan buscadas en otra parte, sino nacidas en su casa, lo cual no es poco trabajo y ocupación. Pues cuanto aquél a quien procura imitar es más aventajado en esta facultad de orar, tanto más dificultoso es acomodar a su ingenio humilde lo sublime.

³³ F. L. DE GRANADA, *Colectánea de filosofía moral, Obras completas* XLVII, 241 ex L. D. BRUSONIUS, lib. IV, cap. 31.

³⁴ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, X, 1, 108.

³⁵ S. JERÓNIMO, *Epist.*, 52 (*ad Nepotianum*), 8; PL 22,534.

³⁶ Lv 10,1.

³⁷ Cf. He 2,14.

Pues esto viene a ser lo mismo que querer uno acomodar las armas doradas de Saúl al pequeño cuerpo de David.

Esto es, por tanto, lo que el estudioso predicador debe ante todo tener presente para que pueda fielmente ejercitar su oficio. Brevemente diremos lo que falta.

CÓMO DEBE EL PREDICADOR ADORNAR SU SERMÓN

1. Esto así presupuesto, ha de insinuarse brevemente de qué manera el predicador debe adornar y escribir su sermón. Conviene tener presente que de las cinco partes de la retórica –de que hablamos en la parte segunda de esta obra–, tres son necesarias para escribir: la *invención*, la *disposición* y la *elocución*. El primer trabajo consiste en hallar lo que debes decir. A cuyo hallazgo o invención contribuirán el talento y el tesoro de sentencias recogido de antemano, como también el arte de inventar, de que tratamos en las partes antecedentes; y además de esto, una diligente y estudiosa lectura, con la cual se acrecientan los tesoros de la invención. Pero, como hablamos hace poco del modo de la invención, no es necesario añadir sino solamente que a esta asidua lectura junte el predicador en cuanto le sea posible un piadoso afecto del alma, para que aquel afecto que haya concebido dentro de sí leyendo, le traslade predicando a los ánimos de los oyentes. Mas si leyendo halla algo que le mueva particularmente, deténgase allí, revuélvalo y rúmielo en su alma, y no pierda la ocasión que se le ha ofrecido de aprovecharse de aquel piadoso afecto. Y todo lo que encontrare leyendo o meditando, apúntelo brevísimamente en un papel, para que con esto tenga a la vista cuanto hubiere hallado y pueda escoger y ordenar lo que fuera más a propósito.

2. Después de la invención el cuidado inmediato es el de la disposición. Así, cuando hubo elegido lo más apto de aquel amontonamiento y como selva de cosas, es preciso ponerlo en

orden y colocarlo en su lugar. Lo debe hacer de modo que todo se coloque en su lugar oportuno, sin nada forzado y como acomodándolo con cadencia. Mas esta parte del discurso necesita principalmente, como enseña Cicerón¹, de juicio y de prudencia. Lo que el arte enseña sobre esto lo expusimos ya en la cuarta parte de esta obra, a cuyo lugar remitimos al estudioso predicador.

3. Una vez dispuestas las cosas inventadas, sigue el último y máximo trabajo de la elocución, que es como la última forma de la invención. Porque la primera forma es la disposición que, a manera de los huesos del cuerpo, separados por las articulaciones, acomoda las cosas en sus lugares; mas la última es la elocución, que como dijimos en su lugar, añade a los huesos y nervios carne y sangre, color y hermosura. Ahora bien, la meditación es como la madre de la elocución, de la cual procede toda su fuerza y adorno. Porque al modo que los pintores conciben antes la idea que quieren pintar, cuyo ejemplar sigue la mano, así el predicador debe primero concebir dignamente las cosas, para que después la pluma siga la guía y orden del ejemplar propuesto. Con cuyo símil entendemos que las cosas que se hacen según el ejemplar propuesto son tales cual es el ejemplar mismo. Porque, ¿qué puede seguirse de un mal ejemplar, sino una obra mala? El que conciba alguna cosa óptimamente, la sabrá decir muy bien, porque se ha dicho con muchísima verdad: «Si concibes algo con fuerza, ni la elocuencia ni la palabra te faltarán»².

4. Por eso el predicador se debe dar enteramente a la meditación.

Porque esta —como dice Quintiliano— en muy pocas horas abraza muchas y grandes causas, cuantas veces se interrumpe el sueño, se ayuda de las mismas tinieblas de la noche, y en medio de otras actividades, encuentra algún espacio, no sufre estar ociosa. No solamente dispone el orden de las cosas dentro de sí misma, que esto bastaría, sino que también une las palabras y teje de tal manera toda el discurso que nada le falta más que la mano. Porque se conserva más fielmente en la memoria lo que no puede escribirse³.

¹ Cf. M. T. CICERÓN, *De oratore*, II, 76, 307.

² HORACIO, *Ars poetica*, 40-41.

³ M. F. QUINTILIANO, *Institutionis Oratoriae*, X, 6, 1-2.

5. Mas para esta meditación se han de buscar tiempos y lugares proporcionados. El tiempo más acomodado es el de la madrugada o el de la noche, cuando ni los de la casa hacen ruido, ni hay molestia que nos distraiga del pensamiento. Asimismo la soledad y oscuridad del sitio aclara más la vista del entendimiento para discurrir. Pero el lugar sagrado, y en especial aquel donde está reservada la Sagrada Eucaristía, es el más a propósito sobre todos los otros. Porque la presencia real de Cristo, Señor nuestro, con un modo admirable compone y recoge el entendimiento del hombre piadoso y le induce a pensar más lo útil y saludable que lo curioso y sutil. Y hay que advertir que al empezar a meditar sobre lo que hemos preparado anteriormente, comencemos primero el discurso por aquellas que conmovieron más nuestro ánimo y entendimos que serían más provechosas a los oyentes cuando las léamos. Porque estas fácilmente encenderán nuestro pecho como lo hicieron antes y encendido el entendimiento con este afecto será más apto para meditar lo restante desde el principio hasta el fin.

6. En esta consideración debemos procurar que cuantas veces nos hayamos propuesto algún argumento o reflexionemos sobre algún misterio, lo apliquemos al fin de nuestro ministerio, esto es, a la instrucción de la vida cristiana o a un piadoso movimiento de las almas, para que en la medida que sea posible se conviertan. También todas aquellas cosas que son materia del modo de decir sublime o magnífico, tratadas en la parte anterior, tienen que usarse donde lo pide el lugar. Porque esto es muy poderoso para inclinar los ánimos de los oyentes. Y el inclinar es el principal de los tres oficios del predicador, según lo ya citado de san Agustín⁴. Por tanto, volver a esto asiduamente en el desarrollo del sermón, además de ser útil y muy loable, es muy agradable para los oyentes prudentes y para el pueblo, porque por lo general todos consideran, como por un instinto natural, que el oficio del predicador ha sido instituido para la instrucción de la vida cristiana y la reforma de las costumbres.

7. Finalmente, a esta meditación seguirá feliz y fácilmente el estilo. Pues, como dice san Jerónimo, «las cosas que sabemos bien, bien las decimos». Y sabemos bien aquellas que por mucho

⁴ S. AGUSTÍN, *De doctrina christiana*, IV, XII, 27; PL 34,101.

tiempo hemos reflexionado y en las que hemos fijado la vista de nuestro entendimiento para penetrarlas profundamente. Por eso al principio, mientras que aun no se ha formado estilo, convendrá sin duda escribir en la lengua vernácula todo el sermón palabra por palabra. Aunque si no atendemos con cuidado a las reglas de pronunciar, no deja de haber algún riesgo de que se pronuncie todo en un mismo tono de voz, como hacen aquellos que suelen citar lo que han aprendido de memoria. Pero luego que el mismo estilo con el continuo ejercicio se ha formado y fortalecido, es conveniente entonces disminuir el trabajo de escribir. Así aquellas cosas que son llanas y fáciles se pueden escribir brevemente, ya sea en latín, o en la lengua vulgar, pues el predicador está en condiciones de explicarlas de repente.

8. Los lugares difíciles en cambio, conviene escribirlos del mismo modo que han de predicarse. En este género colocamos los miembros y los semejantes, que san Cipriano usa con muchísima frecuencia y elegancia:

Los preceptos evangélicos, amantísimos hermanos, no son otra cosa que divinas enseñanzas, cimientos para edificar la esperanza, fortaleza para corroborar la fe, alimento para conservar el corazón, timones para dirigir el rumbo, auxilios para alcanzar la salvación, los cuales, al paso que instruyen en la tierra las almas dóciles de los creyentes, las conducen a los reinos celestiales⁵.

Y el mismo otra vez a Donato:

Son necesarias, como solía ocurrir, pertinaces tentaciones: que incite siempre la embriaguez, que hinche la soberbia, encienda la ira, inquiete la rapacidad, hostigue la crueldad, deleite la ambición, precipite la lujuria⁶.

Así que semejantes oraciones, si alguna vez se presentan — deben aparecer algunas cuando son muy hermosas—, se han de escribir primero a la letra y guardarlas también fielmente en la memoria, para que no nos perdamos en el sermón.

⁵ S. CIPRIANO, *De oratione dominica*, 1; PL 4,537A.

⁶ S. CIPRIANO, *Epistola 1 (ad Donatum)*, 3; PL 4,203A.

14

CÓMO DEBE EL PREDICADOR PREPARAR SU ALMA ANTES DE PREDICAR

1. Para finalizar esta nuestra obra juzgué que se debía escribir también de qué manera deba un predicador disponer su alma cuando está ya a punto de predicar. Es como la ley de los cazadores, que deben tener previamente hambrientas las aves de cetrería para que acometan mejor a las aves; así nosotros debemos prepararnos con los afectos convenientes de nuestra alma para esta caza espiritual, de que el Señor hace mención por Jeremías¹.

Para conseguir esto conviene primero que la víspera del sermón por la noche perseveremos en la oración, suplicando humildemente a Aquel que es el autor y gobernador de la sabiduría, en cuya mano estamos nosotros y nuestros sermones, a Aquel, vuelvo a decir, que *hace elocuentes las lenguas de los infantes*², que ordene felizmente a la gloria de su nombre el curso de nuestro sermón y que por su clemencia nos conceda la pureza de intención y a nuestros oyentes el deseo de aprovechar. Conocí yo cierto piadosísimo predicador que hacía al Señor esta oración no solo con muchas lágrimas, sino también con muy rigurosas disciplinas.

¹ Cf. Jr 6.

² Sb 10,21.

2. Al día siguiente, celebre con la mayor humildad y devoción que pueda los sacrosantos misterios del cuerpo y sangre del Señor, y procure llevar consigo al púlpito el calor de la devoción que haya recibido de la sagrada celebración, favorecido por el Señor. Porque esto mismo le ayudará muchísimo más a predicar bien.

3. Una vez subido al púlpito, antes de comenzar a predicar, dirija cuanto ha de decir a la gloria del común Señor y a la salud de las almas, y pida humildemente al mismo Padre de las misericordias que nada se le ponga ante los ojos sino solamente su gloria. Porque realmente es cosa indignísima que donde se tratan cosas de tanta importancia y donde el mismo Dios, cuya causa se trata, se halla presente, se vuelvan los ojos al vano aplauso del aire popular, posponiendo a Dios, juez del mundo. Así procure el predicador imitar en esto la fidelidad y honestidad de Armenia, mujer insigne, la cual, como dijimos, volviendo a casa de un convite de Ciro a quien todos alababan su belleza majestuosa, al preguntarle su marido qué le había parecido la hermosura de Ciro, le respondió: «Nunca, esposo mío, aparté los ojos de ti, y así ignoro totalmente cuál sea el rostro de marido ajeno»³. Pues si esta mujer en presencia de su marido no osó poner los ojos ni aun en Ciro, que era rey, y en extremo magnífico, ¿quién soportará que ante el Rey de los siglos se vuelva el pensamiento a los vanos rumores del vulgo?

4. Y por cuanto el antiguo enemigo embiste muchas veces como por asechanzas al predicador ocupado mientras predica, sugiriéndole ocultamente vanos pensamientos, el predicador mismo al principio y antes de comenzar a predicar, conjure y deteste cualquier vanidad, que indeliberada y furtivamente le acometiere en el curso del sermón, y ofrezca a Dios su entendimiento puro y casto. Y para que lo pueda cumplir mejor pinte en su imaginación a Cristo, Señor nuestro, que viene a juzgarle acompañado de millares de santos, y propóngase a sí mismo sepultado en la pared de enfrente del púlpito, para que de una parte el temor del juez soberano, y de la otra el miedo de la muerte futura preserven al predicador del peligrosísimo y ocultísimo viento de la vanagloria, «la cual, como dice san

³ F. DE SIENA, *De republica christiana*, lib. IV, 5.

Bernardo, ligeramente vuela y ligeramente penetra, pero no causa ligera herida»⁴.

5. Para que con mayor alegría y pureza emprenda su cargo, vuelva a la memoria lo que expusimos en la primera parte de su admirable fruto y utilidad: la que procuraré explicar de algún modo con este nuevo ejemplo. Finjamos que hay un príncipe aventajado en virtud y piedad, y no solo rico en bienes temporales sino también en misericordia y benignidad, quien entre otras excelentes virtudes tiene también la de llamar un día de cada semana mil pobres a su casa para entregar a cada uno cierta suma de dinero para sustento de su pobre vida. ¿Quién no celebraría a este príncipe con los mayores elogios? Pues si esta obra es dignísima de suma alabanza, ¿de qué alabanzas, pregunto yo ahora, reputaremos digna la obra de un piadoso predicador que todos los domingos, teniendo a la vista un gran concurso de pueblo, suministra no dinero que aprovecharía a sus cuerpos perecederos, sino el alimento espiritual, el pasto de la vida y la bebida de eterna salud para provecho de sus almas? En efecto, con el único ministerio de la voz recrea, instruye, consuela, y alumbrá a todas las almas de los circunstantes, y de tal modo alumbrá que, alcanzando a todos la luz de la doctrina, no luce menos para cada uno que si él solo gozara de este beneficio.

6. También debe atender el predicador a otras dos cosas antes de comenzar su sermón, a la *elocución* y *pronunciación*. Quiero decir, de qué modo deba explicar con palabras sus pensamientos y con qué tono de voz pronunciarlos. Esto comporta principalmente el que la lengua no se adelante al entendimiento, para que no nazcan solamente en los labios las palabras, sino que procedan con juicio de lo más profundo del pecho. Porque así como los músicos peritos primero dictan con el entendimiento lo que la mano tañendo ejecuta, siendo maestra la razón y la mano una criada obediente, así el varón elocuente con solícito y prudente juicio considera primero lo que después ha de pronunciar la lengua. De aquí se sigue cuán libre de todo miedo y perturbación debe estar el alma, pues en un mismo espacio de tiempo debe ir delante y regir la velocidad del discurso, la volubilidad de la lengua, y también gobernar la acción. De otra manera si el juicio, maestro

⁴ S. BERNARDO, *In psalmum XC «Qui habitat», sermo 6; PL 183,198A.*

del decir, no se adelanta a todas las cosas, no se podrá decir nada prudentemente ni pronunciarse aptamente. Por cuyo motivo conviene que los exordios del sermón, mientras que todavía no se enardeció el ánimo del predicador, sean sumisos y distinguidos con largos intervalos para que se dé al pensamiento algún espacio para prevenir lo que decimos. Porque predicando se enardecirá el alma poco a poco, y entonces todo se le ofrecerá más fácilmente al que predica. Pues este ardor es grande maestro del orar, si tiene quien le rija.

7. Mayor dificultad tiene adornar la acción. Porque la elocución se ayuda del trabajo y estudio que se puso de antemano, mas la pronunciación es por completo del tiempo presente. De todo lo que arriba dijimos acerca del modo de pronunciar, debe tener presente dos cosas: primero huya de aquellos defectos frecuentísimos de igualdad y desigualdad que en el mismo lugar reprendimos; procure después que lo que haya de predicar lo pronuncie distinta, apta y adornadamente. Porque en estas virtudes se encierra toda la habilidad de pronunciar bien. Con lo que se conseguirá que la pronunciación, como también la elocución, sea correcta, clara, apta y adornada. Y sin duda hablamos distintamente cuando distinguimos con sus intervalos las partes, miembros y artículos del discurso. Aptamente, cuando acomodamos a las sentencias y palabras el tono de voz y gesto del cuerpo propio, cuya materia tratamos ampliamente. Pronunciamos adornadamente cuando procuramos que salga la voz con cierta dulzura natural, que no ofenda los oídos de los oyentes con alguna aspereza, para que, si no halaga, a lo menos no los exaspere. Esto lo podrán conseguir más fácilmente aquellos a quienes dotó la naturaleza de una voz clara y suave, si no son negligentes en el cuidado de la pronunciación. Porque no es bueno usar siempre de vehemencia, sino cuando el asunto lo requiere, aunque no debe ser infrecuente, para que no desmaye el sermón. Así este ímpetu y ardor de ánimo, como dijimos antes, debe regirse y templarse de manera que no se dañen las cuerdas ni ofenda a los oídos la voz con aspereza ronca y desapacible.

8. Tendrá, pues, siempre el predicador a la vista estas principales virtudes de la acción. Y para contemplarlas en una simple mirada, no será inútil que se proponga como ejemplo imitable algún insigne predicador de su tiempo que haya

escuchado predicar, o algún otro que sea sobresaliente en la virtud o gracia de la pronunciación. Con lo cual conseguirá tener presente toda aquella perfección de pronunciar que consta de muchas reglas, como antes vimos. Y si hubiere oído a dos grandes predicadores que se diferencian en el modo de decir y de pronunciar, tome de cada uno lo que mejor le parezca y más se le acomode.

9. También debe prever con diligencia, mientras predica, en fijar toda la fuerza de la reflexión en la pronunciación. Porque se dan intervalos en la misma elocución que permiten que uno se fije también en esto. Pues la razón, que por gran beneficio de la Divinidad fue dada a los mortales, tiene tanta fuerza que a un mismo tiempo puede considerar lo que ha de decir, cómo, y de qué manera ha de acomodar a las cosas que dice la figura de la voz y gesto del cuerpo. Porque si la misma razón está antes bien instruida, puede disponer de tal forma todas estas cosas que aquel primer cuidado del decir no excluya a los demás.

PERORACIÓN

Esto escribí, amigo lector, sobre la manera de predicar. Mucho más, que se me iba ocurriendo, hubiera dicho si otras ocupaciones e impedimentos me lo hubieran permitido. Sin embargo, juzgo que esto bastará al estudioso predicador para que él por sí mismo pueda hallar y observar lo demás. Pues con verdad dijo Salomón: *Dale ocasión al sabio y se hará todavía más sabio*¹.

Sé también que algunos varones insignes en estos tiempos han publicado preciosos libros acerca de la manera de predicar, que todavía no han llegado a mis manos, y que aconsejo se lean con atención. Así se logrará que esta divina facultad, acrecentada con muchas invenciones y suplementos, sea del todo perfecta. De este modo crecieron todas las artes y llegaron a la cumbre de su perfección, como enseña Aristóteles². Y el que sean necesarias las producciones y observaciones de muchos para el oficio de predicar, lo declara la excelencia del mismo oficio, ya que no se sabe si es mayor el provecho o su dificultad, según lo da a entender el cortísimo número de insignes predicadores que vemos en todos los siglos y edades. No fue mayor el número de insignes predicadores en la antigüedad que los que hoy tenemos. El mismo padre de la elocuencia, Cicerón, refiere que en sola la ciudad de Roma hubo muchísimos así filósofos, como matemáticos, juriconsultos, músicos, poetas y capitanes muy excelentes en su facultad, y no obstante dice que apenas hubo un orador aceptable en cada siglo³. Y enseña que la causa de esto es la gran cantidad de cosas que es necesario conocer, las muchas y diferentes dotes así

¹ Pr 9,9.

² Cf. ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, I, 7; S. TOMÁS DE AQUINO, *In decem libros Ethicorum Aristotelis*, lib. I. lec. 11, n. 133.

³ Cf. M. T. CICERÓN, *De oratore*, I, 2, 8.

del ingenio como de la naturaleza que se requieren para ejercer felizmente el oficio de orador, entre las cuales se cuenta la gracia de pronunciar y accionar, que considerando solo esto, como él mismo dice,

declara su grandeza la liviana arte y profesión de los comediantes, pues a pesar de que todos ellos trabajan en la composición del semblante, la voz y el gesto, ¿quién ignora cuán pocos hay y han habido que puedan mirarse con paciencia?⁴.

Todo esto de tal manera se requiere para el uso perfecto de este cargo, que si algo falta, la facultad oratoria es menguada y manca y no tiene futuro con que le falte solo la gracia de la pronunciación. Porque falta el instrumento y órgano que lleva nuestros pensamientos y conceptos a los oídos de los oyentes de modo conveniente. Mas siendo tres las principales partes de la función del orador –invención, elocución y pronunciación–, y del modo de inventar muchos lo han desarrollado ampliamente, quisimos nosotros tratar la elocución y pronunciación con mayor extensión, pues estas partes omitidas por otros, son las más necesarias para la predicación.

Tenga, pues, a bien el benévolo lector nuestra tarea. Y si parece poco útil, servirá al menos para instigar a los ingenios de los eruditos a inventar cosas más útiles y mejores. Ya esto lo reputamos por un crecido galardón de nuestro trabajo.

⁴ M. T. CICERÓN, *De oratore*, I, 5, 18.

ÍNDICE ANALÍTICO

ÍNDICE GENERAL.....	7
PRESENTACIÓN.....	13
IMÁGENES DE LA TAPA	15
ABREVIATURAS	17
NOTA	19
DEDICATORIA.....	21
PRÓLOGO	25

PARTE PRIMERA

ORIGEN, UTILIDAD Y NECESIDAD DE LA RETÓRICA Y DEL OFICIO

Y COSTUMBRES DEL PREDICADOR..... 31

1 ORIGEN DEL ARTE DE LA RETÓRICA	33
2 UTILIDAD Y NECESIDAD DE LA RETÓRICA.....	37
3 OFICIO DE PREDICAR Y SU GRAN DIGNIDAD.....	49
4 DIFICULTAD DE ESTE MINISTERIO.....	53
5 PUREZA Y RECTITUD DE INTENCIÓN DEL PREDICADOR	57
6 BONDAD Y COSTUMBRES DEL PREDICADOR.....	63
7 CARIDAD QUE DEBE TENER EL PREDICADOR.....	69
8 DEDICACIÓN A LA SANTA ORACIÓN Y MEDITACIÓN QUE HA DE TENER EL PREDICADOR.....	79

PARTE SEGUNDA

HISTORIA, NATURALEZA Y EXCELENCIA

DE LA RETÓRICA 85 |

1 LA RETÓRICA: MATERIA, FUNCIÓN, FIN, Y PARTES	87
--	----

2 DIFERENCIA ENTRE RETÓRICA Y DIALÉCTICA	93
3 PARTES DEL DISCURSO: EXPOSICIÓN, ARGUMENTACIÓN Y AMPLIFICACIÓN.....	99
4 DIVISIÓN DE LA CUESTIÓN	101
5 LUGARES DE DONDE SE TOMAN LOS ARGUMENTOS CON QUE SE TRATA PRINCIPALMENTE LA TESIS	105
6 DOS FUENTES MÁS DE ARGUMENTOS: EL GÉNERO DE LA COSA Y SUS CONTRARIOS	113
7 EL PREDICADOR DEBE TENER UN PERFECTO CONOCIMIENTO DE AQUELLO QUE HA DE PREDICAR, PARA PODER VALERSE DE LOS LUGARES MENCIONADOS.....	117
8 FUENTES DE ARGUMENTOS DE LAS CIRCUNSTANCIAS DE LAS COSAS Y PERSONAS	123
9 FORMAS DE LOS ARGUMENTOS, PRINCIPALMENTE LA INDUCCIÓN.....	131
1. LA INDUCCIÓN.....	131
2. SILOGISMO O RACIOCINIO.....	133
- ENTIMEMA	135
- EPIQUEREMA	136
3. DILEMA O «COMPLEXIO».....	136
4. EL SORITES	137
5. LA ENUMERACIÓN O EXPEDICIÓN	138
6. LA SUJECIÓN.....	139
10 LA COLECCIÓN Y SUS PARTES	141
1. PROPOSICIÓN	141
2. RAZÓN.....	141
3. CONFIRMACIÓN DE LA RAZÓN.....	141
4. ADORNO.....	141
5. COMPLEXIÓN O CONCLUSIÓN	141
- EL ADORNO.....	142
11 AFECTOS QUE DEBEN EXTENDERSE POR TODO EL CUERPO DE LA ARGUMENTACIÓN Y DEL DISCURSO.....	149
12 APLICACIÓN O DESCENSO A COSAS PARTICULARES	155
13 ADORNOS DE SENTENCIAS Y EPIFONEMAS	163
1. LAS SENTENCIAS.....	164
2. EL EPIFONEMA	167
14 PROLEPSIS, EN LATÍN «PRAESUMPTIO» O «ANTICIPATIO».	173
15 GÉNERO DE ELOCUCIÓN CON QUE HAN DE TRATARSE LAS ARGUMENTACIONES DICHAS.....	179

PARTE TERCERA
LA AMPLIFICACIÓN Y LOS AFECTOS..... 183

1 DIFERENCIA ENTRE LA AMPLIFICACIÓN Y LA ARGUMENTACIÓN.....	185
2 LA AMPLIFICACIÓN TOMADA DE LAS PARTES.....	189
3 LOS ADJUNTOS: ANTECEDENTES, CONCOMITANTES Y CONSIGUIENTES	193
4 LA AMPLIFICACIÓN POR LAS CAUSAS, AFECTOS Y CIRCUNSTANCIAS.....	201
1. POR LAS CAUSAS.....	201
2. POR LOS AFECTOS.....	201
3. POR LAS CIRCUNSTANCIAS Y LUGARES COMUNES.....	203
5 MODOS DE AMPLIFICAR, SEGÚN QUINTILIANO.....	207
6 DESCRIPCIONES DE LAS COSAS	217
7 DESCRIPCIONES DE PERSONAS	229
8 EL RAZONAMIENTO FINGIDO	235
9 LA CONFORMACIÓN	241
10 LOS AFECTOS EN GENERAL.....	249
11 LOS AFECTOS EN PARTICULAR.....	253
1. AMOR DE DIOS.....	254
2. TEMOR DE DIOS.....	256
3. COMPASIÓN: EL LAMENTO O QUERELLA.....	258
12 FIGURAS DE LA ELOCUCIÓN QUE SIRVEN PARA CONMOVER LOS AFECTOS.....	261

PARTE CUARTA
CLASES DE SERMONES EN PARTICULAR 271

1 LAS SEIS PARTES DEL SERMÓN.....	273
1. EL EXORDIO.....	275
2. LA NARRACIÓN.....	275
3. LA PROPOSICIÓN (O PRUEBA) Y PARTICIÓN(O DIVISIÓN).....	283
4. LA CONFIRMACIÓN Y REFUTACIÓN.....	285
5. LA OPOSICIÓN (O CONTROVERSIA O CONTIENDA O DISPUTA)	285
6. LA CONCLUSIÓN O PERORACIÓN.....	286
2 PRIMER MODO DE PREDICAR DEL GÉNERO PERSUASIVO.....	293
3 SEGUNDO MODO DE PREDICAR DEL GÉNERO DEMOSTRATIVO: PARA LAS FIESTAS DE LOS SANTOS.....	301

4	TERCER MODO DE PREDICAR: EXPOSICIÓN DE LA LECTURA DEL EVANGELIO.....	311
5	CUARTO MODO DE PREDICAR: COMBINACIÓN DE LOS ANTERIORES.....	317
6	GÉNERO DE SERMÓN DIDASCÁLICO O MAGISTRAL	321
7	LA DISPOSICIÓN.....	323

PARTE QUINTA

LA ELOCUCIÓN..... 325

	PRÓLOGO.....	327
1	ALABANZA Y CUALIDAD DE LA ELOCUCIÓN, TOMADAS DEL LIBRO VIII DE QUINTILIANO	329
2	LAS CUATRO VIRTUDES PRINCIPALES DE LA ELOCUCIÓN: PRIMERO, LA LATINIDAD.....	333
3	SEGUNDA VIRTUD DE LA ELOCUCIÓN: LA CLARIDAD.....	335
4	TERCERA VIRTUD DE LA ELOCUCIÓN: EL ADORNO	339
5	ADORNO QUE HAY EN CADA PALABRA DE POR SÍ.....	341
6	LOS TROPOS	343
	- METÁFORA.....	344
	- SINÉCDOQUE	347
	- METONIMIA.....	348
	- ANTONOMASIA.....	350
	- EPÍTETO	350
	- CATACREISIS (ABUSIÓN).....	352
	- ALEGORÍA	353
	- IRONÍA	354
	- PERÍFRASIS O «CIRCUNLOQUIO»	354
	- ETIMOLOGÍA, NOTACIÓN Y DEFINICIÓN	355
7	ORNATO EN LA CONCATENACIÓN VERBAL. EN PRIMER LUGAR, LAS FIGURAS: DEFINICIÓN Y DIVISIÓN	359
8	PRIMERA CLASE DE FIGURAS DE PALABRAS	367
	- REPETICIÓN.....	367
	- CONVERSIÓN.....	368
	- COMPLEXIÓN.....	369
	- TRADUCCIÓN.....	370
	- GRADACIÓN.....	373
9	SEGUNDA CLASE DE FIGURAS: LA SEMEJANZA DE LAS PALABRAS.....	375
	- COMPAR O IGUAL.....	375
	- SIMILICADENCIA, SIMILIDESINENCIA.....	376
	- AGNOMINACIÓN O PARONOMASIA	377

10	TERCERA CLASE DE FIGURAS DE PALABRAS: BASADAS EN NOMBRES O COSAS OPUESTAS.....	379
	- CONTRARIOS EN GENERAL.....	379
	- COHABITACIÓN.....	381
	- PARADIÁSTOLE O SEPARACIÓN.....	382
	- CONTRARIO EN LAS SENTENCIAS.....	383
	- CONTIENDA.....	384
	- CONMUTACIÓN.....	385
11	CUARTA CLASE: LAS DEMÁS FIGURAS DE PALABRAS.....	387
	- ADJUNCIÓN.....	387
	- DISYUNCIÓN.....	388
	- DISTRIBUCIÓN.....	389
	- SINONIMIA.....	390
	- SINATROÍSMO O CONGERIES (ACUMULACIÓN).....	392
12	FIGURAS DE SENTENCIAS: LAS QUE PARECEN MÁS APROPIADAS A LA INSTRUCCIÓN.....	395
13	PRIMERA CLASE DE FIGURAS DE SENTENCIAS: QUE PERTENECEN PRINCIPALMENTE A LA INSTRUCCIÓN.....	397
	- DEFINICIÓN.....	397
	- DIVISIÓN.....	399
	- SUJECIÓN.....	399
	- DISTRIBUCIÓN.....	401
	- RACIOCINACIÓN.....	403
	- DISMINUCIÓN.....	405
	- DETENCIÓN.....	405
	- FRECUENTACIÓN.....	406
	- BREVEDAD.....	407
14	SEGUNDA CLASE DE FIGURAS DE SENTENCIAS: DE MAYOR FUERZA Y VEHEMENCIA.....	409
	- INTERROGACIÓN.....	409
	- RETICENCIA.....	411
	- SOBREENTENDIMIENTO.....	412
	- ÉNFASIS.....	413
	- DUDA.....	414
	- CONCESIÓN.....	415
	- EXHORTACIÓN.....	416
	- SUSPENSIÓN.....	418
	- IRONÍA.....	418
	- EJEMPLO.....	420
	- COMPARACIÓN DEMOSTRATIVA: PERTENECE AL ORDEN DE LOS EJEMPLOS.....	424
	- SEMEJANZA.....	425
15	USO DE LAS FIGURAS.....	433
16	LA COMPOSICIÓN.....	435
	1. LA COMPOSICIÓN EN GENERAL.....	436

2. LAS DOS ESPECIES DE COMPOSICIÓN: SENCILLA Y DOBLE	437
- ARTÍCULOS.....	438
- MIEMBROS.....	439
- PERÍODOS.....	440
- «PERIBOLÉ» (CIRCUITO O RODEO).....	441
- «CAMPTEA» (ALARGAMIENTO DEL ESPÍRITU).....	442
17 MODO APROPIADO DE HABLAR.....	445
1. MODOS QUE PIDEN LOS DISTINTOS TIPOS DE SERMONES Y LOS DIFERENTES OFICIOS DEL PREDICADOR.....	450
2. TRES TIPOS DE ELOCUCIÓN Y SUS PRINCIPALES ADORNOS.....	454
18 MATERIAS EN LAS QUE DEBEN USARSE ESTAS TRES FIGURAS (LIBRO IV DE LA DOCTRINA CRISTIANA DE SAN AGUSTÍN).....	459
19 LA MATERIA DEL GÉNERO SUBLIME O MAGNÍFICO.....	477
20 OTRAS VIRTUDES DEL ADORNO.....	481
1. ENERGÍA.....	481
2. GRAVEDAD.....	483
3. COPIA.....	484
4. VARIEDAD DEL DISCURSO.....	485
- POR VARIADO CAUDAL DE MATERIAS PREDICABLES.....	485
- POR LAS SENTENCIAS, EJEMPLOS, SÍMILES Y APOTEGMAS.....	485
- USANDO DE LOS TRES MODOS DE EXPRESARSE: ÍNFIMO, TEMPLADO Y MAGNÍFICO.....	485
- USANDO TODA LA VARIEDAD DE FIGURAS, SEA DE PALABRAS COMO DE SENTENCIAS.....	485
- PUEDE VARIAR EL ESTILO TAMBIÉN POR LA EQUIPOLENCIA, QUE CONSTA DE LA ADICIÓN, DETRACCIÓN, O REPETICIÓN DE UNA NEGACIÓN Y DE SUS PALABRAS CONTRARIAS.....	486
21 VICIOS OPUESTOS A LA ELOCUCIÓN: PRINCIPALMENTE OPUESTOS AL ADORNO.....	489
1. «CACOFATÓN» O PRONUNCIACIÓN OBSCENA.....	490
2. «TAPÉINOSIS».....	490
3. TAUTOLOGÍA.....	490
4. PLEONASMO.....	490
5. «MACROLOGÍA».....	491
6. «CACÓZELO» O MALA AFECTACIÓN.....	491
7. «BRAQUIOLOGÍA», O CONCISIÓN.....	491
8. «MIOSIS» O DISMINUCIÓN.....	492
9. «BOMFIOLOGÍA» O HINCHAZÓN.....	492
10. ASIATISMO.....	492
11. HOMOLOGÍA.....	493
12. «PICIOLOGÍA» O COLORIDO.....	493
13. «PERIERGÍA» O CURIOSIDAD.....	493

14. CACOFONÍA O SONIDO DESAGRADABLE	493
15. «ARITHMON» O SIN MÉTRICA	493
16. «ONICONÓMITON» O INDISTINTO	494
17. ADEMÁS DE ESTOS VICIOS HAY OTROS	494
- PREDICACIÓN RUDA	494
- SÓRDIDA	494
- ESTÉRIL	494
- TRISTE	494
- DESAGRADABLE	494
- VIL	494

PARTE SEXTA

LA ACCIÓN O PRONUNCIACIÓN, Y OTRAS AYUDAS PARA PREDICAR..... 495

PRÓLOGO.....	497
1 NECESIDAD Y ALABANZA DE LA PRONUNCIACIÓN.....	499
2 FIN DE ESTAS REGLAS	503
3 CUATRO VIRTUDES PRINCIPALES DE LA PRONUNCIACIÓN.....	505
1. CORRECTA O CARENTE DE TODO VICIO	505
2. CLARA.....	506
3. ADORNADA.....	508
4 QUE SEA APTA.....	511
5 MODOS DE PRONUNCIAR CONVENIENTES A LAS TRES PARTES PRINCIPALES DEL DISCURSO: EXPOSICIÓN, ARGUMENTACIÓN Y AMPLIFICACIÓN	515
6 GESTO Y MOVIMIENTO DEL CUERPO	521
7 VICIOS DE LA PRONUNCIACIÓN Y ACCIÓN.....	525
8 DIFERENTES MANERAS DE PRONUNCIAR EN LAS SENTENCIAS	533
9 VARIOS EJEMPLOS DE SENTENCIAS, SACADOS DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS.....	537
1. MANIFESTACIÓN DEL DESEO.....	538
2. MALDICIÓN O IMPRECACIÓN	538
3. BENDICIÓN	538
4. OBSECRACIÓN	539
5. INVITACIÓN O LLAMAMIENTO A LA JUSTICIA Y PIEDAD.....	539
6. QUEJA O LAMENTACIÓN	539
7. AMENAZA O CONMINACIÓN.....	540
8. INDIGNACIÓN	540
9. ADMIRACIÓN	541
10. IRONÍA.....	541

11. ACORTAMIENTO	542
12. ASEVERACIÓN.....	542
13. ADJURACIÓN.....	543
14. EXHORTACIÓN	543
15. CORRECCIÓN	544
16. EXCLAMACIÓN Y APÓSTROFE.....	544
17. INTERROGACIÓN	546
18. RAZONAMIENTO FINGIDO	547
19. REPETICIÓN	548
20. CONVERSIÓN	548
21. COMPLEXIÓN	548
22. CONDUPLICACIÓN.....	548
23. CORRECCIÓN	548
24. DUDA.....	549
25. RACIOCINIO.....	549
26. SUJECIÓN	549
10 ALGUNOS EJEMPLOS DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS, PARA EJERCITACIÓN DE LOS INEXPERTOS	551
11 TENOR DE VIDA DEL PREDICADOR PERFECTO. EN QUÉ TIEMPO Y CON QUÉ ÁNIMO Y AFECTO DEBE EJERCER SU OFICIO	559
12 COSAS QUE AYUDAN A EJERCER BIEN EL OFICIO DE PREDICADOR.....	569
13 CÓMO DEBE EL PREDICADOR ADORNAR SU SERMÓN.....	589
14 CÓMO DEBE EL PREDICADOR PREPARAR SU ALMA ANTES DE PREDICAR.....	593
PERORACIÓN.....	599
ÍNDICE ANALÍTICO	601